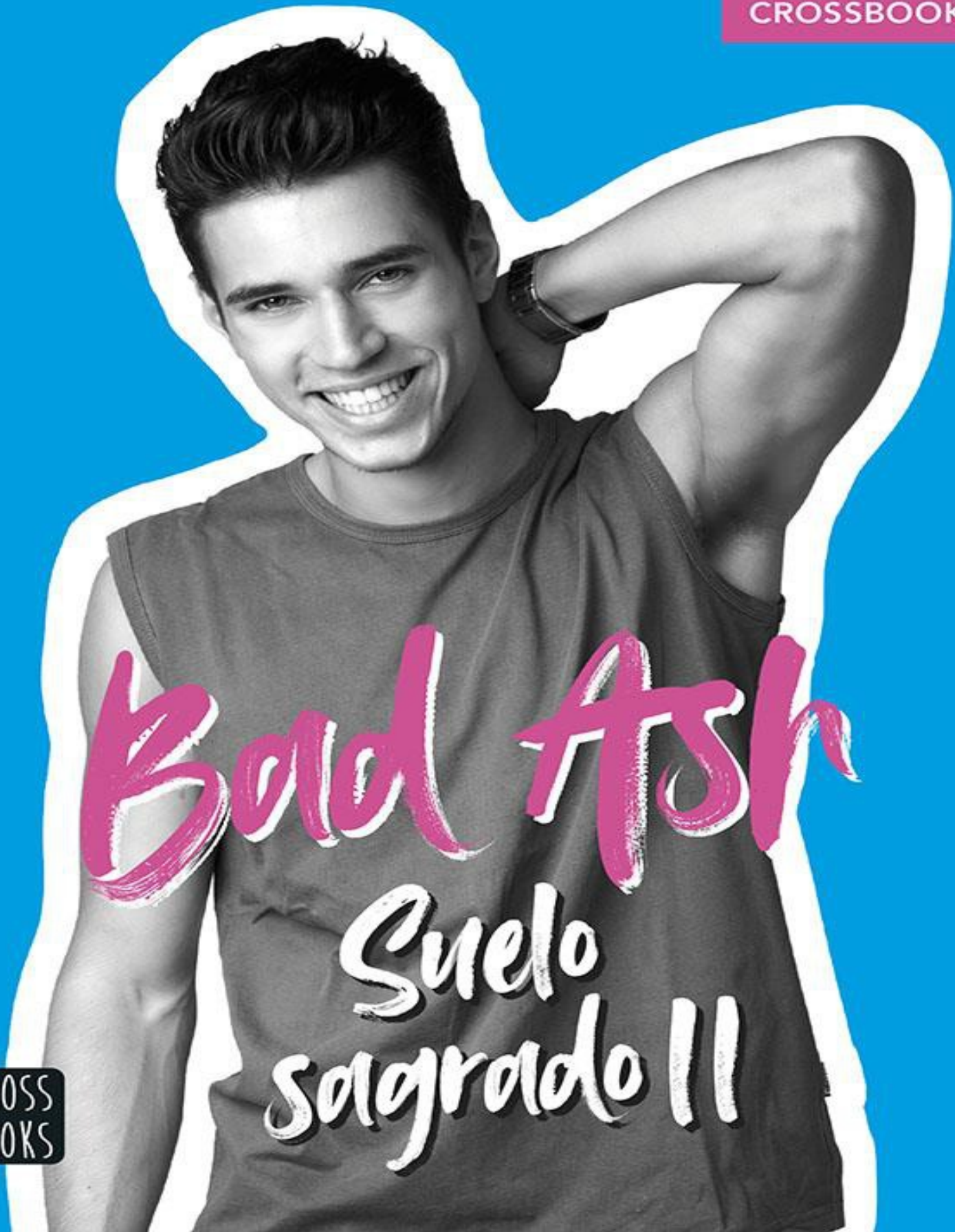
ALINA NOT

NUEVO TALENTO CROSSBOOKS



Bad Ash

Suelo sagrado II

CROSS BOOKS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Segunda parte. «The story of us»
Dos años más tarde
La boda
1. Ashley
2. Cam
3. Ashley
4. Cam
5. Ashley
6. Cam
7. Ashley
8. Cam
9. Ashley
Acción de gracias
10. Cam
11. Ashley
12. Cam
13. Ashley
14. Cam
15. Ashley
16. Cam
Chicago
17. Ashley
18. Cam
19. Ashley
20. Cam
21. Ashley
22. Cam
23. Ashley

Vodka
24. Cam
25. Ashley
26. Cam
27. Ashley
La «Super Bowl»
28. Cam
29. Ashley
30. Cam
Los testigos
31. Ashley
32. Cam
33. Ashley
El cumpleaños
34. Cam
35. Ashley
36. Cam
La despedida
37. Ashley
38. Cam
La promesa
39. Ashley
40. Cam
41. Ashley
42. Cam
43. Ashley
El futuro
44. Cam
45. Ashley
46. Cam
47. Ashley
El principio
48. Cam
49. Ashley
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Han pasado dos años desde esos días de verano en el lago Tahoe en los que todo terminó hecho pedazos. Acostumbrada a la nueva realidad, Ashley ha aceptado que no volverá a ser aquella que desafinaba en un coche y le recordaba a un chico que nunca se olvidara de sonreír.

La vida de Cam ha cambiado de forma radical y hace mucho tiempo que dejó de dibujar corazones infinitos en otra piel. Lo último que quiere ahora es que el pasado vuelva para hacer estallar la calma.

Sin embargo, hay cosas que están destinadas a ser. Y personas que están destinadas a estar. Aunque no sea de la forma en la que siempre habían imaginado. ¿Se puede reconstruir lo que un día se rompió? ¿Se puede volver a sentir cuando lo roto son dos corazones?

ALINA NOT

Bad Ash

Suelo sagrado II

CROSS BOOKS

Segunda parte

The story of us

Dos años más tarde.

—Cam... Vamos...

Gruñí bajito, frustrado, y me aparté de golpe rodando sobre el colchón.

—Lo siento —musité.

Me levanté y cogí los pantalones de baloncesto que habían quedado en el suelo, a los pies de la cama. Me los puse con cuidado. Aún seguía completamente duro. Mi problema no era que no pudiera tener una erección; mi problema consistía en que me estaba costando demasiado librarme de ella.

Salí del cuarto y fui hacia la nevera para coger un botellín de cerveza. Vi a *Vodka* levantar una sola oreja, tumbada en su enorme cama ante el ventanal, cuando oyó el sonido de la chapa saltando. Ni siquiera se movió. Cada año que cumplía se volvía más perezosa. Caminé hacia la cristalera y contemplé las luces del tráfico al otro lado del río. Desde la planta catorce apenas se oía el ajetreo de la urbe, pero el espectáculo nocturno se desarrollaba incansable.

—¿Qué te pasa últimamente? —Oí su voz a mi espalda, mientras la sentía acercarse despacio, como si estuviera tanteando el terreno.

Giré la cabeza lo justo para ver su silueta de reojo. Estaba ajustándose la bata de seda, cubriendo su desnudez, mientras terminaba de recorrer la distancia que nos separaba.

—Lo siento. No sé qué me pasa hoy.

Se plantó a mi lado y me acarició la piel desnuda del hombro, trazando círculos con las yemas de los dedos. Recorrí su figura con la mirada. El tejido de la bata se le ajustaba a los pechos de una manera perfecta y sensual. Pero, por primera vez en mucho tiempo, no tuve que luchar contra el impulso de apartarla y mostrar un poco más de piel.

—¿Es por lo que pasó en el partido? No tienes que preocuparte por eso, ya sabes cómo son estas cosas. Se olvidarán de que alguna vez te criticaron en cuanto marques el próximo *touchdown*...

—No es eso.

Y mi mirada voló hacia la mesa que decoraba la esquina del salón. Mi subconsciente me traicionó y mostró el motivo de mi desasosiego antes de que yo mismo pudiera entender qué era lo que me estaba pasando.

Sus ojos siguieron la misma dirección que los míos y, en cuanto lo vio, dio un paso atrás

apartándose de mí.

Justo en el borde de la madera estaba el sobre con la invitación que había recibido hacía cinco días.

—¿Es por la boda? —inquirió entonces, para darme la posibilidad de negarlo, aunque seguro que no le hacía falta emplear el tono interrogativo al decir aquellas palabras.

No dije nada.

—Mierda. Es por la boda.

La segunda vez lo afirmó. Se ajustó la bata un poco más fuerte y dio media vuelta, para caminar de nuevo hacia el dormitorio.

—Mira, es mejor que me vaya.

Una repentina sensación de malestar se apoderó de mí en cuanto la oí decir esas palabras. ¿Irse? ¿Dónde? ¿Dejarme solo? No. Yo no necesitaba estar solo. Yo no *podía* estar solo.

—Espera.

Abandoné la cerveza, a la que apenas había dado dos tragos, y seguí sus pasos lo más rápido que pude.

Se volvió para enfrentarse conmigo cuando alcanzó el pie de la cama. Esperó los segundos suficientes para que yo me atreviera a hablar.

—No quiero que te vayas. —Di un paso más hacia ella y posé delicadamente las manos en su cintura—. No te vayas, por favor.

Le aparté el pelo de la mejilla y acaricié su cuello. Aproveché el movimiento para deslizar la tela que cubría su hombro y parte de la bata cedió dejando su pecho derecho al descubierto.

—Las cosas han cambiado —me recordó, muy seria—. Ya no me vale con lo que teníamos antes, y no pienso conformarme con ser tu segundo plato.

—No lo eres —aseguré, con los ojos en los suyos—. Por supuesto que no lo eres.

—Bien —respondió, tras estudiar mis pupilas.

Puso las manos sobre mis pectorales y ascendió acariciando mi piel hasta clavarme las uñas en los hombros. No me quejé. Luego puso las palmas de las manos en mi cuello y enredó los dedos en los mechones de pelo de mi nuca, para tirar de ellos y acercarme a su boca.

—Eres mío, Cam.

La boda

1

Ashley

Hace sonar el claxon con insistencia hasta que me subo al coche. En cuanto pongo el culo en el asiento del copiloto se abalanza sobre mí y me estruja por el cuello haciéndome protestar débilmente. Sé que es inútil pedir clemencia. Ella nunca es delicada en esto de dar amor.

—¡Tía! —me chilla al oído, que ya ha debido de perder por lo menos el veinticinco por ciento de su capacidad auditiva debido a los chillidos de mi mejor amiga—. ¡Estás aquí!

—Recién aterrizada. No me has dado tiempo ni de darle un beso a mi madre.

—¡Tu madre puede esperar, Ash! ¡Mi boda no! ¡Me caso en cinco días!

Sonrío al ver su cara de ilusión. Lleva como mil años con Scott. ¿Quién diría que a estas alturas aún les hace ilusión eso de pasar por el altar? Si esto no es amor, yo ya no sé a qué atenerme en esta vida.

—Te casas en cinco días, Em —repito, y la sujeto por los brazos para obligarla a sostenerme la mirada—. Cinco días aún nos da margen de maniobra. Estás a tiempo de pensártelo mejor.

Me empuja haciendo aspavientos mientras yo me río a carcajadas con su reacción.

—¡Pensármelo! —exclama, indignada—. Haberme dicho que me lo pensara antes de empezar a salir con ese pringado. Haberme dicho que me lo pensara antes de irme a vivir con él. ¡Haberme dicho que me lo pensara antes de quedarme embarazada, Ashley, maldita sea! Ahora ya no hay vuelta atrás. Has fracasado como mejor amiga y voy a ser una aburrida madre casada, todo porque no me advertiste que lo dejara a tiempo —bromea.

—Pensé que si no era Scotty no te compraría nadie, tía. Tenía miedo de tener que vivir yo contigo para siempre. ¿Dónde está el monstruito?

Cambio de tema rápidamente para que no pueda ofenderse por mi comentario. Se le vuelve a iluminar la cara en cuanto pregunto por el pequeño Dylan. El tiempo pasa demasiado rápido. Solo pensar que el hijo de mi mejor amiga ya tiene año y medio me hace sentir muy vieja.

—Lo he dejado con los padres de Scott. No íbamos a poder hacer nada si lo llevábamos con nosotras, y tenemos un millón de cosas que hacer. Ya es hora de que cumplas con tu cometido de dama de honor.

Le hago un saludo militar, burlona, y luego me abrocho el cinturón mientras ella ya se incorpora a la carretera y conduce calle abajo. Me gustaría haber estado aquí para cada pequeña

cosa que ella ha necesitado a lo largo de la preparación, como ha hecho Mia, pero lo cierto es que vivo a tres mil kilómetros de distancia y el trabajo de mi tesis resulta bastante más exigente de lo que todos mis amigos piensan. Aun así, he procurado venir a Sacramento siempre que he podido. No quería perderme todo esto con mi mejor amiga por nada del mundo.

—¿Cuándo llegará Grace? —pregunto, distraída, con la vista perdida por la ventanilla.

—El miércoles por la tarde.

—Ah, entonces es peor amiga que yo.

—Nadie es peor amiga que tú —ataca en tono burlón.

Ignoro su comentario y me dedico a repasar punto por punto todo lo que Emily tiene apuntado en una libreta sobre los preparativos del gran evento. La veo bastante bien organizada para ser ella. Se nota que Mia no la ha dejado sola durante los meses pasados.

—Eh..., Ash —llama mi atención, de una manera que me da a entender al instante que aún está pensando cómo abordar un tema delicado—, tengo algo que decirte.

—Pues adelante.

Desvía la vista de la calzada solo un segundo para dejarla caer sobre mí y luego la devuelve al frente y tamborilea con los dedos en el volante antes de hablar:

—Cam vendrá acompañado a la boda.

Se hace el silencio en la cabina del coche durante unos cuantos segundos. Ella se dedica a mirarme de reojo con insistencia como si temiera que la noticia haya conseguido dejarme en *shock*. Pero lo cierto es que no me sorprende. No genera ninguna reacción devastadora en mi sistema circulatorio. No. Pero solo porque ya lo tenía asumido. Y muy asumido.

—Lo imaginaba —digo, lo más despreocupada posible.

—¿Lo imaginabas? —repite mi mejor amiga, en un tono que deja muy claro que eso es probablemente lo que menos esperaba oír.

Es obvio que todos mis amigos están confabulados para no decir ni una sola palabra con respecto a Cameron Parker cuando yo estoy presente. Hemos conseguido llegar a un sistema coordinado en la alternancia de nuestras visitas y eso permite que podamos seguir siendo amigos de las mismas personas y completos desconocidos entre nosotros. Por supuesto, fue él quien empezó a asegurarse de no coincidir nunca conmigo, pero yo no tardé mucho en hacer lo mismo. Y ahora es como si ninguno supiera de la existencia del otro, a pesar de tener a nuestros mejores amigos en común. Creo que incluso tienen dos grupos de mensajería instantánea. Uno en el que estoy yo. Y otro en el que está él. Por lo demás la gente no varía. He llegado a acostumbrarme. En el fondo, es lo mejor.

—No soy muy aficionada a las noticias deportivas, Em, pero hay cosas de las que una no puede evitar enterarse, aunque no quiera.

Ambas sabemos que me refiero a las constantes noticias sobre la vida amorosa de mi ex. Desde que empezó a jugar en la NFL los periódicos más sensacionalistas lo bautizaron como el jugador más sexi del panorama del fútbol actual. Al principio, era el soltero de oro. Poco después

empezaron a aparecer fotos de él con una rubia despampanante. Hace cosa de siete u ocho meses que los medios confirmaron el romance. Ella es periodista deportiva. Se conocieron cuando lo entrevistó para *no sé qué*. Así que se puede decir que ya estaba bastante segura de que Cameron no iba a venir solo a esta boda.

—Me preocupa que ni siquiera me preguntes nada —dice, prudente, como si esperara que esto fuera la calma precediendo a una tormenta.

El maldito ojo del huracán.

—¿Qué quieres que te pregunte? Él dejó muy claro que no quería saber nada de mí y que no quería que yo supiera nada de él. Vosotros sois amigos de ambos, no tenéis que tomar partido. Si me dedicara a preguntarte cosas de su vida te estaría poniendo en una situación en la que no quiero ponerte, Em. Además, al final ha resultado ser lo mejor. Fue más fácil así. Y ahora ya... ¿qué quieres que te diga? Han pasado dos años, no puedes seguir andándote con pies de plomo si alguna vez tienes que pronunciar su nombre.

—¿Eso quiere decir que lo tienes superado?

No sé para qué pregunta.

—Sabes la respuesta a eso tan bien como yo —me limito a decir.

—Vale. ¿Vas a estar bien?

—Voy a estar bien —aseguro—. Estoy bien.

No volvemos a hablar en lo que queda de trayecto.

Mia nos está esperando en la floristería, que es nuestra primera parada del itinerario de preparativos de hoy. La abrazo como si hiciera un siglo que no la veo, aunque, en realidad, hace menos de un mes que estuve aquí con ellas dos, probando los postres del menú de boda. Sin duda, era una tarea para mí, eso sí que no quise perdérmelo.

Nos pasamos toda la tarde sin parar de ir de un sitio para otro. Emily está demasiado preocupada por que salga todo perfecto cuando, en realidad, todo está listo ya. Y va a ser como una boda de cuento.

Nuestra última parada es precisamente el lugar donde se desarrollará la ceremonia. Es una impresionante finca a las afueras de Sacramento, a media hora en coche del centro. Cuando llegamos ya está atardeciendo y han encendido los farolillos que iluminan la zona donde se colocarán las sillas. El altar está montado y yo estoy a punto de soltar una lágrima sin que ni siquiera sea aún el día de la boda.

—¡Pero bueno! ¡Vaya tres bellezas visitando mi altar!

Scott aparece a nuestra derecha y nos hace soltar un respingo a las tres. Se parte de risa al ver que ha conseguido asustarnos. Besa a Emily primero y luego me abraza a mí, achuchándome mucho y repitiendo lo cara que soy de ver y como casi ya se habían olvidado de mi cara. Un poco lo de siempre. Mientras saluda a Mia, veo a Jeff acercarse. Sonríe cuando se cruzan nuestras miradas y yo le devuelvo el gesto.

—Ey —saludo con cariño cuando me envuelve en un abrazo—. Pensaba que aún no estabas

por aquí. Vanessa me dijo que veníais el jueves a última hora.

Aún me sigue maravillando que esos dos estén juntos. Llevan más de dos años saliendo y yo no puedo evitar acordarme a veces de ese tímido Jeff de último año de instituto que ni siquiera se atrevía a cruzar una palabra con la jefa de animadoras. Me gusta pensar que aporté mi granito de arena en el germen de esa relación. Y nunca había visto a Vanessa tan feliz con nadie, así que me enorgullece haberlos empujado a tener su primera conversación, hace más de seis años, aunque aún tuviera que llover mucho después de eso para que se volvieran a encontrar.

—Sí, ella no puede venir antes y yo iba a esperarla. Pero luego me di cuenta de que soy el único amigo de verdad que tiene este pringado —se burla de Scott—. Y que Emily iba a tener aquí un ejército de damas de honor, así que vine para equilibrar números.

Emily interrumpe nuestra conversación para empezar a explicarnos cómo quiere que actuemos durante la ceremonia. No para de ir de un lado para otro, escenificando lo que sucederá a cada momento. Mia y yo hemos terminado por sentarnos en el cemento que recubre la zona de asientos, agotadas de verla caminar.

—¿Gina vendrá con la italiana? —le pregunto en voz baja cuando Emily no nos mira.

Mia asiente con la cabeza un par de veces, sin decir nada. Lo de irse a Europa con su novia no salió tan bien como esperaban. El resultado final fue que Mia se volvió cuando había pasado menos de un año y Gina se quedó allí con una italiana llamada Gabriella que decía que era solo su amiga, hasta que Mia descubrió la verdad. Una tragedia.

—Cam viene con la periodista —apunta ella, sin molestarse en utilizar una entonación interrogativa.

Me encojo de hombros como toda respuesta.

—A ver, las solteras de oro —nos llama la atención Emily—, menos cuchicheo y más atender, si tengo que explicar esto es por vuestra culpa.

Las dos empezamos a protestar. Bonita forma de tratar a las dos únicas asistentes que no van a aprovechar el «más uno» de la invitación.

—¿Creéis que no me sería más fácil que cada dama de honor avanzara hasta el altar con su pareja? —nos interrumpe—. Pero vais vosotras y no tenéis pareja, así que he tenido que idear un desfile de amigos íntimos que no nos rompa la simetría del evento.

—¿Por qué no podemos ir nosotras dos como pareja? —se me ocurre preguntar.

Me mira como si me hubiera vuelto loca. Por un momento, desearía haberme quedado callada. Creo que va a retirarme la invitación.

—Por aquí avanzan las mujeres; por aquí avanzan los hombres —vuelve a explicar, mientras se mueve por el pasillo que lleva hasta el altar—. No puede avanzar una mujer por el lugar por donde avanzan los hombres... ¿Es que no lo veis?

—Yo lo que veo es mucho sexismo y mucha homofobia implícita en esta boda —dice Mia, en tono de guasa, y yo me río bajito a su lado.

Nuestra amiga nos fulmina con la mirada, y nos quedamos calladas al instante.

—Estoy hablando de simetría. Vamos a ver —retoma el hilo de su enseñanza del día—, por aquí las chicas y por ahí los chicos. Scott estará en el altar con su padre. Por aquí primero pasará mi madre llevando a Dylan, después vais las damas de honor con los amigos del novio. Jeff irá con Vanessa; Grace va con Damon —continúa y Mia y yo nos ponemos a cuchichear sobre el escándalo de cuernos que aconteció entre esos dos hace años—; Mia irá con Eddie; y Ash con Caleb.

—¡¿Qué?! —exclamamos al unísono.

—Ya me habéis oído y no seáis crías. Parece mentira. Superad de una vez lo que pasó hace mil años. Ashley, Caleb es un partidazo —insinúa, y me guiña el ojo—. Y Mia, Eddie no va a intentar babearte porque todo el mundo sabe que eres lesbiana. No se hable más.

—Yo no estaría tan seguro de que no vaya a babearla un poco —se burla Jeff.

—Sí, y si hablamos de buscar la armonía, creo que este de aquí va bastante pobre en simetría con su pareja. —Scott señala a su amigo—. Su novia es mil veces más guapa que él.

Emily da una palmada para hacernos callar, mientras nosotros cuatro ya estamos bromeando, riendo y metiéndonos los unos con los otros.

—¿Por qué solo nos usa a nosotros como piezas de exposición? ¿Por qué no hace caminar por el pasillo a sus amigas de la universidad? —consulto con Mia, en voz baja.

—Me siento como una vieja gloria.

—... bueno, y Cam irá con Gina al final de la comitiva para no incomodar a las desparejadas. —Oímos cómo continúa la perorata de Emily.

—Te juro que voy a matarla —me susurra Mia.

—... os iréis colocando a estos lados, donde estarán esperando las respectivas parejas...

—Te ayudo a deshacerte del cadáver.

—... es decir, aquellos que tengan pareja, claro. Vosotras os ponéis por ahí juntitas las dos...

—Esta no llega a la boda.

—... y luego llego yo con mi papá...

—Esta no llega a mañana.

—... aún no sé si tirar el ramo, chicas. ¿Qué pensáis? No vaya a ser que lo lance y lo coja la novia del algún ex... Eso podría ser un poco violento para vosotras...

—¡Dimito! —exclamo al ponerme en pie.

—¡Dimitir no va a solucionar nada! ¡Tenemos que matarla! —añade Mia.

—¡Eh! Yo no tengo la culpa de que vuestra vida amorosa sea un desastre —se defiende la aludida en tono de broma—. No arruinéis el día más feliz de mi vida.

—De nuestra vida, cariño —aporta Scott.

—Eso. ¿Está feo que diga lo del día más feliz de mi vida? ¿No debería ser el día que nació Dylan?

Mia y yo nos miramos y negamos con la cabeza, dándola por imposible.

—Anda, vámonos, Ash. Te invito a un helado de soltera —ofrece, y echa a andar hacia la

salida de la finca.

—Me has leído la mente.

—¡Esperad! —llama Emily a nuestra espalda—. ¡No podéis iros!

Seguimos nuestro camino, con los brazos entrelazados, manteniendo la dignidad.

—¡Os he traído en mi coche, idiotas!

Las dos frenamos la marcha de golpe al oír eso. Cruzamos nuestras miradas, antes de murmurar a la vez:

—Mierda.

Dos horas después estamos en casa de Emily y Scott. Dylan acaba de quedarse dormido tras una intensa sesión de mimos de su tía favorita. Ha crecido un montón en el mes que hacía que no lo veía, y lo cierto es que me apena vivir tan lejos de todo esto.

—Voy a llevarlo a la cama —se disculpa Scott con nosotras, coge a su hijo en brazos con mucha delicadeza y desaparece por el pasillo.

Nos quedamos las tres solas y Emily se estira sobre la mesita para rellenar nuestras copas con vino blanco. De verdad que no tengo ni idea de cuándo nos hemos vuelto tan sofisticadas. Eso debió de venirle a Em con el carné de madre y ahora tiene vino blanco en la nevera en vez de cervezas frías.

—Scott es un padrazo, ¿eh? —alaba Mia.

—Scott es perfecto en casi todo lo que hace —dice Emily, con una sonrisa—. ¡He dicho casi, he dicho casi! —se defiende cuando empezamos a burlarnos—. Soy muy feliz chicas.

Paso el brazo por sus hombros y la atraigo hacia mí para achucharla y besarle el pelo.

Mia se cambia de sofá y se acurruca al otro lado de Emily para unirse al abrazo. Recojo la copa y las invito a hacer un brindis.

—Por la felicidad de Em, que se la merece más que nadie en el mundo.

—Menos que yo, pero más que todo el resto de la humanidad —bromea Mia.

—Me vais a hacer llorar, tontas —se queja nuestra amiga, antes de brindar con nosotras—. Quiero que vosotras seáis igual de felices que yo. En serio, sé que no necesitáis una pareja para eso, faltaría más. Pero lo cierto es que me gustaría que tuvierais a alguien a vuestro lado que os quisiera como Scott me quiere a mí.

—Bueno, cada persona lleva su ritmo y encuentra la felicidad en un sitio diferente, tía —opina Mia—. Ahora lo importante es que se acerca tu gran día y que nosotras somos inmensamente felices porque tú lo eres.

No podría estar más de acuerdo con sus palabras.

Yo ahora soy afortunada simplemente por sentirme bien conmigo misma. Han pasado más de dos años desde los meses más oscuros de mi vida, y no ha sido fácil llegar hasta aquí, ni salir del bucle de autocompasión, y mucho menos aprender a lidiar con mi ansiedad. Puedo decir que lo

he conseguido; con ayuda, por supuesto. Ya hace tiempo que el psicólogo me dio el alta. Y eso no significa que la vida sea perfecta, pero sé que no volveré a dejarme arrastrar por mi propia mente hasta ese pozo de nuevo.

—Eso es —corroboro—. Las relaciones amorosas están un poco sobrevaloradas.

—Ash, ¿por qué dejaste a Roger?

La pregunta de Emily me sorprende y me trae un montón de recuerdos que no quería tener que volver a explorar. Conocí a Roger hace un año y salimos durante un tiempo. De hecho, en un principio iba a ser mi más uno en esta boda, pero la cosa no ha terminado siendo así. ¿Qué puedo decir? ¿Que lo dejé porque no echaba la cabeza hacia atrás cuando soltaba una carcajada? ¿Que lo dejé porque nunca le dio por ponerme un apodo de lo más cursi, como por ejemplo «princesa»? ¿Que lo dejé porque no tenía una sonrisa canalla? ¿Por no pasarse el día buscando tonterías con las que picarme hasta hacerme soltar un bufido y partirse de risa? No puedo decir nada de eso. Esas cosas jamás las diría en voz alta.

—No funcionó y punto —resumo con desgana.

—Era un tío perfecto.

—No era perfecto.

—Ashley... —Mi mejor amiga duda antes de decir las siguientes palabras—: Cam no va a volver.

Siento como si acabara de estrujarme el corazón de un solo apretón y hubiera escurrido hasta la última gota de sangre de su interior. Me cuesta un par de segundos poder respirar hondo para restablecer el ritmo normal de mis constantes vitales. Pero la entiendo. Tiene que decirlo. Yo lo diría si estuviera en su lugar. Y lo peor es que, si duele, es simple y llanamente porque es la verdad.

—No —digo en un hilo de voz—, Cam no va a volver.

2

Cam

Me quito un auricular para poder oír el anuncio por megafonía. Es el piloto diciendo que quedan diez minutos para aterrizar.

Mierda.

No es que quiera quedarme en este avión para siempre. O sí. Podríamos tener problemas para aterrizar en esta pista y tener que dar media vuelta. Sí, de vuelta a Boston. Eso sería lo mejor.

Pero no puedo perderme la boda de dos de mis mejores amigos. Eso no está bien. Eso es propio de un capullo.

Beso con delicadeza la cabeza que descansa en mi hombro. Me maravilla la facilidad que tiene mi novia para dormir en los aviones. Se mete en una cama y tiene insomnio, pero tú dale un avión. Increíble. Justo al revés que...

Ni siquiera he pisado Sacramento y ya me estoy atormentando. No sé por qué de repente he vuelto al punto de partida, como si aún fuera hace dos años. Vale, no exactamente: hace dos años estaba mucho más cabreado.

Han pasado dos años, no puedo estar preocupado por volver a ver a una puñetera exnovia y que eso me haga más daño del que pueda soportar. Aunque a lo mejor siempre fue más que eso. O fue más que eso hasta que dejó de serlo y ahí está la clave de todo. Ashley Bennet ya no forma parte de mi mundo. Hace mucho tiempo que no. Y tengo que reconocer que al principio eso dolía como nunca nada lo había hecho. Pero dejé pasar el tiempo y me centré en mi trabajo, en el equipo y en el fútbol americano que ella odia. Y la cosa salió bien. Aún recuerdo perfectamente aquella primera vez en la que, mientras daba un paseo a *Vodka* por la noche, caí en la cuenta de que no había pensado en ella en todo el día. Lo celebré como todo un triunfo. Mucho más de lo que celebraba un *touchdown*. Mucho más de lo que celebraría un *home run* en un partido de los Giants. La primera de muchas batallas ganadas. Hasta que empecé a celebrar semanas sin pensar en ella para nada. Hasta que dejé de tener que celebrarlo porque se convirtió en mi día a día. Me había olvidado de Ashley Bennet. Lo había superado. Había cerrado un capítulo muy doloroso de mi pasado. Había seguido adelante. Y solo entonces me di cuenta de que la chica que se acostaba a mi lado una de cada tres noches era absolutamente maravillosa. Empecé a vivir otra vez.

Luego llegó la invitación. No era como si no supiera que Scott y Emily iban a casarse. A ver,

hablo con Scotty a diario. Sé hasta cuántas veces le cambian el pañal a Dylan en un día normal. Simplemente, no había querido ser consciente de que en esa boda no iba a haber manera alguna de evitarla hasta que tuve la invitación delante. Pensé en rajarme, claro. Ella había sido amiga de esos dos primero, así que, si a alguien le correspondía declinar la invitación, ese debía ser yo. Pero Scott me leyó el pensamiento antes de que llegara a tomar una decisión. Me mandó un mensaje que decía: «Como intentes escaquearte de mi boda, te corto los huevos». Me quedó bastante claro.

Y, desde ese momento, hace ya unos tres meses, he estado distraído y sin parar de cagarla. Para empezar, en el primer partido que jugué tras recibir la invitación me pegué una cagada de principiante que terminó por hacernos perder. Al día siguiente las portadas de los periódicos deportivos daban miedo. Miedo de verdad, si te llamabas Cameron Parker y eras el receptor de los New England Patriots. Yo. Culpable. Luego, empecé a cagarla con mi novia. Mucho. Porque follar con ella nunca había supuesto ningún problema, sino todo lo contrario. Jamás la había comparado con ninguna otra. En serio. De verdad. Ni siquiera las primeras veces, aunque aún no hubiera dejado de pensar del todo en Ashley. Pero eso cambió desde que recibí la invitación. Y el sexo con mi preciosa novia era genial, pero con mi ex era más intenso. ¿Lo era? Ni siquiera era capaz de discernir si mis recuerdos eran reales o si había acabado por magnificarlos. Da igual. Me había olvidado de Ashley Bennet. En eso no puede haber vuelta atrás, ¿no?

Además, ahora soy mayor, más maduro. Un hombre y no un crío. Y mi relación actual es mucho más madura también. Son cosas que tienen que evolucionar. Una relación en la que no puedes parar de contagiarte la risa cuando estás con la otra persona y no puedes quitarle las manos de encima ni un solo momento, en la que todo es tan intenso que su mera ausencia duele y en la que los «te quieros» se cuentan por cientos en una llamada telefónica, está muy bien cuando tienes dieciocho años. Pero a los veinticuatro hay que buscar estabilidad, algo diferente. Más maduro. Más comedido. No se puede vivir para siempre en Nunca Jamás.

—Eh —susurro al oído a mi chica—, ya vamos a aterrizar, preciosa. Abróchate el cinturón.

Levanta la cabeza y clava sus ojos azules, aún entornados, en los míos.

—¿He dormido todo el vuelo?

Sonrío al oírla. Como si eso debiera sorprenderla.

—Las dos horas. Y ya habías dormido las cuatro del anterior. No eres muy buena compañera de viaje.

Se incorpora y se coloca bien en su asiento.

—Sacramento está muy lejos.

—Siento haber nacido en el lado equivocado del país.

—Cambia de amigos y ya está —me ofrece la solución, en tono de broma.

—Pensaré en ello.

Pero en lo que estoy pensando, realmente, es en si debería llevarla a conocer a mi madre hoy mismo o si lo puedo retrasar un par de días. Hoy estamos cansados del vuelo. Mañana es la boda.

Al día siguiente tendremos resaca. Puede que me libre. A lo mejor podemos volver el domingo a Boston sin haber tenido que pasar por ese trámite. Estoy bastante seguro de que a ella no le hace especial ilusión. Y a mi madre... a mi madre, tampoco. Bastante tiene ella con preguntarme si he vuelto a hablar con Ashley, aunque le haya dicho setecientas treinta veces en dos años que Ash y yo hemos acabado para siempre. Pero si pongo un pie en Sacramento y no paso a ver a mi madre, puedo darme por muerto. Ah, y quiero ver a *Salem*, también.

Para cuando conseguimos colarnos en la parte trasera de un taxi y doy la dirección de la casa de mi padre —quiero decir, de *mi* casa— ya estoy deseando poder llegar y darme una ducha. Saco el móvil del bolsillo para preguntar cómo está *Vodka* con su cuidador y avisar a mi madre de que hemos llegado bien. Sí, por ese orden. El chat del equipo está lleno de mensajes como siempre. Los ignoro, como siempre. También hay mensajes en el chat de mis amigos, ese que crearon para estar en contacto conmigo cuando yo abandoné el que todos compartíamos y en el que también estaba Ashley. Y tengo un mensaje de voz de Scott. Pulso el botón de reproducción y me lo acerco a la oreja, consciente de que la chica que viaja a mi lado puede oírlo también.

Tío, ¿has aterrizado ya? ¿Podemos tomar una birra? ¿O dos? Las damas de honor han tomado mi casa, hay tanta feromona femenina en el ambiente que se me están encogiendo las pelotas y van a empezar a crecerme las tetas de un momento a otro... Socorro.

Sonrío, pero se me congela la sonrisa y me quedo con cara de tonto cuando oigo las risas femeninas que suenan de fondo, al final de la grabación. Hay una que se oye mucho. Muy alta. Y muy clara. Una que yo conocía muy bien.

Bloqueo el móvil de golpe e intento disimular para que a mi chica no le dé por ponerse a preguntar cosas que me va a costar responder.

Es ella la que rompe el silencio:

—¿Por qué no quedas con tus amigos para ir a tomar algo? Seguro que tienes ganas de verlos. Yo estoy agotada y debo avanzar un poco con la entrevista al entrenador de los Dodgers. Mañana no voy a hacer nada y seguro que el sábado tengo menos ganas que hoy. Si te apetece, yo me quedo en casa mientras tú te pones al día con los chicos. ¿Qué te parece?

—¿No te importa?

—Claro que no. Si no, mañana me ignorarás en la boda mientras te pones al día con todo el mundo y yo no tendré a nadie con quien hablar. Creo que me compensa más así.

Me apresuro en mandarle un mensaje a Scott para decirle que nos vemos en una hora.

No soy consciente de las ganas que tenía de ver a mi amigo hasta que lo tengo delante. Lo primero que hago es ponerle un mano en la nuca y atraerlo hacia mí para fundirnos en un abrazo.

—¿Qué tal, chaval? ¿Estás nervioso? —lo pico, y le doy una palmada en el hombro mientras

atravesamos la puerta del bar y buscamos una mesa libre—. Te veo muy tranquilo para estar a punto de dar el sí quiero y atarte a una mujer de por vida.

—¿Atarme? Tengo un hijo con esa canija, creo que ya estamos bastante bien atados. No estoy nervioso, pero sí que tengo muchas ganas de hacerlo de una vez. Si te digo la verdad, la mitad de las cosas que van a pasar en esa boda son demasiado ñoñas para mí, pero Em está tan ilusionada que tengo un montón de ganas de hacerlo por ella.

—Calzonazos —me burlo con una tos que disfrace mi insulto.

Sonríe de medio lado, con superioridad, mientras yo le hago una seña al camarero para que nos traiga dos cervezas.

—¿Y tú qué tal? Dicen por ahí que has sido el jugador estrella de la temporada... otra vez. ¿No te cansas nunca de correr con esa pelota?

Suelto una carcajada.

—Me canso, pero para eso me pagan. Yo no soy lo importante ahora mismo, aunque no quiero que sirva de precedente. Así que cuéntame tú: ¿qué tal Dylan?

Se le cae la baba en cuanto le nombro a su hijo. En el fondo, me da envidia. No es que yo quiera un hijo ahora. Nada de eso. Aún soy demasiado joven. Pero él es tan feliz con su familia que despertaría la envidia de cualquiera. Lo ha conseguido todo, aunque sea yo el que salgo de vez en cuando en las noticias de deportes, recogiendo algún estúpido trofeo. Él tiene una mujer y un hijo a los que adora, y es obvio que es recíproco. Yo también quiero algo como eso algún día, y no me siento ni siquiera ligeramente cerca de conseguirlo. Ya no.

Pasamos un buen rato hablando del niño. Tengo muchas ganas de verlo, porque hace dos meses que no pasaba por aquí y, aunque lo he visto mucho en vídeo y soy consciente de cuánto ha crecido, no es para nada lo mismo. Y a lo mejor quiero achucharlo también. Desde que mi colega Scott y mi hermano se convirtieron en papás he desarrollado una sorprendente debilidad por los niños.

—He tenido que dejarlo allí y huir. Vanessa acababa de llegar cuando yo me he ido.

—Sí, lo sé. Me ha mandado un mensaje.

—Pero la locura ya estaba desatada en esa casa sin que llegara ella, así que ahora ya no me lo quiero imaginar. Grace llegó ayer de Nueva York y ha traído hoy a casa los vestidos de damas de honor. Estaban las tres discutiendo desde el segundo en que ha abierto las bolsas y los han visto. Ya sabes cómo son. Grace dice que no tienen gusto para la moda y que menos mal que se ha encargado ella del diseño...

—Dime que son rosas como los quería Emily —pido, divertido.

Scott suelta una carcajada y niega con la cabeza antes de dar otro sorbo a su cerveza.

—Son verdes —me filtra información confidencial—. Em dice que van a parecer los sapos del cuento en vez de las princesas.

—¿Es verde sapo, verde moco o verde moho?

—Es verde persa, según Grace, tío. Tenías que ver la cara que han puesto las otras tres cuando

ha soltado eso. Verde persa. Ha sido buenísimo. Pero, la verdad, tengo que reconocer que se lo ha currado. Los vestidos son diferentes y cada uno es muy del estilo de quien lo va a llevar, ¿sabes? Pero si no se quejaran y se burlaran de Grace, no serían ellas.

Tengo que darle la razón en eso. Son amigas de toda la vida, las cosas son así entre ellas.

—¿Y Mia estaba montando una manifestación en contra de los tacones? —adivino sin necesidad de que él diga nada.

Se ríe conmigo, al tiempo que asiente varias veces con la cabeza.

—¡Puto patriarcado! —exclamamos los dos a la vez.

Nos reímos a carcajadas. Luego, me encuentro con su mirada y los dos nos quedamos serios, porque sé perfectamente lo que está pensando. Sé que ha estado evitando su nombre de manera consciente, como hace siempre que habla conmigo. Pero veo en sus ojos que esta vez no tiene planeado callarse más.

—Y en respuesta a la pregunta que no haces, Cam, te diré que la verdad es que sí: Ashley está preciosa.

No especifica si está preciosa con su vestido de dama de honor o en general. Pero tampoco hace falta. Y a mí se me sube un nudo a la garganta que me obligo a tragarme al instante, como miles de veces antes. En esto ya tengo bastante práctica.

3

Ashley

—¿Cómo tengo el pelo? ¿Seguro que queda bien así?

Emily está entrando en modo histeria. Y yo tengo que tragarme la sonrisa y también el nudo de la garganta cuando se gira de golpe para mirarme directamente a mí.

—Estás preciosa, Em.

—Eso lo dices para que no te eche a patadas de mi boda.

Mia se adelanta y se encarga de colocarle bien el velo, que cae con delicadeza por la parte de atrás de su cabeza.

—Estás impresionante y tienes que relajarte un poco, tía. Ni que fuera a esperarte un galán de Hollywood en el altar —se burla la rubia, imitando su forma de hablar, mientras deja todo el atuendo de la novia perfecto.

—Los galanes ya no se llevan —protesta Emily.

—Entonces... Ni que fuera a esperarte Cameron Parker en el altar —reformula Mia, y me mira de reojo con una sonrisa burlona.

Tengo que ponerme a recoger todo lo que hemos dejado tirado en la habitación de la novia, en la casa que hay en medio de la enorme finca de la boda, para que no puedan verme del todo bien la cara, mientras se burlan sin piedad y Emily empieza a relatarnos con pelos y señales todas sus fantasías con Cameron Parker desde que empezamos a ir al instituto. ¿He dicho ya alguna vez que a veces odio a mis amigas? Bueno, pues sí, un poco.

Justo estamos en eso cuando mi móvil emite un pitido. Me acerco para consultarlo. Es Jayce.

> ¿Qué tal va el evento? ¿Te has encontrado ya con Míster Musculitos? ¿Te has desmayado de tanta belleza y has hecho el ridículo, en tu línea?

Respondo, con los dedos volando sobre el teclado. El predictor de texto me va dando a toda velocidad las palabras, lo que significa que le digo esto a mi amigo demasiadas veces.

> Te odio. Hasta aquí ha llegado nuestra amistad.

Su respuesta no se hace esperar.

Jajaja. En serio, ¿cómo estás?
¿Todo bien?

Pienso por un momento en qué decir. ¿Todo bien? Todo iría estupendamente bien si no fuera porque estoy como un flan. Porque sé que voy a ver a Cameron de un momento a otro y ya me duele la tripa y tengo ganas de salir huyendo de aquí.

Todo bien. No lo he visto. Ya te contaré.

Pongo el móvil en silencio para poder volver a centrarme en lo realmente importante. Creo que las chicas ya han dejado de decir estupideces sobre mi exnovio. O, si no, voy a tener que matarlas. Esta vez de verdad.

Grace entra en el cuarto con Dylan en la cadera y acompañada por la madre de Emily. Mia y yo nos hemos quejado mucho de los vestidos de dama de honor, pero son espectaculares. Grace ha hecho un gran trabajo. El suyo es palabra de honor, con una falda con vuelo tipo princesa; el de Mia tiene escote corazón y es ajustado hasta la cintura, con una falda que se abre a uno de los lados de una forma muy provocativa; y el mío me gusta más de lo que nunca pensé que pudiera gustarme un vestido de color verde persa de dama de honor, lleva unos tirantes muy finos y la espalda al aire, la tela se amolda a mis curvas a la perfección y me siento bastante sexi.

—Abajo está todo listo —anuncia, con ese nuevo acento medio neoyorkino suyo—. El hombrecito de las flores acaba de ajustarse la corbata. —Le hace carantoñas a Dylan—. Y han llegado casi todos los invitados. Acabo de ver a Gina, ha venido con Vanessa y Jeff.

Mira a Mia de reojo, y yo también, pero ella no dice nada ni hace ningún gesto que demuestre que la mención a su ex le haya afectado en lo más mínimo. Ojalá yo pudiera ser un poco más como ella.

—Vale —responde Emily mientras da una vuelta sobre sí misma para librarse de las atenciones de su madre, que no para de ajustarle el vestido—. ¿Y Cam? ¿Han llegado?

Parece preocupada, como si dudara de que el famoso jugador de la NFL fuera realmente a venir a su boda.

—Sí. Está con Scott, al otro lado del pasillo.

Ahora es mi turno para que todas me miren. Me limito a hacer una mueca de aburrimiento. Pero, por dentro, soy un tsunami de emociones, arrasando con toda mi cordura a su paso. Se me ha acelerado el ritmo cardiaco hasta niveles difícilmente compatibles con mantener el estado de consciencia y siento que me empiezan a sudar las manos. *Al otro lado del pasillo*. El otro lado del pasillo está muy cerca.

Clavo la mirada en Dylan, a ver si me da la paz que estoy buscando. Me produce mucha ternura ver cómo está mirando a su madre. Con los ojitos muy abiertos y cara de estar flipando. Seguro que le parece que está preciosa, pero eso aún no lo sabe decir. Está tan guapo con su traje y su corbata, que casi me dan ganas de tener uno yo. Para mí. Venga, ¿qué me pasa? ¿Y por qué

me estoy imaginando precisamente un miniCam de ojitos verdes cuando me ataca de golpe el instinto maternal?

—Ma-ma...

El pequeño está balbuceando, aún en brazos de Grace, y Emily da dos pasos para alzarlo en los suyos y darle un beso muy sonoro en la mejilla.

—Qué guapo está mi hombrecito.

Pero la abuela de la criatura se lo quita rápidamente para cargar ella con él.

—Anda, ten cuidado, va a mancharte el vestido, y te vas a estropear el maquillaje. Estás preciosa, Emily.

Mi amiga sonríe, emocionada. Justo en ese momento se abre la puerta, después de que alguien llame con los nudillos suavemente. Es el padre de la novia, ya listo para llevar a su hija al altar en el momento indicado. También le hace carantoñas al niño y hasta intercambia un par de palabras amables con su exmujer. Tener un nieto ha hecho maravillas con esos dos que, hasta hace nada, se llevaban a matar, para disgusto de Emily.

—Nosotras deberíamos ir bajando ya —señala Grace, al tiempo que nos hace una seña a Mia y a mí.

Las dos asentimos, a la vez. Antes de salir nos acercamos a la protagonista del día para envolverla en un delicado abrazo grupal. Mucho más delicado de lo que en realidad nos apetece a cualquiera de las cuatro. Pero no es momento para estropear nuestro impecable aspecto, y mucho menos el de Em.

Salimos con la madre de Emily y con Dylan para esperar entre los invitados a que empiece la música y tengamos que desfilar hacia el altar. Se me escapa la mirada al fondo del pasillo, donde sé que está la habitación del novio. Tengo mucho miedo de que se abra esa puerta y de repente me encuentre frente a algo que no pueda controlar. Mia parece leerme el pensamiento y me coge de la mano, para tirar de mí hacia las majestuosas escaleras y guiarme todo el camino al exterior, donde los invitados ya esperan.

Nuestro grupo de amigos está reunido casi al completo a uno de los lados de las filas de asientos. Dentro de poco empezará a caer el sol, haciendo del momento un acontecimiento mágico con los colores del atardecer y las bombillas de los farolillos simulando decenas de luciérnagas.

Ryan se adelanta dos pasos con una sonrisa radiante, dejando atrás a su novio y al resto de la pandilla, en cuanto me ve aparecer. Hacía mucho que no lo veía. Probablemente, más de un año; con eso de que él ahora vive en Miami y yo en Chicago es bastante difícil coincidir.

—Hola, bombón —saluda, y me envuelve en un abrazo cariñoso.

Él lleva un traje gris que le queda impecable y una pajarita muy moderna, totalmente de su estilo. Así que, si hay que hablar de bombones, creo que el piropo ha viajado en la dirección equivocada.

—Estuviste horroroso en el partido contra los Texans. Te estás haciendo viejo, tío.

Suelta un par de carcajadas.

—¿Y tú qué sabes? No ves partidos de fútbol. La gente dice que es el deporte que más odias.

—Solo veo los de tu equipo —bromeo.

—Ya. Claro. Solo los míos.

Aparto la mirada al captar la indirecta. No me pierdo ni un partido de los Patriots, aunque eso no tenga que saberlo nadie.

Los besos y los abrazos vuelan entre los que hacía tiempo que no nos veíamos y yo procuro estar pendiente de Mia, que está demasiado cerca de Gina y su novia italiana. Desde luego, lo lleva mejor que yo. Y eso que Cam ni siquiera está aquí.

Estoy charlando con Vanessa y con el novio de Grace, que es un neoyorkino muy elegante que se hace llamar Andrew, pero al que nosotras no paramos de llamar Andy, sin ningún reparo. Porque los novios de nuestras amigas son prácticamente nuestros novios y, siendo así, hay que pasar de formalismos. Mi atención se distrae cuando veo una cabeza rubia que sobresale entre el gentío. Viene directamente hacia nosotros y, en cuanto nuestras miradas se cruzan, me sonríe con genuina alegría. No puedo evitar copiarle el gesto. Le dice algo a alguien que camina a su lado y, entonces, puedo ver a la preciosa morena que lo acompaña. Hacen muy buena pareja.

—¡Hola, muñeca! —Me envuelve en sus brazos y me levanta en el aire en cuanto llega a nuestra altura—. ¿Has crecido? —Frunce el ceño al dejarme en el suelo. Luego echa un vistazo a mis tacones—. Ah, no, estás haciendo trampa.

—Qué bobo —bufo—. ¿Cómo estás, Tyler?

—Vengo a comer y beber gratis y hay un montón de tías preciosas en vestidos de lo más sexi..., ¿tú qué crees?

Intercambio una mirada con su novia, Sue, y las dos ponemos los ojos en blanco. La morena se adelanta enseguida para darme un abrazo y cruzar unas cuantas palabras conmigo. No podría estar más feliz por ellos. Son perfectos el uno para el otro. Sue es la chica que Tyler merecía, y lo hace muy feliz.

No han pasado ni dos minutos desde la llegada de Tyler y Sue, y yo estoy agachada en el suelo, entreteniendo al pequeño Dylan, cuando lo oigo.

Unas carcajadas que encienden todo mi sistema nervioso en una cascada furiosa y que me ponen alerta. Conozco la sensación. Sé perfectamente qué es lo que está haciendo mi organismo. La respuesta de estrés más pura y primitiva. Me estoy preparando para luchar o huir. Pero, en cambio, me quedo quieta, mientras el sonido de esa risa hace eco en todos los huecos y grietas de mi alma.

Mi subconsciente se pone a entonar una canción de Taylor Swift. Como si aún tuviera diecisiete años. *Please, don´t ever become a stranger, whose laugh I could recognize anywhere...* Recuerdo haberle cantado esa canción más de una vez. Más de dos. En su coche. Al oído. Haciendo míos esos versos. Lo habría pedido por favor una y mil veces. Pero, al final, eso es

justamente lo que ha pasado. Se ha convertido en un extraño. Y yo podría seguir reconociendo su risa hasta en el mismísimo fin del mundo.

Tengo que reaccionar y levantar la mirada cuando Dylan suelta un chillido, aplaude entusiasmado e intenta echar a correr hacia él. ¿Por qué este niño lo quiere tanto? ¿Cuánto se ven? ¿Lo ve a él más que a mí? En cuanto levanto la cabeza, nuestros ojos establecen contacto visual. Aún está lo suficientemente lejos como para que pueda ver lo que se rompe en mi mirada al encontrarse con ese color verde, y, además, es apenas un segundo. Él la aparta inmediatamente, como si solo un cruce de miradas pudiera matar. Me pongo en pie para ganar estabilidad. Él se adelanta luciendo una gran sonrisa dedicada al niño.

—¡Hola, colega! —saluda, y mi interior tiembla, solo con volver a oír el timbre de su voz.

Levanta a Dylan en brazos, y yo tengo que dar un paso atrás para poner un poco más de distancia entre los dos y que no me derrita el calor que emana de su cuerpo ni me emborrache el olor de su colonia. Lanza el bebé al aire, y lo recoge luego con mucha delicadeza, mientras el pequeño se parte de risa con unas carcajadas de lo más tiernas.

Lleva un traje negro que se le ajusta perfectamente, camisa blanca y una corbata fina de color gris. El pelo más largo que hace dos años, pero más corto que cuando me enamoré de él por primera vez. Algunos mechones desordenados le caen sobre la frente, y se me pasa por la cabeza la idea de colocarlos en su sitio. Se me cierra la boca del estómago.

Tengo que obligarme a apartar los ojos de él y dejar de fijarme en cómo brillan los suyos y en esa sonrisa perfecta que le está dedicando al hijo de mis mejores amigos. De repente, tengo ganas de vomitar y el corazón me palpita muy rápido, pero no lo suficiente como para poder llegar a oxigenar todo mi organismo devastado.

Miro detrás de él y la veo. Esa mujer rubia de curvas perfectas a la que sacan fotos paseando de la mano con él por la calle y que lo anima desde la grada en todos y cada uno de los partidos. Es verdaderamente impresionante. Podría ser modelo. Me lo creería si me dijeran que lo es. Pero no. Eso sería demasiado fácil. Eso me permitiría escudarme en los estereotipos y pensar que es una chica guapa pero tonta. Y no lo es. Es periodista. Y de éxito, además. Por un momento, me da mucha rabia que se haya presentado aquí con ella, porque es que, a ver, es la boda de mis amigos y no debería ser yo la que se siente fuera de lugar. Se acerca hacia donde estamos, charlando con la hermana de Scott como si se conocieran de toda la vida, pero sin apartar los ojos de Cam, y con una sonrisa bastante tierna y bastante boba decorándole los labios. Justo como una mira al hombre del que está enamorada cuando lo ve siendo de lo más tierno con un niño pequeño.

Cameron sigue con el niño en brazos, y saluda a todos nuestros amigos como si yo no estuviera presente. No mira ni por un solo segundo en mi dirección mientras abraza y besa a Mia y a Grace, saluda cariñosamente a Sue y cruza un par de bromas con Tyler. Y eso sí que me da rabia. Eso sí que me da ganas de ponerme a gritar.

Se me atraganta la mala leche en la garganta cuando se gira hacia mí. A él se le borra la

sonrisa de golpe, y yo trago saliva para arrastrar lo que queda de mi patético intento de ser la ofendida, clavo los ojos en los suyos y siento que, si le sostengo la mirada un segundo más, voy a ponerme a llorar. Ya noto las lágrimas que empiezan a agolparse tras mis párpados.

—Hola, Ashley.

Eso es lo que dice. Sin ninguna emoción en la voz. Sin ni siquiera un amago de sonrisa. Sin tratar de mostrarse cordial. Ni aunque tan solo sea para no crear una situación violenta delante de nuestros amigos.

—Hola.

No sé si ha llegado a oírme, porque lo he dicho con un hilo ridículo de voz, como siempre solía pasarme en su presencia. Y porque, justo entonces, la puñetera periodista rubia llega a nuestra altura y saluda mucho más alto y alegre que yo, dirigiéndose a todos.

Cam vuelve a recuperar la sonrisa al mirarla y le rodea los hombros con el brazo con el que no sostiene a Dylan. La presenta como su «novia Lynn», y yo intento hacer de tripas corazón y mantenerme en mi sitio y guardar la compostura, cuando lo único que quiero es largarme de aquí corriendo y encerrarme en el baño de la habitación de la novia a llorar.

Vuelvo a la realidad cuando oigo mi nombre de nuevo en sus labios y levanto la vista para enfrentarme a la pareja perfecta. Ha dicho algo así como «Ella es Ashley», en un tono demasiado indiferente para justificar la curiosidad con la que los ojos azules de esa chica me están dando un buen repaso.

—¿Tú eres Ashley? —pregunta y yo me limito a hacer un movimiento de cabeza que lo confirme. No estoy muy segura ni de quién soy, ahora mismo. Me tiende la mano, pero su mirada me está dejando muy claro que no pretende ser cordial—. Encantada, Ashley. He oído hablar mucho de ti.

Y, tal y como lo dice, no me hace falta seguir el juego y preguntar eso de «¿Bien o mal?». Tengo clara la respuesta.

Vanessa se mete por medio, salvándome el culo, empieza a organizar a los que tenemos que desfilar por el dichoso pasillo, y envía a todos los demás a ocupar sus sitios. Aún conserva sus dotes de organización, de cuando dirigía a las animadoras.

Scott acaba de ocupar su lugar en el altar. Apuesto a que está nervioso.

—Ashley Bennet —oigo a mi lado.

Vuelvo la mirada y me encuentro los bonitos ojos rasgados de uno de los mejores amigos de Scott. Hacía años que no lo veía. Está más fuerte, llenando el traje oscuro que viste, parece más maduro..., pero sigue luciendo la misma sonrisa engreída.

—Caleb Braxton —digo en el mismo tono.

—Me alegro de verte —asegura en cuanto le devuelvo la sonrisa—. ¿Vamos?

Me ofrece el brazo y yo entrelazo el mío en el suyo para acompañarlo en el camino al altar y no romper la maldita simetría en la que Emily está empeñada. Me pregunto cómo lo estará pasando Mia con Eddie «el babas» de acompañante, pero me abstengo de mirar atrás. No quiero

llevarme una bronca de mi mejor amiga por salirme del guion. Y tampoco quiero arriesgarme a cruzar la mirada otra vez con unos indiferentes ojos verdes.

Contemplo enternecida cómo Dylan avanza por el pasillo, de la mano de su abuela, y con todo el mundo pendiente de él. Cruzo una mirada con Caleb al separarnos e ir cada uno hacia un lado de los bloques de asientos y la forma en que él me observa me hace ruborizarme ligeramente.

No puedo evitar mirar de reojo continuamente hacia Cameron mientras él avanza por el pasillo llevando a Gina del brazo. Es todo un espectáculo. No me extraña que digan de él que es el jugador más sexi del panorama actual del fútbol americano. De verdad que lo es. Lo veo llegar hasta su asiento y poner la mano en la cintura de su novia, dándole un ligero apretón. Ella sonríe, y esa sonrisa se amplía cuando él se inclina para decirle algo al oído. Y en este momento me doy cuenta de que nunca he sabido lo que era sentir celos de verdad. De los que te arañan por dentro. De los que acaban con tu parte racional. De los que te hacen tener ganas de morirte. De los que provocan que no puedas apartar la mirada ni un solo segundo, ni siquiera cuando deberías estar contemplando a tu mejor amiga caminando hacia el altar en su perfecto vestido de novia.

Cam no echa ni un mísero vistazo en mi dirección. Parece como si ni siquiera se acordara de que estoy ahí. Como si no lo supiera. O... como si le diera igual.

Le da igual.

Había esperado muchas cosas de un reencuentro como este. Había manejado un montón de escenarios diferentes. Siempre pensé que él sentiría algo al verme. Casi todas mis predicciones apostaban por el odio, y eso era bastante malo. Pero no más que la indiferencia. La realidad es mucho peor que cualquier estúpida fantasía que hubiera creado en mi mente. Porque estoy a menos de cinco metros de él. Y a Cameron Parker le da absolutamente igual.

No puedo evitar preguntarme cómo algo puede pasar del todo a la nada de una manera tan devastadora. Cómo puedes pasar de no poder apartar tu mirada de unos ojos a evitarlos sin ni siquiera tener que pensar en ello.

Cómo puede alguien pasar de serlo todo a ser un completo desconocido.

4

Cam

Lo único que me faltaba ya hoy es ver a Ashley colocarse delante de todo el mundo en el altar para soltar un discurso. Eso me pone bastante más difícil cumplir mi propósito de no mirarla. Aunque ya me había traicionado a mí mismo unas cuantas veces antes de este momento, mientras captaba sin querer mi atención yendo y viniendo para recolocar la larga cola del vestido de Emily cada vez que esta se mueve. Está muy atenta a su cometido como dama de honor, y eso ha garantizado que no me pillara ni una sola vez con los ojos fijos en ella. Mejor. No sé qué me pasa. Después de dos largos años sin saber de ella, no debería importarme si le duelen los pies con esos tacones.

El vestido que lleva deja toda la espalda al aire y se ciñe a la curva de sus caderas como una segunda piel. El pelo recogido atrás, con unos cuantos mechones sueltos desordenados, deja ver el tatuaje de su nuca, y me pregunto si en este tiempo se habrá hecho alguno más.

Se gira y permite a todos los presentes contemplarla de frente, parada delante de un pequeño púlpito. Y Scott tenía razón, porque Ashley está preciosa y no creo que sea solo por efecto de su vestido de dama de honor.

No tenía que haber venido. Tenía que haberle puesto una muy buena excusa a Scott. No estoy preparado para enfrentar esto. Me da miedo ponerme a recordar. Me aterroriza que verla no me deje indiferente.

Vale, solo tengo que conseguir relajarme y la presencia de mi ex no me afectará lo más mínimo. Ella lleva ya mucho tiempo sin afectarme.

La oigo hablar como si estuviera muy lejos de mí, como si todo esto fuera un sueño, en el que lo que sucede a tu alrededor, a ratos, resulta borroso y confuso. Sé que está soltando un discurso enternecedor, y no para de hacer reír a los presentes, pero yo no puedo centrarme en eso. No, porque no quiero preguntarme si en el fondo había echado de menos su voz, y tampoco quiero darme cuenta de que no había olvidado en absoluto su timbre, ni la cadencia de su risa.

Siento un par de ojos observándome muy de cerca y tengo que girar la cara para enfrentar la mirada de Lynn. Sé lo que está pensando. Y quiero alejar las dudas, así que le sonrío y pongo la mano sobre sus piernas hasta alcanzar la suya y entrelazar nuestros dedos, para darle el mensaje

de que no tiene que preocuparse por nada; de que no hay necesidad de estar celosa; de que Ashley Bennet no me afecta en absoluto. Ojalá estuviera tan seguro de verdad.

Cuando los dos devolvemos la mirada al frente, Ash se está secando las lágrimas cuidadosamente con las yemas de los dedos, y puedo ver que todas sus amigas hacen lo mismo. Pasear la mirada por los ojos vidriosos de mi exnovia me muerde el corazón, y siento el impulso de pasarle los pulgares por las mejillas y besar sus párpados húmedos. La fuerza de la costumbre.

Tengo que salir de aquí. Miro a ambos lados, pero no hay escapatoria. No hasta que acabe la ceremonia y puedan besarse los novios. Está diciendo no sé qué de morirse de amor literalmente. Y yo sí que voy a morir literalmente si esto no se acaba de una vez.

Está bajando del altar y creo que voy a poder volver a respirar de un momento a otro, pero entonces, asomando por el borde de su vestido, en su costado, veo la letra «F» de un tatuaje que conozco mejor que el mío.

«Pero no me lo hice por Tyler, Cam.»

No se lo hizo por Tyler. Tampoco se hizo por Tyler el de la muñeca izquierda. Por Tyler no se marcó la piel. Y, sin embargo, hizo algo mucho más grandioso por Tyler Sparks. Algo mucho más trascendente, algo que sí marcaría la diferencia en el mundo, en *mi mundo*: por Tyler Sparks me rompió a mí el corazón.

—Pensaba que nunca te pillaría a solas para hablar de nuestras cosas —dice Tyler al aparecer por sorpresa a mi lado. Me rodea los hombros con un brazo—. Esa preciosidad tuya no te deja a sol ni a sombra, ¿eh?

Hago una mueca y me aparto de su abrazo, empujándolo con el hombro.

—Y tú, ¿dónde has abandonado a Sue?

—Sue es un alma libre. Estará hablando hasta con las plantas, o a lo mejor está haciéndole mimos al niño. No sé qué le pasa a la gente cuando se cruza con un bebé, ahora va a pasarse semanas pidiéndome uno.

—Pues cómpraselo, tío, que nunca tienes ningún detalle con ella.

Se ríe con mi chiste y choca su botellín de cerveza con mi copa. Yo ya estoy bebiendo *gin-tonic* de la barra libre que han montado tras la cena. Por lo menos los novios tuvieron el detalle de sentarnos a Ashley y a mí en mesas diferentes. Espero que Scott sepa que se lo agradezco, aunque no vaya a decirlo en voz alta.

—¿Dónde se ha metido Lynn? ¿No sabe que hoy debería vigilarte por si *alguien* se te acerca demasiado?

—Cállate.

Mi novia tiene fama de celosa entre mis amigos. No sé muy bien por qué. A ver, claro que le molesta si me ve con otras chicas, pero eso es normal, ¿o no? Y el verdadero problema es que esta noche a lo mejor tiene motivos para estarlo. Puede que mis ojos estén barriendo el gentío

demasiado a menudo, apartándose de los suyos. Puede que sí. Pero ahora ella está con Vanessa, no sé exactamente en dónde, y yo puedo controlar mi alrededor para asegurarme de estar bien lejos de la única persona con la que no quiero cruzarme.

Creo que la persona a la que me refiero tampoco quiere cruzarse conmigo, y es por eso que lleva toda la noche pegada a Caleb Braxton. ¿En serio? Y lleva unas cinco canciones bailando con él, después de haberse pasado un rato muy largo charlando en la barra como si fueran amigos de toda la vida. Y yo no debería saber estas cosas porque no debería estar tan pendiente de cada cosa que hace.

—Si no quieres una escena de celos será mejor que dejes de mirarla, colega.

Tyler me devuelve a la realidad y me giro hacia él, con cara de pocos amigos.

—¿A quién? —Me hago el despistado.

—A quién —repite con una sonrisa burlona—. Venga ya, Cam. No sé si es por orgullo o porque realmente eres tonto, pero estás empeñado en perder lo mejor que te ha pasado en la vida. Mira, estoy loco por Sue, ¿sabes? Me encanta, me hace muy feliz, pero es que si Ashley Bennet me hubiera mirado una sola vez como te mira a ti, te puedo asegurar que no estaríamos aquí. Y me parece injusto que tú puedas tener eso y lo desprecies como si nada. Te eligió a ti, no una vez sino dos. Y apuesto a que lo haría una tercera, si tuviera la oportunidad.

—Quiero que cierres la boca ahora mismo —gruño cuando la sangre empieza a hervirme en las venas—. Ella ya no significa nada para mí.

Tyler pasa su peso de una pierna a otra y luego le da un trago muy despreocupado a su cerveza.

—Me perdonaste a mí. ¿Por qué te cuesta tanto perdonarla a ella?

Doy media vuelta y me alejo, con su pregunta repitiéndose en bucle. «¿Por qué te cuesta tanto perdonarla a ella?» Con Tyler... no es que hayamos recuperado del todo la relación de antes, pero, muy a mi pesar, la realidad es que entendí por qué lo hizo. Es que yo habría hecho lo mismo de estar en su lugar. Porque entendía lo que era estar perdidamente enamorado de Ashley Bennet. Pero ella... ella se suponía que tenía que estar perdidamente enamorada de mí.

5

Ashley

Miro hacia atrás para asegurarme de que nadie nos ha seguido y me levanto un poco la falda del vestido para poder sentarme en el escalón de cemento, parapetada tras una de las mesas del cóctel, lejos de la pista de baile.

Mia saca algo de su bolso y, para cuando me doy cuenta, está encendiendo un cigarrillo, mientras yo dejo la botella de champán que hemos robado de la barra en el suelo entre nosotras. Le quito el pitillo de entre los dedos rápidamente, cuando ha dado una sola calada, para llevármelo a los labios.

—¿Desde cuándo fumas? —inquiero, antes de aspirar el humo.

—¿Desde cuándo fumas tú?

—Yo no fumo.

—Yo tampoco.

Vuelve a hacerse con el cigarrillo y levanta la mirada hacia el cielo estrellado. La imito. Desde aquí se ve el firmamento plagado de puntos de luz. Estamos lo suficientemente alejadas de la fiesta para que las luces no nos estropeen del todo el espectáculo.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Supongo. ¿Y tú?

—Supongo.

Bajo los ojos hacia los suyos cuando noto su mirada fija en mí. Me tiende el cigarrillo y yo le sonrío levemente al cogerlo, antes de darle otra calada.

—En realidad, ya no me duele, ¿sabes? Es solo que me cabrea que se presente aquí con ella como si nada. Emily es más amiga mía que suya, podría haber declinado la invitación.

—Eres mucho más guapa que esa italiana —trato de animarla.

Mia suelta una risita que da a entender que no cree mucho en mis palabras. Niega lentamente con la cabeza y luego echa el cuello hacia atrás para volver a mirar al cielo.

—Creía que tú decías que no estaba bien eso de atacar a otras mujeres por su aspecto físico y que bastante teníamos con la puta sociedad.

—Eh, tía, acabamos de escaparnos de la boda de nuestra amiga para fumar un cigarrillo y lamentarnos por nuestros amores perdidos del instituto. Si no puedo aparcar todo eso ahora, ¿qué

me queda?

Se echa a reír y me contagia la risa tonta.

—A la mierda. —Se muestra de acuerdo conmigo—. ¿Has visto a esa tía que lleva tu ex del brazo? Te juro que cada vez que Cam se pone a hacerle monerías a Dylan puedo oír sus ovarios poniéndose en funcionamiento.

Las dos nos reímos, pero después tengo que morderme el labio para evitar que me tiemble. Cam con Dylan es lo más tierno que he visto en mucho tiempo. Y no me extraña nada que ella fantasee con algo así para el futuro.

—Nadie se casa con su novio del instituto —vuelve a hablar, en tono nostálgico.

—Excepto Em —soltamos entonces las dos al unísono con un suspiro.

Nos echamos a reír a carcajadas, tras la coincidencia. Y empezamos a bromear metiéndonos con nuestra amiga y su idílica relación. Ha llegado el momento de abrir esa botella de champán y tenemos que recurrir a nuestras cuatro manos para poder hacer saltar el corcho, que se pierde en la oscuridad con un ruido ensordecedor que nos hace chillar y luego reír como si nos hubiéramos vuelto locas.

Me alegro mucho de que Mia esté aquí conmigo.

Para cuando volvemos a la fiesta hemos fumado medio paquete, que Mia me ha confesado que le ha prestado Tyler, y hemos acabado con hasta la última gota de champán. Tampoco vamos tan mal, gran parte de la bebida la hemos derramado o escupido al no poder contener la risa con alguna tontería de la otra. Hacer el aspersor por no poder parar de reír no es tan asqueroso ni motivo de vergüenza social cuando estás con alguien con quien tienes absoluta confianza.

Freno la marcha cuando choco contra alguien. Un torso duro, como un muro. Me sujeta entre sus brazos antes de que pueda perder el equilibrio. Cuando alzo la mirada me encuentro los ojos avellana de Tyler Sparks... y un ceño muy fruncido.

—¿De dónde demonios venís?

Me entra la risa floja, y supongo que es por el champán, pero es que, que sea Tyler el que se ponga en plan padre cabreado, no deja de ser irónicamente gracioso.

Frunce el ceño un poco más cuando mi risa tonta se mezcla con una muy parecida de mi amiga, que no puede evitar contagiarse. Estira la mano y le quita el paquete de tabaco a Mia de un tirón. Lo abre y suelta un taco en voz baja.

—Os dan la mano y os cogéis el brazo, ¿eh?

Mia y yo nos miramos y empezamos a reír bajito otra vez. Creo que las dos estamos pensando exactamente lo mismo. El rebelde del instituto se ha convertido en un auténtico carca.

—Tranquilo, Tyler, no pensamos cogerte nada más allá del brazo —asegura Mia, solemnemente.

Yo intento contener la risa, pero se me va a escapando poco a poco, en pequeños estallidos la mar de ridículos.

En ese momento, Sue aparece al lado de su novio y nos mira a las dos alternativamente,

alzando las cejas. Yo me muerdo la lengua y carraspeo.

—¿Qué os pasa? —pregunta preocupada.

—Eres muy guapa, Sue —alaba Mia.

Me coge el brazo y tira de mí en dirección opuesta para alejarnos de ellos.

—Eres genial, Sue —me uno al peloteo.

—¡Te queremos, Sue! —exclama mi amiga, lo que llama la atención de los que están a nuestro alrededor, y tiene que apoyarse en mí para no perder el equilibro mientras avanzamos entre la gente.

Cuando nos estamos felicitando la una a la otra por habernos librado de la bronca de Tyler por menguar sus reservas de tabaco, alguien se interpone en nuestro camino.

Es Emily, con los brazos en jarras y cara de pocos amigos.

—¿Qué pasa con vosotras dos?

Me da la impresión de que todo el mundo nos mira cuando Em nos obliga a ir a un lado de la pista de baile y nos sienta en unas sillas mientras ella se pasea por delante de nuestras narices echándonos un buen sermón.

Yo creo que no es para tanto. Está dando más el cante ella que nosotras. Me intento hacer la buena y aparto la mirada, como si me avergonzara mi comportamiento y sus palabras me estuvieran calando muy hondo. El problema es que mis ojos terminan posándose en donde no deberían. Cameron está en la pista de baile, acunando a esa chica contra su pecho, con la barbilla en su coronilla, como tantas veces había hecho conmigo. Creo que el alcohol que recorre mis venas se evapora al tiempo que me desangro, muy lentamente.

En cuanto nos libramos de la gruñona de Em, Mia me anima para ir en busca de nuevas diversiones. Pero a ella la secuestra Ryan a mitad de camino y yo sigo sin rumbo fijo hasta encontrarme un par de ojos que se hacen cada vez más pequeños al mirarme divertido.

—¿Ya estás liándola en la boda de tu mejor amiga, Ashley Bennet?

—No seas un rollo y ofréceme una copa y un baile —pido, coqueta.

—Tienes suerte de que me quedara sin mi más uno esta noche. —Cede al instante. Me coge la mano y me lleva hasta el centro de la pista de baile—. Ya estoy pensando cómo cobrarme esto de hacerte de niñero, y puede ser que me conforme con que mañana cenes conmigo... ¿Qué me dices?

—Que invitas tú, Caleb. Sin ninguna duda, mañana invitas tú.

Cerca de una hora después me quedo sola cuando Caleb desaparece con su panda de amigos para hacerle no sé qué broma pesada al novio. Pido un botellín de agua en la barra y me alejo hacia la zona de las mesas, dándole pequeños sorbos. No he vuelto a beber alcohol, y el champán baja tan rápido como sube, así que me encuentro bastante serena. Y lo odio. Me lo estaba pasando en grande con mi borrachera, haciendo el idiota con Mia, charlando con Caleb y bailando descalza

con mis zapatos de tacón en la mano. Ahora vuelvo a estar lo suficientemente sobria para pensar en cosas que no quiero pensar esta noche. No, teniéndolo tan cerca.

Me siento en una silla y dejo el botellín casi acabado delante de mí. Vuelvo a calzarme, para que nadie pueda mirarme raro ahora que me puede importar lo que la gente diga. No sé dónde se han metido mis amigas. Es bastante entrada la madrugada y la gente ha empezado a retirarse de la fiesta hace un rato. Los padres de Scott se han llevado a Dylan y todos los familiares invitados por compromiso han desaparecido ya de escena. La pista de baile se ve un poco más vacía, pero igualmente animada. Imagino que Grace estará con su novio en algún rincón. Emily está bailando con un amigo de la universidad. Mia ha desaparecido por completo. Y Vanessa... no tengo ni idea de qué pasa con Vanessa. Apenas he cruzado dos palabras con ella en toda la noche. Cada vez que la veía estaba alrededor de Cam o de esa tal Lynn. A lo mejor es un rollo suyo eso de hacerse amiga de las novias de su ex y ahora ya me ha encontrado sustituta. Justo como él.

Respiro hondo y suelto un suspiro. Necesito dejar de machacarme a mí misma. Y, sobre todo, necesito dejar de compararme con esa chica con cuerpo de modelo a cada paso que da. No puedo volver a ser la Ashley insegura de diecisiete años. He recorrido un largo camino hasta aquí para volver a los complejos ahora. Y, si Cameron Parker ni siquiera quiere mirar en mi dirección, no hay nada que yo pueda hacer para hacerle cambiar de opinión. No debería querer hacerle cambiar de opinión, ahora ya. Hace dos años que decidió que era mejor que desapareciera por completo de su vida. Y yo tengo que aceptar eso y respetar su decisión. Es la forma madura de proceder. Y la única manera de no volver a hacerme pedazos.

Será mejor que me levante de aquí y vaya a hablar con Vanessa, solo para asegurarme de que ella sí que me sigue queriendo, aunque haya una periodista deportiva nueva en este círculo de amigos.

—¿Bailas?

Se me para el corazón de golpe y tardo bastante más de lo que sería adecuado en reaccionar cuando su mano derecha tendida entra en mi campo de visión, esperando que ponga la mía sobre ella y acepte la propuesta. No lo hago. En cambio, levanto la vista muy despacio hasta que mis ojos se tropiezan con esos iris brillantes de color verde, que esta vez no se separan en décimas de segundo, como gran novedad de la noche.

Cameron se ha quitado la americana del traje, hace un rato ya, tiene las mangas de la camisa recogidas a la altura de los codos, y lleva el nudo de la corbata flojo y el primer botón desabrochado. Tiene un par de mechones de pelo negro surcándole la frente. Y sigue esperando pacientemente mi respuesta.

No me siento capaz de encontrar la voz para pronunciarme con palabras, pero mi cuerpo está vibrando con el estímulo de cada fibra motora de mi ser y mi corazón, golpeando muy fuerte mis costillas, me advierte de que no se me ocurra perder esta oportunidad. Habría que saber lo que dice mi parte más racional, pero, claro, esa Ashley está completamente fuera de cobertura ahora

mismo, con las conexiones neurales desactivadas, como cada vez que Cameron Parker anda cerca. Pongo mi mano izquierda sobre la suya y cierra los dedos con delicadeza en torno a mi muñeca, girándola hacia él, y pasa el dedo índice por encima de mi tatuaje. Supongo que no lo habrá hecho conscientemente. Ha debido de ser mera casualidad.

No me da tiempo a pensar mucho en ello porque inmediatamente tira de mi mano y me pone de pie, arrastrándome con la inercia de su propio movimiento, y nos lleva a los dos hacia la pista de baile. Me sostiene con firmeza contra su pecho, con un brazo rodeando mi cintura, cuando estoy a punto de perder el equilibrio. Luego, acomoda nuestra postura para bailar, lentamente, aflojando su agarre como si le costara tener que perderlo. Aun así, estamos demasiado pegados y yo ya estoy embriagada por su olor y casi ni me acuerdo de dónde estamos. Podría no haber nadie alrededor ya a estas alturas. Para mí ha desaparecido todo lo que no seamos él y yo, y nuestras pieles en contacto. Madre mía, hacía dos años que no nos tocábamos, pero parece que a mi piel no se le había olvidado que una vez lo único importante había sido fundirse con la suya, siendo solo uno. Me cosquillea todo el cuerpo, justamente como lo hacía entonces, como lo ha hecho siempre desde la primera vez que Cameron Parker me tocó. Desde la primera vez que me acarició.

—Te veo bien —consigo pronunciar, después de un largo minuto de silencio dejando que él marque el ritmo de nuestro baile.

Tengo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarle a la cara.

—Estoy bien —confirma como respuesta a mi comentario. Un par de segundos de silencio y luego sus ojos bajan lentamente hasta encontrarse con los míos—. ¿Cómo estás tú?

No parece que le interese mucho la respuesta, tal y como lo pregunta. Y yo no sé por qué narices acaba de invitarme a bailar si ni siquiera quiere saber qué tal estoy.

—Estoy bien —repito, de manera automática. Es lo que se supone que la gente dice en respuesta a esa pregunta, aunque no sea toda la verdad, ¿no?—. ¿Cómo está *Vodka*?

Es que, si se arrepiente de estar hablando conmigo y no me ha dado tiempo a preguntar eso, reviento. De verdad.

Lo veo sonreír de medio lado y aparta la mano de mi cintura para fingir que mira el reloj.

—No te ha costado ni dos minutos preguntarlo —calcula, en tono burlón—. Está muy bien. Cada día un poco más vaga.

—¿Más?

Suelta una risita por la nariz, y noto el esfuerzo que hace por no despegar los labios.

—Dale un beso de mi parte cuando vuelvas, por favor —pido.

Se me encoge el corazón al pensar en la perra, que me adoraba y a la que yo adoraba aún más.

A la que aún adoro.

Sus dedos me recorren la espalda, haciéndome cosquillas mientras sube la mano para acomodar su agarre. Yo me estremezco bajo la caricia.

—Sí, claro —se limita a decir.

Como si no se estuviera dando cuenta de lo que provoca en mí.

—Cam...

No me deja decir nada más, porque me empuja la cadera con una mano para hacerme girar sobre mí misma con la otra, antes de pegarme a su cuerpo, un poco más que antes.

—Estás preciosa esta noche.

Lo dice muy cerca de mi oído, con la boca casi rozando mi oreja, y a mí me da un escalofrío y pierdo el ritmo, tropezando con mi propio pie. Cameron me sujeta para mantenerme en equilibrio y no deja de bailar, como si no hubiera pasado nada.

—Vaya, ¿en serio? Un cumplido. Creía que me odiabas —digo con amargura.

—Odiar malgasta demasiada energía —suelta con despreocupación.

Su tono de voz lleva implícito un «me eres totalmente indiferente, que es mucho mejor», que no llega a expresar en voz alta. Pero a mí me duele igual. Y me da rabia. Mucha. Porque lo he visto charlar y reír con Tyler, quien, si no recuerdo mal, también estaba allí en todas esas ocasiones por las que Cameron se siente «tan traicionado», así que no me parece muy justo que lo haya perdonado a él como si nada y a mí me mantenga en el más absoluto destierro.

—No tienes por qué hacerte el compasivo conmigo. —Lo empujo ligeramente y doy un paso atrás para separarme de su cuerpo—. Prefiero que me ignores a que me dediques un baile por pena.

—Tú no me das ninguna pena, Ash. —Lo dice muy serio, con las pupilas clavadas en las mías —. Eso es lo último que me inspiras, créeme.

Frunzo el ceño, explorando sus ojos, pero permanecen totalmente impenetrables a mi escrutinio y soy incapaz de adivinar lo que está pensando en realidad. Puede que, después de dos años, ya no lo conozca lo suficiente para poder leer sus ojos como hacía antes. O puede que ya no lo conozca en absoluto.

—Lynn parece una gran chica —reconozco, tragándome los celos. Él asiente y eso solo aviva el puñal que me está atravesando las entrañas—. Me alegro por ti. Se os ve bien juntos. Se nota que te quiere. Y tú... —Me interrumpo un momento antes de encontrar la fuerza necesaria para continuar—. Tú la quieres a ella..., ¿no?

La pregunta final estaba fuera del guion de chica madura que es capaz de expresar los mejores deseos para su ex y su nueva pareja, pero no he podido contenerlo. Como si esperara que él dijera que no. Como si estuviera suplicando un desmiéntelo o calla para siempre. Pero él no va a desmentirlo. Y, por desgracia, tampoco se calla.

—Sí. Claro que la quiero.

Creo que me muerdo el labio. No estoy del todo segura. Me zumban los oídos y siento que me mareo. Necesito alejarme de aquí. Ya.

—Me alegro. Espero que seas muy feliz, Cam. Te lo mereces. No pierdas el tiempo bailando conmigo. Te aseguro que no es necesario.

Doy otro paso atrás, y él me sujeta por el codo, como si temiera que fuera a caerme al suelo

de un momento a otro. Bajo la mirada y me encuentro de golpe con la tinta que conforma su tatuaje. Con mi letra impresa en su piel. Hace dos años dijo que volvería a hacerlo si volviera el tiempo atrás. Estoy segura de que eso ha cambiado.

—Me ha gustado verte —murmuro.

Y luego me suelto de su agarre y camino con toda la dignidad que puedo hacia las puertas abiertas de la casa. Necesito un sitio donde pueda esconderme unos minutos. Solo hasta que me asegure de que no voy a derramar las lágrimas. Solo hasta que consiga dejar de temblar.

—Eh, Ashley.

Me giro, cuando ya estoy al pie de la escalera, al oír una voz llamarme a mi espalda.

Es la periodista deportiva de la melena rubia y las piernas largas. Parece que me ha seguido desde el exterior. Estamos completamente solas. No necesito esto ahora, sea lo que sea lo que quiere de mí. De verdad que no lo necesito. Y dudo que vaya a ser capaz de enfrentarme a ello.

—¿Estás bien?

Me sorprende tanto la pregunta que creo que hasta se me descuelga un poco la mandíbula inferior.

—Sí —miento, y fuerzo una media sonrisa—. Estoy bien, claro.

Ella me observa, desconfiada, y da dos pasos para terminar de recortar la distancia que nos separa. Habla en voz más baja en cuanto estamos frente a frente.

—Mira, entiendo que Cam y tú tenéis mucha historia. Me ha contado cosas sobre ti y sé lo que terminó pasando entre vosotros. En el fondo él también sabe, como lo sé yo, que tu intención no era hacerle daño. Pero se lo hiciste, ¿sabes? Le ha costado salir de ahí... Me ha costado sacarlo de ahí —se atribuye el mérito—. Y estoy segura de que después de todo lo que os quisisteis, aún queda algo de eso en ti, ¿no? Que sigues preocupándote por él, que quieres que sea feliz. —Hace una pausa para darme el turno de palabra, pero decido desaprovecharlo y espero a que termine con su exposición—. Ashley, por favor, si alguna vez lo quisiste tanto como él te quiso a ti, déjalo seguir adelante. No necesita volver a tenerte en su vida ahora mismo. *Necesita* no volver a estar cerca de ti.

Entorno los ojos mientras estudio los suyos. ¿Quién se ha creído que es? ¿Quién? ¿Quién se cree que es para decirme a mí lo que necesita o no necesita mi capullo adorable? ¿De dónde se ha creído que puede sacar el derecho a hablarme como si ella lo conociera mejor que yo? ¿Por qué se mete donde no la llaman?

Estoy a punto de ladrarle. De soltarle un gruñido. De decirle que se meta en sus asuntos. Pero, entonces, me doy cuenta de que a la que no llama nadie en este asunto es precisamente a mí. Han pasado dos años. Él ya no es mi capullo adorable. Él ya no es el chico que me besaba la sonrisa. Ya no es el que dibujaba corazones infinitos en mi piel y me llamaba «princesa» en el tono más irritante posible. Ese Cam ya no existe. Como no existe la Ashley que sabía hacerlo feliz. Supongo que, al fin y al cabo, esa ya no es tarea mía.

—Espero que sepas hacerlo muy feliz —hablo por fin, con voz queda—. Él sabrá hacerte muy

feliz a ti, eso seguro.

Le dedico una sonrisa ladeada, teñida de tristeza, y me doy media vuelta para seguir mi camino escaleras arriba.

Necesito encerrarme en la habitación de la novia hasta que sea capaz de pintarme una sonrisa que consiga engañar a mi mejor amiga. No pienso empañar en absoluto el día más feliz de su vida.

6

Cam

Voy a la barra y pido al camarero un botellín de cerveza. Me lo llevo a los labios sin esperar ni un segundo y dejo que la bebida fría descienda por mi garganta, pero el gesto no me calma el ánimo.

No tenía que haberme acercado, era mi único buen propósito de la noche. No acercarme a Ashley. Tampoco podía ser tan difícil, ¿no? Hasta donde yo sé, llevaba dos años sin acercarme a ella y tampoco me ha ido tan mal. Sigo vivo. Ya casi lo tenía hecho. Casi conseguido. La noche estaba a punto de acabar y yo ni había cruzado una palabra con ella. Y entonces voy y la saco a bailar. ¿Qué es lo que me pasa? Lynn se ha despistado un momento para ir al baño y ¿qué hago yo?: la única cosa que sé que ella no soportaría verme hacer. Tocar a Ashley Bennet. ¿Tocarla? Ojalá pudiera haberla tocado como de verdad me muero por hacerlo ahora mismo. Ojalá hubiera podido apartarle ese mechón de pelo del borde del ojo izquierdo. Ojalá pudiera pasarle la mano por el cuello y acariciarle la clavícula, sintiendo cómo se le va poniendo la piel de gallina con mi contacto.

La culpa es suya. De la maldita Ashley y su maldito vestido verde persa. Y de la manía que tiene de sonreír entre las lágrimas cuando se emociona, y de actuar de una manera estúpidamente adorable cuando bebe un par de copas de más, y de bailar descalza por la pista de baile y cantar a todo volumen cuando suena Taylor Swift. Y, para colmo, dice «creía que me odiabas», y lo que realmente odio es no poder odiar ni un poco todas esas cosas.

He hecho un esfuerzo muy grande esta noche por no reencontrarme con ese Cam de dieciocho años que sigue pensando que Ashley Bennet es la chica más increíble que ha conocido en su vida. Y lo he conseguido. Pero cuando la he visto sola y mi visión periférica ha captado la imagen de Caleb estirando el cuello para buscarla de nuevo entre el gentío, mi parte irracional ha tomado del todo el control. Para cuando me he escuchado pedirle un baile, era demasiado tarde para echarme atrás. Y tampoco quería ya, si tengo que ser sincero, porque mientras ella estuviera bailando conmigo no podría hacerlo con ese que lleva toda la noche comiéndosela con los ojos mientras ella parece no darse cuenta de nada. O finge no darse cuenta de nada.

—Contigo me estoy ganando el cielo esta noche.

La voz de Vanessa me saca de mis pensamientos cuando se planta a mi lado ante la barra. La

miro y sus ojos azules me muestran que está molesta conmigo, aunque no sé exactamente por qué. No digo nada.

—Llevo horas haciéndole de niñera a tu novia para que no se sienta incómoda en una boda en la que no conoce a nadie y en la que, para colmo, tiene que contemplar lo mona que es tu ex y lo muchísimo que la quieren todos tus amigos, que también resultan ser los suyos —empieza a soltar su discurso, cruzada de brazos—. Llevo toda la noche pendiente de ella y pendiente de ti, y créeme que ese no es mi ideal de diversión. Me cae bien Lynn, pero, en serio, me gustaría estar cotilleando con la novia, criticando modelitos con Grace, riéndome con Mia, bailando con mi prima, y, sobre todo, bebiendo chupitos de tequila con Ashley. Así que, si pensabas amargarle la noche a tu chica echándote un baile con la dama de honor, me lo podías haber avisado antes para no molestarme.

Suelto un suspiro y aparto la mirada.

—Lynn no ha visto lo que ha pasado.

—Oh, sí, claro que lo ha visto. Lynn ha visto lo que ha pasado y creo que no ha sido muy de su agrado.

Miro hacia los lados tratando de localizar a mi novia, pero no la veo por ninguna parte, de manera que vuelvo a centrar la atención en mi mejor amiga.

—No ha pasado nada.

—¿Nada?

—¿Somos críos de dieciséis años? —Me enfado ante su tono—. Hace dos años que Ashley y yo no somos nada, y creo que somos lo suficientemente maduros para poder tratarnos con corrección. Hemos bailado, me ha dicho que me ve bien y se alegra por mí. Yo le he preguntado cómo está ella. Y punto. Me parece mucho más razonable que pasarnos toda la noche esquivándonos por la pista de baile como si nos diéramos alergia.

Vanessa sonríe de medio lado, irónica, como si supiera algo de mí mismo que ni siquiera yo sé aún.

—Entonces, ¿por qué no dejas de guardarle rencor de una vez?

Estoy a punto de contestar. De decirle que yo no le guardo a Ashley ni a nadie ningún rencor. Que prefiero emplear mi energía para cosas más importantes. Pero entonces Lynn pasa por delante, sin ni siquiera mirarme, y yo tengo que centrar mi atención en un problema mayor que los desvaríos de Vanessa. Me apresuro a dar dos pasos tras ella y sujetarla por la muñeca.

Se gira hacia mí, con cara de cabreo.

—¿Qué te pasa? —pregunto, aunque ya me estoy temiendo la respuesta.

—Te ha faltado tiempo para ir detrás de ella en cuanto me he ido al baño dos minutos. Si lo que querías era un reencuentro romántico no hacía falta que me trajeras a mí hasta el otro lado del país.

Aprieto los labios, pensando qué es lo que debería decir para ayudar a calmar los ánimos.

—No seas así. No quería ningún reencuentro de ninguna clase. Estaba tratando de ser correcto

y racional y de no hacer de esto algo incómodo para todos los amigos que ella y yo tenemos en común. Ni siquiera tenía ganas de verla, y, si pudiera haberme librado de venir a esta boda, lo habría hecho. Solo intento ser maduro.

—¡Pues no lo seas! —me grita, con los ojos azules echando chispas.

Veo que, a nuestro alrededor, mucha gente está empezando a mirarnos.

Pongo una mano en la parte baja de su espalda, sin soltar la otra de su muñeca, y la empujo suavemente para llevarla lejos de la gente que abarrota la pista de baile.

—Estás sacando las cosas de quicio —advierto, tras entrar al recibidor de la casa. La guio hacia el fondo, bajo la escalera, donde no hay nadie a la vista—. He hablado con ella dos minutos y no voy a volver a verla en mi vida. ¿Te vale con eso? ¿O qué es lo que quieres de mí, Lynn?

Sacude el brazo para librarse de mi mano y me mira, con las mejillas encendidas.

—Quiero que no la mires. Quiero que tus amigos dejen de hablar de ella como si fuera maravillosa. Quiero que ella se entere de que eres mío y se largue a su casa de una vez. No quiero verla.

—No vas a verla más, después de esta noche.

—¡Odio esta noche, Cam! —Frunce el ceño lentamente, mientras el enfado va dejando paso a algo parecido al dolor reflejado en sus pupilas—. Ya es bastante con tener que ver su letra marcada en tu brazo todos los días... ¿Cómo pretendes que no esté celosa? ¿Cómo pretendes que sea madura y racional?

Cojo su cara entre las manos y aguanto el chaparrón mientras intenta golpearme los brazos con las palmas abiertas. Finalmente, consigo que centre la mirada en mis ojos.

—Ella es solo pasado, cariño. Pasado. No hay nada más. Te juro que no volveremos a saber nada de ella nunca más. No tienes que preocuparte. No significa nada. Esta noche y se acabó. Para siempre. Te lo prometo.

—Sé que hace un año te dije que no me importaba, que me bastaba con tenerte a medias, que podíamos follar y no enamorarnos. Pero ya no puedo, Cam. Me he enamorado de ti. Ahora quiero tenerte entero. No puedo compartirte con el fantasma de tu ex, no puedo...

La beso, presionando muy fuerte los labios sobre los suyos. Corresponde exactamente igual, y clava los dedos en mi cuello para atraerme un poco más cerca.

—No tienes que compartirme con nadie —susurro, pegado a ella—. Te quiero. Ya no es hace un año. Y no tienes que estar celosa.

Tira fuerte de mi corbata para estrellarse contra mis labios de nuevo y meterme la lengua en la boca, de forma muy ruda y extremadamente caliente. La empujo con todo el cuerpo hasta atraparla contra la pared y luego tanteo la superficie del tabique hasta encontrar lo que busco. El marco de una puerta. La empujo dentro del baño y cierro tras nosotros, sin separarnos. No tardo nada en levantarle la falda y arrancarle el tanga de un solo tirón.

Follamos con rabia, sobre el mármol del lavabo, como si fuera la única manera que

encontramos para canalizar nuestras emociones. Es la manera habitual de acabar discusiones como esta. Es la forma en que siempre acabamos cada vez que a ella se le ocurre nombrar a Ashley. Pero, esta vez, por primera vez desde hace más de un año yo no estoy pensando en la persona con la que estoy mientras me acerco sin retorno al orgasmo.

—Di que eres mío —gruñe en mi oído cuando estoy a punto de terminar.

Exploto en su interior y jadeo un par de veces, recuperando el aliento, mientras escondo la cara en el hueco de su hombro. Beso la piel de esa zona una sola vez.

—Soy tuyo.

Pero no estoy demasiado seguro de a quién le estoy dedicando esas palabras.

7

Ashley

—Ah, vaya, aquí te escondes.

Vuelvo la cabeza hacia la puerta para encontrarme a Vanessa, que pasa sin ser invitada.

—Llevo un rato buscándote —vuelve a hablar.

Se acerca hasta el sofá en el que estoy sentada y enciende la lámpara que hay en la mesita anexa, sacándome del mundo de penumbras en el que había logrado sentirme medio a gusto ya. Se sienta a mi lado, entrelaza su brazo con el mío y apoya la cabeza en mi hombro.

—¿Estás bien?

Me limito a hacer un sonido afirmativo, sin llegar a separar los labios.

Vanessa se aparta bruscamente para poder mirarme a la cara. La observo de reojo. Parece preocupada.

—Ash...

—Estoy bien —confirmo de viva voz—. Necesitaba un poco de soledad. Fuiste tú la que me enseñaste a buscar ratos de calma en medio de las fiestas, no vengas a hacerte la sorprendida ahora. —Me coge la mano y me da un apretón—. Pensaba que ya habías dejado de quererme, ahora que tienes una nueva amiga del Boston profundo.

Suelta una risita. Y yo tengo que girar medio cuerpo para mirarla con cara de circunstancias.

—Así que es eso: estás celosa.

—Bueno, no siempre a una la abandona su amiga con tanto descaro.

Me da un golpe suave en la mejilla con el dedo índice, al tiempo que hace un mohín con los labios.

—Ya. Pero no me refería a celosa por mí —suelta, despreocupada, y estudia mi reacción.

Aparto la mirada y sacudo la cabeza. ¿Estaré aún a tiempo de negarlo?

—Si te sirve de consuelo, ella también está celosa. Mucho. Acaba de montar un numerito en plena pista de baile.

Me aparto y apoyo los codos sobre las rodillas para poder esconder la cara entre las manos. ¿Ella está celosa? ¿La que escribe una página semanal en el periódico y presenta un espacio de deportes en la radio? ¿La que lleva a Cameron de la mano por toda la finca esta noche?

—Pues no creo que tenga ningún motivo para estarlo —gruño con desgana—. Parece que es

ella la que lo tiene todo, ¿no? Incluso tu atención esta noche.

—Cam me pidió que estuviera pendiente de ella. No conoce a nadie y tampoco debe de ser muy cómodo pasearse en torno a todos *tus* amigos, ¿no? Ponte en su lugar.

—Estoy bien, Vanessa —repito, porque no quiero seguir hablando de esto—. Él está feliz, no hay más que verlo, así que supongo que las cosas son como deberían ser. Parece que tienen muchas cosas en común, por lo menos con ella puede hablar de fútbol.

—Sí, claro, porque a Cam le encanta hablar de fútbol. —Niega con la cabeza como si me hubiera vuelto loca—. Parece que no lo conoces.

Sonrío de medio lado, irónicamente, porque Vanessa lo dice como si no fuera eso lo que pasa.

—Es que ya no lo conozco.

Me coge la barbilla con una mano y me obliga a girar la cara para clavar sus ojos en los míos.

—Sigue siendo el mismo. Puede que juegue en primera, gane mucha pasta, sea el segundo año consecutivo que gana la *Super Bowl* y tenga club de fans, pero sigue siendo él.

Me encojo de hombros. Yo no me refería a eso, pero no quiero ahondar en el tema. No quiero decirle que sí, que probablemente sigue siendo el mismo Cam que ella conocía, pero no el mismo que conocía yo.

—Estoy bien. Solo es raro que esté aquí esta noche. Mañana volveremos a no vernos y todo volverá a la normalidad. Así que supongo que ya está.

Me rodea con un brazo y me achucha contra su costado.

—Sigues siendo mi mejor amiga, aunque la de Boston esté aquí —me susurra al oído, en tono de guasa.

La empujo con el hombro, fingiendo estar enfurruñada, y ella ríe. Le sonrío con cariño cuando nuestras miradas se cruzan.

—Será mejor que vuelva a esa fiesta. Como Emily me busque y no me encuentre, va a matarme lenta y dolorosamente —bromeo.

—Salvemos tu culo. Vamos a volver al mogollón a tomarnos unos tequilas.

Salgo detrás de ella y dejo que tire de mi mano para guiarme de vuelta a la planta de abajo. El rato de soledad no me ha venido mal, pero me doy cuenta de que quizá tampoco me hacía tanta falta cuando, al salir por la puerta que da al exterior, Mia y Ryan se unen a nosotras, hablando a la vez atropelladamente y contando todas las tonterías graciosas que han estado haciendo en la última hora. Puede que le haya dado demasiada importancia al hecho de que Cam esté aquí. Puede que me haya dejado arrastrar demasiado a esa parte de Ashley que ya debería formar parte del pasado. Mis mejores amigos están aquí y estoy bastante segura de que, con eso, tengo suficiente para ser feliz.

—¡Ashley Bennet y Vanessa Miller! ¡Gracias por honrarnos con vuestra presencia! —oímos el grito irónico de Emily, que está subida en lo alto de una de las mesas de cóctel, con su ramo de novia en la mano.

Todas las miradas se vuelven hacia nosotras y, sobre todo, yo procuro no cruzar la mía con la

de Cameron ni con la de esa tal Lynn; están juntos y abrazados, a uno de los lados de la pista de baile. Por lo menos, no queda demasiada gente ya entre los que seguimos de fiesta. Nuestro grupo de amigos al completo, parejas incluidas. Los amigos de Scott del instituto. Algunos amigos de los que hicieron en la universidad.

—¡No podía tirar el ramo sin vosotras! No iba a hacer esto, aunque las primas de Scott lo llevaban esperando toda la noche. Ahora que se han ido, he decidido que podéis cazarlo. ¡Pero! —Frena el entusiasmo, y levanta una mano para pedir calma—. Necesito a alguien aquí conmigo... ¡Ashley! ¡Vamos, ven aquí!

Sacudo la cabeza, levemente abochornada, cuando siento todos los ojos fijos en mí. Mis amigos empiezan a corear mi nombre mientras yo llego hasta el borde de la mesa y Ryan se da mucha prisa en venir a ayudarme a subir a una silla y de ahí encima de la mesa, al lado de mi mejor amiga. Esto me recuerda a algo, pero... no, creo que prefiero no recordar. Ojalá Emily pudiera leerme el pensamiento y callarse antes de soltar su siguiente frase:

—No te hagas la tímida ahora, bien poca vergüenza tenías cuando te subiste a lo alto de un altavoz en la fiesta de fin de curso del instituto.

Voy a matarla. Literalmente.

Tengo que poner todo mi esfuerzo en no girarme para cruzar una mirada con Cam. Y es un orgullo conseguirlo, hacerme la indiferente.

—Señoras y señores: Ashley Bennet —me señala mi amiga, sin reparar en las ganas que tengo de asesinarla.

Los demás siguen chillando y haciendo mucho ruido.

—La verdad es que yo iba a darle el ramo a Ash directamente —sigue hablando, en voz bien alta para todo el público que nos observa—. Porque es mi mejor amiga desde hace... bueno, desde hace muchísimo, no nos deprimamos contando años. Pero ella va por ahí diciendo que le da alergia la palabra «matrimonio». —No puedo evitar soltar una carcajada, cogida de su mano —. Scott, cariño, quiero que sepas que esta tía se ha pasado los últimos cinco días encargándose de recordarme que aún podía echarme atrás.

—No es nada personal, Scott. De todos los amantes reales, potenciales e imaginarios de Emily, tú siempre has sido mi favorito.

Emily tira de mi mano para hacerme mirarla de frente. Por un momento, temo que vaya a soltar algo como «sí, claro, eso si exceptuamos a mi amante potencial Cameron Parker, ¿no?», pero por suerte no lo hace.

—No voy a darte el ramo, Ash —aclara, y yo hago una mueca de fingida decepción—. Pero sí quiero que tengas una parte.

Maneja el ramo con cuidado y saca la flor más bonita de todas. Una del centro. Una rosa blanca tan perfecta que da ganas de llorar.

—No sé qué haría sin ti —continúa con sus intentos de emocionarme—. Gracias por estar siempre, por aguantarme, por reír y llorar conmigo, por dejarme vivir a través de ti tus escarceos

amorosos, por ser la tía más consentidora de mi hijo, y por haber pasado el día de mi boda casi más emocionada que yo. Te quiero, tía.

Me entrega la rosa y yo la cojo con cuidado, con los ojos llenos de lágrimas y mordiéndome el labio con la sonrisa.

—Y yo también te quiero, tía.

Nos fundimos en un abrazo muy sentido mientras nuestros amigos sueltan exclamaciones enternecidas y burlonas a partes iguales.

—¡Y ahora voy a tirar el ramo!

Se da media vuelta para lanzarlo de espaldas y luego se gira rápidamente para ver adónde va. Las dos nos ponemos a chillar y a vitorear cuando es Vanessa quien lo coge.

—¡Por favor, señor *DJ*, ponle a Jeff su canción! —grita Emily, con una sonrisa traviesa.

Me rio tanto que me duele la tripa, mientras Em y yo nos sostenemos la una a la otra encima de la mesa y cantamos a todo volumen, a coro con todos los presentes, esa parte de *If you liked it then you should have put a ring on it*, de la canción de Beyoncé. Y, por un momento, hasta me olvido de que Cameron está en algún lugar, demasiado cerca.

Estoy rodeada de todos mis amigos, riendo y bromeando, antes de dar por terminada la fiesta. Solo quedamos unas veinte personas por aquí. Estoy algo incómoda, porque Cam y su perfecta novia están a menos de dos metros y, aunque no miro ni una sola vez en su dirección, soy perfectamente consciente de que ella está abrazada a él y no para de atravesarme con la mirada como si quisiera hacerme desaparecer.

Agarro a Vanessa del brazo y la alejo de los demás para poder hablarle en voz baja, cuando oigo a Ryan preguntarle a Cam si le parece bien compartir un taxi para la vuelta.

—Tengo que pedirte un favor. —Preparo el terreno.

—Oh, oh —suelta, burlona.

La miro suplicante y ella pasa la vista de uno a otro de mis ojos y empieza a fruncir el ceño, antes de negar con la cabeza.

—Es una muy mala idea, Ash.

¿Tan obvia soy con todo esto? ¿Soy demasiado evidente con lo que supone para mí tener a Cam tan cerca después de dos malditos años? A lo mejor es por eso que su novia me mira como si fuera un bicho al que está deseando aplastar.

Y sé que Vanessa tiene razón. Puede que sea muy mala idea. Pero es que, aunque sea la peor idea del mundo, necesito hacerlo. Porque hace dos años me quedaron cosas por decir, y él no quería escuchar. Y a lo mejor esta es la única oportunidad que tengo de sacarme esto de dentro. Es probable que no vuelva a verlo en mucho tiempo. Hasta que haya otra boda, o a lo mejor ni eso. A lo mejor ya no lo veo nunca más. Casi me quedo sin aliento cuando ese pensamiento surca mi mente, y tengo que respirar hondo para poder explicarme delante de Vanessa.

—Llévatela de aquí cinco minutos, o menos, me vale con un minuto, de verdad. No necesito más. Pero tengo que hablar con él.

—Él no quiere hablar contigo, Ash —me recuerda, tristemente, con una mirada compasiva.

Suelto un gruñido.

—¡Pues que se joda, ¿vale?!

Creo que he elevado demasiado el tono de voz cuando veo que Tyler gira la cabeza hacia nosotras. Doy un paso hacia Vanessa para continuar en susurros:

—Que se joda. Lleva dos años teniendo lo que quiere y, si no voy a verlo más, hay algo que tengo que decir. Te juro que será rápido e indoloro. Por favor.

Suelta un suspiro molesto y eso ya me da a entender que he logrado mi objetivo.

—No sé por qué hago esto. En realidad, ella está pasando una noche de tan buen rollo conmigo porque no le queda otra, porque no conoce a nadie, pero me parece que tampoco yo le caigo muy bien. Lo de las exnovias de mi novio son mis amigas, parece que no se aplica en su caso —bromea.

—Te deberé una muy grande.

—Me la cobraré cuando menos te lo esperes.

Me frota suavemente el brazo con la palma de la mano y vuelve al centro del grupo, lista para cumplir su cometido de un momento a otro.

Tengo que controlar mi creciente ansiedad mientras espero verlas desaparecer de una vez. Y, en ese tiempo, voy ensayando discursos en mi mente. En realidad, lo que necesito decirle es muy sencillo. Muy obvio y muy básico. Me basta con solo unos segundos. Y seguro que él no va a darme mucho más que eso.

Creo que voy a perder mi oportunidad cuando los presentes empiezan a organizarse para poder volver a casa. Si se monta en ese taxi, se acabó. No volveré a tenerlo delante. No podré decírselo mirando esos ojos verdes.

Pero, justo entonces, veo que Vanessa habla con Lynn muy animadamente y, solo unos segundos después, le dice algo a Cam antes de alejarse, con la rubia siguiéndola hacia el interior de la casa. Todos los demás están avanzando en el camino que lleva a la carretera principal y Cameron desacelera el paso para quedarse rezagado y esperar el regreso de su novia.

Ahora o nunca, Ashley.

Creo que nadie se entera cuando yo también me escabullo del grupo. Ya llevaba unos minutos a lo mío, así que no es como si nadie estuviera pendiente de mí.

Veo sorpresa en los ojos de mi exnovio cuando me planto delante de él, manteniendo las distancias, pero lo suficientemente cerca para que quede claro que no me he aproximado por casualidad. Suelta aire por la nariz, como si le cabreara el mero hecho de verme, y clava sus ojos en los míos, con el gesto serio.

—¿De verdad te has encargado de que Vanessa se llevara a Lynn para tenderme una encerrona? No estoy para jueguecitos, Ashley.

—Muy bien. Yo tampoco —respondo, sin dejarme amedrentar—. Esto me va a costar menos de un minuto, de verdad.

Mira hacia otro lado y aprieta la mandíbula, pero al menos no se marcha, así que decido empezar a soltar lo que llevo tanto tiempo enquistado en mi interior.

—Solo quería decirte que lo siento —murmuro, y pongo todo mi empeño en conseguir mantenerme serena y no echarme a llorar—. Siento muchísimo que acabáramos así, Cameron.

Vuelve a posar los ojos en mí. Y yo casi estoy esperando que suelte eso de «Llámame Cam, por favor, solo por ser tú» y dibuje media sonrisa irresistible, de todo ese repertorio que él tiene. Pero, por supuesto, eso ya no va a hacerlo. Mantiene el contacto visual y no dice nada. Y yo me lo tomo como un permiso para continuar.

—Nunca quise hacerte daño. Necesito que sepas que nunca nada fue mentira, que siempre fuiste tú, y que no hay día que no me duela pensar que te rompí el corazón. Ojalá pudiera borrar el daño que te hice, haría lo que fuera para cambiar eso. Pero ya no puedo. Así que entiendo que no quieras verme y que hayas seguido adelante y hasta que me odies un poco, a lo mejor. Y, ya que no sé si voy a tener otra oportunidad, necesito decirte que deseo de verdad que seas feliz. Que te mereces que te quieran como lo hice yo, pero que te lo demuestren como yo no conseguí hacerlo, y... si esa persona es Lynn, asegúrate de recordarle que tiene que cuidarte, ¿vale? Y espero que tú la quieras a ella como tú sabes querer. Que puedas quererla como si nunca te hubieran roto el corazón.

Me callo cuando noto una lágrima surcándome la mejilla. Estoy a punto de dar un paso atrás, pero me quedo anclada en el sitio cuando él se mueve. Alza la mano y recoge mi lágrima con el pulgar, cortándome el aliento con la leve caricia y desbocando aún más mi maltratado corazón. No aparta la mano inmediatamente, sino que se inclina hacia delante, con la palma pegada a mi mejilla, y baja la cabeza hasta casi rozarme con los labios el lóbulo de la oreja.

—Yo nunca he querido a nadie como te quise a ti, Ash.

Busco sus ojos cuando se retira. Nuestras miradas conectan por unas décimas de segundo. Más que suficiente para que yo vuelva a enamorarme de ese color verde del todo y desde el principio. Pero él retira la mano, que deja de tocarme, y da un paso a un lado para poder rodear mi cuerpo y seguir caminando hacia la carretera, detrás de nuestros amigos.

Y yo nunca voy a querer a nadie como te quiero a ti, Cameron. Ojalá algún día tenga la oportunidad de decirlo.

8

Cam

Tengo una resaca de lo más incómoda cuando me siento detrás del volante del Honda y pulso el mando para abrir la puerta del garaje. A mi madre no le ha parecido bien lo de aplazar este encuentro hasta... bueno, hasta nunca. No. Ha dicho que ni hablar. Que, como se me ocurriera no pasar por casa antes de volverme a Boston, me desheredaba.

El coche está sumido en el silencio mientras ruedo hacia la carretera y tengo que encender la radio para poder aplacarlo. Lynn aún sigue molesta porque ayer bailé medio minuto con mi exnovia. Y yo ya me he cansado de intentar explicarme y de pedir perdón.

—Espero que tu madre no esté tan enamorada de tu ex como todos tus amigos.

Me sorprende oírla hablar. Pensaba que me había retirado la palabra. Y tengo que tragarme la sonrisa. Una sonrisa de auténtico capullo. Porque mi madre está mucho más enamorada de Ashley que cualquiera de mis amigos..., aunque espero que sepa comportarse y no decir nada, con mi novia actual delante.

—Tienes que dejar de ver fantasmas donde no los hay. Si sabías que ibas a odiar venir a Sacramento, me lo podías haber dicho y punto. No hacía falta que vinieras a la boda si no querías.

—Claro que quería venir a la boda, Cam —responde, cabreada—. Quería ir de tu brazo y conocer a tus amigos y ver el sitio donde te criaste y conocer toda esta parte de ti.

—¿Y cuál es el problema? —pregunto, sin despegar la vista de la carretera.

Estira la mano para bajar el volumen de la radio. Luego, se toma unos segundos antes de hablar, como si estuviera midiendo muy bien sus palabras.

—El problema es que no sé si me gusta mucho esta parte de ti.

La miro de reojo, sorprendido. ¿A qué viene eso? Me he comportado, ¿no? He sido yo mismo. Y si lo que no le gusta son mis amigos...

—Todo aquí gira en torno a ella —murmura con amargura.

Así que es eso. No es que no le gusten mis amigos. No es que no le guste Sacramento. Y no es que no le guste yo. No. Es que no le gusta absolutamente nada Ashley y por eso todo lo que esté mínimamente relacionado con ella ya no resulta de su agrado.

—No todo gira en torno a ella. No para mí. Ella es solo una pequeña parte de lo que había

ayer en la boda; el problema es que tú le das tanta importancia que la ves en todas partes.

Y puede que yo también vea ese fantasma del pasado en todas partes. Puede que ayer fuera lo único que veía en todo el convite de la boda. Pero eso me lo callo, mejor.

—Si le doy importancia es porque tú siempre se la has dado. Porque cuando te conocí lo primero que me dijiste fue que no estabas preparado para tener nada con nadie porque aún no te habías lamido las heridas que te hizo tu ex.

—Ha pasado más de un año, Lynn —le recuerdo, con la mandíbula apretada—. Yo he superado eso. Y lo siento si tú no lo has hecho, pero ya es hora de que también lo dejes atrás.

—Muy bien.

Parece que cede, pero, al mirarla de reojo, veo que tiene la vista perdida por la ventanilla. Seguro que por dentro está llamándome cosas bastante feas.

—Eh, estoy contigo. Te quiero a ti. Soy tuyo.

Gira la cara para mirarme y yo paso los ojos de los suyos a la carretera unas cuantas veces hasta que relaja la expresión. Asiente y se recuesta contra el asiento. Y yo me siento un poco culpable. Porque estoy con ella, la quiero y ahora mismo soy suyo..., pero me acuerdo perfectamente de lo que mi subconsciente dijo anoche: «Nunca he querido a nadie como te quise a ti, Ash». Y es la verdad. Pura y dolorosa. Quiero a Lynn. Pero no como la quise a ella.

Mi novia corta el rumbo de mis pensamientos cuando vuelve a subir la radio. No demasiado, solo hasta el volumen al que le gusta escuchar música en el coche. Bastante comedido. Probablemente más responsable y más seguro, por eso de poder oír cualquier cosa que pase en la carretera a tu alrededor, pero, sin duda, menos divertido.

—Me encanta esta canción —dice, lo que da a entender que la discusión ha terminado.

Espero que la paz dure esta vez.

—Puedes cantar.

—No, Cam. Yo no canto —me recuerda, burlona.

Y, sin previo aviso, a mí me duele el corazón. Un pinchazo que me hace apretar las manos en torno al volante y reducir la velocidad para poder mantener el control. «¿No te gusta cantar en el coche?» Mierda, creo que echo de menos a la puñetera Taylor Swift.

Por suerte, el trayecto hasta casa de mi madre es corto y llegamos antes de que a mí me dé tiempo a rememorar lo mucho que me divirtió la primera vez que Ash cantó en mi coche, o lo que sentí aquella vez que la abracé mientras lloraba, o la cara que puso cuando lo rozó con la columna del garaje de Eugene. Hay demasiados recuerdos en este coche, y creo que nunca me he alegrado tanto de haberlo dejado en Sacramento y comprar uno nuevo en Boston.

—¡Mamá! *¡Salem!*

Los llamo a los dos nada más abrir la puerta para que sean conscientes de que son igual de importantes para mí. Sonrío para mí mismo pensando ya en cómo molestar más a mi madre, pero creo que para ella sí que es cierto que yo estoy al mismo nivel de importancia que el gato, así que la broma no me va a funcionar.

Oigo un inmediato revuelo en la cocina, de donde sale un olor a lasaña exquisito, y mi madre aparece en el marco de la puerta abierta en décimas de segundo, con una sonrisa que se amplía hasta el triple en cuanto sus ojos encuentran mi cara.

—Cameron —saluda, y pone los brazos en jarras, como si así se creyera que da la impresión de seguir molesta porque haya tardado tanto en pasarme a verla.

No cuela. Veo la emoción en su mirada. Y más cuando le dedico mi mejor sonrisa de buen hijo. Me acerco hacia ella para poder abrazarla, pero no se queda quieta a esperarme, así que nos encontramos a mitad de camino y nos abrazamos fuerte por unos segundos, hasta que empieza a besarme la mejilla repetidamente.

—Mamá... —protesto mientras me aparto—. Esta es Lynn.

Me apresuro a presentarla para que mi chica no se sienta incómoda y me giro hacia ella para ver cómo sonríe educadamente y le tiende la mano a mi madre, asegurando que le he contado muchas cosas sobre ella y que tenía muchas ganas de conocerla. Mi madre se comporta, menos mal, y le da un recibimiento cálido y muy adecuado. Tengo ganas de soltar un suspiro aliviado. Vale, ahora solo falta que no se le ocurra preguntar por cómo vi a Ash ayer en la boda. No sé si aguantará toda la comida sin meter la pata.

Mi atención se distrae cuando oigo un maullido y, al bajar la vista, me encuentro los ojos verdes de *Salem* mirando hacia arriba, a mi cara. En cuanto ve que he reparado en él baja la cabeza y empieza a frotarse contra mis piernas.

—Hola, chico —saludo, y me agacho para cogerlo en brazos. Lo levanto hasta poner su cara frente a la mía y él se pone a ronronear—. ¿Me has echado de menos?

Lo coloco en mis brazos como si fuera un bebé, y él solo se deja hacer, absolutamente encantado con las atenciones. Busco la mirada de Lynn para poder alardear de lo guapo que es mi gato y lo mucho que nos queremos, aunque ya haga años que no vivimos juntos, pero ella está charlando con mi madre y apenas le dirige a la pequeña bola de pelo ni media mirada desinteresada. Vale, no es que eso me decepcione. En realidad, ya sabía que a Lynn no le van mucho los animales. Bastante hace con sacar a pasear a *Vodka* de vez en cuando si yo no puedo.

—La comida ya está preparada —oigo decir a mi madre, en respuesta a la oferta de mi novia de ayudarla con lo que haga falta—. Comemos en cuanto llegue Colin.

—¿Leah no está? —pregunto por mi hermanastra tras morder delicadamente la oreja del gato.

—No. No ha venido este fin de semana. ¿Por qué no le enseñas la casa a Lynn mientras yo recojo un poco la cocina? —dice, como si fuera una proposición en vez de una orden.

Tengo que dejar el gato en el suelo y obedecer. No entiendo muy bien cómo mi novia puede tener a *Salem* delante de sus narices y no morirse de amor. Pero, bueno, tampoco puede ser perfecta, ¿no?

Me dedico a enseñarle la casa mientras esa bola de pelo negro nos sigue por todas las estancias, bien pegado a mis pies y tratando constantemente de llamar mi atención. Cuando ya solo me queda por mostrar mi antiguo cuarto, empiezo a ponerme nervioso. Hace mucho tiempo

que no paso más de un par de noches sueltas aquí, y no me he molestado en redecorarlo desde que me fui a la universidad. Eso implica muchos recuerdos, muchas tonterías, y muchas cosas de Ashley. Ya estoy sudando al pensar en nuestras fotos haciendo el idiota y besándonos en el fotomatón; en sus notitas de las clases de biología del instituto, y en los corazones con nuestros nombres que ella se dedicó a pintar en mi corcho una vez. A Lynn no va a gustarle nada esto. Voy a meterme en muchos problemas.

—¿Este es tu cuarto?

Se adelanta y empuja la puerta antes de que se me pueda ocurrir una buena excusa para saltarnos esta parte del *tour* y volver a la planta de abajo.

—Eh..., sí.

Ya está dentro y mira a todas partes con curiosidad. Paso tras ella y contengo el aliento mientras espero a que empiece la tormenta. Pero entonces me doy cuenta de que mi corcho no está en su sitio. No está por ninguna parte. Nada de lo que hay a la vista grita «Ashley» y yo puedo volver a respirar y tengo ganas de bajar corriendo a la cocina para recordarle a mi madre cuánto la quiero y decirle que es la mejor madre del mundo.

—Vaya, veo que tu talento viene de lejos —comenta mi chica al tiempo que pasa el dedo por la base de varios trofeos que decoran la estantería.

No digo nada y dejo que siga curioseando. Sin las cosas de Ash de por medio, tampoco hay mucho con lo que pueda entretenerse.

—¿Qué es ese muñeco tan feo?

Me da un vuelco el corazón cuando veo lo que señala. El maldito muñeco *daruma* que Ash me trajo de Japón. Con sus dos ojos pintados. Y, de repente, me siento muy molesto con mi novia. Porque no puede llamar «feo» con ese tono de voz a algo tan trascendente para mí.

Estoy a punto de contestar cuando oigo que la puerta de entrada se cierra.

—Ya está aquí mi padrastro —anuncio, y le tiendo la mano para que me deje guiarla de nuevo hasta la cocina—. Vamos a comer. Te va a encantar la lasaña de mi madre.

Y mi madre me sorprende y supera todas mis expectativas durante la comida. Porque se muestra muy agradable con Lynn, como yo ya esperaba que hiciera, pero es que además se comporta también conmigo y no hace ni un solo comentario que insinúe nada que pueda incomodarme, ni tampoco hace nada que me dé a entender que está deseando saber lo que pasó anoche o cómo me sentí al volver a ver a mi exnovia después de tanto tiempo. Imagino que se está guardando todo eso para más tarde, cuando llegue el momento más adecuado.

Ese momento llega después de comer y, en cuanto sirve los cafés, les pide a Lynn y a Colin que pasen al salón, donde estarán más cómodos, y me ordena a mí que la siga para ayudarla a recoger la cocina. A mi novia no le importa, y creo que puedo dejarla sola con mi padrastro sin ningún problema, porque llevan media hora hablando de baloncesto y aún parece que les queda tema para rato.

Pierdo toda esperanza de que mi madre por fin haya superado el pasado cuando la veo cerrar

la puerta tras nosotros para que nuestra conversación quede por completo en privado. Yo me encargo de cargar el lavavajillas sin desviar la vista ni un segundo hacia ella, a ver si así se le pasan las ganas de charlar.

—Lynn es muy guapa —comenta, como sin darle importancia, mientras pasa un trapo húmedo por la encimera.

—Sí.

Respondo con monosílabos porque darle cuerda será muchísimo peor. Aunque ya sé que no me va a servir de nada mostrarme esquivo.

—Parece muy buena chica.

—Lo es, mamá.

Se queda en silencio. Pero la paz no dura demasiado. Me pone una mano en el brazo y, cuando la miro, me hace un gesto con la cabeza para que me siente a la mesa. Coge una silla y la coloca frente a mí, como si estuviera a punto de soltarme una charla muy seria.

—Cameron, cariño, sé que debes de estar esperando que me ponga a criticarla y que haga comparaciones y que te diga que no me gusta, pero no lo voy a hacer.

—Ah, ¿no? —pregunto exagerando mi tono de sorpresa para molestarla.

Me da una palmada suave en el brazo y niega con la cabeza, dándome por imposible.

—No voy a hacerlo porque no tengo nada que criticar. Y no creo que se puedan comparar personas tan diferentes, es absurdo.

Asiento, pero sé que no ha acabado. Que tiene mucho que decir y no va a tardar en soltarlo.

—¿Pero?

—Soy tu madre. Y, como tu madre, lo único que quiero en esta vida es verte feliz —confiesa, y me mira de forma muy intensa, impregnando sus palabras de un dramatismo exagerado.

—Soy feliz —aseguro, sin dejar de mirarla a los ojos para que no tenga dudas de que soy sincero.

Lo soy. Soy feliz. Había conseguido ser feliz. Al menos, la mayor parte del tiempo.

—No. No te veo feliz. Te veo bien. Te veo cómodo, te veo contento, te veo tranquilo..., pero no te veo feliz. Y no es para nada lo mismo la comodidad que la felicidad, cielo.

—Ayer estuve en una boda. Estoy de resaca, no me pidas que vaya dando saltos por el comedor. —Hago una mueca.

—No la miras igual.

Pongo los ojos en blanco e intento levantarme de la silla para salir de aquí. No necesito esto. No. Para nada. Pero mi madre me agarra del brazo y me retiene en el sitio, intentando por todos los medios volver a establecer el contacto visual.

—No la miro igual porque no es la misma persona, mamá. No empieces a inventar tonterías románticas donde no las hay —pido, molesto.

—No estoy diciendo que debas volver al pasado, ni pretendo decidir por mi cuenta con quién deberías estar. Lo único que digo es que no he vuelto a verte feliz de verdad desde hace más de

tres años. Lo has tenido una vez, Cameron, sabes cómo puede ser, sabes lo que se puede llegar a sentir. Y yo solo quiero pedirte que no te conformes. Me gustaría que estuvieras con alguien que te pintara una sonrisa de verdad en la cara en cuanto cruzaras una sola mirada con ella. Yo lo tengo. Tu hermano lo tiene. Y quiero lo mismo para ti. ¿Cómo puedes decir que eres feliz con menos, cuando lo has tenido ya una vez? —pregunta, y me observa con gesto suplicante. Y yo tengo que cerrar bien mi coraza para que sus palabras no me remuevan por dentro—. Ashley te hacía muy feliz...

Ya está. Ya ha tenido que decir su nombre. Ha tardado más de lo que me esperaba. Y me cabrea un montón escucharla decir eso, porque ella no tiene ni idea ni de la mitad de las cosas. Eso es lo que pasa.

—Ashley me hizo mierda, mamá —escupo, mucho más agresivo de lo que pretendía sonar en realidad—. Era muy feliz porque tenía diecinueve años y estaba muy enamorado y era un auténtico imbécil. Pero ahora busco alguien que esté a mi lado, no una historia de amor de adolescentes.

—Hacerse mayor no debería ser sinónimo de dejar de intentar ser feliz, Cameron. Y no estoy diciendo que deberías volver con Ashley, eso no me corresponde a mí aconsejarlo. Lo que sí quiero es que no dejes de buscar esa sensación. Porque existe y merece la pena.

Existe. Claro que existe. Existe porque existe ella, con sus ojos marrones chispeantes cuando ríe, con su sonrisa adormilada cuando despertaba a mi lado, con su manía de inundar mi coche de risas y de canciones desafinadas. Existe. Existía. Pero lo de que merece la pena ya no lo tengo tan claro. Porque también duele. Y yo sé que puede doler tanto que te llegue a desgarrar.

—Me gusta mucho Lynn. —Es mi madre quien vuelve a hablar primero y solo entonces soy consciente de que puede que me haya quedado callado demasiado rato. Me coge la mano y me da un apretón cariñoso—. Ella sí que te mira a ti como si la hicieras la mujer más feliz de mundo.

Se levanta de la silla y me aparta un par de mechones de la frente para darme un beso. Yo me quedo sentado un poco más, mientras ella sigue trasteando por la cocina, dando la charla por terminada.

Me siento levemente confuso, apenado y como un auténtico capullo. Porque yo no tengo ni idea de cómo me mira Lynn.

9

Ashley

—Estás haciendo trampa.

Caleb se vuelve hacia mí tras conseguir hacer un pleno en nuestra partida de bolos, por tercera vez en lo que va de noche, y sonríe, divertido ante mi acusación.

—¿Cómo? —Me reta a demostrarlo—. ¿Cómo se puede hacer trampa en una tirada de bolos? Me parece que lo que pasa aquí es que yo soy, sin ninguna duda, el mejor jugador de bolos que has conocido. Y tú eres muy mala perdedora, Bennet.

—No te vengas arriba. Yo soy penosa a los bolos, pero que no se te suba tu suerte de principiante a la cabeza, estoy segura de que Dylan sabría lanzar esa bola mejor que tú.

Suelta una carcajada y yo me río con él. Lo estoy pasando muy bien esta noche. Mucho más de lo que podría haber imaginado. Y, si ayer durante la boda le dije a Caleb que cenaría hoy con él, fue solo porque estaba un poco borracha y muy celosa viendo a Cameron con Lynn o como quiera que se llame. He pensado en cancelar la cita. Pero Emily ha terminado por convencerme de que no pasaba nada por salir a divertirme un rato, y ha repetido cien veces que Caleb es un partidazo. Qué pesada es, cuando quiere. Y ya no sabe qué hacer para emparejarme con alguien. Ya le da igual hasta que sea Caleb. Lo que quiere es que yo tenga pareja. A veces mi mejor amiga es un poco carca.

Mi cita de esta noche me ha recogido en la puerta de casa con un BMW descapotable. No ha hecho ningún comentario cuando ha visto las narices de mis padres pegadas a la ventana, lo cual es de agradecer. Y lleva portándose como un caballero toda la noche. Sigue siendo tan guapo como a los dieciocho, pero más adulto, más maduro y con los músculos mucho más definidos. Lleva vaqueros y zapatillas y una camiseta blanca que se le ajusta a los pectorales al andar y cuyas mangas cortas se pegan a sus bíceps de manera casi hipnótica. O a lo mejor es que yo llevo mucho tiempo sin tener sexo y mis hormonas empiezan a revolucionarse.

Me ha llevado a cenar a un restaurante nuevo, íntimo pero informal. Y no me ha dejado buscar la cartera a la hora de pagar, recordándome que anoche le puse como condición que invitara él. Habla por los codos, así que no hemos tenido que sufrir ni uno solo de esos silencios incómodos que siempre se temen en una cita. Por lo que me ha contado, volvió a Sacramento porque su madre enfermó y quería estar cerca de ella. Lamentablemente, la señora Braxton

falleció el año pasado, y él se ha quedado por su padre. A pesar de todo, le ha ido bien, porque lo contrataron en uno de los bufetes de abogados más importantes de la ciudad y, si las cosas siguen como hasta ahora, no tardarán en hacerle socio cuando uno de sus jefes se jubile. De ahí su BMW y el piso en el centro del que no deja de alardear porque le hace mucha gracia que lo acuse de esnob. Yo también he hablado bastante y ya está al día de lo que hago por Chicago y de lo que va mi tesis. Aún me queda un largo camino para acabarla. Apenas he llegado a la mitad del recorrido.

La idea de ir a la bolera después de cenar ha sido mía porque me apetecía pasar un rato más con él. Aunque probablemente debería haber elegido algo que se me diera mejor. Me alegro de haber aceptado la invitación gracias al alcohol, y de no haber anulado el encuentro por la plasta de Em. Así por lo menos no estoy en casa, mirando el techo de mi cuarto y pensando en Cameron Parker y lo bien acompañado que está. A lo mejor ya ha vuelto a Boston, huyendo lejos de mí, como hace habitualmente.

—Acabas de desperdiciar tu último tiro y se puede decir que te he dado oficialmente una impresionante paliza a los bolos —alardea Caleb, tras mi último lanzamiento—. Pero no quiero que te lleves un mal recuerdo de esta noche, así que te invito a un batido para compensar.

Señala la barra que hay detrás de la zona de las pistas con la cabeza. Solo sirven zumos y batidos y crepes dulces hipercalóricos. Justo lo que a mí me gusta. No puedo decir que no. Mi fuerza de voluntad no sirve de mucho cuando hay chocolate de por medio.

—¿Qué pasó con tu más uno en la boda? —pregunto, sin que me importe pecar de cotilla, mientras paseo la pajita de mi batido por la nata que decora la parte superior para luego llevármela a la boca.

—Pasó de la boda de mi amigo para irse a Hawái con su monitor del gimnasio —me cuenta, como si no le afectara lo más mínimo—. Lo sé, lo sé. Supercliché. Lo veía venir. En el fondo fue un alivio que lo terminara ella.

—Haces sonar una ruptura como una liberación.

Lo puedo llegar a entender. A mí me pasó algo parecido con Roger. Supongo que es lo que pasa cuando no estás con la persona adecuada. Pero también conozco el otro lado de la historia. Ese de cuando las rupturas duelen mucho más de lo que jamás hubieras creído posible.

—Sí, creo que en realidad lo fue. Además, Emily dijo que tú ibas sin acompañante. Me pareció que no podía malgastar esa oportunidad estando pillado.

Lo dice en tono de broma y me mira con una sonrisa socarrona, pero, aun así, me sonrojo.

—Una desafortunada casualidad que ninguno de los dos lleváramos pareja.

Vuelve a sonreír, sin dejar de observarme.

—Desafortunado o no, no creo en las casualidades, Ashley.

Es cerca de la una de la madrugada cuando Caleb para el motor de su coche delante de la puerta de mi casa. Por un momento rezo para que mis padres no estén espiando, como acostumbran, pero todas las luces están apagadas, así que supongo que ya se han ido a dormir. Y

menos mal que Eric está lejos, pasando unos días en la playa con su grupo de amigos populares del instituto, porque ese sí que es el más cotilla de la casa. Estoy a punto de darle las gracias al chico que me acompaña, porque realmente ha sido una noche genial, pero él hace un gesto con la mano, pidiéndome que espere, y se baja del coche y lo rodea corriendo, me abre la puerta y me ofrece su mano para ayudarme a bajar.

—Gracias, caballero. Aprecio su micromachismo en la medida en que la sociedad actual me lo permite —bromeo.

Veo aparecer una sonrisa traviesa en su cara. No me suelta la mano, y cierra la puerta del coche antes de llevarme hacia la puerta del jardín. Me giro para encararlo una vez estamos allí y lo encuentro muy cerca de mi cuerpo. No me importa. Me siento cómoda incluso a esta distancia.

—Lo he pasado muy bien esta noche.

Me arden las mejillas y se me acelera el pulso cuando adivino el brillo de sus ojos a la luz de las farolas.

—Yo también lo he pasado bien —admito en voz baja.

—Vaya, me ha costado seis años llegar a esto, pero ha valido la pena —murmura, con media sonrisa engreída—. Voy a llamar a Eddie y a Damon y a decirles que me deben veinte pavos con intereses.

Le pego en el pecho con la mano abierta y él suelta una carcajada.

—Qué gracioso —ironizo.

—Te dije que era paciente, Ash, pero ya estaba empezando a perder la esperanza.

—Paciente e insistente, sí —recuerdo, con la sonrisa rebelándose a mi control—. No hay duda de que lo eres. Quizá un poco cabezota.

—Quizá. Pero te han sentado muy bien los años, así que diría que mi cabezonería ha sido recompensada.

Me suelta la mano para colocar la suya en la parte baja de mi espalda. Está muy cerca, con la cabeza levemente inclinada hacia mí, y sé que va a besarme. Quiero que lo haga.

—¿Qué necesitas para ganar esa apuesta como es debido? —provoco, cerca de su boca.

Sonríe, pero no dice nada. Pega inmediatamente los labios a los míos y yo entreabro la boca para ajustarme mejor a él, para profundizar un poco más el contacto, mientras me atrae hacia su cuerpo, pegándonos por completo. Subo las manos para aferrarme al cuello de su camiseta y tomar el control del beso. Meto la lengua en su boca y la suya sale a jugar al instante. Siento el calor invadiéndome y pienso en volver a montarme en el coche y pedirle que me lleve a su casa. A lo mejor lo que necesito es no estar sola esta noche. Justo eso. Pero cuando él se aparta veo que no tiene intención de insinuar nada parecido, aunque no parece que le falten ganas.

—Buenas noches, Ashley Bennet. Me encantaría volver a verte antes de que te vayas a Chicago.

—Mañana o nunca, entonces —murmuro, y deslizo las manos por su pecho antes de dejar de tocarle.

—Entonces que sea mañana —decide, sin dejar de mirarme a los ojos, mientras camina hacia atrás de vuelta al coche.

Le lanzo una sonrisa y luego me muerdo el labio, antes de dar la vuelta y entrar en el jardín. Me giro cuando estoy en la puerta de casa. Me dice adiós con la mano y arranca el coche para alejarse calle abajo. Y yo estoy a punto de meter la llave en la cerradura cuando un carraspeo muy alto me pega un susto de muerte.

Miro en la dirección de donde ha venido el sonido y los veo. Son Tyler y Sue, sentados al borde de la piscina de la casa vecina, con los pies en el agua y espiando mi intimidad sin ningún reparo ni vergüenza.

—¡Jolín! —siseo, con la mano sobre el pecho para mitigar la taquicardia—. ¿Pretendéis matarme de un susto?

—Alguien pretende matarte a polvos, espera a esa muerte que será más agradable —se burla Tyler, con voz pícara.

Me acerco hasta la valla que separa nuestros jardines, mirándolo con los ojos entornados, aunque no estoy segura de que pueda captar mi expresión con tan poca luz.

—Vaya beso de película, Ash. A mí me habéis puesto cachonda —interviene Sue.

Esos dos son tal para cual, de verdad.

—Eso puedo solucionarlo yo —dice mi vecino al tiempo que rodea a su novia con los brazos, y hace una pedorreta en su cuello que desata su risa.

Lo que yo decía, el uno para el otro.

—Vas a follar con él antes de irte a Chicago, ¿no? De lo contrario, Emily, Mia, Vanessa y yo estaremos muy decepcionadas contigo —sigue hablando la morena—. Y Grace dejará de ser tu amiga. Dice que no puede más con tu manía de desaprovechar polvos de calidad.

Yo bufo como respuesta a los comentarios que sé que mis amigas no paran de hacer a mi espalda. Y lo sé porque lo dicen bastante a menudo a mi cara, también.

—Sé de un par de chats de grupo que están deseando un cotilleo como este —amenaza Tyler con una sonrisa traviesa.

—No se os ocurra decir nada de esto a nadie en absoluto.

—¿A nadie?

El tono de voz de Tyler es muy burlón, pero siento cómo se me escapa el aire. Me quedo sin respirar por un largo momento. Porque sé exactamente a quién se está refiriendo. Nos basta una mirada para decir unas cuantas cosas sin necesidad de usar palabras. Y no. No quiero que le diga ni una sola palabra de esto a nadie. Y mucho menos a ese nadie en concreto.

—A nadie, Tyler.

Lo digo con la voz tajante, y él esboza media sonrisa triste, pero asiente levemente con la cabeza.

—Como tú digas, muñeca.

Acción de gracias

10

Cam

De vuelta a Sacramento. Han pasado solo cuatro meses desde la última vez que aterricé en este aeropuerto, pero han cambiado muchas cosas. Para empezar, viajo solo. Llevo la bolsa colgada al hombro. He guardado el abrigo en ella nada más embarcar, y por eso ahora es más incómodo llevarla. Pero asumo que aquí no va a hacer tanto frío como en Boston, así que no creo que necesite abrigarme tanto como esta mañana.

Sonrío en cuanto veo a mi hermano entre la gente que espera en la puerta de salida del vuelo. Me devuelve la sonrisa al instante y, cuando llego a su altura, me envuelve en un abrazo cálido de bienvenida.

—Hola, hermanito.

Le doy una palmada cariñosa en la espalda antes de separarme para mirarlo y tengo que sacudir la cabeza, molesto, cuando me revuelve el pelo como si aún tuviera cinco años.

—¿Y mi sobrina? —pregunto, sin ni siquiera interesarme por cómo está él—. ¿Por qué no la has traído a recogerme?

Sonríe y me pone la mano en la nuca para empujarme hacia la salida.

—Quería venir, pero mamá ha dicho que para una semana que la tiene en casa no piensa separarse de ella ni un segundo, así que ha tenido que quedarse en las garras de la abuela. Lleva tres días preguntando por ti sin parar. Y *Salem* y ella se han hecho inseparables. Duermen juntos todas las noches.

Me los imagino. Creo que es la escena más adorable que podría llegar a ver.

Caminamos hasta el coche de mi hermano y tiro la bolsa atrás, sin ningún cuidado, antes de montarme en el asiento del copiloto.

—¿Mamá ha preparado pastel de calabaza? —Se me hace la boca agua solo con pensarlo.

—Para ti no. Dice que eres muy mal hijo y que nunca la llamas y que solo te va a dejar dormir allí esta noche porque es Acción de Gracias, pero que mañana te vas a tu casa.

—La llamo casi todos los días. Es muy pesada —protesto.

—Ya. Pero es Acción de Gracias y mira la hora que es. Casi no llegas a cenar. —Llego perfectamente a cenar, apenas han dado las seis de la tarde—. ¿Estás bien?

Lo pregunta preocupado y yo tengo que alzar las cejas al mirarlo, sorprendido por su tono de

voz. ¿Bien? ¿Por qué no iba a estar bien?

—Claro —respondo como si fuera una obviedad—. ¿Vas a arrancar?

—Aún no —me desilusiona—. Desde que dejaste a Lynn no has vuelto a hablar del tema.

Vale. Así que es eso. Ahora mi hermano está preocupado porque esté soltero. O debe de estar pensando que tengo el corazón herido. Si no he vuelto a hablar de Lynn o sobre lo que pasó con ella en el mes y medio que hace que ya no estamos juntos es simplemente porque no lo necesito. Porque estoy bien. Porque, de hecho, estoy mejor ahora. Y tampoco creo que a Rob le sorprendiera mi decisión. Él no había apostado por esa relación en ningún momento. Es más, creo que todo el mundo se había dado cuenta antes que yo de que no iba a ninguna parte. Y no por ella. Ella es fantástica. El problema soy yo. Y debería haberme dado cuenta antes de darle falsas esperanzas y alargar algo que solo terminara rompiéndole el corazón. Ha sido culpa mía. Desde que volvimos a Boston después de la boda de Scott y Em, empecé a ser muy consciente de que yo no estaba tan implicado en esa relación como ella. No me emocionaba. No estaba enamorado. Mi madre había tenido razón: estaba cómodo. Y me hubiera gustado echarle toda la culpa a sus celos y a nuestras broncas. Me hubiera gustado incluso poder echarle la culpa a haber visto a Ashley bailando en un vestido verde persa y haberme vuelto idiota otra vez. Pero ni siquiera había sido eso. Lo que pasaba era que no estaba enamorado de ella y punto. No había más.

—No hablo del tema porque no hay tema del que hablar.

—Mejor —dice, y sonríe de medio lado, como si supiera algo que yo no sé y le hiciera mucha gracia—. Porque presiento que la cena va a ser movidita.

Arranca el coche y sube el volumen de la radio para no responder a mis preguntas. Tampoco insisto mucho. Mi hermano es muy tonto cuando quiere. A saber lo que me han preparado para «castigarme» por no venir más a menudo a visitar a la familia.

Cuando charlamos, lo hacemos de mi sobrina. Tengo muchas ganas de verla. Muchísimas. La he visto crecer en nuestras llamadas diarias, pero tengo ganas de achucharla y levantarla en brazos para ver cuánto pesa ya. Aún recuerdo cuando la conocí hace más de un año. Era muy pequeña para su edad y estaba muy delgada. No paraba de esconderse detrás de las piernas de su nuevo papá, asustada por todo. Mi hermano estaba celoso. No empezó siendo su padre favorito, aunque me parece que ahora van los dos a la par. Ha cambiado mucho en este tiempo. Está más grande, fuerte y sana. Y, sobre todo, feliz. Apenas hablaba, y ahora, con cuatro años, no hay manera de callarla. Cada vez que rememoro la primera vez que me miró con sus ojos oscuros y me llamó «tío Cam», pienso que podría fácilmente morirme de amor.

Estamos a pocos metros de la entrada cuando algo me llama la atención. Es un coche. Bueno, no es un coche. No uno cualquiera, quiero decir. Es el coche del padre de Ashley. Me da un vuelco el estómago y frunzo el ceño mucho más de lo aconsejable si no quiero que me queden marcas para siempre. Giro la cara para mirar a mi hermano. Se está aguantando la sonrisa, y ya, solo por eso, sé que ha estado esperando muy atento para no perderse mi reacción.

—Ah, sí. Se me había olvidado decírtelo... Mamá ha invitado a los Bennet a cenar.

11

Ashley

Son las cuatro de la tarde del día de Acción de Gracias y yo estoy bajando las escaleras de mis padres, a saltitos, mientras tecleo aceleradamente en el móvil. Mia tiene un dramón en casa y no para de enviarme mensajes para contarme, paso a paso, todas las pullas que se están lanzando sus tíos mientras se hornea el pavo. No sé si estará más jugosa su cena o la reunión familiar, pero yo ya le estoy diciendo que lo convierta en una serie para Netflix. Lo petaría.

—Ashley, ¿qué haces así vestida, jovencita?

Mi madre está al pie de la escalera, con los brazos en jarras, arreglada como si fuera a salir a cenar con el presidente y mirándome con el ceño fruncido.

Bajo la vista para contemplar mi aspecto. Llevo unos *leggins* viejos, unos calcetines altos y una sudadera larga del antiguo equipo de béisbol de mi hermano, del instituto. Vale, no voy a ir a hacerme una sesión de fotos para *Vogue* ahora mismo, pero, a ver, estoy en casa. La cola de caballo en la que me recojo el pelo se balancea de un lado a otro cuando decido ignorarla y sigo bajando los peldaños como si no acabara de hablarme.

—¿Piensas pasarte la noche así? ¿Y con ese pelo? Es el día de Acción de Gracias.

Eric aparece justo detrás de mamá, con una sonrisa traviesa. Como si esto lo divirtiera mucho. Pues, vaya, llevo puesta *su* sudadera así que debería replantearse dónde está el chiste.

—Oh, perdona, es el día de Acción de Gracias. Claro, espera. Iré a ponerme mi mejor pijama para cenar.

Espero que haya captado muy bien la ironía. En los últimos dos años no hemos hecho nada especial para Acción de Gracias. Cenar en familia, los cuatro juntos, y jugar al Scrabble hasta las tantas, como mucho. Desde que murió mi abuela hemos relajado bastante la formalidad de los eventos familiares.

Vuelvo a centrarme en el móvil, cuando vibra con la entrada de un nuevo mensaje de mi amiga, y sigo el camino hacia la cocina como si nada. Creo que este año tampoco hay pavo. En el fondo, lo prefiero así.

Freno en seco y me quedo paralizada cuando mi madre abre la boca para volver a hablar a mi espalda, en un tono demasiado ingenuo para tomarla por inocente:

—Oh, vaya, ¿es que no te lo había dicho? Sandra nos ha invitado a cenar esta noche. ¡Qué

despistada que soy!

Veinte minutos después estoy discutiendo con ella a todo volumen en mi habitación. Los gritos alcanzan tantos decibelios que hasta mi padre asoma la cabeza, prudente, para ver si nos estamos matando.

No me puedo creer que mi familia me esté haciendo esto. Están todos confabulados. Contra mí. En el día de Acción de Gracias. Mi hermano se lo está pasando en grande.

—Ashley, vamos a ir y no se hable más —advierte mamá, con el tono más serio que es capaz de poner teniendo en cuenta lo mucho que debe de estar disfrutando esta situación—. Haz el favor de vestirte como una señorita y vámonos, que tenemos que echar una mano con la cena.

¡Como una señorita! Vaya, es que eso ya es lo único que me faltaba.

—No pienso ir. Me voy a cenar a casa de Em.

—De eso nada. Es Acción de Gracias y vamos a cenar los cuatro juntos. Y va a ser en casa de Sandra y Colin, así que deja de portarte como una cría y vístete.

Odio que mis padres se acabaran haciendo tan amigos de la madre de Cam. Estrecharon mucho los lazos cuando rompimos la relación y los dos nos comportábamos como zombis deprimidos. Nuestras madres necesitaban compartir sus preocupaciones y criticar nuestras malas decisiones y ¿qué mejor que la una con la otra?

Pero, por otra parte, no puedo negarme a mí misma este cosquilleo que se me ha instalado en el estómago desde que la idea de cenar con la familia de Cam se ha ido haciendo más y más real en mi mente.

—Quieres mucho a esa familia —sigue mamá—. Y yo ya me he tomado un antihistamínico para que puedan dejar a ese gato que tanto adoras que cene con nosotros. —Busca ablandarme con la baza de *Salem*—. Sandra te quiere casi más que yo, y apuesto a que te mueres de ganas de ver a Alice. —También utiliza a la niña, está jugando muy sucio—. No sé cuál es tu problema.

—Sabes de sobra cuál es mi problema.

—Por favor, Ashley, ya sois mayores para andar con esas tonterías. ¿Vais a estar toda la vida evitando cruzaros por la calle? ¡Tenéis los mismos amigos!

Cómo si yo no lo supiera.

—Él no quiere verme, mamá. No me parece bien meterme en su casa para joderle la fiesta.

—No digas palabrotas —me regaña—. Sandra no nos habría invitado si pensara que va a ser incómodo para cualquiera de sus hijos. Seguro que a Cam le parece bien.

—Sí —corto, en un bufido—, porque seguro que a Cam se lo habéis consultado las dos, exactamente igual que a mí.

Mi madre se acerca a la puerta, con cara de enfadada.

—No tenemos tiempo. Vístete y vámonos.

Y si pienso que todo esto es culpa de mi madre podré ir hasta allí sin sentirme culpable por desoír de manera tan descarada la única cosa que mi exnovio me pidió hace más de dos años.

En menos de una hora estamos llamando al timbre de la casa de la madre de Cam. He estado

aquí un montón de veces, tantas que hace años que perdí la cuenta. Pero esta vez estoy pensando en dar media vuelta y salir corriendo. Mis botas con cuña no son el calzado más adecuado para eso, probablemente, pero supongo que tendrán que valer. Al final, mi madre ha conseguido que me ponga un vestido. En serio, un maldito vestido. Es un vestido que me encanta, pero, aun así. Es granate con un estampado de diminutos corazones negros y lo combino con medias tupidas y unas botas negras. Mamá se ha encargado de maquillarme un poco. No porque yo no sepa, sino porque yo me resistía a ello. Ah, y he tenido que soltarme el pelo. Me siento la *Barbie* de Julia Bennet.

Estoy explorando las mejores opciones de huida cuando oigo una vocecita al otro lado de la puerta preguntando quién es. Se me empieza a licuar el corazón y me olvido por completo y de golpe de todo el plan de fuga, porque solo quiero quitar esa puerta de en medio y abrazar a Alice y que me cuente la historia de cómo se cayó del columpio en el cole la semana pasada y ni siquiera lloró y su profe le dijo que era una valiente.

Es Colin el que abre la puerta, con una mano sobre el hombro de la niña. Ella tiene los ojos abiertos al máximo, atenta a todo lo que ocurre alrededor, y se le iluminan al instante y sonríe tanto que le tiene que doler la boca cuando se encuentran con los míos.

—¡Ashley!

Su chillido entusiasmado me hace reír al mismo tiempo que noto el nudo de emoción en la garganta, porque no entiendo muy bien por qué esta pequeña me quiere tanto.

La cojo en brazos al vuelo, cuando me salta encima, y acomodo nuestra postura, con sus piernas en la cintura, para poder poner sus ojos a la altura de los míos.

—¡Hola, pastelillo! —correspondo a su tono con uno parecido, y la beso por toda la cara, manchándola un poco de pintalabios mientras ella se parte de risa—. ¿Ya me has preparado la cena?

—¡No! —sigue riendo mientras frena mi ataque besucón con las dos manitas en mi cara—. Estoy ayudando a la abuela.

—¡Qué bien!

Paso al interior de la casa la última, cargando con la niña. Mis padres y mi hermano están saludando, y Alice salta de mis brazos para, en sus propias palabras, ir a decirle a *Salem* que ya he llegado. No puedo borrar la sonrisa al observarla correr entre la gente.

—Hola, preciosa —me saluda Zack. Se adelanta a los demás y me da un abrazo apretado—. He cometido el error de decirle a la niña que venías a cenar antes de su hora de la siesta, así que no ha dormido nada. Te va a tocar aguantarla cuando empiece a ponerse tonta.

Sonrío y vuelvo a abrazarlo, más fuerte esta vez. He echado de menos a Zack. La última vez que vi a su hija, hace cosa de un par de meses, Rob había venido a Sacramento solo con ella para visitar a su madre. Me hizo muy feliz que Zack me llamara para contarme que Robbie y él estaban intentando arreglar lo suyo. Unos meses después de retomar su relación les dieron la gran noticia: había una niña lista para ser adoptada por una familia con mucho amor. Llevaban

mucho tiempo esperando esto. Y apuesto a que no hay muchos sitios donde pudiera haber encontrado más amor que aquí. Y no me refiero solo a los lametones incansables de *Noa*.

Rob aparece de la nada y me separa de su novio para abrazarme él y levantarme del suelo, sin darme opción a resistirme. Cierro los ojos mientras lo rodeo con los brazos y apoyo la barbilla en su hombro. Sé que le ha costado volver a aceptarme en su vida, aunque nunca lo dijera tan claro. Lo entendería si me odiara, porque soy muy consciente de cómo adora y protege a su hermano, pero creo que no podría soportar que él también lo hiciera. Volvimos a hablar después de que adoptaran a Alice. Por supuesto, fue Zack y no Robbie quien me invitó a conocerla, y en aquella visita a un Eugene plagado de recuerdos tuve una dolorosa conversación con el hermano mayor de Cam. Lloré tanto que él terminó por abrazarme. Y le he dado muchas explicaciones desde entonces, incluso las que nunca llegó a pedir. Muchas más de las que he dado a nadie, y más de las que pude dar a quien realmente las merecía. Aunque dudo mucho que Rob tenga a Cam al tanto de eso.

—Corre, dame amor, que tengo que irme ya mismo al aeropuerto a recoger a mi hermano.

Lo beso en la mejilla, y procuro que no se me note la subida de tensión que acaba de producirme su comentario.

—¡Vuelvo enseguida! —anuncia en un grito antes de salir.

No me da tiempo ni a mirar a mi alrededor para ver quién es el próximo al que debería saludar y ya estoy en otros brazos.

—Ashley, cariño, ¿cómo te va? —Sandra me abraza con firmeza, pero más delicada que su hijo mayor, y luego se separa para coger mi cara entre las manos y mirarme bien de arriba abajo —. Pero qué guapa estás.

Tengo el tiempo justo de saludar a Colin y a Leah antes de que Alice vuelva a aparecer, seguida por una bola negra de pelo que camina con la cola alzada y lanzando maullidos en respuesta al parloteo de su nueva mejor amiga. Y, claro, tengo que achuchar mucho a *Salem*.

—¿Y *Noa*? —pregunto a Zack, agachada con *Salem* en el regazo.

—Está en el jardín de atrás. Ya sabes que se pone muy hiperactiva con tanta gente.

—¡Te llevo! —decide la mocosa de cuatro años, y coge mi mano para tirar de mí.

Me hace seguirla sin dejar de hablar.

La perra se vuelve medio loca cuando me ve. Diría que se alegra de que volvamos a encontrarnos. Empiezan a notársele los años, y ya no es tan enérgica, pero sigue siendo un torbellino cuando se emociona. Tengo que tener cuidado de que no tire a su pequeña dueña al suelo, con el movimiento de todos sus cuartos traseros. Aunque pronto soy consciente de que no hacía falta mi intervención. Alice maneja al animal como si acabara de sacarse el título de adiestradora canina profesional. Esta niña cada vez me parece más y más increíble.

Me ofrezco a ayudar a Sandra en la cocina, aunque mi madre ya se ha puesto el delantal y las dos están mano a mano mientras sus maridos pelan patatas encima de la mesa. Me despachan rápidamente, encargándome el cometido de entretener a Alice hasta que la cena esté lista.

Dejo que la niña me enseñe la casa, jugando a la agente inmobiliaria. Estoy segura de que eso lo ha sacado de los programas de reformas que le encanta ver a Zack. Y no le digo a mi pequeña guía que ya la conozco, porque se la ve tan ilusionada que no quiero borrarle esa sonrisa.

—Esta es la habitación de mi tío Cam de cuando era pequeño.

La sigo, aun sin querer hacerlo, porque sé que no me va a resultar fácil entrar ahí. No debería estar aquí. No debería estar invadiendo su espacio. Y, mientras dejo que Alice me lleve hasta el centro del cuarto, me pregunto si ella sabrá que su tío Cam y yo nos quisimos tanto, una vez. Es que a lo mejor ni siquiera sabe que su tío Cam y yo nos conocemos. Y eso sí que me entristece.

—Mira, aquí tiene tus fotos.

Esas palabras me devuelven a la realidad y me aceleran el ritmo cardiaco hasta niveles insanos. Acaba de decir eso. Así que, obviamente, la canija sabe que nos conocemos. Me muero de curiosidad por saber qué es lo que le han contado sus padres.

Duele mirar ese corcho y que me golpeen sin previo aviso todos los recuerdos. Notitas. Corazones. Un montón de fotos.

—Esta me gusta.

Y el corto dedo de la niña señala la última foto de la serie que nos hicimos en el fotomatón en nuestro primer verano juntos, una en la que estamos labio contra labio, con mis manos en su nuca y sus brazos rodeando mi torso.

Necesito salir de aquí.

—Me gusta mucho la casa de tu abuela, señorita. ¿Ahora te apetece que salgamos a jugar al jardín?

Y ella se olvida rápidamente de todo y tira de mi mano, entusiasmada, para volver al jardín trasero con *Noa*. *Salem*, que no ha dejado de perseguirnos por todas partes, se viene con nosotras.

Así que, cerca de media hora después, las dos estamos agachadas en el jardín, observando un desfile de hormigas, cuando oigo *su* voz hablar con mucha ternura a mi espalda, desde la puerta de la cocina.

—¿Dónde está mi chica favorita?

La tristeza me atraviesa de golpe al pensar que, una vez, hace ya tiempo, era yo la que tenía la respuesta a esa pregunta.

12

Cam

Esto no debería alterarme. No debería. Porque hace cuatro meses la vi, bailé con ella, sentí su cuerpo muy cerca del mío y le dije que nunca había querido a nadie como la quise a ella, sí. Pero es que ahí está la clave. *La quise.* En pasado. Y en los cuatro meses después de ese encuentro no he pasado noches en blanco deseando tenerla a mi lado. No he perdido ni un minuto en pensar en lo que estaría haciendo, o en dónde, o con quién, o ni siquiera en si estaría bien. No me he preguntado ni una sola vez si Ashley Bennet sería feliz.

Por eso me siento furioso conmigo mismo al notar cómo se me aceleran las pulsaciones y se me tensa el estómago, mientras mi hermano abre la puerta principal. No quiero verla. Esa es la verdad. Voy a tener una charla muy seria con mi madre para dejarle claro lo que me parece esta encerrona. No tenía derecho a traer aquí a mi exnovia. Lejos de ella todo es fácil. Simplemente ya no está en mi vida y punto. No tengo que darle más vueltas.

—¡Ya estamos aquí!

Mi hermano se encarga de gritarlo bien alto, no vaya a ser que no se entere toda la casa y parte de los vecinos.

—¡Hola, Cam!

Leah es la primera en aparecer, y se cuelga de mi cuello solo por un segundo antes de seguir caminando con la vista clavada en las páginas de un libro.

Tengo que asomarme al comedor para ver dónde demonios están los demás y por qué no vienen a saludarme con la ilusión que deberían mostrar después de cuatro meses sin verme. Zack y Eric están sentados a la mesa mirando el móvil del hermano de Ashley muy interesados. Carraspeo fuerte para llamar su atención, y los dos se vuelven de golpe.

—¡Eh! —saluda primero mi cuñado.

Se pone de pie y me da un abrazo cariñoso. Luego se aparta y yo miro a Eric con media sonrisa. Hablo mucho con él por mensajes y nos seguimos en todas las redes sociales, pero hacía mucho tiempo que no nos veíamos cara a cara.

—¿Qué pasa, Cam?

Madre mía, aún me acuerdo de cuando lo conocí, de cuando le enseñé a jugar al béisbol, y parece mentira que, sin darme cuenta del paso del tiempo, el hermano pequeño de Ashley sea

casi tan alto como yo.

—¿Qué tal, tío? —Choco su mano, como siempre lo hacíamos antes, cuando yo salía con su hermana.

Hace mucho tiempo.

Lo acerco a mí para darle un abrazo y unas palmadas en la espalda y aprovecho para hablarle en voz más baja:

—Deberías haberme avisado de esto. Eres un traidor.

Suelta una carcajada.

—Mi madre me exige que mantenga las lealtades al cincuenta por ciento, lo siento —dice, con una sonrisa divertida—. A mi hermana tampoco le había dicho nada, para equilibrar, así que digamos que os quiero a los dos igual.

Le pego en el brazo con el puño cerrado, y él se ríe. Luego salgo de aquí para buscar a mi madre. Aunque a quien tengo ganas de ver de verdad es al diablillo de ojos negros que tengo por sobrina.

—Subo tu bolsa a tu cuarto, chaval —se ofrece mi hermano, ya cargado con el equipaje que yo he dejado tirado en la entrada—. Tú termina de saludar a todo el mundo.

Me gustaría no captar un tono pícaro en su voz, pero ahí está. «A todo el mundo», ya. Como si fuera eso lo que realmente quiere decir.

Tengo que seguir con la ronda de saludos y busco en la cocina. Ahí está Colin, sentado a la mesa fingiendo que pela y corta hortalizas. Y, a su lado, Peter Bennet. Pero al padre de Ashley no le da tiempo a ponerse en pie y llegar hasta a mí para saludarme cuando le dedico una sonrisa. Su mujer se le adelanta por mucho y me envuelve en un abrazo demasiado emotivo, si tenemos en cuenta que soy el exnovio de su hija.

—¡Cam, cuánto tiempo! —exclama, tan entusiasmada con todo como siempre—. Mírate, estás guapísimo. ¿Cómo te va? Tu madre me estaba contando que estás muy contento por Boston, ¿verdad?

—Sí, estoy bien —respondo, un poco abrumado por el recibimiento.

Siempre me he llevado muy bien con la madre de Ash. Julia es genial y me ha tratado prácticamente como a un hijo desde el primer día. Desde la primera vez que me quedé a cenar en su casa. Mientras estuvimos juntos. Y después también. Cada vez que la había vuelto a ver después de que Ashley y yo lo dejáramos, había sido encantadora conmigo. Y, ahora, que hace más de dos años que no la veía, sigue igual.

—Mujer, déjalo tranquilo, que lo estás agobiando —advierte Peter, que la aparta de un empujón travieso de cadera—. Ya vas a tener tiempo para interrogarlo en la cena.

Me tiende la mano y yo se la estrecho sin poder reprimir la sonrisa. Nunca voy a olvidar que este hombre se portó como un padre conmigo cuando mi padre no lo hacía. Le debo mucho más de lo que él o su hija me dejarían reconocer.

—Hola, Peter.

—Hola, chico. Te veo fuerte —bromea, y me da un par de palmadas en el bíceps.

Luego, los dos nos movemos a la vez para darnos un abrazo. Ni siquiera pienso en si es adecuado o no, hasta que nos separamos. Me ha parecido lo más natural, pero a lo mejor, ahora que hace tiempo que Ash y yo no estamos juntos, no deberíamos seguir comportándonos como si los padres del otro fueran familia, ¿no?

—Más vale, estamos en plena temporada.

Asiente, con una sonrisa.

—Y parece que habéis empezado bien...

Mi madre se mete por medio, regañándonos por hablar de fútbol en su cocina. Me abraza mucho y me besa las dos mejillas sin parar, para avergonzarme delante de todo el mundo. Y luego dice que soy muy mal hijo y que no sabe si me va a dejar dormir en casa por no ir a verla más a menudo, pero ya no cuela.

—¿Dónde está Alice? —pregunto tras saludar también a mi padrastro.

Mi madre sonríe. Y me parece que oculta algo más detrás de esa sonrisa.

—Está ahí detrás, jugando con Ashley.

En cuanto pronuncia la última palabra, noto cuatro pares de ojos clavados en mí. Me dan ganas de encogerme, de la impresión. Tampoco es que me extrañe que todos se dediquen a estudiar mi reacción, pero, aunque ya me lo esperara, me incomoda bastante. Intento mostrarme indiferente mientras doy dos pasos decididos hacia la puerta trasera.

Salgo y vuelvo a cerrar, solo para asegurarme de que los cuatro cotillas de turno no tienen nada jugoso que comentar. Aunque no me extrañaría que Julia se estuviera asomando ahora mismo por la cortina, a mi espalda.

Ahí están, delante de mí, agachadas en medio del jardín, con *Salem* tumbado junto a la bota de Ashley, y *Noa* mordisqueando el césped un poco más allá. Mi sobrina lleva puesto un abriguito que le regalé yo y se me llena el pecho con una sensación muy cálida al caer en la cuenta de que ya le vale. Le queda perfecto. Lo que significa que ha crecido un montón. Y Ashley... Ashley lleva una cazadora de cuero negra encima de un vestido, y estoy bastante seguro de que se está quedando helada, porque hace rato que ha caído el sol y se nota, y ella es la chica más friolera que he conocido. Aun así, está sujetando la mano de Alice mientras la niña no para de parlotear y señala el suelo todo el rato. Ash le dice algo y ella se parte de risa, con esas carcajadas tan infantiles y tan alegres que le costó sacar pero que ahora no para de soltar en todo el día. Zack siempre las llama «las carcajadas Parker de Alice» y, sí, puede, y solo puede, que las haya aprendido de mi hermano.

Tengo que reconocer que me enternece verlas juntas. Rob se ha encargado de dejarme claro muchas veces cuánto quiere su hija a Ashley, y verlo de primera mano no me molesta, como al principio pensaba que haría, sino todo lo contrario. La primera vez que mi hermano me dijo que habían quedado con Ashley para que conociera a Alice, me enfadé. Quería que mi exnovia quedara fuera de mi vida, y mi hermano es una parte importante de todo eso. Además, él y Zack

deberían haber estado de mi lado, ¿no? Haberme dicho «esa chica no merece la pena», o algo parecido. Pero no. Qué va. Por lo menos el idiota de Robbie ya hace tiempo que dejó de decir «Ashley aún te quiere», como si no supiera que eso era lo último que yo quería o necesitaba oír. Al final he tenido que acostumbrarme a que mi hermano y Zack sigan teniendo relación con mi ex, siempre que no me den detalles. Y hasta yo tuve que admitir que a Alice le venía muy bien tener una «amiga», como ella la llama. Han conectado muy bien, y Ash le ha hecho de psicóloga más de una vez sin ni siquiera tenerlo planeado. Tuve que reconocer que, cada vez que se veían, la niña evolucionaba un poco más en su adaptación a su nueva vida, así que no pude protestar demasiado.

Y el único problema con toda esa relación de amistad que se traen las dos es que Alice tiene a Ashley como modelo a seguir, y la imita en un montón de cosas que a mí me arañan el corazón a veces, cuando estoy tierno y sensible. Y siempre me pongo tierno y sensible cuando estoy con mi sobrina, así que eso es algo que no mola demasiado. Y, ah, claro, que Alice no deje de preguntarme fascinada por la época en que salíamos juntos tampoco es muy divertido. Odio a mi hermano por eso. No era cosa suya contarle nada. Su excusa es que no pudo no decirlo cuando Alice se puso a cotillear mi habitación por primera vez. Y, vale, a lo mejor eso es en parte culpa mía, ¿no? Debería haber tirado las malditas fotos.

La pequeñaja sigue parloteando y yo creo que ya he dejado pasar más segundos de lo que se podría considerar normal sin decir nada, solo por contemplarlas. Así que tengo que hablar. Y darle un achuchón muy grande a esa niña tan pequeña.

—¿Dónde está mi chica favorita?

Y mi chica favorita, la actual, se pone en pie de un salto y se gira con la cara iluminada por una sonrisa que se me contagia al instante. ¿Cómo podíamos no tenerla en nuestras vidas antes? Ojalá hubiera llegado antes, mucho antes; ojalá hubiera podido llegar desde el momento en que nació y no pasar casi tres años descuidada y sin amor. Tengo que estar poniendo cara de tonto, seguro, porque es que hasta me duele la boca de tanto sonreír, pero no puedo controlarlo.

—¡Tío Cam!

Su grito feliz precede a una carrera a toda velocidad, avanzando tanto como le permiten sus cortas zancadas, para lanzarse a mis brazos. Salta con toda confianza, segurísima de que la voy a coger. Aún me acuerdo de cuando apenas se atrevía a acercarse a mí y me miraba desde algún escondrijo, intentando decidir si era o no digno de su confianza. Y de cuando, las primeras veces que jugué con ella a lanzarla por los aires, siempre se aseguraba de decirme, por lo menos tres veces, que no me olvidara de cogerla. Ahora se lanza como una kamikaze, sin medir el riesgo de la caída. Tampoco le hace falta. No lo hay. La levanto muy arriba, deleitándome con su risa, antes de estrujarla contra el pecho y besar su cara repetidamente hasta que me pide que pare, llorando de risa.

Tengo que alzarla un poco más para salvarla del entusiasmo de *Noa*, que se ha puesto a saltar a mi alrededor sin ningún cuidado. A su lado, *Salem* la mira con desconfianza y no para de

acercarse y alejarse para evitar las patas de la perra e intentar llegar a mí.

Mi mirada se desvía mientras tengo a Alice agarrada al cuello, con la cabeza apoyada en mi hombro, y se cruza con la de Ashley sin que a mí me haya dado tiempo a borrar mi sonrisa y poner mi mejor cara de póker. Ella también está sonriendo, observándonos como si fuéramos el espectáculo más tierno que ha tenido la suerte de ver. Tengo que apartar la mirada enseguida y separar a mi sobrina de mí para poder estudiarla bien.

—Pero ¡¿qué te han dado de comer últimamente?! ¡Has crecido un montón, enana!

—Ya no soy enana —deja claro muy seria.

—¿No? Vamos a ver lo alta que estás.

Me agacho con ella para dejarla en el suelo. Tengo que acariciar a *Noa* y saludarla para que se quede tranquila, cuando se pone a lamerme la cara sin control. Cojo a *Salem* con la mano izquierda y lo subo a mi pierna, para que no se crea que ya he dejado de quererlo.

—Mira, tío, he crecido así —señala la enana al tiempo que levanta la manita hasta la altura de su barbilla.

Echo la cabeza hacia atrás para soltar un par de carcajadas.

—No, qué va. Has crecido así. —Pongo la mano más alta que la suya, justo por encima de su cabeza—. Es verdad, ya no eres enana, ahora eres gigante. ¿Me das un beso, grandullona?

Se me agarra otra vez al cuello, aplastando un poco a *Salem*, pero el gato ni se aparta, y me besa la mejilla muy ruidosamente.

—¿No le vas a dar un beso a Ashley?

La pregunta de esa canija entrometida me pilla totalmente de sorpresa y me quedo serio de golpe. Miro a Ashley, que sigue de pie en el mismo sitio, con la vista clavada en nosotros, y parece que acaba de sentirse igual de incómoda que yo. Aparta la mirada en cuanto sus ojos se encuentran con los míos. Pero hay unos ojos oscuros que no se apartan para nada de mí y tengo que decir algo, porque no se va a olvidar de esto tan fácilmente.

—Sí, claro que le voy a dar un beso a Ashley —la contento, porque no hay ninguna otra cosa que pueda responderle a esta pequeña sin fastidiarle la cena de Acción de Gracias.

La cojo de nuevo en brazos y me acerco hasta mi exnovia con la niña entre los dos, para no hacer el momento tan violento. Ash hasta me sonríe un poco, pero sus mejillas acaban de colorearse hasta hacer juego con su vestido, así que no me trago mucho la sonrisa. Me inclino hacia ella y la beso en la mejilla suavemente, rápido. Ignoro deliberadamente el olor que desprende, lo suave de su piel y los impulsos eléctricos que viajan entre nosotros. Tiene la mejilla fría y eso solo confirma mis sospechas de que se está quedando helada aquí fuera con la niña, pero no va a protestar por ello.

—¿Cómo estás, Ash? —pregunto, solo porque no decir absolutamente nada es aún más raro.

—Bien —responde, y fuerza una sonrisa leve—. ¿Y tú?

La enana está entre nosotros, mirándonos con los ojos muy abiertos, atenta a todo lo que pasa, y con una sonrisa entre entusiasmada y vergonzosa. ¿Cómo puede una cría de cuatro años ser tan

casamentera? Es como si fuera una mini Vanessa, y estoy casi seguro de que la culpa de todo eso la tiene mi hermano. O, a lo mejor, hasta mi madre.

—Muy bien. Oye, enana, ¿has traído tu pelota?

Vuelvo a centrarme en mi sobrina y me doy la vuelta con ella para alejarme de mi ex y transmitirle la idea de que hasta aquí llega la cordialidad. Al menos, dejemos las cosas claras desde el principio.

—¡Síííííí!

Salta de mis brazos para salir corriendo hacia la casa y poder buscarla. Y creo que lo del fútbol americano en esta familia no es genético, pero sí se transmite de generación en generación. Así que Ash y yo estamos prácticamente empatados, porque la enana la imita a ella en algunas cosas, pero me imita a mí en muchas otras.

Me voy detrás de ella, sin volverme a mirar a Ashley, quien tampoco dice o hace nada a mi espalda para retenerme.

Se acerca la hora de cenar y estoy agotado de jugar con Alice. De verdad, tengo veinte años más que ella, yo no puedo seguirle el ritmo. ¿De dónde saca tanta energía si Zack me ha chivado que hoy ni siquiera se ha echado la siesta? No tengo ni idea. Pero tengo que dejarla en manos de Leah mientras descanso un poco.

Salgo al porche delantero cuando mi madre me despacha de la cocina. Yo solo pretendía ayudar. ¿Qué puedo hacer si tengo mucha hambre y las empanadillas de verduras son tan irresistibles? A la segunda que me he comido, pensando que nadie me veía, mi propia madre me ha echado de malas maneras, amenazándome con un trapo enrollado, y yo he tenido que huir dejando atrás la sonrisa divertida de Ash. Eric está sentado en el escalón. Le tiendo uno de los dos botellines de cerveza que he cogido de la nevera del sótano para que nadie se enterara. Si Ashley o Julia me ven robando una cerveza para Eric, creo que me la voy a cargar. Mi colega lo coge y me lo agradece con una sonrisa de medio lado, y yo pienso que tiene que tener locas a las fans de su equipo de béisbol en San Francisco. Normal, todos los trucos de ligón que sabe se los he enseñado yo.

—No se lo digas a tu madre —advierto, burlón.

Me siento a su lado.

—Ni a mi hermana —completa él con una risita.

—Ni a tu hermana.

Inclino mi bebida hacia él, invitándolo a brindar. Lo hace y luego los dos damos un trago.

—¿Qué tal la universidad? Y con universidad me refiero a vivir fuera de casa, la hermandad, las fiestas y las chicas —aclaro pícaramente.

—Muy bien. Me lo estoy pasando de lujo. Y tú tenías razón: es mejor ir sin novia —añade, en un tono que deja muy claro lo bien que se lo está pasando en su nueva vida.

Suelto una carcajada, porque a Eric le encanta tergiversar mis palabras y convertir mis valiosos consejos en justo lo que él quiere oír.

—Yo no dije eso.

—Claro que lo hiciste. Bueno, no lo dijiste claramente por eso de que soy el hermano pequeño de cierta persona, pero lo insinuaste.

—Lo que yo dije es que es duro estar en una relación a distancia cuando empiezas la universidad.

Eric me mira, alza las cejas y chasquea los dedos para luego señalarme.

—¡Ah, fue eso! —Tan tonto como su hermana, de verdad—. Bueno, tenías razón. No sé cómo Ash y tú aguantasteis tres años así, yo habría cortado a las tres semanas.

A mí me da un pequeño pinchazo en el corazón. Yo habría aguantado cuatro años, o seis, o toda la vida con tal de estar con ella. Mierda, no voy a volver a pensar en eso. Me prometí no pensar en eso nunca más.

—Eso es porque tú eres un mujeriego.

No se ofende. Sonríe orgulloso y da otro trago a su botellín.

—O porque no he encontrado nada como lo que teníais vosotros —opina, tras unos segundos de silencio.

Nos miramos y sé que él sabe que ha tocado fibra sensible. Pero le da igual. Me sorprende que hable de esto así, cuando mi relación con su hermana nunca ha sido realmente un tema de conversación habitual entre nosotros. Al menos no desde que él tenía trece años. Probablemente, si yo fuera él, también tendría curiosidad. No creo que Ashley le haya dado muchos detalles de lo que terminó pasando entre nosotros.

Cambio de tema con rapidez y nos dedicamos a charlar sobre deporte. Hasta que oímos la puerta y los dos nos volvemos sobresaltados para ver quién nos interrumpe. Espero que sea mi hermano, o cualquiera menos un Bennet que vaya a echarme la bronca por darle alcohol al menor de la familia, como si él no se hubiera pillado borracheras desde los dieciséis. La suerte no está con nosotros, claro. Es Ashley.

Frunce el ceño y pone los brazos en jarras, en plan madre, y a mí se me pasa por la mente la idea fugaz de lo adorable que se pone cuando frunce así el ceño, cabreada. Tengo que apartar la mirada. Y ella se acerca muy rápido y le quita la cerveza a Eric, al tiempo que le propina una colleja con la otra mano. Yo me trago una risita, pero entonces su enfado se vuelve contra mí, demasiado rápido.

—¿En serio? ¿Le estás dando alcohol a mi hermano?

—En esta ocasión sí, pero normalmente lo consigue él solo —me atrevo a picarla.

Suelta un bufido y yo me río. No lo puedo evitar.

—Ash, venga, ¿me vas a hacer creer que tú no bebías cerveza a los dieciocho? —La pone a prueba su hermano pequeño.

—Pues claro que no —miente con todo su descaro.

Y yo me río, porque, de verdad, la he visto prácticamente arrastrarse por el suelo después de beber chupitos de tequila con Vanessa, a los dieciocho y antes.

—Cállate —me advierte, al tiempo que me da un golpecito en el hombro, pero suena bastante divertida, como si estuviera haciendo un esfuerzo para no contagiarse de mis carcajadas—. Eric, vete dentro, anda.

Cuando la miro, está dando un sorbo al botellín que acaba de quitarle a su hermano, como si estuviera muy relajada y no acabara de pedirle a Eric que nos deje a solas. Esto no es bueno. No necesito quedarme a solas con ella. No quiero quedarme a solas con ella. No respeta mis deseos esta vez y Eric obedece demasiado rápido y sin protestar. Ash se sienta a mi lado, dejando una distancia considerable entre los dos para que no nos rocemos ni por accidente, eso sí. Deja pasar unos cuantos segundos en silencio, mientras yo doy un sorbo largo a mi cerveza.

—Solo quería decirte que yo tampoco tenía ni idea de lo de esta noche —dice por fin.

La miro de reojo, pero ella no me está mirando a mí. Está muy centrada en juguetear con la etiqueta de la que ahora se ha convertido en su cerveza, arrancando el borde con las uñas, como suele hacer.

—Me lo he imaginado.

—Vale. No quiero que pienses que ahora me he convertido en una especie de acosadora, tampoco eres tan famoso —bromea, y se le escapa media sonrisa, que se me contagia aunque intente controlarla—. Vamos a cenar y luego me iré, no hace falta ni que pongas buena cara. Siento que tenga que ser así de violento. —Se muerde el labio y yo me enfado conmigo mismo por no ser capaz de dejar de mirarla—. Mi madre...

—Y la mía —corrijo, porque estoy seguro de que las dos tienen la misma parte de culpa.

Gira la cara hacia mí y nuestras miradas conectan al instante. Se me revuelve todo el interior como si acabara de bajar de una de esas atracciones de las que te cuesta un rato recuperar la posición correcta de tu hígado. Y no quiero sentirme así. Para nada. Pero, al mismo tiempo, es una de las mejores sensaciones del mundo. Me recuerda a lo que era estar tan bien a su lado. A lo que podían provocar en mí solo esos ojos marrones.

—Sí. Ya sabes cómo son. —Vuelve a esbozar una sonrisa tímida, y a mí se me encoge el estómago—. Eso, que lo siento, y que me iré en cuanto acabe la cena, ¿está bien?

Tengo que desconectar nuestras miradas para poder contestar a eso. Y clavo los ojos en el botellín de cerveza que ella sostiene, con la etiqueta ya casi totalmente destrozada. Qué manía la suya.

Tengo que alejarme de esto cuanto antes.

—Sí, será lo mejor.

El silencio nos envuelve durante un par de segundos y, aunque noto los ojos de Ash recorriendo mi rostro, yo no me permito volver a mirarla.

—Claro —dice en un susurro.

Se levanta y da dos pasos hacia la puerta. Dentro deben de estar ya a punto de servir la cena.

Y yo me levanto también para seguirla, pero justo entonces ella para y se gira de golpe hacia mí, como si acabara de decidirse a hacer algo y quisiera darse mucha prisa antes de poder arrepentirse. La impulsividad de su movimiento la deja muy cerca de mi cuerpo, y puedo notar su agitada respiración mientras levanta la barbilla para buscar mis ojos.

—Cam, te echo de menos.

Lo dice con tanta firmeza como si fuera la verdad más absoluta que ha soltado en su vida, y, a la vez, la vulnerabilidad empapa por completo sus palabras. «Te echo de menos.» Mi corazón se ha parado y, de repente, se pone a funcionar con latidos furiosos, al tiempo que mis ojos se permiten recorrer la forma de sus labios.

Podría contestar cualquier cosa, pero no digo nada. Doy un paso a un lado para rodear su cuerpo, que se interpone en mi camino, y me voy dejándola plantada en el porche, con sus palabras aún haciendo eco en el silencio de la noche.

13

Ashley

Tengo que prometerle a Eric que me encargaré de su parte de todas las tareas domésticas en los días que quedan antes de que se vuelva a San Francisco y yo a Chicago para conseguir que me cambie el sitio que mamá y Sandra han designado para nosotros alrededor de la mesa y no tener que sentarme al lado de Cam. Es un chantajista de primera, y lo peor es que sabe negociar porque sabe aprovecharse de la desesperación del otro. Sale ganando lo mires por donde lo mires, estoy segura de que prefiere sentarse al lado de Cam que al lado de Leah.

—Alice, ¿te sientas aquí o te pongo la silla allí con la abuela? —ofrece Zack, cuyo asiento queda justo frente al mío y ha acomodado una silla entre él y Robbie, que preside la mesa a mi lado.

—No —rechaza la pequeña. Su pelo moreno asoma por encima del mantel—. Con papá.

Trepa por la pierna de Rob para subirse a su regazo y él la sujeta por las axilas para acomodarla y la besa en la mejilla.

—¿No eres ya mayor para comer sentada en tu silla, como todos los demás y como haces en casa todos los días? —pregunta el hermano de Cam, pero, en el fondo, se nota que está encantado de que lo haya elegido a él.

Alice me mira en busca de apoyo y yo niego disimuladamente con la cabeza y suelto una risita y le guiño un ojo cuando la oigo pronunciar un «no», tan tranquila, alentada por mi gesto. Ella también se ríe e intenta guiñarme el ojo de vuelta, pero eso aún no se le da demasiado bien.

Se me borra la sonrisa de golpe cuando desvío la vista de la pequeña y me encuentro con los ojos verdes de Cam, que está sentado junto a su cuñado y aparta la mirada en cuanto conecta con la mía.

¿De verdad acabo de decirle, hace solo diez minutos, que lo echo de menos? Así, sin avisar. Sin anestesia. Sin pensar. Me quemaba la garganta y podría haber implosionado si no llego a soltarlo. Me imagino a Sydney si llega a enterarse de esto, echándome la bronca del siglo: «Han pasado dos años, Ash». Es su frase favorita últimamente. Han pasado dos años. Más. Más de dos años y sumando días con cada nuevo día que pasa. Debería haberme acostumbrado ya, ¿no? Ya no debería echarlo de menos porque ya debería haberme acostumbrado a no tenerlo en mi vida. Pero lo sigo haciendo. Lo echo de menos todos los días. Siempre que hay un pequeño detalle que

me recuerda a él. Siempre que me pasa algo y él sigue siendo la primera persona a quien me gustaría contárselo. Siempre que hago alguna tontería y me falta su carcajada. Todo mi discurso maduro para nada. Todo eso de que siento que la situación sea violenta, que todo es culpa de mi madre, que en cuanto cenemos desaparezco de su vida otra vez y sin hacer ruido, tal y como él quiere. Y luego voy y digo «te echo de menos». Lo peor es que él se ha largado directamente, sin decir ni una palabra. Él ya ha pasado página. Hace mucho tiempo que lo hizo.

Vale, solo tengo que centrarme en cenar, poner buena cara para que Alice, Sandra y mi madre se queden contentas, y luego me largo. No puede ser tan difícil. Vamos, Ashley, procura no mirar a Cameron Parker y todo irá bien.

Pero es que no puedo parar de estudiar su cara todo lo disimuladamente que puedo, que no es mucho. Podría haber perdido algo de atractivo en estos dos años, pero no. La barba de tres días le sienta genial y tengo tantas ganas de pasear los dedos por ella para saber de primera mano cómo es su tacto que hasta me duelen. La sombra de esa barba le enmarca la mandíbula y le endurece los rasgos. Ya es todo un hombre. Y me atraía como nadie cuando empezamos a salir, cuando tenía dieciocho y cara de adolescente travieso, pero es que ahora mis hormonas están totalmente revolucionadas, encargándose de convencerme de que no he visto un hombre tan atractivo en toda mi vida. Lleva el pelo desordenado, como siempre. Y va vestido como corresponde a la ocasión, como si toda su intención fuera ser el tío más irresistible de la sala, con unos pantalones chinos grises que se le ajustan en la parte superior, permitiendo adivinar la firmeza de su trasero, y una camisa blanca que se le pega a los bíceps y da ganas de arrancarle todos los botones de una sola vez para poder pasear las yemas de los dedos por sus abdominales. Y a lo mejor...

Vale. Se acabó. Una barba no es motivo para volverse loca, Ashley. Ni que tuviera diecisiete años y fuera por ahí todo el día con las hormonas revolucionadas, encendiéndome hasta quemarme cada vez que a Cameron Parker le da por rozarme. Un poco de decencia, por favor. «Te echo de menos y me muero por pasear la lengua por tus abdominales, Cameron.» Si no tengo cuidado, al final lo acabaré diciendo en voz alta. Y no creo que sea el momento ni el lugar. No. Porque el momento hace tres años que pasó. Eso seguro.

—Bueno, Cam, cuéntanos cómo te va la temporada, ahora que tu madre no puede regañarnos por hablar de fútbol en su cocina. —Oigo hablar a mi padre, en tono de guasa, buscando picar a Sandra.

¿Tenían que hacerse amigos entre ellos? ¿De verdad? ¿Y mi padre no puede hacerme un favor y callarse y no centrar toda la atención en la persona de la que yo estoy tratando de alejar la mía?

—Pues ¿cómo le va a ir la temporada? —interrumpe mi madre antes de que a Cam le dé tiempo a pronunciar ni una sola palabra—. La temporada le va bien, como siempre. Estuvimos viendo tu partido del domingo, cielo. Imagínate, Ashley obligándonos a todos a ver los partidos de los Patriots cada vez que está por casa. Y va por ahí diciendo que odia el fútbol.

Voy a matarla. ¿Es pecado tener ganas de asesinar a tu propia madre? Seguro que sí, pero es que se lo merece. Cualquier juez me dejaría en libertad teniendo en cuenta los atenuantes.

Soy consciente de las miradas de reojo de Cam mientras responde, tan tranquilo, obviando la parte que se refiere a mí siendo fan de los Patriots desde que él juega en el equipo y centrándose en los detalles de los partidos y la temporada actual. Mantengo la vista clavada en mi plato.

—Estoy muy a gusto en Boston, sí. La verdad es que no me ha ido mal, y me alegro de haber tomado la decisión de firmar con el equipo, aunque tuviera mis dudas al principio.

Suena muy firme y muy convencido, o eso es lo que él quiere transmitir, pero mi mente replica con un «mentira» al instante. Creo que nadie más en la mesa lo ha notado, pero yo siempre he sabido cuándo miente. Cuándo quiere aparentar estar bien. O, al menos, antes era capaz de adivinar aquello que él no decía... *Antes*.

—Sí, la pena es que os tengáis que ir tan lejos —se lamenta la dramática de mamá—. Con todas las oportunidades que hay en California. Os vais al este del país y ya parece que los aviones no vuelan a menudo, por lo poco que venís.

—Mujer, es normal —interviene Colin—. Los chicos se van de casa, se hacen mayores y tienen sus vidas. Por lo menos los tenemos a todos aquí por Acción de Gracias y lo importante es que sean felices y logren lo que desean, aunque sea lejos.

Mi madre pone cara de circunstancias, pero termina asintiendo con la cabeza.

—Sí, sí, tienes razón. Y, por cierto, Ashley acaba de publicar un artículo en una revista de mucha repercusión.

—Alto impacto, mamá —corrijo, a media voz.

—Alto impacto, sí, lo que sea —repite ella con una sonrisa orgullosa—. Que igual eso también lo podía haber hecho desde una universidad más cercana, pero, hija, si a ti te gusta Chicago y pasar frío, pues a ver quién soy yo para decir nada.

—Pues para no ser quién para decir nada, qué poquito te callas —replico, con una mueca, y Rob y Zack se parten de risa con mi salida.

Sandra también se ríe y se estira para ofrecerme el puré de patatas sonriéndome con cariño.

—Ay, ¿quién nos iba a decir que llegaríais tan lejos los dos y nos haríais sentir tan orgullosas? El verano antes de que os fuerais a la universidad, cada vez que volvía a casa y os encontraba jugando al escondite, o echando un pulso, o haciendo un fuerte con los cojines, pensaba que erais los dos tontos y ya está —bromea.

La gente se ríe, pero Cam no. Y yo tampoco. No me atrevo a cruzar la mirada con él. Siento cómo me arden las mejillas mientras recuerdo la cantidad de veces que Sandra nos encontró haciendo el idiota en su casa solo porque estábamos disimulando después de pasarnos horas haciendo el amor en el sofá del sótano, o en la cama de Cam, o hasta en la cocina. Uf.

Cuando levanto la vista y miro disimuladamente a mi exnovio, veo que él también tiene las mejillas encendidas, como si hubiera pensado lo mismo que yo.

—¿Podemos hacer un fuerte con cojines? —pregunta Alice ilusionada.

Escapa de los brazos de su padre para pasar a los de su otro papá y, de ahí, lanzarse al regazo de Cam.

—Claro que podemos —asegura su tío, y la acomoda sobre sus piernas y le sonríe con ternura —, pero esta noche no, enana. Tendrá que ser mañana por la mañana, ¿vale?

Y la enana hace una mueca decepcionada. Ver a Cam con su sobrina me enternece, y no puedo parar de pensar que ojalá hubiera podido estar con él en todo este tiempo desde que la pequeña llegó a nuestras vidas. Daría lo que fuera por haber visto cómo se ganaba su confianza poco a poco, cómo se inventaba estupideces para conseguir hacerla reír, o cómo se le cayó la baba la primera vez que lo llamó «tío». Daría lo que fuera por haber compartido todo eso con él. Por poder compartir con él todos los momentos que están por venir.

—Vale. Pero mañana sí. ¿Me lo prometes?

Cam asiente y le ofrece su meñique, para hacer un juramento. Tengo que apartar la mirada para no morirme de amor y de pena, al mismo tiempo, cuando los veo entrelazar los dedos para cerrar el trato. Son adorables juntos, pero el corazón me protesta al recordar cómo solía encajar mi meñique con el suyo cuando éramos nosotros los que sellábamos promesas.

—¿Por qué no ha venido *Vodka*? —Vuelvo a oír la vocecita de la niña.

Cam intenta seguir comiendo algo, pero ella juguetea con su oreja mientras lo mira atentamente, dificultándole la tarea.

—A *Vodka* no le gusta mucho viajar en avión —explica con paciencia.

—¡Ah! Como a Ashley.

Zack y mi hermano se ríen, Rob suelta una sola carcajada, y, si no son imaginaciones mías, Cam ha esbozado una sonrisa también.

—Sí, en eso se parece a Ashley —concede.

Se me acelera el corazón con solo la manera en que suena mi nombre en sus labios. Hacía más de dos años que no lo escuchaba sonar así, con ternura. Nada del tono frío de los últimos «hola, Ashley» que me ha dedicado en nuestros recientes encuentros. No. El tono de siempre. El Cam de siempre. Sí que lo echo de menos.

—A mí sí que me gustan los aviones, así que podemos ir *Noa* y yo en avión a ver a *Vodka* — se pone a parlotear la canija, haciendo planes que solo incluyen perros y gatos y ningún adulto a la vista.

Es para comérsela, de verdad. Y Cameron debe de pensar lo mismo, porque le asegura que puede ir a visitarlos a él y a *Vodka* a Boston siempre que ella quiera y la besa por toda la cara, riendo cuando ella protesta.

—¡Para, tío! —exige al tiempo que le pone las dos manitas sobre la boca—. Me pinchas.

—Lo siento, enana. La próxima vez que nos veamos, me afeitaré para ti —promete, con una risita.

Le guiña un ojo y Alice salta de su regazo al suelo y rodea la mesa, dejándolo plantado, para venir hasta donde estoy yo y tirar de mi brazo para que me incline hacia ella, como si fuera a decirme un secreto. Pero la verdad es que no modera mucho su tono de voz cuando habla:

—Ashley, ¿quieres venir con *Noa* y conmigo a ver a *Vodka*? Tú puedes ir a Boston en

autobús.

Hace reír a toda la mesa, y me doy cuenta de que todos están pendientes de esta adorable criatura y, por lo tanto, ahora también de mí.

—Me encantaría ver a *Vodka*, Alice. —Hasta me duele lo sincera que soy al decir esas palabras—. Pero no puedo.

Ella frunce el ceño, creo que no está muy acostumbrada a que le digan que no.

—¿Por qué no?

Es una buena pregunta, claro. ¿Por qué no? Miro de reojo a Cam, y él esconde la mirada tan rápido como puede.

—Porque... tengo muchísimo trabajo en Chicago y Boston está muy lejos —pongo la primera excusa que se me ocurre.

Solo porque no puedo decirle a esa inocente niña de cuatro años «No, es que no puedo ir a Boston y ver a mi perra favorita porque tu tío Cam me odia», pero casi me dan ganas de soltarlo. Aunque sea para que queden unas cuantas cosas claras para la mayoría de la gente que se sienta a esta mesa. Y sobre todo para esas dos madres metomentodo que han organizado esta velada.

—Boston está muy lejos —repite Alice, como si estuviera de acuerdo con mi afirmación.

Luego me aparta el brazo para trepar a mi regazo y acomodarse conmigo. Me roba un poco de puré de patatas mientras parece pensar en nuestra conversación.

Veo a mi madre asomarse desde la derecha de Leah para contemplarme con una sonrisa en la cara. Me temo lo peor.

—Qué bien te sienta —dice, en tono soñador—. Ay, Ashley, yo quiero ser abuela.

Sandra se parte de risa. Y suelto un bufido en respuesta y toda mi atención se ve arrastrada a la media sonrisa que se le dibuja a Cam en la cara en cuanto lo oye. Mi corazón se infla con un soplo de esperanza, porque mi corazón es muy irracional. Es solo un acto reflejo, una vieja costumbre de Cameron Parker, eso de reír con mis bufidos. No significa nada.

—No te preocupes, mamá, que ahora que Eric ha empezado la universidad, verás lo poco que tarda en dejar embarazada a alguna chica.

Mi hermano se descojona, y los hermanos Parker y Zack, también. Mamá ya está protestando por mi respuesta, fingiendo estar mucho más escandalizada de lo que en realidad está. Ha empezado ella. Se merecía una respuesta como esa y creo que me he quedado corta. Espero que le sirva de escarmiento y no se le ocurra llegar a decir quién le gustaría que fuera el padre de mis hipotéticos hijos. Tampoco hace falta, creo que todo el mundo ya lo sabe.

—Y vosotros, ¿qué? ¿Cuándo os casáis? —La cotilla de mi madre mete presión por otro lado, y mira muy interesada a Rob y a Zack, como si solo por el hecho de haber adoptado una niña ya fuera un escándalo que no pasen por el altar. Qué anticuada es mamá cuando quiere, para lo moderna que ella se cree.

Alice se queda conmigo durante todo lo que da de sí la cena y, cuando estamos con el postre, ella ya está casi dormida acomodada contra mi pecho. Zack me ha preguntado un par de veces si

me molestaba, pero qué va. Todo lo contrario. Me encanta que la canija quiera estar conmigo. Sobre todo, porque desde que está sentada sobre mis piernas, Cam dirige mucho más hacia aquí sus ojos verdes. Y eso es algo que me incomoda en parte, pero que no quiero que deje de ocurrir. Para nada. Que me mire bien toda la noche, a ver si así se acuerda de quién soy. Eso si nuestras madres no se lo están recordando ya lo suficiente sacando a la luz sin parar anécdotas de tiempos en los que estábamos juntos, como si pensaran que no nos damos cuenta de lo que hacen. Son muy poco disimuladas, y lo peor es que Alice, antes de empezar a adormilarse, ha hecho muchísimas preguntas, porque parece que eso de que su tío Cam y yo fuéramos novios una vez le fascina. Y yo diciéndole a Cam que sentía que esto tuviera que ser violento. Ya. Aún no sabía de verdad lo violento que podía llegar a ser.

—Anda, pequeñaja, ya es tu hora de irte a dormir —anuncia Rob al tiempo que acaricia suavemente el pelo de su hija—. ¿Te llevo a la cama? —Ella niega con la cabeza unas cuantas veces, y ahoga un bostezo—. ¿Quieres que te acueste el tío Cam?

—No. Ashley.

Se apretuja un poco más contra mí. Y Rob está a punto de decir algo para hacerla cambiar de opinión, pero lo freno poniendo una mano sobre su brazo. Le aseguro que no me importa. Porque, la verdad, me encanta que la niña acabe de elegirme por encima de su adorado tío Cam. Chúpate esa, Cameron Parker. Me levanto y cargo con ella para subirla al piso de arriba. Zack intenta darme instrucciones, pero se olvida que ya conozco bien esta casa y también a su hija.

—Ya lo sé, pesado —lo callo, y Alice suelta una risita al oírme llamar así a su papi.

Así que nos vamos ella y yo solas para prepararla para ir a dormir. Han montado una cama plegable a un lado de la antigua habitación de Rob, porque desde que Colin y Leah llegaron dejó de existir una habitación de invitados y, por lo tanto, no había cuarto que convertir en el de la niña. Tardo menos de lo que me esperaba en conseguir que la pequeña haga pis y se lave los dientes, y en ponerle el pijama. La arropo, una vez que se cuela entre las sábanas, y meto la manta por debajo del colchón para sujetarla bien y atrapar a Alice y que no pueda moverse, como me hacía a mí mi padre cuando era pequeña. Ella se parte de risa, totalmente despierta otra vez, y *Salem* aparece no sé ni de dónde para hacerse una bola sobre el colchón, bien pegado a su nueva mejor amiga.

—Ashley —me llama ella cuando le doy un beso en la frente y anuncio que es hora de dormir —, ¿por qué ya no quieres al tío Cam?

Tengo que respirar hondo y pensar bien antes de contestar a la pregunta. Así que es por esto por lo que la canija quería que la acostara yo. Para someterme al tercer grado.

—Eso no es así —elijo ser sincera—, yo quiero mucho a tu tío Cam, pequeña.

—Entonces, ¿por qué ya no sois novios?

«Porque él ya no me quiere a mí.» Se me hace un nudo en la garganta solo con pensarlo. Pero me lo trago y me obligo a sonreír a la inocente niña que tengo delante.

—Porque, a veces, dos personas se pueden querer mucho pero no pueden estar juntas. Es todo

más complicado cuando te haces mayor. Y, a veces, los mayores nos enfadamos, o nos alejamos, aunque nos queramos, ¿sabes?

—El tío Cam está enfadado contigo —anuncia, como si esa noticia fuera nueva para mí.

Lo que sí me sorprende es que me lo diga una niña de cuatro años, y encima con esa seguridad.

—Ya —murmuro.

—Lo sé porque nunca quiere hablar de ti y pone esta cara cuando mis papás dicen tu nombre. —Intenta imitar a Cam, poniéndose muy seria y frunciendo mucho el ceño. Y, aunque me está doliendo el corazón, no puedo evitar sonreír al verla—. Pero aún te quiere. Me lo ha dicho papá —añade en voz más baja, como si fuera un secreto.

—Venga, ya vale. —La callo cuando noto cómo me aletea el corazón y me da un vuelco el estómago. No puedo ilusionarme por las fantasías de una niña de cuatro años, ni por los desvaríos de su padre—. Tú tienes que dormir de una vez.

—Quédate hasta que me duerma.

Asiento. Me recuesto a su lado en el colchón y pongo la cabeza junto a la suya en la almohada.

—Buenas noches, pastelillo —le deseo, y le beso el pelo suavemente.

—Ashley —susurra, pasados dos segundos escasos—, cuando el tío Cam y tú erais novios, ¿os dabais muchos besos?

—Pues..., sí, a veces.

Me siento estúpida respondiendo a las preguntas de programa del corazón de esta mocosa. Sobre todo, por todo lo que me hacen sentir. ¿Que si nos dábamos muchos besos? La cantidad de tiempo que pasaron mis labios pegados a los suyos... Y nunca me cansaba. Siempre quería más.

—Cuéntame cómo os hicisteis novios.

Intento negarme pero pronto me doy cuenta de que es inútil, así que empiezo a darle una versión breve y edulcorada de nuestra historia de amor. Solo con decir que íbamos juntos a clase pero que nunca habíamos hablado hasta que él un día me pasó una notita en clase de biología, ya se me pone la piel de gallina y siento todas mis emociones formando remolinos. Enamorarme de él fue tan fácil que no puedo creer lo complicado que hicimos todo lo demás. Perdimos el tiempo por no ser sinceros desde el principio. Lo perdimos todo por no ser sinceros al final. Y lo peor de todo es que la culpa es mía. Toda, entera, completa e innegablemente mía.

No he estado hablando ni cinco minutos cuando Alice ya empieza a adormilarse de nuevo. Y, cuando ya está respirando acompasadamente a mi lado, sin terminar de escuchar la historia del amor de mi vida, yo recupero el móvil del suelo, donde lo había dejado, y me dedico a escribir unos cuantos mensajes mientras me aseguro de que mi pequeña amiga está profundamente dormida y puedo irme sin oírla protestar. Necesito salir de aquí.

Cuando bajo al piso inferior, la reunión familiar sigue tan animada como la había dejado, pero han abandonado el comedor y han recogido la mesa y ahora bromean y charlan por grupos en el

salón. Cam está con su hermano y con Zack, cada uno de ellos con una copa en la mano y yo procuro no mirarlo cuando me acerco para anunciar a los padres de Alice que ya está dormida como un lirón. Rob mira la cazadora de cuero, que he recuperado del perchero y llevo en la mano, y alza una ceja.

—¿Te vas? —pregunta, en voz suficientemente alta para alarmar a nuestras madres.

—Eh —dudo un momento cuando toda la atención se centra en mí—, sí, me voy ya.

—Tómate una copa —ofrece Zack para retenerme.

—¿Cómo que te vas? ¿Adónde crees que vas, jovencita? —interviene mi madre, que se planta ante mí en tres pasos decididos.

—Me voy, he quedado.

—¿Que has quedado? Sandra nos ha invitado a cenar con ellos esta noche, ¿y tú has quedado? Eso no es de buena educación, Ashley.

—Bueno, si me hubieras informado de vuestros planes para la cena, podría haber organizado la noche de otra manera, pero ahora ya, ¿qué vamos a hacer?

Mi madre me dedica una de esas expresiones que te hacen alegrarte de que las miradas todavía no maten.

Por suerte, Sandra intercede por mí enseguida.

—Déjala, Julia. Tienen veinticuatro años, es normal que quieran hacer sus planes, con sus amigos, los pocos días que pasan por casa. Pero, oíd, ya que lo hemos pasado tan bien esta noche, ¿qué tal si os venís mañana a comer?

No puedo evitar mirar a Cam. Cruza su mirada con la mía y creo que los dos debemos de tener la misma expresión. Esto no va a acabar nunca. No van a dejar que acabe.

Mis padres ya están alabando la idea y haciendo la lista de lo que traerán mañana para preparar la comida. Me meto por medio para besar a Sandra en la mejilla.

—Gracias por la cena —le digo, cariñosa, y le devuelvo una sonrisa—. Tengo que irme ya, me están esperando —me disculpo cuando el móvil vibra con la entrada de un mensaje.

—¿Vas a dormir en casa? —pregunta mi madre, que intenta parecer abierta y moderna otra vez.

—No lo sé —suelto, despreocupada, y oigo a mi padre gruñir bajito.

Con el rabillo del ojo, veo a Rob empujar a Cameron y decirle algo en voz baja, muy serio. Cuando salgo del salón y tengo la mano en el pomo de la puerta, lo oigo venir detrás de mí y mi corazón empieza a galopar.

—Ash, espera.

Se me congela todo el cuerpo. Metafóricamente hablando y si solo hablamos de movimiento, porque mi temperatura ha aumentado considerablemente en una décima de segundo solo con la caricia de su voz.

Me vuelvo para mirarlo. Se para a un metro de mí y estira el brazo para rascarse la nuca, nervioso. Qué mono. Es uno de sus gestos más adorables. Uno de mis favoritos.

—No tienes que irte así —dice a media voz—. Sé que no es precisamente agradable para ninguno de los dos, pero no quiero que te sientas incómoda por mi culpa. Quédate, tómate una copa. No es para tanto.

Y entonces me acuerdo de que hace unas horas le he dicho que lo echaba de menos. Y él ni se ha dignado a contestar. Ni aunque fuera para mandarme a la mierda. Y ahora se planta aquí a decirme que «no es para tanto». ¿Que no es para tanto? Como si no le afectara tenerme cerca. Pero a mí sí, a mí me afecta. Así que tiro del pomo de la puerta, desconectando nuestras miradas, y decido ser sincera.

—Para mí sí que es para tanto.

Salgo al exterior sin llegar a ponerme la cazadora de cuero sobre el vestido y el frío de la noche me golpea sin avisar, haciendo que me encoja ligeramente. Sé que Cam sigue detrás de mí así que no me molesto en cerrar y trato de mantener el paso firme mientras cruzo el jardín hacia la acera. Le había pedido a Caleb que me esperara al final de la calle, pero el BMW está delante de la casa y él de pie junto a la puerta del copiloto. Lo veo erguirse y casi puedo notar cómo hincha el pecho, tratando de aparentar más tamaño del que en realidad tiene.

—Parker —dice, sin ni siquiera posar la mirada en mí y con el gesto muy serio.

Me vuelvo para mirar atrás y veo la figura de Cam en el marco de la puerta, imponente, clavando la mirada en Caleb como si acabaran de presentárselo como su oponente en un *ring* de boxeo.

—Caleb —lo oigo decir entre dientes.

Lo que me faltaba. Estos dos mirándose como dos gatos callejeros a punto de empezar a pelear. Solo les queda erizar el pelo del cuerpo y soltar un par de bufidos.

—Vámonos, por favor —digo, en voz baja, cuando llego a la altura de Caleb.

Eso basta para hacerlo reaccionar y se apresura a abrirme la puerta del coche para que pueda subir. Aún lo veo mirar hacia Cameron un par de veces mientras camina para montarse al volante.

No puedo evitar volver la vista atrás mientras nos alejamos calle arriba y se me encoge el estómago al ver a Cam dar media vuelta y volver al interior de la casa, cerrando tras él.

14

Cam

Tiene que estar vacilándome. Tiene que ser una broma, eso es lo que es esto. Caleb Braxton. Podía escoger a cualquiera para largarse de mi casa en un cochazo. A cualquiera. Pero no. Ella llama a Caleb Braxton y a mí me está subiendo muy rápido la rabia por el pecho hasta colapsar en mi garganta. ¿Cómo no? Ella siempre elige la peor opción. Elige a Tyler y elige a Caleb, y elegiría a cualquiera que a mí me pusiera en marcha el instinto asesino. ¿Por qué él? El que apostó a que podía ligarse a mi chica cuando acabamos el instituto. El que tuvo los huevos de besarla aun sabiendo que ella estaba conmigo. No me cae bien. Y no sé si es solo por eso, o si hay algo más, pero odio que se haya largado con él como si nada. En la puerta de mi casa. ¿Y ahora qué? ¿Adónde van a ir? ¿Qué van a hacer? ¿Que qué van a hacer? No seas ingenuo, Cameron, van a follar mientras yo estoy en casa cada vez más y más furioso; mientras pienso en las manos de ese tío tocando su cuerpo. Su pelo, su piel, sus tatuajes. *Mis* tatuajes. Por un momento, siento que estoy teniendo un *déjà vu* emocional, porque me siento casi igual que cuando mi mente no paraba de torturarme pensando que Tyler había pasado por todos esos sitios que habían sido solo míos. ¿Dejará que Caleb acaricie su piel justo donde tiene mi marca en la muñeca? ¿Dejará que bese cada letra de ese *fearless* como hice yo miles de veces?

Sacudo la cabeza para intentar frenar los absurdos pensamientos que creí haber dejado atrás hace dos años. Ya no puedo volver a eso. ¿Qué estoy haciendo? Ashley es muy libre de hacer lo que le dé la maldita gana con quien le dé la maldita gana. Y a mí ya no me importa. Ya no me importa, de verdad.

Vuelvo al salón, con los puños y la mandíbula apretados. Mi hermano y Zack se están besando a un lado de la sala y diciéndose cosas al oído como si fueran unos adolescentes. Pero yo clavo la mirada en Eric y, cuando me mira también, le hago una seña para que deje de hablar con mi hermanastra y se me acerque.

—¿Qué pasa, tío? —pregunta.

Mi hermano y Zack se acercan muy rápido al captar la tensión que debe de estar generando mi cuerpo. Si hay algo que les guste más de lo que se gustan el uno al otro es meter las narices en mis asuntos.

—¿Está saliendo con ese payaso? —Es lo que sale de mi boca, sin que yo pueda controlarlo.

Ojalá supiera callarme, alguna vez. Porque, ahora mismo, tal y como están las cosas, creo que el único que está haciendo el payaso aquí soy yo.

—¿Qué payaso? Mi hermana ha salido con algún que otro payaso en su vida, sí —bromea Eric para picarme.

Pero lo único que consigue es impacientarme.

—¿Sale con Caleb, sí o no?

Eric ensancha su sonrisa, mientras me mira como si le resultara muy interesante mi repentino mosqueo. No me tiene ningún respeto, este mocoso.

—Ah, Caleb —repite, y luego se encoge de hombros—. Salir es un término muy amplio, Cam. ¿Si sale de vez en cuando de casa y se monta en su coche cuando está en Sacramento? Sí, diría que a menudo. ¿Que si es su novio o algo así? Pues la verdad es que no tengo ni idea, Ash se ha vuelto bastante celosa de su intimidad en los últimos años.

Gruño. Tengo como mil preguntas para las que quiero una respuesta inmediata, pero creo que es mejor no hacerlas. Es mejor no hacerlas, pero es que no me puedo callar por mucho tiempo.

—¿Desde cuándo?

—Desde cuándo, ¿qué? —contesta Eric, jugando con mi paciencia. Lo miro con cara de pocos amigos y él levanta las manos en son de paz—. Mamá me dijo que salieron dos días seguidos después de la boda de Emily. Puedo conseguirte toda la información, pero mis dotes de investigador privado no se venden baratas...

Le golpeo el hombro moderando la fuerza, para no hacerle daño.

—¿Es que estás celoso, hermanito? —pregunta mi hermano, y posa una mano en mi nuca de forma delicada.

Me aparto en un movimiento brusco y me giro hacia él para fulminarlo con la mirada. Me tengo que morder la lengua cuando estoy a punto de soltar un «no flipes», como si aún fuera el mismo crío que a los dieciocho.

—Pues claro que no.

Doy la vuelta y salgo del salón.

Subo al segundo piso y me asomo a la habitación de mi hermano y Zack, para asegurarme de que Alice está dormida y a salvo. Justo lo que necesitaba para devolverme la calma. Me acerco despacio, para no molestarla, y *Salem* levanta brevemente la cabeza para mirarme antes de estirar las patas, acomodar su postura y apretujarse más contra la niña. Acaricio la barriga del gato antes de hacer lo mismo con el pelo de mi sobrina. La beso en la mejilla muy suave antes de salir del cuarto para irme al mío.

Lo primero en lo que me fijo al entrar es en el puñetero corcho que hay en la pared. La última vez que estuve aquí, mi madre tuvo la delicadeza de quitarlo de en medio, no sé por qué demonios lo ha vuelto a colgar. Bueno, sí, sí que lo sé. Por la misma razón por la que ha invitado a los Bennet a cenar esta noche. Me acerco sin dudar y empiezo a quitar todo lo que hay allí que tenga que ver con ella. Las fotos, las notitas, las entradas de cine medio borradas por el paso del

tiempo y todas esas cosas absurdas. Abro el último cajón de la mesa de un tirón. Está medio vacío y yo lo meto todo allí, sin orden y sin cuidado. Y, cuando ya lo he cerrado, me lo pienso mejor y vuelvo a abrirlo, para estirarme y coger el muñeco *daruma* de la estantería y meterlo con todo lo demás. Luego cierro de golpe, de un solo empujón. Miro el corcho y tengo que mover de sitio las pocas cosas que quedan en él, para conseguir tapar los corazones con nuestras iniciales que hay dibujados en la superficie. No le bastaba con estar en todas partes, ella también tenía que dejar su marca ahí.

Oigo una llamada a la puerta y, aunque decido ignorarla, se abre a los dos segundos. Mi hermano asoma la cabeza, prudente, como si esperara encontrarme pegándole a la almohada. Procuro relajar la expresión y doy dos pasos atrás para sentarme al borde del colchón, a los pies de la cama. Rob pasa, cierra tras de sí y se acerca en silencio hasta sentarse a mi lado.

—¿Estás bien?

Empuja suavemente mi hombro.

—Sí.

Lo digo firme, sin ningún rastro de duda. Pero él se levanta y camina hasta quedar frente al corcho, desmontando toda mi fachada.

—Qué pena, era la parte favorita de Alice de toda la casa —murmura mientras pasea los dedos por entre las pocas cosas que aún quedan clavadas con chinchetas en la superficie.

—Deja de contarle a tu hija cuentos de hadas, anda. Lo único que os pedí es que dejarais a Ashley fuera de mi vida y vosotros os empeñáis en hacerlo todo demasiado difícil.

Mi hermano se sienta de nuevo a mi lado. Me observa, apenado.

—¿Ha sido difícil quitar esas cosas del corcho?

—Ha sido difícil encontrarme esas cosas ahí —replico—. La última vez que estuve aquí, cuando vine con Lynn, mamá lo había quitado y pensé que por fin había entrado en razón... Pero ya ves, le faltó tiempo para volver a colgarlo.

—Mamá y Julia son muy entrometidas y encima se les da muy mal hacer de casamenteras. Pero tienen buena intención, Cam. Os conozco a los dos, a ti mucho más que a ella. Y ella lleva dos años echándote de menos, pero es que tú... Tú llevas dos años luchando contra ti mismo para no echarla de menos también, y no entiendo cómo no estás ya agotado de eso.

Me giro hacia él para mirarlo contrariado.

—Perdono a mamá, porque ella no tiene ni idea de lo que pasó en realidad. Pero que Zack y tú sigáis con esto aún, sabiendo lo que ella hizo, te juro que me jode muchísimo más que verla largarse en el BMW del puto Caleb Braxton —gruño entre dientes.

Rob me sostiene la mirada, sin dejarse amedrentar, aunque su expresión es bastante empática.

—Lo entiendo. No creas que no me acuerdo de cómo estabas hace dos años, y no creas que no me acuerdo del daño que te hizo. Pero ella ya está pagando su condena con creces. Lo que hizo fue una estupidez y lo peor que se le pudo ocurrir, eso está claro. Pero vosotros dos ya no estabais juntos y cada uno estaba haciendo lo que podía para seguir adelante. No la defiendo,

Cam —asegura rápidamente al ver cómo frunzo el ceño—. Y te apoyaría en toda esta cruzada contra ti mismo si pensara que vas a ser más feliz así, pero es que no lo creo.

Niego con la cabeza y aparto la mirada. Da igual lo que le diga a mi hermano, no voy a conseguir que cambie de opinión. En esta familia adoran a Ashley y eso es algo con lo que voy a tener que aprender a lidiar si no quiero volverme loco. Pero lo único que les pido es que la adoren en silencio y me permitan a mí mantenerla lejos de mi vida, tampoco es para tanto, ¿no? Deberían respetar eso, al menos.

—No tienes ni idea de lo que yo siento o no siento, así que no te pongas a psicoanalizarme, Robbie —advierto, muy serio—. Y me alegro de que tú la entiendas y puedas ponerte en su lugar y todas esas cosas que a Zack y a ti se os dan tan bien para justificar todo lo que Ashley hace mal, pero yo nunca he podido y ahora ya me da lo mismo. Puede que no estuviéramos juntos y puede que cada uno hiciera lo que podía, pero el caso es que mi corazón seguía siendo suyo, y creía que el suyo seguiría siendo mío. Me hizo polvo. Y lo único que os pido es que respetéis mi decisión y me dejéis estar bien, que es como estoy cuando estoy lejos de ella.

—Muy bien. Intentaré convencer a mamá para que no vengan mañana a comer —dice con expresión triste—. No te prometo nada.

Se levanta y da dos pasos hacia la puerta.

Se me enreda un nudo en el pecho cuando pienso en la cara con la que me mirará mi madre, en que todos pensarán que esto aún me afecta y en lo feliz que hace a Alice pasar el tiempo con su *amiga* Ashley.

—No le digas nada a mamá. Da igual. Soy capaz de comer en la misma mesa que ella. Estaré bien.

Mi hermano me mira con cierta incredulidad reflejada en las pupilas. Asiente, pero hace una mueca antes de volver a hablar:

—¿Sabes? Pensaba que tú no eras de los que se conformaban, pero si quieres pasar el resto de tu vida limitándote a estar «bien», es cosa tuya, no nuestra.

No digo nada porque solo quiero que se largue y acabar con esta conversación de una vez. Quiero que sea pasado mañana y montarme en un avión de vuelta a Boston y pasar a recoger a *Vodka* en cuanto aterrice y volver a mi vida normal.

—Ah —añade el plasta de mi hermano, con la puerta ya abierta y medio cuerpo en el pasillo —, y deberías saber que el corazón de Ashley no ha dejado nunca de ser tuyo, Cameron. Rebusca bien por tus bolsillos, si no sabes dónde lo has puesto.

Utiliza mi nombre completo para darle más dramatismo. Para recordarme a ella. Para llegarme un poco más adentro. Pero yo no dejo que atreviese mi coraza. Que para algo hace dos años que la llevo puesta.

Poco después tengo que obligarme a salir de mi guarida para hacer acto de presencia en el salón y despedir en condiciones a lo que queda de la familia Bennet antes de que se vayan.

Cuando por fin me voy a la cama, no puedo parar de dar vueltas. ¿Está ella teniendo un

orgasmo ahora mismo, mientras yo me pregunto esto como un idiota? No me viene bien pensar en Ashley teniendo un orgasmo, y mucho menos si no soy yo el que lo provoca. Joder. Ella y sus gemidos entrecortados y su manera de estremecerse, y su forma de pronunciar mi nombre en el clímax...

Ya vale.

Me incorporo y cojo el móvil de la mesilla, porque es mejor dirigir la frustración hacia algún sitio y sé perfectamente con quién quiero pagarla esta vez. Me meto en la conversación con Scott y pulso el botón para grabar un mensaje de voz: «¿En serio está saliendo con Caleb y no me has dicho nada? No me puedo creer que tenga algo con él. Y, lo que es peor, no me puedo creer que tú te lo hayas callado. Eres un traidor».

Me dan ganas de mandarle otro a Vanessa, diciendo algo parecido, porque seguro que ella también está bastante al día de las últimas noticias, teniendo en cuenta que ese Caleb es uno de los mejores amigos de su novio. Si es que lo tienen que saber todos menos yo, que es precisamente lo que yo quería y lo que yo les pedí, claro: no saber absolutamente nada de Ashley. Y, al contrario que mi familia, mis amigos están cumpliendo con mis órdenes a rajatabla.

Suena la entrada de un mensaje. Es Scott. Él ha escrito, en vez de hablar:

Creía que no querías saber nada de Ashley.

La aplicación me indica que sigue escribiendo justo en este momento.

Por favor, no lo mates. Es imbécil, pero es mi amigo.

Estoy a punto de contestar, pero él se pone a escribir una vez más:

Me alegro de que al final haya ido tan bien la noche.

Y luego añade un emoticono de una cara guiñando el ojo y sacando la lengua. El muy gracioso. En cuanto lo vea voy a machacarlo. Acaba de ganársela.

—¡Tío Cam, tío Cam, tío Cam!

La enana está saltando encima de mi cama y chillando como una loca, con el pijama puesto y el pelo totalmente despeinado. Gruño quedamente ante el despertar que me está dando, pero no se detiene a pesar de mis protestas. Le agarro los tobillos y tiro de ellos para hacerla caer de espaldas sobre el colchón. Ni siquiera eso la desanima. Se parte de risa. A juzgar por la cantidad de luz que se atisba tras las cortinas, yo diría que es muy temprano. Y también podría jurar que el que la enana esté aquí despertándome a mí se debe a que mi hermano y Zack han dicho «Ve a despertar al tío Cam» cuando ha intentado sacarlos a ellos de la cama. No voy a quejarme. Ellos pierden sueño todos los días y yo no paso todo el tiempo que me gustaría con mi sobrina, así que, ahora que estamos juntos, será mejor que aproveche todas las horas que pueda.

—Si te quedas aquí tranquila conmigo cinco minutos, me levanto y hacemos lo que tú quieras. —Trato de pactar, medio adormilado aún.

Me estiro para pulsar la tecla lateral del móvil y poder ver la hora. Apenas acaban de pasar las siete de la mañana.

—¡Un fuerte con los cojines!

Tiene memoria, la enana. Asiento con desgana, con los ojos cerrados.

—Vale. Cinco minutos.

—Vale. Cinco minutos —repite ella imitando mi tono.

Pero no se queda tranquila, no. Noto cómo se levanta de un salto y se pone a dar vueltas por la habitación. Yo me encojo bajo la manta, poniéndome de medio lado. Siento las patas de *Salem* paseando por mi costado. Pobre de mí. Solo unos segundos y el cuerpecillo de mi sobrina trepa de nuevo a mi lado en el colchón. Se acomoda justo frente a mí y pienso que he logrado mi objetivo, a lo mejor hay suerte y se queda dormida un rato más. Pero cuando entreabro un ojo para mirarla, veo su cara muy cerca de la mía, mirándome fijamente con los ojos muy abiertos.

—¿Ya han pasado cinco minutos?

Estiro la mano por encima de ella y enciendo la pantalla del móvil para comprobar la hora. Ni un minuto. No ha pasado ni un minuto, de verdad.

—No. Solo uno. Así que cuatro minutos más.

—Vale.

Cierro los ojos otra vez, pero ella acerca la cara cada vez más y más a la mía, y así no hay quien duerma, con su mirada atravesándome impaciente.

—Tío Cam —susurra.

—¿Qué, pequeña?

—Has quitado las fotos.

Frunzo un poco el ceño.

—¿Qué fotos?

—Las fotos de Ashley.

Las fotos de Ashley. Mierda. Las fotos de Ashley. No, si ya me lo dijo ayer mi hermano, que acababa de cargarme el lugar favorito de Alice en toda la casa. Me observa muy seria, esperando una explicación. Y creo que ya es hora de que se la dé, y que deje clara mi parte de la historia, porque no sé qué estúpidas fantasías sobre Ashley y sobre mí le han metido sus padres en la cabeza.

—Sí, he quitado las fotos de Ashley. —Se le frunce el ceño—. Hace ya mucho tiempo que las tendría que haber quitado, pero soy un vago.

—Las has quitado porque estás enfadado con ella.

Niego con la cabeza lentamente.

—No estoy enfadado con ella. Me enfadé mucho con ella hace tiempo, pero ya se me ha pasado. Lo que pasa ahora es que ya no podemos volver atrás. A veces cuando te enfadas mucho

con alguien es complicado arreglar las cosas. —Trato de explicárselo lo mejor que sé, sin ponerla triste, ni decirle nada malo de Ash. La enana la adora, y eso tengo que respetarlo.

—¿Ya no la quieres?

No es una pregunta para responder a las siete de la mañana. Pero tengo que decírselo de una buena vez, para que deje de fantasear en su mente con la idea de que Ashley y yo puede que volvamos a estar juntos alguna vez. Eso no va a pasar. Tiene cuatro años, pero mentir no es una opción.

—La quiero como amiga.

Vale. Una mentira piadosa.

—¿Y como novia?

Casi hasta hace pucheros, pero ¿qué puedo decir?

—No. Ya no la quiero como novia, enana.

Se queda pensativa durante unos segundos.

—Ella sí que te quiere —suelta como si nada—. Me lo dijo ayer.

—Ya, bueno, como amigo, igual que yo a ella —digo firmemente para zanjar el tema—. Ya han pasado los cinco minutos. Venga, vamos a ver si la abuela tiene algo rico para desayunar y montamos el fuerte con cojines.

Aparto las sábanas y me levanto de la cama. Voy directo al armario para coger unos pantalones de deporte y una camiseta y no ir por toda la casa en calzoncillos.

—Tío Cam. —Cuando me vuelvo, la veo sentada en la cama, con las piernas cruzadas—. Si alguna vez te enfadas mucho conmigo, ¿también vas a dejar de quererme?

Su pregunta me rompe el corazón y más la carita que pone. Soy un cafre. ¿Quién me manda a mí intentar explicarle a la enana algo como mi *no relación* con Ashley Bennet, cuando la mitad del tiempo no me entiendo ni yo?

—Escúchame bien, Alice Morgan-Parker. —Me agacho frente a ella para que mi cara quede a la altura de la suya y poder mirarla a los ojos—. Yo nunca, jamás, podría enfadarme tanto contigo como para que eso pase. Te quiero tres veces la vuelta al universo y un poco más, y eso no va a cambiar nunca, pase lo que pase, hagas lo que hagas, digas lo que digas, o pienses lo que pienses.

Sonríe. Me lanzo sobre ella para hacerle cosquillas y tengo que reírme, contagiado por sus carcajadas.

«Te juro que voy a quererte para siempre, pase lo que pase.» Pase lo que pase. No es la primera vez que le digo algo así a alguien. Pero, a veces, es imposible cumplir todas las promesas.

15

Ashley

Cierro la puerta trasera del coche de un portazo y echo a andar hacia la casa, de mala gana, con mis padres y mi hermano pisándome los talones. Es que, de verdad, no puedo creerme que estemos aquí otra vez. Como si no hubiéramos tenido bastante con lo de anoche. Pero es que Alice me ha llamado desde el teléfono de su abuela para contarme, ilusionada, todo lo que vamos a hacer juntas hoy y me ha ablandado, ¿cómo iba a romperle el corazón diciéndole que no?

—Ashley —me llama mi madre, justo detrás de mí—, bájate esos humos y coge estas bolsas, anda.

Encima me carga con la compra. Sé que me está castigando por lo de ayer. Por irme la primera de esa forma. Por no avisarla de si pensaba dormir en casa o no. Y por, finalmente, volver a casa casi a las cuatro de la madrugada. Y menos mal que no sabe que mi intención al principio era no volver siquiera. Pero me pareció que sería traicionarme a mí misma quedarme a dormir con Caleb teniendo tanto Cameron en la cabeza. En la cabeza y en el corazón. En mi sistema nervioso, en toda la superficie de mi piel. Cameron Parker por todas las malditas partes.

Y hablando de Cameron Parker, el receptor estrella de los Patriots, es precisamente él quien abre la puerta, cinco segundos después de que yo toque el timbre. Está riendo y pidiendo tiempo muerto, supongo que a Alice, pero se le borra la sonrisa muy rápido cuando nos encontramos frente a frente.

—Hola, Cam —digo a media voz.

No responde. Se aparta enseguida para dejarme pasar. Alice me recibe con mucho más entusiasmo y no me deja ni decirle hola antes de empezar a parlotear sobre todas las cosas a las que han estado jugando su tío Cam y ella toda la mañana.

—Oh, hola, ya estáis aquí —saluda Sandra, con una sonrisa radiante, asomada a la puerta del comedor—. Venid a probar este vino que trajo Zack, es exquisito —anima a mis padres.

Robbie se acerca por mi espalda y me clava los dedos en los costados haciéndome saltar para reírse a mi costa. Me besa en la mejilla para desenfadarme y luego secuestra a mi pequeña amiga, reclamándola con la excusa de preparar una broma para la abuela. Así que me veo sola y me encamino hacia la cocina, para guardar todo lo que a mis padres les ha dado por comprar y traer para la comida de hoy. Oigo el murmullo de las conversaciones y las risas provenientes de la sala

contigua, pero me siento más a gusto aquí, sola y tranquila, metiendo cosas a una nevera ya de por sí repleta.

Sé que es él sin necesidad de girarme para comprobarlo cuando noto una presencia a mi espalda. Y ya hablé de más ayer y fue lo suficientemente incómodo, así que decido mantener la boca cerrada esta vez. Será lo mejor.

Cameron se coloca a mi lado y empieza a sacar el contenido de una de las bolsas, ayudándome con mi tarea, en completo silencio. Estoy tan tensa que cualquier pequeño ruido podría hacerme saltar hasta el techo. ¿Por qué no podía dejarme sola? Abre la nevera y mete un par de cosas más, mientras yo procuro por todos los medios no mirarlo ni de reojo.

—¿Qué? ¿Ahora sales con Caleb?

Es él quien rompe el silencio. Lo pregunta en un tono bastante indiferente, como quien pregunta si crees que hoy lloverá o hará sol.

—Creo que ha quedado bastante claro que eso a ti no te importa —respondo, sin dejar de colocar cosas en uno de los armarios sobre el fregadero.

Cierra la nevera de un golpe seco.

—Parece que te has propuesto follarte a todos los tíos con los que alguna vez conseguiste ponerme celoso. ¿También te acuestas con Jayce?

¿Qué...? He tenido que oír mal. De verdad. Debo de estar imaginando cosas. Cam nunca me había hablado así. ¿Es que se ha vuelto así de imbécil en este tiempo?

Dejo la bolsa en la encimera y ni siquiera lo miro cuando me doy la vuelta y paso por su lado. Me largo de aquí. No necesito esto ni mucho menos.

—No me jodas —escupo entre dientes, antes de salir de la cocina dejándolo atrás.

Casi choco con Zack en mi huida. Me sujeta por el codo cuando trato de esquivarlo y tira levemente de mí para obligarme a enfrentar su mirada.

—Ash, ¿estás bien?

—Estoy bien.

Cam aparece en escena, siguiendo mis pasos, y los dos nos volvemos a mirarlo. Creo que Zack es lo suficientemente listo para saber que mi desasosiego actual tiene que ver del todo con su cuñado. Y, aunque necesitara explicaciones, yo no pienso dárselas. Me libero de su agarre y me voy directa al comedor sin mirar atrás, cuando los ojos verdes de Cam se clavan con firmeza en los míos. No sé a qué quiere jugar, pero tengo muy claro que no puedo permitirme entrar en el juego.

—Ashley, ¿quieres una copa de vino? —ofrece Colin en cuanto me ve aparecer.

—No, gracias —rechazo, y le dedico una sonrisa leve.

—¿Y tú, Cam? —sigue hablando el padrastro de mi ex.

¿Es que va a perseguirme por toda la casa?

—Sí, claro.

Acepta con total naturalidad. Con la voz neutra. Con el tono tranquilo. Como si no acabara de

acusarme en la cocina de acostarme con gente solo para fastidiarlo a él. ¿En serio es eso lo que piensa? Siento rabia, pero también tristeza. Me pone muy triste que hayamos acabado así. Que él piense que yo haría algo solamente para molestarlo o para hacerle daño. Y me cabrea mucho que se crea que yo elijo con quién me acuesto o no me acuesto en base a lo que a él pudiera hacerle sentir. Como si todo mi mundo girara en torno a él. En realidad, ya no lo hace. En realidad, ya no me paso los días pensando en qué diría o haría Cam. Tengo mi vida. Nunca dejé de tenerla, claro. No era así como nosotros funcionábamos. Y sin embargo...

¿Se puede estar enamorada de alguien a quien hace más de dos años que no ves? ¿Sin saber nada de él? Sydney dice que estoy enamorada de un fantasma. Y puede que tenga razón. Sigo enamorada de mi capullo adorable. Del chico que reía a carcajadas echando la cabeza hacia atrás. Del que utilizaba un tono irritante para llamarme «princesa». Pero el Cam que tengo delante hace mucho tiempo que dejó de ser ese chico. Y, a lo mejor, solo tengo que darme cuenta de eso de una vez para poder seguir adelante.

Saco el teléfono y desbloqueo la pantalla cuando me vibra en el bolsillo. Dos mensajes nuevos en dos conversaciones de mensajería instantánea. El primero que he recibido es de Vanessa.

> No sé muy bien qué pasó anoche, ni por qué Cam está tan borde en el grupo de chat, pero no juegues con fuego, Ash, por favor. Sabes que la que más probabilidades tiene de quemarse eres tú y no él.

No entiendo nada. Podría ser más clara en sus mensajes en vez de creerse el maldito oráculo. Y sé que es un mensaje del tipo de «estoy preocupada por ti, cuida tu corazoncito», pero me cabrea un poco leerlo. Puede ser por ese mensaje subliminal que me está lanzando. Lo que no dice, pero queda completamente claro: que a Cam ya le doy absolutamente igual y se olvidará de esto en cuanto pise Boston, y que yo soy una estúpida colgada de un recuerdo.

Paso al otro mensaje. Se me acelera el corazón al leerlo y se me cierra el estómago, como si empezara a hacerme efecto un café muy cargado. Es Emily.

> Cam está celoso.

Es lo único que dice. Que Cam está celoso. No puede ser. ¿Es que le ha dicho algo? No a ella, claro, sino a Scott. ¿Es que le ha dicho algo a Scott sobre haberme visto irme con Caleb anoche?

Tengo que regañarme a mí misma cuando mi mente empieza a imaginar mil escenarios en los que Cam y yo hablamos, en los que reconoce que no quiere verme con otro, en los que eso supone un rayo de esperanza para que algún día volvamos a estar juntos. Vale ya, Ashley. Eso no va a pasar. Él lo ha dejado bastante claro. Lo dejó clarísimo hace dos años. Y con su indiferencia todo este tiempo. Y con su actitud cuando volvimos a vernos en la boda de Em.

«Nunca he querido a nadie como te quise a ti.»

Esa frase lleva dándole cuerda a mi corazón cuatro meses ya. Y, aun así, sé que no significa

nada. Que utilizó el pasado porque es el único tiempo verbal en el que yo encajo en su vida ahora.

Lo miro, pero él ya no está pendiente de mí. Está hablando con mi padre, los dos con una copa de vino en la mano, y parece muy relajado.

Luego aparece Alice, que reclama para sí toda mi atención.

Llevamos un buen rato jugando y ya es casi la hora de comer, pero Alice insiste en que tiene que enseñarme una cosa chulísima en el jardín de atrás y, aunque sospecho que solo lo dice porque quiere que salgamos a jugar con *Noa*, no pienso negarle ni un solo capricho.

—Si quieres salir de casa, tienes que ponerte el abrigo —advierte Zack a su hija cuando nos escucha cuchichear sobre nuestros planes.

—Y un jersey —añade Rob.

La pequeña empieza a protestar, pero yo la aliento diciéndole que vaya calzándose las botas y buscando el abrigo mientras yo subo de una carrera a cogerle un jersey de la habitación. Parece que le gusta el plan.

Así que me escabullo y subo las escaleras. Voy muy atenta a cualquier ruido que pueda escuchar a mi alrededor, porque hace ya como cinco minutos que no veo a Cam por ninguna parte. Lo más probable es que haya bajado al sótano a por unas cervezas para darle alcohol a mi hermano a escondidas o algo parecido, así que las probabilidades de que me encuentre paseándome por la casa de su madre como si fuera la mía y me odie un poquito más son prácticamente nulas.

Llego a la habitación de Robbie sin problema y cojo un pequeño jersey de color mostaza de la maleta de la niña. Ni rastro de vida humana por esta planta, aunque *Salem* está dormitando sobre la cama plegable que está bien hecha a un lado de la habitación. Decido no molestarlo a pesar de tener ganas de morderle las almohadillas, tan suaves. Contengo mis instintos de acosadora de gatos y vuelvo al pasillo, para bajar a jugar con Alice y *Noa* el poco tiempo que nos queda antes de la comida.

Ahogo un grito cuando, al pasar por delante de la puerta de la habitación de Cam, una mano salida de la nada se cierra en torno a mi muñeca y tira de mí, arrastrándome hacia el interior del cuarto. El corazón me va a toda velocidad y no consigue calmarlo para nada el hecho de que, cuando consigo levantar la mirada para enfrentarme a mi secuestrador, me encuentre una gama de verdes que conozco mejor que la palma de mi mano.

—Cam, ¿qué...?

Estamos bastante cerca, frente a frente, y él no aparta su mirada de mis pupilas. Por un solo instante, tengo la sensación de que el tiempo se ha detenido, de que todo esto ni siquiera es real. ¿Me estoy volviendo loca? ¿O me está mirando como... como *antes*?

He dejado mi pregunta a medias por la imposibilidad fisiológica de seguir hablando, debido al ritmo de mis constantes vitales y el nudo apretado que acaba de cerrarme la garganta. Pero, de todos modos, él no me deja mucho margen para poder pronunciar ni una sola palabra. No suelta

mi muñeca, pero da un paso adelante y pega su boca a la mía, como respondiendo a un impulso totalmente incontrolable. El choque es brutal y rabioso, nuestros dientes colisionan cuando entreabrimos los labios a la vez, y la rudeza de sus movimientos permite intuir su estado de ánimo. Está enfadado. Furioso, diría yo. Tras solo unas décimas de segundo, siento todo su cuerpo relajarse a mi alrededor y sus labios se amoldan a los míos de una manera mucho más delicada, intensa pero tierna.

Jadeo cuando se separa unos escasos milímetros. Todo lo demás se ha vuelto lejano y borroso. Sin embargo, puedo sentir a la perfección la arritmia en su respiración, oigo sus latidos desbocados como si fueran los míos y siento el calor emanando de su piel, quemándome con su cercanía. No voy a dejar que se vaya ahora. No le voy a dar tiempo a pensar, no le voy a permitir una pausa para que pueda arrepentirse. Dejo caer el jersey de Alice al suelo y pongo las dos manos en su nuca para tirar de él y acercar de nuevo su boca. No opone ni un poco de resistencia y su lengua sale al encuentro de la mía justo en el momento exacto. El roce de su barba me pincha en la barbilla, pero es perfecto, porque me moría de ganas de saber cómo se sentía precisamente eso, y muevo las manos para acariciar el vello corto que cubre sus mejillas. Su cuerpo empuja el mío sin ningún cuidado hasta atraparme contra la pared y pone las manos en mi cintura, tirando de mí para apretarme aún más contra su torso. El sonido de nuestros labios entrechocando hambrientos, una y otra vez, se une al de la fricción de nuestros pantalones vaqueros. Todo mi interior explota en miles de burbujas, como si el agua que compone la mayor parte de mis células estuviera en ebullición. Y, mierda, esto es muy distinto de besar a Caleb. Esto es muy distinto de besar a cualquiera. Quiero fundirme con él, arder en llamas a medida que aumenta el calor entre nuestros cuerpos, derretirme en sus brazos hasta consumirme entera. Quiero que no deje de besarme. Nunca.

—¡Cameron!

La voz de su madre nos llega demasiado cercana, subiendo las escaleras, y Cam se aparta de mí de golpe. Me mira como si acabara de salir de una especie de trance y me viera allí por primera vez. Pero enseguida reacciona y me empuja hacia el otro lado del marco para colocar mi cuerpo tras la puerta abierta. Recoge el jersey del suelo en un movimiento envidiablemente rápido y me lo tira a los brazos.

—Escóndete detrás de la puerta —me ordena en un susurro.

—¿Perdona? —siseo yo también—. ¿Me estás vacilando?

Alza las cejas, desbordando impaciencia, como si le resultara muy increíble que a mí me sorprenda su petición. ¿Petición? Mandato, más bien.

—No quiero que mi madre te vea aquí —sigue, en voz muy baja, pero severa—. Es lo que nos faltaba.

Puede que tenga un poco de razón, pero solo un poco. Y ahora mis mejillas, que estaban ardiendo de deseo, arden de rabia, de frustración y de vergüenza. ¿Quién demonios te besa así para luego esconderte como si fueras una muy mala idea? Me muevo rápido pero en silencio

cuando oigo los pasos de Sandra justo al lado del umbral. Me pego a la pared, detrás de la madera, y cierro los ojos, esperando que el momento no se alargue y poder salir de aquí. Lo único que quiero ahora mismo es estar en Chicago.

—¿Qué haces aquí? —Oigo a la madre de mi ex, suspicaz—. Te estaba buscando por todas partes, ¿es que no me has oído llamarte?

—Lo siento. ¿Qué pasa?

Cameron actúa como si no pasara absolutamente nada. Como si estuviera tan tranquilo.

—Anda, baja, necesito que ayudes a tu hermano a subir unas cuantas cosas del sótano.

—Muy bien. Ahora voy.

Un momento de silencio y yo hasta contengo la respiración. Creo que Sandra está a punto de marcharse, pero entonces la oigo hablar de nuevo.

—Por cierto, ¿has visto a Ashley?

Oh.

—No.

Suena tan convincente que hasta yo le creería. Y me parece que Sandra también, porque enseguida oigo sus pasos alejándose y Cameron asoma la cabeza desde el otro lado de la puerta abierta. No me dedica una mirada cómplice, para nada. Casi podría esperarse algo así de una situación como esta, pero me había olvidado por un instante de que Cameron Parker me odia desde hace bastante tiempo ya. Apenas mueve ni un músculo de su rostro y, sin embargo, a mí me queda perfectamente claro lo que me está queriendo decir con su mirada silenciosa: que ha llegado la hora de que me largue.

—Te estás comportando como un capullo.

Se le forma una sonrisa de medio lado. Y yo ya no sé si todo esto es real o solo malditas imaginaciones mías. Debe de estar riéndose mucho de mí en su fuero interno.

—No en ese sentido —aclaro, cortante.

Doy un paso al frente, con la cabeza alta, intentando hacerme la orgullosa, y empujo su brazo con el hombro al pasar a su lado.

Ahora va a resultar que todo lo que he oído de él a lo largo de los años, de esa gente que ni siquiera lo conocía, es cierto.

Cameron Parker es un auténtico capullo.

16

Cam

Mi hermano está esperándome en el sótano cuando yo bajo las escaleras. Al verme aparecer hace una mueca de exasperación, dándome a entender que he tardado demasiado, pero no dice nada. Se limita a señalar la mesa y las sillas de jardín que suelen formar parte de la imagen del patio de atrás siempre que hace buen tiempo. Imagino que las guardaron al final del verano. Y no hace falta que me den más explicaciones porque, al contrario que ayer, hoy el día es espectacular. Hace frío, pero el cielo está despejado y luce el sol, así que supongo que mi madre querrá ofrecer a sus invitados la posibilidad de tomar el café al aire libre. Ella es así.

Cojo la mesa por el lado opuesto al que elige Rob. Y no sé muy bien si agradezco su silencio ahora mismo. Tampoco sé qué demonios le pasa. Lleva todo el día sin apenas dirigirme la palabra. Puede que sea por nuestra charla de ayer, en la que lo acusé de ponerme las cosas difíciles con el tema de Ash. Pero es que ellos deberían haber respetado mis decisiones para evitar lo que acaba de pasar.

Sí, precisamente lo que acaba de pasar. Soy un capullo. Ella tiene razón, pero es que no sé qué me ha pasado. He ido acumulando tensión hasta que ha terminado por explotar. Desde anoche, cuando no podía dormir pensando en ella con Caleb. Soy consciente de que he estado fuera de lugar en la cocina. Pero es que quería devolverle parte de lo que yo estaba sintiendo. Después de dos años de enterrar ese tipo de emociones, no deberían haber escapado tan rápido de su tumba.

Necesito volver a Boston. Ya. No mañana. No después de esta comida. No. *Ya*.

Subimos las escaleras y sacamos la mesa al jardín. Ashley está jugando con mi sobrina y con *Noa*, riendo muy alto mientras les lanza una pelota y las dos corren para recuperarla. Odio que Ashley me siga pareciendo adorable cuando hace cosas como esta.

Y, para colmo, ella mira en mi dirección solo como una centésima de segundo y sigue a lo suyo, sin borrar la sonrisa, como si ni me hubiera visto, o como si ni siquiera le afectara mi presencia. Diría que tiene que estar hecha de maldito hielo si hace apenas diez minutos no acabara de sentir cómo se estremecía pegada a mi cuerpo. Juraría que estábamos los dos a punto de arder cuando nuestros labios se han encontrado. Cuando la he besado. Porque, sí, he sido yo. *Yo* la he besado. Y no sé cómo, ni por qué. No he sido plenamente consciente de lo que estaba pasando hasta que la voz de mi madre llamándome por las escaleras me ha hecho volver a tierra

firme. ¿Qué he hecho? ¿Y qué es exactamente lo que pretendía? Es que no lo sé. Quería que ella no se olvidara de que besar a Caleb nunca será lo mismo. Quería recordarle lo que nos hizo perder a los dos. Y quería... No sé qué es lo que quería. Solo que ella estaba delante y de repente me daba todo igual. Solo quería anclarla a mi cuerpo y fundirme en su boca y enredarme en sus curvas. Y ahora estoy muy cabreado. Y sé que ella también lo está. Mucho. Y, precisamente por eso, ríe y juega con la niña y hace como que no me ve. Precisamente por eso hace como si no le importara. Ahora finge, pero hace diez minutos se estaba entregando sin reservas en cuanto nos hemos rozado. Ha bajado todas las defensas y se ha entregado a mí. Como siempre. Como antes. Aún siento sus manos en la nuca, la firmeza de sus labios y las caricias de su lengua. Y sus dedos sobre las mejillas, jugando con mi barba. El problema es que ese beso puede haberle recordado a ella que no es lo mismo besar a otro, pero también me ha recordado algo a mí. Y es que no ha sido para nada como besar a Lynn. No ha sido como besar a cualquier otra chica del mundo.

Lo único que tengo claro ahora mismo es que, después de hoy, no debo acercarme a Ashley Bennet nunca más.

—Oye, pequeño...

Mi hermano llama mi atención cuando estamos de nuevo en el sótano y yo me sorprendo de que mis pies me hayan traído hasta aquí. Estoy tan distraído que ni siquiera sé en qué momento he vuelto dentro de la casa y he bajado las escaleras. Supongo que eso es lo que Rob va a decirme. Seguro que se ha dado cuenta de que aquí pasa algo.

—¿Qué pasa? —Finjo que estoy normal.

Rob se apoya sobre una de las sillas que deberíamos subir ahora y me mira a los ojos, muy serio.

—Tengo que hablar contigo.

Asiento y hago un gesto con la mano para animarle a continuar.

—Últimamente he estado pensando mucho en algo y quería saber tu opinión. Creo que voy a pedirle a Zack que se case conmigo —anuncia, en voz más baja, como si temiera que alguien pudiera oírlo desde el piso de arriba—. ¿Qué te parece?

Lo miro serio por un momento, como si estuviera sopesando sus palabras y tratando de formarme una opinión sobre algo de lo que no estoy demasiado seguro, aunque creo que él puede notar perfectamente que me estoy aguantando la sonrisa. Pregunta qué me parece, como si no lo supiera de sobra ya.

—Me parece que voy a tener que hacerme un traje a medida para ser tu padrino.

Me acerco para darle un abrazo y él me aprieta fuerte por unos segundos antes de frenar mis preguntas sobre cómo piensa hacerlo y cuándo y dónde.

—La única pregunta importante ahora es: ¿cómo se lo digo a papá sin matarlo?

Suelto una carcajada y él se ríe conmigo.

—Que se lo diga Alice mejor, se le estará cayendo la baba y no podrá soltar ninguna palabrota; seguro que si lo dice ella le hace hasta gracia —bromeo.

—Sí, que se lo diga Alice.

Media hora más tarde mi madre ya está pegando voces para que nos sentemos a la mesa a comer. Lo agradezco, porque ya he tenido que salir hasta tres veces del salón para evitar quedarme mirando a Ash mientras ella charla con Leah, sentada en el sofá y con *Salem* durmiendo en su regazo. ¿Por qué tiene que ser una de las personas favoritas de todas mis mascotas y hasta de mi sobrina? Y lo de mi madre ya es que no tiene nombre. Me parece que voy a asegurarme de pasar la Navidad fuera este año.

Mis deseos de cambiarme de familia aumentan cuando mi madre se pone a parlotear sobre aquella maravillosa época en la que Ashley venía con nosotros al lago Tahoe, o lo guapa que fue a su boda con Colin. En serio, creo que piensa que es la hija que nunca tuvo. Creo que, si pudiera, me cambiaría a mí por ella sin pensárselo demasiado. Ash le sigue el juego, bromeando con ella y sin parar de hablar. Y estoy seguro de que solo lo hace para demostrarme que lo que ha pasado antes entre nosotros no le ha afectado lo más mínimo. Aunque, claro, los dos sabemos que eso es bastante mentira.

—Oye, Alice, ¿te he contado alguna vez la historia de cuando Ashley encontró a *Salem*? —pregunta mi madre.

—Suena a comedia romántica —bromea Zack, sentado a mi lado.

Y yo tengo que intervenir, aunque llevo callado toda la comida rumiando resentimiento.

—Perdona, mamá, pero creo recordar que yo también estaba allí cuando encontramos a *Salem*.

—Tu tío ni lo había visto —me interrumpe Ashley, tan tranquila, hablando directamente con mi sobrina—. Pasó de largo y lo iba a dejar allí abandonado.

—¡Estaba conduciendo! —me defiendo—. Miraba la carretera, como las personas normales cuando conducen.

—Menos mal que estaba yo allí —sigue mi ex.

Alice la observa solo a ella, con los ojos muy abiertos, como si fuera la historia más fascinante que le han contado nunca. El entusiasmo de esta niña por todo es agotador.

—¿Y adónde ibais? —cotillea.

—Eh, pues..., tu tío me estaba llevando a mi casa —dice Ash, y baja un poco el tono de voz, como si de repente le estuviera costando lidiar con los recuerdos.

—¿Y de dónde veníais? —sigue la enana.

Ash finge hacer memoria, aunque sé que recuerda ese día perfectamente, igual que yo.

—Yo había ido a buscarlo a la salida de su entrenamiento, al instituto.

—¿Porque erais novios?

Adoro a mi sobrina, de verdad que sí, pero ahora mismo tengo ganas de cerrarle la boca con un trozo bien grande de pan.

—Bueno..., más o menos...

La respuesta de Ashley me hace volver a pensar en aquel día. En ella diciéndome que estaba

dispuesta a perseguirme. En el brillo de sus ojos cuando propuso el nombre de *Salem* para el pequeño gato que acabábamos de salvar. En cómo yo estaba hecho polvo y portándome como un idiota, mientras ella solo me pedía que no la apartara de mi lado.

No me gustan los recuerdos.

—¿Más más que menos? —insiste la enana, que tiene cuatro años, solo cuatro años, y es más cotilla que Emily.

—Sí, más más que menos —repite Ashley con una sonrisa divertida.

Se acabó. Echo mi silla hacia atrás y me levanto de la mesa. Todas las miradas se centran en mí y yo carraspeo antes de anunciar que voy a traer un poco más de vino.

Tengo que apoyarme por unos segundos en la encimera de la cocina y respirar. Vale, un rato más. Luego me largo a mi casa. No pienso dormir esta noche aquí con mi madre atosigándome. Es un rato, Cameron, puedes con ello. Luego me largo.

A pesar de mi insistente mirada, las manecillas del reloj no avanzan tan rápido como a mí me gustaría. El café se alarga más de la cuenta, y me parece que los Bennet no tienen mucha prisa por marcharse. Al menos, no todos ellos. Ashley es la primera en anunciar que es hora de irse, porque mañana vuelve a Chicago y ha quedado en pasar a buscar a Mia para ir juntas a casa de Emily. Estoy a punto de darle las gracias en voz alta por darse cuenta de que ya lleva aquí más tiempo del que ambos podemos soportar. Y puede que antes haya querido besarla, pero ahora solo quiero que se largue de una vez.

—Tío Cam, ¿podemos jugar al fútbol ya? —pregunta Alice, tras darle un beso de despedida a Ash.

—Claro que sí, princesa —respondo al instante.

Justo está saltando a mis brazos cuando a mí me da un pinchazo en el corazón. Es que lo he dicho sin pensar para nada en ello. Porque llamo así a Alice muchas veces de forma totalmente natural. Pero, mientras la canija se agarra a mi cuello y yo la sostengo, soy plenamente consciente de que la única otra chica a la que he llamado así alguna vez está justo a mi lado.

Mis ojos se escapan y conectan con los suyos. Es apenas una décima de segundo, pero la melancolía que transmite su marrón se me clava dentro. Curva los labios muy levemente en una sonrisa triste.

—Hasta luego, Cam.

Eso dice, con un hilo de voz, y yo ni siquiera soy capaz de contestar antes de que desaparezca hacia el interior de la casa, para recoger su bolso y salir por la puerta principal.

Me siento aliviado cuando desaparece. Eso es lo que siento. Y espero, de verdad deseo con todas mis fuerzas, no volver a verla nunca más. Pero una voz en mi cabeza me araña la coraza cuando responde como no han hecho mis cuerdas vocales: «Hasta luego, princesa».

Chicago

17

Ashley

Hace muchísimo frío. Me castañean los dientes e intento hacerme un poco más pequeña dentro del abrigo, sin dejar de caminar. No es que no me esperara esta temperatura. Es la noche del cinco de enero. Desde luego, no iba a hacer solo fresquito. Pero no había planeado tener que caminar por una carretera solitaria a la intemperie, pasadas las once. Qué va, esa no era para nada mi intención. Y por eso llevo una dichosa falda y unas medias demasiado finas. Y, para colmo, unos botines con un tacón de lo más incómodo.

Está muy oscuro y por esta carretera apartada no pasa ni un coche. Y no sé si eso me asusta o me tranquiliza. Estoy tan cabreada que la ira no deja lugar al miedo para tomar el control de mis emociones. De hecho, es bueno que lo esté porque, si no, seguro que estaría muy asustada. Bueno, lo he estado, y mucho, hace unos minutos. Cuando el chico con el que se me ha ocurrido tener una cita esta noche se ha desviado de la carretera principal para llevarme a un «sitio precioso», según él. Según yo, solo un maldito picadero. Y eso era lo que él estaba buscando, claro. Cuando le he dicho que no estaba dispuesta a tener sexo con él en la primera cita, me ha echado del coche y se ha largado. ¿Quién demonios hace eso? Lo cierto es que casi me he sentido afortunada, por un momento he temido que la cosa fuera muchísimo peor.

Suelto una palabrota en voz muy alta cuando una raya de cobertura aparece en la pantalla del móvil e igual de rápido vuelve a desaparecer. Es imposible. Pero entonces me doy cuenta de que la conexión de datos también aparece de forma intermitente. Eso significa que puedo enviar un mensaje de socorro. El problema es que Sydney está en Australia, aún de viaje tras las vacaciones de Navidad. Y Jayce está en un concierto con una chica con la que llevaba semanas intentando conseguir una cita y estoy segura de que no va a mirar su teléfono. Esto me pasa por tonta. Por no tener más amigos en esta ciudad desde que Les se volvió a su casa. Por ser una maldita marginada social. Por hacerle caso a Sydney, sobre todo. Y por tener una cita que ni me apetecía, solamente para distraer mi mente del hecho de que Cameron Parker juegue un partido mañana en el campo de los Chicago Bears. Lo que significa que probablemente ya está en la ciudad, ¿no? En *mi* ciudad. Y yo estaba empezando a hiperventilar solo con pensar que estará a menos de mil kilómetros de mí este fin de semana.

Vale, necesito a alguien que esté obsesionada con su móvil y siempre responda al instante.

Pienso en Emily en primer lugar, pero calculo que es la hora del baño de Dylan en Sacramento, así que puede que no esté tan atenta como debería para socorrer a su mejor amiga en peligro de muerte inminente por congelación (y ojalá solo fuera por eso). Pensando en alguien obsesionada con su móvil, asumo que Vanessa es mi mejor opción. No puede fallar. Busco mi conversación con ella en la aplicación de mensajería y pulso el botón para grabar un audio.

Vanessa, necesito tu ayuda. Estoy en medio de la nada y no tengo cobertura para llamar a un taxi. Es una larga historia. Bueno, vale, tenía una cita con un tío que me ha dejado tirada en un descampado porque no he querido hacerle una mamada, ¿vale? Mierda, es que siempre tienes que saberlo todo... El caso es que estoy tirada. Es tarde, está oscuro, hace mucho frío y, si no estuviera tan cabreada, te diría que me estoy empezando a asustar. ¿Puedes por favor buscar el número de los taxis de Chicago por internet y mandarme uno a la ubicación que voy a intentar enviarte ahora? He llamado cinco veces y se me corta la llamada cada vez por la cobertura. Gracias, espero seguir viva para agradecértelo en persona la próxima vez que nos veamos.

Puede que me haya puesto un poco dramática al final, pero estoy empezando a ser muy consciente de mi situación actual y no tiene en absoluto buena pinta. Envío mi ubicación enseguida. Ahora solo falta que Vanessa no esté demasiado ocupada para atender sus mensajes.

Tengo que moverme de un lado a otro para entrar en calor, en los diez minutos que tardo en recibir una respuesta. Y en todo este tiempo no he parado de intentar llamar, pero no hay manera.

Vanessa ha enviado un mensaje de voz:

¿Cómo...? Ashley, estoy muy preocupada, ¿es que quieres matarme? Te llamo y no hay manera de que tu móvil dé señal. Ya van a recogerte, ¿vale? Pero, POR FAVOR, mándame un mensaje para decirme que aún no te han matado, anda. Mándame un mensaje cuando puedas. Y llámame en cuanto estés a salvo con tu culito en un coche, ¿entendido?

Sonrío al oírla y me apresuro a grabar la contestación. La pobre debe de estar subiéndose por las paredes.

No me han matado... aún.

Lo digo en tono de broma, pero en cuanto suelto el botón de grabar me da un escalofrío y doy una vuelta sobre mí misma para asegurarme de que sigo completamente sola en este tenebroso lugar. Ya me vale. A ver, la culpa no es mía, es de un imbécil con el que no tenía que haber salido. Pero es que es eso: ojalá no hubiera salido con él.

El móvil tarda en enviar el mensaje. Y no vuelvo a recibir otro de mi amiga, no sé si porque no lo ha enviado o porque las telecomunicaciones de la zona no dan más de sí.

Me ajusto el cuello del abrigo y exhalo aliento cálido, para que me caliente la nariz cuando la entierro en la tela. No sirve de mucho. Y ya casi no siento los dedos de los pies. Tengo que moverme, no puedo quedarme en pie parada esperando la congelación, así que no me parece demasiado arriesgado caminar por la línea recta de la carretera hacia la ciudad. Un taxi podrá verme, justo en esa ubicación o aunque esté unos metros más adelante.

Creo que habrán pasado por lo menos veinte minutos desde que he recibido el mensaje de Vanessa cuando oigo el motor de un coche acercándose. Me vuelvo esperanzada. Pero eso no es un taxi. Es un coche largo y oscuro. Se me disparan las pulsaciones en una respuesta muy primitiva de estrés, mientras barajo rápidamente mis opciones. Es obvio que ha tenido que verme, parece difícil que, con lo que iluminan esos faros, haya podido pasar desapercibida. Así que creo que es tarde para correr, o esconderme, o cualquier otra táctica de huida.

El coche ha avanzado hasta donde estoy, y yo me escondo en mi abrigo y sigo andando, como si así fueran a perder las ganas de asesinarme cruelmente. Oigo las ruedas sobre el pavimento, ralentizando la marcha para amoldarse a mi paso, y el sonido de la ventanilla del lado del copiloto al bajar.

«Enfréntate a tu destino, Ash.» Tomo aire y giro la cabeza para mirar a la muerte a los ojos. Pero, caray, la muerte tiene unos ojos verdes clavaditos a los de Cameron Parker.

Mi exnovio para el coche del todo, con el ceño muy fruncido y los labios apretados. Sé que se está conteniendo para no echarme una buena bronca. Se le nota bastante.

—¡Cam! ¡Casi me matas del susto! —exclamo, con la mano en el pecho para tratar de sofocar el sonido furioso de mis latidos.

—¿Yo? ¿Yo casi te mato del susto? ¿En serio, Ash? —responde con preguntas, muy rápido y aparentemente muy enfadado—. Sube —me ordena, en un tono que no deja margen a la discusión, y se estira para tirar de la manilla de la puerta del copiloto y abrirla para mí.

Tampoco pensaba discutir. No es momento para ponerme orgullosa y negarme a subir a un coche con él, solo porque hace como mes y medio me besara en casa de su madre y luego haya vuelto a hacer como si yo no existiera, dejando claro que aquello no cambió absolutamente nada entre nosotros. No, creo que no es el momento. Así que me apresuro a poner mi culo en el asiento superconfortable de este coche de alta gama y cerrar la puerta, todavía tiritando.

Cam sube la ventanilla, toquetea algunos botones de la pantalla del coche y, en menos de tres segundos, ya siento el aire caliente circular por la cabina del vehículo. Voy a preguntarle qué es lo que hace él aquí, pero se me adelanta a la hora de hablar.

—¿Estás bien?

Lo pregunta en un tono muy empático, muy suave, y diría que bastante preocupado. Así que giro la cabeza para dejar que mis ojos se encuentren con los suyos. Solo puedo asentir levemente, porque la gravedad de la situación se me acaba de revelar de golpe y ahora sí que siento todo ese miedo que no he dejado fluir en la media hora pasada. Tengo ganas de llorar, pero no quiero hacerlo delante de él.

—¿Qué te ha pasado? ¿Seguro que estás bien?

Se me escapa una lágrima y, aunque trato de enjugármela muy rápido para que él no la vea, soy muy poco disimulada. Se inclina hacia mí mientras murmura un «Ash» entre asustado y paternalista, pero yo me muevo para pegarme a la puerta, manteniendo la distancia entre nuestros cuerpos.

—No. No me toques, por favor —le pido, y alzo una mano para frenar su avance. No porque no quiera su contacto, sino porque sé que, si ahora me da un abrazo, voy a ponerme a llorar y no voy a poder parar—. Estoy bien. De verdad. Estoy bien. Solo un poco congelada y con el susto en el cuerpo. No me ha pasado nada.

Cam me mira como si no terminara de creérselo del todo. Sé que no le ha sentado mal mi rechazo a su contacto, porque al momento he visto en sus ojos que entendía lo que pasaba. Él sabe mejor que nadie que soy hipersensible al consuelo. Me estudia detenidamente de arriba abajo. No como si me estuviera dando un repaso, sino como si buscara evidencias de un daño físico que yo estoy negando. Cuando sus pupilas vuelven a las mías parece algo más tranquilo al no encontrar nada en mi estado que lo alarme.

Vuelve a tocar la electrónica del coche para subir aún más la temperatura de la calefacción.

—Enseguida entrarás en calor.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, casi a la misma vez.

Bueno, no es que la respuesta sea difícil de adivinar. Es obvio que Vanessa lo ha llamado a él en vez de a un taxi, como yo le había pedido, pero no me refiero exactamente a eso, sino a por qué no me ha enviado un taxi en vez de encargarse él mismo de venir.

—¿Que qué hago aquí? —repite, con un bufido incrédulo—. ¿Y qué cojones crees que hago aquí? Vanessa me ha llamado para decirme que estabas en medio de la nada, sola... ¿De verdad me estás preguntando que qué hago aquí?

—Lo siento —digo, con voz queda, tras esconder la mirada—. No era mi intención que tú tuvieras que venir a buscarme. Vanessa no debería haberte llamado.

Cameron deja transcurrir un par de segundos en silencio, antes de volver a hablar, con voz enfadada:

—No, Vanessa no debería haberme llamado. Deberías haberme llamado tú. —Lo miro sorprendida, porque lo último que me dijo fue que nunca más volviera a llamarlo—. No me digas que no sabías que estaba en la ciudad.

Lo dice en un tono burlón, como si estuviera sobradamente convencido de que yo sé perfectamente dónde y cuándo juega su equipo cada partido. Vale, es cierto que estoy muy al día de esas cuestiones, pero él no debería alardear sobre eso.

—Imaginaba que estabas en la ciudad —corrijo—, pero no se me ha ocurrido ni por un momento pedirte que vinieras a buscarme.

Él aprieta los labios, mostrando lo mucho que acaba de molestarle ese comentario.

—Vamos, Ash... Tampoco soy tan cabrón, ¿no? —suspira, y diría que ahora me mira apenado

—. Tienes que saber, en el fondo, que habría venido si llegas a llamarme a mí. De hecho, aquí estoy, ¿no?

—No tengo tu número.

No quiero que se sienta mal, culpable, por pensar que yo creo que me dejaría tirada en una carretera solitaria y oscura, a bajo cero. Pero es que ni se me ha pasado por la cabeza que pedir su ayuda fuera una opción. Esa es la verdad. Cam ya no existe en mi vida, porque él no quiere que yo exista en la suya. Tan sencillo como eso.

—No he cambiado de número.

—Ya, bueno... Lo borré —tengo que reconocer, aunque evito su mirada.

Y es cierto. Lo borré hace mucho tiempo ya para evitarme tentaciones estúpidas que nos alargaran el sufrimiento a los dos. No quería llamarlo de madrugada ni mandarle mensajes patéticos de borracha, ni nada así. Lo que me callo es que aún me sé su número de memoria. Eso no lo digo.

Cameron se mueve a mi lado, sin decir nada. Pulsa otro botón en la pantalla y me la señala con el dedo.

—Pon tu dirección en el navegador, anda. Te llevo a tu casa.

Parece una orden, más que un ofrecimiento. Aun así, hago lo que me pide, en silencio, y pulso el botón para que el navegador trace la ruta.

—¿Y este coche? —pregunto, porque la tensión entre los dos me está volviendo loca y necesito romper el hielo, cuando llevamos unos cuantos metros recorridos.

—Lo he alquilado en el hotel.

Lo miro de reojo. Está totalmente centrado en la carretera y tiene el gesto serio.

—Siento que hayas tenido que venir a por mí. Te juro que es lo último que quería o esperaba de esta noche.

—Ya me lo imagino.

—Vanessa debería haberme mandado un taxi, yo no...

—Cállate —me corta, y yo cierro la boca inmediatamente—. Vanessa tenía que hacer justamente lo que ha hecho. Joder, Ashley, ¿qué crees que se me ha pasado por la cabeza cuando me ha llamado? He alquilado un coche y me he venido a toda hostia porque necesitaba ver que estabas bien —confiesa, y a mí se me forma un nudo en la garganta cuando siento vibrar la preocupación en su voz—. Deja de decir de una vez que no tendría que haber venido, ¿vale? ¿Cómo estás? ¿Ya no tienes frío? —pregunta, sin dejarme tiempo para reaccionar, suavizando mucho el tono.

—No. Ya no.

—Vale.

Sigue conduciendo sin volver a decir nada, y yo también me callo durante un buen rato, porque no sé qué decir. Es una situación muy rara el tener a Cam a mi lado, conduciendo en medio de la noche en Chicago solo para recogerme y llevarme a casa. Además, yo ya sé cómo

son las noches antes de los partidos. Apuesto a que su entrenador podría llegar a cabrearse mucho si se entera de que ha salido del hotel. Y estar así los dos ahora mismo es un poco incómodo, si tengo que ser sincera.

—Llama a Vanessa y dile que ya estás conmigo. —Me sobresalta oír su voz de repente.

Me había olvidado de la pobre Vanessa. Enciendo la pantalla del móvil. Ya hay señal y veo que tengo un mensaje de llamadas perdidas al que no había prestado atención. Vanessa me ha llamado tres veces en el tiempo que he estado sin cobertura. Y tengo otras dos llamadas más. Las dos del número de Cam. Pulso sobre el contacto de Vanessa y me llevo el aparato a la oreja para poder hablar con ella.

—¡Ashley! —grita al otro lado de la línea en cuanto descuelga—. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Estoy bien —hablo bajito, como si eso fuera a evitar que Cam me escuche—. Cam me está llevando a casa.

—Menos mal. Voy a matarte. A matarte lenta y dolorosamente, ¿me oyes? —amenaza, pero se le nota aliviada—. Casi me da algo. Nunca más se te ocurra volver a hacer una cosa así. Te prohíbo que salgas con tíos gilipollas. Te prohíbo que salgas con nadie. Es más, te prohíbo que salgas de tu casa en Chicago, de ahora en adelante, ¿te has enterado? Nunca más vuelvas a salir a la calle.

Tengo que soltar una risita ante su exageración.

—Oye, estoy bien...

—¡Encima no te rías!

—Perdona. Vaya, menos mal que te he mandado el mensaje a ti y no a Em, estoy segura de que ella hubiera reaccionado exageradamente —ironizo.

—No me vaciles. Pon el altavoz, quiero oír a Cam. Solo para asegurarme de que estás a salvo.

—Lo estoy, no... Está aquí, tía. ¿No lo crees?

—Ponlo —insiste.

Lo que pongo son los ojos en blanco, antes de hacer caso a lo que exige. Enseguida su voz se oye en alto pronunciando el nombre de su mejor amigo.

—Estoy aquí —responde él, con media sonrisa.

—¿La has rescatado? ¿Está bien?

—Está bien. Al menos está viva y entera.

—Gracias. Parece que no sabe cuidarse sola.

—Eso parece.

Yo quito el altavoz, indignada, y vuelvo a llevarme el teléfono a la oreja para insistir en que estoy bien y prometer que la llamaré más tarde, cuando ya esté en casa, para darle todos los detalles de mi experiencia límite de esta noche.

—Coge la siguiente salida, llegaremos antes —le doy indicaciones a Cam tras colgar.

—¿Qué? De eso nada, iré por donde indica, es la ruta más corta.

—Vivo aquí, ¿vale? Es un poco más largo por el otro lado, pero hay menos tráfico.

Cam mueve la cabeza para apartar un mechón de pelo de su frente.

—Disculpa que no me fíe del instinto de alguien a quien le ha parecido una buena idea darse un paseíto por las afueras esta noche —ironiza, al tiempo que pasa de largo la salida que le he indicado.

Gruño quedamente y me recuesto en el asiento. Sigo sin quitarme el abrigo porque, aunque ya hace bastante calor en el coche, siento que tengo el frío calado en los huesos. Por esta ruta aún vamos a tardar en llegar a mi casa, más vale que me ponga cómoda.

—No tenía ganas de darme un paseo para tomar el fresco, si piensas que me lo estaba buscando —aclaro, molesta.

—No. Pero parece que no te cansas de salir con capullos —suelta, tan tranquilo.

Creo que hasta se me abre la boca cuando el comentario hace eco en mis oídos. ¿En serio acaba de decir eso? Como si en el fondo me mereciera lo que ha pasado esta noche. No creo que sea eso lo que quería decir. *Espero* que no sea eso lo que pretendía decir.

—Debe de ser la costumbre —se la devuelvo, sin ni siquiera pensar en mis palabras.

Me arrepiento al instante, pero entonces lo oigo soltar una risita como si le acabara de hacer mucha gracia la insinuación. Y yo sonrío también, porque me contagia, y porque la risa de Cameron Parker siempre consigue destensar cualquier ambiente, por lúgubre o incómodo que sea.

—Te la paso, porque me la he ganado. Pero la próxima vez que quieras lanzarme una pulla, recuerda quién te está llevando a casa ahora mismo y compórtate —añade, burlón.

—Lo siento —digo en una risita yo también—. Has empezado tú.

—No te vas a atrever a negarme que esta noche has salido con un capullo. ¿Se puede saber por qué exactamente se le ha ocurrido dejarte sola allí?

Parece que Vanessa no le ha dado todos los detalles. Y me alegro de que, al menos, haya habido algo que mi amiga sea capaz de callarse, pero eso me pone ahora en una situación incómoda porque no sé si esos detalles quiero darlos yo.

—Digamos que él tenía unas expectativas con las que yo no me sentía cómoda y no estaba dispuesta a cumplir. Y cuando se ha dado cuenta de que no iba a darle lo que quería, se ha cabreado y me ha echado de su coche —resumo, aún temblando por dentro al recordarlo.

—Estás de coña —escupe Cam, en un tono que no ayuda a aplacar mi desasosiego. Noto que me mira de reojo, pero yo no me atrevo a devolverle la mirada—. ¡Qué hijo de puta! —Eleva el tono de voz y golpea el volante una sola vez—. ¿Quién es ese tío?

—Da igual. —Lo único que me faltaba es que ahora se ponga en plan sobreprotector y quiera ir a darle una paliza con un par de coleguitas enormes jugadores de fútbol americano—. No me ha hecho nada, estoy bien, solo me ha echado del coche y ya está. No ha pasado nada.

—¿Nada?

—Cam, cálmate —pido, en voz baja, para que tenga que relajarse para poder escucharme bien —. No necesito esto ahora.

Respira hondo y suelta aire en un suspiro bastante exasperado, pero parece calmarse un poco.

—Lo siento —murmura entre dientes.

—Está bien.

Vemos las luces de emergencia de un montón de coches parados. Hay un atasco, y, por lo que puedo ver desde aquí, no es pequeño.

—Mierda —dice, y reduce la velocidad hasta terminar parando y pone las luces de emergencia también él.

—Ahora no te parece tan mala idea lo de coger la salida que yo decía, ¿eh?

Se limita a mirarme con cara de pocos amigos y pone el coche en punto muerto y tira del freno de mano antes de recostarse en el asiento, dispuesto a esperar. Creo que hace bien, me da la impresión de que vamos a pasarnos aquí un buen rato.

—Gracias por haber venido esta noche —murmuro cuando ya llevamos un par de minutos en silencio. Noto que gira la cara para poder mirarme, aunque yo mantengo mi vista al frente—. No tenías por qué. Ya no... Bueno, no es tu problema encargarte de mis desastres.

—Te juro que como no pares voy a ser yo el que te eche del coche —bromea.

Sonrío al oírlo.

—Ya. Es solo que me siento mal con todo esto. Tú quieres que me mantenga alejada de tu vida y yo no dejo de aparecer últimamente, de una manera u otra. Y no es mi intención, yo... Yo quiero respetar lo que tú quieres, en serio. Así que lo siento. Procuraré mantener a mi madre tranquilita y no meterme en líos cuando tú andes cerca. Prometido.

Tengo que mirarlo cuando solo me responde su silencio. Nuestros ojos se encuentran porque él no ha apartado los suyos de mí y creo que hasta me ruborizo. Menos mal que no hay suficiente luz aquí.

—Bueno, ya que estamos encerrados en un coche en un atasco que parece ir a alargarse, diría que podemos hacer una tregua y ser amigos por esta noche.

Tengo que estar oyendo mal. Alucinando. Igual estoy soñando. O puede que un asesino en serie realmente haya acabado conmigo en esa carretera solitaria y esto sea la ensoñación de mi mente en su último aliento de vida mientras me desangro lentamente. Es que tiene que ser eso, o, si no, no hay explicación. Acaba de decir que podemos ser amigos por esta noche. Después de dos años sin querer dirigirme la palabra. ¿Y esto qué significa exactamente?

—No quiero pasarme horas encerrado en un coche contigo en completo silencio. Sería mucho más incómodo, así que vamos a intentar hacer las cosas fáciles, ¿te parece?

—Eh, sí. —Es que no sé qué más decir, de verdad que no.

—Y aprovechando que estamos aquí y que vamos a ser amigos por un rato y que quiero de verdad que las cosas sean lo menos incómodas posible, me parece una buena ocasión para pedirte perdón —continúa con su monólogo, como si a él no le costara nada estar aquí así conmigo.

—¿Tú a mí?

Llevo mucho tiempo diciéndome a mí misma, y oyendo a todos los demás decirme, que fui yo la que lo hizo todo mal con Cam. Que fui un desastre y una mala persona por lo que pasó... por lo que hice. No me gusta pensar en ello como «lo que pasó» porque es como quitarme parte de la culpa, como si romper el corazón de Cam hubiera sido el resultado del mero azar o de cosas de la vida y no la consecuencia de todas mis malas decisiones. Así que me sorprende que sea él quien quiere pedir perdón. Creía que ya había quedado bastante claro que la única que tenía que pagar por sus pecados era yo.

—Sí. Siento lo que pasó en Acción de Gracias.

Se me desgarra el corazón como si a alguien de repente le hubiera dado por ponerse a tirar de los lados de una de sus cicatrices. No quiero que sienta haberme besado. Que se arrepienta de haberme besado es mucho peor que el hecho de que me besara y luego me pidiera que saliera de su cuarto como si no hubiera pasado nada. Mucho peor.

—No. —Lo freno, con el ceño fruncido y puede que hasta con una mueca de dolor—. No, por favor, no lo sientas. Es mucho peor que me digas que lo sientes. Así que no lo hagas y ya está.

—Vale...

Lo dice inseguro, como si no supiera muy bien cómo demonios debe reaccionar delante de mí. Claro que no lo sabe. Igual que yo ya no sé muy bien cómo comportarme cuando él está cerca. Porque ya no nos conocemos. Y es mucho más difícil con un desconocido al que has conocido mejor que a ti mismo que con un desconocido de verdad.

—Ya que tenemos un rato de tregua... Hace mucho tiempo que no hablamos, así que, en vez de empezar a buscar temas de conversación a tientas, pasando de puntillas por el millón de cosas que creemos que tenemos que evitar, ¿qué tal si probamos con uno de esos juegos para romper el hielo? Tres preguntas cada uno para conocernos mejor. Hay que contestar con sinceridad, esas son las reglas del juego.

Cam me mantiene la mirada, como si estuviera totalmente absorto en mis palabras o en mi forma de hablar. Parece pensar por unos segundos, pero finalmente asiente, acomodándose de medio lado en el asiento.

—Muy bien, tres preguntas, pero empiezo yo.

—Adelante.

Piensa en la pregunta que va a hacer durante un tiempo lo suficientemente largo para ponerme nerviosa.

—¿Qué tienes exactamente con Caleb?

Frunzo el ceño, pero me contengo para no ponerme a despotricar porque no quiero romper la tregua y tensar el ambiente cuando aún no estoy cerca para poder irme andando a casa.

—En realidad, nada —respondo sinceramente, como exigen las reglas del juego—. Quedamos algunas veces cuando estoy en Sacramento, vamos a cenar o al cine, y nos acostamos de vez en cuando. Eso es todo. No es mi novio, ni nada parecido. Cada uno hace su vida y cuando voy a

casa y tengo tiempo, lo llamo y nos vemos. No hay más. Has utilizado muy mal tu primera pregunta, Cameron.

No parece arrepentirse de su elección y me sostiene la mirada, serio.

—Entonces, supongo que tú tienes una mucho mejor que hacerme a mí.

Sé exactamente lo que quiero preguntar. Lo que llevo dos años queriendo preguntarle.

—¿Por qué firmaste con los Patriots?

Abandona su pose altiva de inmediato y desvía la mirada mientras curva los labios un poco en una mueca irónica.

—¿Sinceramente? —pregunta, como si dudara de querer decirlo en voz alta o de que yo deba escucharlo.

—Esas son las reglas del juego.

Asiente y vuelve a clavarme los ojos.

—Lo hice porque pensé que eso era justamente lo contrario a lo que tú esperarías de mí —reconoce. Me duele oírlo, aunque ya me lo esperara, y, sobre todo, me duele haberle dañado tanto como para esto, aunque le vaya de maravilla con su equipo—. Porque era alejarme lo más posible de lo que había imaginado que podría ser mi vida contigo, y porque tú odias el fútbol. Por eso lo hice.

—¿Y te arrepientes?

—Ha terminado tu turno —me recuerda burlonamente—. Si quieres saber eso, utiliza tu segunda pregunta. Ahora me toca a mí.

—Muy bien —concedo mientras saco los brazos de las mangas del abrigo.

Se lo piensa antes de preguntar. Durante unos segundos bastante largos en los que el silencio nos envuelve. Y yo lo dejo pensar para que no malgaste otra pregunta con una estupidez semejante a la anterior.

—¿Has vuelto a estar con Tyler desde... desde entonces? —suelta, de pronto, sin previo aviso.

Ha dudado al elegir las palabras y noto que no es exactamente la pregunta que de verdad quería hacer. Al menos, no del todo.

Aparto la mirada y supongo que tengo que estar poniendo cara de circunstancias porque me arden las mejillas y me duele tanto oír eso que estoy a punto de echarme a llorar. ¿Cómo hemos llegado a esto?

—Él sigue siendo tu amigo del alma, a pesar de todo, ¿no? —siseo, sin poder evitarlo. Es que me da tanta rabia que perdonara a Tyler con esa facilidad—. ¿No se lo has preguntado a él?

—¿Este juego va de ser sinceros o de evitar preguntas? —rebate al instante, cortando mi intento de redirigir la conversación.

De repente, estoy furiosa, así que vuelvo a mirarle a los ojos, con los míos echando chispas. Y clavo muy bien mis pupilas en las suyas para que se mantenga atento a mi mensaje.

—No. Si con «estar con él» te refieres a follar con él, no. No he vuelto a follar con él. Ni una vez. Ni lo haré —añado, aunque eso vaya más allá de lo que abarca su pregunta.

—Un poco tarde para eso —murmura entre dientes.

Vuelve a sentarse bien en el asiento, mirando al frente.

—No voy a disculparme otra vez. Es evidente que no sirve de nada.

—Obvio —replica, con la mandíbula apretada.

Yo no digo nada más y me acomodo en mi asiento igual que él, con la vista clavada en las luces de los coches de delante. No tengo manera de escapar de aquí. Y, por primera vez, tengo ganas de alejarme de Cam en vez de acercarme. Está claro que las cosas se rompieron tanto que ya no se pueden arreglar. Y sé que fue culpa mía, por supuesto. Pero creo que ya ha pasado el tiempo suficiente para que yo deje de machacarme por los errores del pasado y empiece a apartarlo de mí, igual que él decidió hacer conmigo.

Porque Cameron Parker duele, y mi tiempo de penitencia ya acabó.

18

Cam

Genial. Ahora estoy cabreado y me he llevado hasta este punto yo solito. No sé por qué no puedo parar de preguntarle cosas como esa. ¿A mí qué me importa con quién se acuesta? ¿Qué me importa Caleb? ¿Qué me importa lo que quieran tener entre ellos mi amigo y mi exnovia? ¿Qué me importa ya Ashley Bennet?

Pero es que me importa. Eso ha quedado claro con lo que ha pasado esta noche. No por el hecho de que haya saltado de la cama del hotel para ir corriendo a recogerla. Eso podría haberlo hecho por Vanessa, por Mia, por Emily o hasta por el idiota de Tyler. Por cualquiera en una situación similar que necesitara mi ayuda. Lo que me ha dejado claro que el caso de Ash no era exactamente el mismo que el de los demás es todo lo que he sentido mientras lo hacía. Cómo prácticamente se me ha parado el corazón cuando Vanessa me ha dicho por teléfono que necesitaba que fuera enseguida a recoger a Ashley, con ese tono tan preocupado. Cómo no he perdido ni un solo segundo en vestirme y salir corriendo para conseguir un coche y poder llegar hasta ella. Cómo el trayecto se me ha hecho insoportablemente eterno mientras se me pasaban por la mente todas las cosas horribles que podrían estar pasándole. O, lo que es peor, cómo se me pasaba por la mente que, si a Ashley le pasaba algo, nunca podría decirle que en realidad no la odio. Que lo último que sabría de mí es que soy un capullo, en el peor sentido de la palabra, y que ella es prácticamente lo peor que me ha pasado en la vida. Bueno, diría que ella es bastante responsable de mis peores momentos, sí, pero también, y sin ninguna duda, se lleva la palma con el otro extremo.

Y, después de eso, debería haberla llevado a casa en silencio. Porque no quiero que su risa se me vuelva a meter dentro, o que sus lágrimas me muerdan tanto el corazón. No quiero esto. Pero aquí estoy, en medio de un atasco y con ella a una distancia tan ridícula que puedo distinguir perfectamente el olor del perfume de su champú y el de la crema hidratante que debe de haberse extendido por la piel tras la ducha.

Llevamos ya cinco minutos en completo silencio y, cuando miro de reojo a Ash, veo que está sumida en sus pensamientos, con la mirada perdida en las luces traseras del coche de delante. No parece especialmente cómoda con la situación, tampoco ella, y diría que le ha cabreado el tema

de Tyler, igual que a mí. El camino hasta su casa se prevé largo y tenso, así que es mejor que haga algo para cambiar la situación.

—¿Cuál es tu segunda pregunta?

Es lo único que se me ocurre para romper el silencio. Ella gira la cara para mirarme, como si acabara de sorprenderle un montón que aún siga aquí, sentado a su lado. Expulsa aire por la nariz bruscamente.

—Está bien —dice, y se nota que está haciendo un esfuerzo para sonar despreocupada—. ¿Por qué lo dejaste con Lynn?

La pregunta es como un puñetazo en el hombro, en plan «espabílate, tío». Y yo estoy haciendo unas preguntas de mierda, pero es que ella está haciendo justo las más comprometidas. Las que siempre contesto con evasivas cuando es otra gente la que me las hace. Las que siempre me niego a responderme a mí mismo porque me da miedo que pensar en ello haga real y patente que Ashley Bennet aún tiene influencia en mi vida. Pero es que firmé con los Patriots porque imaginé que era lo último que ella querría para mí y dejé a Lynn porque... ¿Y por qué dejé a Lynn?

Sé que estoy dejando transcurrir un rato demasiado largo guardando silencio, pero es que tengo que ordenar mis ideas para responder con sinceridad. No estaba enamorado. Claro. Pero no es así como quiero decirlo, no es así como lo quiero expresar. Y mi mente solo forma frases de lo más estúpidas como «es que Lynn no canta en el coche, ¿sabes?», «es que Lynn no se murió de amor al conocer a *Salem*, y ¿te puedes creer que no le mordió las almohadillas? Qué locura, ¿no?», «es que a Lynn no le gustaba acurrucarse con *Vodka* en el sofá, ni marcarle besos de pintalabios en el hocico», o «es que Lynn nunca me llamaba Cameron». No puedo decir nada de eso. Son ideas absurdas. No son motivos racionales para terminar una relación de más de un año.

—Parece que las noticias vuelan —dejo caer, para ganar algo de tiempo.

—A los medios deportivos ya no les interesa el deporte, ahora parece que solo interesa con quién sale o no sale el jugador guapo de la NFL.

La miro con media sonrisa burlona, porque acaba de llamarme guapo y creo que sin ni siquiera darse cuenta. Parece que tengo quince años, de verdad.

—Ya —me muestro de acuerdo, y trato de disimular cuando veo que ella me está mirando la sonrisa y parece avergonzada—. Pues, por si quieres vender la historia a los medios, Lynn y yo no estábamos en el mismo punto. Ella quería cosas que yo no iba a poder darle y me pareció que era mejor no seguir con algo que a la larga no iba a funcionar como ella esperaba. No quería acabar haciéndole más daño.

Ashley parece digerir mis palabras por un segundo, antes de asentir, dando a entender que no necesita saber más. Que le parece razonable.

—¿Y estás bien?

Me sorprende esa nueva pregunta, pero su genuino interés por saber cómo me siento con otro fracaso amoroso no me deja advertirle de que ya ha pasado su turno de preguntar.

—Claro. Estoy bien —aseguro, mientras acaricio con un dedo la curvatura inferior del volante —. ¿Es ya mi turno?

—Sí, ya es tu turno. Y es tu última pregunta, así que, para que no la malgastes otra vez con impertinencias sobre mi vida sexual, te adelanto que no me acuesto con Jayce, ni ahora, ni antes, ni nunca —suelta, en tono burlón.

Me siento mal al oír eso. Porque esa confesión viene directamente de la estupidez que a mí me dio por soltar en la cocina de casa de mi madre, después de haberla visto marcharse con Caleb la noche anterior.

—Siento lo que dije, Ash. Estuvo fuera de lugar —reconozco, avergonzado.

—Sí, estuvo fuera de lugar y agradezco tu disculpa, Cameron. Ahora, ¿vas a preguntar algo? ¿O no?

Está a la defensiva. Y lo entiendo, aunque solo en parte. Estoy metido en un atasco a medianoche en Chicago por ir a recogerla y salvarla de la muerte, un poco de agradecimiento y bajada de defensas tampoco estaría mal. Aunque tengo que reconocer que el que no ha bajado ni un momento las defensas con ella desde hace más de dos años soy yo, a lo mejor a estas alturas esto es lo único que ella puede hacer en respuesta a mi actitud. Y si he sido yo el que ha propuesto una tregua de unas horas, debería actuar en consecuencia y ponernos las cosas fáciles a los dos, ¿no? Así que sé exactamente lo que le quiero preguntar.

—¿Echas de menos a *Vodka*?

Se gira de golpe en el asiento para quedar de medio lado y clavar los ojos en mi cara, con evidente ansiedad.

—Muchísimo. ¿Cómo está?

Sonrío y me giro hacia ella yo también, recuperando mi postura anterior, para poder mirarnos de frente como hace la gente normal cuando mantiene una conversación. Incluso con solo la luz que nos llega de los coches que nos rodean y la de las altas farolas de la autovía, puedo ver que le brillan los ojos.

—Está muy bien —le cuento, y sé que acabo de hacer la pregunta correcta. Puede que sea lo único acertado que he llegado a decir desde que se ha montado en el coche—. Cada vez que tengo que viajar la dejo con un cuidador que se la lleva a su casa. Tiene un border collie y se llevan genial. Después de Acción de Gracias, cuando fui a buscarla, casi ni me saludó. No quería volverse a casa conmigo, la muy traidora. —Ash suelta una risita baja y el modo en que se elevan sus pómulos con la sonrisa reclama toda mi atención. Hacía mucho que no la veía sonreír así—. Mira, me ha mandado un vídeo esta tarde.

Me muevo para recuperar el móvil del bolsillo y desbloqueo la pantalla para buscar el archivo en cuestión. Pulso para reproducir el vídeo antes de pasárselo. Nuestros dedos se rozan cuando lo coge para poder contemplar las imágenes, totalmente absorta, y a mí me cosquillea todo el brazo por el contacto. Ella ni presta atención a eso, porque parece querer absorber cada segundo de lo que ven sus ojos. Y mientras mira la pantalla, yo la miro a ella. Ensancha cada vez más la sonrisa

mientras ve a los dos perros jugar. El sonido del vídeo es una cacofonía de gruñidos, pero ella parece estar encantada de poder escucharlo. Me contengo para no alargar la mano y recolocarle un mechón de pelo detrás de la oreja cuando veo que se le escapa y le acaricia la mejilla. Lo hace ella misma antes de que yo pueda hacer ninguna tontería.

—Está preciosa —dice, sin apartar los ojos de la pantalla ni por un solo segundo.

—Está más gorda.

—Sí, un poquito. —Sonríe aún un poco más.

Me tiende el teléfono de nuevo cuando el vídeo ha acabado y yo lo cojo. Desvío la mirada en cuanto sus ojos brillantes se cruzan con los míos.

—Mira, este es su sitio favorito de casa.

Le enseño una foto de la perra tumbada sobre una colchoneta muy mullida, mirando hacia el exterior, delante del enorme ventanal del salón de mi casa en Boston.

—Así que sigue siendo una cotilla.

—No ha cambiado nada.

Deslizo el dedo para que pueda ver la colección de fotos de mi mascota que tengo en la galería.

—¿Qué tal se adaptó a su nueva vida en Boston?

Y a partir de ahí empieza de verdad la tregua que llevábamos un rato buscando. Me relajo totalmente a su lado mientras no paro de contarle anécdotas de la perra. Y ella no para de sonreír y de seguir preguntando y de querer saber más y de repetir lo adorable que es *Vodka*. Incluso cuando le cuento la vez que llegué a casa y descubrí que había conseguido abrir un armario bajo de la cocina y se había dado un atracón de galletas y barritas de proteína. Ella se parte de risa, como si *Vodka* fuera el ser vivo más divertido que ha conocido nunca.

Poco a poco el tema de conversación se va ampliando y, de solo hablar de mi perra, pasamos a hablar de cosas que van surgiendo en sus anécdotas: cómo es la zona por la que suelo salir a correr, cómo se ponen de imposibles las calles de Boston cuando hiela, el perrito cotilla que Ashley asegura que vive en la casa frente a la suya y que se pasa el día asomando el hocico entre las cortinas para ver la calle... Los dos nos reímos, hablamos animadamente y hasta nos sentimos capaces de hacernos bromas el uno al otro. Vale, tengo que reconocer que esto no está mal. Es agradable poder estar así con ella. De hecho, me siento muy cómodo y hace ya un rato que ha dejado de importarme si este atasco dura tres horas más. La risa de Ashley inunda todo el vehículo y no para de contagiármela. Y me parece que somos las únicas dos personas que, ahora mismo, están disfrutando de estar atrapados en un coche sin poder llegar a su destino.

Justo estoy pensando en eso, en lo cabreados que deben de estar los demás conductores mientras nosotros estamos aquí, contándonos anécdotas insignificantes de los dos últimos años. Y entonces, pasa. Los coches de delante empiezan a moverse, muy lentamente al principio y luego un poco más rápido.

—Parece que esto ya se mueve —dice Ash, como si acabara de salir de una burbuja y

regresara a un mundo real donde hace un frío glacial.

Y yo también me siento de esa manera. Como si acabáramos de aterrizar de pronto y ya no fuera correcto estar tan a gusto con ella.

Carraspeo y me coloco bien en el asiento. Arranco el motor antes de ponerme el cinturón y conduzco lentamente, detrás de los vehículos que nos preceden. Ashley también se pone el cinturón en silencio. A medida que avanzamos, podemos ir ganando más velocidad y mi acompañante me señala las luces intermitentes que se ven un poco más adelante.

—Parece que ha habido un accidente.

—A lo mejor es el tío que te ha dejado tirada esta noche —gruño entre dientes.

Ella se encoge en el asiento.

—No digas eso —murmura.

—Te ha dejado en medio de ninguna parte, Ash. ¿De verdad puedes seguir teniendo compasión por alguien así?

Ya no me acordaba de lo que era maravillarme cada día de su capacidad para ponerse en la piel de otro y sentir empatía hasta por los seres más rastreros. Es demasiado buena. Y, al pensar eso, me doy cuenta de que, para ser tan buena, a mí me rompió el corazón en mil pedazos sin ponerse ni un momento en mi lugar.

No me da tiempo a volver a construir del todo mi coraza porque, justo cuando mi mente está estableciendo todas esas conexiones neuronales y estoy recordando por qué mantenía todas las defensas bien altas con ella, hace algo que yo no me esperaba para nada. Estira el brazo y toca la pantalla del coche para subir el volumen al que suena la radio, que hasta ahora estaba al mínimo. Lo lleva hasta un par de puntos más de lo que se consideraría un volumen adecuado para un coche y se pone a tararear la canción que suena en ese momento.

Mierda. A tararear. En serio. ¿Es que quiere matarme? ¿Es que quiere que tengamos un accidente ahora mismo? Canta mal, eso por descontado, pero no es eso lo que puede hacerme perder la calma.

—Vamos, Cameron. —La oigo decir, con voz burlona—. Estoy segura de que, siempre que oyes esta, haces la segunda voz. Siempre has sido muy de agudos.

Se me escapa la sonrisa. Ella se ríe. Y, como soy idiota, mando a la mierda un par de años de mi vida y canto la primera frase del estribillo, a todo volumen y con mi voz más chillona. Y, ¿qué hace mi exnovia ante ese alarde de talento musical? Pues ponerse a cantar conmigo, claro.

—Me estás arruinando la canción —me meto con ella—, intenta no dar un mi cuando es un do, ¿vale? Por favor... Principiantes...

Suelta una carcajada.

—No tienes ni idea. Prepárate para mi solo, mantengo la nota más tiempo que Céline Dion.

Esta vez soy yo el que se ríe.

—¿Quién es Céline Dion, abuela? ¿Vienes directamente de los noventa?

—Sabes muy bien quién es Céline Dion, destrozaste *My heart will go on* en varios viajes por

carretera entre 2018 y 2019. ¡Eh! ¿Te sabes esta? —pregunta cuando la emisora cambia de canción—. Eric y yo llevamos todas las Navidades sin parar de cantarla en casa.

Y así, tras un rato oyéndola cantar terriblemente mal, y acompañándola de vez en cuando, el navegador me indica que ya hemos llegado a su calle.

—¿Es aquí? —Señalo el portal.

Paro junto a la acera. Bajo el volumen de la radio, porque ahora el sonido me sobra. Ya estamos aquí y es una pena que se acabe tan pronto. Es más de la una de la madrugada, pero el tiempo se me ha pasado volando desde que hemos empezado a hablar sin tensiones en ese atasco. Quiero sacudirme de encima la sensación de que esto se me ha quedado corto, pero es lo único en lo que puedo pensar.

Ash se suelta el cinturón y se vuelve hacia mí, para conectar nuestras miradas. Su gesto es increíblemente tímido, como si no acabara de pasarse unos buenos veinte minutos cantando a pleno pulmón sin ningún pudor.

—Gracias por haber venido a por mí. Y gracias por contarme cosas de *Vodka*. Ha estado bien sufrir un atasco contigo. Siento que se te haya hecho tan tarde, mañana tienes partido y...

—¿Por qué no te vienes al partido de mañana?

Es casi como si me oyera a mí mismo hablar mientras estoy atrapado en un rincón de mi cabeza; mientras el Cameron irracional me mantiene amordazado y suelta por mi boca todo lo que a él le da la gana. Y, sin ser dueño de mi cuerpo, me estiro y abro la guantera para sacar dos pases que ni sé por qué he metido ahí al salir del hotel. Ashley se encoge en el asiento para que mi brazo no la roce cuando invado su espacio y luego mira mi mano con los dos pases, como si no estuviera muy segura de lo que está pasando.

—No sé si...

—Tráete a quien quieras —continúo, sin ser capaz de cerrar mi bocaza—. Puedes invitar a Jayce. Solo para que vea cómo le damos una paliza a sus queridos Bears.

Se muerde el labio, como si eso la ayudara a pensar, y, finalmente, coge los pases de mi mano con mucho cuidado.

—Gracias —dice, con un leve rubor en las mejillas.

—Y..., Ash... —Me mira y yo hago una seña hacia su teléfono móvil, que ella tiene en la mano derecha—. Préstame tu móvil un momento, anda.

Obedece inmediatamente, sin ni siquiera preguntar para qué lo quiero. Lo desbloquea y me lo tiende. Su foto de fondo de pantalla es de ella, Mia y Emily, en la boda de esta última. Un *selfie* haciendo muecas a la cámara, con sus vestidos tan elegantes. Sonrío al verlas, pero enseguida pulso los lugares adecuados para añadir un nuevo contacto a su agenda e introduzco mi número lo más rápido que puedo bautizándome como «Cameron» y lo guardo en la memoria. Luego se lo tiendo de nuevo.

—Si necesitas algo, o vuelves a estar en peligro de muerte entre hoy y el lunes, por favor, llámame a mí directamente, ¿vale?

—Estoy en constante peligro de muerte desde que la cerradura del portal está rota y la puerta no cierra, pero espero que empiecen a asesinar por los pisos de abajo y yo vivo en el último, así que me siento bastante a salvo —bromea.

—Voy en serio.

—Vale. Gracias —repite—. Debería dejar que te vayas a descansar.

Hace amago de tirar de la manilla de la puerta y no sé por qué tengo el estúpido impulso de retenerla. ¿Qué estoy haciendo?

—Espera. Al final te has puesto a hablar de *Vodka* y no has hecho tu última pregunta. ¿Quieres hacerla?

Me mira, con el ceño fruncido. Parece querer averiguar mis intenciones solo escudriñándome con la mirada, como si pudiera leerme como un libro. Estoy bastante seguro de que ya no puede. Al menos, no como antes.

—Da igual. No... —Frena su protesta al verme hacer un gesto de aliento, para animarla a hablar.

—Seguro que tenías una pensada.

—Sí.

—Pues hazla.

Duda solo un segundo más antes de clavar sus pupilas en las mías.

—¿Cuántas veces te has enamorado en tu vida?

Paso la mirada de uno a otro de sus ojos y veo cómo ella hace lo mismo con los míos. ¿En mi vida? Estoy seguro de que sabe perfectamente cuántas veces me había enamorado en mi vida hasta que dejamos de tener contacto. Tiene que saberlo, ¿no? Así que me imagino que lo que de verdad quiere preguntar es si me he enamorado en estos dos años y medio. El juego exige ser sincero, así que eso es lo que tengo que hacer.

—Tres —digo, sin añadir nada más.

No sé qué le pasa por la mente. Simplemente se inclina hacia mí, y se me acelera el pulso cuando me besa muy suavemente en la mejilla.

—Gracias por traerme. Buenas noches, Cam.

Apenas me da tiempo a responder antes de que esté fuera del coche y haya cerrado la puerta. Se aleja hasta el portal buscando las llaves en su bolso y, cuando está a un solo paso, la veo hacer un gesto exasperado, como si acabara de recordar que no las necesita. Mis labios se curvan levemente al verla. Empuja la puerta con la cadera y se vuelve para mirarme un segundo, antes de desaparecer en el interior del portal.

Y yo me recuesto en el asiento y respiro hondo. Luego marco la dirección del hotel en el navegador y me pongo en marcha de nuevo. Siento que necesito alejarme y poner distancia, pero, en realidad, eso es lo último que quiero hacer ahora.

19

Ashley

Jayce se acerca a mí haciendo aspavientos con los brazos y no me deja ni saludar antes de agarrarme firmemente de la mano y arrastrarme hasta la cola de gente que espera a que les revisen sus entradas para poder acceder al Soldier Field.

—Llevo un cuarto de hora esperándote —me regaña por mi tardanza—. Ni siquiera me va a dar tiempo de pillar una cerveza antes de que empiece el partido.

—Se me ha escapado un autobús. Además, aún faltan veinte minutos para que empiece, no seas tan ansioso.

—¿Cómo no voy a ser ansioso? —dramatiza con las dos manos sobre el pecho—. Las entradas para este partido eran carísimas, Ashley, ya me había resignado a verlo en tu casa con tus palomitas quemadas y las asquerosas cervezas orgánicas de Syd.

—Oye, si tan poquito te gusta ver partidos en mi casa, quedas oficialmente excluido de la cita de la *Super Bowl*.

Me pellizca un brazo suavemente. Menos mal que entre el jersey grueso y el abrigo apenas es capaz de alcanzarme la piel.

—Déjate de tonterías y cuéntamelo: ¿cómo has conseguido entradas para esto? ¿Has vendido a tu madre? O... ¿te has follado a tu exnovio?

Lo miro con los ojos entornados y él alza las cejas, sin arrepentirse para nada de su pregunta.

—Baja la voz —pido, al tiempo que miro alrededor—. No me he follado a nadie, y es una larga historia. Te haré un resumen muy rápido: anoche tuve una especie de emergencia y Vanessa envió a Cam a recogerme.

—Espera, ¿qué? ¿Estuviste con Míster Musculitos anoche? —repite, sin moderar el tono utilizado, desoyendo lo que yo le he pedido, y utilizando su apodo favorito para Cam—. Así que de verdad has conseguido las entradas por follarte a tu exnovio...

—¡Que no me he follado a nadie! —repito, molesta, y a un volumen tan poco disimulado que un grupo de jóvenes con la camiseta de los Bears se vuelven a mirarnos. Agarro a Jayce del brazo y pego el cuerpo al suyo para hablar en voz más baja—. Solo pasó a buscarme y me llevó a casa.

—¿Nada de sexo? Qué pena, con Parker bajo de testosterona podríamos haber ganado este

partido.

Le pego en el brazo con el puño cerrado, todo lo fuerte que puedo, y él suelta un quejido y se frota el punto donde le he dado, mirándome con cara de pocos amigos.

—Te recuerdo que los pases los tengo yo, así que como no cierres tu bocaza de una vez, desde ahora mismo hasta que entremos en el estadio, te quedas fuera, ¿te enteras?

Sonríe burlón en respuesta a mi amenaza. No me tiene ningún tipo de respeto.

—¿Y a quién ibas a invitar? Soy tu único amigo ahora que Sydney no está. Anda, no te enfades —pide, con una risita. Me pasa un brazo por los hombros y me aprieta contra su cuerpo cuando ve la cara que pongo—. Cuéntame qué narices te pasó anoche y por qué no me llamaste a mí para que acudiera a rescatarte. ¿No tenías una cita con el tío ese del Starbucks?

—No te llamé a ti porque estabas muy ocupado. De hecho, te mandé un mensaje a la una y media para decirte lo de las entradas y has contestado a las cuatro de la madrugada. Asumo que no estabas muy atento a tu teléfono. ¿Cómo fue tu cita?

Jayce me empuja para que caminemos hacia la entrada cuando un grupo grande de gente accede al interior y permite que la cola avance rápidamente.

—¿Me estás preguntando que si mojé? —Ríe cuando me ve poner los ojos en blanco—. La cita fue muy muy bien y... sí, mojé.

—¿En la primera cita, Jayce? Debería darte vergüenza. —Finjo estar escandalizada.

—Ya lo ves. Soy un fresco —bromea, y yo me río—. Voy a volver a salir con ella la semana que viene.

—Uuuuuuh —me burlo, mientras ya avanzo hasta la puerta y le tiendo los dos pases a un hombre enorme que se dedica a rasgar entradas y registrar bolsos.

Mira los pases y me mira a mí. Alterna la mirada entre mi cara y la de Jayce y ese par de papeles plastificados. Y, luego, llama a un compañero que está unos pasos por detrás y le da los dos pases pidiéndole que nos acompañe a nuestros asientos. Vaya. ¿Jayce se ha hecho socio preferente del equipo de Chicago o algo así? Es como si acabáramos de convertirnos en las personas más vip del momento.

Mi amigo por fin se calla, y debe de estar muy impresionado para dejar pasar cinco minutos sin soltar ninguna tontería. Seguimos al hombre que lleva nuestros pases en la mano por unos cuantos pasillos desiertos, en las entrañas de uno de los estadios más lujosos del fútbol y, cuando salimos al exterior, nos señala la zona donde debemos sentarnos, antes de ponerme los pases en la mano de nuevo.

—Pero ¿qué narices...? —Jayce empieza la pregunta, pero no la termina.

El palco en el que estamos es seguramente uno de los mejores lugares del estadio para ver el partido. En la zona de visitantes, claro. Y no es que sepa mucho de los compañeros de equipo de Cam, pero he visto todos sus partidos por la tele y, por tanto, es inevitable que reconozca algunas caras de las que ocupan el mismo palco que nosotros: son familiares y amigos de los jugadores de los New England Patriots.

—Justo en medio del enemigo —me susurra Jayce en voz baja, y yo tengo que soltar una risita. No se esperaría que Cam me hubiera dado entradas para abarrotar el lado de los Bears, ¿no? Eso estaba claro—. Ashley, ¿tienes idea de lo que tienen que costar estos asientos? Venga..., ¿seguro que no te lo follaste?

Le pego un empujón con la cadera. Y luego me siento y trato de pasar desapercibida. Mi amigo pide una cerveza en cuanto un chico con una nevera se acerca para ofrecernos bebidas gratis, pero yo rechazo la oferta. Estoy alucinando.

Durante los siguientes minutos, distraigo mi mente contándole a Jayce todos los detalles de lo que ocurrió anoche y cómo acabé en una situación de vida o muerte en una carretera oscura y solitaria. Y él me cuenta cosas de su cita. Sin embargo, no me extiendo tanto a la hora de hablarle de lo que pasó desde que Cam me recogió con su coche de alquiler. Tampoco lo he hecho con Vanessa, ni con Emily cuando me ha llamado para saber qué había pasado porque Vanessa no sabe ser discreta. Al final, he tenido que dar explicaciones a todos mis amigos, pero no he dado ningún detalle de si hablé o no hablé con Cam y de si fue incómodo o no lo fue. Eso no quiero compartirlo con nadie. Me limito a decir a todo el mundo que él me recogió y me llevó a casa, y nada más.

Justo eso es lo que estoy tratando de que Jayce se crea, cuando oímos cómo aumentan los murmullos a nuestro alrededor y los jugadores empiezan a salir al campo. Por el pasillo que hay bajo nuestros pies salen los jugadores de los Patriots y a mí no me hace falta verle la cara, ni leer el número de su camiseta, para saber cuál de ellos es él. Es captar su silueta y mi corazón da un salto, como si se hubiera quedado anclado en el final del último curso del instituto. Lleva el casco en la mano izquierda y, cuando estoy intentando ser racional y normalizar mis latidos, él vuelve la cabeza, sin dejar de avanzar. Lleva su apellido bien grande en la espalda, y aún más grande el número 86. Sus ojos encuentran mi cara enseguida y me lanza una sonrisa, dándome a entender que se alegra de que haya decidido venir. Enseguida vuelve a mirar al frente y sigue trotando hacia el campo, cuando un compañero le da una palmada en el hombro. El corazón me martillea en el pecho a tal velocidad que tengo la impresión de que Jayce va a empezar a burlarse por ello en cualquier momento. Es imposible que no lo esté oyendo. Aún me siento como cuando tenía diecisiete años y me fijé por primera vez en cómo le sentaban a Cam esas líneas negras marcadas en los pómulos. Verlo ahora, casi siete años después, me excita igual que entonces. ¿Qué demonios pasa conmigo? Mi mente pasa los recuerdos como si se tratara de una película. Una noche, durante el primer año de universidad, le confesé que esas marcas eran mi fetiche. Él se pasó meses robándome el rímel para marcarse las mejillas y exagerar posturas sexis en ropa interior. Y era mucho más cómico que sensual, pero siempre acabábamos en la cama manchados de rímel por todas partes, igualmente. Cómo echo de menos esos momentos con él.

—Oye —me llama la atención Jayce, lo que acaba de un plumazo con mis pensamientos impuros y tiernos—. Estaba pensando que deberías agradecerle a Parker el detalle de las entradas, ¿sabes? Yo me sentiría mucho mejor si pensara que nos las hemos ganado.

—Vete a la mierda —siseo, pero solo consigo hacerle reír.

—Sydney está en Australia.

—Enhorabuena, tienes grandes conocimientos de geografía —me burlo.

Hace una mueca en respuesta a mi chiste. Ni se ríe ni nada. ¡Qué mal amigo es!

—Tienes toda la casa para ti, y eso significa que... Ya sabes lo que significa —imagina, sin molestarse en darme más explicaciones.

Le agradezco que no lo haga. De verdad que sí. Y decido ignorarlo descaradamente porque es lo único que se merece.

Deja de intentar hablar conmigo cuando ve que hago oídos sordos a todos y cada uno de sus comentarios. Y es que mi mente no da para todo, porque hace ya unas cuantas horas que echa humo pensando en una sola cosa. Sí, desde que me bajé del coche de alquiler de Cameron y volví sola a mi casa. Estaba tan a gusto con él charlando sobre *Vodka* en ese atasco... Me sentía tan completa, tan en armonía con todo el universo, mientras cantábamos en el coche... Y ahora solo puedo pensar en que lo de anoche tan solo fue un recordatorio de todo lo que conseguí echar a perder. De lo que perdí. Un «mira lo que tenías, Ashley, y ahora te jodes» del vengativo karma.

Eso fue lo que me dio a entender su respuesta a la última pregunta que le hice. Tres veces. Se ha enamorado tres veces en su vida. Vanessa, yo..., y Lynn. Y eso, para mí, significa muchísimo más que un mero número. Significa que después de ese nosotros que lo fue absolutamente todo, él todavía fue capaz de enamorarse otra vez. Que llegó alguien capaz de curar sus heridas, de borrar sus recuerdos y de hacerle sentir vivo de nuevo. De hacerle sentir. Y punto. Y eso es mucho más de lo que puedo decir yo.

—Ahora entiendo por qué odias tanto el fútbol americano —suspira Jayce la cuarta vez que me escondo detrás de su hombro para no mirar cuando veo que están a punto de placar a Cam. Me rodea con un brazo—. Está bien, Ash. Solo son un par de golpes.

Un par de golpes, dice él. Pero a mí cada «golpe» me lleva directamente a aquel partido del instituto donde tuvieron que sacarlo a rastras del campo, lleno de contusiones. A mí cada placaje me transporta a aquella vez que tuve que volar hasta Phoenix con el corazón en un puño para visitarlo en el hospital. Odio esa sensación. Y odio que siempre parezca que me duelen los golpes a mí más que a él.

El partido es bastante emocionante, pero yo no puedo disfrutar del todo de la emoción del juego porque tengo que taparme los ojos muchas más veces que viendo una película de terror. A pesar de ello, puedo apreciar que Cam está jugando como nunca. Los fans de los Patriots que nos rodean a este lado del campo se vuelven completamente locos cada vez que él tiene la pelota. No es para menos, ha conseguido más *touchdowns* que todos los jugadores juntos en lo que llevan de temporada.

Cuando se pita el final todos los compañeros de mi ex saltan los unos sobre los otros y se

felicitan por el resultado. Ha estado bastante ajustado, pero, para disgusto de Jayce, la victoria ha sido para los visitantes.

Quienes compartían nuestro palco no se cortan a la hora de bajar más cerca del campo para hablar con los jugadores por los que han venido hasta aquí. Y yo estoy a punto de darme la vuelta e irme a mi casa cuando veo que Cam me hace un gesto con la mano para que me acerque. Jayce me sigue, solo para cotillear.

—Ey —saluda mi ex, con el casco debajo del brazo, el pelo despeinado y sudado y una sonrisa tímida. Luego mira a mi amigo, como si acabara de darse cuenta de que está ahí—. ¿Qué tal, Jayce?

Este se apresura a estrecharle la mano.

—Enhorabuena. Odio decir que ha sido una victoria merecida, pero te has salido hoy.

Me trago la sonrisa, porque sé lo mucho que le debe de estar costando a Jayce reconocer que los Bears no se merecían ganar, aunque sea solo por una vez en la vida.

—Gracias. No sabía si ibais a venir.

Cam desvía su vista de nuevo hacia mí y yo hago como que no me afectan sus ojos verdes y, sobre todo, hago como si no me estuvieran volviendo loca esas malditas pinturas de guerra de su cara.

—Bueno, ya sabes que no me gusta decir que no a las cosas gratis —bromeo, y él sonríe de medio lado.

—Perfecto. Entonces, ¿cenas conmigo esta noche? Puede salirte gratis, solo si tú quieres.

Creo que estoy en *shock*. Él lo ha soltado así, tan tranquilo, como si fuera lo más normal del mundo invitarme a cenar después de haberse pasado años evitándome a toda costa. Soy consciente de que Jayce se retira hacia atrás, para darnos intimidad, aunque estoy segura de que sigue muy atento a todo lo que decimos.

—¿Cenar?

—Mi vuelo de vuelta a Boston no sale hasta mañana y no me apetece que estos me arrastren de fiesta por ahí —confiesa al tiempo que señala a sus compañeros de equipo—. Me haces un favor si me das una excusa para decirles que no. Tú eliges dónde, ya que eres la que conoce el terreno.

Tengo que aprovechar esta ocasión única en la vida, aunque luego vaya a pasarme meses llorando por las esquinas cuando vuelva a ignorarme. Lo de proteger mi corazón hace ya rato que se me ha olvidado.

—Está bien. Pero te advierto que no voy a repetir viejos patrones —digo, burlona, solo porque quiero demostrar que los dos podemos jugar a esto y que soy capaz de bromear sobre nuestro pasado—: No voy a acostarme contigo esta noche, Cameron Parker.

Suelta una carcajada. Muy alta. Hasta echa la cabeza hacia atrás. Me encanta cuando hace eso.

—Muy bien —responde, sin borrar la sonrisa cuando vuelve a mirarme—. Acepto tus condiciones, Ashley Bennet. ¿Me recoges o te recojo?

—Te recojo. Si conduzco yo evitaremos atascos. ¿En la puerta de tu hotel a las ocho?

Dibuja su sonrisa canalla y yo siento que me ruborizo al instante al caer en la cuenta de que acabo de dejarle muy claro que sé en qué hotel se aloja el equipo.

—Mándame un mensaje cuando estés de camino. Te veo luego.

—Sí...

Da un par de pasos hacia atrás, sin separar sus ojos de los míos, y luego niega levemente con la cabeza, con una sonrisa divertida, como si estuviera rememorando la conversación, antes de alejarse camino de los vestuarios.

Jayce me coge del brazo y tira de mí para conducirme hacia la salida del estadio.

—Chica, no seas inocente —dice, pícaramente—. Sí que vas a acostarte con Cameron Parker esta noche.

20

Cam

«¿Cenas conmigo esta noche?» Me he lucido. ¿Qué es lo que estoy haciendo? No me bastaba con darle un par de pases para el partido de hoy, no. Igual mi puñetero yo malvado aún es capaz de proponer más planes casuales hasta el mismísimo momento de montarme en el avión mañana por la mañana. Espero que no me sorprenda a mí mismo oyéndome preguntar: «¿Por qué no te vienes unos días a Boston conmigo?». Eso ya sería el colmo. Pero es que hay una parte de mí que no quiere dejarla marchar ahora mismo y está claro que no soy muy capaz de luchar contra ello.

Cierro la puerta de la habitación del hotel y dejo a la mayoría de mis compañeros de equipo armando escándalo por los pasillos. Tengo tiempo antes de que Ashley pase a recogerme. Debería afeitarme..., ¿no? ¿Debería? ¿Para qué? Qué mal me está sentando Chicago.

Cojo el móvil y busco el número de Vanessa, mientras camino de un lado a otro del cuarto.

—Eh, ¿qué pasa, Cam?

—Tú no podías haber llamado a tu puñetera madre, ¿no? —suelto, de malos modos, sin dejar de pasearme y con la mandíbula apretada.

—¿Perdona?

—No, no te perdono. No te perdono, Vanessa. Porque resulta que por tu culpa ahora estoy de lo más jodido. ¿Por qué tuviste que llamarme para mandarme a buscar a Ashley anoche?

Se mantiene en silencio por solo un par de segundos al otro lado de la línea. Seguro que se está preguntando qué maldita mosca me ha picado.

—Te llamé porque mi mejor amiga estaba en peligro y, no me preguntes por qué, pensé que a ti tampoco te apetecería verla muerta. Llámame ingenua. ¿Se puede saber qué ha pasado? ¿No habréis...?

Empieza la pregunta, pero no la termina. Y lo que más me molesta es que su tono suena bastante entusiasmado.

—No hemos hecho nada. Pero la invité a venir al partido y ahora... Hemos quedado esta noche para cenar.

—¡Pues perfecto, Cam! —exclama, alegre, desde la otra punta del país.

—Y una mierda. Yo solo quería venir, jugar un partido y largarme de Chicago cuanto antes.

No quería ver a Ashley, Vanessa. No sé si eso lo puedes entender.

Me paro delante de la ventana, desde donde se ve gran parte de los edificios bajos que se extienden más allá del centro de la ciudad. Apoyo la frente en el cristal, y trato de relajarme.

—Yo entiendo todo perfectamente, querido. El que no entiende nada de nada eres tú. Mira, Cam, llevas dos años evitando a Ashley por completo, y al principio lo entendía. Me parecía lo más normal. Diría que hasta me parecía bien. Pero el hecho de que después de tanto tiempo sigas haciendo lo mismo y te cierres en banda cada vez que alguien te menciona su nombre solo quiere decir una cosa: que estás acojonado de que acercarte lo más mínimo a ella te pueda hacer volver a sentir. Y ¿sabes qué?: que me parece que ya es hora de que lo averigües. Cena con ella esta noche, hablad y baja las defensas un rato, pero de verdad. Es la única manera de que salgas de dudas. Y si aún es capaz de hacerte sentir lo mismo que antes y te duele el corazón como si el tiempo no hubiera pasado, me parece que deberías hacer algo. Y, si no, si sales con ella y te das cuenta de que ya lo has superado, de que ya no significa nada para ti... pues genial, porque así por fin podrás dejar de evitarla y podremos volver a teneros a los dos juntos en Sacramento sin tener que dividirnos. Creo que todos salimos ganando, ¿no te parece?

Me quedo callado mientras interiorizo sus palabras durante un rato lo suficientemente largo para que Vanessa tenga que decir mi nombre para asegurarse de que no se ha cortado la llamada.

—Puede que tengas razón —debo admitir, más manso que un corderito.

—Por supuesto que sí. Yo siempre tengo razón. Pero hazlo bien de verdad. Nada de soltar pullas, ni ponerte un escudo, ni de ir de arrogante por la vida. Ve a cenar con ella como si fuera una amiga, como si quedaras a cenar conmigo. No pienses en nada, no te metas un palo en el culo. Pásalo bien y ya está.

—Sí, vale —digo, con desgana—. Tengo que dejarte. Ya te contaré.

—¡Más te vale!

Es lo último que oigo, en un tono bien alto, antes de colgar la llamada sin ni siquiera decir adiós.

Me siento a los pies de la cama y me doy cinco minutos para pensar en esto. En el fondo, mi amiga tiene razón. Si evito a Ashley siempre ya no es porque esté enfadado o porque me acabe de partir el corazón. Ya han pasado dos años y medio desde aquello y, si sigo actuando igual, es porque tengo miedo de que estar cerca de ella vaya a acabar doliéndome otra vez. Lejos de ella estoy bien, pero quizá también pueda estarlo cerca, y no lo conseguiré hasta que lo intente. Tengo que ser capaz de cenar con ella como si fuera una amiga y, a lo mejor, así descubro que todo ese poder que pienso que aún puede ejercer sobre mí es solo el que yo le otorgo. Tengo que ser consciente de una vez de que no es real. Ya no estoy enamorado de ella. De eso no tengo ninguna duda. Entonces, ¿de qué tengo miedo? Enterrar el hacha de guerra y llevarme bien con ella es la única manera de superar definitivamente todo esto.

Allá vamos. Ánimo, Cameron, que tú puedes.

Quedan veinte minutos para las ocho y yo aún estoy terminando de afeitarme cuando me llega

un mensaje suyo para decirme que viene de camino. Termino mi tarea con mucho cuidado, porque no me apetece cortarme la cara, y luego voy a ver qué ropa tengo para ponerme que me permita no morir congelado en la noche de Chicago. Tampoco es que haya traído mucho, solo he venido para dos noches. Cuando ya me he vestido, con unos pantalones chinos negros, una camiseta y un jersey de color vino, me calzo unas zapatillas oscuras y voy de vuelta al baño para peinarme y echarme colonia. Lo de peinarme es una tarea inútil. Mi pelo siempre va como le da la gana. Acabo de llenar mis bolsillos con la cartera, el móvil y la tarjeta que abre la puerta de mi habitación del hotel, cuando me llega otro mensaje.

Estoy en la puerta. Es un Audi rojo, pequeño, de más o menos tu edad. No tiene pérdida, aquí no hay más que cochazos negros lujosos.

Tecleo una respuesta antes de salir por la puerta.

Estoy en el ascensor.

Una mentira piadosa.

Cuando estoy realmente bajando en el ascensor me llega otro mensaje. Es una imagen de una tortuga con mi camiseta de los Patriots, con mi apellido y el número 86 a la espalda. No es la primera vez que la veo, los seguidores del equipo tienen muy mala baba cuando no juego tan bien como ellos creen que debería. Pero esta vez me hace gracia, a lo mejor porque es ella quien la envía. Me río bajito mientras cruzo la recepción camino a la salida, y me cierro bien el cuello del abrigo.

Localizo el coche enseguida. Ash tenía razón. Es el único coche con color de todos los que están parados ante la puerta del hotel. Camino hasta la puerta del copiloto recordándome a mí mismo las palabras de Vanessa. Actúa como si estuvieras con una amiga. Es eso lo único que es. Es la única forma de estar seguro de que lo he superado.

—Hola —saludo al montarme a su lado.

—Hola —responde con una sonrisa tímida.

Creo que no le había visto esa expresión desde que teníamos diecisiete años. Después teníamos demasiada confianza como para que ella se mostrara así de tímida conmigo. Pero eso ha cambiado ahora, claro.

Veo que su abrigo está en el asiento de atrás, pero no se ha quitado la bufanda que lleva alrededor del cuello. Me ha dado tiempo a notar lo fría que está la noche, desde la puerta hasta el coche, pero aquí dentro la calefacción ya ha cumplido su función. Así que me quito el abrigo para no pasar frío más tarde y me abrocho el cinturón de seguridad sin perder más tiempo.

—Así que una tortuga, ¿eh? —digo entre dientes, y ella suelta una risita—. ¿De dónde has sacado este cochazo? —me burlo, porque se nota a la legua que no es de lo más nuevo del mercado.

—Bueno, a los becarios no nos sobra la pasta, precisamente —responde, sin ofenderse—. Lo

comparto con Syd, lo compramos de segunda mano.

—Mientras nos lleve a destino, me parece perfecto. ¿Dónde vamos?

Ashley se limita a sonreír de medio lado, antes de incorporarse a la carretera.

—¿Y cómo está Sydney? —me intereso distraídamente.

Apenas escucho su respuesta y consigo mantener una conversación con ella de manera casi automática mientras no puedo dejar de observar todo a mi alrededor a medida que vamos dejando atrás calles de la ciudad. Aún no me he olvidado de esto. Pasamos cerca de la residencia donde Ashley vivía los dos primeros años de universidad. Luego atravesamos la calle donde montaban mercadillo los domingos. En esa cafetería siempre pedíamos tarta de chocolate con nueces. Y a solo dos calles de aquí está la plaza donde la besé tras gritar bien alto que la amaba, el día de nuestro primer aniversario. La ciudad no ha cambiado mucho. Pero nosotros sí.

—Cam.

Su voz llamándome y el espacio que deja tras mi nombre para esperar mi respuesta me hacen volver de golpe al momento presente. A un coche viejo de segunda mano con mi exnovia al volante. Estaba más a gusto en los recuerdos del pasado.

—¿Qué pasa?

—Ni siquiera me estabas escuchando —protesta, aunque no parece en absoluto molesta por ello.

La miro bien por un momento. Tiene la vista clavada en la carretera y eso no cambia ni cuando se detiene en un semáforo en rojo. Lleva el pelo suelto y las puntas, un poco más claras que el resto de la melena, le llegan justo por debajo del pecho. Hace años ya que no lleva flequillo y recuerdo cómo me gustaba aplastarlo con la palma de la mano para que le tapara los ojos y hacerla protestar. Apenas se ha maquillado, solo un poco de rímel en las pestañas y nada más. Eso quiere decir que no se ha arreglado demasiado para nuestro encuentro. Supongo que es normal, esto no es una cita. Sin embargo, esa siempre ha sido la manera en que la he encontrado más guapa. Siendo solo ella misma. Yendo como se encuentra cómoda, como se siente a gusto. Y vestida de Ashley. Así es como va. Nada como lo que llevaba ayer. Viste unos vaqueros negros ajustados y un jersey grueso, gris claro, ancho. Y al cuello una bufanda roja con estrellas blancas.

—Lo siento. Estaba pensando.

—Ya. —No pregunta en qué pensaba, simplemente da a entender que de eso ya se había dado cuenta, y gira la cara para mirarme. Nuestros ojos se encuentran y entonces vuelve a hablar—: ¿Por qué me has invitado a cenar esta noche?

Sus ojos están exigiendo respuestas y puedo adivinar en ellos la barrera emocional que está imponiendo entre los dos. No la culpo. Me parece normal. Es lo que yo también hago cada vez que nos encontramos, pero Vanessa tiene razón y, si quiero superar esto de verdad, voy a tener que conseguir que dejemos atrás las barreras y podamos ser amigos, aunque sea solo por esta

noche. *Solo esta noche*. Vamos, Cameron, no vayas por ahí, esto ya no puede afectarnos a ninguno de los dos.

—¿Por qué? Bueno, porque...

No sé muy bien qué decir y busco inútilmente una buena explicación que le deje claro, sobre todo, que esto no es más que lo que es: una cena que no va a llevarnos más allá. Pero entonces decido que es mejor rendirme, que no tengo por qué seguir mintiendo, que es Ashley y nunca me hizo falta hacerme el fuerte con ella. No tiene sentido hacerlo ahora. Y, si quiero que esto me ayude a seguir adelante, necesito ser sincero, con ella y conmigo mismo.

—No lo sé, Ash. No sé por qué. A lo mejor porque llevo mucho tiempo huyendo de ti como si solo por acercarme fuera a volver el tiempo atrás y a dolerme como si aún fuera hace dos años. Pero, ¿sabes?, ya no lo es.

Su mirada pasa de uno a otro de mis ojos durante tres o cuatro segundos. Finalmente asiente y devuelve la vista al disco rojo del semáforo.

—Vale. O sea, que esto es una prueba para demostrarte que ya te doy del todo igual —verbaliza lo que yo no he querido decir en voz alta.

—No...

—No pasa nada —me frena antes de que pueda excusarme y reformular sus palabras de manera que suenen mejor—. Me parece bien. Me parece justo. Creo que te lo debo, y es lo menos que puedo hacer, si es lo que tú necesitas. A mí también me vendría bien desbridar unas cuantas viejas heridas —dice, tan tranquila. Pone el coche de nuevo en marcha cuando el semáforo cambia de color—. Mira, no espero absolutamente ningún cambio después de esto. Asumo que mañana regresarás a Boston y las cosas van a volver a ser exactamente igual. Pero vamos a darnos esta noche para cerrar capítulo, ¿te parece? Vamos a hacerlo bien. Después de todo, puede que yo me mereciera la manera en que acabó, pero tú y yo no nos merecíamos la despedida que tuvimos. Me gustaría poder darnos una un poco mejor. Solo para que ya no nos escueza a ninguno de los dos.

Estoy a punto de decir que a mí ya no me escuece en absoluto, pero me muerdo la lengua. Oigo el irritante tono de Vanessa recordándome que me deje de pullas y de estar a la defensiva y que me saque el palo del culo. Muy bien. Yo necesito ser consciente de que esto ya me da del todo igual y Ashley necesita limpiar su conciencia con una despedida sin gritos ni lágrimas. En el fondo, el medio para nuestros fines puede ser el mismo.

—Muy bien. Vamos a hacerlo bien —repito sus palabras—. Vamos a cenar, tomemos algo y limemos asperezas. Creo que, después de todo lo que hemos pasado tú y yo, podemos ser amigos por una noche. Y mañana ya veremos.

—Mañana ya veremos —murmura.

Nos quedamos en silencio y, entonces, presto atención a la banda sonora que nos lleva acompañando desde que me he subido al vehículo. No sé muy bien qué es lo que suena, solo que no lo reconozco. Es bastante más roquero de lo habitual en los gustos musicales de Ash.

—¿Ya no llevas a Taylor en el coche?

Espero que responda que es la música de Sydney y que no la ha cambiado al ponerse ella al volante. Pero, una vez más, Ashley Bennet es capaz de sorprenderme.

—No. Taylor y yo hace tiempo que ya no somos tan íntimas —bromea—. A lo mejor me he hecho mayor.

Sonrío de medio lado al escuchar eso, aunque por dentro me pellizquen sus palabras. Solo porque implican que ha cambiado. Ashley ya no es la misma. Igual que yo. Ya no soy el chico que hubiera ido hasta el fin del mundo detrás de ella. Y ella ya no es la chica que prometió recordarme que no debía olvidarme de sonreír. Siento un poco de nostalgia por todo aquello que fuimos. Pero también alivio. Porque, si ya no somos los mismos, eso significa que estar cerca de ella no va a implicar caer de nuevo al abismo sin ninguna cuerda de seguridad.

Me permito mirarla durante unos cuantos segundos, mientras ella se concentra en buscar un lugar para aparcar en un gran estacionamiento al aire libre. La miro y pienso que es preciosa, pero solo eso y nada más. Es una chica guapa como tantas que he conocido. Nivel de atracción física acorde a su belleza y a la cantidad de tiempo que llevo sin tener sexo. Nada preocupante. Me estoy quitando el miedo de en medio y es como quitarme un velo de delante de los ojos. Como si acabara de quitarme las gafas oscuras que me hacían verlo todo distorsionado. Esas gafas del pasado. Una vez que he decidido bajar del todo las defensas, lo veo claro. Ashley Bennet es guapa, recuerdo lo inteligente que es, sé de sobra que es agradable, simpática y divertida. Es una chica genial. Pero ya no es la chica a la que quiero.

Después de tanto tiempo repitiéndome sin cesar las mismas palabras, acabo de darme cuenta de que sí son reales. No estoy enamorado de ella. Ya no.

21

Ashley

—El Honda te hubiera agradecido que supieras aparcar así hace unos años.

Sonrío de medio lado, una vez que he aparcado el coche, marcha atrás y de una sola maniobra, en un hueco bastante ajustado. Es un maldito rencoroso, solo rocé su preciado Honda una vez... Bueno, tal vez dos.

Me estiro hacia atrás para recuperar el abrigo del asiento trasero y me lo pongo como puedo antes de salir del coche. Cam hace lo mismo a mi lado. Echo a andar, con él siguiéndome los pasos muy de cerca.

—He reservado en un sitio que descubrí el año pasado y me gusta mucho. No te esperes gran cosa, es pequeño, sencillo y barato —lo pongo sobre aviso, por si sus gustos se han vuelto tan excesivos como su cuenta corriente con esto de la fama.

—Perfecto.

—Hay que andar un poco, está en la zona peatonal.

—Muy bien.

Me siento rara. Cam se está comportando como si estuviera tan a gusto y totalmente relajado a mi lado, cuando yo siento todo lo contrario. Solo su presencia detrás de mí me altera todo el organismo al completo. Cada célula de mi cuerpo está del todo despierta, absolutamente receptiva, como si esperara que de un momento a otro me abrazara por la espalda y me estrujara contra su cuerpo como solía hacer cuando estábamos juntos y paseábamos por estas mismas calles. Tengo que luchar constantemente por no gravitar hacia su cuerpo y es mejor no mirarlo para evitar la tentación de perder la mirada en sus labios solo porque no pueden ser los míos los que se pierdan en su boca. Empiezo a ser consciente de lo mala idea que es todo esto. De que debería haberme acordado de eso de proteger mi corazón antes de decir que sí a una cena. Él necesita demostrarse que ha superado esto y yo lo único que necesito es equilibrar mi karma permitiéndoselo. A lo mejor así puedo aplacar el sentimiento de culpa que no para de perseguirme.

Mi acompañante se muestra tranquilo y casual desde el momento en que he tirado de toda mi débil fortaleza interior para dejar las cosas claras acerca de esta noche. Me alegro de haberlo hecho. Por lo menos a él le ha ayudado. Todo lo que he dicho es cierto. No me espero nada más

allá. Mis únicas expectativas se basan en ser capaz de transmitirle que de verdad nunca quise hacerle daño, y así poder soltar de una vez. Dejarlo ir, como él quiere, para poder liberarme yo también. Ya lloraré mañana por ese nosotros que ya nunca podrá volver a ser. Ya lo haré mañana...

Me pongo los guantes sin dejar de caminar y rebusco en el bolso para sacar un gorro y ponérmelo bien ajustado hasta cubrirme las orejas. Hace muchísimo frío.

—Vaya —oigo decir a Cam en tono burlón.

Me giro para mirarlo y me quedo atrapada por unas décimas de segundo en su sonrisa divertida. Lleva las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo bien ajustado.

—¿Qué pasa? —pregunto, con el ceño fruncido, porque está claro que lo que le hace tanta gracia ahora mismo soy yo.

—Nada —responde con evasivas y da un par de zancadas largas para situarse por delante de mí, como si supiera dónde vamos—, solo que acabo de darme cuenta de que no te ha crecido nada de nada la cabeza en seis años.

Me da un vuelco el corazón al caer en la cuenta de que acabo de ponerme el gorro que él me regaló el primer año de universidad, cuando apareció en Chicago sin avisar el día de mi cumpleaños.

—En cambio a ti... —empiezo a atacar y el sonido de sus carcajadas me impide terminar la frase y me hace reír a mí también.

—No, de eso nada, yo siempre he sido cabezón —bromea—. ¿Los becarios tampoco ganáis lo suficiente para renovar el vestuario?

—Está nuevo. Nunca me ha gustado. Te dije que sí para no herir tus sentimientos, pero solo me lo he puesto cuando tú estabas delante. Prácticamente sin estrenar —le sigo el juego.

—Entonces no te importará mucho devolvérmelo, se me están congelando las orejas.

Estira la mano y lo agarra por el pompón de la parte superior, me lo quita de un solo tirón y me despeina sin ningún remordimiento. Luego, intenta ponérselo, tirando de los lados, y demuestra que tenía toda la razón con eso de que siempre ha sido cabezón.

—¡Eh! —grito, sin poder evitar contagiarme de su sonrisa—. ¡No seas idiota, lo vas a dar de sí! —Intento quitárselo saltando para alcanzarlo, pero él se va inclinando hacia el lado contrario con cada lance que hago mientras se parte de risa—. ¡Cam!

Se gira para mirarme de frente y yo me quedo quieta, mirando sus ojos verdes. Me muerdo el labio inferior para no darle la satisfacción de sacarme una sonrisa, pero es que tiene un aspecto muy ridículo con el gorro cubriéndole solo la mitad de la cabeza.

—Creía que no te gustaba —me recuerda, con una mueca engreída.

—Lo odio, pero gran parte del calor corporal se pierde por la cabeza —rebato, con toda la seriedad que puedo aparentar.

—Tienes razón —concede—, con lo pequeñita que eres no creo que tengas muchas reservas de grasa para aguantar el frío invierno.

Se quita el gorro y vuelve a ponérmelo, tan rápido que no me da tiempo ni a protestar cuando lo estira totalmente y le baja el doblez del borde para cubrirme la cara hasta debajo de la nariz. Lo oigo reír, mientras me lo aparto de encima de los ojos con las dos manos y trato de recolocarlo bien.

—Eres idiota —bufo.

Lo miro medio enfadada, pero ese sentimiento se esfuma a la velocidad de la luz cuando veo su expresión burlona, esa sonrisa canalla de suficiencia y justo la cara que ponía siempre antes de decirlo. «Te encanta lo idiota que soy.» Tenía razón, claro. Pero ahora nos miramos a los ojos por un segundo, hasta que él aparta la mirada y borra del todo ese gesto.

—Anda, vamos de una vez antes de que me congele —pide, igual de relajado que hace un par de minutos—, hace tanto frío que creo que voy a cenar sopa.

Me pongo a su altura y sigo andando como si nada, mientras el corazón me late desbocado. Siempre me encantó lo idiota que era mi capullo adorable. Y creo que tengo un problema, porque me parece que sigue siendo igual de idiota que entonces.

El restaurante está a la temperatura perfecta cuando entramos. Tiene pocas mesas y yo he reservado una lo suficientemente discreta para que no puedan vernos desde fuera si es que hay algún fan de los Patriots celebrando la victoria de su equipo por las calles de la ciudad. Cam ojea la carta para decidir lo que le apetece mientras yo lo observo a él. Parece conforme con mi elección y no me da la impresión de que en los dos últimos años se haya acostumbrado a un alto nivel de vida y se haya vuelto un esnob. Parece que Vanessa tenía razón al decir que seguía siendo el mismo Cam de siempre, aunque ahora tenga club de fans.

Desde el momento en que pedimos y nos quedamos solo él y yo, frente a frente, sin cartas en las que escondernos, sin estímulos externos con los que distraernos, es como si el ambiente que se creó anoche en el coche durante ese atasco volviera a envolvernos en su burbuja. Cam está muy hablador y no para de hacerme reír, como él siempre ha sabido hacer. Y yo al principio estaba bastante tensa, midiendo mis palabras, controlando cada uno de mis movimientos y gestos para no darle la impresión de que busco algo que sé que él ya no puede darme, pero después de tan solo unos cuantos minutos empiezo a contagiarme de su estado de ánimo y me siento cada vez más cómoda, relajándome frente a él. Siendo yo misma. Tan yo misma como no había vuelto a ser desde hace años. Esa Ashley que tanto me gusta y que solo él sabe sacar a la luz.

Me doy cuenta de lo ridícula que he sido en las horas previas a recogerlo en el hotel. Estaba muy nerviosa, como una adolescente antes de su primera cita. Me he probado un montón de modelos diferentes, me he maquillado y desmaquillado hasta tres veces, hasta que me he dicho a mí misma un «basta» en voz alta y he vuelto a comportarme como un ser racional. Y por eso me he vestido como lo haría para ir a tomar algo con Jayce un día cualquiera. Porque si hay algo que he tenido claro es que esto no era una cita. Me alegro, porque eso me resta mucha presión añadida a lo que ya supone tener delante al único chico que de verdad he amado en mi vida. Ahora mismo solo es Cam. Y yo puedo ser solo Ashley. Y me gusta cómo eso me hace sentir.

Miro el reloj cuando Cameron sugiere que pidamos un postre para compartir. Me parece increíble que llevemos casi dos horas en la compañía del otro. Y no hemos parado de hablar en todo este tiempo. No ha sido para nada incómodo, ni en un solo momento durante toda la cena, pero entiendo perfectamente el porqué. Y es que no hemos hablado de nada que se acercara lo más mínimo a insinuar un «nosotros» y creo que eso es lo que nos ha permitido respirar tranquilos. Sin embargo, hemos hablado de un montón de cosas: de su familia y de la mía, de Alice, sobre todo; de *Vodka* y de *Salem*; de mis amigas; de Dylan; de mi tesis, y de los Patriots. Con escucharle hablar de su sobrina, creo que mi corazón ya ha tenido bastante. Y, a pesar de que una parte de mí es plenamente consciente de que esto ha sido muy mala idea y que en cuanto él se vaya voy a sufrir las consecuencias, otra parte piensa que esta noche es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, porque hace dos días estaba enamorada de un fantasma, pero hoy acabo de descubrir que ese fantasma es muy real. Me enamoré de él a los diecisiete y me vuelvo a enamorar hoy y podría volver a enamorarme cada día durante el resto de mi vida. Pero es que es imposible no hacerlo. Imposible no enamorarse de su risa, de su tono burlón cuando bromea, de su forma de hablar, de sus ojos verdes que brillan cuando algo le emociona, del hecho de que pida una limonada y no una cerveza porque yo conduzco y no le gusta beber solo. Es que es adorable aunque no se lo proponga. Es más adorable cuando no se lo propone. Y estoy segura de que lo último que quiere es resultar adorable conmigo.

—Supongo que no vas a dejar que pague yo, aunque la idea de cenar haya sido mía —dice.

Me revuelvo en mi asiento, y trato de disimular que hace solo un segundo estaba fantaseando con lamerle justo ese punto del cuello donde puedo adivinar el latir de su pulso.

—Pagamos a medias.

Cameron le hace una seña al camarero para que nos traiga la cuenta. Luego me mira a los ojos.

—Me alegro de haber hecho esto, Ash. Todo este tiempo he estado tan... Ha sido agradable poder hablar. Supongo que tú tienes razón y nos merecíamos una despedida mejor.

Trato de forzar una sonrisa leve, mientras el tono de su voz y lo que transmiten sus ojos se me clava con fuerza. Está claro que ha conseguido su objetivo de esta noche. Hemos pasado horas hablando, riendo juntos y mirándonos a los ojos, y eso ha hecho que yo sienta aún más y que él se dé cuenta de una vez de que ya no siente nada. Lo veo perfectamente cuando trato de indagar más allá de sus pupilas. Está satisfecho por cómo han ido las cosas. Está aliviado. Está sereno. Creo que ha encontrado justo lo que buscaba.

—Yo también me alegro.

Miento y sé que se nota. Sé que mi hilo de voz deja en evidencia que ahora soy yo la que carga con el dolor de los dos. Pero imagino que este es el equilibrio de las cosas. Eso de que el tiempo pone a cada uno a su lugar. Eso de que cada uno acaba teniendo lo que se merece.

El camarero se acerca con la cuenta en el momento preciso para que mi respuesta no resuene demasiado entre los dos y se nos atragante. Estiro la mano para cogerla justo al mismo tiempo

que Cam y nuestros dedos se rozan. Los apartamos a la vez y él hace un gesto para que sea yo la primera en poder mirarla. Lo hago y luego se la tiendo mientras busco la cartera en el bolso para poder dejar mi parte.

No volvemos a hablar hasta que nos ponemos los abrigos y tiro de la puerta del pequeño local para poder salir a la calle.

—Creo que será mejor que me vuelva ya al hotel, mañana mi vuelo sale temprano.

—Claro, te acerco.

El viento gélido nos golpea con fuerza cuando la puerta del restaurante se cierra a nuestra espalda. Ha empezado a nevar y el aire forma remolinos con los copos que giran como locos antes de posarse en un suelo que empieza ya a tornarse blanquecino.

—Será mejor que nos demos prisa —advierto, y aprieto el paso.

—Ten cuidado, no resbales —aconseja Cam casi a la vez.

No contesto y sigo andando, obligándolo a caminar también más deprisa para poder seguirme. He visto muchas tormentas como esta en Chicago y sé que es solo el principio. Me gustaría poder llegar a casa antes de que llegue la peor parte y sea un peligro circular con el coche.

Desde que hemos acabado el postre, el frío ha vuelto a instalarse entre nosotros, antes incluso de que volviéramos a salir a la calle. La burbuja ha reventado, justo como ayer en el atasco, y esta vez no estoy segura de querer ponerme a cantar en el coche para volver a formarla. Esta vez no voy a hacerlo. No sería bueno para ninguno de los dos. Cam tiene lo que quería: capítulo cerrado. Y para mí ya es el momento de dejarlo ir.

El tiempo no parece estar de mi lado porque, cuando apenas hemos caminado unos cuantos metros en dirección al aparcamiento, la tormenta se desata con furia. Por suerte, la nieve está dejando paso a una espesa lluvia, que no resulta agradable, pero al menos no enterrará mi coche de manera que se me haga difícil encontrarlo.

—Ash. —Oigo a Cam detrás de mí—. Vamos a calarnos hasta los huesos, será mejor que busquemos un sitio donde tomar algo hasta que amaine la tormenta.

No quiero ni oír hablar de eso. Tenemos que llegar hasta el coche y tengo que llevarlo al hotel y tengo que irme a mi casa y meterme en la cama y llorar todas las lágrimas que me queden por Cameron Parker, para poder empezar a reconstruirme de nuevo. Y necesito hacerlo ya. Así que sigo caminando. De todas maneras, no hay ni un solo local abierto en la calle en la que estamos.

En apenas unos segundos, noto cómo Cam me agarra del brazo, con firmeza, y me empuja suavemente. Para cuando me doy cuenta, me ha metido en una sala amplia, con la luz tenue y un montón de lavadoras y secadoras apiladas contra las paredes. No hay nadie aquí dentro y cuando la puerta se cierra tras nosotros, el sonido del agua contra el asfalto y el viento huracanado se amortigua considerablemente.

—Me imagino que estás bastante acostumbrada a las inclemencias del tiempo en Illinois, pero, aunque yo viva en Boston, sigo siendo californiano hasta la médula y odio el frío y las

tormentas. Espero que no te importe que esperemos un poco a que pase lo peor —murmura, y parece molesto por mi actitud.

Suelto un suspiro paciente y me vuelvo para mirar por las puertas de cristal de la lavandería. Vale, puede que Cam tenga razón. Nadie en su sano juicio pasearía por la calle en este momento.

—Eres tú el que tiene prisa por volver al hotel.

—No tanta.

Mueve un banco de madera hasta pegarlo a la pared frente a la puerta y se sienta con las piernas estiradas y apoya la espalda en el tabique. Decido imitarlo y hago lo mismo con otro de los bancos, me desabrocho el abrigo y me siento como él, pero con las piernas encogidas contra el pecho.

—Oye, ¿estás bien?

Giro la cara para mirarlo y nuestros ojos se encuentran.

—Claro —respondo. Alza las cejas, mostrando lo poco que se traga mi respuesta—. Solo... quiero irme a casa. La cena ha estado bien, Cam. Creo que los dos lo necesitábamos, pero ahora ya está. Ya está todo hablado y no tiene sentido que se alargue más.

He vuelto la vista hacia el exterior, pero las palabras de Cam me obligan a girarme para clavarla en él una vez más:

—¿En serio? No sé cómo puede estar todo hablado cuando en realidad no hemos hablado de nada —suelta, como sin darle importancia.

Me sostiene la mirada sin amedrentarse. Esto ya no le afecta lo más mínimo y se le nota. Debe de estar muy orgulloso de sí mismo.

—Tú no quieres ni necesitas hablar —razono.

—Pero parece que tú sí.

Niego con la cabeza, sonriendo con ironía.

—Es mejor dejar las cosas como están. De todas maneras, no tengo nada que decir que tú no sepas a estas alturas. No merece la pena darle vueltas al pasado. Estoy bien, yo... Te mereces ser feliz, Cam. Deja que me aparte a un lado y ya está. No me pidas que te hable ahora de cosas que no nos sirven para nada a ninguno de los dos.

El silencio se impone entre nosotros por unos segundos muy largos.

—Tú también te mereces ser feliz, Ash. —Su susurro me llega muy claro y tengo que buscar sus ojos. Él no ha dejado de observarme y parece muy sereno—. No te negaré que hasta hace poco no pensaba así, pero nadie se merece ser desgraciado eternamente por haberle roto el corazón a alguien, ¿sabes? Esas cosas pasan todos los días. Y nadie se muere de desamor.

—Ya —admito, y apoyo la cabeza en el tabique, sin dejar de mirarlo—. Eso está claro. No es la mala conciencia lo que me quita el sueño.

—¿Y qué es?

Niego con la cabeza y me encojo un poco más, hasta apoyar la barbilla en las rodillas.

—Has sido tú la que ha dicho que deberíamos hacer las cosas bien esta noche y cerrar

capítulo, ¿no? —me recuerda—. Han sido tus palabras, no las mías. Así que dilo de una vez.

—Las cosas no han cambiado en absoluto para mí, Cameron —suelto, sin pararme a pensar —. Seguiría dando lo que fuera por volver el tiempo atrás, y haría cualquier cosa que tú necesitaras para que estés bien. Ojalá pudiera arreglarlo..., borrarlo, pero cuando algo se rompe nunca puedes volver a dejarlo como era antes. Así que creo que lo mejor que puedo hacer por ti ahora es marcharme en silencio y ya está.

—Eso ya lo hiciste. —Me parece notar un cierto tono de reproche en su voz.

¿Y qué se supone que significa esto exactamente? Si me aparté y me callé y borré su número y no volví a molestarlo en dos años fue porque él me pidió que no lo hiciera. Porque me dejó muy claro que nunca más quería volver a saber de mí. ¿Está insinuando que debería haber luchado más por su perdón? ¿Que debería haberlo perseguido y acosado?

—Hice lo que tú me pediste que hiciera. Créeme que hubiera preferido cualquier otra opción antes que esta. Habría hecho cualquier cosa que me hubieras pedido, Cam. Bueno... —dudo entonces—, cualquier cosa no. Hay una cosa que te prometí que haría, pero viéndolo con perspectiva no lo hubiera hecho, ni lo haría ahora. —Me mira interesado en completo silencio, así que le dejo saber lo que es—: Aunque me lo pidieras, no podría cumplir eso de no volver a ver a Tyler nunca más —confieso, aun sabiendo que es un detonante para un nuevo desastre entre los dos—. Tyler es mi amigo y es una persona muy importante para mí. Así que no, eso no lo haría.

—Nunca se me habría ocurrido pedírtelo —murmura con voz ronca.

Asiento con la cabeza un par de veces, y me muerdo el labio en silencio. Sé que es sincero. Él nunca me habría pedido algo así. A pesar de todo.

—Supongo que me entiendes, ya que Tyler parece ser mucho más importante para ti de lo que lo es la mayoría de la gente —escupo sin poder evitarlo.

Me bulle la sangre cada vez que pienso en ello. Cada vez que me acuerdo de que Tyler y él siguen siendo amigos después de todo. Cada vez que pienso en la manera en que los vi hablando y bromeando en la boda de Scott y Em, como si nunca hubiera pasado nada entre ellos.

Cam suelta una risa irónica. El volumen es muy bajo, pero aun así la oigo perfectamente, se me clava y me duele.

—Si lo que quieres insinuar es que Tyler era más importante para mí que tú, me temo que nos pasamos tres años en relaciones distintas, Ashley —dice, con toda la calma, sin mover ni un músculo.

—Lo que quiero insinuar es que no te costó perdonar a Tyler, mientras que yo soy la que tiene que cargar con toda la culpa por aquello. Con él no ha cambiado nada y a mí llevabas dos años y medio sin hablarme hasta ayer mismo.

—Entonces, supongo que no lo entiendes, pero ya da igual —decide, y se encoge de hombros.

Mierda, me estoy cabreando. Me estoy cabreando mucho con esta conversación cuando se supone que el ofendido de toda esta historia es él. Pero ¿de qué va? ¿Que no lo entiendo? ¿Y qué

tengo que entender más allá de que no pueda vivir sin su amigo y le perdone cualquier cosa, pero a mí no vaya a perdonarme nunca?

—A mí no me da igual —gruño, y elevo la voz probablemente más de lo que debería—. ¿Qué es lo que no entiendo? Explícamelo, porque me encantaría no tener la sensación de que serías capaz de perdonar cualquier cosa a cualquiera menos a mí... Te juro que me gustaría no tener que pensar que eres incapaz de borrar a Tyler de tu vida, pero conmigo te faltó tiempo para enviarme al destierro y bloquearme en todas tus redes sociales.

—¿Te crees que fue tan fácil, Ash? —ruge, y su voz resuena en las paredes vacías del local—. ¿Piensas que te dije que no quería volver a verte y desapareciste de un plumazo de mi mundo? Porque te aseguro que no fue así y que olvidarte ha sido lo más duro que he tenido que hacer en toda mi vida. Así que no te hagas ahora la víctima, no lo hagas, porque no pienso permitírtelo. —Pierde de golpe toda la calma que llevaba guardando desde nuestra conversación en el coche—. ¿Quieres saber por qué sigo siendo amigo de Tyler? ¿Quieres saber por qué le perdoné lo que pasó? Porque no haberlo hecho me convertiría en el ser más hipócrita del mundo. Porque no tengo ni la más mínima duda de que yo habría hecho exactamente lo mismo que él si hubiera estado en su lugar. Habría hecho lo mismo: habría ido de cabeza a por ti, con todo y a pesar de todos, aunque me llevara a Tyler Sparks por delante o aunque me llevara por delante a mi maldito padre. —La rabia empapa cada una de sus palabras y a mí se me llenan los ojos de lágrimas, que me esfuerzo por no derramar. Nuestras respiraciones son lo único que se oye por unos segundos, ambas agitadas, pero por diferentes motivos. Luego, vuelve a hablar, mucho más calmado—: Pero a ti no te entiendo, Ash. No te entendí, sigo sin entenderte y no lo entenderé jamás. Porque yo nunca habría hecho lo mismo de haber estado en tu lugar.

Me seco una lágrima con el dorso de la mano, con la vista clavada en la tormenta que sigue azotando la calle, e intento digerir sus palabras.

—Lo siento. —Es lo único que soy capaz de decir, con la voz rota.

—¿Por qué lo hiciste?

Cierro los ojos cuando lo oigo preguntar eso, en un tono muy suave, muy tranquilo, pero en el que puedo notar el dolor que él está tratando por todos los medios de esconder. Es la pregunta que llevo esperando más de dos años. La que nunca hizo. ¿Por qué? Probablemente lo primero que yo habría preguntado de estar en su lugar; lo que me han preguntado todas mis amigas y he sido incapaz de responder. Justo lo que él nunca preguntó. Hasta ahora.

—No lo sé —susurro, tras tragarme un sollozo.

—No. No me vale un «no lo sé». Eso no me vale. Acabas de decir que harías cualquier cosa por arreglarlo, y lo menos que puedes hacer es darme una explicación. Lo mínimo que me debes es pensártelo bien por un momento y darme algo mejor que eso para explicarme por qué hiciste lo único que sabías que yo no iba a poder perdonarte. Sabías que era lo peor que podías haber hecho, sabías lo que eso iba a significar para mí. Lo sabías todo y aun así lo hiciste. Lo único que podía acabar con nosotros... ¿Por qué lo hiciste?

Me seco las lágrimas con las dos manos y respiro por la boca un par de segundos, mientras siento sus ojos clavados en mí. Está esperando y sé que esta vez no se va a conformar con que le diga cualquier cosa. Que estamos en el momento de cerrar capítulo. Que hay heridas que hay que volver a hacer sangrar para que se curen como es debido. Así que intento mantener la voz firme cuando hablo, aunque lo haga casi en susurros:

—Supongo que fue precisamente por eso —digo por fin, y cuando lo miro de reojo veo que está muy atento a mis palabras, con el ceño fruncido—. No voy a excusarme en la ansiedad, y no quiero justificarme con lo hecha polvo que estaba mi cabeza entonces. Porque lo que pasó es que cuando lo dejamos no conseguía dejarte atrás. Siempre volvía a ti, aunque me hiciera daño. Tú y yo..., cada vez era más difícil, Cam. Cada vez nos descuidábamos más, cada vez nos peleábamos más y, ambos lo sabíamos, si no lo acabábamos nosotros lo haría la distancia y sería mucho peor. Así que lo dejamos casi en lo más alto, ¿no? Como las estrellas del *rock*. Yo... no quería volver a ti, porque en nuestros planes siempre iba a haber distancia a no ser que alguno de los dos renunciara a lo que de verdad quería hacer. Sé que tú lo habrías hecho. Sé que yo lo habría hecho también. Así que no quería volver a ti. Quería poder quererte siempre como lo hacía, que el tiempo no acabara con nosotros. Quería que tú pudieras siempre recordarme como alguien especial. Quedarnos los dos con lo bueno, con lo enamorados que estábamos. Así que lo único que quería durante aquellos meses en que no nos vimos era estar bien sin ti. No tener la necesidad de volver a tus brazos. Poder seguir adelante. El problema era que para mí era imposible mirar hacia delante mientras la puerta estuviera abierta. Supongo que, inconscientemente, busqué el modo de cerrarla. De que no hubiera manera de poder volver a ti, porque era la única forma de obligarme a seguir. No busqué a Tyler, no pensé en hacerlo así, simplemente sucedió. Un día estaba con él y me besó y... no sentí nada. Y no sentir nada fue mucho mejor que sentir dolor así que me aferré a eso. Encontré la forma de cerrar la puerta, de no poder volver sobre mis pasos para buscarte otra vez, de obligarme a seguir adelante. Es bastante obvio que la cagué —murmuro, con un gruñido resignado—. Y que en cuanto se cerró la puerta me di cuenta de que lo único que de verdad quería en la vida era cerrar esa puerta, pero desde el otro lado. Y quedarme contigo. Lo siento. Me equivoqué pensando que lo mejor para los dos sería seguir adelante, y ahora daría todo lo que tengo por volver atrás. Y siento que lo mejor que pueda darte ni siquiera llegue a ser una explicación, pero es lo único que tengo.

Nos quedamos en completo silencio en cuanto se extingue el sonido de mi voz. Me abrazo las rodillas y apoyo la frente en ellas, haciéndome tan pequeña como puedo. Todavía sigo preguntándome a diario cómo pude ser tan estúpida, pero ahora que he dejado salir las palabras que ni siquiera sabía que tenía enquistadas dentro, supongo que es el momento de seguir adelante. Aceptar que perdí lo mejor que he tenido en la vida, pero agradecer que aún puedan quedar cosas buenas por venir. Sí, me imagino que esta es la mejor forma de cerrar capítulo.

Oigo a Cam moverse, a un metro escaso de mí. Me da la impresión de que se pone de pie, pero no me atrevo a mirar. Siento su mano sobre el brazo, sus dedos recorren mi antebrazo hasta

agarrarme la mano y tira de mí para obligarme a cambiar la postura y abrirme hacia él.

—Ven —me pide muy suave, y me guía para ponerme de pie.

Yo sigo sus indicaciones dócilmente, insegura acerca de lo que pretende. Tardo en reaccionar unos segundos cuando me envuelve con los brazos y me abraza contra su pecho, poniendo la barbilla sobre mi coronilla. Cuando soy capaz de volver en mí, rodeo su cintura con ansia para apretarme contra él. Cuánto tiempo necesitando este abrazo. Cuánto. Escondo la cara en su jersey, entre los bordes abiertos de su abrigo. Huele tan bien como siempre olía Cam, y es como si el tiempo no hubiera pasado desde la última vez que estuve así entre sus brazos. Pero sí. Ha pasado, y mucho. Así que no puedo evitar que se me escapen unos cuantos sollozos y que mis lágrimas empapen su ropa.

—Te perdono, Ash —dice en voz baja, cerca de mi oído—. Sé que no lo hiciste para hacerme daño, sé que no querías que las cosas salieran así. Está bien. Ha pasado mucho tiempo. Los dos nos merecemos poder dejar esto atrás. Así que quiero que sepas que te perdono. Aunque no lo entienda. Ya no podemos cambiar lo que pasó, solo podemos cerrar las heridas. Vamos a dejarlo atrás, ¿vale?

Me aparto de él lentamente cuando afloja su abrazo y me seco las lágrimas con las mangas del abrigo. Me perdona. Pero solo como una forma de liberarse, de liberarnos a los dos. El cierre perfecto de un capítulo, para que los dos podamos seguir, cada uno por su lado.

Cada uno por su lado.

—No quiero que llores —pide, con ternura.

Y a mí eso me provoca más ganas de llorar. Porque aún es capaz de ser tierno conmigo, después de todo lo que ha pasado entre nosotros. Lo malo de esto es que, si lo hace, es porque ya no le duele.

—Estoy bien —miento—. Gracias.

—¿Sin rencores? —propone, y me tiende la mano.

Se la estrecho, porque no puedo hacer otra cosa que aceptar. En el fondo, es un trato para acabar con esto. Un «ya no voy a pensar más en ti, y tú haz lo mismo conmigo».

Capítulo cerrado.

Él vuelve a sentarse en el banco, esta vez sin apoyar la espalda en la pared, sino con los codos en las rodillas y mirándome.

—Estoy bien, no hace falta que te sientes a vigilarme como si fuera una bomba emocional a punto de explotar.

—Perdona —dice con una risita.

Me siento en mi banco, apoyada contra el tabique, y estiro las piernas, mirando la tormenta, que parece haber perdido ya algo de fuerza. Con suerte, no nos queda demasiado tiempo para poder salir de aquí. Lo cierto es que debería agradecer lo que acaba de pasar. Ahora mismo no me hace sentirme mejor, ni liberada, ni nada parecido, pero estoy bastante segura de que haberlo hablado es realmente bueno para quien tendré que ser mañana.

Llevamos un rato en silencio, sentados cada uno en un banco y contemplando la alternancia de agua y nieve cayendo al otro lado de la puerta cerrada de este local, cuando la voz de Cam me devuelve al presente:

—Tengo una duda que me corroe, Ash: ¿tú crees que el novio de Grace se ha operado la nariz?

Giro la cara para mirarlo, incrédula. Me está observando muy serio.

—Solo un idiota como tú sería capaz de soltar algo así en un momento como este.

—Lo sé, es un don.

Cierro los ojos y me río bajito. Niego lentamente con la cabeza, desaprobando su actitud. Y él se ríe a carcajadas ante mi reacción.

—Claro que Andy se ha operado la nariz. Las apuestas están nueve a uno a que lo ha hecho —respondo.

—Diez a uno, apúntame en la porra. ¿Quién es ese uno?

—Sue. Dice que está segura de que se rompió el tabique hace años y por eso parece una operación estética, pero no lo es. Yo creo que en realidad solo le gusta jugársela a lo grande; si apuestas contra los demás arriesgas mucho, pero ganas más.

—Mmmm, sí, diría que parece del estilo de Sue. —Sonríe—. Y, por cierto, no es Andy, es Andrew —me recuerda, forzando un acento neoyorkino al pronunciar la última frase.

—Eh, los novios de mis amigas son prácticamente mis novios —digo, en tono burlón, como le he podido decir miles de veces antes—. Y yo a mis novios los llamo como quiero.

—Puedes llamarlo cariño, cielo, tesoro o Andrew, pero Andy no —sigue exagerando el acento de la costa Este.

—Vas a ir al infierno, Cameron Parker —advierto, pero me río con sus tonterías.

—Te veré allí, Ashley Bennet —me la devuelve, en mi mismo tono.

Le sonrío, agradecida. Porque sé lo que está haciendo. Siempre se le ha dado muy bien. Es único para rescatarte de los momentos tensos y permitirte volver a estar cómoda incluso después de algo como lo que acaba de pasar entre nosotros.

—Y, oye, ¿qué pasa con Mia desde que se fue a Los Ángeles? He oído que la cosa está interesante por ese lado del país...

—No pienso ponerme a sacar los trapos sucios de mis amigas contigo —dejo claro, divertida con su actitud.

—Vamos, Ash, no sabemos cuándo podremos volver a la calle. No saldrá de aquí. Quedemos en que digamos lo que digamos y hagamos lo que hagamos, se lo llevará la tormenta. Y mañana haremos como si no hubiera pasado. Lo que se cotillea en Chicago se queda en Chicago.

—¿Diga lo que diga? —pregunto y él asiente con una sonrisa traviesa—. ¿Haga lo que haga?

—Sí. Venga —me provoca, y estira su brazo derecho hacia mí para ofrecerme el meñique.

Dudo un momento. Un juramento de meñiques. Esto me trae tantos recuerdos y me muerde tanto el corazón que podría ponerme a llorar otra vez. Pero me obligo a tragarme el nudo de la

garganta y entrelazo el dedo con el suyo. La corriente eléctrica que me recorre el brazo y me inunda todo el cuerpo es de las fuertes, esta vez. Casi como mil voltios de un desfibrilador poniendo en marcha de nuevo mi corazón dormido. Disimulo lo mejor que puedo y me abrazo el torso para reconfortarme cuando perdemos el contacto.

—Muy bien. Lo de Mia es flipante, si te lo cuento no te lo crees...

Pasamos media hora o más cotilleando sobre nuestros amigos como si sus vidas fueran las telenovelas más adictivas de la programación televisiva actual. No paramos de repetir eso de que todo lo que digamos no puede salir de aquí, cuando soltamos algún secretillo de alguien o criticamos sin piedad las decisiones de nuestros amigos en común.

Para cuando nos damos cuenta de que la tormenta ha pasado de largo, puede que haga mucho tiempo que las condiciones meteorológicas han mejorado. Estábamos demasiado absortos en nuestra conversación para prestar atención a lo que pasaba fuera.

Caminamos hasta el aparcamiento en silencio. Las aceras están mojadas, pero al menos no están heladas y eso me tranquiliza a la hora de tener que conducir. Me monto tras el volante y arranco el motor, pero lo dejo en punto muerto y pongo el aire acondicionado para desempañar los cristales. Esto suele llevarle un rato. Es un coche viejo y tiene sus manías.

—¿Qué hacemos aquí parados? —pregunta Cam.

—Hay que esperar a que se desempañen los cristales. A veces le cuesta un poco.

—Estás de broma —protesta, con una risita—. Ashley, estoy bastante seguro de que puedes conseguir un coche mejor que este.

—Me gusta mi coche. Solo hay que darle un poco de tiempo.

Me mira como si estuviera loca, pero de esa locura que no puedes hacer otra cosa que adorar. Me pierdo en su verde, y en la forma en que brilla, clavándose en mis pupilas, y luego bajo la mirada hacia su boca, cuando sonríe de medio lado.

—¿Y qué podemos hacer para matar ese tiempo?

Apenas le dejo terminar de formular esa pregunta. No puedo. Mi cuerpo no responde a las órdenes de mi cabeza para que no haga lo que lleva toda la noche deseando hacer. Así que lo hago. Estiro el cuello hacia él y atrapo su labio inferior entre los míos, saboreándolo. Mierda, es adictivo y, en cuanto paso la punta de la lengua por él, quiero más. Levanto el culo del asiento para poder acercarme y profundizo el beso cubriendo toda su boca con la mía. Sé que va a apartarme en cualquier momento, así que me esfuerzo por sacar el máximo partido de esto mientras pueda. Cam mantiene los labios entreabiertos pero inmóviles, como si no supiera muy bien qué hacer con la situación en la que lo estoy poniendo. Y, si no piensa rechazarme, no voy a ser yo la que se aparte y pida perdón. No por voluntad propia. Así que enredo una mano en su pelo y empujo su nuca para atraerlo más. No es hasta que mi lengua roza la suya cuando él por fin reacciona, pero no como yo esperaba. Me besa. Cameron me devuelve el beso como si le fuera la vida en ello y sus labios se amoldan al movimiento de los míos como si llevaran ensayando el numerito durante los dos años que hemos pasado separados. Es tan intenso como en

casa de su madre, en Acción de Gracias. Su lengua acaricia mi boca como si fuera un delicioso manjar y él estuviera hambriento. Yo también lo estoy. Tan hambrienta que podría comérmelo entero, toda la noche. O toda la vida.

Me agarra la muñeca con firmeza y tira de mí hasta que capto la indirecta y, sin separarme ni un segundo de sus labios, me siento a horcajadas sobre su regazo, pegando por completo nuestros cuerpos. Sus manos recorren mi espalda, colándose bajo el abrigo, y yo saco los brazos de las mangas todo lo rápido que puedo para tirar la prenda al asiento de atrás. Me separo unos segundos de su boca para ayudarle a quitarse el suyo y luego sus manos se posan en mis mejillas para acercarme de nuevo, de golpe, brusco. Nos besamos con ganas, con mis manos en sus hombros y las suyas enredándose en mi pelo. Tras unos segundos muy intensos, me aparta con delicadeza, apenas unos milímetros.

—Ash...

Sé lo que va a decir. No me hace falta escucharlo. No necesito oír que no deberíamos hacer esto. No necesito que diga que lo siente y que ya no quiere esto en su vida. Así que me adelanto.

—Mañana esto no habrá pasado —le recuerdo en un susurro, muy cerca de sus labios—. Hagamos lo que hagamos.

Me besa de nuevo, mordiéndome los labios sin contenerse, y sus manos se deslizan sobre la tela de mi jersey por mi espalda, hasta posarse sobre mi culo y apretarme contra su cuerpo. Noto su erección y muevo las caderas para frotarme contra él, que suelta un gruñido en mi boca. Eso me excita aún más y soy yo la que tiene que morderse el labio para no empezar a gemir exageradamente cuando sus labios abandonan los míos y pasan por mi mandíbula para luego trazar una línea de besos húmedos por todo mi cuello. Acaricio su pelo, totalmente entregada. Quiero que me haga de todo ahora mismo. Quiero tenerlo por todas partes, inundando cada parte de mí.

Sus manos suben por mi espalda de nuevo y juguetean con mi pelo antes de colocarse a ambos lados de mi cabeza y obligarme a bajar la vista y clavar mis ojos en los suyos.

—No vas a acostarte conmigo esta noche, Ashley Bennet —repite mis palabras, con tono burlón.

—No, no voy a hacerlo —me muestro de acuerdo, con el tanga empapado y mi clítoris hinchado suplicando un poco de atención.

—Claro que no —susurra, y roza mis labios con los suyos muy lentamente.

Me está torturando. Pero no creo que él esté sufriendo menos, así que no voy a quejarme. Saco la lengua para lamerle la boca, juguetona, y lo noto sonreír pegado a mí. Me besa otra vez, más suave, lento y tierno. Y me siento tan llena de amor cuando nos miramos a los ojos al apartarnos, que sé que tengo que ponerle freno a esto ya.

—Será mejor que te lleve a tu hotel.

Escondo la mirada y vuelvo a mi asiento, alejándome de él.

Carraspea y se mueve para sentarse bien. Se pasa una mano por el pelo para colocar cada

mechón en su cuidado desorden.

—Sí —se limita a decir, al tiempo que tira del cinturón de seguridad para abrochárselo—. Además, esta no es forma de desempañar los cristales.

Suelto un bufido incrédulo y, aunque no lo miro directamente, sé que se le escapa la sonrisa en cuanto me oye.

Apenas hay tráfico y yo conduzco en silencio, tratando de centrarme solo en llegar allí cuanto antes y no darle vueltas a lo que acaba de pasar. Cameron mantiene la mirada perdida por la ventanilla, sumido en sus pensamientos. No me mira hasta que paro el coche delante de la puerta del hotel. Entonces se suelta el cinturón, se gira hacia mí y nuestras miradas se encuentran por unos segundos antes de que yo la aparte, avergonzada.

—Lo siento —digo por fin, en un murmullo.

Él coge mi barbilla con la mano izquierda y me guía hasta que nuestros ojos se encuentran de nuevo.

—No digas que lo sientes. No digas nada y ya está.

Asiento, reconociendo mis propias palabras.

—Tienes que irte.

—Sí, debería irme. Mañana esto no habrá pasado, así que me gustaría aprovechar para decirte que había echado de menos hablar y reír contigo, Ashley.

Me sangra el corazón cuando se me clava esa afirmación.

—Yo también lo había echado de menos.

—Espero que esta despedida sea un poco más parecida a la despedida que querías para nosotros —continúa, sin dejar de mirarme a la cara—. Siento que las cosas hayan tenido que acabar así entre tú y yo, de verdad que sí.

—Soy yo la que lo siente —suspiro. Me apoyo por completo en el respaldo del asiento y miro el volante—. En el fondo, éramos muy ingenuos pensando que siempre podríamos con todo, ¿no? Ya ves, nadie se casa con su novio del instituto..., excepto Em.

La voz de Cam suena ronca, pero firme, cuando vuelve a hablar:

—Tú no eres mi novia del instituto, Ash. —Tiene media sonrisa triste dibujada en la cara—. Vanessa es mi novia del instituto. Tú eres el jodido amor de mi vida. —Me mira a los ojos y me corta de golpe la respiración—. Pero supongo que no todo el mundo acaba con el amor de su vida, ¿no?

La tristeza de su tono y sus palabras se quedan colgando por unos segundos entre los dos. Me acerco a él, un poco más, y deposito un beso suave en su mejilla antes de acercar los labios a su oído.

—Yo nunca, en toda mi vida, voy a querer a nadie como te quiero a ti, Cameron.

Se despide con la mirada, pero no con palabras. Coge su abrigo y sale del coche, sin molestarse en ponérselo mientras camina hasta el interior del hotel. No se vuelve ni una sola vez y, aun así, yo me quedo plantada viéndolo marcharse de mi vida de nuevo.

Ahora es el momento de recoger mis pedazos y empezar a reconstruirme. Ahora que Cameron Parker y yo por fin nos lo hemos dicho todo.

Qué pena que mañana nada de esto habrá pasado.

22

Cam

La despedida que nos merecíamos. Ese «tú y yo» que hemos evitado a toda costa hasta que nos ha explotado en la cara. En el fondo, esto es lo mejor que podría haber pasado este fin de semana. Esto es lo mejor que podríamos haber hecho para enterrar de una vez el pasado. Me refiero a lo de hablar, a sacar la mierda, a preguntarle por fin el porqué que tanto miedo tenía de conocer. No a lo demás. No a lo de enrollarnos en el coche. Mierda.

Le he dicho a Vanessa que todo había ido perfecto. Que ella tenía razón. Que lo de Ashley está superado. Pero, si tan convencido estoy, ¿por qué llevo más de una hora despierto, dando vueltas en la cama, cuando aún ni ha amanecido? No paro de pensar en sus labios sobre los míos, en las caricias de su lengua, en su cuerpo y el mío restregándose sin control.

La cosa empezó bien. Ya no estoy enamorado de Ashley Bennet y esa es la parte buena de toda esta historia. La parte no tan buena, si algo pude sacar en claro de anoche, es que fue muy fácil enamorarme de ella la primera vez, y no pondría la mano en el fuego por asegurar que no pudiera pasarme de nuevo. Solo sé que me hizo reír con demasiada facilidad, que durante la cena me quedé mirando sus ojos o sus labios unos segundos de más en varias ocasiones, que encerrados en la lavandería y a pesar de todo me mordió el corazón verla llorar. Y que, cuando me besó en el coche, quise devolverle mil besos sedientos, que la deseé tanto que quería follar con amor. *Con amor*. Por favor, Cameron. Eso es lo que ya no hay. Y lo habíamos dejado suficientemente claro. Así que ya no estoy enamorado de ella, pero podría gustarme más de la cuenta si no tengo un poco de cuidado.

Sin embargo, cuidado es lo que no he tenido desde el momento en que la abracé para que dejara de llorar. Supongo que a los dos nos hacía falta. Pero eso acabó llevándome a decir tonterías para verla sonreír, a relajarme a su lado como si fuéramos los mejores amigos, y a besarla en un coche como si no hubiera mañana.

«Mañana esto no habrá pasado.»

No. Pero ya es mañana y sigo acordándome. Y en un solo segundo mi mente hace clic y decide que, habiendo probado sus labios con tantas ganas, y habiendo imaginado todo tipo de guarradas con ella como protagonista antes de dormir, ¿qué más da un poco más? ¿Cuál será la

diferencia entre echarle un polvo con la mente o echarle un polvo con el cuerpo? A la mierda. Pienso averiguarlo.

Tardo menos de media hora en recogerlo todo y estar listo para salir. Le envío un mensaje a mi entrenador, para que lo vea cuando se despierte, y le digo que voy por mi cuenta al aeropuerto y que nos veremos allí. Luego bajo a la recepción y hago el *check-out*, pido un coche para devolver en el aeropuerto antes de mi vuelo, y me largo sin pararme ni un solo momento a pensar.

Hay sitio para aparcar justo en la puerta del bloque de apartamentos. El cielo empieza a clarear cuando piso la acera. Levanto la vista hacia las ventanas de las cuatro plantas que componen el edificio. Todas están a oscuras. Recuerdo la voz de Ashley diciendo lo de la puerta del portal rota, lo de que vive en el último piso, lo de que Sydney no vuelve de Australia hasta el fin de semana que viene. Entro en el portal y veo un cartel en el ascensor anunciando que está averiado. Tras el primer tramo de escaleras, me quito el abrigo. Ahora recuerdo vagamente algo sobre calefacción central y contraste de temperaturas y un apartamento con calor caribeño en pleno invierno, o algo así, antes de que la voz de Ash me regañara por no escucharla. Sí que hace calor en el edificio. La escalera es estrecha y solo hay dos apartamentos por planta, lo que pone en un nada despreciable cincuenta por ciento las posibilidades de llamar a la puerta equivocada y que me abra una abuela en camisón y con un revólver en la mano. Pero al llegar al cuarto piso la probabilidad decide no jugar conmigo y el destino me echa un cable: una de las dos puertas tiene el nombre de la familia que lo habita marcado en una placa metálica bajo la mirilla. Y la otra tiene una ramita de muérdago colgada sobre ella. Ashley Bennet es una de esas personas que siempre quitan muy tarde los adornos navideños.

Llamo al timbre. Tres veces. Porque no he venido hasta aquí para acojonarme y dar media vuelta cuando estoy delante de su puerta. Cuando oigo movimiento al otro lado, llamo también con los nudillos, para que no le dé por hacer como que no está en casa. Clavo los ojos en la mirilla cuando siento su presencia al otro lado. Enseguida oigo girar la llave y la puerta se abre, dejándome ver a una desorientada Ash, descalza, despeinada y con el ceño muy fruncido. Despeinada y con el ceño fruncido siempre ha sido extremadamente sexi, pero es que eso no es lo peor. No. Qué va. Lo peor es que lleva puesta únicamente una camiseta demasiado grande para ella, que le llega a medio muslo y que le deja las piernas totalmente al descubierto. Una camiseta verde, con un 81 amarillo muy grande en la parte delantera. La camiseta de los Patos. *Mi* camiseta de los Patos. La de mi primera temporada de fútbol universitario, con la que jugué casi todos los partidos. Y se la acabé regalando.

—Cam, ¿qué...?

La miro directamente a los ojos y se queda callada ante la intensidad de mi mirada. Alzo la vista y señalo con un movimiento de cabeza justo sobre nosotros, donde la rama de muérdago pende entre los dos. Ella mira también. Y cuando sus ojos vuelven a los míos, doy un paso decidido hacia delante y la beso, sin pronunciar ni una sola palabra.

Ashley tiene que dar un paso hacia atrás ante el empuje de mi impulsividad, y eso me da el espacio justo para colarme dentro del apartamento, pero no la dejo que vaya muy lejos. Nuestros labios no se separan mientras yo tiro mi abrigo a un lado y la agarro con firmeza de la cintura, en un solo movimiento. Cierro la puerta con el pie, no porque me preocupe que nos puedan ver sus vecinos, sino porque tendría que matar a cualquiera que osara interrumpir esto. A mi ex no le ha durado mucho la sorpresa y sus manos ya están acariciando mis mejillas, enredándose en mi pelo y tirando de él sin ningún cuidado. Justo como a mí más me gusta. Mis manos tampoco piensan perder el tiempo, así que planto las dos palmas en sus nalgas, deleitando mi sentido del tacto con su firmeza. Tiro del borde inferior de la camiseta para levantarlo y poder poner nuestras pieles en contacto. Lleva un tanga. Me agacho, sin separar mis labios de los suyos ni para coger aliento, y la sujeto firmemente para levantarla del suelo, hasta poner nuestras cabezas a la misma altura. Ella me rodea la cintura con las piernas de manera automática, porque es como lo hemos hecho miles de veces, y justo como debe hacerlo. Y yo doy dos zancadas largas hasta que atrapo su cuerpo entre la pared del fondo de la estancia y mi pecho. Tiene que ser ella la que separa nuestros labios para que podamos volver a respirar y lo hace mordiendo mi labio inferior y tirando de él con los dientes, de una manera supercaliente que hace que la cremallera de mis pantalones empiece a suponer un serio problema.

—Esta camiseta está ya muy pasada de moda —aviso, con voz ronca, mientras paseo la mirada por las protuberancias agitadas de sus pechos bajo la tela que los cubre.

—Es lo único que me queda de ti.

La miro a los ojos y ella los tiene profundamente clavados en los míos. Están oscurecidos, inundados de deseo, y siento cómo su pie se mueve tras de mí para acariciarme el culo descaradamente sin que ella aparte la mirada ni un segundo. Qué sexi es.

—Te regalaré otra —prometo, sin pensar en lo que digo.

Me lanzo hacia su boca para besarla con ansia otra vez, pero se aparta en el último momento para decir algo más.

—Siempre he sido muy fan de los Patos —asegura en tono burlón.

Aprovecho el movimiento que ha hecho para que no la besara y paseo la lengua a lo largo de su cuello y por su mandíbula inferior. La oigo suspirar y sonrío satisfecho, con los labios pegados a su piel.

—Y yo siempre he sido muy fan de este culo —susurro, y lo masajeo con ambas manos aún plantadas en esa parte de su anatomía.

Espero escuchar un bufido, que me llame idiota, o que suelte un «capullo» con ese tono tan adorable que siempre utilizaba para llamarme así. Pero no hace ninguna de esas cosas. Pone ambas manos a los lados de mi cabeza y me obliga a apartarme de su cuello para pegar su boca a la mía como si quisiera fundirnos en uno solo. Me besa de una forma tan íntima, tan intensa y tan sensual, que, por un momento, tengo miedo de tener un gatillazo. Podría correrme solo con este beso. Es que no necesita tocarme más. No lo necesita, pero lo hace. Desliza las manos por mi

pecho, por encima de la tela de mi jersey, colando sus brazos entre nuestros cuerpos y levanta el borde para acariciarme los abdominales con la yema de los dedos. Me hace cosquillas, de esas agradables, y cuando me araña muy suavemente con las uñas, las sensaciones viajan directas a mi entrepierna volviéndome loco de deseo. Ashley arrastra mi jersey y mi camiseta de una sola vez hacia arriba, con el movimiento ascendente de sus manos y yo tengo que separar las mías de su culo y apretar mis caderas contra ella, sujetándola así sobre mí, para ayudarla a quitarme las dos prendas por completo. La observo mientras recorre mi pecho con la mirada, y vuelvo a acariciar sus piernas y pegar mis brazos a sus muslos, sosteniéndola mejor. Se muerde el labio y luego se pasa la lengua lentamente por la comisura de la boca, humedeciéndola.

Vuelve a mirarme a los ojos, como si no fuera consciente de que me he dado cuenta perfectamente de la cantidad de tiempo que se ha tomado para darle un buen repaso a mi torso y mirarme como si quisiera comerme entero. Acaricia mis hombros, muy suavemente, manteniéndome hipnotizado con las pupilas atentas a cada una de las expresiones de su rostro.

—Creía haberte dicho que no iba a acostarme contigo esta noche, Cameron Parker —me recuerda, en voz baja, y alterna sus ojos entre los míos y mi boca.

—Ya no es de noche —susurro como si le contara un secreto.

Ella desvía la mirada hacia la ventana que hay a nuestra derecha. Enseguida vuelve a centrar toda su atención en mí.

—¿No lo es? —pregunta, en un tono tan inocente que no deja lugar a dudas sobre lo poco inocente que es en realidad.

—No, no lo es —confirmo, con una sonrisa de medio lado.

—Bien.

Lo susurra justo sobre mis labios antes de unirlos de nuevo y abrirse paso en mi boca con la lengua. Ella misma se levanta la camiseta mientras nos besamos y solo dejamos de hacerlo para que pueda quitársela, levantando los brazos, y tirarla a un lado.

—¿Cuál es tu cuarto? —pregunto, con la voz ronca por el deseo.

Empuja mi pecho con las dos manos para que le dé un poco de espacio y desenreda las piernas de mi torso para poner los pies de nuevo en el suelo. No dice nada, pero me coge de la mano y yo dejo que entrelace nuestros dedos, mientras me guía atravesando un pequeño pasillo hasta la habitación del fondo.

Tengo que confesar que voy todo el camino mirándole el culo. Se balancea de una forma irresistible con cada paso que ella da. Tengo que contenerme para no agacharme y pegarle un mordisco.

El cuarto está en penumbra, porque todavía no es mucha la luz de un día que acaba de empezar a despertar, y yo echo de menos de inmediato la luz encendida del lugar de donde venimos, porque no quiero perderme absolutamente nada del espectáculo que es su cuerpo desnudo. Pero ella no me da tiempo a protestar y se vuelve hacia mí y se estira, apostaría que

hasta se pone de puntillas, para volver a unir nuestros labios con pasión y colgarse de mi cuello. Acaricio su espalda, mientras la estrecho contra mí. Cómo había echado de menos esto.

Pronto estamos tendidos en la cama con mi cuerpo cubriendo el suyo y mis labios pegados a su cuello.

—Cam...

Oírla gemir mi nombre así ha sido lo más erótico que me ha pasado en *años*.

—Dilo otra vez.

—¿El qué?

—Mi nombre. Di mi nombre —insisto, impaciente.

No deja de pasear los dedos por entre los mechones de mi pelo, justo como sabe que me encanta. Me besa la sien, muy despacio, tomándose su tiempo, y luego me muerde el lóbulo de la oreja.

—Cameron —dice en mi oído, poniendo en ello la cantidad justa de sensualidad, combinada con un leve tono burlón al final.

Me aparto bruscamente para mirarla a la cara. Está intentando aguantarse la sonrisa, convencida de que ha conseguido molestarme con eso de soltar mi nombre completo en un momento como este. Pero no tiene ni idea. Porque lo que acaba de decir, y justo de la manera en que lo ha dicho, acaba de convertirse en mi sonido favorito. A la mierda aquello de «estoy enamorada de Cameron Parker»; a la mierda lo de «has ganado el premio al jugador del año»; a la mierda las patitas de *Vodka* corriendo a la puerta a saludarme cuando llego a casa, y, que me perdone mi sobrina, pero hasta a la mierda lo de «tío Cam». Le ha bastado un «Cameron» tan erótico como juguetón, para llevarme a lo más alto del universo. Cubro su boca con la mía y la beso con tanta intensidad como ahora mismo me pide el cuerpo, dejándonos a los dos sin aliento. Cuando me aparto, nos miramos a los ojos y creo que ninguno de los dos tenemos muy claro adónde nos lleva todo esto. A nivel emocional, quiero decir. A nivel físico los dos estamos más que seguros de adónde vamos.

—¿Quieres hacer esto? —pregunto. Al fin y al cabo, he irrumpido en su casa y ni he pedido permiso para besarla.

—Quiero hacer esto más que ninguna otra cosa ahora mismo. ¿Tú quieres?

Respondo besándola con pasión. Y los dos nos dejamos llevar dando rienda suelta al instinto, dejando que nuestros cuerpos tomen el control y nuestras pieles sean quienes guíen. Parecemos no haber olvidado justo la mejor manera de encajar.

Pone una mano en mi mejilla y, cuando giro la cara para besársela, lo veo. En su muñeca izquierda. Ese diminuto tatuaje de nuestro corazón infinito. Mierda. No quiero verlo. Es lo último que quiero ver. Es lo último que quiero recordar. He ignorado deliberadamente sus tatuajes durante todo el tiempo que lleva desnuda frente a mí. No vamos a cagarla ahora. Le agarro la muñeca con fuerza, y hago lo mismo con su otra mano apartándola de mi culo. No sé si

soy demasiado brusco estirándolas por encima de su cabeza y sosteniéndolas allí con una sola mano mientras acelero el ritmo de mis caderas. Se terminó la delicadeza.

Yo ahora mismo estoy follando. Sin amor.

23

Ashley

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me sentí así. Tan viva. Tan despierta. Tan completa. Mucho tiempo. Dos años y medio. Y ahora estoy en ese momento de perfecta sintonía. Cuando estás más presente en tu cuerpo y a la vez flotando por encima de él. Como si mi cuerpo, mi mente y cada uno de mis cinco sentidos acabaran de encontrar lo que llevan toda la vida buscando. No hay nada más allá de esto. De él y yo. Juntos. Unidos. Entrelazados. Justo en el lugar al que pertenecemos. Yo en él. Él en mí.

Lo siento dentro, buceando en mi interior. Lo siento fuera, pero al lado, pegado a mí, con las pieles buscando el máximo contacto, con sus labios poniéndome la carne de gallina. Y quiero que esto nunca se acabe. Tenerlo en mí para siempre. Vivir para siempre en él.

Le muerdo el hombro, fuerte, para no soltar un «te quiero». No es buen momento para arruinarlo. Él responde a mi arranque de canibalismo clavando los dientes con delicadeza en mi cuello. Ni siquiera necesitaría un orgasmo para que este sea el mejor sexo que he tenido en años. Cómo echaba de menos su olor, el calor de su piel al rozarnos, la suavidad de sus labios, la electricidad que me recorre desde la punta del cabello hasta los dedos del pie. Me envuelve por completo y me da la sensación de que ahora parezco más pequeña a su lado. Pero me gusta que su cuerpo me cubra del todo. Me encanta cómo pone todo el cuidado en no reposar todo su peso sobre mí, y en ser delicado hasta en los momentos más apasionados. Con Cam el sexo puede ser duro y tierno a la vez y eso es algo que siempre me ha fascinado de él... de *nosotros*.

Libero las manos, que él sujetaba contra el colchón, y las coloco sobre sus mejillas para acercar su boca a la mía, sin llegar a unir nuestros labios, pero mezclando nuestros jadeos, cuando sé que está a punto de correrse. Nos clavamos las pupilas con intensidad, justo con su última embestida, y se queda quieto, perdido en mis ojos, gruñendo su orgasmo. Lo beso, suavemente, cuando su expresión se relaja del todo y jadea para recuperar el aliento. Apenas responde a mi beso y se deja caer sobre mí, sosteniéndose todo lo que puede sobre sus codos para no aplastarme, y esconde la cara en el hueco de mi hombro. Le acaricio el pelo de la nuca rítmicamente, sin decir nada, mientras siento los latidos desbocados de su corazón martilleándome el pecho a través del suyo. Sale muy lentamente de mi interior y tarda unos

cuantos segundos en moverse y dejarse caer a un lado, rodando hasta quedar tendido de espaldas sobre el colchón.

Giro la cara para poder mirarlo. Está con los ojos cerrados, la mano izquierda sobre el pecho y respirando profundamente, como si necesitara llenar sus pulmones de oxígeno para poder seguir funcionando con normalidad.

Sé que va a irse. No hace falta que diga o haga nada para que tenga la certeza de que va a vestirse y se marchará, sin palabras de más ni explicaciones, tal y como ha venido. Y yo tampoco voy a malgastar mi voz ni mi esfuerzo tratando de recuperar un imposible. Él tiene que irse y yo tengo que dejarlo ir. Lo he sabido desde el momento en que lo he visto plantado delante de mi puerta cuando apenas había salido el sol.

—¿Puedo darme una ducha rápida? —pregunta, rompiendo el silencio y el clima que se había creado entre los dos.

—Claro. El baño es la puerta de enfrente. Ahora te llevo una toalla limpia.

Ni me mira al levantarse. Se quita el preservativo y lo tira a la papelera que hay junto al escritorio. Miro bien su espalda, con los músculos perfectamente definidos, y la redondez exquisita de sus glúteos, mientras sale de la habitación y cruza el pasillo. No cierra la puerta del baño y enseguida oigo el agua correr.

No me voy a hacer la víctima. El contraste de su frialdad actual con la intensidad en nuestra entrega de hace tan solo unos minutos es palpable y muy evidente, pero no me siento utilizada. Tampoco había albergado ni un resquicio de esperanza, aun cuando nos besábamos con desesperación.

Me levanto y abro el primer cajón de la cómoda para ponerme unas braguitas celestes, al no encontrar mi tanga por ningún lugar a la vista. Cojo también una camiseta blanca, ajustada, que me cubre justo hasta debajo del ombligo y me la pongo para no pasear mi desnudez por todo el piso. No parece correcto ahora que el momento con Cam ya ha pasado. Tengo que dar un saltito para alcanzar una toalla limpia de la balda superior del armario. Luego cruzo el pasillo para dejársela en el baño y que pueda secarse al salir de la ducha. Me quedo parada por un momento en el umbral al ver el agua lamiendo por completo su cuerpo mientras se frota la cara con las dos manos y se echa el pelo hacia atrás. La mampara empieza a empañarse, pero aún me permite disfrutar del espectáculo. Me pongo en movimiento enseguida, cuando se gira y quedo dentro de su campo de visión. Creo que hasta me ruborizo, como si me diera más vergüenza que me vea mirando su escultural cuerpo desnudo en la ducha que el hecho de haber gemido su nombre varias veces durante la última media hora. Me mira y yo levanto el brazo para mostrarle la toalla que llevo en él. La dejo sobre el lavabo para que la tenga a mano cuando salga.

—¿Quieres un café? —Trato de sonar lo más despreocupada posible.

—¿Qué? —Abre la mampara para asomar la cabeza y poder oírme mejor, sin que mi voz quede amortiguada por el sonido del agua.

—Digo que si quieres un café.

—No, gracias. No tengo tiempo. Ya intentaré tomarme uno en el aeropuerto.

Asiento y estoy a punto de dar media vuelta cuando lo oigo llamarme:

—Ash...

Estira el brazo y me agarra con firmeza de la muñeca, tira de mi cuerpo por sorpresa y me mete en la ducha con él. Ahogo un grito y me echo hacia atrás cuando el agua empapa mi camiseta, marcando mis pezones y dejando muy poco a la imaginación. Se inclina hacia mí y su boca queda bastante cerca de la mía mientras esboza su sonrisa más canalla.

Lo empujo, con las dos manos en su pecho, y retrocedo un paso. La mampara está abierta aún y estamos mojando el suelo del baño.

—No tienes tiempo —le recuerdo.

Salgo de la ducha y cierro de golpe, dejándolo bajo el chorro de agua. Cojo mi toalla, que pende de un colgador en la pared, y me seco con ella mientras camino de vuelta a la habitación.

Por unos cuantos minutos había aceptado por completo la situación. Me sentía bien. No había esperado nada más. Tenía cero expectativas. No se me ha llegado a pasar ni por un momento por la mente que Cam fuera a quedarse, o a decir algo que me dé la más mínima esperanza, o ni siquiera a volver a hablarme mañana. Estoy convencida de que no va a volver a dar señales de vida en cuanto ponga un pie fuera de esta casa. Segurísima de que es más que probable que ahora vuelvan a pasar dos años, o tres, o los que sean, puede que incluso ya toda la vida sin que yo sepa nada de él. Pero el caso es que *quiero* más. Quiero que se quede. Quiero que me llame. Lo quiero todos los días y a todas horas.

Lo oigo salir de la ducha y no tarda demasiado en pasar por mi lado, con la toalla anudada en la cintura, sacudiéndose los restos de agua del pelo con la mano izquierda. Me mira, pero no dice nada. Recoge la ropa interior y los pantalones del suelo y se viste en silencio. Lo observo con la espalda apoyada en el marco de la puerta y los brazos cruzados.

—No te preocupes —digo, cuando termina de calzarse y levanta la vista hacia mí, con expresión de culpabilidad, como si no supiera muy bien cómo despedirse, pero deseara largarse ya—. No tienes que decir nada. Soy muy consciente de que esto no cambia las cosas. No importa. Vuelve a Boston, yo me quedaré aquí, y cada uno seguirá con su vida como si esto no hubiera pasado. Yo voy a volver a estar bien sin ti, y tú puedes volver a odiarme.

Inclina la cabeza hacia un lado, como haría *Vodka* ante un sonido demasiado agudo, y escudriña mi expresión como si tratara de meterse en mi cabeza para averiguar qué estoy pensando. Esboza media sonrisa irónica y niega lentamente, antes de dar dos pasos hacia mí. Se detiene a apenas medio metro de mi cuerpo y clava sus ojos en los míos.

—Ojalá pudiera odiarte, Ash —murmura con voz queda—. Ojalá pudiera desear no haberte conocido nunca y no arrepentirme a los dos minutos de pensar así. Créeme, lo he intentado. No puedo odiarte, así que quítatelo de la cabeza.

Trago saliva, perdiéndome en los tonos de verde que componen sus iris, y siento cada una de sus palabras como si fueran lo más reconfortante que nadie me ha dicho en toda mi vida. No me

odia. No puede odiarme. Y eso... es bueno, ¿no?

Aparta la mirada antes de seguir hablando.

—Pero creo que tampoco puedo quererte —confiesa a media voz—. Ya no.

Me duele el corazón. Tengo que morderme el labio para evitar que me tiemble cuando un nudo me aprieta fuerte la garganta. Ya no. Claro que no.

—Lo entiendo —me obligo a decir.

Da un nuevo paso hacia mí y me pone una mano en la coronilla, acerca mi cabeza hacia él y posa muy suavemente los labios sobre mi frente por un par de segundos.

—Tengo que irme —murmura, sin apartarse—. Anda, hazme un favor y come más y mejor, te estás quedando en los malditos huesos.

Lo dice de manera muy casual, pero su tono deja entrever cierto rastro de genuina preocupación. Luego da un paso atrás y gira para encarar la puerta y salir a grandes zancadas hacia el salón. Lo sigo en silencio, sin querer llamar su atención, para que pueda irse sin volver a mirarme, mientras yo lo veo marchar. Recoge su jersey y su camiseta del suelo sin frenar la marcha y se los pone a la vez, sin perder tiempo. Luego recupera también su abrigo, al lado de la puerta. Abre de un tirón y vuelve la cabeza para mirarme una última vez. Nuestros ojos se encuentran y se dicen unas cuantas cosas de las que no pronunciamos en voz alta. Los suyos dicen «adiós» y no «hasta luego». Y supongo que los míos están diciendo algo así como «voy a echarte de menos como loca».

Una lágrima se desliza por el borde de mi ojo con el sonido de la puerta al cerrarse.

Y pienso que está bien, que voy a estar bien. Pero que, a lo mejor, todo lo que juramos que se llevaría la tormenta, me toca quedármelo a mí.

Vodka

24

Cam

Fantaseo una vez más con lo a gusto que podría estar en casa, tumbado en el sofá viendo una peli mala y con mi perra durmiendo y roncando a mi lado. No sé qué le ha pasado a mi definición de una noche perfecta. Debe de ser que me he convertido en un viejo huraño. Yo antes era mucho más divertido. Pero es que en este momento lo que menos me apetece es estar en esta fiesta. Recojo el *gin-tonic* que me tiende la camarera, que acompaña con una sonrisa coqueta, para ver si eso consigue ponerme a tono con el ambiente general. Me temo que va a estar complicado.

Nos hemos clasificado, como todo el mundo suponía que haríamos. Y eso significa que en solo un par de semanas estaremos disputando la *Super Bowl*, por tercer año consecutivo. Mi padre ha dicho que está orgulloso, por tercera vez en su vida. Así que supongo que esto es bueno. Debería tener ganas de celebrarlo. Aunque el sábado, tras nuestro último partido, ya lo celebramos a lo grande. Mis compañeros de equipo y yo, montando una auténtica fiesta salvaje por las calles de Boston, cerrando los locales más de moda solo para nosotros, dejando que el alcohol corriera como un río, y gastando una cantidad indecente de dinero. Ahora es jueves y esta fiesta, por mucho que sea para nosotros y que los medios la denominen «la celebración deportiva del año en Nueva Inglaterra», no deja de ser un evento pijo para reunir a cualquiera que sea alguien en el fútbol americano por aquí. He intentado librarme, pero el entrenador se ha puesto bastante serio respecto a la obligatoriedad de nuestra asistencia. Y aquí estamos, vestidos de traje y sin casco en la cabeza.

Me acerco a mis dos mejores amigos del equipo, que hablan entre ellos en medio de toda la gente que abarrota la sala.

—Eh, Parker, ¿has visto a la esposa de este señor? —pregunta Murphy, y señala a nuestro amigo, que bebe un sorbo de una copa de champán bastante despreocupado sobre el paradero de su mujer.

—Sí, estaba en el baño de la planta baja, follándose a Jefferson —pico, con tono socarrón.

West se vuelve y me pega en el brazo con el puño cerrado, sin molestarse en medir su fuerza para no hacerme daño.

—No te pases ni un pelo. Mi mujer puede follarse a quien quiera, siempre que luego se vuelva a casa conmigo.

—Está bien saberlo. —Los tres nos giramos al oír la voz de Kylie West, que utiliza el mismo tono burlón en el que se estaba moviendo nuestra conversación sobre ella.

Mi colega le rodea los hombros con un brazo y la abraza junto a él, ofreciéndole su copa de champán para que tome un sorbo. Creo que estos dos tienen una maldita relación perfecta y, si no fuera porque yo paso del amor, diría que hasta me dan un poco de envidia.

Mi atención se ve distraída por algo mucho más importante que el amor. Una bandeja de canapés que un camarero pasea entre la gente. Tengo hambre. En estos eventos de gente pija nunca te dan suficiente comida.

—Quédate con quien te mire como Cameron Parker mira la bandeja de canapés.

Ese es Murphy, poniendo voz de adolescente enamorada. West se parte de risa. Y hasta Kylie también. Y yo me limito a fulminarlos a los tres con la mirada y no digo ni una palabra. Me muero de hambre, no es momento para chistes. Y ellos ya llevan dos semanas largas con el cachondeo. Y es que resulta que, al día siguiente del partido en Chicago, cuando llegué al aeropuerto después de portarme como un auténtico capullo y acostarme con mi exnovia, los chicos me enseñaron el nuevo cotilleo favorito de los medios: un titular en un periódico deportivo que decía «Cameron Parker..., ¿regreso al pasado?», y había una foto mía, en el campo, hablando con Ash que estaba al borde de las gradas. Y al lado otra foto mía, del partido de la victoria de mi primera temporada con los Patos, con Ashley colgada del cuello en medio del campo y besándola muy intensamente. En esa, ella llevaba una camiseta de los Patos y líneas pintadas bajo los ojos, igual que yo, y estaba tan preciosa que recuerdo haber pensado que lo mejor de haber ganado ese partido fue el beso que me dio para celebrarlo. Al menos, en Chicago nadie nos sacó una foto cenando juntos esa noche, o encerrados en la lavandería en medio de una tormenta, y tampoco me pillaron yendo a su casa tan temprano aquella mañana antes de tener que coger un avión. La foto era absolutamente inocente, pero eso no ha detenido la locura que se ha desatado a partir de ella. Todo el mundo parece querer saber qué pasa con mi vida amorosa y, sobre todo, qué era de mi vida amorosa cuando salía con mi «novia de la universidad», como la llaman ahora. Como si eso pudiera definirla. Y hay mucha gente volviéndose loca por las redes sociales y compartiendo fotos, vídeos y cosas nuestras que no sé ni dónde han conseguido. Una de las que más se repite es aquel *tweet* de hace casi siete años que alguien publicó el día después del baile de fin de curso del instituto. Ese de «quédate con quien te mire como Cameron Parker mira a Ashley Bennet». Por suerte, aún no les ha dado por hablar sobre la vida actual de Ashley o ir a acosarla. Al menos que yo sepa. Por supuesto, no he hablado de esto con ella. Ni de esto ni de nada. Pero supongo que sus amigas me habrían dicho algo si ella estuviera viendo peligrar su intimidad por mi culpa. Vanessa no se habría quedado callada, eso seguro.

—Hablando de amor..., ¿has visto quién está ahí, Parker?

Sigo la dirección que señala West y la veo. Es Lynn. Imaginaba que acudiría, ya que esto está lleno de periodistas, pero no la había visto en toda la noche y ya pensaba que iba a librarme de un encuentro incómodo. Qué mala suerte la mía.

Puedo notar en su actitud y su lenguaje corporal que me ha visto. Hace todo lo que puede por no mirar hacia aquí, pero se nota lo tensa que está. No tengo ninguna duda de que es porque tiene tan pocas ganas como yo de que nos encontremos cara a cara. Y no es que acabáramos mal. No nos hicimos ninguna putada..., o al menos a mí no me lo pareció. Aunque la verdad es que ella no acabó muy contenta conmigo y apuesto a que ha acumulado rencor en estos meses desde que ya no estamos juntos. Y no quiero, si tengo que ser sincero, pero me veo obligado a acercarme a saludarla porque me parece que es mucho peor no hacerlo y pasarnos la noche actuando como si no nos hubiéramos visto.

Así que dejo a mis amigos atrás, sin dar ni una sola explicación, y me acerco hasta ella.

—Hola —saludo para llamar su atención.

Se da la vuelta lentamente, como si ganando una décima de segundo esto fuera a resultar menos incómodo.

—Hola, Cam —responde, fría, cuando nos miramos a la cara por fin.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Muy bien —asegura, y fuerza una sonrisa que se me antoja falsa—. Enhorabuena por la temporada, has jugado mejor que nunca.

—Ya. Gracias —me limito a decir, incómodo, porque no me gusta demasiado hablar de fútbol y menos si es para alabarme a mí. Ella ya debería saberlo.

—Hiciste un partidazo en Chicago, aunque ya me imagino que no soy la primera que te lo dice.

Menudo tono. Si no estuviéramos rodeados de tanta gente, a lo mejor se habría expresado con un bofetón, en vez de con palabras.

—¿En serio? —suspiro—. Lynn, no veo por qué las cosas tienen que ser así entre nosotros...

Pero ella frena mi argumentación levantando la palma de la mano hacia mí.

—¿Sabes lo que peor me sienta? Que, después de todo, hagas como que de verdad no lo dejamos por esto. Como si te lo creyeras. Pero es que, pase lo que pase entre Ashley y tú, o aunque no pase nada nunca más entre los dos, está claro que ella sigue siendo ella y cualquiera que se te acerque no dejará de ser la otra. Podrías haber sido sincero conmigo, Cam, y en vez de eso de «no eres tú, soy yo», deberías haber dicho «no eres tú, es ella».

Entiendo que está enfadada. Ni siquiera voy a protestar. Pero es que no tiene razón. Ashley ya no tiene tanta influencia en mi vida.

—Lynn...

—Que te vaya bien. Suerte en la *Super Bowl*.

Lo dice y se va hacia el otro lado de la sala, caminando muy dignamente y con elegancia sobre sus tacones.

Lo que menos me apetece, aparte de estar en esta fiesta, es comerme la cabeza. Así que miro a mi alrededor y me voy directo hacia la primera bandeja de canapés que veo.

La fiesta pija se termina transformando en algo mucho más desenfrenado de lo que me

esperaba y, para cuando conseguimos escapar del lugar, son más de las tres de la madrugada. No he vuelto a cruzarme con Lynn y tengo que agradecerlo. No me apetecen más malas caras ni más malos rollos. Y tampoco me apetece el plan de seguir la fiesta que están sugiriendo algunos de mis compañeros.

—Venga, Parker. —Esta vez es la mujer de mi amigo la que habla mientras caminamos calle abajo hacia una parada de taxis—. Vente a tomar una más con nosotros.

—Tengo una perra que se estará haciendo pis —pongo como excusa para acabar aquí la velada.

Murphy se adelanta con el móvil en la mano y se pone ante mí para enseñarme la pantalla, donde aparece una foto en la que Ashley y yo, con unos diecinueve años, sujetamos a una diminuta *Vodka* entre los dos, sonriendo a la cámara.

—¿Esta perra?

Sacudo la cabeza, dándolos por imposibles. Si les demuestro que me molestan sus bromas con el tema, no lo dejarán jamás.

—A mí me parece que hacíais superbuena pareja —opina Kylie, que coge el teléfono para estudiar la foto—. Si la gente no para de compartir estas cosas es porque erais adorables juntos. Se os ve superfelices.

—Ya —gruño.

—¿Por qué lo dejasteis?

—Eso, Parker, cuéntanos tu historia de amor, pero que sea con una cerveza —interrumpe West, y su esposa le tapa la boca con la mano para hacerlo callar.

—En serio —insiste.

—Te lo contaré fácil: como suelen hacer mis novias, se acostó con mi mejor amigo —le resumo, y quería que sonara a broma, pero se me revuelve el estómago solo con decirlo.

—¿Qué...? No —lo niega ella, como si esa explicación no le resultara para nada creíble o satisfactoria.

Me encojo de hombros y sigo andando hacia la fila de taxis que ya puede verse desde donde estamos.

—Os veo mañana —me despido de mis colegas—. Hasta otra, Kylie. Pasadlo bien lo que os queda de noche.

Los dejo protestando por mi abandono, pero no me ablando. Me subo al primer taxi de la parada y le doy mi dirección para luego viajar en silencio. Debería estar pensando en lo que ha pasado con Lynn, en lo incómodo que ha sido, en que aún parecía dolida por cómo acabaron las cosas entre nosotros. Pero no. Estoy pensando en lo injusto que he sido al soltar eso último. Al decir que Ash y yo lo dejamos porque se acostó con mi mejor amigo. Porque, bueno, se acostó con mi mejor amigo, pero simplificar toda la historia a algo como eso hasta me parece de mal gusto por mi parte.

No tardo demasiado en estar frente al portal. Pago al taxista, me apeo y saco las llaves del

bolsillo. La portería está desierta y subo en el ascensor pensando en lo poco que me apetece salir a dar una vuelta con *Vodka* por el vecindario. Espero que decida hacer un pis rápido y quiera volverse a casa, como hace a veces. Cuando llego a mi planta y la luz del rellano se enciende detectando movimiento, sé que algo ha pasado. Hay algo que no está en su sitio, algo raro en este lugar. Hay dos pisos enormes en la planta, pero el que se sitúa frente al mío lleva vacío unos cuantos meses, así que nadie debería haber pasado por aquí en las horas pasadas. Sin embargo, sin saber por qué, mis sentidos me avisan de que ha habido alguien justo donde yo estoy ahora mismo y, cuando me sitúo frente a mi entrada, lo veo. La puerta está encajada, pero la cerradura no está en su lugar. Está rota. Más bien ni está. Han reventado la cerradura y el corazón me martillea en el pecho con furia mientras mi cabeza trata de procesar lo que significa esto.

Vodka.

Empujo la puerta, que cede con demasiada facilidad y busco el interruptor con la mano temblorosa. No se oye nada. Ni patitas, ni el típico sonido de su cola golpeando rítmicamente contra la madera del suelo, ni nada de todo eso que suele recibirme.

—*Vodka* —la llamo en cuanto la bombilla se enciende y alumbra la estancia.

Nada.

Entro apresuradamente y dirijo mis pasos hasta rodear el sofá para mirar su lugar favorito de la casa. Su cama del ventanal. La casa no podría estar más revuelta y mis zapatos machacan cristales y trozos de porcelana mientras avanzo, pero no presto ninguna atención a nada de eso. Ella está ahí, tendida en el suelo, junto a la colchoneta, pero no se mueve.

—*Vodka* —llamo de nuevo, un poco más desesperado, indescriptiblemente más acojonado y en voz mucho más alta.

Oigo un quejido lastimero muy bajo y abre solo un ojo, con evidente esfuerzo. Corro hasta ella y me agacho junto a su cabeza y le paso la mano por el hocico.

—Eh, pequeña..., pequeña... —Intenta mover la cola, pero parece que apenas tiene fuerza para eso—. ¿Qué te han hecho?

La cojo en brazos, intentando cargarla de la manera más cómoda posible para ella, y salgo de casa, con los ojos llenos de lágrimas, la adrenalina a tope y un nudo enorme en el estómago. Tengo ganas de vomitar. Tengo ganas de gritar y de llorar. Tengo ganas de matar al hijo de puta que le haya hecho esto a mi perra. Bajo en el ascensor al garaje y voy hasta el coche tan deprisa como puedo. Las puertas se desbloquean en cuanto el sensor se conecta al dispositivo del teléfono móvil y dejo a *Vodka* con cuidado en el asiento de atrás antes de montarme al volante y salir sin perder ni un segundo, conduciendo como un demente hasta una clínica veterinaria en la que estoy seguro que tienen urgencias las veinticuatro horas.

Por suerte, hay un veterinario de guardia y, en cuanto llego y me ve aparecer con *Vodka* en brazos, se pone en marcha para poder atenderla. Me explico lo mejor que sé, pero tampoco puedo darle demasiada información. No solo porque no la tenga, a eso hay que sumarle lo

nervioso que estoy. Se la lleva en una camilla y a mí me pide que me quede en la sala de espera, como si yo pudiera hacer algo así sin subirme por las paredes.

Media hora más tarde tengo heridas en los dedos de mordisqueármelos histérico. La puerta de la calle se abre y entra una chica joven, que me mira solo unos segundos y parece reconocerme, pero enseguida se adentra hacia el lugar por el que se han llevado a mi perra cuando el veterinario la llama en voz alta para que se dé prisa en echarle una mano. Parece que es su compañera y, si ha tenido que pedir refuerzos y aún no me ha dicho nada, es que esto es tan malo como yo me temía.

Si le pasa algo a *Vodka* yo... No. Si le pasa algo a *Vodka* no, a *Vodka* ya le ha pasado algo. Y yo no estaba con ella. Yo no estaba para protegerla, para cuidarla, para que no estuviera sola. Yo estaba en una ridícula fiesta para celebrar algo tan insignificante como una victoria deportiva. Eso es lo que estaba haciendo. Vestido con traje, bebiendo *gin-tonic* y hablando de la *Super Bowl*. Tengo que frotarme los ojos para no llorar. Agito la pierna tan fuerte que voy a acabar por hacerme daño, o por hacer un agujero en el suelo, y hasta me cuesta respirar porque tengo un nudo bien agarrado en el pecho.

Puede que lleve aquí más de una hora cuando el veterinario que me ha atendido al llegar sale y se planta frente a mí. Me pongo en pie al instante, de un salto, con evidente ansiedad. Tengo el corazón en un puño y si ahora mismo me dice que no voy a volver a ver a mi perra, juro que podría morirme yo también.

—Hemos hecho todo lo posible para estabilizarla, estaba demasiado débil para poder hacer ninguna otra cosa —me explica—. Sigue estándolo, pero llegados a este punto habría que intervenirla cuanto antes. La única opción es hacerle un lavado gástrico bastante agresivo, y asegurarnos de que no quedan restos en su sistema digestivo y que no absorbe nada más. Tengo que ser sincero, no podemos ofrecer muchas garantías de que aguante la operación, pero si no lo hacemos ya el pronóstico es muy grave. Está claro que la han envenenado y no tenemos muy claro con qué, así que mi compañera está estudiándolo para poder dar con el tratamiento más adecuado una vez que acabemos con la operación.

—¿Y a qué estamos esperando?

—Necesito que entienda los riesgos de la operación. Son muy altos. La perra está muy débil, no puedo ni siquiera garantizar que la sedación que necesitamos vaya a ser segura para ella. Diría que la probabilidad de que salga bien está por debajo del cincuenta por ciento...

—¿Y si no la operan? ¿Cuál es la probabilidad de que se ponga bien? —pregunto, intentando procesar lo que me dice.

—Aún más baja.

—Entonces, vamos allá. Lo que sea mejor para ella.

¿Es que no se da cuenta de que yo no tengo ni idea de lo que es mejor? Debería decidirlo él.

—Necesito que me firme el consentimiento.

—Claro.

Me acerco al mostrador para que me dé cuanto antes el puñetero papel.

Se da prisa en buscar lo que necesitamos y ponérmelo delante para que rellene todos mis datos y los de *Vodka* en un formulario.

—También debo informarle del precio de la intervención...

—Lo que sea. Lo que sea, lo que haga falta.

Plasmo mi firma en el papel y se lo devuelvo.

Asiente y me sonríe tristemente.

—Será mejor que se vaya a descansar. Le llamaremos en cuanto haya noticias —me despacha sutilmente, tras comprobar que he anotado mi número de teléfono en el papel—. Es mejor para todos así.

—¿La he traído demasiado tarde?

Seguro que mis ojos llenos de lágrimas suplican que la respuesta sea negativa, aunque ya sé lo que hay en realidad.

—La ha traído lo antes que ha podido —trata de reconfortarme, y me da una palmada suave en el hombro—. Y le prometo que nosotros vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para ayudarla.

Le doy las gracias con voz queda antes de salir de nuevo a la calle. No puedo irme de aquí sin mi perra. No puedo alejarme de la puerta de esta clínica mientras ella esté ahí dentro. Y mucho menos volver a casa. Ni se me pasa por la cabeza el estado en que estará la casa, lo que se habrán llevado o lo que habrán destrozado. Eso ahora mismo carece totalmente de importancia.

Me siento tras el volante del coche, parado de cualquier manera delante de la puerta del veterinario. Lo muevo solo para aparcarlo mejor, a unos pocos metros, en la misma calle. Y me quedo sentado porque no tengo ningún otro sitio al que pueda ir.

Son más de las cinco de la madrugada. ¿Cuánto tiempo llevaría *Vodka* allí, sola, sufriendo, hasta que he llegado a casa? Apoyo la frente sobre el volante mientras lloro, y esta vez no me contengo.

Cuando consigo calmarme, cojo el teléfono y busco el número de la primera persona a la que necesito explicarle esto.

25

Ashley

Me despierto en plena madrugada al oír la vibración del móvil en la mesilla con la entrada de un mensaje. Creo que hasta gruño y me giro en la cama, dándole la espalda, y escondo la cara en la almohada. Estoy segura de que no son horas decentes para mandar un mensaje. Ni aquí, ni en California, así que espero que no sea Mia con algún drama amoroso de última hora. Quiero ignorarlo por completo y volver a quedarme dormida, pero tengo la boca seca y un calor asfixiante bajo el edredón. Necesito beber agua. Me incorporo lo justo para estirar el brazo y buscar el botellín de agua que suelo dejar junto al cabecero. Y, tras beberme casi la mitad, cojo el teléfono y lo desbloqueo, solo para ver qué hora es y quién es la persona que se dedica a interrumpir el sueño de los demás a deshoras.

Son más de las cuatro y media. Pulso el icono de la aplicación de mensajería, para ver mi nueva notificación. Se me abren los ojos de golpe y me incorporo bruscamente hasta quedar sentada en la cama.

Cameron.

No pierdo el tiempo, porque ha enviado solamente un mensaje de voz y en Boston es una hora más tarde que aquí, si es que es allí donde está, pero siguen siendo horas inadecuadas para enviar un mensaje. Y más para enviarme un mensaje *a mí*. Pulso el botón para poder escucharlo, impaciente, y doy un par de toques a la tecla para ajustar el volumen y no asustar a Sydney. Me acerco el altavoz a la oreja.

Lo primero que oigo es cómo sorbe por la nariz, y se me desboca el corazón y la ansiedad me atenaza el pecho, porque noto al instante que está llorando.

Ash, siento mandarte este mensaje. Debería llamarte, supongo, pero no quiero despertarte. Ni siquiera sé qué hora es en Chicago... ¿Ni las cinco? No sé, perdona. Es Vodka*, está... Alguien ha entrado a robar a mi casa y la han envenenado. Está con el veterinario, la están operando, y yo... Tiene mala pinta, ¿sabes? Y he pensado que tú tenías que saberlo, que tenía que avisarte porque... supongo que ella querría que lo hiciera. Qué tontería, ¿no? Pero no me parece justo no decirte nada porque a lo mejor... puede que tú... si la vuelvo a ver... A lo mejor si sale de la operación y aguanta un poco más... Si puedo despedirme de ella, puede que quieras que le diga*

algo de tu parte, ¿no? No sé si voy a volver a verla, Ashley, y estoy acojonado. Yo... Lo siento. Te mandaré un mensaje en cuanto me llamen para decirme cómo ha ido la operación, ¿vale? Luego te escribo.

Se me ha caído el alma a los pies. Y nunca había entendido tan bien esa expresión como ahora. No puede... ¿Qué es lo que ha dicho? Que han envenenado a *Vodka*. Estoy tan conmocionada que ni siquiera tengo ganas de llorar, aunque me sienta rota por dentro. Hace bastante más de dos años que no veo a *Vodka*. Pero es que nunca ha dejado de ser mi perra. Para mí lo es, la sigo queriendo a rabiar. La echo de menos cada día.

¿Y oír a Cam así? Me mata. A mi corazón sangrante tengo que añadir el suyo hecho añicos. Se me ha metido su miedo dentro, su dolor, su rabia... Tengo que ponerme en marcha antes de que empiece a llorar y no pueda parar.

Salgo de la cama de un salto y tanteo la pared hasta encontrar el interruptor de la lámpara del techo. Me visto con lo primero que encuentro en el armario y saco una bolsa que suelo utilizar para la ropa del gimnasio, para meter unos pantalones vaqueros, un par de camisetas y ropa interior limpia. Luego también meto mi pijama arrugado, que acabo de quitarme. Vale, el cargador del móvil, la cartera, las llaves de casa... Paso por el baño solo para hacer pis y coger un par de enseres básicos de aseo. Ni siquiera me peino.

Estoy cruzando el salón cuando oigo la puerta del cuarto de Syd abrirse a mi espalda. Aparece en pijama, con los ojos medio cerrados y gruñendo a modo de protesta.

—Ash, ¿qué haces? Son las cinco de la... ¿Adónde vas?

Se queda parada y parece que termina de despertarse de golpe al verme con el abrigo en la mano y la bolsa colgada del hombro.

—Lo siento, no quería despertarte —digo en susurros, como si ser silenciosa ahora ya fuera a servir de algo—. Vuelve a dormir, tengo que irme. Te llamaré y te lo cuento todo en unas horas.

—¿En unas...? Ashley —pronuncia mi nombre con su mejor tono de advertencia—, ¿dónde demonios vas?

—Me voy a Boston.

—¿A Boston? ¿Es que te has vuelto loca? —Empieza a alarmarse, y camina hacia mí hasta llegar a mi altura.

La miro muy seria, dejándole claro que, si sigue reteniéndome, voy a tener que pasar por encima de su cadáver. Y no tendré remordimientos por ello.

—Es *Vodka*. Cam me ha mandado un mensaje. Le ha pasado algo y no sé si va a ponerse bien y tengo que llegar allí ya mismo porque necesito despedirme de ella. Syd, no me lo perdonaría jamás si no hago todo lo posible para poder despedirme de ella...

—Estás desvariando —gruñe entre dientes—. Ni siquiera es tu perra.

—Para mí sí que lo es.

Lanza un suspiro muy largo y luego niega con la cabeza, refunfuñando por lo bajo, y coge el

juego de llaves del coche que hay sobre la mesa y se calza sobre el pantalón de pijama las botas que dejó anoche junto a la puerta, al llegar de trabajar.

—Déjame acercarte al aeropuerto.

No esperaba menos de ella.

Ser hija de un piloto cuenta cuando la compañía que cubre el trayecto que necesitas urgentemente realizar es en la que él trabaja. Es por eso que puedo conseguir un billete en el primer vuelo que sale para Boston, nada más llegar al aeropuerto. Pero aún falta una hora y cuarto para que despegue.

Intento llamar a Cam, sentada en una silla de plástico incomodísima, frente a la puerta de embarque. Comunica. Así que escribo un mensaje:

Dile que la quiero muchísimo, por favor. Dile que es la perra más maravillosa que he conocido. Y dale un beso en el hocico, de mi parte.

Diez minutos después el móvil empieza a vibrarme en la mano y miro la pantalla, ansiosa. Pero en el identificador de llamada no pone Cameron, sino Robbie.

—Rob.

—Ash —dice, del mismo modo—. Estabas despierta, ¿verdad?

—Estoy en el aeropuerto.

Deben de ser en torno a las cuatro de la madrugada en Eugene.

—Menos mal. —Lo oigo suspirar al otro lado de la línea—. Ashley, eres un ángel. Acabo de colgar el teléfono con mi hermano.

—¿Alguna novedad?

—No, aún no le han dicho nada. Pero Cam está muy mal, Ash. Se ha pasado veinte minutos llorando al teléfono. No te llamo para pedirte nada... Me ha dicho que te había mandado un mensaje para decírtelo y solo llamaba para ver cómo estás tú. Pero, vas para allí, ¿no? ¿Cuidarás de él por mí?

—Haré lo que pueda, Robbie —prometo. No estoy muy segura de que yo pueda mejorar en algo las cosas para Cam, pero eso no lo digo—. Pero aún me va a costar unas cuatro horas llegar... ¿Sabes dónde está el veterinario?

Hablo con él un rato más. Cam no ha intentado ponerse en contacto conmigo en todo este tiempo. Así que yo tampoco lo vuelvo a intentar. Ahora que sé que su hermano está despierto y pendiente de él, dudo que me necesite. Espero el tiempo que me queda mirando las cuentas de Instagram de todo el mundo que tiene algún tipo de relación con *Vodka*, para ver fotos de ella. En mi propia cuenta hay un montón. Pero, por desgracia, no puedo acceder a la de Cam, que me bloqueó hace mucho tiempo ya.

En Boston el aire es frío, pero hoy hace sol. Consulto el móvil mientras camino hacia la parada

de taxis, siguiendo los carteles. No tengo noticias de Cam, pero Rob me ha enviado un mensaje con la dirección de la clínica veterinaria. Le mando un audio a Sydney para decirle que ya he aterrizado y que el vuelo ha ido bien. Luego llamo a Jayce y le expongo la situación más o menos, para que se invente algo medio creíble para justificar mi ausencia en el trabajo hoy ante mi director de tesis. Nadie más sabe que estoy aquí, así que no tengo que molestarme en dar más explicaciones. Me monto en el primer taxi disponible y recito la dirección del mensaje de Robbie.

Voy todo el camino mirando por la ventanilla, intentando absorber el máximo de la imagen de la ciudad. Nunca había estado en Boston antes, pero siento que una pequeña parte de mí vive aquí, porque Cameron lo hace.

Sé que hemos llegado, antes de que el taxista pare frente a la puerta y congele el taxímetro para cobrar la carrera, porque lo veo a él. Está apoyado en la pared de ladrillo de ese local que tiene un cartel verde enorme donde pone VETERINARIO. Tiene pinta de llevar días sin dormir. El pelo revuelto, la cara desencajada, y el aspecto desaliñado. Viste un traje que ahora ya se ve arrugado, bajo el abrigo abierto, y lleva la camisa blanca por fuera de la cintura del pantalón. Una vez que he pagado y me apeo, puedo verlo más de cerca. Se nota que ha llorado. Me tiemblan las piernas cuando me acerco a él despacio, insegura. Tengo miedo de su expresión. Tengo mucho miedo de que me mire a los ojos y ni le haga falta decirme con palabras que llego demasiado tarde.

Levanta la cabeza y clava la vista en mí, cuando estoy a tres pasos de él. No parece para nada sorprendido. Supongo que su hermano ya le ha dicho que estaba de camino.

—¿Cómo...? —empiezo.

—Hace hora y media que ha terminado la operación. Aún es pronto para que me digan nada.

Respiro. Aún está viva. Aún puedo verla. Y que la operación haya salido bien significa que está mejorando, ¿no?

—¿La has visto?

Asiente una sola vez con la cabeza.

—Sí, un ratito. He tenido que salir otra vez porque dicen que ahora necesita estar muy tranquila.

—Lo que necesita es no estar sola —protesto. Y él no dice nada, pero veo en sus ojos que piensa lo mismo que yo.

—Siento no haberte mandado un mensaje. Se me ha pasado. Debería haberte dicho algo.

Se lo ve tan perdido que siento de inmediato la necesidad de reconfortarlo. Recorto la distancia que nos separa en dos zancadas firmes y le rodeo el cuello con los brazos para acercarlo a mí. Me envuelve enseguida entre los pliegues de su abrigo y esconde la cara en mi hombro, dejándose abrazar. Me esfuerzo para no llorar cuando noto que él lo está haciendo en silencio.

—Todo va a ir bien, Cam —le susurro al oído—. Se va a poner bien, ya lo verás.

Se aparta y se seca las lágrimas con las mangas del abrigo, intentando recomponerse. Mira la

bolsa que he dejado caer al suelo.

—Trae, guarda esto en mi coche —sugiere, y la coge por el asa más larga antes de que me dé tiempo a hacerlo a mí.

Lo sigo cuando se aleja decidido, calle arriba. No llega muy lejos. Utiliza el móvil para abrir el coche a distancia y yo me muerdo la lengua para no decir alguna tontería como si el coche también responde llamadas o acude él solo a recogerte cuando lo necesitas. Tiene pinta de ser muy caro. Es oscuro, grande, y con el símbolo de Jaguar. Mucho más cochazo que el Honda, y eso que a mí siempre me lo pareció. Cameron mete mi bolsa en el maletero antes de volver a cerrar, sin llaves. Lo veo cada vez más cansado cuando vuelve a mirarme.

—¿No has dormido nada?

—Llevo como veintiocho horas despierto.

—¿Cuándo te van a dejar pasar a verla otra vez?

Se encoge de hombros y vuelve sobre sus pasos hacia la puerta de la clínica. Veo que hay una cafetería al otro lado de la calle y me apresuro a llegar hasta él de nuevo. Lo agarro del brazo para frenar su marcha y llamar su atención. Deja de andar, pero ni me mira.

—Le he dicho lo que decías en tu mensaje —murmura, en voz tan queda que apenas lo oigo.

—Gracias. —Acaricio su brazo por encima del abrigo—. Deja que te invite a un café.

No dice nada, pero me sigue dócilmente cuando entrelazo nuestros dedos y tiro de su mano para cruzar la carretera.

No parece tener ganas de hablar cuando coloco la taza de café caliente ante él, en una mesa junto a la ventana. No se ha quitado el abrigo y da un sorbo distraído a la taza sin demostrar para nada si el líquido quema. Yo sí que me quito el abrigo y lo dejo en el respaldo de la silla, antes de sentarme frente a él y rodear mi taza con las manos para calentármelas. Respeto su silencio, porque entiendo perfectamente que ahora mismo no quiera conversación. Yo lo respeto, pero alguien no lo hace, y su teléfono empieza a sonar bastante alto, con una melodía que no reconozco. Me doy cuenta de que es su hermano por la manera en que responde. No dice su nombre, pero el tono y su forma de hablar es la que suelen emplear entre ellos. Con mucho más cariño que mi hermano y yo. Dice «Sí, ya está aquí», me mira de reojo durante un segundo, y luego se dedica a soltar monosílabos.

—Me da igual la casa, Robbie —gruñe, cuando yo ya pensaba que no iba ser capaz de decir nada más allá de un sí o un no durante los próximos minutos—. Que hagan lo que tengan que hacer y ya está.

Por primera vez, desde que he oído su mensaje de voz a las cuatro y media de la mañana en Chicago, mi mente es capaz de pensar en algo más allá de *Vodka* y de Cam, y recuerdo que ha dicho que han entrado a robar en su casa. Parece que su hermano mayor se está encargando de gestionar eso por teléfono, desde el otro lado del país, mientras Cam no pueda preocuparse de otra cosa que no sea su perra.

Una vez que cuelga, volvemos a quedarnos en silencio durante un par de minutos. No me

atrevo a hablar porque no estoy muy segura de que a él le parezca bien que me haya presentado en Boston. A ver, él me mandó un mensaje de madrugada para decirme lo que pasaba, sí. Pero en ningún momento dijo que yo pudiera ir a ver a *Vodka*. Lo cierto es que he cogido un avión y me he presentado en su ciudad y de nuevo en su vida sin pedir permiso.

—Siento lo de la foto del partido y todo lo que están sacando últimamente. —Me sorprende oír su voz de pronto, y levanto la vista de mi taza de café para mirarlo a la cara. Él no está mirándome a mí, pierde su vista a través de la ventana del local—. Son muy pesados.

—Da igual. No es culpa tuya.

—Ya. No, pero...

—Cam, en serio. Eso ahora no importa.

Estiro el brazo por encima de la mesa para poner la mano sobre la suya. Sus ojos se desvían al instante hacia el punto de contacto y luego buscan los míos, sin que aparte su piel de mi piel. Relaja la expresión y gira la mano debajo de la mía para poner nuestras palmas en contacto y darme un leve apretón.

—¿Cómo has venido tan rápido?

—Tengo un poco de enchufe con la compañía aérea.

Sonríe de medio lado muy levemente.

—Ah, ya.

—¿Crees que voy a poder verla?

Lo planteo como si fuera el veterinario quien tiene el poder de dejarme pasar a ver a la perra o no, cuando en realidad a quien estoy pidiendo permiso es a él.

—Claro que sí —afirma, tan convencido que me da por pensar que ha entendido perfectamente el doble sentido de la cuestión.

Aparto la mirada y me muerdo el labio, repentinamente nerviosa. He imaginado muchas veces cómo sería volver a ver a *Vodka*. Ha pasado mucho tiempo. Y, ¿cuánto son dos años y medio en la vida de un perro?

—¿Qué pasa? —pregunta Cam, como si me estuviera leyendo la mente.

—¿Se acordará de mí?

Me aprieta la mano de nuevo, esta vez durante más tiempo que la vez anterior y yo siento su calidez.

—Bueno, tú no te has olvidado de ella, ¿no?

Después me suelta y se recuesta en la silla y cruza los brazos sobre el pecho, como si acabara de darse cuenta de lo íntimo de nuestro contacto.

Tengo que sugerirle que pasemos por la clínica, por si quiere preguntar de nuevo por *Vodka*, cuando lo veo mirar continuamente hacia allí a través de la ventana. Sé que ninguno de los dos estamos disfrutando del café.

Una veterinaria joven nos informa de que han decidido iniciar un tratamiento con el que esperan obtener resultados positivos, pero que aún es pronto para poder decirlo. Lo más

importante es recuperar el daño en el hígado y restablecer la función normal de los riñones. Dice que aún está muy débil y que la están preparando para hacerle una ecografía bastante exhaustiva y poder analizar hasta dónde llegan los daños. Y no podremos verla hasta después de eso.

No consigo convencer a Cameron para que se vaya un rato a casa a descansar. Tampoco me sorprende que se niegue a abandonar la clínica, ya sé de sobra lo cabezota que es.

Serán cerca de las cuatro de la tarde cuando por fin nos dan permiso para pasar a verla. Los dos estábamos bastante alicaídos cuando la veterinaria sale a buscarnos, porque las últimas noticias no han sido del todo buenas. *Vodka* tiene el hígado bastante más tocado de lo que esperaban y eso descarta el tratamiento que mejor pronóstico ofrecía. Así que ahora hay que conformarse con la segunda mejor opción y rezar por que su organismo vaya haciendo el resto.

En cuanto oigo decir que podemos pasar con ella si queremos, lo primero que hago es mirar a Cam para ver su reacción. Él parece dudar, como si temiera lo que va a encontrarse al entrar. Cruza la mirada conmigo y creo que es consciente de que yo aún no estoy convencida de si a él le parece bien que pase. No dice nada, pero me saca de dudas cuando me coge de la mano y tira de mí para guiarme hasta la sala de hospitalización.

Se me acelera el ritmo cardiaco y se me forma un nudo en la garganta en cuanto la veo. *Vodka* está tumbada de medio lado sobre una colchoneta en el suelo, con un gotero conectado a una vía en la pata delantera derecha. Parece muy frágil y se nota que no se siente demasiado bien. Está dormitando, con la respiración mucho más lenta y débil de lo que yo recuerdo como habitual en ella.

—Eh. —Cam habla en un tono muy suave y lleno de amor, sin soltar mi mano, aún en el marco de la puerta y con la veterinaria detrás. La perra abre los ojos al instante y lo busca con la mirada, y mueve la cola como si le costara esfuerzo hacerlo, pero aun así se alegrara mucho de oír su voz—. Mira quién ha venido a verte, colega.

Pero ella ya me ha visto. Lo sé porque clava los ojos directamente en mí, igual que yo en ella, y se pone a lloriquear y agita la cola un poco más fuerte, antes de intentar levantarse.

—Eh, eh —la calmo. Suelto la mano de Cam y avanzo rápidamente hasta arrodillarme a su lado—. No te muevas, ya voy yo.

Paso las manos por el pelaje de su lomo y bajo la cabeza para besarla junto a la oreja y esconder la cara en su cuello, mientras ella intenta lamerme. Estoy humedeciendo su pelo con lágrimas, pero una vez que han empezado a resbalarme por las mejillas me veo incapaz de pararlas.

—Hola, pequeña. Ya. Ya está. Quieta. Tienes que estar tranquila, ¿vale? Vas a estar mejor, ya lo verás. Eres una tía dura, ¿eh? Ahora solo deja que te cuiden y que te mimen. ¿Vas a obedecer y a hacer lo que te digo? —Me aparto solo un poco para mirarla y me lame la mano cuando la paso por su hocico—. Buena chica. Te he echado mucho de menos. Y necesito que te pongas bien para poder achucharte en condiciones, así que ya lo sabes.

Se me quiebra la voz y la beso varias veces más antes de apartarme. Me estoy rompiendo

como no me he permitido hacer hasta este momento, pero, aun así, me da por pensar que Cam también querrá tener su momento con ella y que, al fin y al cabo, es su perra y no puedo acapararla. Así que me levanto y me quito de en medio, para dejarle vía libre. Doy un par de pasos y les doy la espalda, y escondo la cara entre las manos mientras hago esfuerzos por no sollozar.

—Hola, chica. ¿Cómo estás? —Oigo a Cam, con ese tono tan tierno que siempre utiliza con *Vodka* y que a mí me llena el corazón—. ¿Has visto quién ha venido a verte? Estás contenta, ¿verdad? Sí, ya lo sé. Ya lo sé, pequeña, no te sientes muy bien. Pero tienes que aguantar, ¿vale? Aguanta, porque no pienso irme a casa sin ti.

Me giro para mirarlos. Para verlos juntos. Cameron está arrodillado junto a su perra y la acaricia con muchísimo cuidado y ternura mientras le habla. *Vodka* lo mira justo igual que él la mira a ella: con un montón de amor.

—Tienes que quedarte conmigo, ¿vale? —sigue Cam, y noto perfectamente cómo su voz se rompe, y cierra los ojos con fuerza mientras la besa en la cabeza.

Intento secarme las lágrimas porque quiero poder ser la fuerte si él necesita que lo sea. Quiero poder estar ahí y ser su roca, si necesita algo a lo que aferrarse. Pero no puedo parar de llorar. Por ver a *Vodka* así. Por el dolor de Cam. Por haberme perdido dos años y medio de *Vodka* por mi culpa. Por haberme perdido dos años y medio de Cameron. Por haber perdido todo lo que un día di por sentado que siempre estaría ahí.

Me cubro la cara con las mangas de mi sudadera y, en apenas unos segundos, unos brazos firmes me envuelven y me refugian contra un pecho firme, cálido y acogedor.

Y quería ser fuerte por él, pero se me olvidaba que él ya no me necesita. Se me olvidaba que probablemente siempre fue él el más fuerte de los dos. Y yo... yo la que no supo estar a la altura.

26

Cam

El tiempo que nos dejan estar con *Vodka* me parece insuficiente. Aunque quizá haya sido más de una hora, no estoy seguro. No quiero dejarla aquí sola toda la noche. Sin entender nada. Sin saber qué está pasando. Preguntándose por qué no estoy ahí. Sé que tengo que irme. Lo entiendo, no tengo dos años, pero si me dejaran tumbarme con ella en la colchoneta podría dormir aquí sin molestar en absoluto.

Así es como estaba Ashley cuando la veterinaria aparece para decirnos que es hora de dejarla descansar: tumbada en la colchoneta con *Vodka*, abrazándola con cuidado, y dándole besos suaves de vez en cuando. A mí que no me digan que *Vodka* está mejor sola para que pueda descansar. Estoy seguro de que ver a Ash le ha dado más ganas de vivir.

Y yo también estaba en el suelo, claro, pero sentado en vez de tirado sin ninguna vergüenza ni dignidad. Sujetando su pata como si sujetara la mano de un enfermo en el hospital. Creo que no podíamos hacer mucho más que estar allí. Yo no podía decir mucho sin ponerme a llorar, así que ha tenido que ser Ash la que se recompusiera después de su ataque de llanto y se pasara largo rato contándole a *Vodka* todas las cosas que podrá hacer cuando vuelva a casa. Creo que se ha dejado llevar con eso de animarla, porque le ha prometido hasta un chuletón en su punto para ella sola, mientras yo fruncía el ceño y se me escapaba la sonrisa, a la misma vez.

En cuanto estamos fuera de la sala de hospitalización, ya vuelvo a sentir como si me desgarrara por dentro. *Vodka* está viva, pero para nada bien. Y no soy tan ingenuo, ya sé que el hecho de que haya aguantado el postoperatorio no quiere decir nada. La veterinaria se encarga de volver a dejármelo claro, antes de despedirnos en la puerta de la clínica. Dice que el pronóstico es reservado y que, aunque quiere ser optimista y darnos buenas noticias, existe la posibilidad de que el tratamiento no funcione. Y si el tratamiento no funciona, es probable que no pase de esta noche. Yo hago oídos sordos a eso último y me aferro al pensamiento positivo de que el tratamiento va a irle bien. *Vodka* haría cualquier cosa por un chuletón en su punto para ella sola, y Ash lo ha prometido. Estoy dispuesto a darle chuletón todas las semanas durante una buena temporada, si eso consigue que se ponga bien y vuelva a casa conmigo.

Veo a Ashley secarse las lágrimas, en cuanto estamos los dos en la calle.

—No lo entiendo, Cam —murmura, y estudia mi cara como si buscara en mí las respuestas—.

¿Quién puede hacer una cosa así? ¿Por qué haría alguien algo así? *Vodka* es la perra más buena del mundo. Seguro que los ha recibido meneando la cola. No tenían por qué hacer esto.

Sus palabras me retuercen el corazón. Porque tiene razón y solo de imaginarme a *Vodka*, inocente y vulnerable, sin entender nada y recibiendo con alegría lo que sea que le hayan dado para envenenarla, me hace odiar muchísimo más a quien le ha hecho esto. No tenían por qué hacerlo. Seguro que no ladró ni una sola vez. Mi perra nunca ha tenido alma de guardiana. Aunque pese treinta kilos y tenga rasgos de american bulldog, es puro amor. Cada vez que viene a casa alguien que no conoce lo recibe como si fuera de la familia.

—Yo tampoco lo entiendo.

Ash da un paso hacia mí y me acaricia la mejilla suavemente.

—Va a estar bien, ¿vale? —Asiento, con los ojos llenos de lágrimas—. Tienes que ir a casa e intentar dormir. Aquí no puedes hacer nada, y estás agotado.

Sé que tiene razón. Así que asiento otra vez. Giro un poco la cara, con su mano aún en la mejilla, y le beso la palma, sin apenas ser consciente de lo que hago. Demasiadas horas sin dormir.

Ella no dice nada. Camina a mi lado en silencio hasta llegar al lugar donde está aparcado el coche. En cuanto se oye cómo se desbloquean las puertas, se acerca al maletero y lo abre. Frunzo el ceño al verla.

—¿Qué haces?

Me mira como si le sorprendiera mucho escucharme hablar.

—Coger mi bolsa —dice, con cara de estar soltando una obviedad.

—¿Por qué?

Siento como si estuviéramos teniendo la conversación más absurda del mundo, pero es que de verdad me cuesta entender lo que está pasando.

—Eh, ¿porque ahí es donde tengo todas mis cosas y la necesitaré vaya donde vaya?

Creo que piensa que llevar más de un día sin dormir me ha afectado más de lo que debería.

—¿Y adónde te parece que vas?

Me mira como si me hubiera vuelto loco. Parece estar estudiando mis palabras, mis gestos y mis movimientos, para decidir si es hora de encerrarme en el psiquiátrico ya o no.

—Voy a buscar un hotel por aquí cerca —explica, y deja de mirarme para agarrar el asa de su bolsa y levantarla. Me doy prisa en quitársela de la mano y volver a dejarla donde estaba—. ¿Qué haces?

—No tienes que buscarte ningún hotel. Puedes quedarte en mi casa.

—No...

—Tengo una habitación de invitados... o lo que quede de ella.

Ash me mira y se muerde el labio, sopesando mi propuesta. Yo tampoco sé si es muy buena idea, pero no me parece bien dejar que se pague una habitación de hotel cuando está aquí por *Vodka* y porque yo la he avisado.

—No voy a quedarme en tu casa, Cam —decide, y niega con la cabeza a la vez, para dar más énfasis a sus palabras—. He venido porque necesitaba ver a *Vodka*, pero no quiero invadir tu espacio, ni meterme en tu casa. No quiero molestarte.

—No me molestas —suelto, sin darme tiempo a pensar—. O, al menos, no me molestarás en cuanto dejes de decir tonterías. —Frunce el ceño ante mi frase y mi tono—. Ya tengo bastante por hoy, Ash. Por favor, no me hagas sentir mal por que tengas que buscarte un hotel teniendo yo una habitación libre, solo porque sigas teniendo en esa cabecita la estúpida idea de que te odio. Has venido hasta aquí porque te preocupas por mi perra, igual que yo. Estoy seguro de que verte ha sido bueno para ella. Así que creo que te lo tengo que agradecer. ¿Podemos ser adultos y puedes quedarte en mi habitación de invitados sin protestar, por favor? No estaría tranquilo sabiendo que, encima, has tenido que pagar un hotel. —Juego con un poco de chantaje emocional.

No dice nada por un par de segundos, así que aprovecho para empujarla suavemente con el cuerpo para apartarla del maletero y cerrarlo de un solo golpe seco, con su bolsa dentro.

Pone cara de enfado, pero acaba asintiendo. Me empuja cuando trato de pasar por su lado hacia el asiento del conductor.

—Está bien —cede, sin que parezca del todo convencida—. Pero deja que conduzca yo.

—¿Qué? No...

—Llevas más de un día sin dormir. Seguro que eres un peligro al volante. Más que de normal, quiero decir.

Lo pienso por un momento, frenando mi impulso de protestar otra vez. Puede que tenga razón. No tengo muchas ganas de conducir. Me siento agotado. Así que voy hacia la puerta del copiloto sin decir ni una palabra y me siento allí, dejándole vía libre para que ella maneje el coche.

Se monta enseguida y ajusta el asiento, acercándolo al volante. Me contengo para no hacer un comentario sobre su estatura, como solía hacerle siempre cuando tenía que ajustar el asiento que previamente había ocupado yo.

—Bien, justo lo que quería, llevar este cochazo —dice, en tono de broma, cuando ha colocado los retrovisores a su gusto—. Venga, dime, ¿cómo va?

La miro y veo que se está aguantando la sonrisa. Qué graciosilla. Puedo ser más irritante que ella, así que me inclino hacia su lado para pulsar el botón que pone en marcha el motor, como si de verdad no supiera hacerlo por sí misma.

—Genial —dice, y se recuesta en el asiento. Me mira cuando nota mis ojos fijos en ella, y estoy a punto de preguntar a qué espera, cuando habla—: Ah, pero ¿no se conduce solo?

Se lleva una mano al pecho, dramatizando su actuación. Esta vez soy yo el que suelta una especie de bufido, y ella, una carcajada, invirtiendo los papeles. Qué tonta es cuando quiere, de verdad. Pero no puedo evitar que se me escape media sonrisa al oírla reír así.

—Tú me indicas —dice por fin, y pone el intermitente para incorporarse al carril.

—Ya puedes tener cuidado. Si lo rozas lo pagas, y la chapa y pintura de este coche vale tres veces lo que debe de costar el tuyo, más o menos —advierto, y trato de que parezca que lo digo en serio, pero creo que no lo consigo.

—Espero que tengas bien forradas las columnas del garaje.

Me río un poco, y siento como si llevara años sin hacerlo.

—Tienes que ir a la derecha en la siguiente.

Pone el intermitente y reduce la velocidad para poder girar donde señalo.

El resto del camino nos limitamos a intercambiar las palabras justas para que pueda llevar el coche hasta la entrada del garaje. Le indico cuál es mi plaza y aparca con solo un par de maniobras y en cuanto para el motor gira la cara para mirarme, con expresión de superioridad, como si esperara que la felicitara por no arañar mi carrocería.

Niego con la cabeza y salgo del vehículo. Se apresura a seguirme y hace amago de coger su bolsa en cuanto abro el portón del maletero, pero yo soy más rápido y me la cuelgo del hombro.

—Tenemos que pasar a que el portero me dé las llaves nuevas.

Paso un buen rato hablando con el portero, que es un hombre de la misma edad de mi padre con el que siempre me he llevado muy bien. Está muy preocupado por mí, y sobre todo por *Vodka*, a la que siempre suele hacerle alguna carantoña cuando pasamos por delante de su mesa para salir de paseo. Le explico lo que pasó anoche cuando volví, y cómo está la situación ahora. Él me cuenta que ha estado arriba con la policía, que han hecho ya todo lo que tenían que hacer, y que él quería recoger el desastre, pero que no ha tocado nada por si acaso. Lo tranquilizo al momento. Él no tiene que hacer nada de eso, solo faltaba. Me da la nueva llave y me explica bien todo lo que han hecho, tanto el cerrajero, como los que han venido a instalarme la nueva alarma. Durante todo este tiempo, el hombre mira con curiosidad a Ashley, pero no hace ni una sola pregunta cuando yo se la presento como una amiga. Finalmente, le doy las gracias y Ash y yo nos volvemos al ascensor, donde pulso el botón de la planta catorce y jugueteo con las llaves mientras esperamos a que suba.

Llegamos al rellano y echo a andar hacia la puerta con Ashley pisándome los talones. Siento que la ansiedad me atenaza el pecho cuando las sensaciones de la noche pasada vuelven a atacarme con fuerza, al estar de nuevo aquí. Ash no me deja mucho margen para perderme en mi amago de ataque de pánico, porque habla a mi espalda, en un tono burlón que me hace volver a la realidad de inmediato.

—Vaya, qué pena. Me estaba esperando que el ascensor se abriera directamente a un ático con piscina climatizada.

Suelto un gruñido al escucharla, para reprimir una risita.

—Pero ¿quién te crees que soy?

—¿Tú? Cameron Parker, el receptor de los Patriots. ¿Me he equivocado de tío?

Giro la cara para mirarla, con media sonrisa, y niego con la cabeza ante sus tonterías.

—¿Sabes? Creo que puedes llamarme Cam... solo por ser tú.

En cuanto esas palabras se me escapan de los labios, me arrepiento de haberlas dicho. No quería que sonara como sonó cientos de veces cuando estábamos juntos, pero me temo que a los dos nos ha recordado precisamente a eso. Ash aparta la mirada, y yo vuelvo a mirar al frente, para hacer como si nada y centrarme en abrir la puerta.

Abro, con mi nueva llave, y pulso el botón para desconectar la alarma, que se limita a un *on* y a un *off* hasta que la programe con mi código. Me aparto a un lado, para que Ashley pueda pasar y, cuando lo hace, solo da un par de pasos hacia el interior antes de quedarse parada y llevarse las manos a la boca. Cierro la puerta y me pongo a su altura, ante el desastre en el que alguien ha convertido mi casa. El suelo está lleno de cosas. De cristales, de platos rotos, de porcelana, de libros, papeles... Sí, un auténtico desastre.

—Deja eso, Ash. —Me apresuro a frenarla cuando ella se agacha para empezar a recoger cosas, como si no pudiera soportar el desorden. Nunca ha sido una maniática de la pulcritud, así que me imagino que lo hace más para poder paliar el posible efecto emocional que esto tenga en mí—. No te preocupes. Te vas a cortar. Luego lo recojo yo.

—No me cuesta nada.

—Déjalo —insisto, en un tono más seco esta vez.

Me mira y vuelve a incorporarse, aunque sé perfectamente que no le ha intimidado mi brusquedad. La veo mirar hacia el ventanal. Al instante soy consciente de que no está admirando las vistas, aunque sean espectaculares. No. Está mirando la cama vacía de *Vodka* y a mí me da un pinchazo en el corazón al hacerlo también.

—Ven, te enseño la casa —sugiero, para distraernos a los dos—. Como ves esto es el salón y el comedor y la cocina... todo en uno.

Me doy cuenta de lo que debe de parecerle. La estancia es enorme. La parte de la cocina tiene electrodomésticos muy nuevos, en color metalizado, muy moderno. Y una isla. El comedor parece sacado de una revista de decoración. Y el salón, por sí solo, es probablemente del mismo tamaño que todo su apartamento en Chicago.

Le hago un gesto para que me siga y avanzamos hacia el fondo, donde está la puerta que da acceso al distribuidor. Señalo la puerta de la derecha y le digo que es mi cuarto, luego la del baño y, por último, la puerta de la habitación en la que ella va a instalarse. Entro y veo que no está tan mal como el resto de la casa. Probablemente porque es fácil darse cuenta de que aquí no hay nada valioso que buscar. Dejo la bolsa de Ash sobre la cama.

—Espero que te parezca acogedor —digo, solo medio en broma.

Ella no contesta, se acerca a la ventana y aparta la cortina.

—Las vistas no son tan bonitas —advierto—. Este baño es todo tuyo —sigo hablando al ver que no dice nada—. Creo que hay de todo, mi madre lo dejó equipado la última vez que estuvo aquí. Yo tengo otro en mi habitación.

Ashley se quita el abrigo. Se acerca al armario y lo abre para sacar un juego de sábanas. Se planta en medio de mi camino, cuando me acerco para ayudarla.

—Cam. —Me pone una mano en el pecho y me empuja hacia la puerta—. Relájate. Ve a darte una ducha, tómate tu tiempo, ponte cómodo. Yo estoy bien. Voy a hacer la cama y, cuando termines, me doy una ducha yo, si te parece bien, y luego cenamos algo, ¿vale?

Asiento. Me parece que ahora mismo me viene bien que alguien me diga lo que tengo que hacer.

—¿Has visto ya si hay algo en especial que se hayan llevado? —pregunta de pronto, antes de que pueda darme la vuelta y marcharme.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—No sé, no he mirado.

—Deberías hacer una lista para la policía.

Sí, claro. Tiene razón.

Salgo rumbo a mi habitación. Me quito el abrigo y lo lanzo sobre la cama. Luego hago lo mismo con la americana del traje. Ashley está detrás de mí. Voy directo a la mesilla de noche y abro el cajón para comprobar algo. No está. La cadena de plata con la placa con mi nombre y mi fecha de nacimiento, que me regaló mi padre al nacer. La que Ash llevó años en torno a su cuello hasta que yo le exigí que me la devolviera. Eso sí que era algo de valor. Y nunca he podido volver a ponérmela, en dos malditos años y medio, porque me recordaba demasiado a ella. Pero es algo muy importante para mí.

—¿Qué pasa?

—Nada —digo entre dientes.

Sigo revisando la habitación. Todas mis cosas. O más bien revisando los sitios vacíos de todas las cosas que deberían estar aquí.

—Se han llevado mi portátil —digo, por fin, cuando he hecho un recuento de lo perdido, al tiempo que iba ordenando la ropa tirada por todas partes—, los discos duros, un par de relojes, una camiseta de los Patriots...

Me siento al borde de la cama y me meso el pelo.

—Vale. Vale, tranquilo —me habla Ash, en un tono muy suave—. Deberías llamar a la policía y decírselo.

Termino de recoger la habitación mientras hablo con la policía y luego con mi hermano. Menos mal que me ha hecho caso en no decirle nada de todo esto a mis padres de momento. Si no, ya tendría a mi madre en la puerta. Cuando me asomo al distribuidor para ver dónde se ha metido Ash, la veo saliendo del cuarto de invitados. Creo que ya ha hecho la cama y ha dejado sus cosas en el baño.

—Voy a darme una ducha —anuncio, antes de que pueda preguntar nada, porque no tengo ganas de dar explicaciones.

—Muy bien.

Agradezco que deje las preguntas para más tarde, de verdad que sí.

Me tomo mi tiempo porque, en cuanto el agua caliente entra en contacto con mis músculos

entumecidos, soy muy consciente de lo cansado que estoy y de lo mucho que necesitaba esto. Para cuando salgo me siento algo mejor y me visto con un pantalón de deporte y una camiseta vieja de algodón. Normalmente voy descalzo, pero no creo que eso sea prudente ahora mismo. Así que busco unas zapatillas de estar por casa, que creo que nunca llegué a estrenar, y me las pongo.

Cuando salgo de mi cuarto, lo primero que noto es el olor. Huele maravillosamente bien. Salgo del distribuidor hacia el salón y me quedo parado en la puerta un momento, de la impresión. El suelo está completamente limpio. No se ve ni un solo cristal. Los libros apilados junto a las estanterías, todos los papeles sobre la mesa del salón. Dos bolsas de basura junto a la barra de la cocina. Doy dos pasos hacia allí. Ash está de espaldas a mí, removiendo algo en una sartén sobre la vitrocerámica. Se vuelve al notar mis ojos fijos en ella. Se ha recogido el pelo en una coleta y lleva las mangas de la sudadera roja que viste subidas hasta los codos. Me sonríe brevemente y sigue a lo suyo, vigilando la cena. Y yo me acerco y me apoyo en la puerta de la nevera, para observarla en silencio mientras termina de cocinar.

—¿Tienes hambre? —pregunta, sin volver a mirarme.

Estoy a punto de decir que no, pero mi estómago ruge de impaciencia con solo el olor de la comida, dejando muy claro que no está de acuerdo conmigo.

—Un montón —digo finalmente.

—Mejor, porque creo que no he medido bien las cantidades. No quedan muchos platos, pero al menos este se ha salvado de la masacre.

Apaga la vitro con un dedo y pasa el contenido de la sartén a un plato grande. Se vuelve y lo coloca sobre la isla, justo delante de un taburete en el que yo me siento como si la comida me atrajera sin remedio. Ha hecho un revuelto de setas y a mí se me hace la boca agua. Tiene muy buena pinta. ¿Desde cuándo sabe Ashley cocinar algo decente? Es más, ¿desde cuándo sabe Ashley cocinar *algo*? Rebusca en los cajones hasta encontrar un tenedor y me lo tiende. Lo cojo, rozando sus dedos con los míos a propósito. Tampoco es que eso signifique nada.

—Voy a darme una ducha, pero tú ve cenando. Sabes que a mí me gusta la comida más fría que a ti —recuerda, con media sonrisa—. Pero guárdame algo, ¿eh? No mucho, solo un poquito.

—Ash —la llamo, y la retengo con una mano en torno a su muñeca—, ¿cómo...? ¿He perdido la noción del tiempo en la ducha? ¿Cómo has hecho todo esto tan rápido?

—Parecía peor de lo que era. He separado la porcelana en una de las bolsas, por si quieres intentar recuperar algo.

—No, qué va.

Asiente y me sonríe levemente, antes de mover el brazo y liberar su muñeca para poder irse al baño.

—Eh —digo para captar su atención, y nos miramos a los ojos durante un par de segundos—, gracias.

—No hay de qué.

Pasa por detrás de mí y me acaricia el hombro y la nuca antes de desaparecer.

A pesar de que tiene razón con eso de que a mí me gusta la comida caliente, espero a que vuelva para empezar a cenar. Mientras tanto, dedico mi tiempo a programar la alarma a mi manera, a organizar los papeles y a volver a colocar cada libro en su sitio. Casi todos son de temas relacionados con mis estudios. Todo eso que dejé a medias.

Ashley tarda bastante menos que yo en darse una ducha y cuando vuelve lo hace vestida con un pantalón de pijama y una camiseta de tirantes sobre la que se va colocando la sudadera que llevaba antes mientras se acerca hasta donde yo estoy.

—No has cenado —señala, con el ceño fruncido.

—Te estaba esperando.

Me acerco a por el plato y cojo otro tenedor para que podamos cenar los dos. Lo coloco todo sobre la mesa baja que hay entre el sofá y la televisión y me siento, invitándola a hacer lo mismo.

—¿Qué hay arriba? —pregunta, con la vista clavada en la escalera que sube pegada a la pared del fondo.

Miro hacia allí y luego a ella cuando se sienta a mi lado en el sofá, delante del plato de comida. Menuda cotilla.

—Ah, es el cuarto de los trofeos. Ya sabes, donde tengo los miembros amputados de mis víctimas y encierro a mis exnovias cuando vuelven a molestar.

—Qué tonto eres —suspira, pone los ojos en blanco y yo suelto una carcajada al verla.

Si es que no lo puedo evitar. Conseguir que Ashley me insulte es una de las cosas que más me divierten. Picarla es demasiado fácil.

—Y tú eres un poco cotilla.

—Comprenderás que ahora voy a tener que subir a comprobar que no tengas a ninguna pobre chica ahí secuestrada, ¿verdad?

—Eh, yo no las secuestro. Vienen todas por voluntad propia.

Me pega fuerte en un brazo y yo vuelvo a reírme mientras me froto la zona, como si de verdad me hubiera hecho daño, y la oigo llamarme «fantasma».

—Come y cállate —me ordena.

—Es un gimnasio.

—Sí, ya. Seguro.

La miro de reojo y me trago la sonrisa. En cuanto pruebo la comida, el hambre parece multiplicarse. Está muy buena, y me comería todo el plato yo solo en un par de minutos, a pesar de que, como ella ha dicho, haya hecho comida de más.

—Está muy bueno —alabo, y creo que sueno sorprendido por ello.

—Me estás ofendiendo.

Tengo que reírme al oír cómo lo dice.

—Perdona, no sabía que hubieras tomado clases de cocina en estos años —me burlo.

—Soy prácticamente chef. He tomado el relevo —bromea, haciendo alusión a la manera en

que su padre se hace llamar «chef Bennet» cada vez que le da por cocinar algo.

—¿También te ha cedido su delantal de gladiador?

—Claro que no. Me regaló el mío propio en el que pone, y esto es cien por cien verídico, «Peligro, Ash cocinando» y una señal enorme.

Me río a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás, y la oigo reír conmigo, más suave, a mi lado. Qué falta me hacía esto.

—Tu padre es mi ídolo, Ash.

—Normal. Debes rendirle pleitesía, él es el rey de los payasos y tú el que más puntos tiene para la sucesión.

Se gira hacia mí, intentando aparentar que está enfadada, pero se le contagia mi sonrisa enseguida y nos quedamos mirándonos a los ojos unos segundos. Me pongo serio de golpe. Por un momento, se me pasa por la mente la idea de qué estaría haciendo ahora si Ash no hubiese cogido un avión esta mañana para presentarse aquí. Seguro que estaría llorando, con la casa aún llena de cristales, sin fuerza para recoger nada y con la ansiedad haciéndome difícil respirar, con la cabeza en esa clínica veterinaria y con *Vodka*, en vez de esto. Y creo que necesitaba evadirme de lo que han sido las últimas veinticuatro horas. Creo que necesitaba reírme un poco.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunta ella, con sus ojos en los míos.

—Por estar aquí. Sé que has venido por *Vodka* y no por mí, pero... creo que a mí también me está viniendo bien la compañía. Y por recoger todo esto y por la cena y... Puede que necesitara reírme un poco para no volverme loco.

Y mientras me pierdo en sus ojos marrones, me siento casi igual que aquella noche en el parque, cuando le dije que ella me hacía sonreír. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, aún es capaz de conseguirlo. Me hace reír, aun cuando peor me siento. Y, por primera vez en muchísimo tiempo, el tener una especie de *déjà-vu* así, los recuerdos del pasado, y el sentirme cerca de Ash, no me duele, ni me hace sentir miedo de volver atrás, ni me cabrea. Simplemente, me siento bien. Me gusta cómo ella está consiguiendo hacerme sentir. «Necesitaba reírme un poco como me haces reír tú.» Esa es la clave, necesitaba reírme como solo ella es capaz de hacerme reír. Y me da igual lo que signifique.

Aparta la mirada y creo que hasta se ruboriza, y sé que acaba de volver exactamente a los mismos recuerdos que yo. Niega con la cabeza, quitándole importancia a todo lo que está haciendo hoy por mí.

—¿Algo más? —pregunta con ese tono y esa expresión que siempre utiliza para decir «deja de dar las gracias de una maldita vez».

—Sí —hablo convencido, y ella vuelve a prestarme atención, como si no se esperara para nada esa respuesta—, gracias por seguir siendo igual de tonta.

Sonrío de medio lado, pero ella no lo hace. Me mira muy intensamente y a mí se me congela la sonrisa y, por un momento, siento como si el tiempo no hubiera pasado.

El sonido de mi móvil nos saca a los dos de esa realidad alternativa que acabábamos de crear solo para nosotros. Me aparto bruscamente y me doy mucha prisa en mirar quién me llama. Es mi entrenador.

—Mierda.

Ya sé que no va a ser una conversación bonita. He pasado hoy de ir a entrenar y ni siquiera le he dicho nada, le he pedido a Murphy que se encargara de comentarle lo que había pasado y que yo estaba en el veterinario con mi perra. Estoy a punto de llevarme una buena bronca.

Me levanto y me voy al cuarto para hablar y así evitarle a Ashley tener que escuchar esto. Como me imaginaba, mi entrenador no tiene ni una palabra de ánimo que decirme, sino todo lo contrario. No para de repetir si ya me he olvidado de cuándo jugamos la *Super Bowl* y yo acabo diciéndole dónde se puede meter la *Super Bowl* antes de colgarle el teléfono. Sé que el lunes cuando me presente en el entrenamiento voy a tener muchos problemas por esto, pero ahora me da igual.

No me da tiempo a volver al salón antes de que el teléfono vuelva a sonar. Esta vez es la policía. Dicen que han pillado a quien entró anoche en mi casa y que necesitarán que mañana pase por la comisaría para formalizar la denuncia y poder acusarlo formalmente. De momento, parece que va a pasarse la noche en el calabozo, pero yo ya casi no tengo fuerzas para odiarlo más. Dicen que es un fanático de mi equipo. Que se define como un admirador. Para cuando vuelvo a sentarme junto a Ashley, ya tengo un mensaje de mi hermano con un enlace a una página de internet. Lo pulso, inseguro. Me da miedo lo que vaya a encontrar.

—Oh, joder... —mascullo, cabreado.

Ashley se asoma a verlo, y eso es todavía peor. Porque, como he averiguado hace una hora escasa, se han llevado mis discos duros. Y ahora hay una página de internet exponiendo mis fotos y vídeos personales. Todo eso que yo guardaba. Y diría que la mayoría tiene que ver con ella. Fotos nuestras: de viaje, con nuestros amigos, haciendo el tonto, besándonos... Y vídeos. Vídeos de Ashley en mi cama, tapada con una sábana y contestando a mis preguntas mientras la grababa. Vídeos míos cuando la que grababa era ella. Todas esas cosas que siempre habían sido solo para nosotros, de las que nunca piensas compartir en ninguna red social. Pulso sobre uno al azar, y no sé ni por qué lo hago. Somos Ash y yo con solo dieciocho años, en uno de esos vídeos que te haces cuando eres adolescente y estás enamorado, besándonos en el sofá del sótano de casa de mi madre, con su cuerpo encima del mío, mis brazos amarrándola por la cintura, los dos sonriendo y diciendo tonterías con los labios pegados, y con *Salem* paseándose por delante de la cámara de vez en cuando.

—Hostia, Ash, lo siento.

Lo paro rápidamente y salgo de la página.

—Menos mal que nunca nos dio por grabar una porno...

Lo dice en un tono que pretende ser de lo más serio, pero que yo puedo adivinar burlón debajo de su fachada. La miro y me está mirando, intentando contenerse para no reír. Soy yo el primero

que estallo en carcajadas y ella se une al instante. No sé cómo lo hace. No sé cómo lo hace, pero necesito que lo siga haciendo, al menos unas cuantas horas más.

—Lo siento —repito, serio de nuevo—. No quería que te vieras mezclada en todo esto, es...

—Da igual. —Me frena, con una mano sobre mi antebrazo—. En serio, no importa. En el fondo, me alegro de que no llegaras a borrar todo eso.

Estoy a punto de decir que nunca lo borraría. Que lo pasé todo a un disco duro que metí al fondo de un cajón para no volver a mirarlo hasta que dejara de doler, pero que jamás lo habría borrado del todo. Quizá hasta estoy a punto de decir que fueron los mejores años de mi vida.

Por suerte, el móvil suena de nuevo y es eso, y exclusivamente eso, lo que me salva el culo. Voy a tener que ponerme una mordaza en la boca, al final. El del teléfono es mi hermano, impaciente por saber si he visto el enlace que acaba de enviarme y advirtiéndome de que, de un momento a otro, la noticia va a correr como la pólvora por las redes sociales y se va a enterar todo el mundo, así que más vale que esté preparado para los amigos preocupados y puede que hasta para la llamada de mi madre. Luego me pide que le pase a Ash. Hablan un rato, ella casi todo el tiempo con monosílabos para que yo no me entere de lo que Rob dice al otro lado. Pero ya sé que le está preguntando por cómo estoy de verdad, y con el rollo ese de que cuide de mí, por favor, y todas esas cosas de hermano mayor. Cuando acaban, vuelvo a ponerme y le pido a Robbie que se encargue él de mamá, si es que se entera, porque yo voy a apagar el móvil.

Le envío un mensaje escueto a Vanessa, poniéndola más o menos al día de lo que ha pasado y advirtiéndole de que estaré desconectado y que hablaremos por la mañana. Solo porque sé que si ella se entera, me llama y no consigue hablar conmigo, es posible que se ponga histérica del todo. Además, así podrá transmitir mis palabras al resto de nuestros amigos. Antes de irnos de la clínica veterinaria, Ash ha dejado su número de teléfono también, por si acaso, así que si necesitan ponerse en contacto conmigo pueden hacerlo a través de ella. Eso es algo que a mis amigos ni se les pasaría por la mente.

—Voy a calentar esto un poco. Ya se ha quedado frío —indica Ash, cuando yo apago el teléfono y lo dejo a un lado de la mesa.

—Ya lo hago yo.

No puedo dejar que lo siga haciendo todo ella, como si yo estuviera enfermo. Cojo el plato y voy hacia la cocina para ponerlo un par de minutos en el microondas.

—Genial. —Oigo su voz a mi espalda—. Mejor, porque yo tengo algo que hacer.

Para cuando me giro a mirarla ya ha salido corriendo y sube a toda prisa la escalera de madera que lleva al gimnasio. Empiezo a reírme a carcajadas. Qué tonta es.

—¿Ya has visto los restos de huesos de la fosa común? —digo, muy alto, para que me oiga desde arriba.

La veo aparecer y se sienta en los escalones más altos, mirándome desde ahí.

—Vale, parece un gimnasio.

—Entonces, ¿no se ve a simple vista la trampilla que lleva al doble fondo de la pared? Hice

un buen trabajo.

—Buf, de verdad, eres muy pesado.

Luego se pone de pie de un salto y sube corriendo, como si fuera a comprobar que lo que acabo de decir no es cierto.

Y yo me vuelvo a reír con ganas.

Baja cuando le anuncio en un grito que la cena ya está caliente y que no pienso volver a calentarla otra vez si su parte se queda fría. Bromeamos un poco más mientras comemos y, al final, acabamos hablando de *Vodka*, recordando un montón de sus mejores anécdotas.

—Mañana estará un poco mejor. Estoy segura —dice Ashley, en voz baja, cuando yo vuelvo a tener que esforzarme para contener las lágrimas, recostado contra el respaldo del sofá.

Asiento y dejo que me acaricie el pelo suavemente, despejándome la frente. Sus caricias me reconfortan, y no creo que haya nada de malo en reconfortarnos en este momento.

Me recuesto poco a poco sobre ella, hasta poner la cabeza en el cojín que tiene en el regazo. No dice nada. Tampoco protesta. Sus manos se ponen a jugar con mi pelo de inmediato, relajándome. Y yo me permito sentir, sin pensar en nada más allá de este momento, hasta que me voy quedando dormido.

Cuando me despierto sigo en el sofá, mi cabeza reposa en el mismo cojín, que sigue sobre Ash, pero sus manos ya no me acarician. Está recostada sobre mi cuerpo, con la cabeza en mi costado, dormida. Me muevo despacio, para no despertarla, y ella protesta y se acomoda cuando me levanto. Se me olvidaba que a Ashley Bennet es complicado despertarla cuando coge el sueño.

No puedo dejarla aquí. Si duerme en el sofá, mañana le va a doler todo el cuerpo. La cojo en brazos para llevarla a la cama. Apoya la cabeza en mi hombro, y el roce de su nariz con la piel del cuello me hace cosquillas y me estremezco levemente.

Una vez en la habitación de invitados, aparto las sábanas como puedo y la dejo sobre el colchón. Me aseguro de que la manta la cubra para que no pase frío.

Estoy a punto de marcharme, pero algo me lo impide. Estoy seguro de que, si me voy a mi cama ahora, no voy a poder dormir. Estaba tan a gusto con ella en el sofá, que estoy convencido de que esa es la clave para poder descansar esta noche. *Ella* es la clave para poder descansar esta noche. Me tumbo a su lado, despacio, sobre la manta, y me acurruco a su espalda. Se mueve inmediatamente, buscando mi calor, pega la espalda a mi pecho, y su pelo me hace cosquillas en la cara. Le quito con cuidado la goma que lo recoge. Y luego, como si de un acto reflejo se tratara, pongo el brazo en torno a su cintura y la abrazo junto a mí, hundiendo la nariz en su cuello.

Y creo que no tardo ni dos minutos en quedarme dormido.

27

Ashley

Por segundo día consecutivo, me despierta la vibración del móvil en la mesilla. Claro que esta vez no es *mi* mesilla. Es la mesilla del cuarto de invitados de la casa de Cameron en Boston. Para cuando consigo despejarme, el móvil ya no suena, porque alguien ha contestado a la llamada y no para de soltar monosílabos ansiosos a través de *mi* teléfono. Es Cam, por supuesto, y me cuesta entender qué hace en este cuarto y con mi móvil, pero siento frío y una extraña sensación de vacío en la espalda y sobre la cintura, e imagino que es justo donde estaba su cuerpo hace unos segundos. ¿Es que ha dormido aquí? ¿Es que de verdad ha dormido aquí conmigo haciendo la cucharita?

—Sí, sí, ¿a qué hora podemos ir? —lo oigo preguntar, impaciente.

Me incorporo y me estiro la sudadera. Miro su espalda cuando se sienta a los pies de la cama, dando las gracias muy efusivamente a su interlocutor, y cuelga el teléfono.

—Eran del veterinario. Dicen que está mejor, Ash.

Sonríe brevemente, tras esas palabras. Y yo me lanzo sobre él y me aferro a su cuello, celebrando la buena noticia, con tanto ímpetu que me subo a su regazo. No parece incómodo con el contacto. Se pone de pie, levantándome en el aire, y me da una vuelta, para luego lanzarme sobre el colchón, juguetón.

—Dicen que no podemos ir a verla hasta dentro de un par de horas —me cuenta, y aparta la mirada como si acabara de darse cuenta de que nosotros ya no hacemos estas cosas—. ¿Quieres un café?

—Claro.

Asiente y sale de la habitación.

Lo sigo al enorme espacio abierto que une cocina, salón y comedor. Esta casa es una pasada. No puedo evitar pensar que me gustaría vivir en un sitio así. O no en un sitio así, sino aquí. *Con él*. Ashley, sácate los pájaros de la cabeza. Me acerco despacio hasta la isla del centro de la cocina y me siento en uno de los taburetes mientras veo cómo Cam coge una taza y un vaso de uno de los armarios.

—Creo que voy a tener que comprar tazas nuevas.

A pesar de estar hablando del robo, su tono es mucho más relajado y alegre de lo que era ayer.

Menos mal que ha habido buenas noticias esta mañana.

—A mí no me importa tomarlo en vaso.

Me mira y niega con la cabeza. Pone cara de saber perfectamente que miento, y que a mí el café me gusta en taza.

—¿Mucha leche, poco café? —prueba, al tiempo que abre la nevera para sacar un cartón de leche.

—Mitad y mitad —corrijo.

Esta vez, cuando me mira, tiene las cejas alzadas en gesto de sorpresa. Me encojo de hombros y, por un momento, me parece ver una sombra de nostalgia cruzando sus ojos verdes. Prepara primero mi café y me deja la taza delante antes de acercarme el azúcar y una cucharilla. Él se sirve su café en vaso, con muy poca leche, y no le echa ni un granito de azúcar. Parece que no soy la única que ha cambiado la forma de tomar el café, aunque ayer no hizo ningún comentario cuando lo obligué a entrar en esa cafetería y le pedí un *capuccino*.

—Debería pasar por la comisaría antes de ir a ver a *Vodka* —comenta, y se sienta frente a mí —. ¿Vienes conmigo?

—Eh..., sí, claro.

¿Qué otra cosa voy a hacer? No puedo quedarme sola en su casa, eso sería raro. Y tampoco tengo ningún otro sitio al que ir. No he venido a Boston a hacer turismo.

Nos quedamos en silencio y, mientras yo fijo la vista en el café y lo remuevo con la cucharilla, noto sus ojos recorriendo mis facciones, una y otra vez. Ninguno de los dos hemos hecho alusión al hecho de haber dormido juntos. A ver, sí, nos quedamos dormidos juntos en el sofá, hasta ahí lo recuerdo perfectamente. Él cuando consiguió relajarse tumbado sobre mi regazo, con mis manos en su pelo; y yo porque no podía moverme sin despertarlo y quería dejarlo descansar. Pero la cuestión es que en algún momento él se despertó, me llevó hasta la cama y... se quedó conmigo. Es que no me quiero hacer ilusiones, pero que se ha pasado la noche abrazado a mí es un hecho casi probado. Vale, no. No debería hacerme ilusiones. Él estaba muy vulnerable anoche y yo era la única persona cerca que podía proporcionarle algo de consuelo. Así que, en realidad, lo de anoche no significa nada. Alzo la vista y me encuentro sus ojos verdes clavados en los míos. No los aparta. Siento que me sube el calor a las mejillas. Me levanto con la taza entre las manos y camino hasta el ventanal, dándole la espalda.

—Vaya vistas —digo, sin volverme.

—Sí, por eso compré esta casa de entre todas las que vi.

Su voz suena justo a mi espalda, y no esperaba tenerlo tan cerca, así que me vuelvo, sorprendida, y rozo su pecho con el hombro porque está a solo un paso de mi cuerpo. Él hace como si no se diera cuenta de que está invadiendo mi espacio, y ni siquiera me mira.

—Me gusta tu casa.

—Me alegro, aunque ha tenido días mejores.

—Seguro que gana mucho con *Vodka* roncando justo ahí. —Señalo la cama de la perra ante el

ventanal.

—La verdad es que sí —confirma, y adivino su sonrisa en su tono de voz.

Se aparta y mi cuerpo parece relajarse con cada paso que da. ¿Por qué tengo que ponerme tan tensa cada vez que está cerca? Bueno, a lo mejor porque la última vez que lo vi pasamos un buen rato desnudos y bien pegados. Aunque ninguno de los dos vayamos a hacer alusión a eso ni de casualidad.

Miro de reojo. Se ha sentado al borde del sofá y está encendiendo el móvil, que apagó anoche. No tarda en empezar a sonar, con la llegada de un montón de notificaciones. Lee sus mensajes mientras yo lanzo miradas furtivas para ver cómo van cambiando sus expresiones. Suspira, como si alguien le pareciera muy pesado, y luego pulsa la pantalla y la voz de Vanessa llena el silencio.

¿Qué ha pasado? Cam, ¿tú te crees que puedes decir que han entrado en tu casa y que han envenenado a tu perra y apagar el móvil sin dar más explicaciones? ¿Estás bien? ¿Cómo está Vodka*? Por favor, llámame por la mañana, ¿vale? Y, oye..., ¿lo sabe Ash? Ya sabes que adora a* Vodka*. Creo que deberías llamarla, ¿no?*

Cam habla al micrófono del teléfono para responder:

Vodka *está mejor, en un rato podré ir a verla. Ahora tengo que ir a comisaría a formalizar la denuncia, y a ver qué han recuperado de todo lo que se llevó. Ya te iré contando, haz el favor de no ser histérica. Yo estoy bien, al menos ahora que parece que* Vodka *mejora. Ah, y Ash está aquí conmigo.*

No añade nada más. Y yo ya sé el efecto que va a tener eso en Vanessa en cuanto lo oiga. «Ah, y Ash está aquí conmigo», sin más explicación. Mi amiga va a volverse loca. Empezará a hacer conjeturas y a imaginar cosas y seguro que me llama o me escribe unas mil veces para ver qué está pasando entre Cam y yo. Y lo peor es que seguro que no tarda nada en contárselo a Emily, para poder cotillear juntas a nuestra costa. Voy a tener que apagar el móvil... o cambiar de amigas.

—Ya se ha enterado todo el mundo. Y parece que nadie se ha perdido las fotos y los vídeos, tampoco. Fueron muy rápidos, la página ya está bloqueada. ¿Es que Emily no te ha escrito para decirte que «se muere del todo porque tus intimidades están por todo internet»? Porque a mí sí me lo ha dicho —me dice, divertido.

Tengo que sonreír ante su imitación de Em.

—No lo sé, anoche silencié los mensajes.

Voy hacia la habitación, para recuperar el teléfono. Sí, Cam tiene razón. Emily me ha escrito un montón de mensajes. Y no solo ella. El chat que tengo con todos mis amigos, ese del que Cam se salió cuando decidió desterrarme de su vida, acumula más de cien. Los voy leyendo mientras

vuelvo al salón. Preguntan si he visto mis fotos y mis vídeos hechos públicos y luego se ponen a cotillear entre ellos sobre nuestra intimidad. No me molesto en contestar. Es muy temprano en la costa Oeste. Ya mandaré luego un mensaje para decirles que estoy al tanto de todo y que no me puede importar menos.

—¿Qué tal si pasamos por la comisaría y luego te invito a desayunar? Conozco el sitio donde sirven los mejores desayunos de Boston —alardea Cam, en cuanto me ve aparecer con la vista pegada a la pantalla.

Lo miro y sonrío.

—Me parece perfecto.

Pasamos tanto tiempo en la comisaría que mi estómago ya empieza a reclamarme ese desayuno que le ha prometido Cam antes de salir de casa.

Cameron se da prisa en buscar algo en concreto de entre los objetos recuperados. Cuando lo coge en la palma de la mano y lo veo, me da un vuelco el corazón. Mi colgante..., quiero decir, *su* colgante. El que él una vez me regaló para que lo llevara siempre conmigo y yo no me quité nunca hasta que me exigió que se lo devolviera. Me trae muchos recuerdos, demasiados, y tengo que darme la vuelta y salir de la sala para esperarlo en la puerta.

—¿Estás bien? —me pregunta cuando salimos a la calle.

Así que me queda claro que no se le ha pasado por alto mi huida. Le respondo con un «sí, claro» muy convencido y me hago la digna.

La tensión se disipa rápidamente en el desayuno. Charlamos sin parar, con el ánimo alto y el humor recuperado. Me gusta verlo así, después de cómo lo vi ayer. Creo que podría definirlo simplemente como que vuelve a ser él.

Esta vez nos permiten pasar a ver a *Vodka* en cuanto ponemos un pie en la clínica y, por la cara que tiene la veterinaria, ya puedo adivinar que vamos a encontrarla muchísimo mejor. Cam entra primero y yo lo sigo de cerca, porque no quiero perderme el reencuentro. La perra está tumbada sobre la misma colchoneta y sigue teniendo una vía en la pata, pero esta vez está con la cabeza en alto y, en cuanto ve a Cam, se pone a mover la cola tan fuerte que el golpeteo contra el suelo hace eco en la sala.

—¡Mi chica! —exclama, y se acerca a toda prisa—. No te levantes, anda, que aún no estás como nueva.

Como es muy vaga, vuelve a tumbarse en cuanto él se agacha a su lado y veo cómo le muerde las manos, suave, y luego estira el cuello para tratar de lamerle la cara mientras Cameron echa la cabeza hacia atrás riendo. Levanta las orejas en cuanto oye mis pasos, y empieza a menear la cola muy efusivamente otra vez y suelta un lloriqueo de impaciencia en cuanto posa los ojos en mí.

—Hola, pequeña —saludo al agacharme junto a Cam—. Estás mucho mejor, ¿eh?

Ahora los intentos de lametones se dirigen a mí, pero no tarda demasiado en volver a morder la mano de Cam y restregar el hocico contra su pierna, mimosa.

—¿Tienes ganas de volver a casa con nosotros? —le pregunta él, cariñoso. Luego se gira para mirar a la veterinaria, que espera en el umbral de la puerta—. ¿Podré llevármela a casa hoy?

La veterinaria ha dicho que no, pero, aun así, Cameron se pasa todo el día insistiendo, porque a pesado no le gana nadie. Se encarga muy bien de informarse de lo que la perra necesita y cómo lo necesita y cuándo lo necesita y hasta promete que se pasará la noche despierto para vigilarla y darle la medicina cada vez que le haga falta, pero que él no se va de allí sin su perra.

Su insistencia hace que llegue la hora del cierre al público y nosotros sigamos aquí, ahora ya hablando con el veterinario de guardia. Nos pide que esperemos mientras evalúa el estado de *Vodka* y, cuando nos quedamos solos en la sala de espera, me doy cuenta de lo tarde que es y de que no sé si debo, quiero, o a Cam le parece bien que pase otra noche en su casa. A lo mejor desde el momento en que nos han dicho que *Vodka* ya estaba mejor debería simplemente haber ido a despedirme de ella y reservar un billete en el próximo vuelo de vuelta a Chicago, ¿no? Pero creo que se ha hecho tarde para eso.

—Oye, Cam, ¿crees que puedo quedarme hoy y coger un vuelo de vuelta a Chicago mañana?

Me mira como si estuviera delirando por una fiebre altísima.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, Ash —dice muy serio, con sus ojos clavados en los míos.

Mi mente replica con un «vale, que sea toda la vida», pero mi boca permanece callada, que es como la he entrenado para estar desde hace mucho. Soy consciente de que si permanezco un solo segundo más sin decir nada esto va a resultar de lo más raro, pero el veterinario vuelve a aparecer en escena y corta de raíz la tensión de la situación. Tengo que salir a hablar con mi madre, que me llama por teléfono por tercera vez hoy, mientras Cameron habla con él. Me he pasado todo el día atendiendo llamadas y dando explicaciones bastante escuetas: a Vanessa, a Emily, a Mia, y a mi madre. No sabría decir cuál de las cuatro ha sido peor. Bueno... Emily. Sí, probablemente Em. Definitivamente Em.

Para cuando vuelvo a entrar a la sala de espera, Cam está firmando unos papeles y me anuncia, con una sonrisa amplia, que nos llevamos a *Vodka* a casa.

El veterinario aún sigue advirtiéndole de que no debemos dejar que haga esfuerzos, ni que se excite demasiado, cuando él ya carga con la perra en brazos hacia la puerta de salida. Que esté tranquila y que tome las medicinas, que le demos la comida suave que él nos ha dado y que, si hay cualquier cosa que nos preocupe, lo llamemos enseguida o volvamos a llevarla hasta allí.

Cameron conduce de vuelta a su casa y yo me monto en el asiento trasero con *Vodka* y voy todo el rato hablándole y haciéndole carantoñas. Ella va encantada con las atenciones, totalmente entregada a mis caricias, hasta levantando la pata trasera para que le rasque bien la barriga. Cómo la había echado de menos. Ojalá no tuviera que irme mañana y no saber cuándo voy a volver a verla.

Para cuando llegamos, y subimos a su casa tras sacar a *Vodka* a hacer un pis rápido, ya es bastante tarde. Mi anfitrión pregunta si tengo hambre y se ofrece a pedir una *pizza*. Así que, en

cuanto la traen, nos sentamos en el suelo del salón, con las espaldas apoyadas contra el sofá y *Vodka* tumbada entre los dos, mirando cada porción que nos llevamos a la boca con anhelo. Yo creo que ya no está tan mala, la verdad. Pasado un rato se cansa y apoya la cabeza en la pierna de Cam para ponerse a dormitar.

—Eh —llamo la atención de mi exnovio cuando veo cómo la observa—, está bien, mírala. En dos días estará como siempre, ya lo verás. Solo ha sido un susto. Ya la tienes en casa.

Asiente, y le acaricia el hocico con un dedo, una y otra vez, lentamente.

—Ya. Ya lo sé. No es eso. Es que... estoy muy harto de todo esto.

—¿De qué? —pregunto, desorientada.

—De todo. Del fútbol, de que todo el mundo se crea que tiene derecho a exigirme algo o a hablar de mí o a no respetar mi intimidad, solo porque juego en un equipo. Y mira adónde me lleva todo eso: a que alguien se cuele en mi casa. Si yo no jugara al fútbol, *Vodka* habría estado conmigo todo el tiempo, a salvo.

—Eso no es culpa tuya. Ni es culpa de que juegues al fútbol. Hay solo un culpable y es el tío que decidió meterse aquí la otra noche, Cam.

—No sé si quiero seguir jugando al fútbol, Ash —confiesa, y gira la cara para mirarme a los ojos.

No sé si la sorpresa llega a reflejarse en mis facciones, pero la verdad es que me sorprende. No que esté cansado del fútbol; no que tenga dudas sobre seguir jugando. No, eso no me sorprende para nada porque no es la primera vez que lo oigo. Lo que me sorprende es que se abra así conmigo, que lo haga con ese tono tan vulnerable y que me deje echar un vistazo en su interior, a lo que siente de verdad, sin filtros ni medias tintas, aunque solo sea por un momento fugaz.

—No tienes por qué hacerlo, si no quieres —ofrezco la solución más obvia.

Suelta una especie de gruñido y niega con la cabeza. Sé que está pensando que no es tan fácil.

—Claro que sí.

Lo dice tan firmemente, tan convencido y, al mismo tiempo, tan derrotado, que tengo que fruncir el ceño. Parece que no tiene alternativa y yo no acabo de entender muy bien el porqué.

—Claro que no. ¿Lo dices por el contrato?

—No, no es por el contrato. Es porque... No lo sé. Es difícil de explicar. Hay un montón de gente que cuenta conmigo: el entrenador, el equipo... —empieza, y a mí me suena mucho el discurso a su época con los Patos. A nuestras miles de discusiones sobre este mismo tema—. Todos los seguidores del equipo, yo... Siento que decepcionaría a un montón de gente si lo dejo ahora.

Asiento, comprensiva. Pero sé exactamente lo que quiero decir:

—¿Cuánto tiempo crees que tardará esa gente en olvidarse de ti y tener a otro jugador al que adorar?

Soy consciente de que sueno un poco dura, pero es que tiene que darse cuenta de la realidad.

Decepcionar a un montón de gente que ni siquiera te conoce de verdad es mucho menos grave que darte la espalda a ti mismo.

—Eso ya lo sé, pero...

—¿Y cuándo va a ser hora de pensar en ti?

Aparta la vista y vuelve a clavarla en *Vodka*, mientras juguetea con una de sus orejas.

—No lo entiendes, Ash. Estoy a punto de jugar la *Super Bowl* por tercer año consecutivo. Hay muchísima gente que mataría por estar en mi lugar.

—Pues déjales vía libre, no hace falta que maten a nadie.

Me callo cuando sus ojos verdes vuelven a tropezar con los míos.

—Mi padre ha dicho «Estoy orgulloso de ti, hijo» por tercera vez en toda mi vida.

Su mirada es intensa y está llena de sombras. Así que es eso. Ya debería habérmelo imaginado. Al final, a eso se reduce casi todo cuando se trata de fútbol. A su padre.

—¿Sabes? Los demás no necesitamos una *Super Bowl* para estar orgullosos de ti.

Se queda en silencio, con el verde de su mirada brillando como hace tiempo que no lo veía, mientras me observa. Su atención pasa de mis ojos a mis labios en un segundo. Y yo tengo que tragar saliva y echar la cabeza hacia atrás para ganar algo de distancia, y seguir hablando antes de que se me cierre la garganta y se me corte la respiración y las palabras ya no puedan salir.

—¿Qué es lo que quieres hacer tú? —pregunto.

Enseguida veo que gira la cabeza para mirar la estantería con todos esos libros de medicina del deporte y fisioterapia.

—No lo sé —suspira.

Pero los dos sabemos que está mintiendo.

No tarda mucho en anunciar que deberíamos irnos a dormir. Lo ayudo a recoger los restos de la cena, beso a la perra varias veces y luego voy a ponerme el pijama y me meto al baño para prepararme para ir a dormir.

Cuando estoy a punto de encerrarme en el cuarto de invitados, siento la necesidad de volver a asomarme para ver cómo está *Vodka*, pero no llego lejos. La puerta de la habitación de Cam está abierta y lo veo tumbado sobre la cama, con su mascota a su lado, ocupando mucho más espacio que él, tan cómoda, y dejándose mimar. Me apoyo en el marco de la puerta para observarlos, con media sonrisa. Cam se vuelve, al notar mi presencia, y me sonríe.

—Puedes venir un ratito con nosotros.

Es raro, a decir verdad. Raro, pero muy tentador. Así que ni me lo pienso antes de entrar en la habitación y rodear la cama para tumbarme al otro lado, con *Vodka* entre los dos. La perra me pone una pata encima, reclamando mi atención. Y yo la beso en el hocico un montón de veces.

—¿Vas a dejarla que duerma aquí?

—Voy a dejar que haga lo que quiera.

Yo me río, y él se me une al instante. Echaba tanto de menos reírme así con él... justo como anoche.

—Luego no tendrás manera de volver a educarla.

—No importa. Va a ser la perra más mimada del mundo —decide, y la abraza contra el pecho. Es de lo más tierno.

—Sí que han cambiado las cosas. Yo cocino, tú dejas a *Vodka* dormir en tu cama... Creo que ya no nos conocemos, Cameron Parker.

Pero, en cuanto lo digo, él se queda serio y yo me doy cuenta de lo que acabo de soltar en voz alta. Ya no nos conocemos. Esa es la realidad, pero lo cierto es que duele oírlo. Imito su gesto, borrando la sonrisa de inmediato, y los dos nos quedamos sosteniéndonos la mirada por unos segundos que se me hacen demasiado largos, antes de que sea él quien hable:

—¿Crees que podríamos volver a conocernos, Ash?

Se me acelera el corazón a demasiadas revoluciones y dejo de respirar por un momento. Él no aparta los ojos de los míos.

—Ya sé que fui yo el que decidió que las cosas fueran así —continúa—, y era lo que de verdad necesitaba entonces, pero ahora... A lo mejor podríamos intentar ser amigos, ¿no? ¿Qué te parece?

Creo que se me llenan los ojos de lágrimas y tengo que cerrarlos, aunque seguro que él ya ha podido darse cuenta. Me muerdo el labio y niego lentamente con la cabeza mientras busco mi voz para poder hablar. Amigos. Mierda. *Amigos*. La palabra me rechina tanto como si acabara de soltar la peor palabrota del mundo.

—Yo no creo que pueda ser tu amiga, Cam.

Abro los ojos de nuevo y me encuentro con los suyos muy atentos a mí. Y una parte de mí está cabreadísima conmigo por decir justamente esto, porque llevo dos años y medio pensando que cualquier cosa de él, por mínima que fuera, sería mejor que esa nada tan absoluta. Pero ahora no estoy tan segura. Estar cerca de él y sentirlo lejos es mucho peor.

—Los dos sabemos que no es así como te veo —añado en un hilo de voz.

Intento buscar las palabras para explicarme un poco mejor, pero lo veo asentir, una sola vez, antes de que su respuesta me acaricie los oídos.

—Está bien. La oferta seguirá en pie si alguna vez cambias de opinión.

—¿Me mandarás fotos de *Vodka* de vez en cuando para contarme cómo está? —pido, antes de que vuelva a meterme en la categoría de personas a ignorar.

Asiente, con una sonrisa tan adorable que tengo que esforzarme para no acercarme a besársela.

—Claro.

Me despido de *Vodka* con un beso, antes de levantarme de su cama y caminar hacia la puerta.

—Buenas noches, Cam.

No estoy muy segura de si estoy cuidando de mí misma o traicionándome del todo, porque la verdad es que, aunque vaya a dolerme como nada lo ha hecho, me muero de ganas de volver a conocer a Cameron Parker.

La *Super Bowl*

28

Cam

El entrenador lleva media hora soltando su discurso de motivación. Veo a mi alrededor que está surtiendo efecto. Mis compañeros de equipo están muy felices con haber llegado hasta aquí un año más. Y a mí me cabrea no poder sentirme como ellos.

Me siento aliviado cuando suelta la última frase y nos libera. Tengo ganas de encerrarme en la habitación del hotel y estar solo por un rato. Tengo muchas ganas de que haya pasado de una vez el partido de mañana, sea cual sea el resultado. Y poder pensar en lo que quiero hacer con mi vida después de esto. Hace tiempo que tengo claro que no quiero seguir jugando al fútbol. Pero ¿qué maldita opción me queda?

—Parker, quédate.

Miro sorprendido al entrenador, cuando ya estaba a punto de salir tras mis compañeros. West me da una palmada suave en el hombro y dice que me espera fuera mientras cruza la mirada conmigo con cara de circunstancias. Con cara de estar convencido de que me va a caer una buena bronca. Otra más.

—¿Qué pasa?

Cierra la puerta de la sala y me señala de nuevo el banco en el que, hasta hace un minuto, estaba sentado. Vuelvo a sentarme y lo miro expectante.

—¿Qué pasa contigo? —gruñe, con cara de pocos amigos—. Mañana jugamos el partido más importante de la temporada, tus compañeros están currando como cabrones para llevarnos esa copa a casa, y tú te paseas por aquí como si fueras el dueño del mundo y te diera todo igual.

Eso no es así. Y no es justo.

—No estoy pasando un buen momento personal.

—¡Me importa tres cojones tu vida personal, Parker! Si tienes problemas en tu casa, los dejas en tu casa, pero mañana en el partido te quiero al ciento cincuenta por ciento, ¿lo entiendes? Si te vas a dedicar a ir por ahí como un alma en pena como llevas haciendo estas dos últimas semanas en los entrenamientos, te quedas en el banquillo. ¿Sabes cuántos jugadores hay deseando estar donde estás tú?

¿Que si lo sé...? Claro que lo sé. Y me parece de lo más injusto, porque yo, en realidad, nunca he querido estar aquí. Tengo ganas de decirle que saque a jugar a otro, y coger el primer vuelo a

Sacramento. Pero entonces se me pasa por la mente la cara que pondría mi padre, y agacho la cabeza y me trago la bronca.

—Eso no va a pasar. Mañana estaré al doscientos por cien —prometo, subiendo la apuesta.

—Eso espero, porque hay mucho dinero en la mesa con la negociación de tu renovación de contrato. Si es eso a lo que estás dando tantas vueltas, te diré que no tienes que preocuparte, no creo que pongan pegas si pides más.

—No se trata de eso —me apresuro a aclarar, ofendido.

El maldito dinero. Y la renovación de mi contrato..., solo con pensarlo se me revuelve el estómago. Tres años más atado a los Patriots es una idea de futuro que me genera demasiada ansiedad. ¿Quiero hacerlo? ¿Quiero seguir haciendo esto? ¿Otras tres temporadas? Fui yo el que estableció como innegociable el hecho de que, en vez de firmar por seis temporadas, como era la oferta inicial, firmaría por tres y luego hablaríamos de la prórroga del contrato. Creo que todo el mundo pensó que lo hacía para poder exigir más dinero si la cosa funcionaba, pero no fue así.

—Me suda la polla de lo que se trate. Mañana haz lo que tienes que hacer y procura que ganemos ese partido. Luego ya veremos.

—Muy bien —suspiro, con la mirada clavada en el suelo.

—No quiero ni una gilipollez, Parker.

—No, señor.

—Venga, lárgate de aquí. Y procura descansar esta noche.

Ni siquiera contesto. Salgo tan rápido como puedo, sin mirar atrás. Tengo un «no quiero hacer esto» repitiéndose en bucle en mi mente.

—Parker.

West me está esperando a un lado de la puerta. Lo miro y lo insto a hablar con un gesto, porque está claro que tiene algo que decir.

—Necesito hablar contigo, tío. ¿Tienes un momento?

Lo invito a venir conmigo y subimos hasta la planta del hotel donde están nuestras habitaciones. Pasa a la mía y, en cuanto estamos a salvo de oídos indiscretos, se atreve a hablar.

—Tengo un problema. Es la rodilla. No quería que se enterara nadie, si no, no me dejarían jugar mañana, pero después del último entrenamiento creo que la tengo peor. Es como si se me encasquillara a veces. Bueno, tú sabes de estas cosas, ¿no? Eres como medio algo... ¿Puedes echarle un vistazo? ¿Hacerme un apaño? ¿Un poco de fisio para que aguante mañana?

Lo último lo dice en tono de broma, pero yo lo miro serio. Después de su lesión del año pasado, si le está molestando la rodilla, lo último que debería hacer es forzarla. Y tengo que reconocer que me ha dolido eso de «medio algo». Cameron Parker el que intentó sacarse una carrera y tuvo que cambiarla por otra. El que lo deja todo a medias, al final. Cameron Parker, el fracasado.

Como si no tuviera ya bastantes movidas en la cabeza.

—Deberías hablar con el médico.

—Cam, mañana es la *Super Bowl*. Necesito jugar ese partido. Sea como sea. Lo último que quiero es que se enteren el médico o el entrenador. Por favor.

Lanzo un resoplido resignado y, solo con eso, ya sabe que me ha convencido. En el fondo, lo entiendo. Lo entiendo porque llevo muchos años jugando al fútbol americano. Y he conocido muchísima gente para la que esto es su vida entera. West es uno de ellos. Prefiere que le tengan que amputar la pierna a no poder jugar mañana ese partido. Estoy seguro. Odio este mundo.

—¿Crees que habrá merecido la pena jugar un partido de fútbol si mañana te lesionas y te tienes que jubilar a los veintidós?

Niega con la cabeza, como si yo no pudiera entender su situación para nada. Pero está felizmente casado, sus padres siempre lo han apoyado en todas sus decisiones, ha ganado suficiente dinero para no tener que preocuparse por eso nunca más... ¿De verdad un único partido es tan importante?

—Mira, ya sé que tú tienes tus rayadas mentales. Y más últimamente. Pero haznos un favor a todos y deja todo eso para después del partido, ¿quieres? Piénsalo pasado mañana, cuando estés en casa de tu madre o donde quieras irte de vacaciones después del final de temporada. Te necesitamos en este partido. Y sé que tú no me entiendes. Bien, no te pido que lo hagas. Yo tampoco te entiendo a ti, porque eres Cameron Parker, del que todo el mundo habla porque eres la hostia de bueno. Eres la hostia de bueno, Parker. No entiendo que tengas dudas sobre que esto es a lo que tienes que dedicar tu vida. Has nacido para jugar al fútbol, tío.

Siento como si me pegaran una patada en el estómago. Una muy fuerte. «Has nacido para jugar al fútbol.» Cuántas veces he oído eso. De mis amigos, de mis compañeros, de los entrenadores. De mi padre. Sobre todo, de mi padre. «Tienes que jugar al fútbol, Cam.» «Lo llevas en la sangre, hijo.» «Esto es lo que eres.»

Pero es que estoy harto de serlo.

Me gusta el fútbol. No es que eso haya cambiado. Es solo que no es jugador de fútbol lo que yo quiero ser. Creo que lo he tenido claro desde siempre. Me gusta el fútbol como un juego, como un buen rato entre amigos, como la manera de pertenecer a un equipo. Pero no quiero que el fútbol me defina. Nunca lo he querido.

—Que algo se te dé bien no quiere decir que tenga que ser a lo que quieras dedicar tu vida —recito una frase que Ashley me soltó una vez.

—No lo entiendo. Pero, oye, cada uno toma sus propias decisiones. Yo no voy a cambiar de opinión con la mía. ¿Puedes hacer como que eres fisio por entero y ayudarme con esto? —se burla de nuevo.

Cuando se va ya es bastante tarde y yo sé que debería irme a la cama y dormir para poder rendir mañana al nivel que le he prometido a mi entrenador. Pero no puedo parar de darle vueltas a la cabeza.

El móvil suena con la entrada de un mensaje. Es mi madre. Me envía una foto de *Vodka* tumbada junto al sofá del salón de su casa en Sacramento y con *Salem* dormido encima de la

cabeza. Vaya par. Sonrío sin poder evitarlo. Hace ya tres días que mi madre voló de vuelta a Sacramento con *Vodka*, en cuanto la perra estuvo un poco más recuperada del susto que nos dio. Ni loco quería dejarla en Boston sin mí. Así que mi madre vino a pasar unos días con nosotros para luego poder llevarla a California. Tiene mucho sentido porque pienso estar una buena temporada en casa en cuanto pase este último partido. Al menos, hasta después de la boda de mi hermano. Y, con suerte, tal vez para entonces haya decidido ya qué hacer con mi vida.

Descargo la imagen para poder reenviarla. No tardo en encontrar su chat, porque ahora es uno de los primeros en mi lista de conversaciones. Desde que Ashley se fue de vuelta a Chicago, con la convicción de no querer ser amiga mía, hablamos bastante. A ver, solo de *Vodka*, o de tonterías, y solo a través de mensajes. Pero me gusta esta nueva manera de interactuar entre ella y yo. Me gusta cómo me siento con ello. Un paso en el camino hacia ser amigos. Y sé que es el camino correcto, porque tener que vérmelas con su fantasma no me dejaba avanzar del todo. De esta manera es mejor. Ella es la nueva Ashley y yo soy el nuevo Cam. No vamos a caer en los errores del pasado. Y es una chica increíble, así que me niego a continuar no teniéndola en mi vida.

Ignoro cómo me da un salto el corazón en cuanto la pantalla se ilumina con su respuesta. Son solo resquicios del pasado. Nada importante. Nada preocupante. Cosas que irán desapareciendo con el tiempo.

Me tumbo sobre la cama, con la vista fija en el techo. Lo de West me ha hecho pensar. Me gustaba mi carrera. Me gustaba lo que hacía, hacia dónde iba mi vida. Me gusta ayudar a la gente a estar bien. Solo yo habría abandonado eso, ¿no? Me estoy agobiando otra vez. Y mañana tengo que jugar la *Super Bowl*, y tengo que estar a pleno rendimiento, y tengo que ganar el partido porque todo el mundo cuenta con ello. Todo el mundo cuenta *conmigo*. Con que gane. Porque eso es lo que hago. Juego al fútbol y gano partidos. Eso es lo único que se espera de mí, eso es lo único que parece que de verdad se me da bien, y eso es lo único que hace que mi padre se sienta orgulloso. Tengo que sentarme sobre el colchón con las piernas cruzadas, y respirar hondo unas cuantas veces para recuperar el control. Estoy empezando a ahogarme. Casi no puedo respirar. «No quiero hacer esto.» El soniquete vuelve a repetirse en mi cabeza una y otra vez. No quiero hacerlo. No quiero jugar al fútbol. No quiero ser solo esto. No quiero seguir así.

No quiero hacer esto.

Mis manos se aferran al móvil y mis dedos se mueven solos para desplegar el teclado numérico y marcar los números de memoria.

—¿Cam?

Habla en un tono de voz muy comedido, como si intentara no molestar a alguien a su alrededor, y suena extrañada, puede que preocupada.

—No quiero hacer esto, Ash —suelto, de golpe, como me sale, sin ponerla en antecedentes, y con la ansiedad empapando cada sílaba.

—¿Qué? ¿Qué es «esto»? Cam, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Y por cómo lo pregunta, está claro que ya se ha dado cuenta de que no lo estoy. Es bastante obvio.

—No quiero hacer esto. No quiero estar aquí. No quiero jugar ese partido mañana. Estoy harto. No quiero hacer esto más.

—Eh, eh, vale, tranquilízate. Cam, vamos, respira, ¿vale? No te oigo, Cameron. Quiero oírte respirar —dice, tras un segundo.

—Estoy respirando —prometo, y mis labios se curvan levemente de manera involuntaria ante su tono de voz. Respiro hondo para que me oiga bien—. ¿Lo ves?

—Lo oigo —corrige, y sé que está sonriendo—. Ahora cuéntame qué te pasa.

Intento ordenar mis ideas antes de hablar. Pero es que sigo sin poder pensar nada más allá del «no quiero hacer esto».

—No quiero seguir jugando al fútbol.

—Muy bien. ¿Y cuál es el problema? ¿Qué es lo que te impide no hacerlo?

¿Está haciendo de psicóloga conmigo?

—No puedo dejarlo así como así.

—Ah, ¿no? —Me lleva la contraria, tan tranquila—. ¿Por qué? Me parece que has llegado a tomar una decisión bastante firme. No quieres jugar más, no juegues más. No hay que complicarse tanto la vida, Cam.

—No es tan fácil.

Ash me da unos cuantos segundos de silencio, como si me estuviera permitiendo pensar en mis vagos argumentos.

—Vale. No es tan fácil. ¿Qué va a pasar si dejas de jugar? Veamos los pros y los contras —propone.

Intento pensar y hacer una lista mental, como ella sugiere. Pero es que no dejo de pensar que no quiero seguir jugando y, contra eso, no hay lista que valga. Aunque me prometieran un millón de cosas a cambio de una temporada más, no estoy para nada convencido de que pudiera compensarme.

—Si no firmo para la siguiente temporada voy a decepcionar a muchísima gente.

—¿Y cuándo vas a dejar de decepcionarte a ti?

Su pregunta hace eco en mi cabeza, por unos segundos. Es ella quien tiene que volver a hablar mientras yo busco una manera de poder rebatir eso.

—La vida es muy corta para pasártela haciendo cosas que no quieres hacer.

—¿Sí? Pues bien que me decías que estudiara cuando a mí no me apetecía —bromeo.

Suelta una risita al otro lado y a mí se me escapa la sonrisa.

—Es importante tener metas y, normalmente, para conseguirlas siempre hay que hacer un esfuerzo. Pero, ya que cuesta tanto esfuerzo, capullo, procura invertirlo en luchar por cosas que realmente quieras y que vayan a hacerte feliz.

Mi corazón late dos veces en una cuando la oigo decir eso de «capullo» con ese tono suyo.

Hacía muchísimo tiempo que no lo oía.

—No sé lo que quiero hacer —me lamento, a media voz.

—Yo creo que sí que lo sabes.

Suena tan convencida que hasta me hace dudar de no habérselo dicho ya. Sé que los dos estamos pensando lo mismo, así que no me hace falta andarme con rodeos.

—¿Y si no sé hacer otra cosa que jugar al fútbol, Ash? Es lo que llevo haciendo toda la vida. Es lo único que se me da bien. Ya quedó bastante claro en su momento que no sirvo para estudiar, así que no voy a volver a la universidad con veinticinco.

—Sabes hacer muchas más cosas que jugar al fútbol, Cameron Parker. De hecho, creo que jugar bien al fútbol es tu cualidad menos increíble. Puedes hacer lo que quieras hacer, el único que está marcando los límites eres tú.

—No lo sé.

Mi ansiedad ha remitido bastante y tengo que reconocer que oír la voz de Ash me hace sentir mejor. Pero no cambia el hecho de que no tengo ni idea de qué voy a hacer con mi vida a partir de ahora. Y eso da miedo.

—Escucha, ¿qué tal si hacemos algo? Ahora vas a intentar relajarte, vas a llamar al servicio de habitaciones del hotel lujoso en el que estés y te vas a pedir una valeriana para dormir bien, y mañana juegas ese partido como despedida de la liga profesional. Yo creo que una *Super Bowl* no está mal como despedida, ¿no? Juega y disfruta tu último partido y, luego, en cuanto termines, coges un avión y te vas a Sacramento. Tómate todo el tiempo que necesites para meditar qué es lo que quieres, sin presiones, pensando en ti, tú solo con *Vodka*. No tienes que decidirlo esta noche, Cam. Ni mañana. Ni siquiera la semana que viene. Tienes tiempo para pensar y es una decisión demasiado importante para tomarla el día antes de la *Super Bowl*, ¿no crees? No tienes que volver a jugar si no quieres. Y, por suerte, puedes tomarte un tiempo para encontrar otro camino.

Es como si sus palabras fueran difuminando poco a poco el color negro con el que había pintado mi futuro. Creo que lo que dice tiene bastante sentido. Y no suena del todo mal.

—Creo que tienes razón.

—Vaya, debería estar grabando esta conversación. ¿Vas a pedirte una valeriana?

—A tomar por culo, voy a pedirme un *whisky* —digo, solo medio en broma.

—No te gusta beber solo —me recuerda, burlona.

—Ah, es verdad. Una valeriana, entonces.

—Qué idiota eres.

Sonrío, mucho más ampliamente esta vez. Me encanta lo idiota que soy con ella. Podría decirse que saca el mejor idiota que llevo dentro. Joder, me encantaba cómo era yo cuando estaba con ella. Ahora ni siquiera sé quién soy.

—Gracias por escucharme. Siento haberte llamado. Yo... Eres la única psicóloga que conozco —bromeo.

—No importa. Puedes volver a llamarme si lo necesitas, Cam. La consulta son cien pavos.

Suelto una carcajada y ella pierde bastante credibilidad al decir que hablaba completamente en serio sin poder evitar reír también.

—Gracias, te debo cien pavos —le sigo el juego—. ¿Vas a ver el partido mañana?

No puedo evitar preguntarlo. Quiero oírla decir que no se pierde ni uno solo de mis partidos, aunque ya sé que no va a decir una cosa como esa en voz alta.

—Oye, es la *Super Bowl*, ¿cuándo me he perdido yo una *Super Bowl*? —Se hace la indignada.

—Encender la tele solo durante el descanso para ver a Lady Gaga no cuenta.

—¿No? —exagera su sorpresa y se ríe cuando me oye soltar un suspiro exasperado—. Me encantará ver tu último partido mañana, Cameron Parker. No me lo perdería por nada del mundo.

—Deséame suerte.

—No la necesitas.

Nos quedamos en silencio, como si ninguno de los dos se decidiera a ser el primero en decir adiós.

—Voy a intentar seguir tus sabios consejos, señorita Bennet —aseguro en un tono levemente burlón.

—¿Puedo darte otro?

—Dime.

—Mírate el brazo derecho, ¿vale?

En cuanto lo dice, lo hago, como si mi cerebro se hubiera propuesto obedecerle ciegamente sin perder ni un solo instante. Y, como siempre, su letra marcada en mi piel me está pidiendo que sonría.

Como digo: parezco más que dispuesto a obedecer.

29

Ashley

—Mira, Ashley, de verdad te lo digo, yo es que me muero con los vídeos que está montando la gente. ¿Es que no te ha dado por meterte a YouTube últimamente y buscar «Cameron Parker»? Como mínimo los veinte primeros de la lista no tienen nada que ver con el fútbol, querida. Nada de nada. Sois Cam y tú en montajes superempalagosos con canciones románticas sonando. ¿De verdad no has visto ni uno? La gente se está volviendo loca. ¿Y los comentarios? ¡Tenéis a medio país enamorado! Y a mí me están dando la vida, literal. Acabo de volver al instituto y estoy superemocionada con vuestros dramas amorosos. ¿Vas a ayudar a tu mejor amiga a poner un poquito de emoción en su vida y vas a darme salseo con el que montarme una superproducción en mi cabecita o qué? Porque Scott dice que Cam está muy suave con respecto a ti. Y te ha desbloqueado en sus redes, ¿no? Te ha seguido en Instagram y en Twitter, tía, eso es el nuevo «me gustas», ¿sabes? ¿Qué ha pasado últimamente?

Estoy a punto de desconectar de mi conversación con Emily. ¿He dicho conversación? Bueno, está claro que es un monólogo. Ya estaría haciendo otras cosas mientras la dejo hablando sola, si no fuera porque me ha hecho una videollamada. Y está muy atenta a cada gesto por mi parte, así que no tengo escapatoria. Ya he intentado decirle tres veces que tengo a Jayce y a Syd en el salón esperándome para empezar nuestro ritual anual pre *Super Bowl*, pero no hay manera de que se dé por aludida y cuelgue.

—Em, para de una vez, ¿quieres? Obviamente, no he buscado «Cameron Parker» en YouTube y, oyendo lo que me cuentas, creo que, por mi propio bien, no lo haré jamás. ¿De verdad crees que lo que yo necesito ahora es ver vídeos nuestros de cuando todo era perfecto y que tú te pongas en plan «me muero del todo» y empieces a enredarme en tus ilusiones? No, gracias. Creo que mi corazón ya ha sufrido bastante. Así que olvídate de esas tonterías y, si quieres cotilleos jugosos, prueba con nuestra querida Mia, que seguro que tiene más que ofrecer que yo.

—¡Uy, Mia! ¡Mia me tiene enganchadísima a su culebrón! Pero sabes que soy una yonqui del drama, Ash. Siempre quiero más.

—Búscalo en otra parte.

—Vale, ahora me estás preocupando.

—Estoy bien, tía. Voy a hacer palomitas y a ver el partido con unas cervezas. Como todos los

años. Aquí no hay ningún drama.

—Ash, sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad? —Estoy a punto de protestar y decirle que lo sé y que no sea plasta, pero me frena con un gesto de su mano—. Me da igual si vivimos lejos, me da igual si nuestras vidas han cambiado y me da igual todo lo que nos pase a cualquiera de las dos, estoy aquí para ti siempre. Y puede que me emocione demasiado, o que sea muy entusiasta, o que me muera de amor con cosas que a ti te gustaría obviar. Lo entiendo. Dime que me deje de tonterías, o llámame pesada, pero, por favor, Ash, no te guardes nada para ti que necesites sacarte de dentro.

Suspiro.

—Él quiere que seamos amigos, Em. *Amigos* —repito escupiendo la palabra—. Porque él puede ser amigo mío sin que le duela, y yo no sé muy bien qué hacer ahora, ¿sabes? Porque le dije que yo no podía ser su amiga, pero es que tampoco quiero volver a perderlo justo cuando acaba de volver a hablarme.

Emily permanece callada unos segundos y eso no es muy normal en ella.

—Creo que deberías alejarte de él, Ash —dice con tristeza—. Mira, tal y como yo lo veo, Cam ya ha superado esto, pero tú no. Y entiendo que lo quieres, que no has dejado de quererlo nunca y que siempre va a ser el maldito amor de tu vida, pero ahora mismo, si intentas ser amiga suya como él quiere, solo vas a conseguir hacerte daño. Cada vez que pase algo entre vosotros, aunque sea una tontería, va a romperte el corazón. Y yo ya no quiero que te rompas el corazón más, Ashley. Quiero que te cuides. Aléjate de él y no te hagas más daño, por favor.

Me seco una lágrima rebelde y asiento con la cabeza, lentamente. Sé que tiene razón. Y si lo dice Emily, que siempre tiene la cabecita llena de puñeteros agapornis del amor, es que la cosa está clara. A veces es necesario que alguien nos diga cómo se ve todo desde fuera, para tener perspectiva cuando estás atrapada en lo más profundo.

—Sí, ya lo sé —suspiro.

—Lo siento. Sé que duele —dice, en un tono muy cariñoso—. Dejará de doler algún día, ¿vale? ¿Cuándo vas a venir a casa?

Parece muy preocupada y yo niego con la cabeza.

—No empieces a buscar billetes de avión. Estoy bien. Estoy bastante acostumbrada a esto, créeme. Voy a estar bien, como siempre.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

Total, hace ya tiempo que dejé de creer eso de que las promesas son sagradas.

Para cuando consigo cortar la conversación con Emily y volver al salón, quedan menos de veinte minutos para que empiece el partido. Mis dos amigos están bebiendo cerveza y riéndose a carcajadas en el sofá. Miro el botellín que Jayce tiene en la mano y hago una mueca.

—¿Qué decías el otro día de la cerveza orgánica de Sydney?

—¿Que me encanta? —prueba, haciéndose el inocente.

—Por supuesto que os encanta, cada vez que compro os las bebéis en dos días —protesta ella.

—Puede que tengas razón, yo ahora mismo voy a beberme una —informo mientras camino hacia la cocina.

Si tengo que ver a Cam jugando su último partido de fútbol, mientras sigo oyendo la vocecita de Emily en mi cabeza pidiéndome que me aleje de él, creo que necesito un poco de alcohol para pasar el trago. No puedo olvidarme de cómo estaba Cam ayer, tan vulnerable, y me rompe el corazón. No quiero alejarme de él. No quiero dejarlo solo en un momento como este. Por favor, Ashley, no está solo y no te necesita. Pero, si eso es verdad, ¿por qué me llamó a mí? Sé que Emily tiene razón. En el fondo, yo también pienso igual. Pero es que no quiero alejarme de él. *No quiero* hacerlo. Llevo demasiado tiempo lejos de él y lo echo tanto de menos...

Acabo de abrir un botellín de cerveza y tirar la chapa a la basura cuando suena el timbre. Me asomo al salón. Jayce y Sydney no parecen muy dispuestos a levantarse del sofá.

—Ay, Ash, mira a ver quién es, ya que estás de pie, anda —delega mi compañera de piso, con un gesto cansado, como si levantarse para abrir ella misma supusiera un esfuerzo titánico.

Pongo los ojos en blanco, pero voy. Cuando miro por la mirilla, veo a un repartidor con un paquete en las manos. Abro la puerta para ver qué trae.

Mira los papeles que lleva en la mano y luego vuelve a mirarme a mí.

—¿Ashley Bennet?

—Sí, soy yo.

—Muy bien. Para usted. ¿Puede firmar aquí?

—Eh, sí, claro.

Firmo el recibí y cierro la puerta en cuanto el chico se da la vuelta y se aleja.

—¿Qué has comprado esta vez? —se burla Sydney.

—No he pedido nada.

—¡Pues ábrelo! Qué intriga —me mete prisa Jayce.

Dentro hay una camiseta de color azul. Cuando voy a tirar de ella para sacarla un trozo de papel doblado en cuatro cae al suelo, delante de mis pies. Me agacho a recogerlo y lo desdoblo con el corazón latiéndome deprisa. Ya sé quién dobla siempre sus notitas en cuatro. Reconozco su letra de inmediato.

Te prometí una camiseta.
Solo para que no te equivoques sobre a qué equipo animar hoy. —C.

Saco la camiseta. Es de los Patriots. Con el número 86. Le doy la vuelta. En la espalda pone PARKER y debajo ese mismo número, bien grande. Es de su talla, no de la mía. Es *su* camiseta. «Te prometí una camiseta.» Sí, mientras nos besábamos y nos restregábamos cachondos, de pie contra la pared que ahora mismo tengo detrás. No me tomé sus palabras demasiado en serio.

La última vez que me regaló su camiseta yo era su novia y me ponía su ropa todo el tiempo. Sus sudaderas, sus camisetas... Me encantaba ponerme su ropa para estar por casa. Siempre que

iba de visita a Eugene no cargaba demasiado la maleta porque me pasaba más de la mitad del tiempo vestida solo con alguna sudadera suya, aunque Rob y Zack se burlaran bastante. Y luego, cada vez que me iba, le robaba alguna prenda para tener algo suyo que ponerme en Chicago mientras estuviéramos separados. Se convirtió en un juego entre nosotros el que él intentara descubrir qué me había llevado cada vez que nos decíamos adiós. Nunca se quejaba. Aunque me llevara sus prendas favoritas. Siempre decía que a mí me quedaban mejor. Y a mí me encantaba envolverme en ellas porque olían a él. Cuando me regaló la camiseta de los Patos se encargó de perfumarla con su colonia, para que el olor a él me durara más tiempo. Me llevo la camiseta a la nariz y cierro los ojos para concentrarme en encontrar su olor en ella, como una demente. Sydney va a ir en cualquier momento a hacer las maletas para no tener que seguir viviendo con una loca como yo. Pero es que... *huele a él*. Un montón, como olía la de los Patos cuando me la dio.

—Eh..., ¿es su camiseta? O sea, ¿la suya *suya*? —pregunta Jayce.

Sydney se pone de pie para quitármela de las manos y le da un par de vueltas.

—Ash, esto tiene que costar una pasta. Véndela.

La recupero de entre sus garras de malas maneras y me aseguro de ponerla fuera de su alcance.

—No voy a venderla.

—Cameron Parker no es ya más que un fantasma en tu vida. Y ¿sabes lo que hay que hacer con los fantasmas, Ash? —Casi me da miedo preguntar qué, pero ella responde, aunque yo no diga nada—: Hay que ayudarlos a cruzar al otro lado. Vende sus cosas, al menos sacarás algo bueno de tanto drama: un montón de pasta.

Niego con la cabeza. Sé que tiene buenas intenciones, pero es demasiado drástica. Syd no se anda con tonterías, y me temo que yo ahora mismo estoy pidiendo a gritos un poco más de tacto.

Jayce se levanta del sofá y se planta entre las dos para hacer de puente entre nuestras ideas enfrentadas.

—Sácame una foto —le pido.

Saco el móvil y se lo tiendo. En cuanto lo coge, con cara de no estar muy seguro de mis intenciones, me quito la camiseta que llevo, sin ninguna vergüenza porque me vean en sujetador, y me pongo la de Cam.

Doy la espalda a la cámara y me aparto el pelo a un lado, para que se vean bien las letras del apellido, y vuelvo la cabeza para mirar a la cámara con una sonrisa.

—Estáis como cabras los dos —gruñe Syd, y vuelve a dejarse caer sobre el sofá, derrotada.

Jayce me hace varias fotos y luego nos sentamos juntos con nuestras cervezas para escoger la mejor.

—Mandarle a un tío una foto con su ropa puesta es de lo más sexi —me anima mi amigo, cuando hemos escogido una y yo estoy seleccionando el contacto de Cam para enviarla—. Esperemos que ya haya apagado su móvil porque está a punto de salir a jugar y no le desconcentres —añade, con voz pícara.

—Qué bien que se haya librado de eso —suspira Sydney—. Ya están saliendo al campo, va a sonar el himno, chicos. Mano al corazón.

—¡¿Ya?! —exclamamos Jayce y yo a la vez.

Miro el reloj. Ni siquiera he hecho las palomitas. Me levanto de un salto y me voy corriendo a la cocina, para meter el paquete al microondas.

El himno ya está sonando y las imágenes pasan del artista invitado a los jugadores. Siento un cosquilleo por todo el cuerpo cuando es Cam quien aparece en primer plano. Tan guapo. Con esas líneas oscuras en las mejillas. Con el gesto serio. Estoy tan estúpidamente colgada de solo su imagen que hasta me sobresalto cuando oigo el pitido del microondas.

Tengo dos opciones: alejarme o quedarme. Y lo más difícil que hay en la vida es saber escoger bien.

Pero llevo puesta su camiseta, y huele a él.

Y creo que tampoco me queda ya tanto por decidir.

30

Cam

—Vamos, chica —llamo a *Vodka*, cuando llega la hora de irnos del parque.

Ya debería estar agotada de jugar, pero ella de eso nunca se cansa. Tengo que reconocer que yo también estaba muy a gusto aquí, viendo cómo se divierten los perros y, sobre todo, viéndola a ella pasárselo en grande. Además, me gusta mucho este sitio. Me da paz. Y más ahora que me he reconciliado con el pasado y los recuerdos no duelen. No. Me gustan. De hecho, me he pasado media tarde sonriendo como un tonto, sin motivo aparente, solo porque recordaba cuando Ash me trajo aquí en nuestra primera cita oficial. Y después de eso vinimos juntos un montón de veces. A *Vodka* le encantó desde el primer día, cuando era una bolita enana de tres meses.

Pero es hora de volver a casa, porque he quedado dentro de un rato para tomarme unas cervezas con Lucas y, al final, llegaré tarde.

Hace una semana desde que logramos nuestro tercer triunfo en la *Super Bowl*, y yo llevo todo este tiempo en Sacramento, escondiéndome del mundo. Ni siquiera hice las entrevistas de después del partido. Me largué en cuanto salí del campo y me di una ducha rápida. Volví al hotel, cogí mi maleta y me fui al aeropuerto. Ni entrevistas, ni celebraciones. Yo ya había hecho todo lo que tenía que hacer. Sé que hice bien, necesitaba salir de todo ese mundo en cuanto pudiera. Y Sacramento es el único lugar donde me apetece estar ahora. Ni siquiera me he puesto en serio a valorar mis opciones de futuro todavía. La decisión de no renovar con los Patriots ya estaba tomada. A mi madre le ha parecido bien. De hecho, diría que está muy contenta y aliviada. Es una exagerada. Igual que Ashley. Las dos me decían siempre lo mismo: que sufrían ellas los golpes mucho más que yo cada vez que salía al campo. Pues eso se acabó. Y mi madre me ha aconsejado lo mismo que Ash: que me tome un tiempo para pensar lo que quiero hacer, y que elija el camino que me vaya a hacer feliz y ella me apoyará. Mi hermano también está bastante satisfecho con mi decisión. Y a *Vodka* creo que le da igual, aunque me parece que le alegrará que no tenga que largarme de casa cada dos semanas.

En eso voy pensando cuando arranco el coche y pongo rumbo a casa de mi padre, o sea, a mi casa. Y eso es algo a lo que voy a tener que enfrentarme también. A mi padre. Aún no se lo he dicho.

El teléfono empieza a sonar, conectado al sistema de manos libres del coche. Echo un vistazo

rápido para ver qué dice la pantalla. Es mi hermano. Descuelgo enseguida.

—Hola, Robbie. Me pillas en el coche, *Vodka* y yo estamos volviendo del parque. ¿Qué pasa?

—No pasa nada, pequeño. ¿Es que no puede un hermano llamar para interesarse por la vida del otro?

Y ya sé que no llama solo para interesarse por mi vida. No, por su tono de voz. Y no, porque para interesarse por mi vida ya me ha llamado esta mañana.

—¿Qué quieres?

—Acabo de hablar con mamá. ¿Quieres saber lo que me ha dicho?

Por cómo lo dice, burlón, ya sé que mi madre le ha dicho algo sobre mí. No estoy muy seguro de qué, pero creo que sé por dónde van a ir los tiros.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que has estado comiendo en su casa. Y me ha dicho también que, cada vez que mirabas tu móvil, sonreías como un bobo. Me ha preguntado si vuelves a hablarte con Ashley.

Suspiro. Mi madre es muy pesada con el tema de Ashley. Pero la verdad es que, mientras comía en su casa, me he estado mandando unos cuantos mensajes con ella.

—Espero que le hayas dicho que se ocupe de sus propios asuntos, en vez de alimentar sus fantasías con chismorreos.

—Claro que sí. Eso es justamente lo que le he dicho. Después de explicarle que cuando pasó lo de *Vodka* pasasteis todo el fin de semana juntos y que no habéis parado de mandaros mensajitos como unos adolescentes desde entonces.

—Hostia, Rob. Me he equivocado de fantasioso en la familia. No es a mamá a quien hay que decirle que se meta en sus asuntos, sino a ti.

Mi hermano se ríe al otro lado de la línea.

—¿En serio sonríes como un bobo cuando lees sus mensajes?

—Claro que no.

—O eso es lo que tú te crees.

—Joder, qué cruz de familia.

—Deja de decir palabrotas. Además, no te llamaba solo por eso, pero me ha venido bien el chismorreo de mamá porque me daba un poco de cosa decirte esto, pero, sabiendo que sonríes como un bobo cuando lees sus mensajes, apuesto a que no te importará.

Frunzo el ceño, con la vista atenta a la carretera.

—No me importará, ¿qué?

—Zack y yo queremos pedirle a Ash que sea la otra testigo en la boda.

Me quedo callado por unos segundos. Mierda. ¿De qué va esto? Bueno, sí, siempre se han llevado muy bien. Ellos han mantenido la relación con mi ex en estos años en que yo no he sabido nada de ella. Sé que son buenos amigos. Pero se suponía que querían una boda íntima y sin hacer nada especial. Se suponía que solo la familia. *La familia*. Sin padrinos, sin damas de honor, ni discursos, ni nada de eso. Solo Alice con los anillos, mi madre soltando unas

lagrimitas, mi padre fingiendo que no se lo están llevando los demonios, y yo como testigo, regalándoles una firma para que sellen su contrato, digo, su amor. Sí que llegué a pensar en algún momento que necesitarían otro testigo. Zack no tiene hermanos, sus padres murieron cuando él era pequeño... pero imaginaba que se lo pedirían a algún amigo. Y sí, claro, justo. Pero no me había imaginado que esa amiga fuera a ser Ashley precisamente.

—¿Cam?

—¿Por qué, Rob? Se suponía que iba ser solo la familia, ¿no?

Esta vez es mi hermano el que deja transcurrir un par de segundos en completo silencio.

—Sí, solo la familia. Pero es que no sé si eres consciente de que, por mucho que Zack lleve años siendo de la familia, solo viene *nuestra* familia. Zack no tiene a nadie a quien invitar, si es solo la familia, y Ash y él son uña y carne, y más últimamente. Creo que para él siempre fue su amortiguador con mamá, lo que le hacía no sentirse tan fuera de lugar cuando tenía que venir a casa y él no tenía ninguna casa a la que llevarme en Navidad, ¿sabes? Y ahora, desde que está Alice con nosotros, hablan cada día. Es lo más parecido a una hermana que tiene. Así que, si fuera por mí, no me lo hubiera planteado, aunque me apetezca invitarla. Pero Zack quiere que esté y me ha pedido que hable contigo para ver si no te importa.

Uf. ¿Por qué todo el mundo quiere tanto a Ashley? Podría decir que no lo entiendo, pero lo entiendo. Y entiendo que Zack quiera tenerla allí. Siempre se llevaron mejor que bien mientras ella y yo estábamos juntos y venía de visita y se quedaba con nosotros en casa. Tenían muchísimas cosas en común. Y siempre eran ellos contra los Parker en todos los juegos. Ellos siempre elegían hacer equipo. Creo que tiene sentido.

—Vale. Está bien. No me importa. Pero deberíais decírselo ya, ¿no? La boda es en tres semanas.

—No creo que haya hecho planes.

—Robbie —digo muy serio, al oír su tono de voz—. ¿Me has llamado para pedir permiso y ya la habíais invitado?

—No exactamente —se defiende—. Le habíamos dicho cuándo iba a ser la boda, pero no le habíamos dicho *expresamente* que estaba invitada. Ah, y lo de que es testigo es novedad absoluta, eso aún no lo sabe.

—Sois increíbles —bufo.

—Vamos, Cam. Te conozco. En el fondo eres un peluche. No nos habrías pedido que le retiráramos la invitación a Ashley ni aunque esto hubiera sido hace dos años. Te habrías aguantado y ya está. Porque eres el mejor hermano del mundo.

—No me hagas la pelota.

—Vale, te quiero, pequeño. Hablamos otro rato. Adiós —se despide rápidamente cuando se da cuenta de que la conversación no va como él quiere.

Sonrío sin poder evitarlo y musito una despedida yo también antes de que cuelgue.

Al parecer, Ash y yo vamos a ser los testigos de la boda de mi hermano y Zack. Es imposible

librarse de ella. «Ni en tus mejores sueños, capullo», oigo su tono burlón en mi cabeza, cada vez que le decía algo así y ella me contestaba justo eso. Ya, no me libraría de ella ni en mis mejores sueños. Menos mal que ya no tengo tantas ganas de hacerlo.

Cuando llego a casa, me llama la atención ver a alguien esperando en la puerta. Aparco en la calle, en vez de en el garaje, porque hay hueco suficiente y aún no estoy seguro de si voy a volver a coger el coche o no. La de la puerta es Emily y la saludo con la mano, extrañado, y me doy prisa en sacar a *Vodka* para poder ir hasta ella y ver qué quiere.

—Ey, Em —saludo, menos efusivo que *Vodka*, que da saltos a su alrededor—. ¿Qué hay? ¿Qué haces aquí?

Ni siquiera saluda. Está muy seria y tiene pinta de querer ir directamente al grano.

—Quería hablar contigo, ¿puedo?

Como si no fuera a decir lo que quiera que ha venido a decir, aunque yo respondiera que no. Ya hace muchos años que la conozco. No va a engañarme haciéndose la educada.

—Claro. Pasa —la invito cuando he abierto la puerta y *Vodka* ya trota hacia la cocina a beber agua—. ¿Y Dylan? ¿Por qué no lo has traído contigo?

—Ay, un drama. Está con mocos y Scott actúa como si tuviera gripe española, así que se ha quedado en casa con él.

—Pobre Dylan. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Voy a la cocina, donde *Vodka* ya bebe agua, y vuelvo con un botellín en la mano al que le doy un trago antes de sentarme junto a mi amiga. Ella ya se ha puesto cómoda con toda confianza, como si estuviera en su casa.

—Tú dirás.

Se pone de medio lado, con una pierna doblada bajo su cuerpo, para poder mirarme muy fijamente y de manera un poco intimidante.

—He venido a hablar de Ash.

Mi corazón se contrae fuerte por un momento, al oír su nombre.

—¿Qué le pasa? —Me hago el despistado.

Si no conociera bien a Emily Davis desde hace más de seis años, hasta tendría mis dudas de lo que puede querer contarme. Pero es que la conozco. La conozco mucho. Y la cara que trae es la cara de «como le hagas daño a mi mejor amiga, te mato y le doy tu cadáver al perro de Grace».

—No sé muy bien de qué va todo esto, o lo que te crees que estás haciendo, pero necesito que pares, Cam.

Veo en sus ojos que está realmente preocupada y eso me preocupa a mí. ¿Que pare de hacer qué? Ashley y yo nos limitamos a mandarnos mensajes de texto de vez en cuando, aunque debo reconocer que cada vez más a menudo, pero eso es todo. No le estoy haciendo nada. O eso creo.

—No sé a qué te refieres. ¿Qué es lo que estoy haciendo exactamente?

Emily aprieta los labios, como si desaprobara mi ignorancia.

—Mira, Cameron —dice, en un tono un tanto amenazante que a mí me obliga a tener que aguantarme la sonrisa—, yo ya sé que ha pasado mucho tiempo, que tú ahora estás de maravilla y que has pasado página. Pero Ashley no. Ashley no ha pasado página, y vuelve a tu página una y otra vez, porque es su parte favorita del libro y la tiene marcada con un post-it rosa, ¿vale?

Asiento, intentando seguir el hilo de su metáfora. Es muy graciosa cuando se pone en plan chungo. Y a mí siempre me divirtió y me enterneció a partes iguales que se atreviera a venir a echarme la bronca, o a amenazarme, si alguna vez consideraba que no me estaba portando con Ash tan bien como ella merecía.

—Vale. Creo que entiendo el concepto.

Rasco a *Vodka* tras la oreja cuando se sienta en el suelo sobre uno de mis pies.

—Y lo peor es que lo sabes y te da igual. Mira, tú nos pediste a todos que la dejáramos fuera de tu vida, que no te habláramos para nada de ella y que no le contáramos a ella nada de ti. Y lo hicimos, ¿no? Porque entendimos que era lo mejor, y que tú de verdad lo necesitabas. ¿Y sabes lo que hizo Ashley? Pues exactamente lo mismo. Entender que era lo que tú necesitabas y callarse y aguantarse. Y no preguntar ni una sola vez por ti. Y te aseguro que le costó mucho. Le ha estado costando mucho hasta hace cuatro días, cuando tú, de pronto, has decidido volver a meterte en su vida. Así que ahora, ya que todos hicimos lo que nos pedías, creo que lo justo es que tú hagas lo que te pido yo y te mantengas lejos de ella.

—No estoy cerca de ella, Em —replico, con media sonrisa burlona—. Apenas nos hablamos por mensajes y, si lo hago, es porque ella me pidió que no dejara de escribirle para contarle cómo está *Vodka*. Así que, cuando ella lo pida, yo dejaré de hablarle si es lo que quiere, o que me bloquee en Instagram, o lo que ella crea conveniente. Pero es mayorcita para poder decidir eso ella sola, y que no lo tengas que decidir tú.

Sé que estoy jugando con fuego. Enfrentarme a Emily no puede traerme más que problemas, pero es que no me parece justo que se presente aquí con exigencias, como si yo fuera el malo de la película.

—A ella no le importa hacerse daño cuando se trata de ti, pero a mí sí.

—Yo no quiero hacerle daño a Ash, nunca ha sido mi intención.

—No, pero da igual la intención que tengas, Cam, porque al final la realidad es que cada vez que Ash está cerca de ti acaba con el corazón destrozado.

Suelto un bufido y luego una risa irónica. Lo que me faltaba. De verdad. Lo único que me faltaba por oír.

—Ah, ¿ahora es ella la del corazón destrozado? A lo mejor ya no te acuerdas de lo que pasó y te has quedado solo con la versión edulcorada de tu mejor amiga. Pero la realidad es que si Ash y yo estamos como estamos, o como hemos estado en los últimos dos años, la única responsable es ella. Y no, no quiero hacerle daño. No quiero que sufra más por esto, ni por lo que pasó, ni por nada. Pero no vengas a decirle a un perro abandonado que no se pasee cerca de su casa para que su antiguo dueño no se sienta mal. —Utilizo su lenguaje metafórico—. Te entiendo, Em. Sé que

es tu mejor amiga, sé que harías cualquier cosa por ella y que quieres que esté bien. Pero te juro que no pretendo hacerle daño y que si, en cualquier momento, soy consciente de que no está bien, me alejaré.

—Ya le haces daño y no te das cuenta —suelta, y se levanta del sofá.

La despido en la puerta, y suspiro en cuanto cierro y me quedo a solas con *Vodka*. Es que ya no sé ni qué hacer, si parece que haga lo que haga va a estar mal. Antes todo el mundo me preguntaba por qué era incapaz de perdonar a Ashley, o por qué no hacía el esfuerzo de llevarme con ella de manera cordial. Y, ahora, cuando hago justo eso, tampoco es lo que quieren que haga. Que les den. Yo no estoy haciéndole daño a Ashley. El daño se lo hizo ella sola. Y si va a estar mejor sin saber nada de mí, solo tiene que decirlo y punto.

Suena el móvil con la entrada de un mensaje. Es Ash.

> Zack acaba de llamarme. Dice que quieren que sea testigo en la boda... ¿Te parece bien?

Deslizo el dedo por la conversación hasta la foto que me mandó hace días. Ella con mi camiseta de los Patriots, la que le mandé a casa antes del partido de la *Super Bowl*. De espaldas a la cámara, luciendo mi apellido. Qué bien le sienta. La camiseta... y mi apellido.

Los testigos

31

Ashley

—¿Cuántos aviones dices que tienes que coger?

Levanto la vista de la maleta a medio terminar para mirar a Sydney, que está apoyada en el marco de la puerta, comiendo M&M's, y dedica su tiempo a observarme como si no tuviera nada mejor que hacer.

—Solo uno —respondo, como por tercera o cuarta vez—. Voy en avión hasta Portland y luego cogeré un autobús a Eugene. Como siempre.

—Ah, no. Como siempre no. Como siempre no, Ashley, porque lo de siempre era pegarte una paliza de viaje para ir a ver a tu novio, pero creo recordar que ahora mismo no tienes novio. ¿O es que me he perdido algo?

Lanzo un suspiro exasperado y me doy la vuelta para abrir el cajón de mi ropa interior y coger lo necesario para los dos días que voy a pasar fuera.

—No te has perdido nada. He hecho este viaje más veces para ir a ver a Alice, así que sí, es como siempre. Como siempre del siempre de mi vida actual. Y no sé por qué estás tan en contra de que vaya a la boda de unos amigos, de verdad. No lo entiendo.

Reviso por enésima vez que tengo el billete de avión en el bolso, y también el billete de autobús del aeropuerto a Eugene. La boda es en Veneta, que está a menos de media hora de la ciudad y que es de donde era toda la familia de Zack. Hace mucho tiempo que ya no va a menudo por allí y vendió la casa de sus abuelos cuando aún estaba en la universidad, pero yo he estado allí con él y con Alice un par de veces, paseando por los alrededores del lago Fern Ridge. Precisamente junto al lago es el lugar en el que han decidido celebrar la ceremonia, y han alquilado una casita para que podamos quedarnos todos a pasar la noche. De hecho, ellos ya están allí. Creo que el único que falta por llegar, aparte de mí, es el padre de Cam.

Sydney se queda en silencio por unos segundos. Y yo la miro de reojo de vez en cuando esperando que en cualquier momento me dé una buena explicación que me calle la boca. O que me diga que soy tonta y se largue sin más. Eso también es bastante de su estilo.

—Estoy preocupada por ti —confiesa, y da tres pasos para sentarse a los pies de mi cama.

Me siento a su lado y meto la mano en su bolsa de M&M's para robarle un par y comérmelos antes de contestar:

—No hace falta que os preocupéis todos tanto. De verdad. Ni que fuera una niña que ni se entera de que juegan con ella. No soy tonta. No pasa nada con Cam, no va a pasar nada con Cam y no voy allí por Cam, si es lo que piensas. Él y yo estamos manteniendo la cordialidad ahora mismo como personas adultas y maduras. No hay más.

Miento y mucho, porque por mi lado sí hay mucho más y todo el mundo lo sabe. Hasta él. Y por su parte... No sé muy bien lo que hay por su parte, porque ha dejado muy claro en todo momento que ya ha superado lo nuestro y que no podría volver a quererme y que quiere que seamos amigos, pero es que los mensajes que no paramos de mandarnos no me dan esa impresión, algunas veces. No es que me haya dicho nada demasiado esperanzador o fuera de lugar. Qué va. Pero es que, en el fondo, aunque no pare de decirme a mí misma que no estamos tonteando, creo que sí lo estamos haciendo. Llevamos ya más de un mes mandándonos mensajes a diario. Muchos. Para las tonterías más absurdas, como si buscáramos cualquier excusa para hablarle al otro. No sé, como... como cuando éramos amigos, antes de que me enamorara de él. Algo así. Pero, claro, por entonces yo ya empezaba a sentir algo por él y, por lo que yo sé, él también sentía algo por mí. Ahora no sé muy bien lo que estamos haciendo.

Emily no para de pedirme que me aleje de una vez, y Sydney va más o menos por el mismo camino. Y eso porque son las únicas que saben todo lo que ha pasado y lo que está pasando. Me pregunto si mis amigos y conocidos me dirían lo mismo si lo supieran. El caso es que, que dos de mis mejores amigas estén de acuerdo en esto, me da qué pensar, no digo que no. Pero es que no quiero alejarme de él. *No quiero*. Siempre pensé que yo me quedaría en el barco hasta que se hundiera.

—Ashley, no te digo todo esto para atacar a Cam. No estoy siendo injusta con él. Cam nunca me ha caído mal. Te pido que tengas cuidado porque, aunque no quiera hacerte daño, él ya no siente lo mismo que tú. Y, a la larga, solo vas a conseguir hacerte daño tú sola.

Le robo otro par de M&M’s y los mastico despacio, y asiento con la cabeza de acuerdo con sus palabras. Sé que tienen razón. Sé perfectamente que yo diría lo mismo de estar en su lugar. Exactamente lo mismo.

—Ya lo sé. Agradezco que intentes cuidarme tanto, mamá —me burlo de ella, que hace una mueca—. Pero voy a estar bien, no va a pasar nada en estos dos días, y te prometo que tendré cuidado, ¿vale?

—Muy bien. Te concedo un viaje de dos días. Pero, si para cuando vuelvas no te has dado cuenta de que yo tengo razón y tienes que cortar por lo sano, ayudaré a ese fantasma a pasar al otro lado. Y, sí, eso quiere decir que iré y mataré a ese tío. —Suelto una carcajada, por cómo lo dice. Parece una auténtica mafiosa—. Ríete, pero no estoy de broma —asegura, con el gesto tan serio que no deja lugar a dudas de que sí está de broma—. Iré y lo mataré, y así ya no te quedará más remedio que alejarte de él. Si en un par de semanas es noticia su asesinato, ya sabes. Culpable.

Se levanta de un salto, tan tranquila, y camina hacia la puerta abierta de mi cuarto.

—¿Sabes? Si esto fuera una peli, Cameron Parker aparecería muerto en cualquier momento y todas las pruebas apuntarían a ti. Serías inocente, pero solo tú lo sabrías y no tendrías modo de demostrarlo.

—Oh, no —dice, sin volverse a mirarme siquiera—. Si Cameron Parker es asesinado, te aseguro, amiga mía, que habré sido yo. Pero no dejaré ni una sola prueba.

Me río y me levanto para continuar con mi maleta. Sydney siempre ha sido así de drástica, y con un humor muy negro. Es parte de su encanto.

32

Cam

Unos toques suaves en la puerta hacen que me estire y encienda la lámpara de la mesilla antes de dar mi permiso a quien sea para que pase.

Mi hermano abre y asoma la cabeza.

—¿Te he despertado?

—No, qué va. Aún estaba despierto. —Me incorporo y apoyo la espalda en el cabecero—. ¿Qué pasa? Entra, no te quedes ahí.

Cierra la puerta tras él. Luego se acerca y yo muevo las piernas a un lado para que pueda sentarse al borde del colchón.

—Robbie, ¿qué te pasa? ¿Estás nervioso?

Me mira muy serio.

—Estoy nervioso, pequeño, pero no es por la boda. Es por papá.

Frunzo el ceño y cruzo los brazos sobre el pecho. Tengo que reconocer que yo también estoy algo nervioso con la presencia de mi padre. Espero que se comporte y no se le ocurra decir nada fuera de lugar. Hace ya tiempo que ellos más o menos han hecho las paces. A ver, no es que tengan una relación idílica, pero lo cierto es que desde que adoptaron a Alice, tanto mi hermano como mi padre se han esforzado mucho por llevarse lo mejor posible por la niña. A mi padre se le cae la baba con ella. Y creo que poco a poco está empezando a ver que de verdad son una familia, y que son felices.

—No te preocupes por papá. Se va a comportar, de eso me encargo yo —prometo.

Sonríe en respuesta a mi firmeza, como si le pareciera un niño que promete que va a enfrentarse a un gigante y le pareciera mono y muy gracioso. Me revuelve el pelo y yo aparto la cabeza, protestando.

—Va a ir todo bien. Si Alice no pierde los anillos, o no se los comen ninguna de las perras, ya está. Todo hecho.

—Me estás dejando supertranquilo, Cam —gruñe, y yo me río.

—Eh, aquí está tu hermano el héroe para solucionar cualquier contratiempo. Dime qué puedo hacer por ti, y lo tendrás.

Se rasca la barbilla, exagerando su gesto pensativo, y luego me señala con un dedo.

—Puedes ir mañana a Eugene a recoger a Ashley, por ejemplo.

Sonrío de medio lado.

—Ya contaba con ello.

—Es verdad —dice, como para sí mismo.

—¿Qué es verdad?

—Que se te pone la sonrisa tonta cuando piensas en ella. Mamá no para de decírmelo, pero creía que estaba exagerando, porque ya sabes cómo es.

Me quedo serio de golpe. Eso no es verdad. No lo es, ¿no? Si sonrío cuando hablo con ella por mensajes es porque es graciosa. Solo eso. Y si hoy me he pasado todo el día con el estómago encogido cada vez que pienso en mañana, es solo porque me emociona la boda de mi hermano y mi cuñado, y no porque vaya a verla a ella. Está claro. Cada vez que busco una explicación racional a cosas que parecen un cuelgue absurdo de adolescente, la encuentro. Así que la opción racional es siempre la ganadora. No tengo dudas.

—Eso no es verdad.

—Cam, déjalo ya. En serio —dice mi hermano, con gesto condescendiente—. Fue perdiendo el culo hasta Boston en cuanto le dijiste lo que le había pasado a *Vodka*. Está ahí cada vez que la necesitas, siempre que te da por buscarla. Está, ¿no? Ashley está loca por ti. No ha dejado de estarlo. Y, ¿sabes qué?: que tú estás loco por ella, aunque no quieras. ¿Por qué te resistes tanto a esto? ¿Es por orgullo? ¿Es porque crees que no puedes perdonarla?

Gruño y aparto la mirada, porque Rob sabe que no quiero hablar de esto y aun así se empeña en sacar el tema.

—No sé por qué os es tan difícil de entender. Ya no estoy enamorado de ella. No lo estoy, Rob. No es orgullo. Ya la he perdonado. No es eso. Hace tres años estaba loco por ella, sí, pero es que ha pasado el tiempo. Y las cosas han cambiado.

—Las cosas cambiaron, eso lo sé. Pero ¿están volviendo a cambiar ahora que vuelves a tener relación con ella? No me digas que Ash no te gusta, salta bastante a la vista.

—Pues claro que me gusta —respondo, irritado—. ¿Cómo no va a gustarme? Habría que ser muy tonto. Es una chica increíble. Es preciosa, es inteligente, es muy divertida... No soy de piedra. Pero ya está. La cosa no va más allá.

Mi hermano hace un mohín con los labios.

—¿Y por qué no? ¿Porque no sientes nada más o porque no te dejas sentir nada más? O a lo mejor tienes miedo de no poder olvidar lo que pasó si alguna vez vuelves a estar con ella.

—No voy a volver a estar con ella.

—¿Tienes miedo de que te vuelva a partir el corazón?

—No.

—¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo.

—Vamos, pequeño...

Miro sus ojos y él me está mirando como si estuviera convencido de que tiene razón. De que no me dejo llevar con Ashley porque tengo miedo.

—No podría volver a estar con ella después de lo que pasó. Nunca sería lo mismo.

—No tiene que volver a ser lo mismo. A lo mejor es diferente, pero está bien. Dime, cuando quedas con Tyler y te tomas unas cervezas con él, ¿piensas en lo que pasó entre él y Ashley?

—Claro que no. Si lo pensara ya me habría vuelto loco —digo entre dientes.

—¿Y estas veces que has estado con Ashley últimamente? ¿Lo has pensado? ¿Ha sido horrible? ¿Has tenido ganas de matar a alguien?

Niego con la cabeza, como toda respuesta. Pero es que la cuestión no es que pueda estar con Ashley sin volverme loco de celos. Eso ya ha pasado a la historia porque ya no estoy enamorado de ella. Por eso no me duele.

—Mira, Cam, si de verdad no sientes nada por ella y si no quieres estar con Ashley, no lo estés. Es sencillo. Pero permítete descubrir si sientes o no sientes antes de tomar la decisión. Porque me parece que no quieres darte cuenta de algo que ya está ahí.

Y me pone la mano sobre el corazón.

Dejo el coche donde puedo, frente a la estación de autobuses de Eugene. Esto está abarrotado. Ni un sitio para aparcar. Paro el motor y miro por el retrovisor a la enana que se ha empeñado en venir conmigo a recoger a Ashley y que va bien atada en una de esas sillas para niños que hemos tenido que cambiar de coche para que pudiera acompañarme.

—Venga, vamos —llamo su atención.

—Aquí no estás bien aparcado —dice, la sabihonda, mientras tira de las orejas de su conejo de peluche sin levantar la vista para mirarme.

—«Aquí no estás bien aparcado» —la imito, con voz chillona.

Me bajo del coche y abro su puerta para soltarle todas las medidas de seguridad.

—¡Eh! No me imites —se enfurruña—. Lo haces muy mal.

Suelto una carcajada y le tiendo la mano cuando se apea de un salto. Por suerte, ha dejado el conejito en el asiento. Así lleva una cosa menos que pueda perder. Avanzo llevándola de la mano hacia el interior del edificio. Tenemos que esperar unos diez minutos hasta que anuncian la llegada del autobús que viene del aeropuerto de Portland. Y luego, un poco más, hasta que los pasajeros bajan y recogen su equipaje y empiezan a salir de la zona de aparcamiento.

—¡Ashley! —grita mi sobrina.

Mucha gente se gira para ver quién grita tanto, y la niña se suelta de mi mano y sale corriendo, mientras yo la llamo, angustiado por perderla de vista, y trato de seguirla tan rápido como puedo. Pero entonces la veo. Alice se lanza sobre ella y Ash suelta el asa de la maleta y sonríe tanto que no entiendo como no se le contagia a toda la gente que hay en la estación. A mí sí me pasa. Coge a la niña y la levanta en el aire para abrazarla.

—¡Hola, pastelillo! —la oigo decir en un tono muy alegre.

Me acerco y recupero la maleta, para que no se la lleve ningún listo que pase por aquí. La recién llegada está tan absorta en el parloteo de Alice, sonriendo, que tarda cerca de medio minuto en mirar alrededor para descubrir quién ha traído a la niña. Y cuando me ve, me sonríe. Una sonrisa menos amplia que la que le estaba dedicando a la enana, pero muy cálida. Mi estómago cosquillea, pero creo que es porque tengo hambre. Mi madre ha insistido en esperar a Ashley para comer algo.

—Hola, Cam —dice, y parece que se vuelve tímida de repente, como si no supiera muy bien cómo saludarme.

Se ha cortado el pelo, casi a la mitad de su anterior largura, y ahora apenas le lame los hombros cuando mueve la cabeza y su melena se agita. No lleva maquillaje y viste unos *leggins* y un jersey largo y el abrigo abierto encima. Converse en los pies, claro. Su *look* preferido para viajar. Está guapa. Y con esa sonrisa todavía más.

Alice baja al suelo de un salto y se planta entre los dos, con la carita alzada, mirándonos expectante. No sé si es peor la cría o su padre.

—Hola —saludo yo también, y rodeo sus hombros con el brazo que no sujeta su maleta y la atraigo contra mi pecho por un segundo, antes de inclinarme y besarla en la mejilla.

Me da la impresión de que se sonroja cuando nos apartamos, pero enseguida disimula y le tiende la mano a Alice y le pregunta de qué color es su vestido. Mi sobrina empieza a parlotear de nuevo, porque es que, encima, el tema de su vestido es su favorito últimamente.

Yo llevo la maleta y ella, a la niña. Y, cuando nos acercamos, pulso la llave para abrir el coche a distancia, adelantándome para abrir el maletero y poder meter su equipaje.

—¡Eh! El Honda —la oigo decir, como si se alegrara de ver mi viejo coche—. Pensaba que ya solo conducías alta gama. Pero, oye, aquí no estás bien aparcado.

—¡Claro que no! —chilla Alice, envalentonada al ver respaldada su queja.

Pongo los ojos en blanco mientras me acerco a abrir la puerta de atrás para volver a acomodar a Alice en su sillita.

—Debería dejaros a las dos aquí, por tiquismiquis.

Mi sobrina se parte de risa, mientras no para de repetir «tiquismiquis, tiquismiquis», y moverse para ponerme más difícil lo de abrochar todos los malditos enganches que lleva esa silla hipersegura.

Ashley también se ríe al escucharla, pero, por suerte, se monta ella sola en el asiento del copiloto y hasta se abrocha el cinturón.

—¿Qué tal el viaje? —pregunto, amablemente, mientras doy marcha atrás y me incorporo a la carretera.

Lanza un suspiro muy largo como toda respuesta, y yo sonrío al oírla. Sigue odiando los aviones.

—¿Qué tal estaban los novios? ¿Nerviosos? —Es su turno de preguntar.

—No mucho. Los he dejado preparando la barbacoa. Y Leah se había ido a correr por los alrededores del lago. Así que mi madre, Colin y mi padre se han quedado juntos y solos tomando un Martini. La buena noticia es que podremos reutilizar las flores de la boda para el funeral —bromeo.

La oigo reír suavemente, justo a mi lado. Y a mí se me eriza el vello de los brazos y toco los botones del coche para subir un poco la calefacción. Debe de ser por frío.

—No será para tanto. Tu madre es una mujer muy cabal.

—Sí, pero mi padre no.

Miro por el retrovisor para asegurarme de que Alice no me está escuchando. Está jugueteando con su conejo de peluche y moviendo la cabeza de un lado a otro mientras tararea bajito una canción.

—Bueno, pero esta vez se comportará —me anima, pero se le nota que no está tan convencida de sus palabras como quiere hacer ver.

Me encojo de hombros, con la vista fija en la carretera, mientras noto cómo sus ojos recorren mi rostro atentamente. Me está poniendo nervioso que me mire tanto.

Cuando llegamos a la casa, Leah está volviendo de su recorrido y se quita los cascos y se para solo el tiempo justo para saludar a Ashley, antes de ir a darse una ducha.

—¡Hola! —exclama Ash al entrar en el jardín, para llamar la atención de todo el mundo.

Las perras llegan a saludar primero. Están las dos muy emocionadas, saltando sobre ella y exigiendo mimos. Como siempre. Tengo que sonreír cuando la oigo hablar con *Vodka* preguntándole repetidamente cómo está y si ya no le duele nada, como si la perra fuera a contestarle. Bueno, sé que no había vuelto a verla más que en foto, pero ha pasado ya mes y medio, está totalmente recuperada.

—Hola, guapa —la saluda Zack y se dan un abrazo muy sentido y él hasta la levanta un poco del suelo y Ash se ríe.

Mi hermano tenía razón, parecen uña y carne.

—Quiero que sepas que solo cruzaría el país en avión y el estado en autobús y me montaría veinticinco minutos en un coche conducido por Cam para venir a tu boda —bromea, sin descolgarse de su cuello.

—No esperaba menos de ti.

—¿Y para venir a la mía? —pregunta mi hermano, que se acerca para darle un abrazo también.

—Ah, no, por ti no.

Rob se hace el indignado, y ella se ríe mientras lo achucha y lo besa en la mejilla muy ruidosamente.

Y luego abraza a mi madre. Un montón. Y a Colin. Ya casi no me acordaba del espectáculo de Acción de Gracias.

Solo se queda seria cuando se encuentra frente a frente con mi padre.

—Me alegro de verte, Ashley.

Eso es lo que dicen sus palabras, pero su tono viene a decir más o menos lo contrario. Y creo que ella piensa lo mismo, pero, aun así, le sonríe y asiente y suelta un «Lo mismo digo, Robert» de lo más alegre y estira el cuello para besarlo en la mejilla. Siempre supe que a Ash no le caía bien mi padre. Pero nunca puso mala cara cuando yo le pedía que me acompañara a comer con él o a visitarlo en San Francisco. Ella se aguantaba y estaba a mi lado y hasta mostraba una sonrisa encantadora, si hacía falta. Y yo la quería aún más por eso.

—Venga, ve a dejar tus cosas y vamos a comer, que al final no nos va a dar tiempo de arreglarnos —le mete prisa mi madre, y le propina dos palmaditas en el culo, con toda la confianza del mundo.

—Ay, ya voy, ya voy. Perdona por tener casi cinco horas de vuelo, dos de autobús y media de coche para poder llegar hasta aquí. La próxima vez me teletransportaré chasqueando los dedos.

—Mira que eres tonta.

A pesar de lo que dice, mi madre no deja de sonreír, y me doy cuenta de que no para de lanzarme miradas de reojo para ver si yo hago lo mismo. Van a ser dos días muy largos.

Zack se encarga de coger la maleta de Ash y acompañarla al interior de la casa para enseñarle su habitación. Y *Vodka* no para de seguirla meneando la cola.

En cuanto Leah baja de darse una ducha y los otros dos vuelven, con *Vodka* pegadita a Ash, y Ash abrazando a Zack por la cintura y bromeando con él mientras los dos se ríen a carcajadas, empezamos a prepararlo todo para comer.

Al sol no hace frío, así que montamos la mesa en el jardín y mi hermano y yo nos encargamos de la barbacoa mientras tenemos que aguantar a mi padre dando indicaciones y criticando todo lo que, en su opinión, hacemos mal.

Me paso toda la comida evitando hablar con Ashley, acercarme a ella y hasta mirarla, porque sé que mi madre está muy atenta a cada uno de mis movimientos. No creo que a ella le importe demasiado porque está entretenida con Alice, contándole secretos al oído durante un montón de rato. También la oigo charlar con mi madre. Y bromear con mi hermano. Por un momento, me pregunto si algún día seré capaz de encontrar una chica que encaje así de bien con mi familia, si no es ella. Y hasta me pellizca el corazón la idea de que haya otra en su lugar. Pero, bueno, eso debe de ser porque sé que mi madre iba a empezar a comparar, como hizo con Lynn: «No la miras igual».

Tras el café, mi madre dice que es hora de empezar a prepararnos. Y les recuerda a los novios que no se pueden ver vestidos hasta el momento de la ceremonia, como manda la tradición. Mi padre gruñe que esto es cualquier cosa menos tradicional. Y Ashley dice que claro que no, porque esta boda es mucho más guay que cualquiera que se haya hecho jamás porque tiene a Alice de portadora de los anillos y dos perras que le van a hacer de guardaespaldas, y luego le guiña el ojo a mi sobrina. Y Alice sonríe mucho, superemocionada, y se le olvida por completo lo que sea que acaba de decir su abuelo y le pide a Ashley que se vistan juntas. Y, a lo mejor, si

mi madre me mira ahora mismo, no habrá valido de nada el esfuerzo que he hecho para mostrarme del todo indiferente durante la comida, porque estoy seguro de que tengo cara de bobo con los ojos clavados en ella. Pero eso solo es porque acaba de salvar la situación y callarle la boca a mi padre y hacer que todo el mundo vuelva a sonreír, y sin despeinarse, de forma totalmente natural. Es solo porque es la chica más increíble que he conocido.

Ash se levanta de la mesa y le pide a Alice que la acompañe y, cuando están a punto de entrar en la casa, cuchicheando entre ellas, gira la cabeza y suelta un silbido. Las dos perras salen corriendo de donde quiera que estuvieran para seguirla como si su dueña fuera ella.

Sé que tengo que hablar con mi padre. Tengo que asegurarme de que se va a comportar. Creo que no es para tanto, le estamos pidiendo solo un día de buenos modales.

Cuando mi hermano y yo bajamos y salimos al jardín, listos para la ceremonia, ahí está. Ya vestido, elegante, y charlando con Colin como si fueran amigos. Por lo menos ya hay una cosa menos de la que me tengo que preocupar. Pero solo porque Colin es un auténtico señor y se sabe comportar y no va a decirle a mi padre lo que piensa de él. Me acerco a ellos.

—¿Podemos hablar?

Le hago un gesto para que me siga, y le doy una palmada en el brazo a mi padrastro a la que él responde con un apretón en el mío. Luego, mi padre y yo vamos hasta el porche de la casa y lo invito a sentarse en un banco de madera, antes de hacer lo mismo a su lado.

—Papá, por favor, solo por hoy trágate tus críticas y finge que esto te parece bien, que das tu bendición a este matrimonio y que estás feliz por tu hijo. —Voy directo al grano—. Y, si no quieres hacerlo por él, hazlo por Alice y hazlo por mí.

—Estoy aquí, ¿no? Me estoy esforzando por entenderlo, de verdad que sí. Cam, esto no es fácil para mí tampoco.

Suspiro. Porque yo no puedo entenderlo a él. Esa es la verdad. ¿Qué es lo que le resulta tan difícil de aceptar?

—Lo sé, solo... Haz un esfuerzo, ¿vale?

—Lo estoy haciendo.

—No lo estabas haciendo cuando has soltado eso en la mesa. Y menos mal que Ashley se lleva a Alice a su terreno como quiere porque supongo que no te gustaría que tu nieta empezara a preguntarse por qué no te parece bien que se quieran sus papás.

Mira hacia otro lado, pero no tiene cara de arrepentido, sino de cabreo. Sé que el hecho de que esté aquí ya es un paso de gigante para él, pero no lo es para mí. Y no quiero que le estropee el día a mi hermano.

—Para empezar, no sé ni qué hace Ashley aquí. Creía que ya no estabais juntos. Y no creo que haya dicho nada malo. Era una obviedad, no ha sido para tanto.

Me da mucha rabia que diga eso.

—No, Ashley y yo no estamos juntos, pero es muy buena amiga de los novios y por eso está aquí. Y mejor cállate tus obviedades y vamos a tener la fiesta en paz.

—Muy bien. No he venido a esta boda para boicotearla, aunque no te lo creas. Me portaré bien.

—Bien.

—Ahora, ¿qué tal si me explicas eso de que no vas a renovar el contrato con los Patriots?

Ya me parecía a mí que estaba siendo demasiado fácil.

—No vamos a hablar de esto en la boda de mi hermano.

—Has ganado tres *Super Bowls*.

—No quiero seguir jugando al fútbol.

—Eso es una tontería.

—No, no es una tontería, papá. Es lo que siento. Es lo que quiero. Lo tengo claro. Y me dan igual los premios y el dinero y el fútbol. No es esto lo que quiero hacer. Y llevo años diciéndotelo, así que no me digas que te pilla de sorpresa.

—Creía que habías entrado en razón.

Empieza a aflorar ese sentimiento de culpa que llevo dentro desde la primera vez que fui consciente de que no quería hacer con mi vida lo que mi padre había planeado para mí. Culpable por alejarme del camino que él marca, una y otra vez.

—Creo que ya he hecho todo lo que tenía que hacer en el fútbol.

—Es una pena —murmura, sin ni siquiera mirarme—. Para un hijo del que podía estar orgulloso...

Siento una maldita bola de fuego quemándome por dentro. De golpe, siento tanta ira que podría escupir llamas por la boca si me lo propusiera. Se me llenan los ojos de lágrimas. Me levanto del banco, porque no puedo permanecer ni un segundo más a su lado.

—Vete a tomar por culo.

Y, después de decirlo, me siento un poco mejor.

Desde ese momento, mantenemos las distancias. Sé que está molesto conmigo, y yo aún lo estoy más con él. Pero no voy a dejar que esto me ensombrezca el ánimo porque mi hermano no se lo merece.

Mi madre sale de la casa, se acerca a Rob y le hace un montón de carantoñas, tan emocionada que tengo muchas ganas de burlarme de ella, mientras no para de repetir lo guapo que está, y todo el tiempo que lleva ella esperando este día, y lo feliz que le hace poder estar aquí con él y con Zack. Menos mal que siempre hemos tenido a mamá. Aunque a veces se pase de pesada. Así que, con mi amor por ella totalmente renovado y magnificado por las emociones del día, me acerco para achucharla y decirle que con ese vestido tan elegante que se ha comprado es la mujer más guapa del universo y burlarme de que esté a punto de escapársele una lágrima. Y ella me llama «zalamero» y me empuja para apartarme y se ríe y se hace la coqueta.

En solo un par de minutos oímos jaleo dentro de la casa. Voces muy altas y, sobre todo, muchas risas. La que más suena es la de Zack. Y no me cabe ninguna duda de que Ashley está haciendo alguna de sus tonterías. Como si lo viera.

—Rob —llama mi exnovia, desde la puerta de la casa, que abre solo lo justo para asomar la cabeza—. ¿Estás preparado para tus invitadas más especiales?

Cuando salen, las perras van escoltando a Alice. Mi sobrina está tan adorable que dan ganas de comérsela a besos, con su vestido, tan bien peinada. Y las perras llevan cada una un lazo enorme alrededor del cuello. Pero eso no es todo, no. Porque *Noa* lleva un cartel colgado en el que puede leerse «Mis papás se casan». Y Alice también.

Qué tonta y qué increíble es Ashley Bennet. De verdad.

Las risas, las exclamaciones enternecidas y los comentarios llenan el ambiente de golpe, como si fuéramos veinte personas en vez de seis en este jardín frente al espectáculo.

—El cartel era solo para *Noa*, pero Alice ha dicho que ella también quería uno —explica Ashley, con una sonrisa divertida.

Y, entonces, me fijo en ella. Está preciosa. Sé que he dicho o pensado eso muchas veces a lo largo de mi vida, pero es que ahora esa realidad me golpea de forma inesperada y me hace un nudo en el estómago y me desboca los latidos. Sonríe de una forma tan adorable que me gustaría poder parar el tiempo y congelar esa imagen para contemplarla siempre. A lo mejor hasta tengo suerte, porque Leah no para de sacarles fotos. Ash lleva un vestido sencillo, blanco y negro, largo hasta los pies, de una tela ligera que no se ciñe a su cuerpo más que a la altura de la cintura, y una americana negra con manga francesa sobre él. Aun sin verle los pies sé que no lleva tacones. Se ha dejado el pelo suelto y se ha maquillado de una manera bastante natural. No estoy seguro, pero creo que le sonrío como un tonto, y ella me devuelve una sonrisa dulce.

El motor de un coche llama la atención de todos los presentes y desconecta nuestras miradas, que se habían quedado bastante enganchadas. Es quien va a oficiar la boda, que llega justo a tiempo.

La única decoración que hay en el jardín es un pequeño altar, que mi hermano y yo compramos ayer para sorprender a Zack, y las flores. Hay ramos de flores por todas partes. Me coloco al lado de mi hermano, cruzamos la mirada y me sonríe. No parece muy nervioso. Mis padres, Colin y Leah se quedan frente a nosotros; mi hermanastra aún metida en su papel de fotógrafa. Y Ashley les quita los carteles a Noa y Alice antes de desaparecer en el interior de la casa, llevándose a mi sobrina con ella. No tardan nada en salir. Alice va la primera y camina con una cesta de la que va dejando caer pétalos de rosa a medida que se acerca a nosotros. Eso también es cosa de Ash, seguro. Y Ashley aparece del brazo de Zack, para avanzar hasta el altar con él. Ver las miradas y las sonrisas que cruzan los novios mientras se recorta la distancia que los separa solo consigue reafirmarme en lo que ya sabía: mi hermano ha encontrado al hombre de su vida.

Zack y mi hermano invitan a Alice a acompañarlos, y ella da una mano a cada uno mientras pronuncian sus votos. Ashley se mantiene al lado de Zack y yo al lado de Rob, y cruzamos miradas de vez en cuando, hasta que la veo secarse un par de lágrimas disimuladamente. Intento regalarle una sonrisa burlona, pero creo que me sale más bien tierna, y ella me la devuelve casi

igual y se muerde el labio. Y si, justo en este momento, no anunciaran que es el momento de los anillos, no habría sido capaz de apartar la vista de su boca.

—¡Voy! —anuncia Alice, y sale corriendo, lo que nos hace reír a todos.

Se toma su cometido muy en serio, pero se ha olvidado de lo más importante. Es Ashley la que se va tras ella y cuando vuelven la enana lleva una caja pequeña en la mano izquierda y en la derecha las correas de las dos perras, que avanzan dóciles siguiéndola. Las coloca frente a los novios, suelta las correas y dice «siéntate» con esa vocecita suya tan tierna, y las dos obedecen al mismo tiempo y la miran atentas. Ella se vuelve y abre la caja para poner los anillos al alcance de sus papás. El espectáculo sigue siendo cosa de Ash, que vuelve a estar junto a Zack y mira a la niña y a las perras con una sonrisa orgullosa. Tienen que estar quedando unas fotos de boda increíbles.

Ashley y yo nos empujamos el uno al otro, juguetones, luchando por ser el primero en firmar donde corresponde a los testigos.

—Gracias —digo, cuando hemos cumplido nuestro cometido y el juez está recogiendo y los novios besándose y mi madre preparando la música del baile nupcial. Ella me mira como si no entendiera muy bien a qué viene eso—. Con cuatro tonterías has conseguido hacer de una boda sencilla algo de lo más especial.

Se limita a sonreír, como si no le costara ningún esfuerzo ser tan maravillosa. Y, mientras la miro, en vez de pensar en por qué dejé de quererla, como me he obligado a hacer en todos los encuentros anteriores, me descubro pensando en todas las cosas que me hicieron quererla una vez. Esa sonrisa, las tonterías con las que siempre conseguía hacer momentos especiales, las canciones desafinadas, las lágrimas mezcladas con la risa...

—Ahora tienen que bailar los testigos —anuncia mi madre, y me baja a la tierra de golpe desde lo más alto.

Puede que me haya perdido el baile de los novios por mirarla a ella. Pero también puede que no me importe demasiado.

—¿Bailas, Cameron? —Me ofrece su mano y hace una reverencia, mientras se aguanta la sonrisa.

—No, no sé. Yo no soy muy de bailar... —Me hago el tímido.

La agarro de la mano y la hago girar un par de veces, arrastrándola conmigo. Se me dibuja la sonrisa en la cara en respuesta a sus carcajadas. Enseguida la sujeto por la cintura, la pego a mi cuerpo y acomodamos la postura. Su mano me recorre el brazo, lentamente, hasta posarse en el hombro, mientras la otra encaja en la mía.

Estamos muy cerca y percibo todos los matices de su aroma. La calidez de su cuerpo. Me siento ligeramente mareado, y me gustaría echarle la culpa al *whisky* con el que he brindado con mi hermano antes de que empezara la ceremonia, pero no he bebido tanto como para eso. Debe de ser... Debe de ser ella. Solo ella.

Mierda.

Me acuerdo de la última vez que me pasó algo así. Me acuerdo perfectamente de pasar los días achacando cualquier reacción física o emocional a factores como el tiempo, el alcohol, o la incubación de una enfermedad. Pero al final resultó que me encontré a mí mismo, a la vuelta de un fin de semana en el lago Tahoe, confesándole a mi mejor amigo que, no sabía cómo, me estaba enamorando de la chica que él quería. Me estaba enamorando...

Ashley levanta la cara para mirarme y, cuando nuestros ojos se encuentran, percibo su sonrisa y se me pone la piel de gallina en un momento, al tiempo que un estremecimiento hace vibrar mi cuerpo. Ha debido de ser un golpe de brisa. Y, a lo mejor, es solo la brisa lo que me está empujando hacia sus labios.

—¡Ahora bailo yo con Ashley!

La enana se mete entre los dos, y Ashley se aparta de mí para coger sus manos y girar llevándola con ella. Doy dos pasos atrás, un poco turbado.

No puedo apartar los ojos de ellas. Mi sobrina la mira con admiración y se ríe sin parar, con esas carcajadas Parker suyas que podrían hacer sonreír hasta a la persona más seria del mundo. Y Ashley también tiene la sonrisa perfectamente dibujada en la cara mientras bailan. Son perfectas juntas. Son muy tiernas. Puede que sea justo la clase de tía que me gustaría que tuviera mi sobrina. Alguien como ella. O...

Ash vuelve a cruzar la mirada conmigo, con la sonrisa brillando en sus ojos marrones. Mi cuerpo responde devolviendo una sonrisa aún más brillante, sin mi permiso. Se me cierra la garganta, el corazón me golpea el pecho un poco más fuerte, y en mi estómago se ponen a aletear las... ¿mariposas?

No. No, no, no.

Creo que me estoy enamorando de Ashley Bennet.

Otra vez.

33

Ashley

No sé qué me pasa con las bodas. De verdad, no lo sé. ¿Me estoy convirtiendo en una de esas personas que siempre lloran en las bodas? Pero sé perfectamente que no es por las bodas en sí. Es por ver tan feliz a gente a la que quiero tanto. Esa es la conclusión a la que llego cuando abrazo fuerte a Zack por enésima vez en el día de hoy. Creo que solo lo había visto tan radiante cuando me presentaron a Alice. Y Rob no se queda atrás. Cuando vuelven a cruzar la mirada, se sonríen, diría que están más enamorados que nunca.

No quiero llorar otra vez, así que los dejo haciéndose mimos y me acerco a la mesa del porche para coger una copa del vino blanco que ha abierto Colin hace un momento, antes de dirigir mis pasos hacia donde está Leah, para ver si me enseña las fotos. No llego tan lejos. Alguien me intercepta a mitad de camino. Y cuando miro, sorprendida, me encuentro con unos ojos verdes. Puede que Robert Parker padre tenga los ojos del mismo color que los de su hijo pequeño, puede que se acerquen mucho los tonos que componen sus miradas; pero el brillo y la vida que hay detrás de ellos no tienen nada que ver.

—¿Te ha gustado la ceremonia, Ashley? —pregunta, y no parece una conversación casual.

Lo que menos me apetece ahora es tener que charlar con él como si ninguno de los dos fuéramos conscientes de que no nos gusta el otro. Es bastante evidente. Echo un vistazo disimulado a mi alrededor, para ver si hay alguien cerca que pueda rescatarme de una conversación incómoda. Leah está totalmente absorbida por la pantalla de su móvil; los novios no creo que vean más allá de los ojos del otro; Sandra y Colin han entrado en la casa para calentar la cena que han estado todo el día preparando, y Cam está entreteniendo a Alice, bastante alejados, cerca de la orilla del lago. Estoy sola en esto.

—Sí, me ha parecido preciosa. Y creo que ha sido justo como ellos querían que fuera, así que diría que ha salido todo perfecto. ¿Y a ti? ¿Estás disfrutando del día?

Vale, puede que lo haya dicho con toda la intención y un poquito de mala leche.

—No es mi ideal de boda, pero parece que no todo en la vida puede ser como a uno le gustaría, ¿no?

—Desde luego que no. Aunque imagino que lo mejor que le puede pasar a un padre es saber que sus hijos son felices, así que hoy debe de ser un gran día para ti.

Va a soltar algún improperio de un momento a otro. En el fondo, sé que me lo estoy buscando. Pero, si me callo, reviento, de verdad. Y ya me he callado mucho con este hombre cuando Cam me apretaba la mano, o me daba una patadita por debajo de la mesa. No merece la pena enfrentarme con Robert Parker. Y menos ahora que ya no soy nadie en la vida de Cameron. Pero es que me saca de quicio que no sepa apreciar lo maravillosos que son sus hijos. Me mata que se porte así con ellos. Y que no pueda alegrarse por Robbie ni en el día de su boda... Simplemente, no lo entiendo.

—He tenido grandes días viendo a mis hijos felices, pero te aseguro que hoy no es uno de ellos.

—Si con esos grandes días te refieres a la *Super Bowl*, creo que confundes felicidad con éxito, y son dos cosas que no tienen que ir necesariamente de la mano. Como es el caso, me temo.

En cuanto lo digo, ya sé que debería haberme mordido la lengua. No me tragué la rabia durante los tres años de mi relación con Cam para ahora desatar la guerra en la boda de Rob y Zack. No es el momento ni el lugar. Y ya no soy quién para interceder por Cam delante de su padre. Quizá nunca lo he sido.

Robert sonríe de medio lado, con una de esas sonrisas que dan escalofríos. Y me mira con tanta calma como lo haría un psicópata confesando sus crímenes. Ya me estoy preparando para que se me claven los puñales que va a lanzarme de un momento a otro.

—No tengo ni idea de lo que haces aquí hoy, Ashley. Creo que no pintas nada ya y que estás bastante fuera de lugar. Pero esto me deja las cosas claras. No sabía qué demonios se le pasaba a Cameron por la cabeza para decidir, de la noche a la mañana, que no va a renovar el contrato con los Patriots. Pero, claro, es que aquí estás tú.

Se me encienden las mejillas por la rabia que me da oírlo. No lo de que no pinto nada aquí. No lo de que estoy fuera de lugar. No. Eso de que Cam ha tomado la decisión «de la noche a la mañana». *Eso*.

—Si crees que Cam no lo ha pensado bien, debo decirte que puede que lleves años sin escuchar a tu hijo. O, a lo mejor, no te has parado a escucharlo nunca —acuso, sin medir mis palabras—. Yo no tengo nada que ver con lo que él haga o deje de hacer, o con lo que decida para su futuro. Sabe tomar las decisiones solo. Me temo que te estás equivocando de culpable.

—¿Estás segura? Porque la relación está clara: desapareciste de su vida y empezó a irle todo bien. Firmó con los Patriots y mira hasta dónde ha llegado. Y, justo ahora, que vuelves a aparecer, decide que no va a renovar el contrato. Yo lo único que puedo concluir es que cada vez que estás cerca lo sacas del camino.

—Es tu camino, no el suyo.

Niega con la cabeza lentamente, como si estuviera tratando con alguien muy tonto y le resultara difícil hacerse entender.

—Es un buen jugador, lleva toda la vida dedicado a esto, y a los hechos me remito. Cameron ha nacido para jugar al fútbol.

Estoy a punto de rebatírselo con toda mi mala educación cuando *Vodka* toca la palma de mi mano con su nariz húmeda y me templa el ánimo.

—Cameron ha nacido para ser feliz. —Le sostengo firmemente la mirada—. ¿Le has preguntado alguna vez qué es lo que lo hace feliz?

Alza las cejas, y parece sorprendido por mis palabras. O, a lo mejor, lo que le sorprende es la dureza con la que las digo.

—Al parecer, al final ha resultado que lo que lo hace feliz no eres tú, Ashley —suelta su última bala.

Y esa es la de la herida mortal. Me atraviesa el pecho y me desgarra entera. Porque no hay nada que duela tanto como la verdad. Esta vez bajo la mirada, pierdo la fuerza de golpe. Y, aunque sé perfectamente que la razón está de mi lado, soy muy consciente de que ya no puedo blandir estos argumentos. De que lo que quiere o no quiere Cam, o lo que lo hace feliz, o lo adecuado de sus decisiones, son cosas sobre las que yo no puedo opinar.

El silencio se impone entre nosotros por unos largos segundos y, cuando levanto la mirada de nuevo, dispuesta a marcharme y no volver a cruzar palabra con él, veo el gesto de satisfacción en su cara.

—¡Mira, abuelo, he encontrado una piedra con forma de corazón!

Alice pega un salto para ponerse a nuestra altura y eso corta de golpe la tensión del momento. Robert se agacha para ver bien esa piedra y hablar a su nieta con tanto amor como yo nunca imaginaría que puede tener dentro.

Acaricio a *Vodka* detrás de la oreja, mientras recupero mi entereza. En cuanto miro a mi alrededor, veo a Cam llegando hasta donde estamos. Cruza su mirada con la mía y frunce el ceño, mientras nos observa a ambos. Sus ojos están llenos de interrogantes cuando vuelven a encontrarse con los míos, pero yo aparto la vista de él de inmediato y me voy a charlar con Leah.

Durante la cena, me siento lo más lejos que puedo de Robert. También de Cam. Está entre su padre, que preside la mesa, y su hermano, al otro lado. Siempre haciendo de amortiguador entre los dos, debe de estar agotado. Yo me siento entre Sandra y Leah, frente a los novios.

Zack está ayudando a Alice a terminar de recoger de su plato todas las miguitas de la impresionante tarta que ha hecho Sandra. Y ella, Leah y yo estamos enfrascadas en nuestra propia conversación cuando el ruido ensordecedor del corcho de una botella de champán saltando por los aires nos sobresalta a los cinco.

—¡Aaaaaah! ¡Tío Cam! —chilla Alice, al tiempo que se tapa los oídos.

Cameron se ríe a carcajadas, con la botella de champán en la mano y sin ningún remordimiento.

—¿Te he asustado, pequeña? Perdona. Te daré algo para compensarte... *Noa*, no —riñe a la perra cuando coge el corcho del suelo con la boca. Lo suelta de inmediato, obediente, y Cam lo recoge y lo pone en la mesa junto a su sobrina—. Un corcho con babas de *Noa*, ¿te gusta?

—Pues sí —decide ella, se pone a jugar con su regalo y nos hace reír a todos.

—Venga, traed las copas, que vamos a brindar.

Se encarga de rellenar las copas de todos los adultos, incluso la de Leah, y le guiña un ojo e intercede por ella ante Colin cuando él protesta porque no es legal que su hija beba en este estado. Se queda de pie con su bebida en la mano cuando deja la botella.

—Como soy testigo y prácticamente padrino en esta boda, quiero decir unas palabras.

—Mira que te gusta llamar la atención —se burla Zack, y Cam solo ensancha su sonrisa, divertido.

—Y hacer el payaso, eso sí que le gusta —se une Sandra.

Él suelta una risita, y yo intento controlar mi sonrisa sin mucho éxito, porque los dos tienen razón, pero puede que sean esos detalles los que terminan de hacer tan adorable a Cameron Parker.

—Voy en serio, mamá. —Carraspea para volver a su pose seria—. Quiero proponer un brindis por los novios, por compartir este día con nosotros y por todo lo bueno que está por venir, para que también podamos vivirlo juntos. Rob, eres el mejor hermano mayor que nadie puede tener, gracias por haber estado ahí siempre, toda mi vida, y por haberme enseñado tantas cosas, aunque no le diremos a mamá lo de cuando me compraste mi primera botella de ron, ¿vale? —bromea, con una sonrisa traviesa, y río cuando oigo a Sandra protestar—. Y gracias por traer a Zack a la familia, y a los dos por traer a Alice. No me imagino una vida en la que no estéis vosotros tres. Y, Zack, no te cambiaría por ningún cuñado del mundo, ni aunque supiera jugar a la Play, que a ti no se te da muy bien, no vamos a engañarnos. Gracias por aguantar a Robbie, que no es fácil, y gracias por cuidar siempre de él, por quererlo así, y por hacerlo tan feliz. Creo que sacas lo mejor de él, y él encuentra lo mejor de ti. Así que no dejéis que nadie os diga nunca que no sois una pareja perfecta, porque al final lo perfecto es tener a alguien con quien puedas contar siempre, alguien con quien acurrucarte en el sofá al final del día hasta quedarte dormido viendo una serie mala, y tener a alguien a tu lado que siempre consiga sacarte una sonrisa. —Desvía su mirada hacia mí un momento, y juro que se me para el corazón para luego empezar a galopar en cuanto sus ojos dejan los míos—. Creo que, con todo eso, vosotros rompéis el molde. Estoy muy orgulloso de los dos y me siento afortunado de teneros. Así que, un brindis por vosotros, por marido y marido, por que seáis siempre así de felices, y nos contagiéis un poco de esa felicidad.

Yo no sé ni lo que hago, pero creo que disimulo bastante bien lo de mi organismo al borde del colapso mientras me pongo en pie, como el resto de la mesa, para brindar. No se me pasa por alto que Robert es el único que permanece sentado y no levanta su copa.

Y Cam... Cam está tan insultantemente guapo y tan perfecto con esa sonrisa en la cara, que hasta me duele mirarlo. Me duele de verdad. Porque está a solo un maldito metro de mí, con cada una de esas increíbles cosas que lo hacen ser quien es, y que no han cambiado en absoluto en todo el tiempo que no lo he tenido cerca. Esos ojos verdes, la sonrisa deslumbrante, los mechones rebeldes de su pelo negro, y el eco de su risa. Esa que jamás ha dejado de sonar dentro de mí, desde la primera vez que soltó unas carcajadas en respuesta a algo que yo dije, echando la

cabeza hacia atrás. Solo él podría soltar un discurso como este y hacer que desaparezca el resto del mundo, que no importe si su padre brinda o no, porque, en serio, que le den si no sabe apreciar lo que a todos los demás nos aporta tanta felicidad. Cameron Parker no solo es increíblemente guapo, es increíblemente hermoso por dentro. Es bueno, es compasivo, es generoso y siempre busca hacer sentir cómodo y feliz a todo el que lo rodea, es mucho más inteligente de lo que él cree y es divertido e ingenioso. Es un poco payaso, sí. Es un capullo adorable. Es ese alguien que a mí siempre conseguía sacarme una sonrisa. Hasta en los peores momentos. Mi mejor almohada para quedarme dormida en el sofá acurrucada contra su cuerpo, viendo una serie mala. Ese alguien con el que siempre supe que podía contar, pasara lo que pasara... Hasta que pasó algo que lo alejó de mí. Más bien, *hice* algo.

Y, mientras lo miro y pienso en todo eso, algo se rompe de golpe dentro de mí. Porque puede que Emily y Sydney tengan razón, ¿no? Puede que lo único que yo pueda hacer ahora sea alejarme de él, por mi propio bien. Si algo acaba de quedarme claro es que yo nunca voy a ser capaz de ver a Cameron como solo un amigo. Y él ya no va a volver a verme como algo más que eso. A lo mejor mi única opción es volverme mañana a Chicago y poner distancia. No solo física. A lo mejor no existe otra alternativa, aunque mi corazón suicida no pare de buscarlas sin descanso, con cada latido que él provoca.

—¿Huyes de mí porque temes que te pise mientras bailamos?

El tono burlón que tan bien conozco, junto a mi oído izquierdo, me hace volverme hacia él con media sonrisa. Los ojos verdes de Cam me están mirando interesados, y hasta alza las cejas exigiendo una respuesta.

—No estoy huyendo de ti. —Intento negarlo, pero es bastante inútil. Ya he bailado con todo el mundo excepto con él y su padre. La cosa está bastante clara.

—Claro que no —ironiza, lo que deja claro que no ha colado—. Entonces, ¿baila usted conmigo, señorita Bennet?

Extiende su mano hacia mí, y espera que yo la coja. Tampoco es que me quede otra opción, mi subconsciente es más rápido que mi parte racional, como siempre cuando se trata de él. Y mis mejillas ya se están calentando y un cosquilleo me recorre todo el cuerpo, en cuanto nuestras pieles entran en contacto. Porque ¿qué ha sido eso? ¿Está tonteando conmigo?

«Ashley, por favor, controla a la ingenua que llevas dentro. Esos tiempos ya no volverán.»

Decido centrarme en el momento presente con él, mientras aún pueda, y me dejo conducir hasta lo que hemos convenido en utilizar como pista de baile, un rectángulo de césped que queda justo delante de la bajada del porche.

—No irá a pisarme mientras bailamos, ¿verdad, señor Parker?

Lo veo sonreír de medio lado cuando levanto la vista hacia su cara.

—Nada más lejos de mi intención. Debería saber que soy un gran bailarín.

—No me cabe la menor duda.

Me hace girar sobre mí misma y luego me pega a su cuerpo y me inclina a un lado, mostrando esas dotes de gran bailarín de las que va presumiendo por ahí. Y entonces la canción cambia a una más lenta y nos movemos despacio, más pegados.

—Me tienes en alta estima.

Su tono burlón se queda colgado a media frase mientras nos miramos como si el resto del mundo hubiera desaparecido. Tengo que morderme la lengua para no mandar a la mierda la estima y decir que lo que yo siento por él es mucho más. Que lo que yo siento por él es amor. Con sus cuatro letras, en mayúsculas y subrayado.

Vale, ya está bien. Necesito poner distancia. Al menos, un par de metros.

—Perdona, Cam. Voy al baño.

Él asiente y quita la mano de mi cintura.

Me tomo mi tiempo dentro de la casa, para poder serenarme y darle a Cameron la oportunidad de encontrar algo mejor que hacer que quedarse esperando a que yo vuelva. Sé que quiere ser mi amigo. Y sé que hemos avanzado mucho en el último mes: ha pasado de no hablarme y no querer saber nada de mí, a comportarse conmigo justo como él es. Quizá ese es el problema. Me gusta demasiado cómo es él.

Vuelvo al porche cuando Robert está anunciando que se retira a su cuarto y da las buenas noches. No creo que nadie vaya a echarlo de menos. Yo no respondo a su despedida.

Ya es pasada la medianoche, y Alice sigue corriendo de un lado a otro y bailando con todo el mundo. Pero que no pare de moverse seguramente quiere decir que ya está agotada y está haciendo todo lo posible para no dormirse. Y justo eso es lo que le está diciendo Zack, quien intenta convencerla de que es hora de que se vaya a la cama. La pequeñaja protesta muy alto. Solo se pone así de gruñona e impertinente cuando tiene sueño. Estoy a punto de acercarme para ver si puedo ayudar cuando alguien se me adelanta.

—Oye, princesa, ¿no quieres bailar con tu tío?

Cam se la está camelando, con una sonrisa dulce y los brazos extendidos hacia ella. Y la niña no duda ni un segundo antes de lanzarse hacia su salvador, que la coge al vuelo y la levanta en el aire haciéndola reír, antes de acomodarla entre sus brazos y moverse con ella al ritmo de la música. Cruza la mirada con Zack y le guiña un ojo, dejando claro que él sabe bien lo que hace. Así que su cuñado se rinde, y deja que bailen juntos, sin protestar.

Y yo casi había olvidado cuánto me gustaban los guiños de Cameron Parker. Si me mira y me guiña el ojo a mí puede que hasta me desmaye. Qué desastre.

—Ahora tenemos que bailar una lenta —oigo que le dice Cam a su sobrina.

—¡No! Una rápida.

—No, mira, ahora toca una lenta. ¿No la oyes? —le habla bajito, con ternura—. Para bailar una lenta nos tenemos que poner así —indica, mientras corrige su postura para acomodar bien a

la niña entre sus brazos—, y tú tienes que apoyar la cabeza aquí, así. —La recuesta contra su pecho y la acuna.

Ella no protesta más. Se acomoda bien pegada a su tío y deja que la meza lentamente. Y puede que esta sea la escena más tierna que he visto en toda mi vida. Cam inclina la cabeza sobre ella, le canta bajito al oído y le besa la frente, la sien y el pelo, varias veces. Espero que nadie pueda darse cuenta de la manera en que los estoy mirando, porque estoy segura de que pongo cara de boba. Por un momento, pienso que Cameron Parker sería un padre increíble. El problema es que me da por pensar en lo increíble que sería como padre de *mis* hijos. Ay, no. Emily y Sydney tenían toda la razón. Esto se me ha ido de las manos.

Alice no tarda en quedarse dormida entre los brazos de su tío favorito. Y Cam cruza la mirada con Rob y con Zack que parecen aliviados. Luego sus ojos verdes me buscan a mí, aún con la niña en brazos. Y mi boca hace lo que le da la gana y le sonríe enternecida, y él me devuelve la sonrisa como si fuera un maldito espejo.

Sandra se ofrece a llevar a la pequeña a la cama, antes de que ella y Colin se vayan a dormir. Así que Alice pasa de unos brazos a otros, con mucho cuidado de no despertarla.

Y yo huyo de Cam, una vez más, y me voy a un lado a charlar con Leah.

Mi plan era perfecto y consigue mantener a raya a Cameron durante un buen rato, pero luego Leah me traiciona anunciando que ella también se va a dormir. Da las buenas noches en general, y yo me quedo sola, sentada en el escalón del porche, mientras veo a los tres que quedan bromear y reír, cada uno con una copa en la mano, en pie en medio del jardín. Me pongo a rememorar todos los buenos ratos que pasábamos los cuatro, cuando Cam vivía con ellos en Eugene y yo iba a visitarlo desde Chicago. Siempre me trataron como una más en la familia. Echo de menos formar parte de eso. Echo de menos las pelis de miedo, acurrucados en el sofá, Zack y yo protestando porque nos asustaban más los sobresaltos de los hermanos Parker con cada susto que la propia película. Qué exagerados. Y cómo nos reíamos de ellos. Echo de menos las excursiones con las perras. Sus burlas cuando me veían aparecer en la cocina para desayunar envuelta en una sudadera de Cam que me quedaba enorme. Echo mucho de menos sentirme parte de sus vidas.

Cam se me acerca lentamente, cuando me ve sola. Deja a su hermano y su cuñado bailando una canción lenta, bien pegados de nuevo, y él viene, inseguro, como si no supiera muy bien si va a ser bien recibido. No lo culpo. Admito que llevo toda la noche intentando mantenerme a una distancia prudencial. No voy a engañarme diciéndome que es imposible que él lo haya notado. Si hay que añadir algo a la lista de cualidades de Cameron Parker es que es muy intuitivo. Al menos, siempre lo ha sido cuando se trata de mí.

Se quita la chaqueta cuando llega a mi altura y me la pone por encima de los hombros sin decir ni una palabra. Y solo entonces me doy cuenta de que estoy encogida, abrazándome el torso, y con las manos congeladas. Levanto la vista hasta sus ojos. Intento sonreír, pero este acto tan tierno lo que me da son ganas de llorar. Así que aparto la mirada rápidamente, antes de que se note.

—Te vas a congelar —murmuro.

—Yo estoy bien. Estás helada, ¿no?

Asiento, porque es obvio, y él suelta una risa baja. Me ajusto su americana y me siento un poco mejor. Puede que un pelín mareada, porque huele a él.

—Gracias.

—¿Te importa si me siento contigo?

Niego con la cabeza, sin saber por qué. En realidad, sí que me importa. Me importa mucho. No quiero que se siente, no quiero que esté cerca, pero, a la vez, es lo que más deseo ahora mismo.

—¿Estás cansada? El día ha sido largo, ¿verdad?

—¿Lo dices por mis cinco horas de avión? —ironizo—. Sí, ha sido largo, pero me ha gustado mucho.

—A mí también.

Me da la impresión de que está a punto de decir algo más, pero se calla en el último momento. Lo observo de reojo, y él está mirando hacia delante, en dirección al lago, pensativo. Creo que es mejor no preguntar en qué piensa.

—¿Sabes? Creo que he sido un poco egoísta en este tiempo que llevamos hablando tú y yo —dice, de pronto—. Tengo la sensación de que no hemos hecho más que hablar de mí: del equipo, de lo de mi no renovación de contrato, de qué voy a hacer con mi futuro... Pero ¿qué hay de ti? ¿Cuáles son tus planes para el futuro, Ashley Bennet?

—Aún me queda un año y medio de beca para terminar el doctorado. —Me encojo de hombros—. Todavía ni me he parado a pensar lo que habrá después.

Cameron sigue preguntando, y me hace hablar sobre mis sueños para el futuro, sobre mi tesis y sobre la investigación. Y yo vuelvo a relajarme a su lado y charlamos como si fuéramos amigos de verdad, sin momentos incómodos, sin quedarnos colgados en los ojos del otro y sin soltar frases de esas que dices sin pensar y pueden resultar malinterpretadas. Por un rato somos amigos, y me gusta cómo me hace sentir eso. Tanto, que no me doy ni cuenta del paso del tiempo hasta que los recién casados se nos acercan para anunciar que se van a la cama.

—No hagáis mucho ruido, chicos, que hay una niña durmiendo en la habitación de al lado —advierte Cam, pícaro.

Robbie le da un golpecito en el hombro al pasar por su lado.

—No le pongas límites al amor, pequeño.

Cam suelta una carcajada muy alta, y Rob se ríe con él, contagiado, mientras Zack y yo soltamos un suspiro resignado al unísono, que aún los hace reír más.

Los cuatro damos las buenas noches. Y, de repente, Cam y yo estamos solos, con las perras durmiendo bajo la mesa en la que hemos cenado, yo envuelta en la chaqueta de su traje, y sentados en el escalón de madera del porche, debajo de un cielo estrellado. El silencio se impone

entre los dos por un tiempo que a mí se me hace muy largo, mientras pienso que esta situación no puede acabar bien para mí, de ninguna de las maneras.

—¿Puedo contarte algo, Ash?

Parece inseguro. Como si no estuviera plenamente convencido de soltar lo que sea que se le está pasando por la mente. Cuando busca mis ojos, mi mirada le anima a seguir, al tiempo que asiento con la cabeza en respuesta a su pregunta.

—Claro.

Asiente, también él, pero no vuelve a hablar inmediatamente. Saca el móvil del bolsillo y trastea con él, como si estuviera buscando algo.

—No he hablado de esto con nadie aún, así que no quería decir nada delante de mi hermano o de mi madre. Primero quiero saber qué opinas tú —confiesa, y me tiende el teléfono con la pantalla encendida—. Aún no he decidido nada, solo estoy explorando las opciones.

Me muestra la página web de una universidad a distancia. Hay un apartado de estudios de fisioterapia.

—¿Vas a terminar la carrera?

—No... Aún no lo sé. Las inscripciones para el curso que viene empiezan en abril, y aún estoy pensando en ello. He llamado para preguntar, ¿sabes? Dicen que podría hacer las asignaturas que me faltan en un curso, o quizá un curso y medio para poder hacer todas las prácticas. Y no está mal, porque puedo estudiar la teoría a distancia, vaya donde vaya, y solo tengo que presentarme a los exámenes en la sede que yo elija, y tendría que hacer las prácticas en alguno de los centros que tienen concertados, pero los tienen por casi todo el país, así que no me limito mucho. No hay en Sacramento, pero sí en San Francisco. En Los Ángeles. En Portland. En Chicago.

Deja lo de Chicago flotando en el aire entre los dos. Mi corazón se desboca solo con la perspectiva de que Cam pudiera pasar una temporada en Chicago, cerca de mí. Nuestros ojos se encuentran y yo pongo el móvil en su mano de nuevo.

—¿Qué opinas?

—Opino que me parece una gran idea. Suena muy bien y tampoco tienes que dedicarte de lleno a estudiar para sacarlo todo en un curso, podrías hacerlo poco a poco si te surge alguna otra cosa que te interese hacer mientras tanto. Los dos sabemos que esto es lo que de verdad querías hacer con tu vida, Cameron. Si no, no tendrías las estanterías de tu casa en Boston llenas de libros del tema.

Baja la mirada y cierra todas las pantallas del navegador en el móvil, antes de bloquearlo y guardarlo de nuevo.

—No sé si seré capaz de volver a estudiar. Nunca ha sido lo mío.

—Cada vez que no crees en ti y dices algo como eso, muere un gatito.

Sonríe de medio lado y devuelve sus ojos al centro de los míos.

—Bah, mientras no sea *Salem*, me da igual.

—Mentiroso.

Amplía un poco más su sonrisa. Su madre le transmitió genéticamente algo de su debilidad por los gatos, así que no hay quien se lo crea.

—No sé, Ash. Aún no lo he decidido, solo es una opción. Ya veremos.

—Ya sé que no parece fácil, Cam. Y no lo es, pero recuerda lo que te dije de que todo cuesta esfuerzo y es mejor invertirlo en algo que vaya a hacerte feliz. En algo que realmente quieras hacer. Si quieres hacerlo, tienes que apostar por ello y ya está. Piensa en lo que quieres tú, no en lo que opine yo, en lo que quiera tu madre, en lo que piense tu hermano... La gente que te quiere va a estar orgullosa de ti y va a apoyarte, decidas lo que decidas. Así que solo depende de ti. Y todos sabemos que puedes hacerlo si te lo propones, así que no te eches atrás solo por miedo, ¿eh?

Sus ojos recorren mi cara muy atentamente. Y yo me quedo sin palabras otra vez, y trago saliva como puedo, perdida en el brillo de su mirada. ¿Es que no se da cuenta de lo que me está haciendo? ¿Es que es posible que no sea consciente de lo que provoca en mí cada vez que me mira así?

—Tú siempre sabes qué decir, Ash —murmura.

Y no sé si eso se ajusta demasiado a la realidad porque ahora mismo tengo las palabras atascadas en la garganta. Y menos mal. Si pudiera hablar estaría diciendo alguna tontería, eso seguro.

Se me corta la respiración cuando su mano se alza hasta acariciar dulcemente la línea de mi mandíbula, provocándome un escalofrío. Sigue el recorrido hasta posarse delicada en mi cuello, y me aparta el pelo de esa zona con su movimiento. El corazón me golpea el pecho, tan fuerte que puede que acabe por romperme una costilla. No puedo hablar, no puedo apenas respirar, no puedo moverme, ni pensar.

Él está cada vez más cerca. Sus labios avanzan hacia los míos de manera tan lenta que el movimiento resulta casi imperceptible. Es una tortura, pero también una delicia. Me da tiempo a sentirlo absolutamente todo: la impaciencia, la anticipación, el cosquilleo por toda la piel, el despertar en cascada de todos mis receptores táctiles, su olor nublando mis sentidos, su aliento cálido sobre mis labios, la emoción desbordante, y las mariposas. Las benditas mariposas de mi estómago a las que solo él da alas.

Los ojos se me cierran solos, lentamente, cuando sus labios rozan los míos de manera delicada. Muy suave, muy lento. Como si esta vez no tuviera prisa. Como si quisiera poder sentirlo todo, exactamente igual que estoy haciendo yo. Es radicalmente opuesto a los besos que me ha dado en los últimos meses, llenos de rabia y de necesidad. Este beso es tierno, muy delicado, e infinitamente más dulce. La presión de su boca se vuelve más firme cuando su labio inferior se cuela entre los míos, entreabriéndolos. Y mi cuerpo responde a la caricia entregándose por completo, ajustándome a su boca y moviéndome a su ritmo.

Mis emociones explotan en mi interior, todas al mismo tiempo, haciendo imposible cualquier pensamiento racional. No sé cuántos segundos pasan, con nuestros labios ejecutando el baile más

hermoso y perfecto que pueda existir. Solo sé que me deja sin aliento, que siento que se me escapa la vida por la boca y que, a pesar de todo, quiero más.

Sabe a alcohol. Y puede que sea precisamente eso lo que consigue devolverme a la realidad. Los dos hemos bebido, y no estamos borrachos, pero quizá sí un poco más desinhibidos. Cam sabe a alcohol, y eso me lleva a recordar que, en realidad, no quiere hacer esto, que estaba exponiendo su parte vulnerable, sus dudas y sus inseguridades, y yo solo he dicho justo lo que necesitaba oír. Era la verdad, pero para él ha sido una voz reconfortante, algo a lo que aferrarse. Y es muy fácil dejarse llevar por eso. Esto no es lo que él quiere. Y, por mucho que me duela, no es lo que necesito yo.

Pongo la palma de la mano en su pecho y lo empujo, para apartarlo de mí. Él obedece de inmediato a mi tacto, como ha hecho siempre, y se aparta lentamente, con los ojos aún cerrados. Los abre y me mira cuando me oye hablar.

—Cam... No —pido, mientras intento calmar mi corazón desbocado—. No hagas esto, por favor.

Pasea la mirada entre mis ojos, por un segundo, antes de apartar la mano de mi piel y dejarla caer entre los dos.

—Lo siento... —empieza a decir.

Cierro los ojos con fuerza y niego con la cabeza. Es muy fácil dejarse llevar, ser amigos con derecho a roce. Y, luego, él puede volver a no sentir, puede volver a estar como si nada hubiera pasado, pero yo no. Yo ya estoy temblando, incluso con su chaqueta bien calada sobre los hombros y el calor de su cuerpo a escasos centímetros de mí.

—No. No podemos besarnos y luego pedir perdón, Cameron. Es ridículo. Sé que lo sabes, pero necesito decirlo: sigo enamorada de ti —confieso, con la voz temblorosa y los ojos empañados—. Y yo no puedo hacer esto y que no me afecte, y luego marcharme a Chicago y seguir como si nada, mandándonos mensajes como si fuéramos amigos. Lo he intentado, porque no quiero perderte del todo de nuevo, justo cuando vuelves a estar aquí, pero no puedo. No puedo ser tu amiga, y menos así, te juro que no puedo. Me hace daño. Y no hay nada que desee más en mi vida que tenerte a ti en ella, pero así no. Sabes que siempre voy a querer más. Y yo ya sé lo que hay, lo entiendo, no creas que no. Te entiendo perfectamente, y quiero que seas feliz, y ojalá yo tuviera algo que hacer con respecto a eso... Pero ya no es así. Así que espero que Vanessa me cuente alguna vez que has conocido a alguien, que te hace muy feliz y que tu vida es perfecta —deseo, y me seco un amago de lágrima rápidamente—, pero no creo que yo pudiera soportar estar ahí para verlo. No puedo ser tu amiga. Ahora mismo no. Por favor, vamos a dejar esto aquí, ¿vale? No me llames. No me escribas. No puedo con esto ahora.

Tiene los ojos clavados en mí mientras me escucha y parece tan triste ante mis palabras que me dan ganas de echarle los brazos al cuello y achucharlo para hacer que se sienta mejor. Pero tengo que pensar en mí. Sydney tiene razón, hay que dejar a los fantasmas que crucen al otro

lado. Cam separa los labios, con intención de decir algo, y finalmente vuelve a cerrar la boca y asiente, tan levemente que, si no estuviera tan cerca, no habría podido notarlo.

Pongo una mano en su mejilla y estiro el cuello para besarle la otra muy suavemente.

—Cuídate, ¿vale?

Me pongo de pie, me quito su chaqueta y se la dejo sobre el regazo antes de alejarme de él para entrar en la casa, con el corazón partido en mil pedazos. Aunque, pensándolo bien, hace ya mucho tiempo que no lo tengo entero.

El cumpleaños

34

Cam

—¿Se puede saber por qué tienes esa cara de besugo amargado?

Hago una mueca en respuesta a la comparativa. Tyler me ha hecho una videollamada para felicitarme por mi cumpleaños, pero, después de eso, no ha tardado ni dos minutos en empezar a meterse conmigo.

—¡No! Espera. Déjame que intente adivinarlo —pide, y se frota las manos y luego pone los dedos índice y corazón en ambas sienes.

Suelto un suspiro resignado, y me trago la sonrisa que amenaza con aflorar a mis labios cuando lo veo masajear esa zona y cerrar los ojos con fuerza, como si tuviera poderes psíquicos. Me recuesto contra el respaldo del sofá, con los brazos cruzados, en espera de su diagnóstico.

—Veo que arrastras esa aura gris desde el día de la boda de tu hermano —sigue haciendo el payaso, como si se lo estuvieran descifrando los astros—. Vale. Dos teorías.

—Sorpréndeme, visionario.

Sonríe, satisfecho con el título, y me señala con un dedo a través de la pantalla.

—Los genes de tu padre son fuertes en ti y odias que tu hermano se haya casado con un tío —lanza su primer intento, burlón.

Me limito a hacer una mueca en respuesta y luego le enseño el dedo medio de mi mano izquierda. Él se descojona, sin ofenderse por mi gesto.

—¿No? —finge una sorpresa mayúscula—. Mierda, era mi apuesta más firme.

—Déjalo, tío. No me pasa nada. Y no tengo cara de besugo.

Vuelve a reírse.

—¿Que no? Mira, haz así —me ordena, y se coge la cara con una mano apretando sus mejillas para poner cara de pez—. Venga.

—Vete por ahí —respondo, con una risita.

Es un payaso de primera. Yo que pensaba que maduraría algún día.

—Espera, segundo intento. Debe de ser que el fin de semana de la boda de tu hermano fue el último en que viste a Ashley, entonces.

Miro fijamente la pantalla, y él hace lo mismo, los dos sosteniéndonos la mirada como si estuviéramos retándonos a un duelo. ¿De qué va? ¿Por qué tiene que meterse donde no lo

llaman?

—Claro que no. Esto no tiene nada que ver con Ashley.

—¿Seguro?

Estoy a punto de pegarle un buen bufido y decirle que se meta en sus asuntos, cuando oigo un estruendo a través de los altavoces, en algún lugar de su casa. Gira la cabeza y pone cara de mala leche, antes de volver a mirarme a mí.

—Perdona, tío. Creo que la gata del demonio ha vuelto a destrozar algo. Sue se va a currar y aquí la deja, para que haga todo el mal antes de que ella vuelva y luego se comporte como una santa, la maldita felina. ¡Piénsate bien mi pregunta! —exclama mientras desaparece de cámara —. ¡En veinte segundos me das una respuesta!

Niego con la cabeza, aunque ya no pueda verme. Nunca hubiera apostado a que Tyler Sparks compartiría vida con un animal. Siempre ha dicho que los míos le gustaban porque no tenía que llevárselos con él cuando se iba a su casa. Y ahora, míralo, es bastante obvio que Sue podría hacer con él cualquier cosa que quisiera. Y no hace más que quejarse de la pobre gata, pero yo lo he visto con ella durmiendo en el regazo en más de una de nuestras llamadas, y hasta una vez lo vi besándola en la cabecita. En el fondo es un blando. Él, que siempre ha ido de duro.

Su mención a Ashley me ha alterado. Mucho. Ya hace tres semanas de la boda de mi hermano. Y en este tiempo no he parado de pensar en ella ni un segundo. En ella, en esa sonrisa, en su manera de interactuar con Alice, en cómo trata a *Vodka*, en su cuerpo pegado al mío mientras bailábamos, en ese beso que me despertó de golpe el millón de emociones que había creído enterradas para siempre. Y en lo de «sigo enamorada de ti». «Sigo enamorada de ti», con sus ojos clavados en los míos. Y volver a mi casa de Boston no ayudó, sino todo lo contrario. Porque mientras estoy aquí, frente al ventanal, no puedo parar de imaginármela haciéndome la cena, recogiendo los pedazos de mi casa y mi alma destrozadas. Cuidando de mí. Y eso de «los demás no necesitamos una *Super Bowl* para estar orgullosos de ti». Lo de mi universo cediendo a su calma cuando la abracé para dormir en esa cama.

La echo de menos. La echo tanto de menos que tengo ganas de llamarla a todas las horas del día. Cada minuto. Solo para preguntar cómo está. Solo para contarle cualquier tontería, aunque no tenga nada que decir. Solo para oír su voz.

Esto no puede estar pasándome. Es absurdo, y es una locura. Yo ya no estaba enamorado de Ashley Bennet, ¿no? Pero ¿y si he vuelto a enamorarme... otra vez? Bueno, ya vale, Cameron. No dejes que ese Sparks te líe la cabeza.

Debe de ser solo que me siento culpable por cómo se quedaron las cosas entre nosotros. Por haberla besado sin haber tenido en cuenta sus sentimientos. Por saber que le hacía daño sin haberme parado a pensarlo siquiera. Al final, resulta que Emily tenía razón. A la mañana siguiente de la boda, ella ni me miró. De verdad, como si yo no existiera. Hasta le pidió a Zack por favor que la acercara él a la estación de autobuses de Eugene. Y ya no he vuelto a verla. Ni a

llamar, ni a escribir. Porque ella me lo pidió. Y también porque le prometí a su mejor amiga que, si era consciente de que le hacía daño a Ash, me alejaría de ella.

Solo necesito un par de días y todo volverá a la normalidad. Si dejé de pensar en ella una vez, no va a resultar más difícil ahora. La práctica lleva a la perfección, ¿no?

—Ya vuelvo. —Oigo la voz de Tyler acercándose de nuevo al ordenador—. Deja de machacártela, que no quiero tener pesadillas.

—El que se hace pajas delante del ordenador eres tú, pervertido.

Aparece frente a la pantalla con la gata y la acerca a la cámara para que yo pueda verla bien. La pobre se deja agarrar como si fuera un balón de fútbol sin protestar y, además, tiene cara de buena.

—Mira bien a esta bestia peluda, Cam. ¿La ves? Parece adorable, pero no te dejes engañar, es la hija de Satán. Cambió las pezuñas de cabra por uñas retráctiles para poder esconder el arma del crimen después de despellejar a sus víctimas.

Suelto una carcajada al escucharlo.

—A mí me parece solo una gata, tío. Y es muy guapa, además.

—Guapa, pero mortal.

Luego la gira para que lo mire a la cara y la besa entre los ojos antes de lanzarla por los aires para que caiga de pie sobre el sofá. Ella enseguida vuelve, para restregar la cara contra su brazo.

—Creo que te quiere.

—Solo cuando sabe que hay alguien mirando. Y volviendo al tema...

—No hay ningún tema.

—Cam, no seas capullo. Te conozco desde hace más de diez años. Te lo veo en la cara, te leo como un maldito libro abierto. Mira, entiendo que no quieras reconocer que eres un calzonazos y que, después de dos años pasando de ella, con solo verla tres veces pierdes otra vez el culo por esa chica. Pero es lo que hay, amigo. No elegimos de quién nos enamoramos y, siento si te ha tocado la pajita más corta o lo que sea, pero tú te enamoraste de Ashley Bennet y eso no ha cambiado por mucho que quieras engañarte. Supéralo de una vez y haz algo pronto, porque si no, al final, vas a perderla de verdad y eso sí que va a ser difícil.

Niego con la cabeza, desechando toda esa palabrería. Él no lo entiende. Sí, estuve locamente enamorado. Sí, me costó muchísimo olvidarla. Pero lo hice, ¿no? La olvidé. Estuve bien. Puedo volver a estarlo.

—Eso se ha acabado. Y tú lo sabes. La verdad, había echado de menos algunas cosas. Es normal. Ya sabes cómo es Ash. La gente la quiere, aunque ella no sepa ni por qué. Y creo que es una de esas personas que merece la pena tener en tu vida, pero ahora solo me interesa su amistad —miento.

Tyler se ríe. A carcajadas.

—Venga ya, Parker. ¿Se te olvida con quién estás hablando? Eres mi mejor amigo, y puede que yo sea una mierda de amigo, pero ¿sabes qué?: que te conozco mejor de lo que te conoces tú,

al menos, en esto. Oye, entiendo que este tema sea un poco violento entre nosotros. Es lógico. Así que, si lo que necesitas es mi bendición, quédate tranquilo: te la doy.

—Yo no necesito tu bendición, imbécil —escupo, y vuelve a reírse, tranquilo al saber que estamos a demasiados miles de kilómetros para tener que atenerse a las consecuencias—. Métete tu bendición por el culo. Es lo único que me faltaba.

—¿Sabes? Me hace gracia que vayas de celoso en todo este asunto —me provoca un poco más—. Tú no sabes lo que es estar celoso de verdad. ¿Qué? ¿Te has pasado dos años llorando por las esquinas y conteniéndote para no pegarme un puñetazo cada vez que pensabas que tuve a Ashley en mi cama unas cuantas veces?

—Tyler, cállate...

—A la mierda con eso. Trágate tus celos de una puta vez. Porque puede que su cuerpo estuviera conmigo, pero su mente y su corazón no dejaron ni un solo segundo de estar contigo y eso sí que provoca celos de verdad, Cam. ¿No has pensado en eso? Yo nunca la tuve. Nunca. Siempre fuiste tú.

«Siempre fuiste tú.» Recuerdo que Ashley me dijo algo parecido en la boda de Em y Scott. Si siempre fui yo, ¿por qué yo no lo sentía así?

—Ashley y tú estáis hechos el uno para el otro, tío —vuelve a hablar—. Lo sabe todo el mundo menos tú. No, corrijo: tú también lo sabes, pero quieres obviarlo. Sois perfectos juntos. Os merecéis el uno al otro. Nunca os he visto más felices que cuando estabais juntos. Así que no entiendo cuál es tu problema. ¿Por qué no la llamas?

¿Que por qué no la llamo? Pues no la llamo porque... No la llamo porque me prometí a mí mismo aprender a vivir sin ella. No la llamo porque me juré que nunca volvería a exponer mi corazón tanto como para que me lo volvieran a partir. No la llamo porque ella me pidió que no lo hiciera. Eso es lo que pasa.

—Ella no quiere que la llame. Y porque no tengo ninguna necesidad de llamarla.

—Escúchame, atontado: enhorabuena, eres un tío muy duro. Eres el hombre más fuerte del mundo porque has sobrevivido a Ashley Bennet sin partirte en dos y no todos podemos decir lo mismo. Soy muy consciente de que eres capaz de olvidarla, al menos por un tiempo. Ha quedado bastante claro que puedes vivir sin ella, que puedes estar bien sin ella y que no la necesitas. No la necesitas, Cam. Vale, estamos de acuerdo. Puedes vivir sin ella. Pero es que esa no es la puta cuestión.

—¿Y cuál es la puta cuestión? —presiono, deseoso de llegar a su gran conclusión y dejar esta conversación para siempre.

Pero lo que él dice me hace replantearme todo, de golpe y sin remedio. Todo el tiempo que he pasado sintiéndome orgulloso de mí mismo porque había conseguido vivir sin ella, porque sin ella podía respirar, reír y hasta sentir. Es que la cuestión no es si puedo vivir sin ella. Y Tyler lo dice, y lo cambia todo:

—¿*Quieres* vivir sin ella?

Es media tarde en Boston y yo llevo todo el día de mi cumpleaños encerrado en casa porque no quiero ver a nadie. Porque el maldito Tyler Sparks me ha arruinado el día dándole la vuelta de golpe a todos los pilares que me han mantenido en pie los últimos dos años y medio.

Acabo de colgar el teléfono con Vanessa y creo que, con eso, ya me han felicitado todos mis amigos.

Y falta Ash, claro, pero como ha faltado en los tres años antes que este, y no sé por qué ahora me importa tanto.

Aquí estoy, terminando de recoger las últimas cosas que me quedaban por empaquetar para que me las envíen a Sacramento. Podría haberme ido ya. Quizá ayer. O puede que hoy mismo. Pero me apetecía pasar aquí el día de mi cumpleaños. Solo. Tranquilo. Sin mucho ruido. No tenía ganas de fiestas ni de celebraciones. Últimamente no he estado mucho para eso. Esta noche haré mi maleta con las cosas más básicas y me iré mañana de vuelta a casa, dejando todo esto atrás. Le he dicho a todo el mundo que me quedaban asuntos por resolver, para poder tener unos días de margen si decidía que aún necesitaba un poco de soledad. Pero me parece que ya he tenido suficiente si no quiero volverme loco o un ermitaño.

El sonido del timbre me saca de mis pensamientos y dejo el último de mis libros dentro de una caja y me encamino a la puerta, extrañado. Miro por la mirilla y me encuentro a un chico joven, con una chaqueta de una empresa de mensajería y un paquete en la mano.

Abro y lo miro interesado. Él me devuelve la mirada, diría que impresionado.

—Cameron Parker —dice, sin molestarse en dar al nombre el tono de interrogación correspondiente. Asiento una sola vez, tampoco parece que le haga falta confirmación—. Eh, ah, sí, perdón. Traigo un paquete —indica al tiempo que me lo tiende.

Es rectangular y no demasiado grande, como una caja de zapatos, quizá un poco más ancho.

—¿De dónde viene esto?

—Pues... de Chicago —dice, tras comprobar sus papeles.

Y mi corazón se pone a latir a la carrera, como si en Chicago solo viviera una maldita persona. Pero, bueno, es que eso es lo que pasa. Al menos, para mí.

—Necesito una firma aquí, por favor. Y... si pudieras firmarme un autógrafo y hacerte una foto conmigo... Es que si no mi hermano no se lo va a creer.

Sonrío y disimulo mi impaciencia por que se largue y poder abrir el paquete de una vez. Me puede la curiosidad. Necesito ver ya lo que hay dentro de esa caja. Aun así, poso para que el muchacho nos saque un *selfie* con su teléfono móvil y le firmo en un papel, como ha pedido.

Cuando consigo que se vaya, cierro la puerta y estoy solo de nuevo, rasgo el cartón sin perder ni un segundo mientras vuelvo hasta el sofá y salto por encima del respaldo, para no tener que bordearlo. Dentro de la caja hay dos paquetes envueltos en papel de regalo y una tarjeta.

La tarjeta es una de esas típicas tarjetas de felicitación de cumpleaños, con un par de

cachorros blancos que se parecen un montón a *Vodka* cuando era pequeña. Pero no trae nada personal escrito en ella.

Rompo el papel del paquete más grande, rectangular y que, por el tacto, sospecho que es un libro. Es un manual de fisioterapia de una de las asignaturas que me quedan por cursar. Acaricio la superficie de la portada y levanto la tapa para poder verlo por dentro. Hay un par de hojas metidas ahí. El impreso de solicitud para el próximo curso de la universidad de la que hablé con Ash la noche de la boda de mi hermano. Cuando saco las hojas, veo algo más. Una dedicatoria en la primera página del libro. Es su letra. Tan perfecta. Tal y como yo la llevo en el brazo.

La vida es corta. Aprovéchala. Y nunca dejes de luchar por tus sueños, diga lo que diga la gente y hasta tú mismo. Feliz cumpleaños, capullo adorable.
—A.

Capullo adorable.

Eso es. Llevo tanto tiempo preguntándome quién soy... ¿Quién soy, si no soy Cameron Parker, el jugador de fútbol? ¿Quién, sino el hijo de mi padre? ¿Quién soy yo si nada de lo que estoy haciendo con mi vida termina de definirme? Y ahora resulta tan obvio... Yo nunca he sido tan yo como cuando era su capullo adorable. Y siento que nunca nada me definió mejor.

Mis emociones están tan magnificadas que si no sé si seré capaz de hacer algo sin llegar a colapsar. Mi mente no puede pensar con claridad, pero, a la vez, me siento más lúcido de lo que he estado en mucho tiempo. Desenvuelvo el paquete más pequeño con las manos temblorosas, sin saber muy bien lo que me voy a encontrar. Bajo el papel hay una caja de cartón cuadrada y, cuando levanto la solapa y lo veo, sonrío y tengo ganas de llorar. Todo a la vez.

Es un muñeco *daruma*, con sus dos ojos aún en blanco.

Y si hay una sola cosa que tenga clara en este momento es que, si tengo que pintar esos ojos, sé que no quiero hacerlo solo.

35

Ashley

—¿Vas a dejar de mirar el móvil de una vez?

Suelto el aparato, de golpe, al verme pillada, y cae sobre mi regazo con la pantalla aún iluminada. Sydney me está mirando desde la otra punta del sofá con una expresión no muy agradable en el rostro. Tampoco es para tanto, yo solo quería ver la hora que es... y de paso comprobar si tenía algún mensaje.

La muy exagerada hasta se inclina hacia la mesa para recuperar el mando a distancia y pausa la serie que estamos viendo.

—Ash, tú misma le dijiste que no llamara ni escribiera, ¿o es que ya no te acuerdas? —sigue hablando ante mi silencio—. A no ser que me mintieras y no fuera eso lo que tú dijiste.

—Fue eso exactamente lo que dije.

Syd levanta las cejas, sorprendida ante mi tono. La mejor defensa es un buen ataque, dicen. Pero ella no se deja amedrentar.

—Entonces, no puedes pasarte el día de su cumpleaños esperando una respuesta a un mensaje que no has mandado. Porque... no le has mandado ningún mensaje, ¿verdad, Ashley Bennet?

—Verdad, Sydney Watts.

—Mejor.

—Sí, mejor.

Me mira muy atentamente al ver que respondo a todo lo que dice repitiendo sus propias palabras. Ya. No es que se me dé muy bien eso de disimular.

—¿Qué has hecho?

—Son más de las once, me voy a la cama.

Logro ponerme de pie y dar dos pasos hacia la salida del salón, bordeando el sofá, antes de que ella salte por encima del respaldo y se plante en medio de mi camino, cortándome la retirada. Qué poco ha faltado para una salida digna.

—¿Es que voy a tener que llamar a esa tal Emily y establecer una alianza de frente común para conseguir que dejes esto atrás de una vez?

Me encojo de hombros, como si ni supiera de lo que me está hablando.

—Emily y tú no soléis decir cosas demasiado agradables la una de la otra, así que me imagino

que sería todo un acontecimiento.

—Sabes que no la soporto —suspira, en tono burlón—. Ella es tu mejor amiga de toda la vida, y yo, tu mejor amiga de la universidad con la que actualmente convives. Es normal que tengamos celos normales de amigas disfuncionales. Si no, te pasarías la vida preguntándote si de verdad te queremos, aunque sea un poquito. En el fondo, no me cae mal, al menos no ahora que nos hemos puesto de acuerdo en lo más importante. No me obligues a traer a un cura para exorcizar la casa y librarnos del fantasma Parker, Ashley.

Niego con la cabeza, cansada del tema. Pensé que lo íbamos a dejar atrás cuando volví de Eugene y le conté que me había dado cuenta de que ellas tenían razón. No más Cameron Parker en mi vida. Eso es lo que le pedí a él. Eso es lo que tenía que pasar desde entonces. Al menos, esa era la teoría.

—Ya no hay fantasma —aseguro, de mala gana.

—Cuéntaselo a esas camisetas de fútbol americano que tienes en el armario.

—Oye, vosotras habéis ganado, ¿vale? No tenéis que seguir dándole tantas vueltas a esto.

—¿Nosotras hemos ganado? Ash, nosotras estamos de tu parte. ¿De qué lado estás tú?

—¿Es una guerra?

—Parece que para ti sí. ¿Qué has hecho?

Aparto la mirada y la dirijo al suelo, justo a nuestros pies. Estas tres semanas, desde que volví de la boda de Rob y Zack, no han sido fáciles para mí. No es que haya sido como empezar de cero, tampoco es eso. Pero es que mis mejores amigas tenían razón y debería haberme alejado de Cam mucho antes, cuando aún no se había reavivado tanto su llama prendiendo bajo mi piel. Sé que estoy haciendo lo correcto. Sé que tengo que pensar en mí. Y sé que eso significa que tengo que mantenerme alejada del que creí que sería para siempre el amor de mi vida. Pero es difícil, a veces, demasiado. Y más cuando es su cumpleaños y sé que él está solo en Boston y no paro de preguntarme cómo llevará lo de su cambio de vida. Yo debería estar ahí para ayudarlo si el camino se le hace cuesta arriba. Debería estar ahí para sostenerlo si tropieza con alguna piedra. Y precisamente ese es mi problema: que no consigo darme cuenta de que él ya no quiere que sea yo su compañera de viaje. O sea, sí, lo sé, lo tengo claro en teoría. Cuando lo pienso racionalmente. Pero a mi corazón se le olvida cada dos por tres como si tuviera verdaderos problemas con la memoria a corto plazo.

—Le he enviado un regalo —confieso por fin, a media voz.

Sydney gruñe en respuesta. Ni me atrevo a mirarla porque sé que está poniendo su cara de «tú eres tonta, chica», y la verdad es que esta vez no le falta razón.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque es su cumpleaños. Ya, ya lo sé —sigo, antes de que pueda decir nada—, ha sido una tontería. Pero no significa nada, simplemente se me ocurrió enviarle algo y ya está. Es obvio que no va a mandarme un mensaje. No lo he hecho para que me dé las gracias. Yo le pedí que no llamara ni escribiera y sé que él va a hacer lo que yo le pedí, así que no sé por qué llevo todo el

día revisando mis mensajes con ansiedad, ¿vale, Syd? No lo sé. Es lo que hay. Soy consciente de que es lo mejor para mí. Sé que tenéis razón. Y sé que esto se ha acabado. Y mañana será otro día, y seguiré adelante como siempre. Como los últimos tres años. No tienes que preocuparte. Ha sido una estupidez.

—Ha sido una estupidez. Y creo que ya es hora de acabar con las estupideces, así que ahora mismo vamos a deshacernos de todas las que no te dejan avanzar.

Frunzo el ceño cuando la veo caminar a grandes zancadas hacia mi habitación. Corro detrás de ella, con el corazón latiéndome a toda velocidad en el pecho. Se ha propuesto provocarme un ataque de ansiedad.

La intercepto justo antes de que pueda alcanzar las camisetas de Cam.

—¿Podemos hacer esto mañana? —pido una prórroga, y suplico con la mirada.

Sé que es inútil decirle que no pienso deshacerme de las camisetas. En el fondo, debería hacerlo. Sacarlas de mi vida de una vez. Pero hoy no puedo.

—Llevas aferrada a los recuerdos demasiado tiempo.

—Mañana, Syd, por favor.

Baja los hombros y espira ruidosamente, antes de dar un par de pasos a un lado y sentarse en el borde de la cama.

—¿Entiendes por qué hago esto?

Me acerco y me siento a su lado. Apoyo la cabeza en su hombro.

—Lo entiendo. Yo haría lo mismo si estuviera en tu lugar.

—Qué suerte tienes de que yo no sea tan tonta como tú.

—Eh, oye, tú eres bastante tonta también.

Apoya la mejilla sobre mi pelo, tras soltar una risa breve.

—Si pudiera ir ahora mismo hasta Boston y obligar a Cam a quererte de nuevo, lo haría, ¿sabes?

Me sorprende oírla decir eso, pero no me muevo.

—No soy una de esas fans de vuestra relación que ahora parece haber por todos los lados —sigue, al ver que no digo nada—, pero me acuerdo de cómo eras con él, y de cómo era él contigo. Me gustaría volver a verte así de feliz. Lo que tienes que entender, Ash, es que perder eso no es el fin del mundo. Ningún tío va a ser nunca Cam, pero eso no significa que no puedas volver a sentir algo parecido. Nunca es lo mismo. Con cada persona es diferente. Puedes enamorarte otra vez, ¿sabes? Y si no te ha pasado ya, es solo porque has tenido esa puerta cerrada todos estos años. Tienes que dejarlo ir para permitirte volver a vivir. Lo sabes mejor que yo. Sé que lo tienes claro. Y, si todavía no lo has hecho, es porque crees que no te mereces ser feliz sin él después de lo que pasó, pero eso no es cierto. Todo el mundo comete errores. Todo el mundo le ha roto el corazón a alguien alguna vez. Y hay que seguir adelante.

Medito sus palabras durante unos segundos. Eso me lo he dicho a mí misma muchas veces. Pero hay algo en lo que Sydney no tiene razón: no es que yo piense que no me merezco ser feliz

sin él. Lo pensé durante largo tiempo, pero ahora ya tengo claro que eso no es así. El problema no es ese. No es que no me permita seguir sin él. No es que me castigue a mí misma, quedándome anclada en su recuerdo. Y no es ni siquiera que piense que no puedo ser feliz sin él. No es eso. Es que *no quiero* estar sin él. Es que he seguido viviendo, pero hacerlo con él era mejor.

—Te prometo que mañana haré algo de una vez con esas malditas camisetas —me limito a decir en voz baja.

—Te tomo la palabra.

—Y si hay que llamar a un cura... pues se le llama.

Suena el timbre de la puerta principal y las dos nos erguimos de golpe, ante el sobresalto. Nos miramos entre nosotras, algo asustadas, porque no son horas de llamar al timbre de ninguna casa decente, como quien dice. Y la serie que veíamos está parada, así que no puede ser la vecina para pedirnos que bajemos el volumen del televisor.

—Va a ser verdad eso de que la Iglesia tiene oídos en todas partes —suelta Syd en voz baja, y yo tengo que reírme ante el chiste.

Como sea un cura juro que me muero aquí mismo.

—Ve a abrir —insto, y la empujo fuera de la cama.

—Ve tú —responde ella, en el mismo tono.

—Vamos, no seas cría.

Me cojo de su brazo y camino parapetándome tras su cuerpo cuando volvemos al salón. La muy traidora se deshace de mí y corre a lanzarse sobre el sofá, dejándome de pie frente a la puerta.

—Anda, abre tú a la llamada del Señor, ya que estás de pie, Ashley.

Nunca debimos permitir que se instaurara en casa la norma de que debe abrir el que está más cerca o el que está de pie porque «ya que estás...». Pero no quiero ser una niñata, como está demostrando ser ella, así que pongo los ojos en blanco y me hago la valiente.

Miro por la mirilla, con la esperanza de que fuera quien fuera ya se haya ido. Tengo que parpadear un par de veces y volver a mirar para procesar lo que estoy viendo en realidad.

Aunque, por si mi vista no lo tenía claro del todo, el resto de mi organismo ya está reaccionando con la fuerza de un tsunami, poniéndome en alerta y preparándome para lo que venga, sea lo que sea. Latidos descontrolados, sequedad en la boca, nudo en la garganta. Ah, y debilidad en las rodillas, no vaya a ser que le dejemos a Ashley Bennet ni un solo resquicio de dignidad.

Me tiemblan las manos cuando acciono la manilla y tiro de la puerta para abrirla y apartar de una vez esa madera maciza que nos separa.

Ni siquiera pienso en el aspecto que debo de tener, con el pantalón del pijama puesto y una camisera de tirantes gris, vieja y llena de agujeros.

No me queda ni una sola célula del cuerpo sin sentir el temblor cuando esos ojos verdes me

miran.

Cameron Parker está en mi puerta, con el hombro apoyado en el marco, con aire despreocupado. Apenas me percato de la maleta que hay a su lado, pequeña, con su abrigo reposando encima del asa. Lleva un jersey gris y vaqueros negros, y un gesto serio en la cara que le da aspecto de malo de película. Y no tiene para nada pinta de cura, y menos mal, porque lo que se me pasa por la mente cuando sus ojos encuentran los míos es terriblemente pecaminoso.

—Cuatro —dice, firme, con sus ojos clavados en los míos como si fueran malditos polos opuestos de un imán.

No añade nada más. Y yo frunzo el ceño. No entiendo nada, pero es que tampoco me salen las palabras para pedir explicaciones. ¿Qué está pasando?

—¿Qué...? —Lo intento, porque siempre he pensado que no puedes dar la batalla por perdida sin luchar, pero me quedo ahí, sin más palabras en mi vocabulario.

Cam yergue su postura y da un paso decidido hacia mí. Mi cuerpo elige mantener las distancias, dando un paso atrás al mismo tiempo, sin que yo sepa ni por qué. Repetimos la operación con dos pasos más, como si estuviéramos ejecutando una coreografía y sus ojos no se separan de los míos ni por un solo segundo. Al cuarto paso que él da, yo me quedo quieta. Y su cuerpo queda tan cerca del mío que noto en el pecho su respiración agitada.

—Me he enamorado cuatro veces en mi vida, princesa —aclara con media sonrisa leve tirando de la comisura de sus labios—. Y las tres últimas han sido de ti.

No me da tiempo a procesar sus palabras, y me he quedado bastante colgada en eso de «princesa» y en el brillo deslumbrante de sus ojos, antes de que a mí se me cierren en respuesta al empuje de sus labios sobre los míos. Es una suerte que él se encargue de sostener mi cintura con las manos, con firmeza, porque las rodillas no me dan mucho más de sí sin que parezca que se han vuelto de mantequilla. Mi cuerpo reacciona mucho antes que mi mente y mis manos se aferran a sus hombros y mis labios responden a los suyos como si no supieran hacer otra cosa. No me sorprendería nada ver la estancia llena de mariposas si pudiera abrir los ojos. Mi interior no es suficiente para poder retenerlas todas.

Lo único que alcanzo a pensar, mientras me permito sentir a la máxima potencia, es que no puedo entender cómo alguna vez se me ocurrió soltar eso de «deja de llamarme princesa». Si yo lo que de verdad quiero es que siga llamándome «princesa» para siempre.

36

Cam

Si me quedaba alguna duda ya está más que resuelta. Ha sido verla y sentirme inevitablemente atraído hacia sus labios. Tener ganas de sonreír como un tonto. Quedarme a su lado una y mil vidas.

Me he enamorado de Ashley Bennet. Otra vez. Y lo único que me jode de todo esto es que el puto Sparks tenía razón. Es que no quiero vivir sin ella.

Me cuesta separarme de sus labios, pero creo que debería darle la oportunidad de decir algo en respuesta a mi repentina declaración de amor. Acaricio su cintura muy suavemente, por encima de la camiseta y me aparto poco a poco de su boca, abriendo los ojos despacio para permitirme recorrer sus facciones con la mirada. Es preciosa. Es perfecta. Y, si no dice o hace algo en los próximos segundos, me lo voy a tomar como un permiso para besarla otra vez. Tanto como quiera.

Ella mueve tímidamente las manos sobre mis hombros, hasta acariciarme la piel del cuello y también abre los ojos y busca los míos. Parece confundida. Supongo que es normal, después de que yo haya irrumpido así en su vida, sin avisar. Aunque no me importaría convertir en costumbre esto de presentarme en su puerta para besarla cuando ella menos se lo espera.

Ashley no dice nada, pero Sydney sí. La oigo moverse a mi espalda, arrastrar la maleta hasta el interior de la casa y cerrar la puerta.

—Hola a ti también, Cam. Me alegro de verte —dice en un tono muy irónico, pero, en el fondo, creo que lo dice en serio.

Tengo que apartar la mirada de los ojos de Ash para mirarla a ella. No me queda más remedio. Tampoco soy tan maleducado.

—Lo mismo digo, Syd —respondo, con media sonrisa, sin despegar el cuerpo del de Ashley —. Y siento presentarme así a estas horas, pero tenía algo que decir que no podía esperar.

—Te perdono. Vosotros a lo vuestro, por favor. Por mí no os cortéis. —Da su permiso y luego desaparece del salón, rumbo a su habitación.

Yo vuelvo a mirar a Ashley, que no ha dicho ni una sola palabra y parece que tiene intención de seguir así. Está estudiando mi cara como si intentara descubrir qué es real y qué no lo es en todo lo que está sucediendo.

—Ash...

Pronuncio su nombre en un tono muy suave, y trato de acercar la cara a la suya, buscando conectar con ella. Pero empuja mi pecho con las dos manos y da un paso atrás, obligándome a soltarla.

—Si esto es una inocentada del Día de las Bromas, no tiene ninguna gracia, Cameron —advierte al recuperar por fin su voz.

No esperaba que su reacción fuera a ser así, ni tampoco que esas serían las primeras palabras que pronunciaría en respuesta a mi declaración, pero nosotros nunca hemos sido de decir lo más adecuado o de hacer los momentos románticos perfectos, así que supongo que me vale. Y no quiero reírme, de verdad que no, porque creo que eso es lo peor que podría hacer, pero se me escapa una risita sin que pueda contenerla.

—Yo nunca bromeo el día de mi cumpleaños.

Y si vuelve a llamarme Cameron voy a comérmela a besos sin darle la oportunidad de decir nada más.

Sydney vuelve a aparecer. Se ha puesto ropa de calle y lleva una mochila al hombro.

—Siento interrumpir. Ash, me voy a dormir a casa de Mike. Os dejo solos, para que..., bueno, para lo que sea. Me llevo el coche. Vuelvo mañana después del trabajo. Hasta luego, pasadlo bien.

Coge unas llaves del aparador que hay junto a la puerta y se va, dejándonos solos.

Ashley no me mira, y se está mordiendo el labio, tan fuerte, que temo que se esté haciendo daño. Le pongo una mano en la barbilla y lo acaricio suavemente para obligarla a liberarlo.

—Oye...

Intento usar mi tono más tierno, pero ella no me deja decir nada más. Se abalanza hacia mí, rodea mi torso con los brazos y esconde la cara en mi pecho. No ha tenido ningún cuidado al hacer chocar nuestros cuerpos y mi instinto me lleva inmediatamente a envolverla con el mío y refugiarla entre los brazos. No me cuesta demasiado darme cuenta de que está llorando.

Vale.

Esto no me lo esperaba.

Me he pasado las últimas horas imaginando cómo iba a ser este momento, cómo reaccionaría ella cuando me viera en su puerta, qué decirle para expresar todo lo que quiero transmitir, qué era lo que ella contestaría... Pero lo cierto es que me esperaba el festival del amor. No el festival de las lágrimas.

—No llores —murmuro en su oído—. Por favor.

No quiero verla llorar. No me gusta verla llorar. *Odio* verla llorar.

Se aparta, se seca las lágrimas con las manos y esconde la mirada todo lo que puede, para que yo no la vea así. Pero es que quiero verla. Sea como sea, con lo bueno y con lo malo, con las risas y las lágrimas. Pongo una mano en su cintura para retenerla y con la otra le aparto el pelo de la cara, para poder mirarla bien.

Creo que lo de dejar la charla para luego y besarnos hasta dejarnos sin aliento y llevarla a la cama y meterme entre sus piernas todo el resto de la noche va a tener que esperar. Una pena. Era mi escenario favorito.

—¿Vas en serio?

—Oye, mírame bien, ¿tengo cara de estar de broma? —Ella niega levemente con la cabeza, pero no dice nada—. Soy un capullo, pero no tanto. No sé lo que ha pasado, Ash. No lo sé. No sé cómo te me has metido dentro otra vez. No sé por qué me he pasado los últimos dos meses sonriéndole al móvil, o por qué no he dejado de pensar en ti desde la boda de mi hermano. Ni idea de cómo ha pasado. Pero es que me da igual.

Esta vez me besa ella. Con mucho ímpetu. Sin dejarme terminar de hablar. Y yo pongo una mano en su nuca para acercarla aún más. Para retenerla contra mis labios. Esta vez no voy a poder dejarla marchar.

Cuando vuelvo a mirarla aún tiene lágrimas surcándole las mejillas. ¿Cómo consigo que deje de llorar? Esto siempre se me había dado muy bien. Antes era capaz de anticipar sus emociones, de comprenderlas, de amortiguarlas si era necesario. Y ahora... Ahora creo que voy a tener que aprender todo eso de nuevo. En realidad, no me importa. Estoy deseando volver a conocerla.

—Cam..., yo no...

—No vamos a pedirnos perdón por besarnos esta vez, Ashley Bennet —advierto, y la veo sonreír levemente entre las lágrimas y hasta hace amago de poner los ojos en blanco y niega con la cabeza. Y yo sonrío y siento esa sensación cálida recorriendo todo mi cuerpo—. Nunca pienso volver a disculparme por besarte, espero que no te importe.

—No me importa.

Sorbe por la nariz y se muerde el labio con la sonrisa.

—Bien.

Acaricio su mejilla tiernamente y le seco una nueva lágrima con el pulgar.

—Necesitaría que dejes de llorar. Estoy empezando a tener serias dudas de que te alegres de verme esta noche.

Sonríe más. Entre lágrimas. Cómo me encanta cuando sonríe entre lágrimas. Odio verla llorar. Pero conseguir hacerla sonreír cuando llora es uno de los logros que me hacen estar más orgulloso. Quiero volver a ser yo el que la hace sonreír siempre, pase lo que pase.

—No es eso. Es que tú... Yo... No sé muy bien lo que es esto.

Cojo su mano y tiro suavemente de ella para guiarla hasta el sofá. Vale, mi intención era dejar la charla para más tarde, pero es obvio que ella necesita aclarar unas cuantas cosas ahora. Se sienta a la vez que yo, bastante lejos de mí. Me dedico a sostenerle la mano mientras le doy algo de tiempo para pensar, en silencio.

—Tú querías que fuéramos amigos —murmura por fin, y me mira de medio lado—. Pensaba que tú ya no... Sé que te hice mucho daño. Y entendía que no pudieras quererme, que no quisieras verme, y...

—Ashley —la freno—, han pasado muchas cosas y mucho tiempo. ¿Qué tal si dejamos el pasado atrás y nos centramos en el presente? El presente soy yo, aquí, en Chicago, diciéndote que quiero volver a conocerte, que me muero por hacerte reír y por hacerte gemir, que me encantaría que tú me hagas reír como tú sabes y poder ser idiota a tu lado, y que me beses y dejemos que esto vaya a donde tenga que ir. No quiero volver a oír que sientes lo que pasó, no necesito explicaciones, ni necesito que rindamos cuentas. Voy a ser sincero contigo: yo tampoco sé lo que significa todo esto. No tengo ni idea de por qué, de repente, lo único que quería hacer es verte sonreír. Y no puedo prometerte que esto vaya a llegar a ninguna parte, y mucho menos que vaya a ser perfecto. Puede que nos demos cuenta de que no podemos olvidar el pasado, o puede que nos demos cuenta de que nada importa mientras tengamos un futuro. No lo sé. Aún no estoy seguro de ser capaz de hacer borrón y cuenta nueva, y tampoco puedo decirte que voy a poner mi corazón en tus manos bajando todas mis defensas y sin miedo de volver a sufrir. No puedo prometerte nada en absoluto. No sé cómo va a ser. Puede que termine mañana o puede que dure el resto de nuestra vida. No quiero engañarte, ni darte falsas esperanzas. Pero, a pesar de todas las incertidumbres, estoy seguro de que quiero intentarlo; seguro de que quiero descubrir dónde puede llevarnos esto. Necesito ir poco a poco, eso sí. Y, si tú estás dispuesta a arriesgarte conmigo y aceptar que ahora soy un tipo bastante más inseguro, gruñón y aun un poquito más capullo de lo que era antes, que no puede darte un cuento de hadas, me gustaría que tú y yo descubriéramos día a día qué puede pasar con lo que sentimos ahora.

—Cam, yo quiero estar contigo.

Lo dice muy firme. La miro a los ojos, y la veo completamente decidida. Entregada. Quiere estar conmigo. Y yo quiero estar con ella.

Y no quiero perder más el tiempo.

—¿Por qué estás tan lejos?

Tiro de su mano, para invitarla a acercarse a mí y, cuando lo hace, la tomo por la cintura y la siento sobre mi regazo, pegando nuestros cuerpos. Ash se toma unos segundos para recorrer mi cara con los dedos y los ojos, como si quisiera memorizarla por si no vuelve a verme.

Cierro los ojos y acaricio su nariz con la mía cuando se acerca lo suficiente. Ella pone las manos a los lados de mi cabeza y levanto la cara para besarla en los labios. Es un beso muy suave al principio, pero va creciendo en intensidad y necesidad con cada roce, hasta que su lengua explora mi boca hábilmente, y yo ya tengo una erección nada despreciable. Estoy seguro de que puede notarlo contra su muslo. Y me muero por besarla por todas partes de una vez.

—¿Esto es real? —pregunta, a solo un milímetro de mis labios.

—Si te refieres a lo que puedes notar en mi bragueta, te diré que sí. Todo natural. Todo mío. Todo tuyo, si quieres.

Suelta un bufido, y yo una carcajada que la hace sonreír, aunque haga esfuerzos para contenerse.

—Eres un capullo —insulta, pero suena como un piropo por la manera tan dulce en que lo

dice.

Cojo su cara entre las manos para conseguir que me mire a los ojos.

—Si te refieres a ti y a mí, te diré que esto es lo más real que he tenido en toda mi vida. Pase lo que pase mañana.

Podría pasarme horas mirándola. Ni siquiera sé qué hora es, pero seguro que muy tarde. Hemos hecho el amor lentamente, sin prisas, entregándonos como hacía tiempo que yo no me entregaba a nadie. Supongo que como no me entregaba a nadie desde aquella noche en el lago Tahoe en que me enamoré profundamente de ella por segunda vez. Y parece que ninguno de los dos podemos apartar las manos del otro mientras estamos tendidos desnudos en su cama, mirándonos de frente, con las cabezas apoyadas en la almohada.

—¿Y esta cicatriz? —Acaricia con un dedo la curva de mi hombro.

—Patriots contra Vikings, en enero del año pasado. No me partí la clavícula de milagro —le cuento, sin dejar de mirarla a la cara para no perderme ni una sola de sus expresiones.

Hace un mohín con los labios. Pero se calla. No dice lo del deporte de bárbaros, ni lo de odiar el fútbol, ni nada de eso.

—No me había fijado.

Llevamos ya un rato explorando nuestros cuerpos para volver a descubrirnos. Un rato de «me gusta este tatuaje», «sigues teniendo trece pecas en la espalda», «¿de dónde ha salido esa marca?», «¿y esta cicatriz?». Me encanta estar haciendo esto. Nunca he estado tan a gusto ni tan relajado desnudo en la cama con una chica como siempre lo he estado con ella. Y ahora, a pesar que llevábamos años sin una situación de tanta intimidad emocional, me siento como si el tiempo no hubiera pasado. Alargaría este momento para hacerlo eterno, si pudiera.

Cojo su mano izquierda y me llevo su muñeca a los labios para besar el pequeño tatuaje que tiene justo ahí. Ese símbolo tan nuestro.

Se incorpora de golpe en la cama y yo frunzo el ceño, pero no digo nada, mientras trato de descubrir qué es lo que piensa o lo que va a hacer a continuación. Se inclina hacia la mesilla que está en su lado, rebuscando en un cajón y mostrándome una panorámica perfecta de su culo. Le doy una palmadita y suelta una protesta, haciéndome reír. Cuando se vuelve hacia mí, tiene un lápiz de labios en la mano y lo destapa y saca el color oscuro antes de acercarlo a mi pecho, justo sobre el corazón. Sonrío y me dejo hacer mientras ella marca ese símbolo, el complementario al suyo, en mi piel.

Me abalanzo sobre ella cuando termina y la derribo sobre el colchón, para ponerme encima, y sonrío al oírla reír. Hacía mucho tiempo que no lucía una sonrisa tan perenne.

—Siento haber tardado tanto —murmuro.

Se queda seria y me aparta el pelo de la frente con mucha delicadeza.

—No importa. Aún pensaba esperar un poquito más.

Siento su sonrisa pegada a mis labios cuando la beso.

La despedida

37

Ashley

Entro en casa y lo oigo tararear en la cocina. Ensancho la sonrisa, que ya venía preparando desde la calle, y dejo las llaves en el aparador y la cazadora en el perchero antes de acercarme hasta allí. Me apoyo en el marco de la puerta para mirarlo. El ruido de la campana extractora mientras cocina ha impedido que oiga cerrarse la puerta de entrada y eso me da ventaja para observarlo sin que él lo sepa. Lleva sus pantalones anchos de baloncesto, largos hasta la rodilla y la camiseta de los Patos. No se me pasa por alto que, desde que está aquí, no ha cogido ni una sola vez la de los Patriots de mi armario. Me muerdo el labio para contener una risita cuando me doy cuenta de que la canción que lleva un rato tarareando es de Taylor Swift. Ay, mi capullo adorable.

Podría acostumbrarme a esto. De hecho, creo que ya me he acostumbrado. Cameron lleva nueve días aquí, quedándose en mi casa de Chicago. Y hacía muchísimo tiempo que yo no era tan feliz. Me encanta darle un beso cuando me voy a trabajar por la mañana y él se queda en la cama, con cara de dormido y dándome envidia. Me encanta llegar y que esté aquí, esperándome con una sonrisa. Y me gusta muchísimo tenerlo cada noche en mi cama, aunque lleve más de una semana durmiendo poco y me cueste despegarme las sábanas cuando suena el despertador. Creo que a Sydney tampoco le importa demasiado que nos haya invadido el espacio. Ella protesta y se mete con nosotros y no para de preguntarle cuándo piensa irse, pero la veo mirarnos con esa sonrisa, y a veces hasta me guiña el ojo, y sé exactamente lo que quiere decir, aunque no hable en voz alta para confirmar que se alegra muchísimo por mí y que la hace feliz vernos así. Además, Cam nos prepara la comida todos los días y la cena la mayoría de ellos, y creo que la casa nunca había estado tan limpia como desde que él está aquí. Así que, en el fondo, sabemos que es broma esa amenaza suya de empezar a cobrarle el alquiler.

—Voy a tener que ponerte un sueldo de sirviente a tiempo completo, al final —hablo por fin cuando ya he paseado suficiente los ojos por su anatomía.

Se vuelve de golpe, sobresaltado, y yo sonrío divertida.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? Cualquier día me provocarás un infarto... —Viene hasta mí para rodear mi cintura con un brazo y pegarme a su cuerpo.

—Tranquilo, no te he oído poniéndole sentimiento a *Delicate* ni nada, si es eso lo que te preocupa.

—¿Qué? Estás confundida, guapa. Estaba rapeando. —Se hace el duro con media sonrisa engreída.

Le beso esa sonrisa poniéndome de puntillas. Me retiene con las manos en mi nuca cuando voy a separarme y prolonga el beso, acariciando mis labios con la lengua.

—¿Qué cocinas? Huele bien —alabo, y trato de asomarme por un lado de su cuerpo para mirar la olla que tiene al fuego.

—He encontrado mi verdadera vocación y es ser amo de casa. —Me retiene entre los brazos —. Vas a tener que mantenerme.

—Si eso hace que te quedes aquí para siempre, pactaremos una asignación semanal para ti —le sigo el juego mientras beso su cuello.

Me aparta y yo lo miro a los ojos. Frunzo el ceño al ver lo serio que está.

—Sí, respecto a eso... Tengo algo que decirte —anuncia, y da dos pasos atrás para remover la comida y que no se pegue, aún con los ojos fijos en mí.

Se va. Siento cómo mi corazón se vuelve piedra de golpe, y me pesa en el pecho ante la mera perspectiva de no tenerlo aquí cada día. De que no esté. Y, lo que es peor, de que tome un poco de distancia y recuerde que esto no es lo que él quería. Que ya no soy la chica con la que quiere estar. Llevamos nueve días metidos en una burbuja y yo no he parado de pensar, en todo este tiempo, que va a llegar el momento en el que reviente.

Doy tres pasos y me siento sobre la mesa, mirándolo. No quiero que se vaya. No quiero que esto se acabe. Me gustaría poder parar el tiempo y quedarnos en este *stand by* para siempre. Él aquí mientras todo el mundo piensa que está en Boston. Tenerlo conmigo sin tener que compartir esto con nadie. Sydney y Jayce son los únicos que lo saben. No he querido decírselo a nadie más. Le he pedido a Cam que no le dijera a nadie que estaba aquí conmigo. En el fondo, creo que los dos necesitamos que esto sea solo nuestro hasta que sepamos exactamente qué es lo que tenemos.

—Esta mañana me ha llamado el entrenador del instituto —empieza a contarme, al ver que yo no tengo intención de decir nada y me dedico a mirarlo con cara de cachorro abandonado—. El equipo de su hijo se ha quedado sin entrenador... y me ha preguntado si me gustaría entrenar a los chavales. Serán un par de meses, quizá tres.

—Suena bien —digo a media voz, pero solo porque veo en su cara que a él le parece una gran idea.

A mí me gustaría decirle que ni se le ocurra hacer ningún plan que no incluya llevarme pegada a su cuerpo como una lapa.

Apaga la vitrocerámica con un dedo y aparta la olla. Luego se me acerca despacio y pone una mano a cada lado de mis caderas, apoyadas en la superficie de la mesa, y se mete entre mis piernas.

—No me había planteado nunca lo de entrenar, pero la verdad es que me apetece bastante probar. Además, así tendría algo que hacer mientras espero a que empiece el curso y pienso qué voy a hacer con mi vida.

Acaricio sus hombros suavemente y asiento. La verdad es que suena como todo un plan, y eso ya es más de lo que tenía hace apenas un día.

—No quiero que te vayas, Cam. Pero los dos sabemos que tienes que hacerlo tarde o temprano. *Vodka* te está esperando. Necesitas volver a casa, ordenar tu vida, tomar decisiones...

Me toma por la barbilla y vuelve a encontrar mis ojos una vez más, clavándome ese verde y provocando que un cosquilleo agradable me recorra desde la cabeza a los pies.

—Sí, pero no quiero que te olvides de que, en todas las decisiones que tome de ahora en adelante, puede que me guste tener tu opinión, Ash. ¿Lo sabes?

Muevo la cabeza en gesto de asentimiento, una sola vez, aunque en realidad no estoy tan convencida como pretendo hacer ver.

—Le he dicho que tenía que pensármelo. ¿Crees que yo valdría para entrenar a un equipo infantil? ¿Y si no sé enseñarles nada?

—Cam, enseñaste al torpe de mi hermano a jugar al béisbol cuando tenías dieciocho años y ahora juega en un equipo universitario bastante decente. Diría que lo tuyo es un don.

Sonríe y a mí me aletea el estómago en respuesta a ese gesto. Me encanta su sonrisa. Pagaría por ser yo la que lo hace sonreír cada una de las veces durante el resto de su vida.

—Llámalo y dile que sí —lo animo—. Tienes que irte y necesitas probarlo. Y, si funciona, puedes compaginar entrenar algún equipo con los estudios cuando empiece el curso, ¿no? ¿Cuántos días a la semana sería?

—Creo que son dos. Y luego los partidos los juegan un fin de semana de cada tres... Aún no lo sé seguro. —Sigue mirándome y yo alzo las cejas, esperando que me explique su actitud—. Eres muy increíble, ¿lo sabías?

—Algo había oído —bromeo—. Pero pensaba que solo te referías a en la cama.

Suelta un bufido, imitándome, y yo una carcajada en respuesta. Quiero esta vida. Lo quiero así para siempre, justo así, como debería haber sido todo este tiempo.

Me besa con firmeza y luego me guiña el ojo cuando se aparta.

—Me iré en un par de días. —Vuelve a estrujarme el corazón, aunque no precisa nada concreto—. Ve reservando un vuelo a Sacramento para venir a verme pronto. Ahora ponte cómoda, que comemos en cuanto llegue Syd.

Me baja de la mesa, con las manos en mi cintura, y me da una palmadita en el culo, mandándome hacia mi cuarto. Ni siquiera protesto, esta vez. Me voy hacia allí, sintiéndome un poco decaída.

En cuanto entro en la habitación, lo primero que miro es ese muñeco *daruma* nuevo, con su ojo recién pintado, que hay sobre mi escritorio. Cam lo trajo hasta aquí, y dijo que quería que le echara una mano para presentar su solicitud en la universidad a distancia y que podíamos pintar ese ojo juntos. Y yo casi me muero de amor, literalmente. Hasta había comprado una témpera y un pincel en el aeropuerto, de camino.

Estos días juntos han sido así: llenos de sueños, de besos y achuchones, y con la banda sonora

de un montón de carcajadas. No quiero que esto cambie. No quiero que se acabe. Pero sé que tengo que dejar que siga su camino, que tengo que animarlo a seguir adelante, aunque eso implique volver a estar a miles de kilómetros de distancia. No paro de repetirme que aún es pronto para que se vaya, que aún nos queda mucho por descubrir del otro, aún hay resquicios de piel por explorar, para ver si han cambiado, aún hay muchas historias por contar. Y quiero que me las cuente todas en susurros en la madrugada, mientras acaricia cualquier centímetro de mi piel al azar, desnudos bajo las sábanas. Quiero que vuelva a contarme cómo fue conocer a Alice, lo que le ha hecho sentir todo este tiempo, que me pique con eso de que ya no soy la única princesa de la familia. Me encanta cuando dice eso. Porque no me importa compartir el título con Alice.

38

Cam

Es muy tarde en Chicago cuando aterrizo y recupero la maleta y puedo pasearme hacia la salida de la terminal de llegadas del aeropuerto de Sacramento para ir en busca de un taxi que me lleve a casa, pero, aun así, enciendo el móvil para mandarle un mensaje a Ashley y decirle que he llegado bien. No me da tiempo a hacerlo antes de que una voz a mi espalda me sobresalte:

—¡Eh, tú!

Me vuelvo extrañado por el sonido de esa voz que reconozco al instante y que no debería estar aquí. Es mi hermano, que da dos zancadas hasta llegar a mi altura y me mira con una sonrisa socarrona.

—¿Qué haces aquí? —Es lo primero que me sale.

Se suponía que estaba en Eugene, haciendo su vida normal, con su marido y con su hija. Y con su perra. Y con mi perra. ¿Qué hace en Sacramento? ¿Qué hace en el aeropuerto?

—Pillarte. Eso es lo que hago aquí —responde tan tranquilo, y luego me da un abrazo, sin que a mí me dé tiempo a reaccionar—. Y yo también me alegro mucho de verte, pequeño.

Me quita el asa de la maleta de la mano y tira de ella hacia las puertas de salida. Tengo que correr unos metros para alcanzarlo, porque me he quedado parado intentando procesar qué está pasando.

—¿Desde cuándo estás en Sacramento? ¿Y qué haces aquí?

—Déjame que primero interrogue yo, ¿te parece? Vamos, tengo el coche ahí mismo. Y mientras te llevo a tu casa, en la que, por cierto, me estoy quedando un par de días, y espero que no te importe... ¿Qué tal si me cuentas por qué llevo dos horas esperando en el aeropuerto porque en vez de llegar en el vuelo de las 20.37 de Boston, llegas en el de las 22.40 de Chicago?

Me mira con una ceja alzada y media sonrisa traviesa. Es una pillada en toda regla, no lo puedo negar. Y Ash me había pedido que de momento no se lo dijera a nadie, pero me parece que ninguna excusa va a resultar creíble a estas alturas.

Me monto en el asiento del copiloto. Y, ¿qué hace aquí su coche cuando debería estar en Eugene? Me parece que no soy el único mentiroso de la familia.

—Bueno, ¿qué? ¿Tienes algo que contarme?

—Rob, no puedes decirle esto a nadie, y mucho menos a mamá.

—Espera, espera, primero mándale un mensaje a Ashley para comunicarle que has llegado bien, anda. Y no te olvides de añadir un «te quiero» al final —dice, burlón. Suelto una especie de bufido, pero soy consciente de que se me escapa la sonrisa—. ¡Mírate! Así que es verdad. Zack y yo llevamos toda la semana sospechando. Tú estabas muy raro y, claramente, no en Boston. Ella estaba muy rara también. ¡Necesito que me lo cuentes todo!

Lo ignoro y tecleo un mensaje rápido para Ash. Le digo que ya estoy en Sacramento y que me voy a casa y que duerma bien. Ella contesta muy rápido, lo que probablemente quiere decir que se ha quedado despierta esperando mi mensaje. Y seguro que yo ya tengo cara de tonto otra vez con solo leer su respuesta.

—Te lo contaré todo —cedo cuando vuelvo a centrar la atención en mi hermano—. Pero ¿tú quieres explicarme qué haces en Sacramento con tu coche y quedándote en mi casa?

Sonríe y arranca. No habla hasta que se ha incorporado a la carretera principal.

—Vine ayer porque esta mañana tenía una entrevista de trabajo aquí. Y vine con el coche porque, como dijiste que ibas a volver hoy, me pareció buena idea aprovechar el viaje para traer a tu perra y que no tuvieras que pegarte tú la paliza de ir a buscarla.

Mi perra. Qué ganas tengo de ver a *Vodka*. Y esto significa que me está esperando en casa. He alargado nuestra separación más de lo esperado, aunque creo que ha merecido la pena y que a *Vodka* no le importará si eso significa que Ash vuelve a formar parte de su vida. De nuestra vida.

—¿Una entrevista? ¿Aquí? ¿Es que estás planteándote mudarte de vuelta a casa? ¿Vas a abandonar a tu marido y a tu hija ya tan pronto, Robert?

Sonríe de medio lado, atento a la carretera.

—La idea es que mi marido y mi hija se vengan conmigo, Cameron.

Hasta pego un bote en el asiento, y él se ríe ante mi reacción. ¿Tener a mi sobrina en Sacramento? ¿Poder verla todos los días? Esa sería la mejor noticia que podría darme.

—¿Cuándo?

—Aún tienen que confirmarme si me dan el trabajo o no, la entrevista ha ido bien, pero no hay nada en firme. Y luego tendríamos que buscar una casa y Zack tendría que despedirse del trabajo y buscar algo aquí. No lo sé, quizá me venga yo primero y luego ellos, ya lo iremos viendo. De momento, no le digas nada a mamá, ¿vale? —pide, igual que yo antes—. No os había dicho que venía a Sacramento a la entrevista precisamente por esto, no quiero que nadie se haga ilusiones, aún queda mucho por ver.

—Mamá no se merece los hijos tan mentirosos que tiene —murmuro, divertido, y mi hermano suelta una carcajada a mi lado.

—Que no hubiera dejado la mitad de la dotación genética a cargo de papá. Ahora que se aguante con lo que le ha tocado —bromea—. ¿Y tú qué? ¿Cuáles son tus planes aparte de volar frecuentemente a Chicago?

Sonrío y empiezo a contarle alguna de las novedades: que he mandado la solicitud para la universidad a distancia para terminar fisioterapia, que voy a entrenar al equipo infantil de la

selección de fútbol de Sacramento durante algunos meses, y que aún tengo que pensar muy bien lo que quiero hacer a largo plazo.

—¿Sabes qué? —dice él, cuando termino de explicarle mis nuevos objetivos—. Me parece que Ashley te sienta muy bien, pequeño.

Me muerdo la lengua, ahora ya solo por la fuerza de la costumbre, para no llegar a decir en voz alta que yo también lo creo.

Vodka se vuelve loca cuando me ve llegar a casa, salta sobre mí sin cuidado, me muerde las manos emocionada y me lame la cara tanto como puede, todo ello acompañado de lloriqueos de emoción y de un movimiento de cola tan frenético que hasta me da miedo de que acabe por dislocársela. Tengo que sacarla a dar una vuelta por la manzana para que se tranquilice, y aprovecho para sacarnos un *selfie* y mandárselo a Ash. Y a ella tengo que regañarla y mandarla a dormir cuando me contesta pidiendo que le dé un beso a *Vodka* de su parte y diciendo que le encantaría estar con nosotros.

A mi hermano no se le ha pasado la sed de cotilleo cuando vuelvo a casa y me hace un gesto para que lo siga a la cocina y saca cosas de la nevera, que él se ha encargado de llenar para mí, y se pone a calentar dos vasos de leche en el microondas.

—Hablemos como lo hacen los verdaderos hombres: con un vaso de leche con galletas —propone, en tono de broma.

Y aquí estamos el uno frente al otro en la isla de la cocina, con un vaso de leche cada uno y un paquete de galletas entre los dos, dispuestos a ponernos al día de lo que ha pasado en las últimas semanas.

—No se te ocurra decirle nada a Alice —advierto, cuando vuelve a preguntar por Ash.

—De eso nada, me guardo la bomba para el día de su cumpleaños, así me libro de comprarle el casco rosa de fútbol que quería, esto le hará más ilusión.

—No quiero que os emocionéis antes de tiempo, así que, por favor, contrólate y controla a Zack. Aún no estoy seguro de lo que va a pasar entre nosotros. Estos días con ella han sido... increíbles. De verdad. Hacía muchísimo tiempo que no estaba tan a gusto, tan relajado y feliz, que no era tan... yo.

Soy realmente consciente de ello por primera vez desde que he salido de Chicago. Ha sido como si mi vida encajara de nuevo. Me sentía en paz. Pero, claro, no ha sido del todo real. Ha sido un efecto de pararlo todo; no había nada más que ella y yo. No estoy tan seguro como cuando estaba allí de que la vida real no vaya a interponerse en eso cuando tengamos que enfrentarnos a ella.

—Pero es que aún hay momentos en los que quiero meterme en mi caparazón y no arriesgarme a que esto me haga polvo otra vez —confieso—. Hay momentos en los que la miro y me acuerdo perfectamente de cómo fue, de cómo me sentí cuando ella me miró a los ojos y me partió el corazón. Y no sé si voy a poder con eso.

Mi hermano está muy atento y muy serio. Examinando cada una de las palabras. Hunde una

galleta en su vaso de leche mientras asiente con la cabeza, comprensivo.

—Supongo que es normal, Cam. Nadie puede estar nunca seguro al cien por cien de que las cosas van a salir como nos gustaría, y mucho menos en el amor. Mira, cuando te enamoras no pierdes los miedos de golpe, ni se te curan las inseguridades, ni te vuelves inmune al dolor o a las dudas, por mucho que todo el mundo diga que el amor te hace ver el mundo de color de rosa. Yo creo que cuando te enamoras eres susceptible a toda clase de nuevos miedos: porque estás mostrando una parte de ti muy vulnerable, porque el corazón es lo más sensible y frágil que tenemos. Así que amar no es estar seguro de que estás a salvo del dolor, ni superar mágicamente todo tipo de dudas; amar es que, a pesar de todo eso, quieras estar con ella porque correr el riesgo de salir herido merece la pena. Y creo que tú ya estás convencido de eso, hermanito. Estás enamorado de esa chica... otra vez.

—No sé muy bien cómo ha pasado.

Mi hermano sonríe. Una sonrisa de superioridad de hermano mayor.

—Yo sí sé cómo ha pasado. Para empezar, te volviste loco de celos en Acción de Gracias. Y cuando pasó lo de *Vodka*... Bueno, era imposible no darse cuenta de que algo quedaba entre los dos, ¿no? Tenías que haberte visto mirarla en mi boda, entonces no habrías tenido ni una sola duda. Pero como eres tan cabezota...

—No quería volverlo a sentir —suspiro.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Me paro a pensarlo por un momento. Son tantas cosas... Ashley saca de mí justo lo que más me gusta; consigue hacerme sonreír incluso cuando creo que se está acabando el mundo; me empuja cuando me faltan fuerzas y me retiene cuando voy demasiado rápido; cree en mí; lo hace todo fácil; a su lado, simplemente, soy yo. Pero no quiero decir nada de eso en voz alta.

—Supongo que quería demostrarme algo a mí mismo, y demostrárselo a ella también. Pero, de repente, en una de esas ironías de la vida, Tyler me abrió los ojos. No quiero vivir sin ella, Rob. Esa es la verdad. Con ella todo es más...

—¿Mejor? —prueba mi hermano al ver que me lo pienso demasiado.

—Sí, supongo que es mejor. Y me di cuenta de que todos teníais razón, tú con lo de que yo me estaba dedicando simplemente a estar bien y no a ser feliz. Mamá con eso de que no podía conformarme con menos cuando ya había tenido algo como eso una vez. No lo sé. Ella me hace sonreír. ¿Tiene sentido que eso sea lo que me llevara a presentarme en su puerta casi a medianoche?

—Sí —dice, con una leve sonrisa y los ojos brillando mientras los clava en los míos—. Sí, tiene todo el sentido del mundo, pequeño.

Sí.

Lo tiene.

Todo el sentido del mundo.

La promesa

39

Ashley

—¡Adiós, mamá! —me despido con un grito. Espero que sea suficiente y poder huir de mi casa en paz. Con toda la tranquilidad.

Pero no. Claro. Huir de mi casa nunca ha sido sencillo, ni tranquilo. Mi madre parece tener un radar para saber cuándo voy a algún sitio que no quiero que ella sepa. Menos mal que Eric está en San Francisco, porque ese se entera de todo.

—Quieta ahí, señorita —advierte mi padre, imitando el tono de mi madre, cuando los dos se asoman a la puerta de la cocina.

Mamá le golpea suavemente en el torso y él se ríe, pero intenta hacerse el serio cuando vuelve a mirarme.

—¿Dónde vas? —pregunta ella, y se acerca para no perderse nada de mi expresión mientras doy una respuesta.

Es periodista, pero podría haber sido de la CIA si hubiera querido. A lo mejor lo es.

—Voy a ver a mis amigos —miento descaradamente—, y luego he quedado en ir a cenar a casa de Em y Scott.

Por lo menos lo último es cierto. He intentado librarme por todos los medios de ir a cenar a casa de mi mejor amiga, y no porque no me apetezca verla a ella o a su maravillosa familia, sino porque me muero por pasarme toda la noche enredada entre las sábanas de Cameron Parker. Pero eso no puedo decirlo, claro. Y Emily ya estaba sospechando que no he venido simplemente de visita porque sí, porque lo cierto es que ningún año vengo en estas fechas, siempre espero un par de semanas más para celebrar el cumpleaños de mi hermano.

—Has llegado esta mañana —me recuerda mi madre.

—Ya lo sé —respondo, impaciente.

Cam me está esperando en la calle del final de la manzana y yo no me aguanto más las ganas de verlo; si tengo que matar a mi madre para poder salir de casa, es posible que hasta me plantee hacerlo.

—¿Vas a venir a dormir a casa? —sospecha mi padre.

—Eh..., no creo —digo, insegura, y aparto la mirada.

A ver, sé perfectamente que no voy a dormir en casa, haría falta un desastre natural a gran

escala para impedirme dormir con Cam esta noche, y a lo mejor aun así me las apañaría para volver a su cama tras la cena con Em. Pero sé que a mis padres no va a parecerles bien, más que nada porque estarán pensando que me voy a quedar con Caleb, y no les gusta mucho esa relación de amigos con derechos que nos traíamos. Mi madre es un poco anticuada para lo moderna que ella se cree, y está empeñada en que, si no es mi novio, ¿para qué salgo con él? Ya no tiene que preocuparse por eso. Pero no lo puedo decir. Aunque fuera a darme una palmada en la espalda y desearme que no vuelva a casa en todo el fin de semana si se entera de con quién voy a verme en realidad. Yo aún no estoy lista para decírselo al mundo.

—Ay, Ashley, de verdad... —suspira en plan dramático.

—Me voy, que llegaré tarde.

Acabo de abrir la puerta cuando de nuevo su voz me hace parar en el umbral, con el corazón latiendo a toda velocidad, como si acabaran de pillarme escapándome de casa:

—¿No has vuelto a ver a Cam desde la boda de su hermano? Ahora está por aquí, ¿sabes?

—Sí, ya lo sé. Le daré recuerdos de tu parte si me lo cruzo por casualidad —suelto, irónica, para que no sospeche.

Y luego digo adiós una vez más y emprendo la huida sin volverme a mirar atrás, aunque sé que están los dos en el marco de la puerta, controlando la dirección en la que me voy o intentando otear en la distancia si algún coche me espera. Menos mal que le he dicho a Cam que ni se le ocurriera pasar con el Honda por mi calle.

Otra discusión del día ha sido la que he tenido con Cam esta mañana sobre si debía venir a buscarme al aeropuerto o no. No sé qué parte no ha entendido de ser discretos con lo nuestro, de verdad. Al final, he conseguido convencerlo de que me escaquearía de casa en cuanto pudiera, pero que no viniera. Y creo que aún sigue un poco molesto, porque él quería verme en cuanto llegara y no tener que esperar horas estando en la misma ciudad. A veces es como un crío, en serio.

Entre el vuelo, los monólogos interminables de mi madre, el interrogatorio telefónico de Emily y tener a Cam de morros, hoy me estoy ganando un sitio en el paraíso, si es que existe algo después de la muerte. Equilibrando mi karma a pasos de gigante, no hay duda.

Camino más deprisa cuando estoy llegando a la calle donde he quedado con él y, en cuanto giro la esquina y veo su coche, se me acelera el corazón como si tuviera dieciséis malditos años. Echo a correr hasta donde está y abro la puerta del copiloto para montarme de un salto.

—¡Hola! —saludo, alegre.

—Ya era hora.

Su tono es de impaciencia y se inclina hacia mi asiento y rodea mi cintura con un brazo para sostenerme firmemente y acercarme a su cuerpo de un tirón. Me echo hacia atrás justo cuando va a besarme y lo miro con el ceño levemente fruncido.

—¿Se puede saber adónde vas así?

Lleva una visera de los Giants bien calada sobre los ojos y gafas de sol. Ah, y una camiseta

negra.

—Me has pedido que sea discreto, princesa —responde, burlón—. Estamos de incógnito, ¿no?

—Idiota —murmuro contra sus labios, y le quito las gafas y la visera de una vez para tirarlas como puedo al asiento de atrás.

Se ríe en mi boca y es una sensación alucinante. Ya sabía lo alucinante que era, pero hacía mucho que no lo sentía. Así que rodeo su cuello con los brazos y lo pego más a mí. Tenía tantas ganas de besarlo y tocarlo que no sé si aguantaré hasta su casa sin quitarle la ropa.

No sabía muy bien cómo iba a salir el reencuentro, pero es mejor de lo que me imaginaba. Él parece tener tantas ganas de mí como tengo yo de él, y eso es bueno, porque no pienso dejarlo marchar hasta que esté saciada. Puede que tenga que quedarme unos cuantos meses en su cama.

—Ashley, por favor, déjame llevarte a casa ya —murmura con voz ronca, y clava las yemas de los dedos en la piel de mi cintura, justo en el punto en que ha levantado ligeramente el jersey.

—Ya deberíamos estar allí —respondo, en el mismo tono, mientras paseo la mano por su muslo.

Se aparta bruscamente y arranca. Se pone el cinturón de un tirón, y yo suelto una risita mientras hago lo mismo y luego me muerdo el labio para contener mis ganas de volver a lanzarme sobre él.

¿Por qué su casa está tan lejos?

Intento relajar el ambiente preguntándole por su entrenamiento con los niños de ayer. Ya era el segundo día que pasaba con ellos y no hace falta que lo diga con palabras para saber que le está encantando. Pocas veces lo había visto tan ilusionado con algo como cuando me llamó después de su primer día. Además, los niños se le dan de maravilla. Estoy segura de que ellos también están encantados con él. ¿Qué más podría pedir un niño al que le encanta el fútbol americano que tener al mejor jugador de la temporada entrenándole? Pero Cam parece no ser consciente de eso. No para de preguntarme si creo que les caerá bien, o si harán caso de sus consejos. Y que siga siendo así de humilde a pesar de todo es una de las cosas que más me fascinan. Estoy tan orgullosa que tengo ganas de ir alardeando de él delante de todos mis conocidos. Me contengo, claro. Los medios deportivos no dicen exactamente lo mismo, por otra parte. La noticia de que deja el fútbol profesional está en boca de todo el mundo en este momento y, cuando un periódico publicó que iba a entrenar a un equipo de niños sin talento en Sacramento, la mitad de la prensa deportiva se volvió loca. Él hace como que no lo lee. Aunque sé que en el fondo sí que le afecta un poco.

—Por cierto, Alice está aquí.

—¿En casa de tu madre? —pregunto con el ceño levemente fruncido.

—Sí, Zack y ella vinieron anoche porque han quedado para ir a ver algunas casas el fin de semana. Me dijo que no quería decirte nada, para darte una sorpresa, pero alguna excusa tienes

que tener para ir, ¿no? Ah, y te aviso, mi madre no para de preguntarme por qué estoy tan contento y si tiene que ver contigo.

Emito un quejido, sacudo la cabeza y escondo la cara entre las manos.

—Tu hermano se ha ido de la lengua.

—Mi hermano no se ha ido de la lengua —lo defiende—. Creo que mi madre me conoce lo suficiente para saber que cuando pongo cara de bobo es porque estoy pensando en ti.

—¿Qué cara pones cuando piensas en mí?

Para en un semáforo en rojo y gira la cara hacia mí para demostrármelo. Pero pone más cara de pervertido que de otra cosa mientras recorre las curvas de mi torso con la mirada.

—¡Idiota! —exclamo, y me río a carcajadas.

Y, cuando vuelvo a mirarlo, creo que capto cómo es esa cara que dice su madre, porque está observando cómo me río, con media sonrisa de lo más tierna pegada a los labios, y yo creo que esta es la manera en que todo el mundo sueña que alguien lo mire alguna vez.

Tiro de mi cinturón para poder inclinarme y atrapar sus labios. Y aún no he tenido suficiente cuando el coche de atrás pita para hacernos saber que el semáforo ya se ha puesto en verde y él tiene prisa. Cam gruñe y murmura por lo bajo, como un abuelo cascarrabias, mientras pone el coche en marcha, y yo no puedo evitar que se me escape la sonrisa al escucharlo. Es adorable. Y yo soy como una adolescente enamorada... otra vez.

Salto del coche en cuanto él lo aparca en el garaje de su casa. Intento no mirar demasiado a mi alrededor con ansiedad, que en realidad es lo que mi cuerpo tiende a hacer, para descubrir si este sitio ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí con él. En principio no veo demasiadas novedades.

—*¿Vodka?* —llamo, en voz muy alta, delante de la puerta que da acceso directo a la casa desde el garaje.

Dos segundos de silencio y luego un ladrido un pelín lastimero me responde desde el otro lado. Sonrío. *Vodka* es una dramática cuando quiere. Enseguida oigo sus patitas acercándose y cómo lloriquea, impaciente.

—No sabes lo que has hecho... —me regaña Cam, pero veo cómo intenta reprimir una sonrisa tierna.

—Vamos, abre, quiero verla.

—Cuidado con la perra, Ash. Te amará hasta matarte.

Abre la puerta y *Vodka* atraviesa el umbral y se lanza sobre mí sin ningún cuidado, meneando el cuerpo y golpeando con su cola todo lo que se interpone en su camino, especialmente las piernas de Cam, que protesta con poco entusiasmo.

—¡Hola! ¿Qué tal, pequeña? ¿Cómo estás?

Jugueteo con ella, le rasco los costados y le doy palmaditas en el lomo.

Salta sobre mí de nuevo, y yo la abrazo, manteniéndola sobre sus dos patas traseras, y me río cuando mueve la cabeza de un lado a otro sin parar de lanzar lengüetazos a mi cara.

—Venga, vamos, entrad en casa las dos —nos pide Cam, que espera pacientemente con la puerta abierta.

—¡Vamos, chica!

Entra corriendo, activada por mi exclamación. Enseguida se gira y vuelve hacia mí y yo me siento en el suelo con ella y dejo que se tumbe sobre mis piernas con sus treinta kilos de peso y la abrazo y la beso un montón.

—Bueno, ya vale —se interpone Cam. Se agacha y tira de su collar para apartarla de mí—. Levanta de ahí y ven aquí.

Tira de mi mano y me pone en pie con mucho ímpetu, de manera que mi cuerpo choca contra su pecho, y me rodea con los brazos para mantenerme en equilibrio.

—Luego juegas con *Vodka*, ¿vale? Primero...

No dice lo que vamos a hacer primero. No lo dice. Pero me lo da a entender muy claramente cuando pega los labios a los míos y me estrecha fuerte entre los brazos. Levanta mis pies del suelo y carga con mi peso mientras camina hacia su habitación. Cierra la puerta detrás de nosotros, para dejar a la pobre *Vodka* fuera. Pero estoy bastante de acuerdo con él: ya jugaré con *Vodka* luego. Ahora tengo muchas ganas de quitarle a Cameron toda esa ropa.

—Ni siquiera piensas ofrecerme ni un vaso de agua antes de arrastrarme hasta tu cama, Cameron Parker, ¿dónde ha quedado el romanticismo? —bromeo, muy cerca de sus labios, de puntillas y con las manos aferradas a su nuca.

—Tengo todo el romanticismo que necesitas aquí mismo —alardea, y pone una mano delante de mi cara para apuntar con un dedo hacia sus pantalones.

Bufo y pongo los ojos en blanco mientras él se parte de risa.

Pone las manos a los lados de mi cara y me acaricia muy tiernamente las mejillas, mientras me mira a los ojos.

—Tenía muchísimas ganas de verte, princesa.

Parece muy sincero y sus ojos me miran como... como él me miraba antes. Como cuando aún me quería. Como antes de que yo le rompiera el corazón en pedazos. Me cuesta creer que esto sea real. Es demasiado bueno para ser verdad. Y sé que no me lo merezco. Sé que tarde o temprano acabará por darse cuenta de eso y que esto se acabará. Tengo que permitirme sentir todo esto al máximo, con toda la intensidad, mientras aún pueda.

—Y yo me moría de ganas de verte a ti —correspondo, y acaricio su nariz con la mía—. De abrazarte. —Estiro los brazos para enredarlos en su cuello—. De besarte...

Uno nuestros labios con firmeza, poniéndole toda la emoción a nuestro roce, y él enseguida se amolda a mí y me deja tomar el control del beso, respondiendo con ternura a cada cosa que mi boca le demanda.

—¿De qué más tenías ganas, Ash? —me provoca, pegado a mí, con sus manos acariciando la piel de mi espalda, colándose bajo mi ropa.

Beso la línea de su mandíbula delicadamente, muy despacio, centímetro a centímetro hasta el

lóbulo de su oreja. Tiene la piel muy suave, se nota que está recién afeitado, y no puedo evitar preguntarme si se ha afeitado solo porque iba a verme a mí. Ojalá que sí. Ojalá que se haya pasado horas pensando en qué ponerse o en qué decir cuando me viera, como he estado haciendo yo también.

—Me muero de ganas de sentirte, Cam —susurro con los labios rozando su oído—. Conmigo. En mí.

Pone las manos en mi cuello y me aparta para poder besarme otra vez. Esta vez él manda, esta vez nuestro contacto encierra mucha más necesidad por parte de los dos. Yo cuelo las manos bajo su camiseta y acaricio sus abdominales con las yemas de los dedos, subiendo y bajando, hasta posarlos en la cintura de su pantalón. Sus manos, mientras tanto, han migrado al sur y juguetean en mis costados, dibujando líneas alrededor del borde inferior del sujetador.

Se aparta para quitarse la camiseta, de un tirón, y dejarla caer a un lado. Yo suelto una risita en respuesta a su impulsividad y doy un paso atrás para mirar bien su cuerpo, antes de quitarme el jersey y la camiseta que llevo, todo a la vez.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que estás muy bueno, Parker? —Intento imitarlo a él cuando me decía cosas como esa.

Sonríe de medio lado, con esa sonrisa engreída suya tan irritantemente irresistible.

—¿Dónde ha quedado el romanticismo, Bennet?

—Eres precioso, mi príncipe —lo pico yo entonces.

Hace una mueca y da un paso adelante, amenazante, y yo pongo una mano en su pecho para frenarlo, anticipando un ataque de cosquillas del que no puedo salir bien parada. Se inclina para poner su cara muy cerca de la mía.

—Tú eres preciosa —deja claro, en tono firme.

Me besa de nuevo, presionando sus labios con fuerza contra los míos mientras yo sonrío sin poder evitarlo. Luego pone sus manos a los lados de mi cintura y me levanta sin ningún esfuerzo, como si no pesara nada. Me lanza sobre la cama, aún cobrándose su venganza por mi manera de burlarme de él. Me río a carcajadas y siento cómo esa sensación de bienestar que siempre me proporciona estar con él me recorre por entero, viajando hasta cada célula de mi cuerpo. Se coloca con cuidado sobre mí y me calla con los labios. Cómo había echado de menos esto. Cómo lo había echado de menos *a él*.

Recorre mi cuello con besos y me muerde suavemente en la unión con el hombro, provocándome un escalofrío que hace que me revuelva. Se aparta lo justo para poder mirarme a la cara.

—¿Qué pasa? —pregunta, divertido.

—Haces que me den escalofríos.

—¿De miedo o de deseo? —bromea, como si no conociera perfectamente la respuesta.

—Me aterras —me burlo.

—Lo sé. Soy tan guapo que doy miedo —alardea, con su sonrisa más canalla.

Suspiro y niego con la cabeza, dándolo por imposible.

—Eres muy guapo, pero siento decirte que no me das absolutamente ningún miedo.

—¿No? Vaya. —Finge estar disgustado—. Entonces, ¿qué es lo que te hago sentir?

Uf. Se me pasan por la mente como un millón de cosas diferentes que podría decir, todas ellas demasiado intensas. Él está jugando y sé que no es el momento de soltar precisamente lo que yo estoy pensando.

—¿Respecto a tu belleza arrebatadora o respecto a tu talento innato para ser un capullo?

—Mmmm —murmura con tono de desaprobación.

Se inclina más sobre mí, para acercar la boca a mi oreja y susurrar justo en mi oído, provocándome otro escalofrío con su aliento cálido y el tono de su voz:

—¿Te pongo cachonda, Ashley?

Aparta la copa del sujetador a un lado y me acaricia el pezón con la yema del dedo, justo de la manera en que sabe que más me gusta. Mi cuerpo reacciona sin que yo pueda controlarlo y me estremezco y suelto un gemido bajito mientras mis caderas se elevan para rozarse contra él.

—No —digo, con voz entrecortada y muy poca dignidad en mi mentira.

Me mira a los ojos, muy serio.

—Qué mentirosa.

Se me escapa una risita ante su tono de voz y lo veo sonreír también. Recorre mi cara con la mirada una y otra vez. Luego se lanza sobre mis labios y nos besamos hasta quedarnos sin aliento.

—Te he echado de menos —confiesa, y esconde la cara en mi cuello, con mis manos en su pelo.

—Ha sido solo una semanita, Cameron.

—No —suelta, muy firme, y se aparta para mirarme a los ojos—. No. Han sido tres años, Ash.

Me quedo sin palabras y se desbocan los latidos de mi corazón, con sus ojos verdes clavados en los míos. Dejamos que nuestras miradas se digan el millón de cosas que ninguno de los dos nos atrevemos aún a decir en voz alta.

Cuando salgo del baño, Cam ya no está en la cama, que es donde yo lo había dejado. Recojo su camiseta del suelo para cubrir mi desnudez y busco por entre la maraña de sábanas que reposan a los pies del colchón hasta encontrar mis braguitas. Luego salgo del cuarto y me asomo al salón, buscándolo. Oigo ruido en la cocina y me imagino que están los dos allí, porque de *Vodka* tampoco hay ni rastro. Rebusco en mi bolso para consultar el móvil. Saco las cosas que he metido ahí para poder pasar la noche con Cam, una muda de ropa interior limpia y un pequeño neceser. Las dejo a un lado y luego enciendo la pantalla del teléfono para consultar las novedades y ver qué hora es. Hemos pasado mucho tiempo en su cama; mucho más del que yo

había calculado, lo que significa que apenas queda una hora para irme a casa de Emily y no me apetece en absoluto marcharme de aquí. El reencuentro ha sido increíble y no solo nos hemos pasado la tarde haciendo el amor, también hemos hablado y nos hemos mirado a los ojos como un par de críos enamorados, y nos hemos reído mucho.

Pero volver a estar en esta casa y en esa cama me ha hecho pensar, también. En primer lugar, no puedo apartar de mí la sensación de que Cam va a despertar de esta fantasía en cualquier momento y se va a dar cuenta de que yo no me merezco tener todo esto otra vez; de que no merezco la pena. Lo entendería. Me acuerdo de la última vez que estuve aquí, precisamente en ese sofá, y él me dijo que quería que desapareciera de su vida y no volver a saber nada de mí. Y, por otro lado, no puedo evitar preguntarme muchas otras cosas también. Como qué ha pasado entre estas cuatro paredes durante todo el tiempo que él y yo no hemos existido en la vida del otro. El primer pensamiento tóxico me ha llegado mientras Cam se peleaba con el envoltorio de un preservativo y ha murmurado algo como «odio estas cosas» y yo he tenido que quitárselo y abrirlo con mucha más paciencia que él. Eso me ha llevado inevitablemente a preguntarme si su aversión a los envoltorios de los condones significa que con Lynn no los usaba. Y acordarme de Lynn ha sido muy malo para mí. Porque entonces he sido consciente de que ella también estuvo aquí, en esta casa, al menos una vez. Durmiendo en esa misma cama en la que nosotros estábamos haciendo el amor. Sé que no tengo derecho a que eso me moleste. Claro que no. Pero no puedo controlarlo.

El móvil me indica que tengo un mensaje nuevo. Es de mi madre. Pongo los ojos en blanco, aunque nadie pueda verme, antes de abrirlo y ver qué quiere que no haya podido decirme hace unas pocas horas, cuando he salido de casa.

> Cariño, acabo de hablar con Sandra y dice que Rob y Zack están aquí este fin de semana con Alice. Nos ha invitado mañana a comer. Vendrás, ¿verdad?

Bloqueo el teléfono y lo dejo sobre la mesa, antes de caminar hacia la cocina para ver qué hace Cameron. No creo que lo de esa comida sea muy buena idea. Nuestras familias no deberían enterarse de lo que está pasando aquí. No quiero que vuelvan a preocuparse y a lamentarse y a mirarme con esas expresiones de lástima cuando Cam vuelva en sí y lo nuestro se acabe.

Vodka está sentada junto a la encimera muy atenta a cada movimiento de su dueño mientras él, vestido tan solo con un pantalón de deporte, pasa un trapo por la superficie.

—Ey —saludo bajito y suave, para no asustarlo.

La perra se vuelve de golpe hacia mí y se pone en pie y trota hasta ponerse a mi lado, meneando la cola. La acaricio y me agacho para besarla en el hocico un par de veces.

—Eh —responde Cam a mi saludo, y me dedica una sonrisa—, ten, te he hecho un zumo.

Se estira para alcanzar un vaso grande lleno casi hasta el borde de zumo de naranja. Es demasiado perfecto. Estoy a punto de pellizcarme. ¿Es posible que lleve veinte días soñando y

me despierte en cualquier momento con Sydney abanicándome preocupada porque me he dado un golpe en la cabeza o algo así?

—Gracias.

Cojo el vaso y doy un sorbo enseguida. Me encanta el zumo de naranja. Y además está perfecto: fresquito, recién exprimido y sin pulpa. A él le gusta con pulpa, así que es bastante obvio que lo ha colado para mí.

—¿Cómo vas de tiempo antes de la cena? —pregunta, mientras yo me subo a la isla de mitad de la cocina, para sentarme sobre el mármol con las piernas colgando. No sabría decir cuántas veces he estado así, sentada justo aquí, charlando con él. Demasiadas para contarlas, seguro—. Pensaba que podría cambiarme y darle una vuelta a *Vodka* juntos y luego te acerco hasta allí... o hasta la esquina, para que no me vean —bromea burlándose de mí.

—Vale. Tampoco pasa nada si llego un poco tarde. Mi madre me ha mandado un mensaje para decirme que tu madre nos ha invitado a comer mañana, ¿qué te parece?

Sonríe de medio lado y niega con la cabeza.

—Mi madre me ha mandado un mensaje para decirme que mañana vaya a comer a casa.

Vaya par de madres metomentodo. ¿Es que no tuvieron bastante con el numerito de Acción de Gracias?

—¿Debería ir? —dudo.

—¿Quieres ir? —rebate él, con una ceja alzada. Me muerdo el labio antes de asentir lentamente. Tengo ganas de ver a Alice y a *Salem*, y a todo el resto de la familia, no puedo negarlo—. Pues entonces sí.

—Mi madre va a darse cuenta de que pasa algo en cuanto nos vea juntos en la misma habitación.

—¿Y qué si se da cuenta? —Me sorprende. Pongo cara de circunstancias y hace una mueca, como si empezara a molestarle un poco esto de ser discretos—. Pues disimulamos y ya está. Será divertido.

Casi me atraganto con el zumo con sus últimas palabras.

—Discrepamos un poco en nuestro concepto de «diversión», Cameron.

Se me acerca y me pone las manos en los muslos. Me acaricia la piel suavemente desde las rodillas hasta el borde de su camiseta, una y otra vez.

—Creo que no tiene sentido que nos estemos escondiendo como dos proscritos, cuando no estamos haciendo nada malo. Entiendo que no quieras que nuestras madres se metan en esto, pero tampoco es que tenga que ser secreto de Estado, Ash.

Aparto la mirada. No quiero decirle que prefiero que nadie se entere porque sé que va a acabarse de un momento a otro y no tiene sentido volverlos locos. Tampoco quiero decir que tengo miedo de que me vuelvan a mirar como si acabara de perder lo mejor de mi vida en cuanto él se marche otra vez. Pero es justamente lo que siento. Y luego está lo de que la gente piense que no me lo merezco y que Cam debería apartarse de mí. Casi estoy oyendo el discurso de

Vanessa. No quiero nada de eso. No quiero sacarlo a la luz, hacerlo real y que eso lo vuelva frágil. No quiero que nadie le pregunte si está seguro de lo que está haciendo. No quiero que se lo piense mejor y se vaya. Mi felicidad es ahora mismo como un globo demasiado inflado al que cualquier movimiento brusco o paso en falso podría hacer estallar.

—Aún es pronto. Y dijimos que íbamos a ir poco a poco porque no sabemos cómo va a salir, ¿no? —le recuerdo—. No quiero que la gente se haga a la idea de esto y luego...

—¿La gente o tú?

Busco sus ojos y me está mirando muy atento, como si tratara de averiguar qué pasa por mi mente.

—La gente... incluyéndome a mí —confieso, con un hilo de voz.

Asiente y suspira. Aparta las manos de mis piernas y las coloca sobre el mármol a mis lados. Me mira muy serio antes de volver a hablar:

—Las relaciones son así. Nunca puede saberse si van a salir bien o si van a durar. Así que, si fuera por eso, nadie nunca dejaría a los demás saber que está con otra persona. Yo no quiero esconderme. Es absurdo. Quiero poder salir contigo a la calle sin que mires tres veces en todas direcciones y quiero poder pasar a buscarte a tu casa y saludar a tus padres. Quiero que sea algo normal. Y si sale bien, perfecto. Y si no...

—Es que esto no es como una relación «normal» —interrumpo, para evitar que diga en voz alta que no pasa nada si esto no sale bien. Porque pasa. Y tanto que pasa—. Sé que esto es mucho más complicado. Simplemente, no quiero que haya más presión sobre nosotros... sobre ti.

Veo cómo cambia su expresión y cómo estudia mis ojos como si pudiera ver a través de ellos y contemplar perfectamente mi interior. Parece leer mis pensamientos por unos segundos y luego asiente, lentamente.

—Muy bien. No se lo diremos a nuestros padres. Pero, Ashley...

Se calla y lo veo dudar. Levanta las manos del mármol y se echa hacia atrás, apartándose un poco de mí, aunque no deja de mirarme a los ojos.

—¿Qué?

—No soy yo el único que tiene que perdonar y olvidar.

Lo dice en un tono de voz muy suave. Luego se aparta y sale de la cocina, dejándome sentada sobre la isla, con *Vodka* mirándome tumbada en el suelo.

Tiene razón. No paro de pensar que todo depende de él. Pero no es así. Porque, si no consigo perdonarme a mí misma por lo que hice, nunca voy a parar de pensar que no me merezco esto. Es hora de perdonar y olvidar, como él dice. Es hora de dejar de flagelarme por todo aquello y demostrarle a él y a mí misma que puedo merecer su amor de nuevo. Si vamos a volver a empezar, voy a tener que hacerlo bien.

Además, si guardamos esto como si fuera un frágil tesoro y no lo exponemos al mundo y a la realidad, nunca sabremos si funciona, ¿no?

Bajo de la encimera de un salto y voy tras él. Está en la habitación, cambiándose de ropa. Lo

contemplo de espaldas a mí por un momento, en calzoncillos, mientras saca unos pantalones del armario.

—He visto que te has traído un neceser —habla, sin volverse a mirarme—. Yo te había comprado algunas cosas, para que estuvieras cómoda, espero que no te importe. Un cepillo de dientes, tu marca de desodorante, crema hidratante, desmaquillante y esas cosas.

Me voy a morir de amor ya y él habla como si ni siquiera le diera importancia a lo que ha hecho. Es increíble. Estoy a punto de decirme a mí misma que no me lo merezco, otra vez, pero corto el pensamiento de raíz en cuanto empieza a tomar forma.

—¿Quieres venir conmigo a cenar con Em y Scott?

Se vuelve de golpe a mirarme, con los pantalones recién encajados en las caderas, aún sin abrochar. Alza una ceja.

—¿Crees que es buena idea?

Me encojo de hombros.

—No creo que les importe, les caes bastante bien.

Viene hasta mí y pone las manos en mi cintura para acercarme a su cuerpo de un tirón.

—Emily va a morirse del todo —murmura, burlón, y yo suelto una carcajada al oírlo—. Vas a matar a tu mejor amiga, Ash.

—Cállate.

—Quizá deberíamos llevar un desfibrilador, en vez de una botella de vino.

Cubro su boca con la mía, porque sé que es la única manera de conseguir callarlo.

Y no puede encantarme más lo idiota que es.

40

Cam

Podría intentar hacerme el duro y fingir que no quiero precisamente esto para toda la vida, pero, después de casi tres años, creo que ya es hora de dejar de mentirme a mí mismo. Hay una voz en mi cabeza de vez en cuando que aparece para pedirme que me acuerde de lo que ella hizo y de cómo me rompió en mil pedazos y exigirme que huya como un cobarde para ponerme a salvo; pero es que cuando está conmigo acalla todos mis demonios. Los evapora de un plumazo. Lo cambia todo de perspectiva.

La he echado tanto de menos en esta semana y media desde que me volví de Chicago que pensar en toda una vida sin ella me corta la respiración. Quiero verla perdida entre las sábanas de mi cama; quiero escuchar su risa a todas las malditas horas del día y la noche; quiero verla achuchar a mi perra y besarla en el hocico como si el tiempo no hubiera pasado para ellas dos. Me encanta esta chica. Me encanta la mujer en la que se ha convertido. Me gusta descubrir cosas nuevas de ella, poco a poco, día a día. Estoy bien jodido, sí, o sea, enamorado. Y me preocupa que ella esté tan insegura. Da la impresión de que piensa que en cualquier momento voy a aburrirme y me marcharé. Pero yo no quiero hacer eso. Quiero que esto funcione. Me gusta más cómo soy cuando estoy con ella.

Es simple, ¿no? No sé por qué lo hacemos tan complicado. Voy a dejar de pensar y a dejarme llevar. Solo espero que ella sea capaz de hacer lo mismo.

—¡Ash! —la llamo, cuando ya llevo como cinco minutos esperando después de que ella me pidiera uno para terminar de arreglarse antes de irnos a cenar a casa de nuestros amigos.

Vodka aparece enseguida a mi lado y se sienta delante de mí, mirándome expectante, como si me preguntara adónde vamos los tres en familia esta noche. Lo hace para que me sienta culpable por dejarla en casa, lo sé. Acaba de salir a pasear, debería estar tumbada en el sofá, pasando de mí. Pero es que está aquí Ashley y ella siempre quiere estar con Ashley haga lo que haga y vaya a donde vaya.

—¿Qué? ¿Es que acaso te llamas Ash? —hablo con el animal, y ella menea la cola, sin dejar de mirarme.

Tengo que acariciarla y agacharme con ella para besar su cabeza un par de veces, porque no puede ser más adorable y no me puedo resistir.

—¡Ya estoy!

Ashley aparece desde mi habitación y *Vodka* gira la cabeza para mirarla.

—Hola, bombón —habla con la perra y se inclina sobre nosotros para besarla en el hocico, dejándole la marca de su lápiz de labios.

—Ash...

Pero no puedo evitar que se me escape una sonrisa. Hacía mucho tiempo que *Vodka* no tenía marcas de pintalabios en su impecable pelaje blanco.

—No seas envidioso, tú también eres un bombón —bromea, para besarme a mí en los labios brevemente a continuación.

Me pongo de pie frente a ella, mientras coge su bolso de la mesa y guarda en él el rímel, el lápiz de ojos y el pintalabios que llevaba en la mano y se cuelga el asa del hombro.

—Estás muy guapa —la piropeo, y ella vuelve a mirarme y me lo paga con una sonrisa.

—Gracias —dice, un poco tímida.

—¿Ya estás lista? ¿Lo llevas todo?

—A ver..., el móvil..., las llaves..., dinero..., un Valium para Em... —recuenta, en tono de broma, mientras finge rebuscar en su bolso—. Creo que lo llevo todo.

Vamos al garaje y me doy mucha prisa para abrirle a Ashley la puerta del coche.

—Princesa.

Tira del cuello de mi jersey y me acerca a sus labios para darme un beso suave.

—No necesito que ningún caballero andante me abra la puerta de un coche como si yo no supiera, pero gracias de todas formas, Cameron —se burla.

Y yo me acuerdo de Acción de Gracias y de Caleb abriéndole la puerta de su coche y siento un puñal de celos atravesándome por un segundo. Pero lo aparto de mi mente e ignoro la sensación.

—Que no necesites algo no significa que yo no vaya a hacerlo, así que ve acostumbrándote. Vas a tener que aceptarme como soy.

—Me encanta cómo eres —murmura, cerca de mi boca y mirándome fijamente a los ojos.

Se aparta antes de que pueda besarla y sube al coche.

A mí me encanta cómo es ella. ¿Debería decirlo?

Me monto tras el volante y extiendo la mano, con la palma hacia arriba. Me mira como si me hubiera vuelto loco y no supiera qué es lo que quiero.

—Ashley Bennet, ¿es que acaso ya has olvidado cómo son las cosas en este coche? Préstame tu móvil.

Se le forma una sonrisa tan adorable que, si no estuviera sentado, juro que me caería de rodillas ante ella.

Saca el teléfono y lo desbloquea con la huella del índice antes de ponérmelo en la mano. Le guiño un ojo y trasteo con él hasta conseguir conectarlo al reproductor de música. Se lo dejo sobre el regazo una vez hecho y abro la puerta del garaje para poner rumbo a nuestro destino.

Paso carpetas con los botones del reproductor del coche, buscando entre la música que tiene almacenada ahí. Tengo que pulsar la tecla hasta cinco veces antes de que empiece a sonar la bendita Taylor Swift y hasta me siento aliviado de que ella no haya desterrado eso de su vida todavía. Qué tontería, ¿no? Ash suelta una carcajada cuando subo el volumen.

—Sabía que aún tenía que estar por ahí, en alguna parte —me burlo, con media sonrisa y la miro continuamente de reojo mientras conduzco—. Oye, Ash..., ¿no te gusta cantar en el coche?

La veo cerrar los ojos y morderse el labio con la sonrisa. Luego reacciona y pulsa el botón para pasar de canción. Empieza a sonar *Fearless* y a mí me late el corazón un par de veces en un solo pulso, con esa arritmia tan típica de cuando Ash está delante. Cojo su mano, centrándome de nuevo en la carretera, y me la llevo a los labios para besarle el dorso, tiernamente, mientras ella se pone a cantar.

Quiero parar el maldito coche y comérmela a besos. Eso es lo que quiero hacer.

Pero me contengo.

La puerta de la casa de Emily y Scott se abre cuando yo aún ni siquiera he parado el motor, tras aparcar enfrente. Me imagino a la anfitriona impaciente, volviendo loco a Scott y «muriéndose del todo» desde hace tres cuartos de hora cuando Ash le ha mandado un mensaje para preguntarle si podía llevar a alguien a la cena. No hemos parado de imaginar lo que le estaría diciendo a su marido mientras nosotros paseábamos a *Vodka* y el móvil de Ashley sonaba continuamente con la llegada de mensajes de su mejor amiga pidiendo más información, preguntando quién iba a ser su acompañante, amenazando con retirarle la invitación si no se lo decía de una vez y advirtiendo que, si estaba creando tanta expectación para luego aparecer con Mia o algo así, su amistad se habría acabado para siempre. Mia está en Los Ángeles, así que ya debía de estar bastante segura de que ella no iba a ser la invitada misteriosa. Tengo que reconocer que me ha molestado mucho cuando Em ha preguntado si el acompañante era Caleb. Tanto, que he tenido que apretar la mandíbula y coger un palo del suelo del parque y lanzárselo a *Vodka* bien lejos, para que Ash no se diera cuenta de nada. Aunque me temo que no sé disimular tan bien como creo.

Ashley salta del coche y cruza la carretera hacia la figura de su amiga, que está plantada en el umbral de la puerta. Y yo me bajo un poco más despacio y la sigo sin prisa, divertido ya ante la previsible reacción de Emily.

—¡Hola, Em! —saluda Ashley, tan contenta, en cuanto pone un pie en su jardín.

—¿Scott? —llama nuestra amiga, sin responder a su saludo y con los ojos clavados exclusivamente en mí—. Cariño, ¿puedes venir aquí un momento y decirme si ese que viene con Ashley a ti también te parece Cameron Parker?

Suelto un par de carcajadas al escucharla. Scott aparece inmediatamente a su lado, con Dylan colgado debajo del brazo partiéndose de risa por ir cabeza abajo.

—Ey, tío —saluda con una sonrisa.

—¿«Ey, tío»? ¿«Ey, tío»? —lo imita Emily, al borde de la hiperventilación—. ¿Es eso lo

único que se te ocurre decir? Si esa máquina del tiempo de juguete que te regalé ha empezado a funcionar de verdad y estamos en 2018 otra vez, sería un detalle por tu parte que me lo avisaras.

Ashley da un saltito para plantarse justo delante de ella mientras yo me río y Scott niega con la cabeza dándola por imposible.

—A pesar de lo que digan los pantalones que has decidido vestir hoy, ya no estamos en 2018, Em —se burla de su amiga.

La abraza, pero Emily responde con pocas ganas, aun mirándome a mí con cara de incredulidad absoluta. Sí que tiene que estar en *shock* si aún no ha pegado un grito y ha empezado con eso de que ella se muere.

—¿Has visto quién viene, Dylan? —señala Scott mientras tanto.

—¡*Taaaaam!* —exclama el niño cuando levanta la cabeza y me ve avanzar en su dirección con una sonrisa.

Sí, aún le cuesta un poco lo de pronunciar la letra *c*.

—¡Hola, colega! —respondo.

Al llegar a su altura lo cojo por los pies para levantarlo cabeza abajo.

—Hola, *tolega* —intenta repetir mis palabras mientras se ríe mucho más aún, y me mira del revés.

—¿Cómo que «Tam»? —le dice Ashley, que se agacha para poner la cabeza a su altura—. ¿Y qué pasa con *Ashy*?

—Hola, *Ashy* —responde él al instante.

—Dame un beso, monito —le pide su madrina cuando yo lo cojo bien entre mis brazos, erguido, y él se lanza hacia ella para agarrarle el cuello y darle un beso baboso en la cara.

Me fijo en Emily que no para de pasar su mirada de mí a Ashley y de Ashley a mí, como si aún estuviera intentando entender qué es lo que está pasando. Finalmente se encuentra con mis ojos y me señala con un dedo antes de hablar:

—¿Tú qué estás haciendo aquí? O sea, ¿vienes...? ¿Vienes con ella? —interroga, y señala a Ashley con el pulgar.

—La he encontrado caminando sola por la calle y he pensado en acercarla para que no se cansara demasiado, ya sabes que lo suyo nunca ha sido el deporte.

—¡Eh! —protesta Ash.

Dylan vuelve a acomodarse en mis brazos y juguetea con el cuello de mi jersey.

—A ver... —Emily da un par de pasos atrás para poder mirarnos a los dos a un tiempo, ganando algo de perspectiva—. No..., me estáis vacilando —suspira, con media sonrisa incrédula —. ¿Venís en plan... amigos?

Ashley y yo intercambiamos una mirada. No hemos terminado de definir muy bien lo que somos, en realidad, pero yo creo que el término «amigos» no es el que más se nos ajusta.

—Bueno... —empieza Ash, un poco insegura.

—No —digo firmemente al mismo tiempo—. No, no venimos en plan amigos.

Se forma un silencio tenso por un par de segundos. Dylan se retuerce para que lo baje al suelo y, cuando lo dejo, sale corriendo hacia el interior de la casa, seguramente a buscar algún juguete, mientras sus padres nos miran sin saber muy bien qué decir.

—Aaah..., vale... —dice Em, y mira a Ashley con el ceño levemente fruncido. Su amiga está mordiéndose el labio y mirando al suelo, esquivando su mirada inquisidora—. ¿Cómo...? No vais en serio, ¿no, Cam?

Suspiro y paso el brazo por encima de los hombros de Ash para atraerla hacia mí. La hago pegarse a mi cuerpo, de frente, y la inclino levemente para luego hacerlo yo sobre ella y besarla en los labios de forma intensa. Enseguida pone las manos en mi cuello y noto cómo sonríe bajo mis labios.

Da un paso atrás, tímida, y se lame el labio inferior cuando me aparto. ¿Qué hacemos aquí? Deberíamos estar encerrados en mi casa para que pueda besarla otra vez y otra más y no tengamos que separarnos para nada que no sea quitarnos toda la ropa que llevamos puesta.

Pero mantengo la compostura y miro a Emily, que tiene la boca abierta después del numerito.

—¿Ya me crees, Em?

Ella no contesta. Da un paso adelante y coge a Ashley del brazo.

—¿Nos disculpáis un momento? —nos pide a su marido y a mí, con una sonrisa inocente, antes de tirar del brazo de su amiga y arrastrarla con ella hacia la cocina.

Ni siquiera ha esperado nuestra respuesta. Scott me mira, con media sonrisa, y me hace un gesto para que pase de una vez y no siga ahí de pie en el umbral de la puerta.

—Anda, pasa. ¿Tienes algo que contarme? ¿Alguna novedad? —pregunta, socarrón.

Pero no me da tiempo a contestar. Porque entonces oímos lo que está pasando en la cocina. Muy alto y muy claro. No sé para qué Emily ha montado todo ese paripé de irse a otra estancia y ser discreta, para luego hablar a gritos a un volumen por encima de lo legalmente establecido como aceptable.

—¡Tía! ¿Cuándo ha pasado? ¿Cómo ha pasado? ¿Por qué no me has dicho nada? ¡Necesito que me lo cuentes todo! ¡Me matas, Ash, me estoy muriendo! ¡Vas a dejar a mi hijo huérfano de madre! ¡Literalmente, tía! Aquí hace mucho calor..., ¿no hace mucho calor? Deja que abra la ventana... ¡Empieza a hablar de una vez! ¿Qué ha pasado?

Scott y yo intercambiamos una mirada divertida y él niega con la cabeza desaprobando el escándalo de su mujer.

—Tío, cuéntamelo todo. Me muero de amor, literalmente —se burla de ella, y me pone una mano en el hombro.

—Sí. Yo también —suspiro, con una sonrisa en los labios que sé que tiene que parecer de lo más tonta vista desde fuera.

Scott amplía la suya y está a punto de decir algo, pero entonces Dylan aparece con un camión de bomberos de juguete que es casi más grande que él y me pregunta si quiero jugar. Así que cualquier otra cosa va a tener que quedar para luego.

Acabo de sentarme en el suelo con el niño cuando oímos a Emily soltar un montón de gritos emocionados.

—¡Ash! ¡Espera! ¡Necesito un chute de insulina antes de que sigas, me está subiendo peligrosamente el azúcar!

Dylan gatea por delante de mí, empujando el camión, y rodea las piernas de su padre, que sigue de pie junto a nosotros.

—¿Qué le pasa a mamá, colega? —le pregunto.

—Mamá *ta lota, lota*... —dice él, sin dejar de dar vueltas con su camión, y Scott y yo nos partimos de risa al oírlo.

Parece bastante acostumbrado a oír a su madre gritar emocionada.

Unos minutos después las dos salen de la cocina. Ashley me dedica una sonrisa enternecida, al verme tirado en el suelo jugando con el hijo de su mejor amiga, y yo le devuelvo una sonrisa casi igual porque es muy contagiosa. Emily, por su parte, se acerca hasta plantarse justo delante de mí y me hace un gesto para que me ponga de pie. Tengo miedo.

—Venga, levanta —ordena, al ver que dudo—. ¡Vamos!

Obedezco lentamente, prudente. Seguro que empieza con eso de que no haga daño a su mejor amiga y que no juegue con ella y que le dará mi cadáver al chihuahua de Grace. Pero, en cuanto estoy de pie, me abraza con ímpetu.

—Bendito seas, Cameron Parker. Eres un ángel —dice, y se aparta para mirarme a la cara y pellizcarme las mejillas como haría con su hijo. Echo la cabeza hacia atrás, molesto—. Eres un ser de luz.

—Eh, ya vale —exige Ashley—. Tampoco te pases.

—Déjala que hable, Ash —bromeo.

—¡Os juro que me muero de amor! —exclama Emily. Se aparta de mí y aplaude emocionada.

—Anda, vamos a sentarnos a cenar, que Dylan tiene que irse a la cama —interviene Scott para frenar la locura.

Su mujer se gira hacia él y lo señala con el dedo, como si acabara de tener la mejor idea del mundo.

—¡Sí! Vamos a cenar y nos lo contáis todo —decide, y nos hace un gesto para que vayamos hacia la mesa de comedor.

Cruzo una mirada con Ash y ella se encoge de hombros y hace una mueca.

—Iba a traer vino, pero luego he pensado que mejor traía a Cam, que te iba a dar más juego que el alcohol —bromea.

—¡Vino! ¡Vino voy a sacar yo ahora mismo! ¡Voy a traer hasta champán!

Menos mal que Dylan se sienta a cenar con nosotros y sus padres están bastante entretenidos encargándose de que coma y de que no lo ensucie todo. Eso impide que Emily nos someta al tercer grado y acabe convirtiendo esta cena en una situación incómoda. No es que no me parezca bien que se alegre por nosotros o que nos apoye en nuestra decisión de volver a intentar esto,

pero resulta violento que actúe como si nos fuéramos a casar mañana mismo. Acabamos de reencontrarnos, en cierta forma. Y yo acabo de convencerme de que dejarme llevar por lo que siento por Ashley y permitirnos descubrir qué hay entre nosotros no es traicionar al Cameron de los tres años pasados. No es fácil pasar de un extremo al otro así. Puede que Ash tuviera razón con lo que ha dicho esta tarde: puede que yo aún no esté preparado para la presión añadida de las opiniones de nuestros amigos.

Scott nos rellena las copas de vino, cuando la cena ha terminado y Emily ha ido a acostar a su hijo. Tenemos una conversación tranquila y agradable, hablando de algunas anécdotas de los clientes de su tienda y de cómo va mi adaptación a vivir de nuevo en Sacramento, hasta que Em vuelve. En cuanto ella se sienta y da un solo trago a su copa, ya sé que el tema de conversación va a quedar reducido a una sola cosa hasta que podamos salir de aquí.

—¿Qué vais a hacer ahora? ¿Cómo vais a organizaros? ¿Has pensado en mover tu culo hasta Chicago ahora que acabas de volver aquí? —me pregunta a mí directamente—. ¿Ya se lo habéis dicho a tu madre? —se dirige entonces a Ash con una sonrisa divertida—. Si estáis empezando de nuevo deberíais hacerlo bien; nada de dormir juntos esta noche, nada de todo eso al menos hasta la tercera cita...

Me estoy agobiando. Tengo ganas de levantarme de la mesa y salir al jardín a tomar el aire. Y puede que luego ir un poco más allá, coger el coche y largarme a casa. Se me pasan por la mente, en forma de *flashback*, un montón de discusiones, de gritos y de lágrimas como consecuencia de la distancia. Me acuerdo de echarla de menos aun teniéndola a mi lado. Los aviones, las llamadas que solo me generaban frustración por no poder tocarla, y, al final, el «es mejor así para los dos», la lucha continua por no llamarla porque ella lo había pedido, el seguir queriéndola tanto que me desgarraba por dentro... y el tiro de gracia... eso de «Es Tyler». Me cuesta respirar. ¿De verdad estamos haciendo esto? ¿De verdad voy a arriesgarme a repetir todo eso otra vez?

—Emily, para —exige Ashley, muy seria, y yo solo espero que nadie se dé cuenta de que estoy sudando mientras intento ser racional y no dejarme llevar por el pánico.

No quiero ponerla a ella por delante de todo, otra vez. No puedo. No quiero. No puedo dejarlo todo en sus manos y encontrarme perdido del todo una vez más cuando ella se lo cargue. ¿Cómo puedo convencerme de que esta vez saldrá bien? ¿Cómo poder estar seguro de que me quiere, de que no va a volver a romperme el corazón? ¿Y qué pasa si esto sigue adelante? ¿Qué pasará en un mes... o en dos? ¿O después del verano? Estar separados por tres mil kilómetros no funcionó una vez, y no va a funcionar ahora. Y ella... Ella con su inteligencia emocional y el maldito doctorado. Aún le queda más de un año. Y después de eso estoy seguro de que tampoco la van a dejar marchar. Le ofrecerán algo en la Universidad de Chicago y..., mierda, yo no quiero irme a Chicago. No voy a irme a Chicago. Y menos ahora que mi hermano y Zack están a punto de trasladarse aquí. Quiero estar en casa. Quiero estar cerca. Quiero ver a mi sobrina a menudo, a diario, si puede ser. No quiero tenerlo todo a tres mil kilómetros de distancia solo por ella. Me prometí a mí mismo una vez que nunca dejaría que nadie me llevara hasta el punto de querer

dejar todo lo demás. Y me prometí a mí mismo que muchísimo menos esa hipotética chica sería Ashley.

Me gusta mucho. Muchísimo. Todo me parece perfecto cuando la tengo a mi lado. Pero es que las cosas no pueden seguir siendo como en esos días en Chicago en que estuve escondido del mundo, refugiado en ella. Tengo que hacer cosas, decidir quién quiero ser y cómo voy a hacerlo, y ella podría complicarlo todo. Ese es mi problema: enamorarme de ella es demasiado fácil, lo difícil es conseguir que esto no termine haciéndome pedazos.

—Esto es... complicado. —Oigo cómo sigue hablando Ash—. No queremos que se entere todo el mundo. Aún no.

—¿No se lo puedo decir a Mia? —se lamenta Emily, y se lleva la mano al pecho, exagerando su desolación.

Ash habla por los dos como si fuéramos un equipo, como si fuéramos en tándem, como... como si existiera lo de *nosotros*, otra vez. *Nosotros*. Pensar en eso me da vértigo. «Tú y yo.» ¿Cómo puede volver a la vida algo que saltó por los aires convirtiéndose en cenizas?

—Emily, necesito que te calles, ¿vale? —pide, con la voz no tan firme como me imagino que quiere que suene en realidad.

Sé que me ha visto. Que puede que sepa lo que estoy pensando.

—Eh, lo siento. Me alegro por vosotros. Solo es eso —se defiende ella—. En el fondo, todo el mundo llevamos pensando más de tres malditos años que deberíais estar juntos. Así que sí, me emociono. Culpable. Perdón por ser una entusiasta del amor y la felicidad de mis amigos.

—Esto no ha sido una buena idea... —suspira Ash.

—Tío —me llama Scott al ponerse en pie—, anda, ayúdame a recoger la mesa.

Me pongo en marcha inmediatamente para echarle una mano.

Me jode que nuestros amigos idealicen lo que hubo una vez entre nosotros. Lo cierto es que no tienen ni idea. Porque puede que fuera lo mejor que he tenido en la vida, en un momento dado, pero, al final, nuestra historia de amor fue lo peor que jamás me había pasado.

Intento no prestar atención a los cuchicheos alterados que nos llegan desde el lugar donde se han quedado las chicas, mientras nosotros cargamos el lavavajillas. Da la impresión de que Ash le está echando una buena bronca a su amiga la cotilla.

El ambiente se ha relajado bastante y hemos alejado el tema de conversación totalmente de nosotros el resto del tiempo que permanecemos en casa de nuestros amigos. Pero yo no he logrado volver a sentirme tan a gusto como estaba a nuestra llegada. Así que, cuando salimos de allí y nos montamos en el coche y pongo rumbo a casa, un silencio denso está instalado entre nosotros dos.

—¿Estás bien? —pregunta Ashley, insegura, cuando llevamos dos minutos de camino.

—Sí —miento.

Se queda callada. Sé que no se lo ha tragado. Ni siquiera he intentado sonar convincente, en realidad.

Estoy pensando en lo que dirá Vanessa cuando se entere de esto. No sé muy bien si le dará por llamarme calzonazos o si soltará eso de que somos perfectos el uno para el otro. Con ella nunca se sabe.

—Cam...

—Déjalo, Ash. Ahora no.

—No ha sido buena idea —murmura—. Emily es demasiado intensa, no tendríamos que haber...

—El problema no es Emily —gruño, frustrado—. El problema es que te cruzas en mi camino y pierdo todo de vista, Ashley. El problema es que ni tú ni yo somos capaces de aprender de los errores del pasado.

—Yo he aprendido de los errores del pasado —me lleva la contraria, con mucha más firmeza esta vez—. Yo ahora sé perfectamente lo que quiero, Cameron. Sé que estoy dispuesta a hacer lo que haga falta. Entiendo que tengas dudas y que tengas miedo y que volver a confiar en mí y construir algo conmigo sea complicado para ti. Déjame demostrarte que puedes hacerlo. No va a ser fácil, nada lo es, pero te juro que voy a hacer que merezca la pena. Te prometo que no te vas a arrepentir de esto. Quiero estar a tu lado y crecer contigo y hacerte feliz. Voy a cuidarte como nunca supe hacerlo. Sé que la cagué... mucho. Pero llevo más de dos años prometiéndome cada día que si en algún momento tenía la oportunidad de hacerlo iba a compensarte por todo eso. Estoy dispuesta a esperar, a entenderte y a llevar las cosas con calma. No voy a pedirte nada, no voy a exigir promesas. Lo único que necesito es que seamos sinceros, ¿vale? Sea lo que sea lo que estés pensando.

Reduzco la velocidad hasta parar el coche a un lado de la calzada. La miro entre las sombras que proyectan sobre nosotros las luces de las farolas.

—Me gustas muchísimo, Ashley, de verdad —empiezo, e intento ser todo lo sincero que ella pide que seamos—. Y cuando estoy contigo todo es... Me encanta cómo somos los dos juntos. Es muy fácil dejarme llevar contigo y es demasiado fácil enamorarse de ti. Lo difícil es que eso vaya a acabar bien para mí.

Se hunde en el asiento cuando me oye decir eso. Le tiembla la voz cuando intenta darme una réplica:

—No voy a volver a hacerte daño. Nunca voy a hacerte daño, Cam. Eso sería lo último que haría...

—Eso ya lo he oído antes.

El silencio se vuelve más denso. No quiero hacer que se sienta culpable. Pero ella ha pedido sinceridad. Y la verdad es que forzarme a imaginar un futuro a su lado, mientras Emily parloteaba sobre ello, me ha dado pánico.

Se gira hacia mí y busca mis ojos, desbordando decisión.

—Solo necesito una oportunidad. Una. No voy a necesitar nada más porque te aseguro que no voy a desaprovecharla.

Aparto la mirada. Ese no es el problema.

—No sé si puedo darte lo que pides, Ash —murmuro tristemente—. Aún me acuerdo de lo que pasó.

Se recuesta en el asiento y pierde la vista por la ventanilla.

—Eso solo puedes decidirlo tú. Creo que necesitas pensar. Tómate tu tiempo, piensa en lo mejor para ti. Cualquier conclusión a la que llegues estará bien para mí.

No sé muy bien qué responder a eso. Apoyo la cabeza en el asiento. No puedo creer que de repente estemos así, con lo perfecta que ha sido la tarde. Pero es que no quiero forzarme a pasar esto por alto.

—¿Te importa acercarme a mi casa?

Su voz me devuelve a la realidad, aunque haya hablado en apenas un susurro. Murmuro un «claro» antes de volver a poner el coche en marcha y dar media vuelta para cambiar de dirección.

Vodka me recibe con menos entusiasmo del habitual cuando llego a casa, porque no para de dar vueltas a mi alrededor y de acercarse a olisquear el coche como si la estuviera buscando a ella. Tengo que llamarla hasta tres veces para conseguir que venga conmigo y sacarla a dar un pequeño paseo. A lo mejor el aire fresco de la noche me ayuda a pensar.

Ashley no ha vuelto a decir ni una sola palabra después de pedirme que la llevara a su casa. Hemos hecho todo el camino en completo silencio y, cuando he parado delante de la puerta del jardín de sus padres, me ha dedicado una última mirada y se ha bajado sin decir adiós. Yo tampoco he abierto la boca. Ella ha entrado en casa sin volverse a mirar atrás y a mí me ha costado por lo menos medio minuto ser capaz de acelerar para alejarme de allí.

No sé muy bien lo que siento. No es que no la haya perdonado. Perdonar y olvidar... no suena tan difícil. No debería serlo. Hace tiempo que la perdoné. Y me sentí muy bien por hacerlo. Soy consciente de que ella no hizo nada de lo que hizo para hacerme daño. Probablemente se hizo tanto daño a ella misma como el que me hizo a mí, o, al menos, eso es lo que dice toda la gente que la conoce bien. Pero es que no soy capaz de olvidar. Creo que eso no puedo hacerlo.

Vodka aún lleva la marca de su pintalabios en el hocico y me araña el corazón pensar que me gustaría que pudiera tener a Ashley en su vida cada día. Me gustaría salir a pasear a la perra los dos juntos, como hemos hecho esta tarde. Pasarnos todo el camino diciendo tonterías y riendo. Me gustaría poder mirarla y pensar que es preciosa y que soy afortunado porque ella camine a mi lado. Me gustaría poder parar y besarla en cualquier esquina en medio de la calle. Me gustaría tener con ella... Con ella me gustaría tener justo lo que he tenido esta misma tarde. Pero es que acostumbrarme a eso no puede ser bueno. No puedo crearme de nuevo la ilusión de que voy a poder tenerlo toda la vida. Porque entonces voy a volver a tener miedo de perderlo. Y cuando lo pierda...

Cuando vuelvo a entrar en casa lo primero que veo es su neceser y su ropa interior bien doblada, que ella ha dejado antes encima de la mesa. Paso de largo para meterme a la habitación. Las sábanas de la cama siguen revueltas y las imágenes de su cuerpo pegado al mío y el eco de

su risa me taladran el alma mientras intento no pensar más. Pero es que en el baño está el cepillo de dientes que yo he comprado para ella, ahí, al lado del mío, esperando que lo utilice.

¿Cómo se puede tener tanto miedo de perder algo que aún no has llegado ni siquiera a tener?

Mi vida era más fácil hace un año, cuando me había olvidado de ella. Cuando aún no había vuelto a aparecer en mi vida y se había ido colando en mi interior poquito a poco, recuperando el lugar que siempre le perteneció. Sí, era mucho más fácil no estar enamorado de ella. Pero tenerla conmigo es estar más vivo, en realidad. Intento convencerme de que es mejor tomar algo de distancia y que necesito pensar todo esto. Pero, es que, en este momento, mientras me acuesto en una cama vacía que aún huele a ella, daría todo lo que tengo por poder abrazarla para dormir a su lado.

Amarla es lo mejor y lo peor que he hecho en toda mi vida.

41

Ashley

—Pensaba que habías dicho que no vendrías a dormir.

No he hecho más que poner un pie en la cocina a la hora del desayuno y mi madre ya se está metiendo donde no la llaman y cotilleando sobre mi vida.

—Cambié de idea —digo simplemente mientras meto una cápsula de café en la máquina y me estiro para coger mi taza y colocarla antes de pulsar el botón que preparará mi bebida.

—¿Pasa algo?

—No. No, nada.

Lo único que pasa es que mi globo de felicidad explotó demasiado pronto y que me he pasado la noche llorando y que he dormido apenas cuatro horas y que sé que no hay nada que yo pueda hacer para volver el tiempo atrás y que vuelva a ser ayer por la tarde y no invitar a Cam a acompañarme a la cena para que Emily no lo agobie con lo de nuestra bonita historia de amor y nuestra felicidad. A ver, tampoco la culpo a ella. En algún momento Cameron iba a darse cuenta de que no quiere darme esta oportunidad. Está bien, supongo. Yo no debería haberme hecho tantas ilusiones. Me lo avisó desde el día que se presentó en mi casa de Chicago a decirme que se había enamorado de mí otra vez.

A veces, el amor no es suficiente.

—¿Seguro que no pasa nada?

Y hasta mi padre se asoma desde detrás del periódico que lee, para echarme un vistazo.

—No pasa nada. Ah, sé que te dije que sí que iba a ir hoy a comer a casa de Sandra, pero no voy a poder. Me ha surgido algo.

Le doy la espalda y echo leche y azúcar en el café, para que no pueda leerme la palabra «mentirosa» que debo de tener escrita en la frente.

—¿El qué?

Mi móvil suena con la entrada de un mensaje y yo suspiro aliviada. Lo consulto distraídamente, como si fuera solo eso lo que ha hecho que no responda a la última pregunta. Es de Rob, un vídeo en el que sale Alice. Lo pulso enseguida y no puedo evitar sonreír al ver a la pequeña peinando a *Salem* con un peine de juguete, mientras el gato duerme hecho un ovillo en su cama.

—Tienes que peinarte y tienes que estar guapo, porque va a venir Ashley a verte —le está hablando con esa vocecita suya tan adorable—. Así, ¿ves? Bien peinado.

—Eh, Alice —la llama Rob, y ella se vuelve y mira a la cámara—: ¿tienes ganas de ver a Ashley?

—Sí. Va a venir mi amiga Ashley a comer y hay que peinar a *Salem*.

—¿Y qué te va a decir Ashley cuando te vea?

—¡Hola, pastelillo! —me imita la enana, y yo es que me voy a morir de amor aquí mismo sin haber llegado a probar mi café—. El gatito ya está guapo —decide, y se da la vuelta con el peine en la mano—. ¡*Noa!* ¡Ven, *Noa*! Hay que peinarte porque va a venir Ashley a comer.

Se oye reír a Robbie y a Zack antes de que el vídeo se corte.

No puedo decirle a la enana que no comeré con ella. Se está tomando muchas molestias por poner presentables a todos los animales de la casa. Y espero que solo sea eso y no se le ocurra ir a peinar también a su abuela.

Le mando a Rob un corazón en respuesta al vídeo y dudo si debería decirle que no voy. Uf, no quiero que Alice se lleve un chasco. Y precisamente eso creo que está diciendo mi madre, pero no le hago mucho caso. Antes de que me decida me llega otro mensaje.

> ¿Ha pasado algo con mi hermano? Acaba de llamar para decir que no viene a comer.

Me da un vuelco el corazón. Rob y Zack se han mostrado muy entusiasmados con esto de nuestra segunda oportunidad. ¿Y ahora qué? No quiero decirle nada. Pero es que, de todas maneras, va a enterarse tarde o temprano.

Le contesto escuetamente:

> Hablamos luego.

Cam no va a ir a comer a casa de su madre. No va porque voy yo. Hemos vuelto al punto de partida. Otra vez. Sí, justo lo que yo pensaba ayer, que iba despertar del sueño en cualquier momento. Aunque, la verdad, preferiría tener a Syd abanicándome por haberme dado un golpe en la cabeza a que todo esto haya sido real y tener que perderlo de nuevo.

—Bueno, vale, voy a comer, Alice es demasiado mona.

—Ya me parecía a mí... —suspira mamá, al tiempo que esboza media sonrisa.

No digo nada más y doy un sorbo a mi taza de café, preparándome mentalmente para una comida con la familia de Cam.

Cuando llegamos allí, Emily ya me ha mandado unos ocho mensajes preguntándome qué tal con Cam y mostrándose de nuevo «superemocionada» y pidiendo más detalles. Ni siquiera le he contestado.

No he hecho más que pisar el jardín y ya tengo a dos perras emocionadas saltando a mi alrededor y haciéndome una fiesta para celebrar mi llegada. Y yo también estoy muy contenta de verlas a ellas, claro, pero... ¿qué hace *Vodka* aquí? ¿La habrá dejado aquí porque iba a pasar el día fuera? ¿Se habrá ido a escalar? Eso es lo que él hace cuando necesita pensar; cuando necesita... respirar.

Robbie nos abre la puerta con una sonrisa.

—¡Hola!

—Hola —respondo, y me dejo envolver en un abrazo—. ¿Por qué no me dijisteis que estaríais aquí el fin de semana?

—Supuse que te llegaría la noticia... —insinúa, en voz baja, para que mis padres no se enteren.

Ellos ya están saludando a Sandra y a Colin, sin prestarnos atención. Por cómo habla, me da la impresión de que Cam no le ha contado nada a su hermano de lo que pasó anoche.

—¿Qué hace aquí *Vodka*? Pensaba que habías dicho que tu hermano no venía.

—Mi hermano es un caos de contradicciones últimamente. Dice una cosa y hace otra.

—¡Hola, pastelillo! —oigo chillar a Alice justo detrás de su padre.

Rob se aparta para dejarle vía libre y la niña corre a toda velocidad para saltar sobre mí.

—Hola, renacuaja.

Uf, cada vez pesa más. Me estruja el cuello con sus bracitos y entonces veo a Cam, que venía tras ella. Conectamos nuestras miradas por un par de segundos. Parece avergonzado, quizá. Pero enseguida Alice vuelve a reclamar mi atención y yo tengo que centrarme en ella y su parloteo. Y creo que Cameron se dedica a saludar a mis padres, mientras tanto.

—El tío Cam estaba jugando conmigo a las muñecas, ¿quieres jugar con nosotros?

—Un poco más tarde, ¿vale? Cuando haya saludado a todo el mundo.

Zack aparece en escena y me sonríe, al tiempo que le da una palmada a Cam en el hombro.

—Es muy bonito lo de jugar con la niña incansable a todo lo que ella quiera cuando la ves un par de días al mes. A ver cuando vivamos aquí y la tengas todos los días lo que duras de una pieza, «tío molón».

Alice salta de mis brazos para ir a jugar de nuevo y la cara de Cam se ilumina en cuanto ella lo mira. Es tan adorable, de verdad. Y la niña también, claro.

—Jugaré con mi sobrina a todo lo que ella quiera durante todas las horas que ella quiera durante toda su vida. Por eso soy su tío favorito, ¿verdad, enana?

Le ofrece las palmas de las manos, para que las choque, y ella lo hace entusiasmada, con todas sus fuerzas.

—¡Verdad! ¡Mi tío favorito! —chilla. Le salta encima y Cam la coge y se la cuelga del hombro, como si fuera un saco de patatas, mientras ella se parte de risa—. ¡Vamos a buscar a *Salem*!

—Muy bien. A buscar a *Salem* —concede, y da la vuelta para llevársela con él.

Zack termina de recortar la distancia que nos separa y me abraza fuerte para hablarme al oído disimuladamente.

—¿Qué ha pasado con Cam?

Me aparto y niego con la cabeza mientras intento esbozar una sonrisa para darle a entender que no pasa nada y que estoy bien. Pero no sé si me sale demasiado convincente.

—Ashley —me reclama Sandra enseguida.

Y yo dejo atrás a los dos que tienen demasiadas preguntas y me voy a charlar con ella y Colin un rato.

No tengo a nadie a quien sobornar para cambiarle el sitio, esta vez, así que cuando Sandra me señala la silla que me corresponde, no me sorprende demasiado darme cuenta de que es el sitio junto a su hijo pequeño.

—Ashley, ¿qué tal el doctorado, cariño? —pregunta Sandra cuando estamos acabando el primer plato, lo que centra en mí la atención de todos los congregados alrededor de la mesa.

Carraspeo antes de hablar, incómoda bajo tantas miradas.

—Bien. El estudio en el que estoy trabajando ahora es muy interesante y creo que va a quedar una tesis bastante redonda.

Me callo al quedarme sin voz cuando siento el muslo de Cam pegándose al mío por debajo de la mesa. Pero ¿qué...? Él está removiendo la comida de su plato como si nada, pero no deja de mover la pierna para rozarla con la mía y a mí se me está acelerando todo el organismo. ¿Está jugando conmigo?

—Mira que todos los hijos que se fueron están volviendo a casa —insinúa Sandra sin poder evitar que se le escape la sonrisa que delata lo feliz que se siente—. ¿Tú tienes planes de volver a Sacramento?

Me mira con expresión inocente mientras bebe un par de sorbos de su copa de vino. Yo cruzo una mirada con mi madre, que me está mirando exactamente igual. Hasta ahí querían llegar ellas con todo esto.

—De momento ya ha venido a casa a pasar un fin de semana sin ningún motivo concreto, que es más de lo que ha hecho en los últimos años —suelta la señora esa que va por ahí obligándome a llamarla «mamá».

Divorcio de madre ya, por favor, ¿eso existe?

Lo saben. Es que lo saben. O sea, no lo saben seguro, claro, pero lo sospechan muy fuerte y no van a parar hasta que alguno de los dos demos un paso en falso. No es el mejor momento para lidiar con esto. No, cuando ayer mismo estábamos jugando a estar más enamorados que nunca y eso se fue a la mierda a la velocidad de la luz. No es el momento para que las madres cotillas den rienda suelta a sus ilusiones.

—Aún me queda trabajo por hacer en Chicago. Pero no descarto volver aquí cuando termine. De hecho, me gustaría —suelto, para que Cam se entere bien de cómo están las cosas—. Todo dependerá de lo que tenga aquí, supongo.

Él mueve su pierna un poco más fuerte para que golpee la mía, como instándome a callarme delante de esas dos marujas. Que se joda. Ha empezado él.

—¿Te refieres a alguna oferta de trabajo? —sigue Sandra.

—No. Me refiero a la familia, a los amigos, y esas cosas.

—Puedes venir a vivir con nosotros —ofrece Alice, que juguetea con su cuchara.

—Podría vivir cerca —concedo. Luego vuelvo a mirar directamente a Sandra—. La verdad es que ahora que Alice va a estar aquí... y Dylan crece demasiado deprisa. No sé, creo que me pierdo muchas cosas por vivir tan lejos. Así que, por esa parte, me gustaría volver.

—¿Y el amor? ¿No habrá algo de eso también por ahí? ¿Estás saliendo con alguien?

Estas dos van a saco. Creo que hasta tengo que perder el color antes de ponerme totalmente roja y bajo la mirada a mi plato, sin poder creerme que haya dicho eso de verdad. Sandra nunca ha sido tan directa conmigo. Siempre ha sido mucho más prudente que mi madre en estos temas. Y me gustaba más que mi madre precisamente por eso.

La reacción de Cam es mucho peor que la mía, de todas maneras, porque casi se atraganta y hasta tiene que toser un par de veces. Madre mía, premio al disimulo para Parker, por favor.

—Perdón. Está muy picante —se disculpa, y señala la salsa con la que estaba mezclando su comida.

Vaya excusa más burda.

—Bueno, yo no lo llamaría «salir con alguien» —habla mi madre por mí y yo la fulmino con la mirada, pero ni se desintegra ni nada, qué pena—, pero este último año ha estado viendo a un chico aquí, ¿no, cariño?

Estoy a punto de gruñirle y empezar una discusión que no va a acabar bien para ninguna de las dos y va a poner muy incómodos a los presentes, pero Robbie se me adelanta y habla por mí:

—Sí. Ashley tiene un rollo con un chico que ahora está viviendo aquí. Espera, ¿cómo se llamaba? Sí, hombre, es amigo de Scott y su nombre empieza por C —insinúa el muy tonto. Hermanos Parker, idiotas a domicilio. Uf—. Lo tengo en la punta de la lengua.

—Ah, sí, es verdad —le sigue el juego Zack, y yo niego con la cabeza y escondo la cara entre las manos, exasperada—. Es moreno, ¿verdad?

—Sí —confirma Rob—. Ashley, venga, ¿cómo se llama?

Aparto las manos de la cara solo para lanzarle una mirada asesina.

—No tienes las noticias del corazón muy actualizadas, me temo. —Empujo la silla hacia atrás, de golpe, y me pongo en pie mientras el resto de la mesa se queda en un silencio sepulcral —. Ya traigo yo el segundo plato.

—Te ayudo. —Zack se levanta y viene hasta la cocina detrás de mí. Cierra la puerta para darnos intimidad—. ¿Estás bien? Oye, lo siento... ¿Qué ha pasado con vosotros dos?

Me pongo a preparar lo que tenemos que llevar a la mesa y no me permito parar quieta ni un segundo porque, si lo hago, voy a ponerme a llorar y yo ya no puedo llorar más por esto. Pero él me pone las manos en los hombros para frenarme y me obliga a mirarlo.

—Tu cuñado no puede hacer esto conmigo, Zack. —Me encojo de hombros y escondo la mirada—. No es culpa suya y lo ha intentado, pero... me lo cargué. Y creo que ya no lo vamos a arreglar. Él no quiere.

—Claro que quiere. No confundas inseguridad con desinterés.

—Da igual lo que sea. Hay que poner las cosas en una balanza, y creo que su balanza dice que no merece la pena... que no merezco la pena.

Zack niega con la cabeza y esboza media sonrisa.

—Cam nunca diría que tú no mereces la pena, *princesa* —deja claro, dándole un tono burlón al apodo—. Seguro que lo único que le pasa es que está acojonado. Dale un poco de espacio y déjalo recapacitar.

Asiento, pero solo para que me deje salir de aquí sin tener que ahondar en el tema. No necesito darle más vueltas.

Volvemos a la mesa, donde el tema de conversación ha pasado a centrarse en Cam. Le está contando a mi padre lo del trabajo con los chavales del equipo y parece tan entusiasmado con ello que me quedo embobada escuchándolo. Colin interviene para contar que conoce al padre de uno de los niños y que le ha dicho que su hijo está emocionado con tener a Cam entrenándolo y, a medida que habla, soy muy consciente de que nunca he oído al padre de Cameron hablar de él con tanto orgullo como ahora lo está haciendo su padrastro.

Esta vez soy yo la que roza su muslo con el mío y él me dedica una mirada de reojo y luego pone la mano en mi pierna con disimulo, cortándome de golpe la respiración.

—Ash, ¿quieres café? —ofrece Cam cuando hemos terminado de comer, y desvía la vista hacia mí, como si su mano derecha no estuviera apretándome la rodilla justo en este instante.

—Eh, sí, por favor.

—Vale, ya lo preparo yo, que soy barista —alardea, y le hace un gesto a su madre para que se siente, cuando ella ya parece dispuesta a ir a la cocina.

—Barista —suspira Sandra, divertida—. El otro día decías que eras mecánico.

—Tienes un hijo con innumerables talentos —bromea. Se pone en pie y se dirige a la cocina, mientras suelta un par de carcajadas al oír las burlas de su madre en respuesta a su último comentario.

Mis padres y Sandra y Colin se sumergen de nuevo en su propia conversación y Zack se escabulle de la mesa para ir tras Cameron, supongo que con intención de ayudarlo con el café. Alice está trasteando con una calculadora de juguete y Robbie se cambia de silla para hablarme en voz baja.

—No dejes que haga esto, Ash. —Lo miro y alzo las cejas—. No lo dejes salir corriendo y meterse en su caparazón. Cam está loco por ti. Por favor, ve a hablar con él.

Me lo pienso durante todo el tiempo que necesito, es decir, durante algo menos de dos segundos. Y luego me levanto y me voy de la mesa disimuladamente en dirección a la cocina. Estoy a punto de entrar ahí y pedirle a Zack que nos dé un momento. Pero entonces oigo al

cuñado de Cameron decir mi nombre y me oculto tras la pared junto a la puerta para poder escuchar sin ser vista. Lo sé, iré al infierno. Pero, bueno, ya me consideraba condenada, de todos modos.

—Ash piensa que tú crees que ella no merece la pena.

—Tú sabes que eso no es así.

—Yo lo sé, pero ella no —puntualiza mi amigo.

Se hace el silencio por unos segundos y solo puedo oír el sonido de la cafetera.

—Estoy acojonado —habla por fin Cam, a media voz—. Estoy muy acojonado, Zack. No lo puedo controlar. No hay ni una sola variable sobre la que yo pueda tomar las decisiones y no... no quiero volver a sufrir. Y no quiero hacerle daño a ella. No quiero decirle que sí, que vamos con todo, que va a salir bien porque... eso ya lo hice una vez y no salió bien. Y no quiero decirle que va a funcionar porque ¿y si no puedo? ¿Y si me echo para atrás? ¿Y si me da mal rollo? ¿Y si de repente se me cruza el cable y no puedo dejar de pensar en lo que pasó y no puedo superarlo? No quiero hacerle daño.

—Pues dile la verdad y ya está. ¿Te crees que yo no estaba acojonado cuando volví con tu hermano? ¿Te crees que no pensaba cada día en si todo esto le superaría, en si saldría corriendo otra vez? ¿O que no tuve que controlar mi inseguridad para volverme a exponer? Pero es que las cosas son así. Tú te expones y ella también. Y dejar escapar las cosas buenas porque dan miedo es el error más grande que alguien puede cometer. Sé que lo sabes, no eres tan tonto —suspira, en tono de broma—. Vas a estar acojonado y vas a tener que seguir adelante. Y vas a tener que compartir las cosas con ella, y ser sinceros el uno con el otro, porque es la única manera de que funcione. Es bastante obvio que te mueres por esa chica. No te resistas más.

—No funcionó una vez, y siento que hay tantas cosas que no han cambiado, que no sé...

—Lo hicisteis mal una vez. Ahora es el momento de hacerlo bien. Dime algo, ¿qué es lo que quieres cuando piensas en ella? ¿Quieres echar un polvo? ¿Quieres hacerla reír? ¿Quieres ver una peli acurrucados en el sofá? ¿Quieres una casita con jardín? ¿Un hermano para *Vodka*?

—Lo quiero todo.

Me apoyo en la pared y me muerdo el labio mientras el corazón me golpea las costillas con tanta fuerza que temo que vayan a pillarme aquí escondida detrás de la puerta por el ruido que está haciendo.

«Lo quiero todo.»

Lo ha dicho tan seguro y a la vez con tanta ternura en la voz que tengo que hacer un esfuerzo enorme para no entrar ahí y besarlo. Yo también lo quiero todo. *Todo*. Con él.

—Pues no me lo digas a mí —aconseja Zack, finalmente.

Me da la impresión de que están a punto de salir, así que me escabullo sigilosamente de vuelta al comedor y me siento en mi sitio.

Aparecen con los cafés y Cam se pone a repartirlos, bromeando con todo el mundo, como si no acabara de tener una charla profunda con su cuñado hace apenas dos minutos.

—Colin, con un chorrito de coñac —va soltando el pedido de cada uno mientras los reparte—. Mamá, con media cucharadita de azúcar y una nube de leche. Julia, suavecito y dulce como tú. Peter, solo y amargo, café de tipo duro. Para la princesa pequeña de la casa un poquito de leche. —Pone un vaso también delante de Alice—. Para mi hermano con escupitajo —lo pica, y se pegan en broma por encima de la mesa—. Zack tiene el suyo, muy bien... Y, para la señorita Bennet —dice, con la que va a ser mi taza en la mano y buscando mis ojos—, mitad y mitad, dos de azúcar y la leche templada.

Pone la taza delante de mí, sin despegar sus ojos de los míos. Tengo que contenerme para no ponerme de pie y besarlo delante de todo el mundo.

—Soy prácticamente barista —alardea de nuevo y hace un gesto con la cabeza para que mire mi café.

Ha dibujado un corazón con la espuma de la leche. Es prácticamente barista, sí, y le encanta hacer el tonto con la cafetera semiprofesional de su madre.

Vuelvo a mirarlo y me tiende una cucharilla, con media sonrisa tímida en los labios. Estiro la mano para cogerla y acaricia mis dedos por un instante antes de soltarla.

Todos se tienen que estar dando cuenta, aunque los únicos que nos miran embobados son Zack y Robbie.

Apenas hemos podido terminar el café cuando Alice exige de nuevo nuestra atención y nos pide que juguemos al escondite. Ella quiere ser la que busca primero, y pide ayuda a su abuela para llevar la cuenta y darnos tiempo a escondernos a sus padres, su tío Cam y a mí. Y yo no quiero decepcionar a la pequeña así que tengo que buscar un buen escondite pero que no sea demasiado difícil de descubrir, para que pueda encontrarme.

No me ha dado tiempo a pensar demasiado cuando Cam se planta a mi lado, en la entrada, me coge de la mano y me arrastra hacia la puerta que lleva al sótano.

—¿Qué haces? —pregunto en voz baja mientras lo sigo escaleras abajo, con nuestros dedos entrelazados—. No querrás que tu sobrina nos encuentre escondidos juntos, ¿no? Ya sabes la imaginación que tiene cuando se trata de nosotros y...

Se vuelve a mirarme, y encontrarme con sus ojos verdes corta de golpe mi discurso.

—Es una niña de cuatro años y medio. No va a bajar al sótano. A todos los niños les dan miedo los sótanos.

—A esa niña no le da miedo nada.

—Es verdad.

Tira de mi mano para que avance deprisa y se gira hacia mí. Nuestros cuerpos chocan. Pone la otra mano en mi cintura y nos mete a los dos en el hueco que queda entre una estantería y la pared del fondo. No es que sea el mejor escondite del mundo, pero al menos no se nos ve desde la escalera de bajada.

—Ash, oye, anoche...

—Lo entiendo. No es igual de fácil vivir en una burbuja que enfrentarse a la realidad. Lo sé, y

yo no...

—Anoche me acojoné —confiesa, antes de que yo pueda decir nada más.

Lo miro a los ojos de nuevo y veo que está siendo totalmente sincero, y también que le cuesta ser vulnerable conmigo.

—Sí, ya me di cuenta.

—Y si me acojoné es porque esto me importa —sigue, y me quedo sin palabras, perdida en sus pupilas—. Cuando estoy contigo quiero que te quedes para siempre, de repente es todo perfecto y me siento como... No quiero perderlo.

Acaricio su mejilla y él se calla, mirándome como un niño perdido. Sí, veo su miedo. Está bastante claro. Y yo también lo siento.

—Estoy aquí, Cam. No voy a irme. Hemos aprendido del pasado, sí que lo hemos hecho. No vamos a dejar que pase lo mismo. Vamos poco a poco, ¿vale? Por favor. Vamos a ver día a día cómo va esto. Sin presiones. Sin tantas expectativas. No necesito que me asegures que vas a sentir lo mismo toda la vida. Yo qué sé. Eso no se sabe. Lo que sí quiero es que no me vuelvas loca. Que no me digas un día que sí y al siguiente que no, y al siguiente que sí otra vez; que, cuando tengas dudas, lo hablemos, en vez de entrar en pánico tú solo y salir corriendo. Necesito sinceridad. Sé que no estoy en posición de exigir que me prometas nada, pero no quiero que juegues conmigo, tampoco.

Cierra los ojos por un momento y niega lentamente con la cabeza. Luego busca de nuevo conectar con mi mirada.

—No quiero jugar contigo. De verdad que nunca ha sido esa mi intención.

—Ya lo sé.

—Puede que haya veces que esto me supere un poco, Ash. A lo mejor hay momentos en los que voy a agobiarme. No va a ser perfecto.

—No me importa. La perfección es aburrida.

Pega su boca a la mía, suavemente pero con firmeza, y yo me pongo de puntillas para acomodar nuestra postura, para poder besarlo con más fuerza y mejor. Me cosquillea el estómago como si hubiera una bandada de pájaros batiendo las alas al compás y tengo el corazón tan acelerado que temo que vaya a agotar todos sus latidos pendientes en este solo instante.

Se aparta unos milímetros y se entremezclan nuestros alientos agitados. Intento morderme la lengua, pero no puedo evitar hablar:

—Por favor, no cambies de idea.

Niega con la cabeza, lentamente, muy cerca de mis labios.

—No voy a cambiar de idea —susurra, y acaricia mi cuello, haciéndome cosquillas—. Anoche te eché mucho de menos en mi cama.

—Voy a hacerte feliz. Voy a demostrarte que merezco la pena y que esto la merece. No vamos a arrepentirnos de darnos esta oportunidad.

—Eres mucho más sexi cuando suenas tan segura de ti misma, Ash.

Sonrío. Y él vuelve a besarme. Pongo las manos en sus mejillas y me estiro, para pegarme a él, para profundizar el beso, para perderme en su boca.

Nos separamos solo cuando se nos hace imprescindible respirar. Y cuando volvemos abrir los ojos y conectamos nuestras miradas, yo capto algo con el rabillo del ojo. Giramos la cara a la vez.

Y ahí nos la encontramos.

Alice.

Mirándonos a su tío y a mí con la boca abierta y una expresión un poco vergonzosa.

Oh, oh.

Creo que esto ya ha dejado de ser nuestro secreto.

42

Cam

—Os estabais dando un beso —nos acusa mi sobrina, que nos mira a Ash y a mí con los ojos muy abiertos.

Menuda pillada. Y encima nos ha tenido que ver la enana. Con la cabecita tan llena de pájaros como sus padres y tan cotilla como su abuela. Dudo bastante que se vaya a callar esto. Pero, aun así, creo que debo intentarlo.

Le hago una seña para que se acerque más a nosotros. Lo hace despacio, insegura.

—Ven aquí, enana —insisto y, cuando la tengo a mi alcance, la levanto en brazos—. Tienes que guardarnos el secreto, ¿vale?

—Os estabais dando un beso —repite con sus ojos clavados en los míos.

—Sí, nos estábamos dando un beso —se lo confirmo, y tengo que contener las ganas de poner los ojos en blanco.

Se tapa la boca con las dos manos y suelta una risita, mientras alterna su mirada entre mi cara y la de Ash, que está sonriendo también ante la reacción de la niña. Estoy solo en esto de mantener la cordura.

—Escúchame bien, pequeña espía. No le puedes decir a nadie que nos has visto darnos un beso, ¿vale? Va a ser nuestro secreto. Se lo puedes decir a tus papás, pero no a la abuela ni a nadie más, ¿entendido?

—¿Por qué?

Ashley se acerca un poco más y se pone seria para hablar con la niña.

—Porque estábamos jugando al escondite y nos has encontrado, así que ya has ganado. Ahora tenemos que jugar a otro juego y es el juego de guardar el secreto. Yo no se lo voy a decir a nadie y tu tío Cam tampoco. El primero que diga algo pierde... así que, si se lo dices a alguien, pierdes.

—A mí no me gusta perder.

—A mí tampoco. A ver quién es capaz de guardar el secreto más tiempo.

Alice pone cara de estar convencida de sus posibilidades de ganar. Me mira a mí y, luego, otra vez a Ashley.

—¿Os vais a dar más besos? —pregunta con una sonrisa traviesa.

—A lo mejor —admito vagamente.

Me pega en los brazos para que la deje bajar al suelo. Una vez allí se aleja dando saltitos, alegremente, y hasta da palmadas al compás de su avance.

—¡Vais a ser novios y os vais a casar! —Va canturreando en su camino a las escaleras.

Ash me mira mordiéndose el labio para controlar la sonrisa y yo niego con la cabeza desaprobando su actitud. Vale que Alice es monísima y muy graciosa, pero habíamos quedado en no decirles nada a nuestros padres aún y la enana va a meternos en un maldito lío.

—Mierda —digo en voz baja.

—Te he dicho que a esa niña no le daba miedo el sótano.

La beso brevemente en los labios para callarla. Mejor eso que darle la razón.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos antes de que se vaya de la lengua? —murmuro en tono jocoso, pegado a su cara.

—Calculo que unos diez minutos.

—Tu amor por ella te ciega y te llena de optimismo.

La cojo de la mano y tiro de ella hacia las escaleras, para volver arriba.

Seguro que no llega ni a cinco minutos. Seguro.

Cuando volvemos al salón, todo el mundo está reunido allí, incluyendo a mi hermano y a Zack, y veo que mi sobrina está sentada en el regazo de Robbie y le está diciendo algo al oído. Le ha faltado tiempo. Mi hermano me mira y alza una ceja con expresión burlona. Niego con la cabeza e intento ignorarlos a los dos, ahí, contándose secretitos al oído. No sé si es peor la niña o su padre.

—Ashley, ¿sabes cuándo vendrá Tyler por aquí? —oigo preguntar a Julia.

Se me encoge el estómago y siento como si acabaran de hacerme un placaje de los duros. Como si acabaran de derribarme en el suelo y hacerme polvo todos los huesos. Busco a Ash con la mirada, de manera inconsciente. Y ella me está mirando, pálida, con los ojos cargados de culpa. ¿Qué estamos haciendo? ¿Cómo vamos a librarnos alguna vez de ese fantasma entre los dos? ¿Cómo se deja eso atrás cuando siempre va a estar presente?

—No lo sé, mamá —dice, y se esfuerza en disimular.

Noto al instante que miente. Sí que lo sabe. Lo que significa que habla con él habitualmente... Con él o con Sue. O con los dos.

De repente, tengo ganas de largarme dando un portazo. De gritar. De salir de aquí y alejarme.

Sé que mi hermano y Zack están mirándome fijamente, en espera de mi reacción. Y yo no puedo dejar de mirarla a ella, mientras se me pasan por la mente todas esas imágenes que estuvieron noches eternas torturándome. De ellos dos... juntos.

—Vaya, quería hablar con esa novia suya para unas fotografías que necesito —sigue Julia, pero a mí su voz me llega muy lejana.

—Se llama Sue, mamá, no «esa novia suya» —replica Ashley.

—Ay, sí, hija, ya lo sé.

Ash no para de mirarme de reojo, lo más discreta que puede, pero me da la impresión de que en cualquier momento va a olvidar el disimulo y va a venir a suplicarme que no me deje llevar por los malos recuerdos, que no ceda a los celos y a los malos rollos. A los miedos. Quiero olvidarlo. No quiero pensar en ello cada vez que alguien mencione a Tyler en su presencia. O cada vez que lo vea a él.

—Ashley..., Cameron... —nos llama mi madre, lo que corta el momento de miradas tensas—. ¿Por qué me está preguntando Alice si que os beséis significa que Ashley es su tía?

Los dos dirigimos la mirada hacia ella, a toda velocidad. Tiene una sonrisa divertida en la cara y a su nieta la cotorra sentada a su lado.

Ashley suelta un suspiro y esconde la cara entre las manos, dejándome al frente de la batalla. Todos los ojos de la sala están fijos en nosotros.

—¡Qué imaginación tiene esta niña! —Es lo único que se me ocurre exclamar para ganar tiempo.

—¿Los has visto darse un beso? —pregunta Julia mientras se acerca hasta mi sobrina.

—Sí, se estaban dando un beso —dice la enana, bien alto y bien claro.

—Pero... ¿en los labios? —interroga Zack, divertido.

Cierra la boca y carraspea cuando le dedico una mirada asesina.

—Sí, en los labios —vuelve a hablar la testigo.

—Alice..., no está bien decir mentiras, ¿vale? —intenta arreglarlo entonces mi cuñado.

—¡Es verdad! —chilla, enfurruñada ante la acusación.

Me acerco hasta ella y le pongo una mano en la boca para callarla. Se retuerce y gruñe mientras la sujeto.

—Eres muy mala en este juego, pastelillo —advierte Ashley.

Le quito la mano de la boca a la pequeña, para que se pueda defender.

—Se me ha escapado —suelta, tan tranquila.

Que se le ha escapado. Bueno, ya teníamos claro que nuestro secreto no estaba a salvo con ella.

—¿Tenéis algo que contarnos?

Julia es la primera en pedir explicaciones, mirándonos a su hija y a mí alternativamente con una sonrisa pícara.

—¡Lo sabía! —exclama mi madre, y señala a mi hermano con un dedo—. Tú lo sabías y te lo he preguntado cien veces y no has dicho nada.

—Son cosas entre hermanos, mamá.

Está todo el mundo hablando a la vez, preguntando cosas, dando su opinión y pidiendo una y mil explicaciones, mezclando voces y subiendo cada vez más el volumen. Y Ashley se ha sentado en el suelo y está jugando con *Salem*, como si la cosa no fuera con ella. Menuda ayuda.

—¡Vale! —Corto la locura, de pie en medio de todos los presentes—. Sí, nos hemos besado. Y, sí, estamos... tenemos... algo. Pero los dos os agradeceríamos que os tomarais esto con calma

y no os metáis. Por lo menos, hasta que sepamos adónde nos lleva.

—Sí —me apoya Ash por fin, sin dejar de acariciar al gato—. No queríamos decir nada porque os ponéis muy intensas. Y esto es... no es... Aún no sabemos muy bien lo que es.

Transcurren solo un par de segundos en silencio antes de que empiecen a hablar todos de nuevo y a la vez. Pongo los ojos en blanco, exasperado, y me rindo con esta familia de locos.

—Muy bien. —La voz de Peter suena firme, por encima de todos los demás, y hasta da una palmada para calmar los ánimos—. Los chicos ya son mayores para hacer lo que consideren más adecuado y, si os piden que no os metáis, por favor, no os metáis. Vamos a dejar que sean ellos los que se preocupen por su relación y no nosotros.

—Gracias, papá —murmura Ash.

Peter la mira y le dedica una sonrisa antes de guiñarle un ojo. Siempre he tenido claro, desde el día que lo conocí, que Ashley era el punto débil de este hombre. Su niñita. Por eso se me hace un nudo en el estómago por un momento cuando lo oigo dirigirse a mí en un tono de voz mucho más grave:

—Cameron, ¿te importa si hablamos un momento tú y yo?

Intercambio una mirada con Ash antes de decir que «por supuesto» y seguirlo hasta el comedor, que ya ha quedado vacío, para hablar a solas. A ver, no es que tenga miedo, Peter siempre se ha portado bien conmigo y nunca me ha amenazado ni nada así, pero supongo que para todo tiene que haber siempre una primera vez.

—Peter, esto... —empiezo a intentar justificarme, en cuanto la puerta está cerrada y estamos completamente a solas.

—Siéntate.

Lo hago inmediatamente. Él gira otra de las sillas para sentarse frente a mí.

—Antes de que me digas lo del amor y el respeto, déjame recordarte que esa charla ya la tuvimos una vez. —Trato de bromear.

Sonríe de medio lado y niega con la cabeza, como si le pareciera muy tonto, antes de dedicarme una mirada llena de cariño. Vale, igual no me amenaza. Y, con suerte, no va a matarme.

—Mira, Cam, yo no sé lo que pasó entre Ashley y tú hace un par de años. No lo sé y no lo quiero saber. Ella dijo que toda la culpa era suya y nada más, y no sé si es cierto o solo lo dijo para que no te diera una paliza con mis músculos de acero, pero eso ya no importa, supongo. Lo que sí que me importa es mi hija y su felicidad —aclara, y yo me trago la sonrisa que se me estaba formando con lo de los músculos de acero y le sostengo la mirada con la misma expresión seria que tiene él—. Nunca la he visto tan triste como después de que vosotros os separarais. No quiero volver a verla así por nada del mundo. Verás, cuando eres padre la mente se te programa automáticamente para que nadie en el mundo te parezca lo suficientemente bueno para tus hijos —bromea—. Me imagino que te pasará algo parecido con tu sobrina, ya lo verás. El caso es que yo iba bastante dispuesto a que tú no me cayeras bien, aunque pensara decirle a Ashley que sí.

Pero tú me sorprendiste, Cameron. Y ahora eres precisamente la clase de hombre que me gustaría que ella tuviera a su lado. Sobre todo, porque sé que los dos sabéis haceros muy felices el uno al otro. Como te digo, no sé lo que pasó, y tampoco sé por qué habéis tardado más de dos años en volver a encontraros, pero, ya que lo habéis hecho, necesito pedirte que te tomes esto en serio. Ash te quiere. Muchísimo. Sé cuánto la quisiste tú también, y no estoy seguro de cuánto queda de eso, pero, por favor, si vais a volver a intentarlo, necesito que te dejes la piel por ella. Ella va a hacerlo por ti. No quiero que se haga daño.

No sé por qué me cuesta tanto creer sin ninguna duda en esas palabras cuando es ella quien las dice. Pero, al oírlo de Peter, soy muy consciente de que es verdad. De que, en el fondo, siempre lo he sabido. Ella me quiere.

Y a lo mejor hasta Tyler tiene razón y yo soy un capullo por no querer darme cuenta de eso; por no creérmelo del todo; por no sentirme el tipo más afortunado de la tierra.

—Estoy al cien por cien en esto, Peter. Te aseguro que lo que más deseo es que Ashley sea feliz, y poder serlo con ella.

Me da una palmada cariñosa en el brazo y asiente.

—Y, ah, otra cosa, Cam.

—Dime.

—Me gustas más para ella como entrenador de un equipo infantil que como estrella de la NFL.

Sonrío con los labios sellados. Se me sube un nudo a la garganta. Sé perfectamente que lo dice porque está seguro de que mi padre no lo hace. No, mi padre no está muy orgulloso de mí ahora.

Me da un cachete cariñoso en la mejilla y se levanta para salir y dar por terminada la charla. Me deja solo. Y yo me pongo a pensar en Ash. En Ash y en su manera de estar orgullosa de mí siempre y dejármelo saber. En ella apoyando siempre mis decisiones, aunque no terminaran de gustarle del todo. Animándome a luchar por mis sueños, aunque den miedo.

Hay que luchar por lo que se quiere, aunque dé miedo, sí.

Y, joder, la quiero.

La quiero a ella.

Me levanto y salgo del comedor. Ashley sigue ahí, con *Salem*, y Alice ya se ha unido al juego. Cruzo una mirada con mi hermano y le hago una seña para que se acerque a hablar conmigo a solas un momento.

—¿Qué pasa, pequeño? —pregunta, y mira a Peter de reojo—. ¿Te ha amenazado el padre de la chica que te gusta?

—Necesito que me acompañes a hacer una cosa —pido en voz baja.

Da un paso atrás para mirarme con más perspectiva y frunce el ceño al ver mi expresión.

—¿Necesitas que tu hermano mayor te acompañe porque tienes miedo? —se burla.

Y yo busco sus ojos y me pongo serio.

—Sí. Me da un miedo de la hostia.

43

Ashley

Alice es una chismosa.

Sandra es mucho más cotilla de lo que yo me temía.

Mi madre es una metepatas.

Y mi padre... Ojalá supiera cómo tengo que calificar a mi padre por haberse llevado a Cameron a una habitación a solas para soltarle una charla. No tengo ni idea de lo que le habrá dicho. Lo único que sé es que ahora él está cuchicheando en una esquina con su hermano. No sé si esto tiene buena pinta.

He visto cómo le cambiaba la cara cuando mi madre ha preguntado por Tyler. En un momento, supongo que a la misma velocidad que ha tenido que cambiar la mía. Esto no es bueno. Ya daba por hecho que hablar de Tyler o verlo no iba a resultar fácil para ninguno de los dos. Pero me da miedo que no vayamos a poder con esto. Tengo miedo de que él se acuerde de por qué debería odiarme y se largue corriendo otra vez.

Tus errores te perseguirán toda la vida, Ashley, hagas lo que hagas después para intentar arreglarlos.

—Mi hermano y yo tenemos que ir a un sitio, vuelvo luego, en un par de horas. —Oigo hablar a Rob, en voz suficientemente alta para que nos enteremos todos—. Encantado de haberos visto hoy, familia Bennet. Repetimos pronto.

Cam da dos pasos al frente, empujando el cuerpo de su hermano al pasar, y se planta delante de mí. Está a punto de decir algo, pero, luego, mira alrededor y hace una mueca al ver todo el público que tenemos. Me coge de la mano y me aleja unos pasos. Me da las llaves de su coche.

—Tengo que ir a hacer algo con mi hermano. ¿Puedes quedarte a *Vodka* y el coche y llevarla luego a casa?

Asiento lentamente y cierro el puño en torno a las llaves del Honda.

—Sí, vale, pero ¿qué...?

No me deja terminar de exponer mis dudas porque abre la mano izquierda y deja colgar delante de mi cara un llavero con cuatro llaves. Una copia de las llaves de su casa.

—Para que puedas entrar y... quédatelas, ¿vale?

—Cam, no sé... Vamos poco a poco, ¿no? ¿No es un poco pronto para que tenga llaves de tu

casa?

—Vamos poco a poco, pero puedes entrar en mi casa cuando quieras —susurra, y yo me tengo que morder el labio y poner todo mi empeño en que no se me note que todo mi cuerpo está empezando a temblar—. ¿Me esperas allí? ¿Puedes quedarte conmigo esta noche?

Asiento con la cabeza varias veces.

Sonríe levemente y asiente él también.

—Te veo luego.

Da un paso atrás y busca a su hermano con la mirada.

—Vamos —le mete prisa Rob al ver que ya hemos terminado con nuestra conversación.

Cameron no ha dado ni un paso en su dirección cuando la vocecita de Alice nos hace volvernos a los tres para mirarla.

—Tío Cam, dale un beso a Ashley antes de irte.

Lo exige y yo creo que me habré puesto roja en un solo segundo y Rob y Zack sueltan una carcajada a la vez.

Cam sonríe al mirarme y sacude la cabeza, divertido. Retrocede el paso que acababa de dar y se planta de nuevo frente a mí, para ponerme una mano en la mejilla e inclinarse y unir nuestros labios muy suavemente por tan solo un segundo.

Vaya espectáculo delante de nuestras familias.

—Hasta luego —murmura, aún cerca de mi boca.

—Hasta luego —correspondo yo, a media voz.

Intento no mirar ni a mis padres ni a su madre o a Colin, cuando los dos hermanos Parker se van, pero noto sus ojos fijos en mí y sé lo que deben de estar pensando.

Alice tira de mi mano y, cuando la miro, me hace un gesto para que me agache a su lado. Me habla al oído cuando estoy a su altura:

—¿Ahora te puedo llamar tía Ashley?

—De momento sigue llamándome solo Ashley, ¿vale, pastelillo?

—Vale.

La única nube negra que ronda mi ánimo es la cara que ha puesto Cam cuando mi madre ha mencionado a Tyler. Su expresión lo decía todo y yo necesito hacer algo. Y más vale que sea bueno.

Saco el móvil para pedir ayuda cuando se me ocurre una idea.

—Em, necesito que me eches una mano. —Voy al grano—. Tengo que ir a mi casa a por un par de cosas y luego paso a por ti, como en... ¿media hora? ¿Puedes? Tendrás que dejar a Dylan con...

—Dylan tiene padre, Ash —corta ella, sin pedir explicaciones—. Aquí te espero.

Emily y yo entramos en casa de Cam por la puerta que comunica con el garaje, que yo abro con

mis propias llaves. *Vodka* se nos adelanta y salta sobre el sofá, donde se acomoda para ponerse a dormitar. Desde luego, está mucho más consentida ahora, desde que le dio a Cam aquel enorme susto.

—Esto es como superromántico, tía —dice Emily, y cruza el salón a saltitos—. Mira, con esto o te lo ganas para siempre o lo espantas, no hay término medio.

—Gracias, Em —murmuro, irónica—. De eso creo que ya te encargaste tú anoche.

—¡Oye! ¡Perdona! Haberme avisado antes de la noticia bomba para que me hubiera dado tiempo a resucitar para la cena y no seguir flipando. ¡Yo cuando me muero de amor no sé disimular!

—Cállate y échame una mano, no sé cuánto va a tardar en volver.

Dejamos dos cajas llenas de cuadernos y papeles encima de la mesa. Mi neceser y mi ropa interior, que yo dejé allí ayer por la tarde, no están en ningún lugar a la vista y avanzo hacia la habitación para ver dónde los ha dejado. Emily me sigue.

—Dos cepillos de dientes en el lavabo. —Se pasea por el baño del dormitorio principal, mientras yo abro el armario. Ahí está mi neceser—. Espero que sea tuyo, nena, porque si no Cameron Parker y yo vamos a tener un problema.

—Es mío... Bueno, es para mí —corrijo, porque en realidad todavía no he tomado posesión de él de manera clara y rotunda.

—Mmmm..., primero un cepillo de dientes, después las llaves de su casa, después un anillo. Es el orden inequívoco de las cosas.

—Cállate.

Vuelvo al cuarto y abro el segundo cajón de la cómoda, donde yo solía guardar parte de mi ropa cuando prácticamente vivía aquí cada vez que pisaba Sacramento. Ahí está mi ropa interior, mezclada con sus cosas.

Venga, Ashley, céntrate, que hay trabajo que hacer.

—Vale. Quiero que haya cosas por toda la casa. —Empiezo a organizar—. Por el suelo, por las paredes, en la puerta de la nevera, encima de la cama, en el espejo del baño... Por todas partes.

—Ningún problema, podrías empapelar tres casas con todo lo que has traído.

Salgo de allí y me fijo en la puerta entornada del otro cuarto. La empujo para poder ver el interior. Me quedo plantada en el umbral, suelto una exclamación y me llevo la mano a la boca.

—¿Qué pasa? —pregunta Emily, que me aparta para asomarse a mirar—. ¿Un cadáver? ¿Un altar de acosador? ¿Qué...? ¿Libros? —gruñe, al ver lo que veo yo—. Ashley, qué susto. Estás como una cabra, amiga.

Paso de ella y sus tonterías y entro para acercarme al escritorio que hay bajo la ventana. Es el cuarto que montamos juntos para su hermano y Zack, pero está diferente. Hay un montón de peluches y juguetes y hasta una pelota de fútbol de colores con el nombre de Alice escrito en la superficie. Pero no es que tenga un cuarto listo para que su sobrina pueda quedarse en él lo que

me ha impactado tanto. Es que el escritorio tampoco estaba aquí antes y está lleno de libros y papeles y subrayadores fosforitos. Reconozco el manual de fisioterapia en neurología que le envié a Cam por su cumpleaños, y hay montones de folios con apuntes escritos con su letra.

Me vuelvo hacia Emily y sonrío.

—Está estudiando, Em.

—Pues qué bien. Enhorabuena al mundo del estudio. Hazme el favor de flipar luego, chica, que el escenario no va a montarse solo.

Tiene razón.

Una hora después escribo la última nota y la doblo en dos para poder dejarla en equilibro sobre la superficie de la mesa. Doy un paso atrás y contemplo el aspecto del salón.

La nota dice:

Quiero ser completamente sincera contigo. En todo. Siempre. —A.

Detrás hay dos cajas de cartón. Una de ellas lleva escrito «Todo lo que alguna vez sentí por él» y contiene tres diarios de mi adolescencia, llenos de anotaciones sobre mi obsesivo amor por Tyler Sparks y un montón de capturas de pantalla de antiguas conversaciones con mis amigas en las que yo hablaba de él, y anexa una nota: «Incluso cuando era él, siempre fuiste tú», porque incluyen cosas como mis amigas diciendo que si Tyler es el chico de mis sueños me tratará tan mal como trata a todas sus novias y yo digo que el chico de mis sueños me tratará como a una princesa; o Emily diciendo que Tyler no tiene pinta de ser capaz de cuidar ni a un hámster y yo respondiendo que en el futuro tendremos un perro, y cosas así. La otra caja, al lado, lleva marcado: «Todo lo que alguna vez he sentido por ti» y está llena hasta el borde de cosas nuestras: fotos, notas, conversaciones con él, conversaciones con mis amigas hablando de él... Desbordan el espacio y aún hay muchas más por encima de la mesa, por el suelo, colgadas de las paredes, en el sofá, hasta en la cocina y por el dormitorio principal y el baño. Tantas cosas que parece mentira que las viviéramos en tan solo unos cuantos años. Es toda una vida.

Si alguna vez ha querido, ha necesitado, o se ha visto arrastrado a compararse con Tyler, yo le daré algo para comparar. Incluso para mí resulta abrumadora la diferencia entre el peso de Tyler en mi vida y todo lo que he compartido con Cam. ¿No me estaré pasando? Puede que esto no sea ir despacio. Puede que esto sea soltar una declaración de amor y devoción brutal y a bocajarro. Pero recordar la cara de Cam en el momento en que mi madre ha mencionado a Tyler vuelve a convencerme de que tengo que hacer esto: de que necesito dejar algunas cosas claras ya.

—Es muy bonito, Ash —dice Emily—. Estoy bastante segura de que le gustará. Pero creo que va a necesitar procesarlo, así que vamos a darle su espacio, ¿vale?

Asiento. Recojo el bolso y doy un silbido bajo para llamar a *Vodka*, que se levanta del suelo donde se había tumbado a dormir después de que yo la echara del sofá para poder poner también allí algunos detalles. Engancho su correa al collar para llevarla hasta la puerta por donde yo quiero y que no altere el cuidado desorden que Emily y yo hemos logrado.

De camino a una cafetería cercana le mando un mensaje a Cameron para decirle que *Vodka* y yo estamos tomando algo con Emily y que volveré a su casa dentro de un rato. Contesta enseguida y dice que vale, que lo pase bien y que no le dé a *Vodka* nada de comer, que no paro de malcriarla.

Sonrío al leer sus palabras, pero sigo temblando por dentro. ¿Qué pensará cuando entre en casa y se encuentre todo eso? Quizá no debería ni haber hecho alusión a Tyler. A lo mejor esto solo lo estropea todo, una vez más.

Emily no para de parlotear a mi lado, intentando distraerme. Pero la sensación de nervios en el estómago no se me va en todo el tiempo que pasamos sentadas en una terraza, con *Vodka* dormitando bajo la mesa y unos batidos de chocolate delante. Cam no da señales de vida. Un silencio que me mantiene con un nudo en la garganta y las manos temblorosas.

Dejo pasar más de una hora antes de volver. Aún dudo durante unos cuantos segundos con la llave en la mano y a punto de encajarla en la cerradura, mientras *Vodka* espera pacientemente a mi lado para poder entrar. Tiro de mi último resquicio de valentía y decisión y abro despacio.

Cam está sentado en el suelo, en medio del salón, con un montón de papeles a su alrededor y unos cuantos en la mano. Tiene los ojos rojos e hinchados y se nota que acaba de limpiarse las lágrimas a toda prisa y de forma poco cuidadosa. *Vodka* va corriendo hacia él en cuanto suelto el enganche de su correa y le lame la cara meneando la cola. Cierro la puerta despacio. El silencio se extiende durante unos segundos, los que necesita *Vodka* para darse cuenta de que su dueño no va a hacerle demasiado caso e irse hacia la cocina a beber agua, y los que necesita Cam para decidirse a decir algo. Supongo que debería ser yo la primera en hablar, pero a él siempre se le ha dado esto mucho mejor que a mí.

—Ven aquí.

Su voz suena ronca y es apenas un susurro. Me acerco despacio, insegura, hasta quedar frente a él. Me arrodillo en el suelo, muy cerca, para ponerme a su altura. Me desgarra el alma ver el brillo que dan las lágrimas a sus ojos verdes, la humedad en sus largas pestañas, sus párpados levemente hinchados. No me gusta verlo llorar.

Y me estoy devanando los sesos intentando encontrar algo que decir que mejore la situación, puede que algo que lo haga reír. No sé muy bien si debería ir con todo y profundizar en el tema, jugándome todo lo que tengo a la baza de la más pura sinceridad, o si debería quitarle importancia a este asunto, intentar minimizar el impacto emocional y buscar otra manera de reconectar con él que no vaya tan profundo, que no tenga la capacidad de hacernos trizas a los dos con solo una palabra.

Pero no me ha dado tiempo a decidirme y parece que él ya lo ha hecho por mí. Suelta todos los papeles que tenía en la mano y se inclina hacia delante, más cerca, y pone la mano bajo la línea de mi mandíbula antes de terminar de recortar la distancia que separa nuestros labios y rozar los míos con una suavidad forzada que no logra terminar de esconder la necesidad que encierra ese contacto. Así que me veo obligada a ayudarle a hacerlo como realmente quiere y me

impulso hacia delante para fundirme con él, forzándolo a abandonar todas sus barreras y esas defensas que tiene tanto miedo de bajar conmigo y mostrarme su vulnerabilidad en un beso desesperado. Responde justo como yo buscaba. Enreda una mano en mi pelo, y coloca la otra en la parte baja de mi espalda para empujarme y acercarme más, metiendo mi cuerpo entre sus piernas y pegando nuestros pechos. El ritmo desbocado de su corazón atraviesa su camiseta y la mía, latiéndome dentro del pecho, dándole a mi organismo dos corazones en vez de uno: el doble de fuerza vital, el doble de velocidad para la sangre que me circula por las venas, el doble de amor cuando yo creía que ya no podía contener más. Dos corazones para mi organismo... y dos corazones para el suyo, porque esto siempre suma en vez de restar y por un momento siento que no hay ni un hueco vacío en ninguno de los dos, que estamos completos. Sus labios me transmiten más de lo que han podido hacer sus palabras en el último mes. Lo dejan todo claro. No tengo ninguna duda. Su lengua choca y juega con la mía, enredadas, y el calor termina por fundirme cualquier pensamiento racional. Somos nosotros, sin máscaras y sin armaduras: desesperados, necesitados..., jodidamente enamorados. Mis manos se aferran a sus hombros, recorren su espalda, juegan con el pelo de su nuca, sin poder parar ni un segundo porque tiemblan sin control, como el resto de mi cuerpo, y no encuentran otra manera de poder expresarse.

Cam se separa de mi boca lentamente, como si le costara trabajo hacerlo, tirando de mi labio inferior, atrapado entre los suyos. Él también está temblando. Tira de mí para pegarnos por completo y esconder la cara en mi cuello. Lo abrazo fuerte. Nos aferramos el uno al otro. Y pego los labios a su oído para murmurar bajito, solo para él, con la voz rota por la emoción:

—Eres tú, Cam. Eres solo tú. Siempre has sido tú.

Rozamos nuestras mejillas cuando nos separamos lentamente, solo para que yo pueda colocar las manos en sus mejillas y la frente sobre la suya, con los ojos cerrados. Nuestras respiraciones suenan acompasadas, profundas. Y cuando abro los ojos, muy pegada a él, me encuentro ese verde que pinta mi mundo tan cerca como necesito tenerlo ahora mismo.

—Gracias, Ash.

Sus palabras me acarician entera y arrasan de lágrimas mis ojos. No me deja decir nada porque pega de nuevo su boca a la mía, tierno y breve, esta vez. Me separo para poder mirarlo y me muerdo el labio. No sé muy bien qué decir, pero la verdad es que no me preocupa porque estoy bastante convencida de que sobran las palabras. Utiliza el pulgar para liberar mi labio inferior de la presión de los dientes, despacio. Pongo la mano sobre la suya y la aprieto contra mi mejilla, con los ojos cerrados, y vuelvo un poco la cara para besarle la palma dulcemente. Entonces, al deslizar suavemente la mano hacia su muñeca, lo siento: lleva algo ahí, envolviendo su piel. Me aparto para mirarlo.

—Cam, ¿qué...?

No me hace falta seguir porque ya sé que es un tatuaje. En su muñeca izquierda, sobre ese punto de presión que la medicina tradicional china relaciona directamente con el corazón.

—Te has hecho un tatuaje. —Paso la mirada de su muñeca a sus ojos, un par de veces—. Cameron, ¿por qué...? Tú tienes pánico a las agujas.

—Hay muchas cosas que me dan miedo, Ash. Pero alguien se ha empeñado en convencerme de que no puedo dejar que el miedo me impida llegar a donde realmente quiero estar.

Me pierdo en sus ojos por unas décimas de segundo eternas, antes de volver a mirar su muñeca.

—¿Puedo verlo?

Siento sus ojos fijos en mi cara durante todo el tiempo que me lleva dejar la piel marcada a la vista.

—Sé que no queremos presiones, ni expectativas, y que, desde luego, lo último que piensas hacer es exigirme...

No termina de hablar porque mis ojos firmemente clavados en los suyos interrumpen lo que quiera que pensara decir a continuación. Unas sencillas líneas negras componen un tatuaje muy pequeño, pero con un significado enorme. El complementario al que llevo tatuado yo en ese mismo punto. Nuestro corazón infinito, simétrico al mío, completándonos a los dos.

—Cam, ¿qué significa...?

Una sonrisa leve tira de la comisura de su boca hacia arriba.

—Creo que es una promesa.

El futuro

44

Cam

Odio lo largo que puede hacerse este trayecto en avión. Y para ella, que odia los aviones, tiene que ser aún peor. Tengo que acordarme de darle las gracias por estar dispuesta a hacerlo habitualmente por mí. Me muero de ganas de verla, y siento que esto por fin es justo como tiene que ser. No es perfecto, tampoco es eso. La distancia sigue siendo una mierda igual que lo era cuando teníamos veinte años, pero me parece que lo estamos llevando bastante bien. Hablamos muchísimo y de todo, nos vemos cada dos semanas y ya estoy empezando a pensar que el futuro va a ser mucho mejor de lo que podía imaginar hace escasos tres meses. Al menos, me gusta pensarlo así.

Todo deja de importar y el viaje ha merecido totalmente la pena en cuanto la veo. Está ahí, esperándome, de pie y jugueteando nerviosamente con las llaves de su coche mientras sus ojos recorren los rostros de los pasajeros que salen a la misma vez que yo. Lleva unos *leggins* y una sudadera granate, ancha, de la Universidad de Chicago, y el pelo recogido en una cola de caballo alta. Y está preciosa. Sonríe en cuanto sus ojos encuentran mi cara entre las de los demás. Y lo que más me gusta de esa sonrisa es que estoy seguro de que ella ni siquiera es consciente de que la está luciendo. Justo como yo que, para cuando me doy cuenta, puede que lleve un par de segundos con los labios demasiado tirantes. Viene corriendo hacia donde estoy, olvidándose de la vergüenza, y se lanza sobre mí, sin ningún cuidado.

—Acabas de romperme tres costillas.

Dejo que vuelva a poner los pies en el suelo cuando me mira con los ojos brillando divertidos.

—No eres nadie sin esas protecciones bajo la camiseta, ¿eh, Parker?

Vuelvo a reír y clavo los ojos en sus labios mientras ella hace lo mismo, muy cerca de mí. Los dos nos quedamos serios alternando la mirada entre ojos y labios por unas décimas de segundo. Ella se los humedece con la punta de la lengua, preparándose, y mi cuerpo se niega a aguantarlo más y mi mano aplasta su coleta contra la parte posterior de su cabeza mientras me inclino y la beso. Sus manos se deslizan por mis hombros. Noto cómo se pone de puntillas para alargar el contacto entre nuestras bocas cuando yo empiezo a apartarme, y sonrío. Ella sonríe también. Y cruzaría el océano solo por esto, así que cinco horas de avión no han sido nada.

—Te he echado de menos.

—Tenía muchas ganas de verte.

Hablamos los dos a la vez, haciéndonos cosquillas en los labios por lo cerca que estamos. Y volvemos a sonreír.

—¿Te llevo a casa? —ofrece, y aparta un poco la mirada, como si se hubiera vuelto tímida de repente.

—Me encanta cómo suena eso.

Se muerde el labio con la sonrisa y agarra el asa de mi maleta y se pone a tirar de ella hacia la zona de aparcamiento, mientras yo la sigo rápidamente intentando arrebatarle mi equipaje. Pero no lo suelta, así que terminamos tirando los dos de la maleta, con las manos sobre el asa. Hago una mueca al ver ese coche viejo que ella se empeña en que le encanta, pero no me estaba mirando, así que no es consciente de mi disgusto.

Cierro el portón del maletero con cuidado, no vaya a ser que se le caigan las llantas a esta antigualla, y entonces reparo en un roce en el lateral izquierdo trasero que ha levantado toda la pintura roja.

—¿Y eso?

Hace dos semanas eso no estaba ahí. Seguro.

—Hummm, ha sido Syd —dice ella, que intenta sonar inocente y consigue justo el efecto contrario.

—No te creo.

—Haces bien. A veces soy un poco mentirosilla —bromea, plantada justo delante de mi cuerpo, y luego se estira y me besa mientras yo me río.

—Eres un desastre...

No consigo ni siquiera que suene a reproche, sino más bien como un piropo. Hasta las cosas que menos me gustan de ella me parecen adorables.

Se adelanta a mí y me abre la puerta del copiloto, ofreciéndome su mano para ayudarme a entrar, como yo hago habitualmente con ella. Niego con la cabeza, dándola por imposible.

—¿Con qué le has dado? Ni siquiera tienes plaza de garaje.

Aún me acuerdo de cuando rozó mi coche en el garaje de Eugene. Sí, aún me acuerdo. De las dos veces.

—¿Te he dicho que estás muy guapo hoy, Cameron?

Niego con la cabeza y le sostengo la mirada, con las cejas alzadas, esperando que me dé una respuesta de verdad.

—Fue el otro día en el aparcamiento del centro comercial. Quien diseñara ese subterráneo va a ir directito al infierno. Y, ah, eso por no hablar de la columna que se movió sola.

—Así que la culpa es de todo el mundo menos tuya, ¿no?

—Exacto. Siempre has sido la persona que mejor me comprende en el mundo. Gracias por estar de acuerdo conmigo en esto —suelta, tan tranquila—. ¿Te subes al coche o qué?

Me inclino sobre ella para besarla otra vez.

—No sé si me fío mucho de tu manera de conducir después de esto. ¿Puedo llevarlo yo?

Entorna los ojos para mirarme y me empuja hacia el asiento del copiloto mientras suelta un «no» muy rotundo. Cierra la puerta de golpe mientras yo me río a carcajadas ya en el interior.

Me dedico a mirarla mientras conduce. Ella me echa algún vistazo de reojo y sé que no quiere regañarme por mirarla tanto y ponerla nerviosa solo para no darme el gusto de conseguir que lo haga.

—Me ha llamado Vanessa. Creo que lo sabe, está rara. ¿Crees que le parecerá bien?

Para en un semáforo en rojo y gira la cabeza apoyada en el respaldo de su asiento para mirarme.

—Da igual, cariño —digo, con los ojos en los suyos—. A *mí* me parece bien.

Tira del freno de mano y de su cinturón de seguridad, casi a la vez, para inclinarse hacia mí y estrellar su boca contra la mía. Sonrío y acomodo nuestra postura para poder besarla mejor. Se aparta enseguida de mis labios, aunque solo un par de milímetros.

—Me has llamado «cariño» —murmura.

—Cariño —repito, en un susurro—. Preciosa. Princesa. ¿Cómo quieres que te llame?

—Puedes llamarme Ash, solamente por ser tú.

¿Qué hago con ella? Quiero besarla hasta quedarnos sin aliento y pegar su cuerpo al mío y sentarla sobre mi regazo. Odio tener que posponer ese momento hasta que hayamos llegado a su casa.

—Es todo un honor tener ese privilegio, pero creo que prefiero llamarte princesa, princesa —la pico, con toda la intención de hacerla protestar.

No lo hace. Sonríe y me besa de nuevo. Pongo una mano en su nuca para mantenerla pegada a mí, hasta que nos separamos un par de centímetros al oír pitar al coche que está parado detrás.

—Creo que tienes el semáforo en verde, princesa.

—Que se jodan —murmura, y se acerca de nuevo hacia mi boca.

—Me encanta cuando te pones chunga —bromeo, antes de unir nuestros labios una vez más.

Nos besamos mientras reímos, en la boca del otro, justo como más me gusta y como nunca, en toda mi vida, he hecho con nadie más que con ella. Ignoramos el sonido de los cláxones mientras los coches a los que estamos entorpeciendo el paso tienen que cambiarse de carril para poder seguir su camino.

Nos ponemos en marcha justo a tiempo para evitar que el semáforo cambie de color otra vez y le voy dando algunos detalles de lo poco que sé de la cena a la que me ha invitado mañana el dueño de los Bears, y a la que yo me he encargado de asegurarme de poder llevarla como acompañante. Sé que no está muy entusiasmada con la idea. A Ashley nunca le han gustado los grandes eventos, ni los restaurantes donde el cubierto cuesta cifras astronómicas. Pero aceptó venir conmigo porque apenas tenemos tres días para estar juntos antes de que yo vuele de vuelta a Sacramento el lunes por la mañana y no estamos como para desperdiciar horas. No es que una cena con el equipo de Chicago y los mandamases del fútbol americano en Illinois sea mi sueño

dorado, tampoco, pero soy de los que piensan que es mejor no cerrarse del todo ninguna puerta... y mi padre me hizo prometer que me esforzaría por considerar lo que el millonario dueño del equipo quiere ofrecerme antes de decir que no.

Cuando llegamos a su piso puedo comprobar que no hay ni rastro de su compañera.

—¿Syd no está?

—Ah, no, ha dicho que volverá el domingo. Va a pasar el fin de semana en casa de Mike.

Sonrío al oír el tono con el que lo dice. No le cae muy bien ese tal Mike, aunque dudo que eso se lo haya dicho a Sydney.

—¿Qué problema tienes con el novio de tu amiga, Ashley? —curioseo, burlón, y tengo que alzar la voz para que me escuche mientras me adelanto hasta su cuarto para dejar la maleta.

—No tengo ningún problema —responde elevando también el volumen. Y luego aún un poco más alto cuando oigo correr el agua del grifo de la cocina—: Pero es un poco imbécil.

Suelto unas cuantas carcajadas al volver hasta donde ella está. Se está secando las manos con un trapo y luego saca un par de cosas de la nevera, como si estuviera dispuesta a cocinar.

—Además, no es su novio —aclara. Me mira por encima del hombro al tiempo que yo me acerco a su espalda—. Él dice que quiere una relación abierta y ella dice que solo es un rollo pasajero.

—¿Y cuánto está durando el rollo?

Rodeo su cintura con los brazos, para pegar su cuerpo al mío y me agacho para poner la cabeza a la altura de la suya, apoyando la barbilla en su hombro.

—Demasiado —suspira, y no puedo evitar que se me escape una risita. Acaricio su cuello con la nariz y la beso tras la oreja—. Cameron, intento ser una buena anfitriona y prepararte algo de cenar. Pero creo que voy a necesitar que me sueltes para poder hacerlo.

Tira de las mangas de su sudadera para arremolinar la tela por encima de los codos y poder manejarse mejor con los ingredientes. Dejo que mis labios resbalen por su cuello hasta su nuca, solo rozándola, y disfruto de la sensación de ponerle la piel de gallina. Me encanta lo receptiva que es a cada uno de mis contactos. Solo con rozarla puedo notar cómo se eriza su piel. A mí me pasa lo mismo cuando es ella la que me toca. Estiro el brazo izquierdo sobre el suyo y entrelazo nuestros dedos, con la palma pegada al dorso de su mano, y giro la muñeca para exponer nuestros tatuajes. Quedan perfectos juntos. Completos. Vuelvo a apoyar la barbilla sobre su hombro y la miro de reojo. Ella está mirando la tinta que nos decora la piel también.

Deja cualquier cosa que estuviera dispuesta a hacer y se gira de golpe hacia mí para buscar mis labios. Nos besamos con ganas y mi cuerpo empuja el suyo y lo atrapa contra el borde de la encimera, pegándonos tanto como es posible.

—¿Podemos cenar más tarde?

—Podemos desayunar, si quieres —insinúa, y yo pego mi boca a la suya con fuerza y la levanto para sentarla sobre la encimera.

Protesta cuando tiro de su sudadera y se queda enredada en su cuello, con la tela tapándole la

cara. No puedo evitar reírme y tiene que terminar de quitársela ella misma y me mira con los ojos entornados, pero enseguida sonríe cuando uno nuestros labios una vez más. Le quito la goma que le sujeta el pelo, con cuidado para no darle ningún tirón. Luego dejo que mis dedos se paseen entre sus mechones y por toda la superficie de piel que la camiseta de tirantes que lleva puesta deja al descubierto.

—Cam —me llama, en apenas un susurro, mientras le beso el cuello.

Me separo para mirarla a los ojos en espera de lo que tenga que decir. Se muerde el labio y creo que se me frunce el ceño. Parece nerviosa, como si no supiera muy bien si decirme lo que está pensando o no. Estoy a punto de preguntar qué pasa, cuando ella vuelve a hablar:

—¿Puedo decirte algo?

—Sí, claro.

Aparta la mirada mientras parece pensar cómo enfocar el tema.

—He estado pensando... La semana que viene tengo una revisión con el ginecólogo y, quizá, podría... pedirle consejo sobre métodos anticonceptivos —suelta. Yo alzo las cejas como toda respuesta—. ¿Qué te parece?

Esto significa que quiere buscar *otro* método que no sea el preservativo. No sé por qué pregunta qué me parece. Ya utilizamos otras alternativas en el pasado, durante el último par de años de nuestra relación.

—¿Qué me tiene que parecer?

—No sé, dímelo tú —dice, prudente—. Bueno, es que yo... Sé que vamos poco a poco, que vemos cómo va esto, y no sé si es un paso demasiado serio, pero es que... Vaya, yo no me acuesto con nadie más.

Pero ¿qué...?

—¿Y yo sí? —Espero sonar tan indignado como me siento ante ese comentario. Ella abre la boca, pero no llega a decir nada, como si no tuviera muy claro cómo contestar—. Como digas que no lo sabes te juro que cojo la maleta y me vuelvo al aeropuerto ya, Ashley.

Se muerde el labio y baja la mirada. Tengo que coger su barbilla para obligarla a alzarla de nuevo y enfrentarse a mis ojos.

—Sé que no te acuestas con nadie más *ahora*.

—No tengo planeado acostarme con nadie más. Ni ahora, ni más adelante, ni nunca... mientras esto siga así.

—Vale —murmura—. Bien, porque yo no quiero acostarme con nadie más que contigo. Y tampoco quiero que tú lo hagas.

Me esfuerzo para que no se me escape la sonrisa cuando oigo lo firme que suena su última frase y veo la seriedad con la que me mira.

—¿Estamos hablando de tener una relación exclusiva, Ashley Bennet? —Clavo los ojos en los suyos—: Yo tampoco quiero acostarme con nadie más que contigo. Y, desde luego, tampoco quiero que tú lo hagas. Voy muy en serio.

Asiente una sola vez con la cabeza, en un movimiento muy sutil.

—Ya. Yo también.

—Bien.

—Bien —repite.

Doy un paso adelante para volver a pegarme a su cuerpo y besarla, con las manos en sus mejillas, acariciándola lentamente.

—¿Algo más?

—Sí. Si no te importa, me gustaría que nos hiciéramos las pruebas de enfermedades de transmisión sexual antes de dejar de usar los preservativos. Bueno, y si te importa, también. Quiero que nos las hagamos.

La miro, ligeramente divertido por la manera en que lo ha dicho.

—Muy bien. Me parece lógico.

—Yo nunca lo he hecho con nadie sin preservativo... excepto contigo —me pone al día—. Pero me quedo más tranquila si nos aseguramos antes.

—Princesa —la corto, con los pulgares acariciando sus pómulos—, estoy completamente de acuerdo. Me las haría, aunque no me lo pidieras, ¿vale?

Me mira a los ojos y asiente.

—Tú no usabas preservativos con Lynn, ¿no?

Lo dice insegura, aunque a mí me parece bastante una afirmación. Suspiro y dejo de tocarla para apartarme del todo otra vez y caminar un par de pasos a un lado y al otro por la cocina.

—¿De verdad tenemos que hablar de esto ahora?

—Me parece un buen momento. —Se mantiene firme.

Me apoyo en la superficie de la mesa, frente a ella, a un par de pasos de distancia.

—No —respondo a su afirmación disfrazada de pregunta—, ella tomaba la píldora.

Asiente. No dice nada por unos cuantos segundos. Me pregunto qué se le estará pasando por la mente.

—Vale. No necesito saber nada más.

—Vale. Yo tampoco necesito saber nada más. Me vale con que estemos aquí los dos ahora mismo —aseguro—. Aunque...

Balancea las piernas que cuelgan del borde de la encimera mientras espera a que yo siga hablando.

—¿Qué? —Tiene que animarme a continuar cuando pasan unos segundos en completo silencio.

—En este tiempo, ¿has tenido algo serio con alguien?

Mira a todas partes menos a mis ojos mientras parece pensar en cómo contestar a mi pregunta. Eso es que sí.

—Bueno..., nada durante un montón de tiempo hasta que conocí a mi ex.

—Espera. Tu ¿qué?

Me incorporo, me separo de la mesa y hasta doy un paso hacia ella. A ver, tampoco podía esperarme que ella se pasara dos años sola llorando por mí, ¿no?

—¿Ex? ¿Qué ex? ¿Por qué no sé nada de ningún ex?

Sonríe de medio lado. Una sonrisa muy triste. Clava los ojos en los míos antes de contestar:

—Porque no querías saber nada, Cam.

Siento una astilla abriéndose paso a través de mi corazón. Tiene razón. Yo le pedí a todo el mundo que no me dijeran absolutamente nada sobre ella, y eso es lo que mis amigos hicieron: mantenerme en la ignorancia. No puedo negar que en su momento lo agradecí. Pero ahora quiero saberlo todo. Odio haberme perdido tanto tiempo.

—¿Quién es ese tío? ¿De dónde salió? Y ¿cuánto tiempo?

Debo de sonar como un auténtico pardillo mientras no puedo controlar las palabras escapando de mis labios.

—No te vuelvas loco, capullo —me frena—. Se llama Roger, lo conocí porque era amigo de un ligue de Sydney. Salimos ocho meses.

—¿Qué pasó? —pregunto más calmado.

Se encoge de hombros y esboza una sonrisa tímida.

—¿Sinceramente? Era un buen tío, siempre se portó muy bien conmigo y me gustaba... mucho. Pero no eras tú. —Se me disparan los latidos—. Supongo que nunca tuvo nada que hacer.

—¿Puedes venir aquí? —pido a media voz, y le hago una seña con el dedo para que recorte la distancia que nos separa.

Baja de la encimera y camina hasta pegarse a mi cuerpo. La envuelvo entre los brazos y apoyo la barbilla en su coronilla. Luego me muevo, solo un poco, para acercar la boca a su oído:

—Ninguna eras tú, tampoco.

Se echa hacia atrás para alzar la cara hacia mí y mirarme. No le doy mucha opción a hacerlo antes de besarla suavemente en los labios.

—¿No te enamoraste de Lynn? —pregunta, al mirarnos a los ojos, con un hilo de voz, casi como si se le escapara.

—Con Lynn... —dudo, sin aflojar mi abrazo para nada—. Sentí un montón de cosas con Lynn. Me gustaba, nos entendíamos, estaba muy bien con ella. La quise, supongo. Pero es que nunca llegué a sentir...

—¿Qué? —presiona, al ver que dudo.

—Lo que se supone que hay que sentir.

—¿Y qué se supone que hay que sentir?

Cojo su muñeca y guío su mano hasta colocarle la palma contra mi pecho para que pueda sentir los latidos de mi corazón, que van mucho más rápido de lo normal. Más que al terminar una jugada de *touchdown*.

—Esto.

Y cuando se pone de puntillas y presiona los labios contra los míos, firmemente, creo que la taquicardia llega a ser preocupante.

45

Ashley

Me acerco hasta los pies de la cama, donde Cam ha dejado el vestido que mi madre le dio para que me lo trajera y poder ir acorde al evento de esta noche. Él ya se ha ido a la reunión con el pez gordo de los Bears, que es importante y seria, aunque vaya con toda la intención de rechazar cualquier propuesta.

Ha dejado una caja pequeña sobre la prenda. Cuando la abro, se me resbala de las manos y el contenido queda extendido sobre la colcha.

La cadena de plata con esa placa en el extremo. *Esa*. La suya. La mía. La que lleva su nombre y, una vez, casi llegó a formar parte de mi propia piel.

Voy en taxi hacia el hotel exclusivo donde se celebra el cóctel, ya que Cam se ha llevado antes el coche. No entiendo muy bien por qué me ha mandado un mensaje para que bajara en la puerta trasera del edificio, pero a veces es un poco raro y aun así hay que quererlo, ¿no?

Se me disparan las pulsaciones cuando lo veo. Está ahí, enfundado en ese traje que le sienta tan espectacularmente bien. Esperándome. *A mí*. No me creo la suerte que tengo.

Da unos pasos decididos hasta la puerta trasera del vehículo, cuando paramos delante de donde él está. Y yo acabo de pagar la carrera y decirle al taxista que puede quedarse el cambio, cuando abre mi puerta y me tiende la mano con una sonrisa, para ayudarme a salir. Nos quedamos frente a frente en la acera, como si ninguno de los dos supiera bien qué decir. Hasta me tiemblan las rodillas, sintiéndolo cerca. Qué tontería, ¿no? Tiene una sonrisa irresistible tirando de sus labios mientras pasea la mirada por mi cuerpo enfundado en el vestido.

—Ashley, estás...

Tiro de la solapa de la chaqueta de su traje para que se incline y poder unir nuestros labios, suave, por un breve instante.

—Estoy, ¿qué?

—Impresionante. Espectacular. Increíble. Preciosa.

No puedo controlar la sonrisa, mientras él suelta piropos al aire con la voz ronca y sin parar de observarme.

—Tú también estás... Vaya, tú sí que estás impresionante, Cameron.

Recorre mi rostro con la mirada y prácticamente puedo sentir cómo sus ojos me acarician.

Pero entonces baja la vista a mi cuello y su expresión cambia rápidamente. Se queda serio. Y parece... decepcionado. Supongo que es eso. Porque no llevo su cadena de plata.

Estoy a punto de decir algo cuando el sonido de unos pasos y unas voces girando la esquina del edificio hace que los dos volvamos la cabeza hacia allí. Ni siquiera me da tiempo a procesar lo que está pasando, oigo a Cam soltar un suspiro muy molesto y luego coge mi mano y tira de mí con firmeza para llevarme hacia la parte de atrás del edificio, esquivando a un par de fotógrafos que no dejan de disparar sus *flashes* contra nosotros.

—Entremos por la puerta de atrás —me dice Cam en voz baja, sin soltarme la mano—. La puerta principal está abarrotada de periodistas.

—¿Te da vergüenza que te vean conmigo? —pregunto, en broma.

Lo último que quiero en el mundo es que me hagan fotos y salir en las noticias de cotilleos «deportivas».

Pero Cam me hace frenar la marcha y se mueve para mirarme de frente y con mucha intensidad. Sé que está a punto de hacer una estupidez. Veo perfectamente en sus ojos que está a punto de besarme delante de las cámaras solo para demostrarme algo que yo no necesito que me demuestre. No, qué va. A mí no me hace falta. Y no quiero que nos saquen una foto besándonos ahora. No. Ni de broma. Por unas cuantas razones.

Aprieto su mano y le pego un tirón para frenarlo.

—Ni se te ocurra, Cameron.

No dice nada. Vuelve a caminar como si nada hasta que llegamos a la puerta trasera entre el alboroto de los periodistas que esperan allí, que no paran de preguntar si va a fichar con los Bears. Cam los ignora. Como si no existieran. Como si no los viera. Como un auténtico capullo, en realidad, aunque comprendo que esté harto de todo esto. Y yo lo sigo con la mirada clavada en el suelo y en silencio, con el estómago encogido y el corazón protestando, porque antes de que apartara su mirada de mí he vuelto a ver esa expresión en Cam, como si estuviera decepcionado. Ha fruncido los labios incluso, en respuesta a mi advertencia de que no me besara.

Dentro del edificio todo está tranquilo y agradezco el silencio que nos envuelve en cuanto la puerta se cierra tras nosotros, dejando al otro lado el sonido ensordecedor y los fogonazos de los *flashes*. Caminamos hasta el ascensor, y Cam no me suelta la mano en ningún momento, pero no me mira. Subimos solos en el aparato y yo me dedico a mirarlo de reojo durante unos segundos muy largos, pero él permanece con la vista clavada en las puertas del ascensor.

—Cam —lo llamo, y se me atragantan las palabras en la garganta cuando se gira hacia mí y me clava sus ojos verdes, con el gesto demasiado serio—, ¿estás bien?

Suelta mi mano para poner las dos en mis caderas y se pega a mí atrapándome por sorpresa contra la pared antes de besarme intensamente, fundiendo nuestros labios y abrasando mi interior en un calor incontrolable. Se me cierran los ojos y respondo a sus labios con ansiedad, con la misma necesidad con la que él me busca.

—Me encantas, Ashley. Quiero besarte a todas horas. Haya quien haya delante —murmura en

un tono ronco increíblemente sexi que consigue ponerme toda la piel de gallina.

—Es que...

—Lo entiendo —corta cualquier explicación que yo estuviera a punto de darle.

Se aparta igual de brusco que se ha pegado a mí cuando suena el pitido que anuncia que el ascensor ha llegado a nuestro destino.

Veo sus ojos pasearse lentamente por mi cuello una vez más, solo por un segundo, antes de que las puertas se abran y él tire de mi mano para llevarme hacia la entrada del restaurante. Yo solo puedo seguir sus pasos intentando mantenerme en pie y recuperar la compostura después de haber estado a punto de derretirme pegada a sus labios.

—Buenas noches, señor Parker.

El hombre que controla el acceso al interior parece no tener ningún problema para reconocer a Cam. A mí se me sigue haciendo un poco raro eso de que la gente sepa quién es y que él se mueva por estos círculos de gente famosa y adinerada. Para mí, sigue siendo el mismo capullo adorable que me enamoró a los diecisiete.

El amplio espacio del restaurante, en la última planta de uno de los edificios más altos de la ciudad, está organizado con las mesas a los lados y los ventanales que dan a las vistas más impresionantes despejados. Está muy lleno de gente y hay varios camareros paseándose entre los invitados con bandejas repletas de copas de cristal. A un lado, junto a la puerta, hay montado un *stand* con equipamiento deportivo en exhibición, sobre todo, zapatillas.

—¿Quieres una copa? —Cam se inclina hacia mí para hablarme al oído.

—Sí, por favor.

—¿Vino blanco?

Le sonrío como toda respuesta y él se aleja unos pasos para coger dos copas.

—Gracias —digo cuando me la tiende—. ¿Cómo ha ido la reunión con el pez gordo?

—Vergonzosa. Me ha ofrecido tanto dinero que me he caído de culo al suelo —bromea con media sonrisa.

Le pego en el brazo, suave, y se ríe bajito.

—En serio, ¿ha conseguido tentarte?

—¿Tú qué crees?

—Que no —respondo firmemente.

Sonríe de nuevo mientras observa mi rostro con atención.

—¿Sabes, Ash? A lo mejor sí que nos seguimos conociendo tú y yo, a pesar de todo.

Le copio el gesto antes de contestar, en tono de fingido reproche:

—No has cambiado nada, capullo.

—Tú tampoco, princesa.

Estamos a punto de besarnos cuando alguien aparece al lado de Cam reclamando su atención. Creo que es un jugador de los Bears, aunque no estoy muy segura. Podría sacar el móvil y

hacerle una foto disimulada para enviársela a Jayce y que se muriese de envidia. Pero me contengo.

Oigo que Cam dice mi nombre y, cuando presto más atención, me está presentando como su «pareja». El corazón me late el doble de rápido. ¿Su pareja? Imagino que es más fácil decir eso que dar explicaciones a un desconocido.

—Tú debes de ser Ashley.

El sonido de una voz profunda y vibrante me hace girarme a la izquierda, para encontrarme con quien ha hablado. Es un hombre que rondará los sesenta años, con unos ojos azules que me observan de arriba abajo sin ningún disimulo. Cam deja de hablar con su anterior interlocutor y se planta a mi lado al instante para presentármelo como el dueño del equipo de fútbol americano de Chicago. Vaya. Debe de ser el tipo más rico de la sala.

—Me han dicho que vives en Chicago, ¿verdad?

—Sí —le confirmo, y fuerzo una sonrisa cordial—. Va a hacer siete años ya.

—Perfecto. Entonces, esa es una buena razón para que hagas a tu novio entrar en razón y le aconsejes firmar con nosotros —decide, en tono socarrón.

Hago una mueca divertida antes de negar con la cabeza.

—Lo lamento, pero mis consejos para él no van en esa dirección.

Cam suelta una carcajada bajita, y el hombre sonríe de medio lado como si acabara de hacerle mucha gracia.

—Me temo que no es la aliada más adecuada, Ashley no es muy fan del fútbol —suelta Cameron, divertido.

—En ese caso, permíteme que te lo robe solo durante unos minutos, Ashley —pide permiso el hombre, y pone una mano sobre el hombro de Cam—. Quiero presentarte a alguien, Parker.

Él cruza una mirada conmigo y yo asiento, dándole un permiso para irse que en realidad no necesita. Hemos venido para esto, al fin y al cabo.

Doy un sorbo más largo a mi copa de vino y me estiro para coger algo de comida de una bandeja. Las conversaciones que puedo llegar a captar a mi alrededor giran todas en torno al mismo tema, como es natural. Y creo que Cam está en lo cierto: yo tampoco he cambiado nada. En esto no. Sigo odiando el fútbol.

Durante la siguiente hora soy consciente del esfuerzo que hace Cam para permanecer a mi lado y hablar conmigo e intentar incluirme en todas las conversaciones que buscan absorberlo a él. No se lo ponen fácil. Cada dos minutos exactos aparece alguien reclamándolo. Creo que él es el atractivo principal de la fiesta: los peces gordos quieren ficharlo, los jugadores quieren comentar con él la pasada temporada, y las mujeres que abarrotan la sala..., en fin, mejor ni pienso en eso.

Cojo mi tercera copa de vino blanco de una bandeja mientras camino hacia los ventanales que se abren al exterior, la undécima o duodécima vez que alguien arrastra a Cameron lejos de mí.

Debería beber más despacio. Menos mal que Cam solo ha tomado una copa y que ya ha quedado claro que él conducirá a la vuelta. Las vistas desde aquí son impresionantes.

—Hola —saluda una voz femenina.

Dos chicas jóvenes, puede que un par de años menores que yo, me miran con curiosidad.

—Perdona, has venido con Cameron Parker, ¿verdad?

Asiento con la cabeza una sola vez.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunta la otra.

—¿Cómo he hecho qué?

Miro hacia los lados buscando alguna buena excusa para escapar, pero no conozco a nadie y Cam está en la otra punta de la sala.

—¿Qué? ¡Conseguir que te traiga aquí un tío como ese! —exclama con una risita incrédula—. No tienes pinta de modelo.

Las dos me están mirando muy atentamente y casi me siento desnuda mientras sus ojos críticos estudian mi cuerpo.

—¿Debería serlo? —suelto, en un tono borde que no me esfuerzo por esconder.

—Eres la novia de la universidad, ¿no? —vuelve a hablar la primera chica—. Te he visto por internet. Perdona que te hayamos abordado así, pero...

Alzo las cejas esperando el resto de su explicación cuando deja la frase en el aire.

—Vamos, mira a tu alrededor —sigue, al tiempo que señala la sala con un gesto de la mano —. ¿De dónde crees que han salido la mayoría de las invitadas a esta fiesta? Oye, no te lo tomes a mal, de verdad, pero este mundo funciona así: los jugadores pueden elegir lo que quieran... y lo que quieren son modelos. Yo no hago las reglas. Los jugadores salen con modelos, no con chicas de..., bueno, ya sabes. Cualquiera aquí mataría porque la eligiera el tío que te ha traído del brazo, así que perdona nuestra curiosidad.

¡Lo que le hubiera afectado esto a la pobre Ashley insegura de diecisiete años! Se habría muerto de vergüenza y habría acabado llorando en el baño y discutiendo con Cam al final de la noche porque estaría temerosa de que él echara un vistazo alrededor y encontrara otra que le gustara más.

Cómo me encanta no ser ya esa chica.

—Deberíais tener algo más de amor propio —sugiero, en tono cálido y con una sonrisa amable—. No sois muebles en un escaparate para que alguien tenga que «elegiros». Si uno de estos chicos sale con vosotras solo porque sois modelos, estoy bastante segura de que no os merece.

Una de ellas da un paso atrás, como si le acabara de tirar mi copa de vino a la cara. La otra alza las cejas, sorprendida por mi respuesta.

—Ya —dice, con una sonrisa de suficiencia mientras me sostiene la mirada—. Cuidado si no quieres que te roben a ese bombón. Seguro que ya sabes que es el más codiciado de toda la NFL.

Que digan que es inalcanzable porque nunca se ha llevado a ninguna a casa después de una fiesta solo aumenta su valor.

Ahora sí que tengo ganas de tirarles la copa de vino a la cara. Pero, en el fondo, esta situación me produce más tristeza que enfado. Ellas harían cualquier cosa por salir con un jugador de fútbol solo por el mero hecho de serlo, sin importar quién sea. Es triste para ellas, y también para ellos, ¿no? Este es el mundo en el que se ha estado moviendo Cam en los últimos años. Por un momento fugaz pienso que me alegro de que Lynn se cruzara en su camino. Por lo menos, ella no era una niñata a quien ni siquiera le importara una mierda quién era él. Ella *lo quería*. Estoy bastante segura de eso.

—Sabes que es una persona y no un trozo de carne con unos cuántos dólares en el banco, ¿verdad? —pregunto, y miro atentamente sus ojos para ver si eso consigue despertar su conciencia. Pero lo cierto es que no veo nada detrás del color gris de su mirada.

Sonríe y niega con la cabeza.

—Es Cameron Parker, puede ser lo que a él le dé la gana —responde, con la barbilla alta y una sonrisa traviesa—. Y yo también sería lo que a él le diera la gana.

Se ríen. Por favor, estamos en pleno siglo XXI, ¿en serio tantas décadas de lucha feminista para esto? Cuando se lo cuente a Mia va a echar humo por las orejas.

Estoy a punto de contestar y terminar con esta absurda conversación, cuando veo que a las dos se les cambia la cara y se ponen rojas en un instante. Aun así, no se avergüenzan y se van, ni esconden la mirada ni nada, no. Se ponen a recolocarse el vestido para mostrar la mejor versión de sus atributos y empiezan a lanzar miradas felinas a alguien a mi espalda. En dos segundos noto una mano posándose en mi cintura y el aliento cálido de Cam me roza el lóbulo de la oreja.

—Eh —dice, en un tono suave y solo para mí, que hace que se me dibuje una sonrisa tonta al instante. Alza la cabeza, muy cerca de la mía, y mira a mis interlocutoras—. Perdón, ¿os la puedo robar un momento?

Las dos dicen que sí, claro, sin problema, mientras no paran de ponerle ojitos. Yo vuelvo la cara para encontrarme con sus ojos verdes, pero enseguida su sonrisa cálida reclama toda mi atención.

—Vámonos —me susurra al oído.

Frunzo el ceño y me echo hacia atrás para mirarlo.

—¿Qué?

—Vámonos —repite más alto. Me quita la copa de la mano y se estira para dejarla en una mesa cercana—. Odio esta fiesta, Ash, ni siquiera he podido hablar contigo ni cinco minutos a solas. Que le den. Vámonos a otro sitio, tú y yo, los dos solos. ¿Quieres?

Sonrío mientras nos miramos a los ojos por un par de segundos.

—Quiero —declaro solemnemente.

—Menos mal —murmura.

Me coge de la mano y tira de mí alejándome de las dos modelos sin decir adiós. Suelto una

risita mientras camino, esforzándome por seguir su ritmo con los tacones.

Cameron para delante del *stand* de las zapatillas que, al parecer, son un detalle para los invitados de parte de la marca patrocinadora del evento. Pasa el dedo por encima de los letreros donde marca las tallas y coge un par de mi número antes de volver a arrastrarme con él, sin darme tiempo a decir nada.

El ascensor está en esta planta y las puertas se abren en cuanto él pulsa el botón. Una vez dentro presiona el número del sótano, donde debe de haber aparcado mi coche, y las puertas se cierran.

—Siento las prisas, ¿estabas haciendo amigas?

—Sí —respondo, con media sonrisa irónica—. Me estaban dando consejos de amigas: que te agarre fuerte si no quiero que alguna modelo más atractiva que yo me robe al más codiciado de la NFL.

—¿Qué? ¿Tenía posibilidades con alguna de ellas y has dejado que me vaya de ahí contigo sin decírmelo?

Niego con la cabeza y pongo los ojos en blanco.

—Idiota.

Suelta un par de carcajadas y enreda los brazos en mi cintura y se abraza a mí, escondiendo la cara en mi cuello y haciéndome cosquillas con el aire que expulsa su respiración.

—Soy un idiota que te encanta —me recuerda, burlón, con los labios pegados a mi piel—. Y soy un idiota que está loco por ti —añade, en un tono mucho más tierno.

Se aparta lentamente y nos miramos a los ojos. Pongo una mano en su nuca y tiro de él hacia mí, para poder besarlo justo como ese comentario merece.

Sonríe en cuanto despegamos los labios.

—Anda, deja que te ayude —propone al tiempo que levanta la mano en la que lleva las zapatillas.

Se agacha para quitarme con cuidado los zapatos de tacón y ayudarme a meter los pies en las deportivas. Agradezco infinitamente el cambio.

—¿Mejor así? —pregunta, aún agachado en el suelo, mientras termina de abrocharme los cordones.

—Mejor así.

¿De dónde ha salido este chico? Me lo preguntaba cuando lo conocí y me lo sigo preguntando ahora: ¿cómo puede ser tan increíble?

Salimos del ascensor y Cam me hace correr hasta la plaza donde ha aparcado el coche, entre risas. Parecemos un par de adolescentes, y me encanta. Estar con él es lo mejor que he hecho en toda mi vida. Me siento tan ligera como una pluma. Tanto, que podría volar en cualquier momento con solo mover los brazos.

—¿Y ahora qué, señor Parker? —pregunto, al montarme a su lado en mi viejo Audi.

—Ahora vamos a tener una cita de verdad.

Me guiña un ojo y arranca el motor.

46

Cam

—Tienes un poco de kétchup ahí.

Me estiro para pasar el pulgar suavemente por la comisura de su boca y limpiarlo. Luego me llevo el dedo a los labios para poder lamerlo.

—¿Era solo una burda excusa para tocarme, Parker?

Sonrío al oírla, los dos sobre el capó de su coche frente a las aguas del lago Míchigan. Tengo la camisa remangada hasta los codos y me apoyo en uno, recostado de medio lado, para poder mirarla mientras cenamos. Ella lleva la chaqueta de mi traje abierta sobre el vestido y está sentada, con las zapatillas apoyadas sobre la chapa y las rodillas flexionadas, con el cuerpo hacia el frente, pero la cara continuamente girada hacia mí. Está preciosa.

—No. Pero esto sí que va a serlo —aviso—: Ashley..., tienes un poco de kétchup justo aquí. —Pongo un dedo en su barbilla y me incorporo hacia ella para lamerle el labio inferior—. ¿Ves? Ya está. De nada.

Niega con la cabeza, pero no puede aguantarse la sonrisa. Me retiene por el cuello de la camisa y me besa un poco más antes de dejar que me aparte.

Me alegra muchísimo habernos escapado de ese maldito evento. Empezaba a estar muy harto de oír a todo el mundo enumerar las razones por las que sería una buenísima idea que me ficharan los Bears, y también había llegado a mi límite de escuchar las alabanzas a mis mejores jugadas de la temporada pasada. Odio todo eso. Y, además, cada vez que intentaba tener un rato a solas con Ash, alguien tenía que interrumpirnos. Ni siquiera he podido contarle lo de la reunión de la tarde. Y hay otra cosa de la que quería hablarle.

Hemos salido corriendo de la fiesta y he conducido hasta uno de nuestros barrios favoritos en la ciudad. Hemos aparcado el coche y paseado por las calles correteando y jugando como un par de chiquillos enamorados, ella con un vestido elegante y zapatillas deportivas, sin importarnos las miradas de la gente, hasta encontrar un puesto de perritos calientes y comprarnos la cena. Podríamos habernos pasado la noche en un evento muy exclusivo, bebiendo champán, pero no cambiaría esto por nada. Es la cita perfecta: ella y yo, perritos calientes y patatas sobre el capó del coche, el lago... y mirarnos el uno al otro sin parar.

Se me adelanta antes de que a mí me dé tiempo a hablar:

—¿Le has dicho al dueño de los Chicago Bears que soy tu novia?

Alzo una ceja, con los ojos clavados en los suyos. Me sostiene la mirada sin dudar. Es como si tuviéramos diecisiete aún y Ryan acabara de referirse a nosotros como una pareja oficial. Sonrío antes de contestar:

—No creo haber dicho esa palabra en ningún momento, aunque supongo que ha sacado sus propias conclusiones por la manera en la que le he hablado de ti. —Me encojo de hombros y mordisqueo una patata—. ¿Te molesta?

Se muerde el labio, y yo me tenso, en espera de su respuesta. No me gusta la cara que está poniendo.

—Me molesta que vayas por ahí presentándome como tu pareja, si lo haces solo porque dar explicaciones es más complicado.

—¿Prefieres que diga que eres una amiga?

—No.

—Bien. Porque no eres una amiga.

—¿Y qué soy?

Vale, así que de eso va todo esto. A lo mejor, después de dos meses, ya está perdiendo la paciencia con eso de ir despacio y no etiquetarnos y ver lo que va pasando día a día. No es que eso vaya a cambiar las cosas, tampoco. No necesito una etiqueta para ser consciente de lo que siento por ella. Lo único que me atormenta es que me resulte tan difícil expresarlo.

—Me resulta complicado definirte. Sobre todo si tengo que andarme con pies de plomo porque a ti no te gustan los pronombres posesivos —respondo, burlón.

—Entonces, intenta darme una respuesta sin utilizarlos.

Suspiro y doy un sorbo al vaso enorme de refresco que hay apoyado sobre la chapa entre nosotros dos. Luego me incorporo, para quedar sentado, cerca de ella, y la miro a los ojos decidido.

—Eres la chica que me eriza la piel cada vez que me toca; eres la única que me hace sentir inseguro y vulnerable, y a la vez tan grande que sería capaz de cualquier cosa; eres esos ojos en los que quiero verme reflejado porque es la imagen que más me gusta de mí; y eres esa voz que me devuelve la calma siempre, aunque sea desafinando. Eres la mujer increíble a la que admiro cada día. Y eres... Eres la persona con la que quiero compartir mi vida. ¿Te vale con eso o necesitas que le ponga un nombre?

No me deja ni pararme a reflexionar de dónde me ha salido ese discurso sin filtro. Se lanza contra mis labios, como si le costara muchísimo trabajo resistirse a la atracción entre nuestros cuerpos. A pesar de su impulsividad, me besa suave y despacio, saboreándome y dejando que yo haga lo mismo con ella, perdiéndome entre los matices de su contacto.

—Me da igual el nombre que le pongas —murmura, sin apenas separarse de mis labios—, sea el que sea el que le corresponde a esto, yo solo quiero serlo contigo.

Acuno su mejilla con la mano y me muevo para quedar más cerca. Quiero sacarme esto de

dentro. Quiero decirlo. Quiero gritarlo y no sé por qué no llevo dos meses enteros haciéndolo en vez de retenerlo impaciente en la punta de la lengua. Tengo las palabras atascadas en la garganta desde hace una eternidad.

Estoy tomando aliento para hablar cuando mi rodilla golpea el vaso de refresco, que se derrama por la superficie del capó, por la pernera de mi pantalón y salpica el vestido de Ash. Mierda.

Ella suelta un par de exclamaciones ahogadas y un taco.

—Lo siento.

Me apresuro a recoger el vaso. Ashley se ha comido su perrito con tanto cuidado para no manchar el vestido y ahora yo... Soy un cafre. Pero la oigo reír a carcajadas y enseguida me contagia. Me he cargado el momento romántico, creo, pero oírla reír es bastante perfecto, también.

—Perdona —repito, mientras intento quitar las manchas del vestido con la mano.

—Cam, da igual, déjalo —me tranquiliza, con una sonrisa divertida.

Mis ojos se desvían a su cuello, en busca de algo que no se cansan de no encontrar en toda la noche.

—¿Por qué no te has puesto el colgante?

Se me ha escapado la pregunta antes de que me diera tiempo a pensarlo racionalmente y frenarme. Llevo toda la noche atormentándome con eso desde que se ha bajado del taxi y he visto su cuello desnudo, sin ningún adorno. Sin la cadena de plata que hace tanto tiempo quise que tuviera ella. Y ahora vuelvo a quererlo. Quiero... Es que representa algo que quiero que vuelva a existir entre nosotros dos.

Ashley se impulsa con las manos para deslizarse hasta el borde del capó y ponerse en pie, y recoge todos los restos de bolsas y cartones, incluido el vaso. No dice nada mientras camina hasta la papelera más cercana para tirarlo ahí. Ni siquiera sé si debería insistir, o si podemos hacer como si mi pregunta no hubiera existido. La verdad es que me da miedo oír una respuesta. Especialmente ahora que ella ha apartado la mirada y se ha largado de mi lado. Se acerca de nuevo y abre la puerta del coche, para estirarse dentro y coger su bolso. Cuando vuelve a subirse sobre la chapa, a mi lado, saca mi cadena de plata del interior y me la tiende. No la cojo. Dejo que penda entre los dos, mientras estudio sus ojos en espera de que decida decir algo de una vez.

—No voy a ponérmela. No hace falta que hagas esto para...

—Quiero que la tengas tú —la interrumpo, mientras observo sus cambios de expresión con ansiedad. No quiero que entienda esto como lo que no es—. No pretendo marcarte, ni...

No quiero que lo interprete mal.

—Ya lo sé —me corta ella esta vez—. Es tuya. Y no es necesario...

Parece que estamos decididos a no dejarnos hablar el uno al otro.

—Significa algo.

—No necesito llevarla al cuello para saber lo que significa —murmura en un tono muy tierno,

y me calla de golpe esta vez.

Mete la mano en el bolso de nuevo y saca otra cadena de plata, más fina y más corta. En el extremo está esa placa que yo compré e hice grabar para ella, con la palabra «princesa». Me late el corazón dos veces en una cuando veo que la ha guardado todo este tiempo.

—Tampoco necesito que me beses delante de nadie para demostrarme nada, Cam.

La beso para callarla, porque me está matando escucharla hablar así. No tengo que demostrarle nada, puede que ella no quiera que haga demostraciones y no sé muy bien si es porque realmente está segura de todo esto o si es por todo lo contrario: porque aún piensa que no lo merece. Y eso me araña el corazón. Es que no tengo que hacer ninguna demostración de amor ni nada parecido, pero ¿qué pasa si *quiero* hacerlo?

—Quiero besarte delante de quien me dé la gana, porque cuando te tengo a mi lado ni siquiera sé si hay alguien más alrededor. No me importa. Quiero besarte y punto. Quiero que lo sepa todo el mundo porque no necesito que lo sepa nadie, pero no me importa que lo sepan todos..., ¿tiene sentido?

Su sonrisa contagia la mía cuando me hace cosquillas en los labios.

—Siento lo de antes. Yo también quiero besarte y punto. Pero no quería salir en todos los medios deportivos mañana por la mañana porque... me da cosa... por Lynn.

Me aparto de golpe. ¿A qué viene eso?

—¿Por Lynn? —repito, incrédulo—. ¿Qué significa...?

Me pone una mano sobre el pecho mientras me mira con esa expresión suya que me pide calma.

—Pienso en cómo se sentiría si viera eso —admite, y se muerde el labio por un segundo antes de seguir hablando—: Estaba enamorada de ti, no había más que verla, Cam. No se merece pensar que solo fue un desvío en tu camino antes de volver conmigo. Porque yo sé que no lo fue, pero puede que se atormente con eso.

—¿Quieres dejar de ser tan empática? —gruño. Me recuesto sobre el capó con los brazos detrás de la cabeza—. ¿Por qué tienes que ponerte a pensar en cómo se siente todo el mundo, Ash? ¿No podemos ser solo tú y yo? ¿No puede importar solo lo que sentimos nosotros, por una vez?

—Lo que más me importa es lo que sientes tú.

—Pues me siento frustrado. Olvidemos el pasado de una vez.

No dice nada, así que giro la cara para mirarla. Me está observando en silencio, como si quisiera dejarme tiempo para que se me pase la rabieta. Cuando vuelvo a hablar, lo hago mucho más calmado:

—Lynn no fue un desvío, ni un entretenimiento, ni un parche. No pensaba en ti cuando estaba con ella, Ashley. Pero la cosa llegó hasta donde llegó y no hay más. No la dejé por ti, ni porque pensara en ti, ni porque volviera a sentir nada por ti. Eso fue mucho después.

Asiente.

—Yo lo sé. Pero no soy yo la que necesita saberlo.

—No voy a hablar con ella.

—No te pido que lo hagas. Solo te he explicado lo que ha pasado antes. A mí no me da vergüenza que me vean contigo, Cameron —asegura, con media sonrisa ladeada.

Me incorporo de nuevo para besarla. Sus labios me reciben entreabiertos y su lengua se pasea por mi boca, volviéndome loco de deseo en un solo segundo.

—Eres muy increíble, y me flipa que seas así. Yo solo tengo ganas de matar a cualquiera que te haya tocado —aseguro, solo medio en broma—. Y, ah, no consigo superar que tu exnovio se llame igual que mi difunto gato, en serio. Debías de echarme mucho de menos.

Se aparta y me pega en el pecho con la palma de la mano, y yo suelto un par de carcajadas.

—Definitivamente, eres tonto —gruñe, y eso solo me hace reír aún más—. Además, para que lo sepas, no era sir ni nada de nada.

—Qué perdedor —murmuro contra su boca, antes de fundir nuestros labios de nuevo.

Voy a llevarla a casa ya. Sí, eso es lo que voy a hacer. Pero entonces un pensamiento fugaz cruza por mi mente. Aún tengo algo que decirle.

—Tengo que contarte una cosa.

—Pues cuéntamela —me anima, mientras juguetea distraídamente con el primer botón abrochado de mi camisa.

Asiento y recorro su rostro con la mirada antes de obligarme a hablar:

—El martes, en el entrenamiento de los chavales, alguien vino a verme. Era de los 49ers. Me ha ofrecido un trabajo en San Francisco. Quieren que entrene a los infantiles y a los juveniles.

Por un par de segundos parece que está intentando leer en mis ojos qué es lo que yo pienso o si ya he decidido algo.

—Eso suena muy bien, ¿no? —dice por fin—. ¿Qué le dijiste?

—Que me lo tenía que pensar.

—¡Cam! ¿Qué te tienes que pensar? Hace dos días me estabas diciendo que te daba mucha pena que fuera a acabar tu trabajo con los chavales, ¿no? Y te recuerdo que te han asignado un tutor en Berkeley para el curso que viene. Puedes estudiar y trabajar al mismo tiempo, tiene bastante sentido. ¿Qué es lo que te hace dudar?

Me muerdo la lengua para no responder que ella. Ella es lo que me hace dudar. Porque ella sigue en el puñetero Chicago y no sé ni hasta cuándo, ni si tiene sentido plantearme esto ahora mismo, pero es que lo hago. Pienso en nosotros. Pienso en un futuro juntos, aunque intente esforzarme por pensar solo en mí y no en los dos a la hora de tomar decisiones, como le prometí a ella y como me prometí a mí mismo hace un par de años. Me gustaría poder decidir si quiero trasladar mi vida a San Francisco y construir un futuro allí sin pensar para nada en ella. Pero no puedo.

—He quedado en ir un día de la semana que viene a San Francisco para reunirme con ellos y que me lo expliquen un poco mejor. En principio, serían cuatro tardes a la semana, dos con los

pequeños y dos con los juveniles. Podría estudiar por las mañanas. Los viernes libres. Y partidos cada dos sábados. El sueldo está bastante bien.

—Deja de pensar tanto. —Me regala una sonrisa dulce y juguetea con mi pelo—. Te está encantando entrenar y los dos sabemos que te gustaría seguir haciéndolo. Quieres tomarte en serio la carrera y allí tendrías a tu tutor cerca para cualquier problema. San Francisco está muy cerca de casa, estarías solo a hora y media en coche de tu madre y Colin, de tu hermano, de Zack y de Alice. Además, eres muy fan de los 49ers, entrarías gratis a todos los partidos, y tendrías un montón de contactos para cuando quisieras ejercer de fisioterapeuta. Es una muy buena oportunidad, yo no la dejaría escapar si fuera tú.

Tiene razón. En realidad, San Francisco es, sin duda, la mejor opción para mí. Muchas más oportunidades que en Sacramento, pero muy cerca de casa, que es donde quiero estar ahora mismo. Lo único que me faltaría para hacerlo perfecto...

—¿Y tú y yo qué? —pregunto en voz baja, porque no consigo que me salga de otra manera.

—¿Tú y yo qué, Cameron? Hay más vuelos a San Francisco que a Sacramento desde aquí. Y Berkeley es una muy buena candidata para un posdoctorado, mi director de tesis tiene un par de buenos amigos allí, si todo fuera bien podría intentar trasladarme el año que viene. —Se muerde el labio tras soltar eso último, como si no estuviera muy segura de si debería haberlo dicho.

Me incorporo de golpe para clavar la mirada en sus ojos.

—Creo que quiero hacer esto, Ash. Me gusta la idea. Solo me queda una duda por resolver y creo que ya lo tendré todo decidido. —Sonríe y hace un gesto con la cabeza que me invita a hablar—. Cuando sea, cuando se pueda, antes o después, tarde o temprano, algún día, en el futuro, el día de mañana...

—¿Qué?

Y con mis ojos clavados en los suyos, bajo todas las barreras que me había construido con los años, tiro los muros, y me quedo solo y vulnerable frente a ella. No quiero protegerme más, quiero arriesgarme: lo quiero todo.

—¿Vendrás a vivir conmigo?

47

Ashley

Voy mordisqueándome la uña del dedo pulgar, con la vista perdida a través de la ventanilla del coche. Tengo muchas ganas de llegar, de ver a mis amigos... de verlo *a él*. Sobre todo de verlo a él. Y a *Vodka*, claro. Eso también. Pero, al mismo tiempo, estoy nerviosa. Tengo miedo de cómo pueda transcurrir la noche, de cómo pueda torcerse todo, y de cómo pueda acabar. Porque Cam no es el único que está allí, esperándome en la pequeña casa con terreno de los abuelos de Grace, que hemos establecido como lugar de celebración del Cuatro de Julio este año.

—Entonces, no duermes en casa esta noche, ¿no?

Mi padre habla, resignado, y eso me saca de mis pensamientos y me hace volver la cara hacia él, que conduce el coche llevándome al lugar donde he quedado con los demás. Me mira de reojo solo un segundo, para luego centrar de nuevo la vista en la carretera.

—Papá... —protesto, y suelto un suspiro molesto cuando veo que se está aguantando la sonrisa.

Le encanta picarme. Le encanta fingir de vez en cuando que es igual de pesado y cotilla que mi madre. Lleva haciendo la misma pregunta desde que me ha recogido en el aeropuerto esta mañana. Que si no voy a dormir en casa. Es más que obvio que no, acaba de acercarme con el coche a casa de Cam para dejar una bolsa con mis cosas, antes de poner rumbo a donde me esperan mis amigos.

—Me lo tomaré como un «no». Aunque, si cambias de idea, avísame con tiempo, no vayas a pillarnos a tu madre y a mí celebrando...

—¡Cállate! —exijo al tiempo que me tapo los oídos.

Mi padre se parte de risa. En esto no tiene que fingir; en esto es exactamente igual que mi madre.

—Si yo he aceptado que duermas en casa de tu novio cada vez que pones un pie en esta ciudad, en vez de quedarte con nosotros que somos sangre de tu sangre, entonces acepta tú que no fuiste concebida *in vitro*, y, aunque puede que a veces pienses que ojalá seas adoptada, tampoco es el caso. A tu hermano y a ti os concebimos al modo tradicional.

—Creo que desde aquí ya puedo ir andando... Para ahí donde puedas que me voy.

No reduce la velocidad. Solo se ríe de mí.

—Oye —llama mi atención, mucho más serio de repente—, ¿cómo van las cosas con Cam? ¿Todo bien?

Me revuelvo en el asiento, porque no me gusta hablar de los detalles de mi vida amorosa con mis padres. Pero lo cierto es que cada vez que vengo a Sacramento desaparezco para pasarme los días metida en la cama de Cameron Parker y que, desde que Alice se chivó de nuestro beso en casa de Sandra y Colin, no hemos vuelto a dar ningún detalle a nuestras familias de lo que pasaba o no entre nosotros más allá del visitarnos regularmente el uno al otro. Y, a pesar de todo, no se me ha pasado por alto el hecho de que mi padre se haya referido a él como mi «novio».

—Sí, todo bien.

—El otro día coincidimos con él en casa de Sandra y Colin, ¿te lo ha dicho?

Sonrío de medio lado. Sí, Cam me lo había dicho, pero es que, aunque él no lo hubiera hecho, la cotilla de mi madre no tardó demasiado en llamarme para darme todo lujo de detalles del encuentro y preguntar un montón de cosas.

—Sí, ya me lo dijo.

—Y debo suponer que, por lo que nos contó, a partir de septiembre visitarás regularmente San Francisco en vez de Sacramento, ¿no? ¿Volveremos a verte alguna vez? —pregunta en tono dramático y se lleva una mano al pecho para dar más teatralidad a su actuación.

Respondo solo con un resoplido molesto que lo hace reír un poco más. La semana pasada Cam estuvo en San Francisco en esa entrevista de trabajo para entrenador y le fue bastante bien. Tan bien, que ya tiene un contrato y se ha puesto en contacto con un par de inmobiliarias para buscar una casa. Empieza a finales de agosto. Y no para de repetir que quiere que vaya a mirar casas con él, así que dedicaremos algún día de la semana próxima precisamente a eso.

Bueno, si esto sigue igual para la semana próxima, claro. Suponiendo que lo que hay entre nosotros sobreviva a lo de esta noche.

Vuelvo a ponerme nerviosa. La mayoría de nuestros amigos aún no saben que estamos juntos y va a ser raro salir de este coche y encontrarme con todos y... ¿Qué hará Cam? ¿Va a besarme cuando me vea? ¿O vamos a disimular? Cuando hablamos ayer sobre esto quedamos en que seríamos discretos, pero tampoco quiero andar escondiéndome ya. Emily y Scott ya están al día. Mia no ha venido a Sacramento a celebrar el día de la Independencia este año. Están Vanessa y Jeff, Grace y Andy —digo... Andrew—, y Ryan y su novio Ben. Y, además, está allí Sue. Y Tyler. Uf. No sé por qué no busqué cualquier excusa para no acudir a esto hoy. Debería haberlo hecho. No es buena idea. Tyler y yo somos amigos. Tyler y Cam son amigos. Cam y yo somos... bueno, lo que seamos. Pero los tres juntos en el mismo lugar es una idea pésima, de verdad. No quiero que Cam se agobie y se dé cuenta de que no puede con esto. No puedo perderlo ahora, y menos por algo así.

—Es la siguiente, ¿no?

Respondo con monosílabos a las preguntas de mi padre sobre el camino y me encojo más en mi asiento cuando veo la valla que rodea el terreno de los abuelos de Grace. Está a las afueras,

pero lo suficientemente cerca de la ciudad para que desde aquí podamos disfrutar del espectáculo de fuegos artificiales.

—Gracias por traerme, papá —me despido rápidamente, y suelto el cinturón al tiempo que me inclino para darle un beso en la mejilla.

Es mejor que baje y me enfrente a esto. Cuanto antes mejor, ¿no?

Mis amigos empiezan a corear mi nombre y aplaudirme porque llego la última y porque seguro que la mayoría ya llevan un par de cervezas. Camino hasta la puerta y la abro con un empujón de cadera.

—*¡Vodka!* —Oigo la voz de Cam, antes de que mi vista lo localice. Tiene una sonrisa ladeada y los ojos brillantes cuando me fijo en él—. Mira quién ha venido.

Casi ni la veo venir antes de que se me lance encima, meneando la cola a toda velocidad. La sigue el diminuto chihuahua de Grace, que también quiere saludar y que parece ser muy amigo de *Vodka*, a pesar de su diferencia de tamaño.

—¡Hola, señor Bennet!

El saludo de todos mis amigos a coro, en plan pelota, me hace sonreír y levantar la vista, solo para encontrarme con que mi padre me ha seguido y los está saludando a todos, desde el otro lado de la valla.

—Dylan, mira quién ha venido —imita Scott a Cam.

Y enseguida tengo un niño y dos perros luchando por llamar mi atención.

Cameron se acerca hacia donde estoy, pero pasa completamente de mí para saludar a mi padre. Lo oigo decir «¿Qué tal, Peter?» y el sonido de unas palmadas de esas que ellos se dan en los brazos y en los hombros cuando se ven. Mientras charlan, yo empiezo a saludar.

Vanessa se me planta delante, en cuanto Ryan me deja en el suelo después de un abrazo de oso, y me sonríe pícaramente.

—¡Ya era hora de un Cuatro de Julio sin tener que decidir si queremos estar con papá o con mamá! —exclama mientras me abraza.

—Eh, sí, es raro teneros a los dos aquí —aporta Grace.

Las ignoro porque es mejor que no diga nada y ya está. Tienen razón, claro, los dos Cuatro de Julio anteriores yo decidí quitarme de en medio y celebrarlo con mis amigos de Chicago, para que Cam pudiera hacerlo con nuestros amigos si quería. Y el anterior a esos... el anterior a esos lo pasamos en el lago Tahoe, y yo lo besé mientras me dedicaba a cargarme lo mejor que me había pasado en la vida. Pero a partir de ahora pienso hacer las cosas mucho mejor.

—¡Tía! —chilla Emily, que coge a su hijo en brazos y lo aplasta un poco entre nosotras al abrazarme—. ¿Por qué eres siempre la última? Ya estábamos a punto de adjudicarle tu parte de las costillas a *Vodka*. Se va a llevar una desilusión, la pobre.

Abrazo a Scott y luego a Jeff, mientras contesto a sus tonterías con desgana.

Estoy hablando con Sue, que lleva una visera de Tyler puesta del revés, y se está burlando de su novio mientras él se esfuerza en mantener las brasas de la barbacoa, cuando mi padre se

despide y se va.

—¡Eh! Esto está controlado —alardea Tyler, y se acerca hasta donde estoy—. Corre, dame un abrazo, muñeca, antes de que se jodan las brasas otra vez.

No me da tiempo a pensármelo antes de que rodee mi cintura con los brazos y me levante en el aire como si no pesara absolutamente nada. Me quedo inmóvil por un segundo, dudando sobre esta situación. Yo venía muy preocupada precisamente por esto. Por lo que pueda pensar Cam viéndonos a Tyler y a mí en el mismo lugar, interactuando. Y que me dé un abrazo así, con este ímpetu, creo que es mucho peor. No quiero que esto le afecte. No quiero que le remueva los malos recuerdos. Ni que le haga replantearse las cosas. Pero, entonces, se me pasa por la mente que tarde o temprano tendríamos que enfrentarnos a esto. Tyler sigue formando parte de nuestras vidas y no quiero condicionar mi manera de actuar con él a si Cameron está o no delante. Los dos hemos acordado que es hora de perdonar y olvidar. Es hora de que yo me perdone y de que olvide. Así que estrecho el cuello de mi amigo con los brazos, estrujándolo, mientras me río bajito por su entusiasmo.

No lo veo, pero noto la mirada de Cam clavada en mi espalda, atravesándonos a los dos. Me aparto levemente y Tyler vuelve a dejarme en el suelo y me dedica una sonrisa.

—Me alegro de verte —dice—. Ya nadie contaba contigo para los Cuatro de Julio.

El brillo de sus ojos me está dejando bastante claro que sabe lo que está pasando entre Cam y yo, aunque nadie le haya dicho nada.

Supongo que todos los presentes han visto las fotos que nos hicieron hace un par de semanas entrando de la mano a la cena elegantísima de los Bears en Chicago, pero nadie ha preguntado.

—Pues cuenta conmigo a la hora de la cena y vigila bien las brasas, que vengo con hambre. Te has cortado un montón el pelo.

—Estoy guapo, ¿no? —alardea, con media sonrisa engreída, y yo pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza desaprobando su actitud—. ¿Sabes quién está muy guapo también? Cam. Le sienta de maravilla ese brillo asesino en los ojos con el que me está mirando ahora mismo.

Lo dice en un tono muy burlón, y da la impresión de que le parece de lo más divertido. Yo doy un paso atrás para apartarme de él, como en un acto reflejo, y me vuelvo para buscar a Cameron con la mirada. Tyler se ríe a mi lado y luego llama a Jeff para que se acerque a ayudarle con la barbacoa.

Cam da dos pasos hacia mí. Me alivia ver que no aparta la mirada, y que su expresión es relajada. No parece que vaya a matar a Tyler... y tampoco que esté a punto de decirme a mí que se acabó y largarse corriendo de aquí. Así que yo también doy dos pasos hacia él. Nos miramos de frente a un metro de distancia. Nuestros amigos se quedan en completo silencio a nuestro alrededor. Qué cotillas son, de verdad.

—¿Quieres una cerveza, Ash? —ofrece Cam.

—Eh..., sí, claro.

Asiente y hace un gesto con la cabeza, para invitarme a seguirlo.

La puerta de la casa está abierta y entro tras él dejando los murmullos de nuestros amigos subiendo poco a poco de volumen a nuestra espalda. No he dado ni dos pasos en el interior de la cocina cuando Cam se vuelve hacia mí bruscamente y me atrapa contra la pared. Intento acordarme de cómo se respira, con los latidos de mi corazón completamente descontrolados, mientras sus ojos verdes se clavan en los míos con un brillo travieso.

—Hola.

—Hola —respondo, a media voz, y con un amago de sonrisa.

No decimos nada más antes de lanzarnos hacia los labios del otro, encontrándonos a mitad de camino. Pongo una mano en su nuca y la otra en el cuello de su camiseta, mientras las suyas juguetean con el borde inferior de la mía, haciéndome cosquillas en la piel de la cintura. Qué ganas tenía de besarlo.

—Me estaba muriendo de ganas de verte —digo cuando nos separamos unos escasos milímetros.

Suelta un gruñido bajito.

—Llevas todo el día aquí y no me has dejado pasar a recogerte.

—Mi madre se enfada si no paso por casa a verla. Deja de protestar, gruñón —lo pico, y acaricio la piel de su cuello con dos dedos.

Me besa otra vez, apretando los labios contra los míos con fuerza, como si eso fuera suficiente venganza por lo que le acabo de decir. Sonrío en su boca y busco su lengua, profundizando el contacto.

—Sois muy disimulados —nos interrumpe Emily, que aparece a nuestro lado, en un tono divertido—. Vamos, nadie ahí fuera se está imaginando que os estáis enrollando en la cocina. Ryan acaba de proponer una porra para ver en cuál de los dos baños vais a echar un polvo durante los fuegos. Yo me he hecho la despistada, pero, en serio, si vais a echar un polvo por aquí esta noche, procurad que mi inocente hijo no lo vea.

Me muerdo el labio cuando nos separamos al escuchar sus primeras palabras. Enseguida se me contagia la sonrisa que se le va formando a Cam durante su discurso. Le doy un empujoncito a Emily para apartarla de mi camino hacia la nevera y cojo una lata de cerveza de entre las muchísimas que mis amigos han traído para la ocasión.

—No nos estábamos enrollando en la cocina —niega él la evidencia—. Nos estábamos diciendo hola.

Emily sonríe pícara y da un paso hacia él.

—Hola, Cam —suelta, antes de ponerle morritos.

Paso por medio de los dos para hacerla retroceder un poco y ella se parte de risa con mi reacción.

—Anda, vamos fuera —pido, solo para que nuestros amigos dejen de cotillear.

Cameron enreda los brazos alrededor de mi cintura, pega mi espalda a su pecho y se agacha para poner la cabeza a la altura de la mía, sobre mi hombro. Giro la cara para mirarlo y me besa

los labios muy rápido, antes de que me dé tiempo a reaccionar.

—Ay, sois supermonos —suspira Emily, que se adelanta para volver al exterior.

Nosotros nos sonreímos y, finalmente, él me suelta y extiende los brazos para indicarme que ya puedo irme a donde quiera sin que intente retenerme otra vez. Tiro del borde de su camiseta para obligarlo a seguirme.

Cam se va hacia la barbacoa, para echar una mano, y yo me adelanto para sentarme con Vanessa, Sue y Grace que están charlando en torno a la mesa. Antes de que pueda llegar hasta allí, alguien se acerca a mi espalda y se agacha para hablarme al oído.

—¿A quién queréis engañar? —pregunta Tyler en un susurro y yo giro solo un poco la cabeza para encontrarme sus ojos avellana—. Le he visto el tatuaje. Voy a decírselo a él. Atenta, ya verás qué divertido.

No me da tiempo a protestar. Se aleja hacia la barbacoa, con una sonrisa traviesa en los labios. Se acerca a Cam por la espalda y le da una palmada en el hombro. Luego le dice algo al oído. Cameron se aparta de él lo justo para golpearle con el puño en las costillas, y el rubio se parte de risa, llamando la atención de todos los presentes con el volumen de sus carcajadas, antes de devolverle el golpe con el codo. Los dos empiezan a pelearse en broma, como si aún fueran unos críos.

—¿Han sido siempre así? —pregunta Sue, cuando me dejo caer en una silla a su lado.

Vanessa se gira para mirarlos.

—Y peor —asegura con una risita.

Ryan se planta frente a mí, al lado de Vanessa, y coge una silla para colocarla del revés y sentarse a horcajadas en ella, apoya los brazos en el respaldo y me mira muy fijamente. Alzo las cejas en espera de una explicación para su extraña actitud.

—Hacía casi un año que no te veía, Ashley.

—No llores, hablamos hace tres días.

—Sí, hace tres días. Pero no me has contado nada de nada, ¿verdad? Así que empieza a hablar: ¿qué hacéis Cam y tú al mismo tiempo en el mismo lugar sin que se desate el apocalipsis? —bromea.

—Eso, Ash —apoya Grace, tras coger a su perro del suelo y ponerlo en su regazo.

—Eso, Ash —dice Vanessa, divertida.

—Bueno, ya sabéis, el tiempo pasa. Y Cam y yo somos más mayores, más maduros...

—Más novios —completa Ryan.

Hago una mueca y él suelta un par de carcajadas.

—¡Eh, vosotras! —grita Scott para llamar nuestra atención—. Y tú también, Johnson. ¿Podéis mover el culo, dejar de cotillear, y ayudar con la barbacoa? Parece que si no está Mia os olvidáis de la igualdad de sexos. Estáis dando un ejemplo penoso a mi hijo.

Sue es la primera que echa su silla para atrás y se levanta.

—Pues tiene razón.

Ninguno de mis amigos vuelve a acercarse a mí con insinuaciones sobre Cam mientras preparamos la cena, pero no por eso me llevo la idea equivocada de que ya se han olvidado del tema. Sé que están bastante atentos a lo que cualquiera de los dos hacemos o decimos. Así que procuro mantenerme a una distancia prudencial y no cruzar demasiadas miradas ni sonrisas tontas. No lo consigo, porque cada vez que me encuentro sin querer con sus ojos verdes, se me forma la sonrisa sola. Además, él no parece estar tan preocupado por ser discreto como yo y por eso cada vez que miro en su dirección, me encuentro con su mirada fija en mí.

Tengo que centrar toda mi atención en mantener a *Vodka* a raya mientras ella babea cerca de las bandejas de carne. *Thor* pasa corriendo por entre sus patas, ladrando detrás de una pelota a la que Andy acaba de darle una patada, pero *Vodka* ni se inmuta, ella sigue con la mirada clavada en las chuletas.

—¡Cuidado!

Tyler coge a Sue en brazos y la levanta cuando el perro enano llega corriendo hasta sus pies. No puedo evitar sonreír. Me encanta la pareja que hacen. Y nunca había visto a Tyler tan feliz como cuando está con ella.

—Nena, acabo de salvarte la vida —alardea, y ella le pega en el pecho con la palma de la mano, pero solo consigue hacerlo reír—. ¿Te imaginas que muerte tan horrible devorada por un animal con esa mandíbula? Tienes suerte de que yo siempre esté dispuesto a salvarte el culito. ¿Qué harías sin mí?

—Podría dormir en más de dos centímetros de colchón sin un brazo aplastándome el bazo, por ejemplo —responde ella.

—Me encanta cuando me dices cosas bonitas.

Sigue manteniéndola en vilo entre sus brazos mientras la besa y ella se resiste solo durante menos de un segundo antes de devolverle el beso con ganas.

Busco a Cam con la mirada y veo que él también está observando a Tyler y a Sue con cara de estar feliz por su amigo. Sus ojos se mueven enseguida para encontrar los míos y nos sonreímos a la vez, levemente. Me muero por acercarme y besarlo. ¿Y si lo hago? ¿Qué más da? ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—¡Venga, todo el mundo a sentarse a cenar! —ordena Emily al tiempo que da unas cuantas palmadas para llamar nuestra atención.

Nadie vuelve a preguntar por nosotros ni a hacer insinuaciones, y lo agradezco. Así puedo relajarme, charlar, bromear y reír con mis amigos. Hacía tiempo que no me sentía tan bien estando en un ambiente así con ellos. Supongo que siempre me faltaba algo... Cam está sentado frente a Tyler y no paran de lanzarse cosas por encima de la mesa, haciendo protestar a Sue, que recibe algún que otro proyectil, de vez en cuando, como daño colateral. Ninguno de los dos está ya bebiendo alcohol, porque sus coches están aquí y tendrán que llevarlos de vuelta a casa. Tenía mucho miedo de que estar los tres aquí juntos esta noche fuera a recordarnos ese pasado del que no paramos de huir. Sé que, en el fondo, Cam debe de estar haciendo un esfuerzo enorme para no

dejarse arrastrar por sus demonios..., por *mis* demonios. Y eso hace que todavía lo admire más. Que aún lo quiera más. Quiero hacerlo feliz. Eso es lo que él merece.

La primera explosión detona en el aire cuando hace rato que la cena ha acabado. Busco a *Vodka* con la mirada, pero ella está tumbada debajo de la mesa y no parece alterarse por el ruido. Grace ha encerrado a *Thor* en su trasportín, donde se siente seguro, y lo ha metido en casa hace un rato, para que no pase tanto miedo.

Todos mis amigos están en pareja: Vanessa pegada a Jeff que le rodea los hombros con el brazo; Tyler sentado con Sue entre sus piernas y recostada en su pecho, Ryan y Ben tumbados en el suelo con las piernas entrelazadas, Grace de pie mientras Andy la abraza por la cintura; y Emily y Scott están en trío, muy pegados, señalando el cielo y diciéndole cosas a Dylan que mira todo con los ojos muy abiertos en brazos de su padre. No puedo evitar que se me escape la sonrisa al verlos. Y luego busco a Cam. Está unos cuantos metros alejado del grupo, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y la cara alzada hacia el espectáculo de luces, serio. No sé qué está pensando. Avanzo hacia él, acercándome por su espalda, hasta quedar solo a un paso.

—Eh.

Se vuelve al instante y yo doy el último paso que nos separa y me planto a su lado, mirando el reflejo de los colores del cielo en sus ojos verdes. Me sonríe y se pierde en mis ojos también, como si así el espectáculo ganara bastante. El recuerdo de la última vez que vimos los fuegos artificiales del Cuatro de Julio así me aporta una inmediata calidez al pecho, pero también una pequeña punzada de dolor. Aquellos días en los que terminé de destrozarlo todo.

—El Cuatro de Julio me gusta bastante más en tus ojos —dice, en voz baja, como si estuviera leyéndome el pensamiento.

Sonrío sin apartar la mirada para nada de sus pupilas.

—Deberíamos convertir esto en nuestra tradición del Cuatro de Julio.

—¿Te refieres a no mirar los fuegos? —bromea.

—Me refiero a verlos reflejados en ti.

—Deberíamos tener esa tradición del Cuatro de Julio, porque eso significaría que vas a pasar todos los Cuatros de Julio de tu vida conmigo.

—¿Y dónde voy a pasarlos, si no?

Sus ojos se desvían a mis labios por unas escasas décimas de segundo, pero enseguida vuelven a clavarse en mis pupilas. Asiente lentamente.

—Muy bien. La tradición del Cuatro de Julio queda oficialmente instaurada —sentencia, y sus ojos sonríen—. Y hablando de hacer cosas oficiales...

—Cam...

No quiero hablar de todo esto con nuestros amigos a tan solo unos metros, aunque ahora estén atentos a otra cosa que no sea cotillear sobre nosotros.

—Pasado mañana vamos a ir a ver casas a San Francisco, Ash.

—Solo te acompaño a ver casas para ti —corrijo.

—No te equivoques. No pienso comprar ninguna casa que no te encante, ¿me oyes? Quiero que cuando vayas a volar a San Francisco le digas a Sydney: «Me voy a casa», y no «Me voy a ver a Cam».

—Yo siempre he dicho que me iba a casa cuando iba a verte a ti.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

—Quiero todo esto contigo —susurra—. Quiero una casa contigo, una vida contigo, Ashley. Quiero hacerte promesas.

—Cam —murmuro, más para intentar frenar mis emociones descontroladas que sus palabras.

—Quiero estar contigo y quiero que los dos apostemos todo. Quiero superar los miedos juntos. Cuando estoy contigo, siento que puedo con todo. Que podemos con todo y... Quiero que lo sepa todo el puto mundo.

—No tienes que hacer esto. No tienes que...

—Te quiero.

Nos quedamos en silencio otra vez, con los ojos clavados en los del otro y con el sonido de nuestras respiraciones acompasadas y el latido de nuestros corazones sonando más alto que las explosiones del cielo. Ha dicho que me quiere. *Me quiere*. Me acuerdo cuando me dijo eso de «Creo que ya no puedo quererte», y ahora... Se me llenan los ojos de lágrimas y se me sube un nudo muy apretado a la garganta.

Tengo que decir algo. No puedo ponerme a llorar y dejar su declaración sin respuesta.

—Yo también te quiero. No he dejado de quererte ni un segundo, Cam.

Esboza una sonrisa muy leve mientras pasea sus ojos de uno a otro de los míos.

—Entonces ya podías haberlo dicho tú primero —dice, burlón.

—No quería hablar más de la cuenta. No estaba muy segura de que fuera el momento —me disculpo en tono de broma.

—El momento... —gruñe, y da un paso hacia mí que recorta la distancia que nos separa—. ¿Es el momento de besarte? ¿O no lo es?

—Siempre es el momento de besarme.

Casi no me deja terminar de hablar y une nuestros labios con dulzura pero firmemente. Alzo la cara hacia él para besarlo mejor, profundizando en su boca, y dejo que los fuegos artificiales se prendan ahora en mi interior. Al instante nuestros amigos están aplaudiendo, vitoreando y silbando, como si llevaran todo el tiempo vigilándonos de reojo. Sonrío cuando Cam intensifica el beso en vez de parar, en respuesta a sus burlas, y pongo las manos en sus mejillas para retenerlo junto a mí. Rodea mi cintura con los brazos y me pega a su cuerpo, y luego me levanta un poco en el aire haciéndome reír contra sus labios.

Tengo que reírme y me tapo la cara con una mano cuando me deja en el suelo y estira el brazo para hacerle un corte de mangas a los que aún siguen animándonos y diciendo tonterías. Se inclina otra vez hacia mí y me besa la sien con ternura. Le acaricio la mejilla y me pierdo en su color verde de nuevo.

—¿Crees que ya es oficial y no tenemos que dar más explicaciones?

—¿Oficial? Entonces, ¿qué soy yo ahora para ti? —pregunta con una sonrisa traviesa.

Y sé que la mejor y más sincera respuesta es justo esa que él me dio cuando era yo la que preguntaba, hace dos semanas, sentados en el capó de mi coche frente al lago Míchigan.

—Eres la persona con la que quiero compartir mi vida.

Oigo la puerta de entrada entre sueños y enseguida noto cómo *Vodka* se sube a la cama y se enrosca a mis pies, para echarse un sueñecito tras su primera salida de la mañana.

—Ash, ¿crees que ha llegado el momento de hacerlo oficial de verdad?

Protesto con un leve gruñido cuando oigo la voz de Cam hablándome al tiempo que da vueltas por la habitación, a mi espalda. Apenas me he enterado cuando se ha levantado para sacar a la perra. Ayer llegamos bastante tarde de la celebración del Cuatro de Julio con nuestros amigos, y aún alargamos la noche mucho más enredados en el cuerpo del otro.

Escondo la cara en la almohada y me acomodo mejor, y la sábana resbala por mi costado y se pega a mi cadera.

—¿Puedo compartir una foto tuya en Instagram? Es muy bonita y no se te ve el culo ni nada. —Contesto entre dientes, incapaz de abrir los ojos—. ¿Qué?

—Sí, haz lo que quieras —murmuro, para que me deje dormir en paz.

Media hora después me estiro mientras Cam canturrea algo en el baño. Creo que está en la ducha. *Vodka* sigue dormitando a mis pies. Me froto los ojos y cojo el móvil. Tengo un mensaje de Emily diciendo que se muere de amor, con mayúsculas y muchas exclamaciones. ¿Se ha vuelto loca? Y entonces me vienen a la mente las palabras de Cam que he escuchado medio en sueños, eso de poner una foto mía en Instagram. Oh, oh.

La última publicación de Cam es una foto mía en blanco y negro. En esta cama. Estoy de espaldas, así que no se me ve la cara, pero tengo el pelo esparcido por la almohada, queda a la vista el tatuaje de la nuca y la sábana tapa solo a medias el *Fearless* que llevo en el costado. Para cualquiera que me conozca resulta muy evidente que soy yo, aunque no me haya etiquetado. A mis pies, *Vodka* está en la misma postura en la que sigue ahora. Y la descripción de la foto solo dice: «Buenos días». Ni un *hastag*. Ninguna explicación.

—¡Cam! —grito, decidida a discutir por esto.

No me oye. Sigue cantando en la ducha tan tranquilo.

Vuelvo a mirar la foto y entonces me fijo en la cantidad de veces que la gente ha pulsado el dichoso corazón. Tiene más de cien mil «me gusta».

Creo que esto ya es oficial.

El principio

48

Cam

—¿Puedes decirnos dónde quieres esto antes de que mi columna ceda a la presión y me quede jorobado para siempre?

Me giro rápidamente al escuchar la queja de Tyler y señalo el hueco que forman la pared del fondo y la escalera, para que mi hermano y él coloquen la mesa de centro en ese espacio destinado al salón. A lo mejor deberíamos haber metido primero el sofá, pero cualquiera les dice que dejen eso fuera ahora...

—Cada año más flojo —se burla Vanessa de nuestro amigo, sentada sobre la mesa de comedor, con las piernas colgando, mientras lame la cucharilla con la que se come un yogur—. Me encantaría que te saliera joroba, al menos por unos días, a ver si se te bajaban un poco los humos.

Tyler sonríe de medio lado en cuanto ha dejado el mueble y estirado la espalda.

—No jodas, muñeca, te encantaría verme con joroba porque todo el mundo sabe que soy tu fantasía sexual, Esmeralda.

—Tío..., ¿así conquistaste a Sue? —suspira ella, al tiempo que sacude la cabeza.

Mi amigo suelta un par de carcajadas.

—La verdad es que no sé ni cómo lo hice, creo que a ella le dije cosas peores.

—El amor es ciego —opina Scott, que coloca las sillas de comedor alrededor de la mesa mientras Vanessa se desliza de un lado a otro por la superficie para permitirle hacerlo.

—Y sordo, parece —aporta la morena.

Mientras ellos discuten, entre risas, mi hermano se me acerca y me da una palmada en el hombro, mirando alrededor. Yo lo hago también. Esto ya va tomando forma. Faltan el sofá y el televisor y esas cosas tan importantes, aparte de un montón de complementos y decoración, claro, pero eso ya lo iremos resolviendo poco a poco. A Ash y a mí nos ha costado todo un mes de recorrer tiendas de muebles cada vez que ella venía, y sus vacaciones de verano las hemos invertido precisamente en esto.

Falta una semana para que me traslade definitivamente a mi nuevo hogar y hoy es sábado y mi hermano, Tyler y Scott han venido conmigo desde Sacramento para echarme una mano con los últimos muebles que quedaban por traer. Vanessa solo ha venido a mirar, por lo que parece.

El dormitorio principal ya está montado, y las cosas más esenciales de la habitación que voy a utilizar como despacho también. En cuanto el salón esté habitable, *Vodka* y yo podremos instalarnos aquí.

Ashley y yo no necesitamos más de unos días viendo casas antes de que ella saliera de esta y soltara un «me encanta» muy entusiasta. Dos minutos después de oírla decir eso, yo ya estaba haciendo una oferta. A mí también me encanta. Al principio ella se mostró bastante reticente a mirar casas fuera de los límites de San Francisco, pero yo ya estaba casi convencido del todo de que algunas de las que la inmobiliaria me había propuesto en Oakland se ajustaban mejor a nosotros. En realidad, es perfecto. Oakland está un poco más cerca de casa; solo a veinte minutos de mi trabajo y a más o menos un cuarto de hora en coche de Berkeley. Y, sí, bueno, puede que esté apostando demasiado porque Ash algún día vaya a venir aquí y tener un trabajo maravilloso en esa universidad, pero la vida está hecha de sueños, ¿no? La casa está al sur de la ciudad y hay un parque enorme cruzando la calle, perfecto para pasear con *Vodka* o para salir a correr. Tiene un salón comedor bastante grande, una cocina con isla —porque Ash dijo que *necesitaba* una en su vida—, un dormitorio principal enorme con baño y vestidor, otro baño y dos cuartos más: el que da al sur será el despacho y el otro, un cuarto de invitados que aún está por montar. La puerta de atrás da a un porche agradable y un jardín de tamaño decente, con unos cuantos árboles. Y al fondo del salón, unas escaleras suben a la segunda planta, abuhardillada, con dos espacios separados. El más grande será en parte trastero y en parte gimnasio, y en la otra, la que da al sur con unos enormes ventanales...

—¿Qué piensas poner arriba? —pregunta Vanessa como si estuviera dentro de mi cabeza.

Deja a un lado el envoltorio vacío del yogur y salta de la mesa para caminar hasta las escaleras y empezar a subir.

—Eh, sí, yo aún no lo he visto. —Tyler la sigue.

Me alegro de que Sue se haya ido por ahí de viaje con sus amigas y él se estuviera aburriendo lo suficiente en Los Ángeles para venirse a casa el fin de semana y echarme una mano. Para ser justos, es el que más muebles ha cargado. Se está ganando la cerveza.

Subo detrás de ellos.

—Tengo que reconocer que está bastante bien.

Hago una mueca cuando mi mejor amiga por fin lo admite. Lleva todo el día refunfuñando mientras da vueltas de un lado para otro sin mover un dedo para ayudar.

—Menos mal, estaba a punto de vetarte la entrada.

Se gira para mirarme, con los brazos en jarras, justo delante del ventanal.

—Solo digo que no entiendo por qué habéis elegido algo tan lejos, teniendo mil opciones en San Francisco —se defiende, y me gusta oírla usar el plural porque eso significa que no soy el único que piensa en esto como algo mío y de Ashley, y no solo mío.

—¿Cuánto te ha costado llegar desde tu casa?

—Veintitrés minutos. Lo he cronometrado.

—Vaya, no nos hemos ido lo suficientemente lejos.

Me pega en el brazo y yo me río.

—Aquí pensaba encargar estanterías a medida para esta pared y esa de ahí, para los libros de Ash, y quiero poner un par de butacas reclinables para que pueda venirse aquí a leer. Y, delante del ventanal, una cama para *Vodka*, para que pueda venirse con ella y mirar por la ventana siempre que quiera.

—Tío —dice Tyler, con una mano en mi hombro—, sabes que Ashley vive en Chicago, ¿verdad?

Lo miro con los labios apretados y él me sostiene la mirada con media sonrisa burlona.

—Bueno..., algún día.

Vanessa se pega a mi costado y me agarra del brazo. Cuando la miro me sonríe con los ojos más que con los labios.

—Le va a encantar —asegura con ternura.

Eso espero. Me muero de ganas de tenerla aquí conmigo.

—¿Ya me he ganado una cerveza o no? —corta Tyler, y da dos zancadas largas para volver a la escalera—. Venga, una birra y luego metemos el sofá.

—Eso, una birra y luego metéis el sofá —se muestra de acuerdo Vanessa, y me coge de la mano para tirar de mí hacia el piso inferior.

Mi hermano y Scott ya han abierto un par de cervezas sin pedir permiso y están charlando en torno a la isla de la cocina, sentados en mis taburetes nuevos.

—¿Qué tal un brindis por tu nueva vida? —propone mi hermano—. Demasiado cerca de papá, pero, aun con eso, creo que va a ser un buen cambio.

Mis amigos se acercan para hacer chocar los cuellos de sus botellines con los nuestros, mientras sueltan tonterías sobre lo que me voy a encontrar en mi nueva vida en Oakland.

Mi hermano me sostiene la mirada con media sonrisa orgullosa y habla más alto que los demás para asegurar:

—Presiento que van a llegar grandes momentos en esta casa.

49

Ashley

—Necesito que conduzcas un poco más rápido y no como si fueras mamá llevando los huevos de la compra en un penoso equilibrio en el asiento trasero —protesto, y pongo la mano en el muslo de Eric para empujar su rodilla como si así fuera a conseguir hacerlo apretar el acelerador.

Me aparta de un manotazo y me lanza una mirada fugaz con cara de muy pocos amigos.

—Voy diez kilómetros por hora por encima del límite de esta carretera, así que, cuando le llegue la multa a papá, espero que recuerdes que la que tiene que pagarla eres tú.

—Uuuuuuuuh, qué malote, diez kilómetros por hora por encima. Menudo exceso, ¿eh? ¿Es por eso que las chicas de la uni te apodaron Eric *el rápido*?

—¿Te he dicho alguna vez lo mal que me caes? —Suelto un par de carcajadas al oír su respuesta—. Y no voy a darte detalles sobre los apodos que me ponen las chicas de la uni —alardea, con media sonrisa engreída.

Pongo los ojos en blanco y suelto un suspiro molesto al oírlo. Se ha convertido en un chulito de primera. Solo un año de universidad y ya se cree el rey del mundo. Pero, bueno, sigue siendo mi hermano y lo tengo que querer. Además, era mi mejor opción para recogerme a mí y a mi voluminoso equipaje este mediodía en el aeropuerto y llevarme al lugar al que quiero ir. No le he dicho a nadie que venía. Solo a mi hermano. Y lo cierto es que llevo mucho más de un mes planeando esto, pero hacerlo precisamente hoy y de esta manera ha sido un arrebato. Compré el billete ayer por la noche en una oferta de última hora. Estoy muy emocionada y con los nervios a flor de piel. Con esa sensación de vértigo en la boca del estómago que aparece siempre antes de lanzarse de cabeza a las cosas más grandes y bonitas de la vida. Y allá voy yo. De cabeza y sin dudar. Sin miedo.

Es el último sábado de agosto y hace un calor bastante pegajoso en Sacramento. Los barrios residenciales están tranquilos y con poco tráfico cuando por fin nos adentramos en la ciudad por el camino más corto desde el aeropuerto, a primera hora de la tarde. Eric para el coche en un semáforo en rojo y me coge la muñeca y tira de ella para separarme la mano de la boca y que deje de mordisquearme los dedos.

—Llegamos en diez minutos —anuncia, muy relajado, para calmarme.

En el fondo no es tan mal hermano como parece.

—Si no condujeras como una tortuga miope ya estaríamos allí.

—Si tan preocupada estás por llegar tarde, llámalo y dile que te espere.

No tiene ni idea, de verdad. Ni idea. No he estado más de un mes planeando cosas a escondidas para llamar y chafar la sorpresa. Tampoco reservé anoche un vuelo para hoy, pasando de mi sentido común, para anunciar mi llegada a tan solo diez minutos de destino. Y no me he inventado una mentira sobre unas charlas a las que me han invitado a última hora, para poder tener el móvil apagado durante el vuelo y no levantar sospechas, para estropearlo todo en el último minuto.

—Me parece que no entiendes bien el concepto de «sorpresa». Eres muy poco romántico. Es más, eres lo contrario a romántico.

—Soy práctico. Y me parecería mucho más práctico que hubieras cogido un vuelo a San Francisco y te ahorraras el viaje en coche.

El estómago me da un pequeño vuelco, cuando pienso en ese viaje en coche. Hay una hora y veinte minutos entre la casa de Cameron en Sacramento y su nueva casa en Oakland. Y tengo muchas ganas de hacer ese recorrido a su lado.

—No entiendes el simbolismo del gesto.

Me muero por ver la cara de Cam cuando me vea aparecer.

—Oye, Ash, creo que no lo había dicho aún, pero mola que Cam y tú estéis juntos otra vez. Me alegro por los dos.

Lo miro con una sonrisita y él solo me mira de reojo, un poco avergonzado. Estiro la mano y le pellizco la mejilla. Se aparta enseguida, con la atención centrada en la carretera.

—Ya, sí que mola —aseguro, de acuerdo con su manera de expresarlo.

Cinco minutos más tarde, mi corazón dobla la velocidad de sus latidos cuando nos metemos por la calle en la que está su casa. Unos cuantos metros más y ya veo el Honda parado en la salida del garaje, con la parte delantera apuntando a la calzada y el portón del maletero abierto. Veo a Rob primero, lleva un par de bolsas en la mano mientras se aproxima hacia allí. Luego veo los rizos desordenados de Zack, que está acariciando a *Vodka* en mitad del jardín. Y, cuando mi hermano ya está a punto de parar delante de la puerta, veo a Cam y el nudo de mi estómago se da otra vuelta. Coge una de las bolsas que lleva su hermano para cargarla. Oigo el sonido de una de sus carcajadas y abro la portezuela y salto fuera, antes de que Eric haya detenido el vehículo del todo.

Vodka es la primera en verme, cuando ya tengo un pie sobre la extensión verde de césped que hay delante de la casa. Corre hacia mí meneando la cola y tengo que doblar las rodillas para amortiguar el choque nada delicado de su cuerpo contra el mío cuando se me lanza encima.

—¡Ash! —oigo exclamar a Zack.

—¿Ash?

La voz de Cam me hace levantar la mirada para buscar su cara. Ha salido de detrás del coche y está plantado ahí en medio, mirándome confuso y con el ceño un poco fruncido. Me yergo,

ignorando a *Vodka*, que sigue dando vueltas a mi alrededor, y clavo los ojos en los suyos, con los latidos desbocados. Le sonrío, solo para romper el hielo.

—¿Qué...? —empieza a preguntar. Da dos pasos al frente, hacia mí, y luego se para de nuevo. Sonríe de medio lado y estoy bastante segura de que no es consciente de ello—. ¿Qué haces aquí?

—Esto pesa como un muerto, ¿qué has metido en la maleta? —oigo refunfuñar a mi hermano a mi espalda.

Yo sigo sin apartar la mirada de los ojos verdes de Cam y sonrío más ampliamente mientras me encojo de hombros.

—Me voy contigo.

Esta vez soy yo la que da un par de pasos hacia él, antes de parar.

—¿Qué?

Otro paso hacia mí y algo más de confusión. Me obligo a salir de este estado ralentizado y termino de recortar la distancia que nos separa, y paro a menos de un paso de su cuerpo. Nos miramos a los ojos con intensidad.

—Me voy contigo —repito en el tono de voz más firme y seguro que soy capaz de poner.

Estiro el brazo para enredar los dedos entre los mechones de su pelo y obligarlo a inclinarse hacia mí hasta unir nuestros labios. Lo beso yo por unas décimas de segundo, mientras se deja hacer. Acaricio sus labios y entreabro su boca con la presión de la mía, atrapando su labio inferior. Y entonces me besa él. Como si su cuerpo reaccionara de golpe, la pasión empieza a transmitirse desde sus labios que juegan con los míos sin cuidado, pero luego se expande a todo su cuerpo y me hace vibrar con la energía que transmite. Me pone una mano en la nuca y con el otro brazo rodea mi cintura, envolviéndola por completo y pegándome de un tirón a su cuerpo. Rodeo su cuello con los brazos y sigo el ritmo que marca el baile de sus labios. Todo a mi alrededor se desdibuja hasta que solo quedamos él y yo y este beso perfecto. Sé que he tomado la decisión más acertada de mi vida. Los dos respiramos profundo y al compás al separar nuestras bocas y él coloca la frente pegada a la mía y soy consciente de su sonrisa porque me hace cosquillas en la comisura de los labios.

—¿Qué...? Pensaba... ¿No estabas en una charla en Chicago? —murmura, como si aún no se creyera que estoy entre sus brazos en este momento—. ¿Qué haces aquí?

Sonrío. Creo que aún no es consciente de lo que realmente he venido a decir. De lo que he venido a hacer.

—Quería darte una sorpresa.

—Me has mentido. —Finge estar molesto.

—Una mentira piadosa —aclaro. Luego me aparto, para que pueda mirarme bien a la cara—. Quiero estar contigo, Cameron Parker. Estoy harta de esos malditos tres mil kilómetros. Quiero estar contigo todos los días. Así que ya está, quiero irme contigo... ¿Puedo? Vámonos juntos.

Cam desvía su mirada de mí para prestar atención a algo a mi espalda. Mi hermano está ahí,

sujetando el asa de mi maleta pequeña, mientras Zack le ayuda a sostener la otra, la enorme, en pie a su lado. Eric levanta la mano a modo de saludo.

—Ey, Cam —dice, tan tranquilo.

Pero él no le hace caso, vuelve a clavar las pupilas en las mías y mueve las manos hasta colocarlas en mis mejillas para asegurarse de mantener mi atención cuando vuelve a hablar:

—¿Cómo...? ¿Te vienes conmigo? ¿A vivir conmigo? ¿A Oakland? ¿De verdad y para siempre?

Me río al oírlo preguntar así, sin casi respirar. Es tan mono, es tan encantador y tan adorable que no entiendo por qué no hice algo como esto hace años.

—Me voy contigo. A vivir contigo. A Oakland. De verdad y para siempre. Si tú quieres —puntualizo después, pero sonrío porque sé perfectamente cuál es la respuesta.

—Quiero. Claro que quiero. Por supuesto que quiero, princesa —responde, muy rápido, y luego presiona sus labios sobre los míos mientras yo suelto una risita—. Pero ¿qué pasa con tu doctorado? ¿Y la tesis? ¿Y Chicago? ¿Y Sydney?

Pongo una mano en su pecho y le doy un par de toquecitos, para conseguir callarlo.

—He estado hablando muy seriamente con mi director de tesis en los últimos meses y, al final, hemos llegado a un acuerdo porque ya básicamente solo me queda escribir la memoria así que puedo hacerlo aquí, siempre que sea bajo la supervisión de una colega suya de Berkeley, y tendré que ir una vez al mes a Chicago, más o menos. Además, la catedrática de Berkeley tiene unas ideas muy interesantes para un posdoctorado. Y Sydney dice que me guarda mi cuarto por si me arrepiento, pero creo que tiene bastante claro que no voy a volver.

Sus ojos estudian los míos como si me estuviera viendo por primera vez. Solo su forma de mirarme ya me produce un cosquilleo por todo el cuerpo.

—No puedo creerme esto. Vas en serio.

—Voy en serio.

—Te quiero, ¿lo sabes?

—Y yo te quiero a ti, ¿lo sabes tú?

Compartimos una sonrisa.

—Vas a tener que preguntarle a *Vodka* si te deja vivir con nosotros —bromea.

Me separo de él dando dos pasos atrás y miro alrededor hasta encontrar a la perra que, en cuanto me ve mirarla, trota hasta plantarse a mi lado meneando la cola lentamente de un lado a otro.

—¿Qué dices, *Vodka*? ¿Puedo ir a vivir con vosotros?

Se levanta sobre las patas traseras para plantar las delanteras en mi pecho e intenta lamerme la cara.

—Creo que eso es un sí —anuncia Rob, que se acerca por mi espalda.

Casi me había olvidado de que estaban aquí. ¿Habrán escuchado toda nuestra conversación palabra por palabra?

—Si llego a saber que venías a hacer esto, habría traído a Alice en vez de dejarla con Sandra, a esa niña la vuelven loca las pelis románticas —se burla Zack.

—Trae eso, tío, vamos a meterlo en el coche —habla Cam con mi hermano, casi a la vez, y da unos pasos hacia él y le da unas palmadas en la espalda a modo de saludo.

Tardamos más de lo previsto en salir porque Cam insiste en invitar a nuestros hermanos y a su cuñado a tomar algo antes de que nos marchemos. Pero para cuando me monto en el asiento de copiloto del Honda, con *Vodka* en el asiento de atrás, aún no soy capaz de borrar esta sonrisa tonta.

Cameron se pasa la primera mitad del viaje alternando sus ojos entre la carretera y mi cara, poniéndome un poco nerviosa. Luego se desvía a un área de descanso y para el coche.

—¿Qué haces? ¿Qué pasa? ¿Por qué paras?

Coge mi cara entre las manos para besarme con mucha intensidad y yo no tardo absolutamente nada en rendirme al tacto de sus labios y devolverle el beso con ganas.

—Lo siento, no aguantaba ni un segundo más sin besarte —murmura, y su aliento cálido me hace cosquillas en el labio inferior.

Sonrío y acaricio su pelo.

—Ahora vamos a poder besarnos todos los días.

Me besa de nuevo, brevemente esta vez.

—No me lo creo, Ash, es todo tan...

—¿Crees que es demasiado pronto para que me vaya a vivir a tu casa?

—No digas eso.

—¿Qué?

—«Tu casa» —me imita, con el ceño fruncido—. Es nuestra casa, Ashley. *Nuestra* casa.

—Cameron...

Pone un dedo bajo mi barbilla y me mira a los ojos.

—No vamos a discutir en nuestro día de mudanza a una nueva vida, ¿verdad que no?

Hago una mueca.

—Si todo lo tuyo es *nuestro*..., *Vodka* ¿es mi perra? —intento picarlo.

Pero él se echa hacia atrás para mirarme a los ojos y me aparta el pelo de la cara con ternura.

—Siempre lo ha sido, ¿no? —Sonrío muy levemente, perdida en sus ojos—. ¿Sabes qué? Voy a llevarte a casa.

A casa. Qué bien suena.

Para el coche justo delante de la rampa que baja al garaje. Apaga el motor y me mira, dedicándome una sonrisa emocionada antes de soltarse el cinturón.

—¿Por qué no metes el coche en el garaje?

—No quiero que la primera vez que entremos juntos en nuestro nuevo hogar sea por el garaje,

Ash —explica, y hace amago de poner los ojos en blanco, como si fuera muy obvio y yo muy ingenua.

Sale del vehículo antes de que pueda responder y abre la puerta trasera para soltar a *Vodka* mientras yo también me bajo. La perra enseguida empieza a pasearse por los alrededores de la entrada olisqueándolo todo. Es la primera vez que está aquí y espero que le guste su nuevo hogar. Me acerco al maletero, que Cameron ya ha abierto y del que ha sacado la maleta más grande. Me cuelgo al hombro el bolso y cargo con mi maleta de mano, para hacer un primer viaje.

—Eh, Ash —me llama Cam cuando avanzo dos pasos hacia la puerta—, toma tu copia de las llaves.

Me las lanza en cuanto me vuelvo a mirarlo. Suelto una risita y lo miro con cariño cuando veo el llavero que les ha puesto. Es un caracol. Saca las suyas del bolsillo de los vaqueros y me las enseña copiándome la sonrisa: otro caracol de colores más oscuros. Mi capullo adorable.

Giro la llave y empujo la puerta. Suelto una exclamación ahogada cuando me levanta del suelo y carga conmigo, y rodeo su cuello con los brazos para acomodar mi postura.

—¿Qué haces?

Sus ojos verdes brillan divertidos.

—¿Cómo que qué hago? Es la primera vez que cruzamos el umbral de nuestro hogar. Vamos a hacer las cosas bien, princesa.

Da dos pasos y para en el interior.

—Bienvenido a casa, señor Parker —murmuro, sin dejar de mirar sus ojos.

Me besa lentamente, sin prisa, disfrutando del roce cálido de nuestros labios mientras *Vodka* se pasea curioseando todo. Suelta mis piernas de golpe y yo lanzo un grito ante la sensación de caída, aunque me sujeta firmemente con el otro brazo, para dejarme con cuidado en el suelo. El muy tonto se ríe un montón con mi reacción. Tengo que pegarle en el pecho y darle la espalda para que por fin deje de hacerlo. Me abraza por la cintura y se agacha, para apoyar la barbilla en mi hombro y mirar alrededor conmigo.

—Creo que vamos a ser muy felices en esta casa, Ashley Bennet.

Acaricio sus manos, posadas sobre mi abdomen y me muevo para girarme lentamente y poder mirarlo a los ojos con una sonrisa tirando de las comisuras de mis labios.

—Creo que ya lo somos.

Epílogo

Un año más tarde

Consulto el móvil en cuanto aparco el Honda cerca del parque donde he quedado con Vanessa para tomar algo esta tarde por mi cumpleaños. Tengo un par de felicitaciones. Pero lo que me hace sonreír es ver esa burbuja con un uno que indica que Cam me ha mandado otro mensaje. ¿Qué tontería se le habrá ocurrido esta vez? Es un vídeo y, cuando le doy a reproducir, el sonido de un montón de voces infantiles cantándome el cumpleaños feliz inunda todo el espacio del vehículo y me hace reír. Serán unas futuras promesas del fútbol americano, pero los pobres cantan fatal.

Vodka asoma su cabeza entre los asientos e intenta darme un lametón. Capto el mensaje. Quiere saber si vamos a salir de una vez del coche.

—¡Llegas tarde y solo te perdono porque es tu cumpleaños! —exclama Vanessa en cuanto me ve acercarme. Le dedico una sonrisa inocente de disculpa, y me envuelve en un abrazo—. ¡Felicidades! ¿Te sientes vieja? Ahora ya vamos cuesta abajo hacia los treinta, y de ahí a los cuarenta... ¡uf!, un suspiro.

—No importa. Estoy teniendo un cumpleaños genial.

Mi amiga ya está agachada haciéndole carantoñas a *Vodka* cuando me mira alzando la cara y una de sus cejas. Dibuja una sonrisa pícara.

—Eso quiere decir que Cam se ha portado bien con el regalo. ¡Vamos a dar un paseo y me lo cuentas antes de que él venga!

Vuelve a ponerse en pie y entrelaza su brazo con el mío.

—Por favor, contén a tu Emily interior —bromeo mientras paseamos y no para de preguntar cosas—. Ya he tenido bastante con la llamada a tres bandas con ella y Mia hace un rato.

—¿Y qué contaba Em? Hoy no he hablado con ella, ¿te ha parecido que estaba ya a punto de explotar? Yo aposté por que se adelantaba.

—Aún no estaba dando a luz, así que de momento Seth sigue dentro y Dylan no paraba quieto fuera.

Mi mejor amiga tiene una barriga exagerada a estas alturas del embarazo, es verdad. Ya le quedan solo dos semanas para salir de cuentas y Dylan no para de preguntar cuándo va a poder conocer a su hermanito.

He pasado mucho tiempo al teléfono con ellas, mientras Mia nos hacía un *tour* virtual por el

nuevo piso que ha alquilado en Los Ángeles con su novia. Creo que nunca la había visto tan enamorada, tan centrada y tan feliz.

—Entonces, venga, cuéntame: ¿qué te ha regalado Cam? —insiste Vanessa.

—Le hice prometer que no iba a regalarme nada material así que este año todos los regalos son hechos por él mismo.

Estoy a punto de decir en voz alta que es una monada, pero mi amiga me interrumpe pegándome en el brazo.

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurre decirle eso? ¡Aprovéchate, boba! ¿No ves que hace un par de meses me dijo que quería regalarte un coche para tu cumpleaños? —se escandaliza.

Sonrío de medio lado y niego con la cabeza.

—Precisamente por eso, por el coche. Es muy pesado. El Honda va perfecto y él ya tiene su cochazo de niño rico para alimentar su ego; no necesitamos otro coche —explico, exactamente igual que se lo he tenido que explicar a él un montón de veces.

—Ya, pero es que *necesitar* no es el término correcto, Ashley —se burla—. Lo que sí ha hecho ha sido dejarte una felicitación para morirse de amor literalmente, en palabras de Emily, en Instagram y Twitter. Ha pedido a la gente que te felicite, ¿lo has visto?

—Sí, claro que lo he visto —suspiro, y pongo los ojos en blanco—. Llevo todo el día recibiendo notificaciones.

Tampoco es que me moleste tanto. No, porque la felicitación de Cam se refería a mí como el amor de su vida y la chica que lo hace sonreír cada día.

En media hora Cam ya me ha llamado para preguntar dónde estamos y tarda solo unos diez minutos en llegar a la entrada del parque, donde lo esperamos.

—¡Mira! ¡Pero si es la chica más guapa del continente! —exclama mientras se acerca a nosotras.

Se agacha para saludar a *Vodka*, que ha empezado a pegarme tirones desconsiderados de la correa en cuanto lo ha visto y mueve la cola como si fuera un ventilador. Por favor, hace solo unas tres o cuatro horas que ha estado paseando por ahí con él, y se comporta como si llevaran años sin verse... y Cameron también.

—Ah, tú también estás aquí, Ash, ¿qué tal? —bromea cuando por fin se incorpora.

Hago una mueca y él sonríe divertido y me besa brevemente, pero con ímpetu, mientras yo finjo resistirme un poquito.

Abraza a Vanessa con fuerza y la zarandea hacia los lados, haciéndola protestar. Luego nos mete prisa para que vayamos a buscar una terraza donde poder tomar algo.

Lo miro solo a él, mientras bromea con Vanessa, y no puedo evitar pensar en lo afortunada que soy por tenerlo a mi lado cada día. Llevamos algo más de un año viviendo juntos y la convivencia es tan fácil y tan natural que no podría haberlo imaginado así ni en mis mejores fantasías. Nos entendemos, nos compenetramos, nos hacemos la vida más fácil. Supongo que es así. También hemos tenido suerte, esa es la verdad. Yo he tenido mucha suerte de llevarme tan

bien con la catedrática que se encargó de supervisar el tramo final de mi tesis en Berkeley y ahora trabajo con ella con una beca posdoctoral. Hace solo un par de meses desde que leí mi tesis y me doctoré, y recuerdo perfectamente la cara de orgullo de Cam allí escuchándome exponer mi trabajo, sentado con mis padres. Y él ha tenido suerte de encajar tan bien en todo ese universo que rodea a los 49ers porque, aunque le quedan dos asignaturas para terminar la carrera, de las que se examinará en diciembre, ha empezado a hacer las prácticas por las mañanas con la plantilla de fisioterapeutas del equipo profesional, y tiene mucho a su favor para formar parte de ella en el futuro. A pesar de todo, no piensa dejar de entrenar a los chicos por las tardes. Le encanta lo que hace. Solemos ir a Sacramento todos los fines de semana que no tienen partido, así que normalmente es uno de cada dos. No puedo quejarme para nada de la vida que llevo.

—Ash, ¿te gusta esta? —pregunta Vanessa, que se gira para mirarme y señala una mesa libre en una terraza.

Doy el visto bueno y Cam entra en el local para pedir nuestras consumiciones. Cuando sale pone un *muffin* de chocolate con una vela encendida delante de mí y los dos empiezan a cantarme el cumpleaños feliz, mientras yo me encojo en mi asiento al percatarme de que soy el centro de todas las miradas. Apago la vela de un soplido al tiempo que pido un deseo, como manda la tradición.

—Ahora que estoy con los dos, tengo que contaros algo, chicos —dice nuestra amiga para captar nuestra atención.

Pero, en vez de seguir hablando, lo que hace es sacar algo de su bolsillo y ponérselo en el dedo. Menudo anillo. Abro la boca antes de cogerle la mano bruscamente para mirar el diamante más de cerca.

—¿Qué? ¡Vaya con Jeff! —exclamo, con una risita, mientras Cam suelta un silbido impresionado—. ¿Cuándo ha pasado? Ay, ¡enhorabuena, tía!

Vanessa se ríe conmigo cuando me inclino hacia su silla para abrazarla. Cam se pone de pie y la obliga a hacer lo mismo para darle un achuchón en mejores condiciones.

—Me lo pidió la semana pasada —nos cuenta—. Aún no tenemos fecha, pero será la próxima primavera, si todo va bien.

Nos pasamos un rato cotilleando sobre los detalles. Nunca habría apostado por esto en el instituto.

—Nosotros también tenemos algo que contarte —dice Cam, y cruza conmigo una mirada traviesa que me provoca una sonrisa.

Vanessa se queda seria mirándonos a uno y a otro alternativamente, sin cara de estar muy convencida de que no vayamos a soltar alguna tontería.

—Sí... Vamos a ser uno más en la familia —anuncio.

Guarda silencio un par de segundos, observándonos indecisa, y finalmente suelta un suspiro molesto, se recuesta en el asiento y se cruza de brazos.

—¡Venga ya! Vais a decirme que vais a adoptar un gato o algo así, ¿no?

Me río mientras busco la foto en el móvil y se la enseño.

—Mira esta monada. —Le muestro la foto del perro de la página del refugio donde está—. Tiene solo un añito y lo han abandonado.

—Ash se enamoró de él en cuanto vio la foto de la protectora. Fuimos a que *Vodka* lo conociera y parece que se cayeron bien, así que vamos a por él el fin de semana —explica Cam, al tiempo que me pasa un brazo por los hombros—. Lo vamos a llamar *Whisky*.

—Sois tal para cual.

Cameron y yo nos reímos a carcajadas, y creo que, con eso, no hacemos más que confirmar su teoría.

—Aún tengo algo más para ti, princesa.

Salgo de detrás de la isla de la cocina y cojo su mano, extendida hacia mí.

—¿Más? Te recuerdo que aún me debes un *striptease* y tengo un vale que dice que esta noche vas a cumplir cualquier fantasía sexual que me apetezca.

—Por supuesto —accede, con una sonrisa pícara—. Solo una cosa más.

Tira suavemente de mi mano y me lleva hasta la puerta trasera que da acceso al jardín. *Vodka* sale perezosa del salón para seguirnos cuando oye que vamos al exterior.

—Cam, ¿qué...?

El jardín está espectacular adornado con esas bombillas de colores que compré para poner de árbol a árbol y que llevo más de seis meses diciendo que montaré algún fin de semana. Él lo ha hecho por mí y el ambiente es mágico.

—Aquí está tu jardín ñoño de cuento de hadas, ¿te gusta?

Asiento, sin ser capaz de pronunciar una palabra.

Me dejo arrastrar a sus brazos y apoyo la cabeza en su pecho mientras me mece suavemente.

—Feliz cumpleaños —susurra en mi oído.

Enseguida me sujeta con fuerza y me levanta del suelo, haciéndome girar, y yo río.

—Gracias por esto. Ha sido el mejor cumpleaños de mi vida —aseguro cuando vuelvo a posar los pies en el suelo y alzo la barbilla para mirarlo a los ojos.

—Aún no hemos acabado. Te queda mi *striptease*, que es la mejor parte.

—Es verdad. No sé cómo vas a superar esto el año que viene, te has puesto el listón muy alto.

Me coge la mano y acaricia mi dedo anular, justo donde llevo puesto el anillo de papel que ha hecho hoy para mí.

—El año que viene te regalaré un anillo de verdad.

Mi corazón late arrítmico durante un par de pulsos. Escondo la cara en su pecho mientras niego con la cabeza.

—Sabes que me da alergia la palabra «matrimonio» —bromeo.

—No tenemos por qué llamarlo así.

Me echo hacia atrás para buscar sus ojos otra vez. Le brillan con cariño, reflejando la luz de las bombillas.

—No estropees el día, te estaba quedando muy bonito —advierto, burlona.

Acaricia la curva de mi cadera con una mano.

—No va a ser hoy. Pero sabes que algún día te lo pediré. Y entonces..., ¿qué vamos a hacer?

Me encojo de hombros y sonrío de medio lado.

—Entonces... supongo que tendremos que buscar una buena manera de llamarlo.

Me acerca a él bruscamente, con una mano en mi espalda, y yo suelto una risita. Sujeta mi barbilla con dos dedos y pega mi boca a la suya, cálida, suave, húmeda y tierna. Nunca voy a cansarme de besarlo.

—Dímelo, Ash, por favor —pide en un susurro, al separarse solo dos milímetros de mi boca.

Pongo los ojos en blanco a pesar de que, estando tan cerca, no es capaz de apreciar el gesto de exasperación. Sé perfectamente a qué se refiere. Pero quiero hacerlo sufrir un poquito.

—¿Te quiero? —pruebo, en un tono de voz que deja bastante claro que sé que no es eso—. Te quiero muchísimo y te juro que no puedo ser más feliz...

—Ash —protesta, y sonrío contra sus labios—. Vamos, sabes que me encanta oírlo.

Rodeo su cuello con los brazos y dejo que los dedos jugueteen en su nuca, haciéndole cosquillas. Beso la comisura de su boca muy suavemente, una sola vez. Creo que hoy se lo ha ganado y, de todos modos, no hay nada que me guste más que poder hacerlo feliz.

Me imagino toda una vida aquí con él, justo así, y no deseo nada más. Solo ver series acurrucados en el sofá, pasear con *Vodka* —y con *Whisky*— por el parque, remolonear un poquito de más en la cama los domingos por la mañana. Hacer el idiota sin censura, gastarnos bromas, que me llame «princesa» a todas horas con el tono más irritante que sea capaz de poner. Puedo oír el sonido de todas las risas que aún tienen que llenar esta casa. Y no son solo las nuestras. Porque no tengo ninguna duda de que quiero formar una familia con él algún día. Que nuestra vida a partir de ahora va a ser una aventura que estoy deseando descubrir con él y solo con él. Esto es solo el principio. Lo quiero todo. Absolutamente todo a su lado.

Me muerdo el labio con la sonrisa antes de acariciar con mi nariz la suya y susurrar:

—Eres un capullo adorable, Cameron Parker.

Agradecimientos

Siempre he dicho que esta es mi novela más especial y a la que más cariño le tengo. Espero que algo de eso se haya podido transmitir a través de las páginas. Supongo que es porque Ash y Cam tienen un hueco enorme en mi corazón, porque nunca podré desprenderme del todo de ellos y porque han traído muchas cosas buenas a mi vida.

Gracias a Ángela, mi prima, mi tata, lectora cero y mucho más, que, como siempre, fue la primera en leerla. Espero que nunca te canses de pedirme otro capítulo.

A mis padres, que llevan tiempo quejándose de que no habían leído esta novela: aquí la tenéis por fin y ya no puedo impedir que lo hagáis. Gracias por querer leerme siempre, aunque no escriba vuestro género favorito.

A las tatas, que siempre me dan los mejores consejos y comparten conmigo el amor (y a veces también la desesperación) por la escritura. Os seguiré pidiendo que leáis todo lo que salga de mi ordenador.

A mi tía Marta, que se enfada conmigo si le hago llorar con una historia, pero luego me pide que no cambie ni una coma.

A todas esas amigas que no han leído esta novela solo y exclusivamente porque yo no se la he pasado para que lo hagan (porque era un tocho, queridas).

A mi abuelo, por haber leído la trilogía entera con tanto entusiasmo como si fueran sus libros favoritos.

A Javi, por tener que convivir conmigo en modo Emily, con Ash, con Tyler, con Mia, con *Vodka*, con *Salem* y con el mismísimo Cameron Parker. Espero que tú todavía no los odies, ya tenemos suficientes *haters* en casa con las gatas.

Gracias a Crossbooks por ese concurso de nuevos talentos, por el trabajo duro y por las ganas. A todas las personas en ese gran equipo que han apostado por *Bad Ash* y puesto todo su empeño para que este final de saga pudiera llegar, en especial a Irene y a Miriam: me habéis cambiado la vida.

Familia de Wattpad, espero que *Suelo sagrado* siga siendo esa historia que os hace sentir tanto como si la leyerais por primera vez.

Si esta novela está hoy en mis manos (y en las tuyas) es gracias a todo el apoyo de un #TeamCam que nunca soñé que llegaría a ser tan grande. Muchísimas gracias a todas aquellas personas que habéis reído, llorado y os habéis enamorado con *Bad Ash* y que, a pesar del sufrimiento, decidisteis que necesitabais saber más. Más de Ash, de nuestro capullo adorable y

de todos sus amigos. Espero que esta versión más adulta de ellos también haya logrado robaros un trocito de corazón.

Gracias por el cariño, eso no se mide en cifras.

Bad Ash. Suelo sagrado 2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto, María Pascual Alonso, 2022
© Editorial Planeta, S. A, 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26632-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!